



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

LA "NARCOCULTURA" EN SINALOA: SIMBOLOGÍA, TRANSGRESIÓN Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CON ORIENTACIÓN EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA:

ROBER NERY CÓRDOVA SOLÍS

COMITÉ TUTORAL:

DR. GILBERTO GIMÉNEZ MONTIEL

DR. LUIS ALEJANDRO ASTORGA ALMANZA

DRA. FLORENCE TOUSSAINT ALCARAZ

TUTOR PRINCIPAL:

DR. GILBERTO GIMÉNEZ MONTIEL



Ciudad Universitaria, México, D.F., noviembre 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTEGRANTES DEL JURADO:

--DR. GILBERTO GIMÉNEZ MONTIEL (TUTOR PRINCIPAL)

--DR. LUIS ALEJANDRO ASTORGA ALMANZA

--DRA. FLORENCE TOUSSAINT ALCARAZ

--DR. ILYA ADLER MILSTEM

--DR. RAFAEL RESENDIZ RODRIGUEZ

--DR. JAVIER ESTEINOU MADRID

--DR. ARTURO LIZARRAGA HERNANDEZ

**A mi madre María Elena Solís,
y a mis niñas Ursula y Bere.**

LA “NARCOcultura” EN SINALOA: SIMBOLOGÍA, TRANSGRESIÓN Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

**“La violencia forma cultura...cuando
deja de ser un incidente y se transforma
en una predisposición”.**

Eduardo Nicol

LA “NARCOCULTURA” EN SINALOA: SIMBOLOGÍA, TRANSGRESIÓN Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN.	10
I) EN TORNO A LA TEORÍA DE LA CULTURA Y LA COMUNICACIÓN	23
A) La cultura	24
1.-La diversidad conceptual	28
2.-El enfoque estructural y la interpretación	52
B) La comunicación	78
1.-Enfoques	90
2.-En torno a la comunicación interpersonal	101
3.-Los medios y su dimensión simbólica	112
Referencias (Capítulo I)	124
II) CONTEXTO, CULTURA Y TRANSGRESIÓN: UNA ESTAMPA DE SINALOA	126
A) Entre el mito y la realidad del narcotráfico	127
B) Entre la cultura y la exaltación de la violencia	157
C) Una industria de la desviación	177
Referencias (Capítulo II)	201
III) ESCENARIOS POPULARES Y EMBLEMÁTICOS DEL NARCOTRÁFICO	203
A) De la fama al estigma y el emblema	204
B) San Ignacio	220

C) Badiraguato	238
D) De normas, códigos y estilos en la transgresión	249
E) Entre las reglas y los valores de la desviación	267
--Ideología y crimen	276
--Mitología, comunicación y mundo social	284
Referencias (Capítulo III)	292
IV) ICONOGRAFÍA SOCIOCULTURAL DEL NARCOTRÁFICO	293
A) Imágenes y valores populares	303
--De músicos y estereotipos	309
B) Simbolismo e ideología	323
--El aquelarre lúdico sinaloense	329
--El narco y los escenarios cotidianos	336
C) De transgresiones y de muerte	345
D) Actores y observadores de la transgresión	357
1.-La semblanza	
Malverde: el símbolo cultural del narco	363
2.-Entrevista 1: El funcionario y político	
Manuel Lazcano: el narcotráfico, hoy	386
3.-Entrevista 2: El artista	
Lenin Márquez: el arte de pintar al narcotráfico	408
4.-Entrevista 3: El literato	
Elmer Mendoza: reflexiones en torno a la narcocultura.	418
5.-Entrevista 4: El periodista	
José Angel Sánchez: un testimonio, una memoria sobre la “leyenda negra”.	428
Referencias (Capítulo IV)	449
CONCLUSIONES	450
BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA GENERAL	459

PROLOGO

Esta obra germinó por un imperativo institucional del Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, con Orientación en Ciencias de la Comunicación, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero en realidad empezó a gestarse, en cuanto idea, durante los albores de la década de los años noventa del Siglo XX, por los imperativos del hábitat y del contexto social sinaloense. La fuerza del fenómeno del “narcotráfico” termina por incidir sobre los ámbitos profesionales, en la vida cotidiana y hasta en las percepciones subjetivas de quienes en un momento dado deciden refugiarse en una torre de marfil o en los espacios vacíos, por ejemplo, de las esferas de la creación. De manera que esta investigación teórica y empírica: **La “narcocultura” en Sinaloa: simbología, transgresión y medios de comunicación**, nació en medio de las presiones académicas, de las presiones vitales de tipo individual y de las ansiedades por tratar de entender, comprender y explicar, histórica y socialmente, cómo un hecho se transforma en suceso y finalmente en un fenómeno de primera importancia a nivel mundial.

Entre los años 2000 y 2005 el desarrollo del trabajo, realizado entre las aulas y los cubículos de posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y de la Universidad Autónoma de Sinaloa, pero sobre todo entre los sórdidos y transgresivos territorios sinaloenses, fue un vasto y ansioso peregrinar metodológico por la doxa y las reverberaciones discursivas de un mundo de la vida prohibido y perseguido por las normas sociales y por las leyes del sistema hegemónico. A pesar de estar en el centro geográfico y neurálgico de los efectos e impactos de la producción y el tráfico de drogas ilegales, en ningún momento nos colocamos, en las rutas de la investigación, como jueces que dictaminan y sentencian al problema, a sus actores, a sus protagonistas o a sus antagonistas. En realidad nos acercamos a otear y mostrar, en la medida de lo posible, las llagas

socioculturales de un fenómeno de un tiempo que nos ha tocado vivir, aunque en ciertos momentos hasta llegamos a sentir el síndrome de una suerte de delirio de persecución. Lo importante es que, hasta la fecha, nos movimos entre las tesituras reflexivas del ensayo teórico, y respecto de las ansiedades que genera el irascible y delicado mundo de las drogas, todo quedó llanamente en delirio.

En este período de labor académica, un reconocimiento especial es, en primer término, para el doctor Gilberto Giménez Montiel, nuestra autoridad latinoamericana en las esferas de la teoría, la investigación y el análisis de la cultura, quien fungió como mi tutor principal. Maestro de maestros y de investigadores, el doctor Giménez Montiel simplemente amplió nuestros horizontes de expectativas. Por sus densas explicaciones, indicaciones, cuestionamientos y críticas; por sus magistrales exposiciones teóricas en el seminario permanente que coordina en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; pero sobre todo por las múltiples y diligentes sesiones de diálogo y conversación particulares, y por sus atenciones, su comprensión, su confianza, su afecto y su amistad, mi agradecimiento infinito.

Por su lado, el doctor Luis Astorga Almanza, a quien me une tema y fraternidad, es el especialista sobre los derroteros de las drogas ilícitas más reconocido en el país; merece igualmente mi sentida gratitud; el investigador infatigable y sistemático, oriundo curiosamente de Culiacán, Sinaloa, estuvo siempre cerca de estas rutas y andanzas, puntual y generoso en sus observaciones, atento a los nuevos sucesos, riguroso con la información y el análisis. El reconocimiento va además para la doctora Florence Toussaint, especialista en comunicación, con quien trabajamos para hallarle fundamento y correspondencia teórica a los extensos rumbos de la indagación. Los tres formaron parte de mi Comité Tutoral, definido por fortuna entre las veneras de la teoría de la cultura, los senderos y desfiladeros de la desviación social y las anchas esferas de la comunicación. Y el agradecimiento es

extensivo, por supuesto, por sus opiniones y comentarios, para los doctores Rafael Reséndiz, Ilya Adler y Javier Esteinou.

El trabajo fue realizado gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y al Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP) de la Secretaría de Educación Pública, pero sobre todo en virtud de los propios lineamientos del Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales que coordina la doctora Judit Bokser Misses. Sin embargo, el estudio difícilmente hubiese sido posible sin el aval y las facilidades otorgadas por la Universidad Autónoma de Sinaloa. En ésta, algunos de sus grupos académicos, como los del posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales, en Mazatlán, y de las escuelas de Historia y de Filosofía, en Culiacán, entre otras, siguen coadyuvando en la observación de los problemas que aquejan a la región. Estas han tenido que ver, aunque de manera indirecta, con las vicisitudes de la investigación. En particular, valoramos las sugerencias del doctor Arturo Lizárraga Hernández, amigo y colega de pesquisas, con quien compartimos experiencias, concepciones, ideas y reflexiones. Y reiteramos nuestra gratitud a las múltiples voces, públicas, abiertas, elípticas y subterráneas, que están presentes explícita e implícitamente en el trabajo, y que forman parte de la sociedad y la cultura sinaloense.

Por la transcripción de la mayor parte de las entrevistas, agradezco la participación de mi hermana Ruby, politóloga universitaria, que con paciencia tradujo de la grabadora el habla peculiar de no pocos personajes sinaloenses. Y mi cariño grande igualmente, por su solidaridad y preocupación, a mi hermana Mary, doctora en Relaciones Internacionales, así como a mis entrañables hermanos Jorge y Carlos, pendientes siempre de que el estudio llegara a una de sus metas, y cuyo primer resultado entregamos a continuación.

INTRODUCCIÓN

A partir de la identificación de diferentes aspectos y síntomas de vertiente social y cultural --que pueden observarse en la vida pública y hasta como constructos simbólicos integrados a la vida cotidiana de diversos grupos poblacionales--, realizamos aquí un acercamiento teórico y empírico en torno a la transgresión vinculada al ámbito de las drogas ilícitas y su simbología en los escenarios particulares del estado de Sinaloa. Tales aspectos y síntomas de la textualidad social se vislumbran en varios planos interrelacionados: precisamente por los signos y símbolos que remiten a distintos niveles de la problemática, por las vías del fenómeno de la violencia y de la desviación social y a través de las acciones de la industria de la cultura y la comunicación.

Con base en la concepción estructural de la cultura (John B. Thompson, 1998), que pone especial atención a la inquisición y el desentrañamiento de las formas simbólicas de los fenómenos culturales, pero siempre en **el contexto de y en relación con**, consideramos que el fenómeno de la “narcocultura” se ha expandido, arraigado y asimilado en el espacio y el tiempo de esta región noroccidental de México. Conviene asentar de principio que tanto el dinamismo económico del tráfico de drogas prohibidas, la constitución de sus redes locales, nacionales e internacionales, así como su percepción sociocultural, forman parte de un proceso histórico estructurado social y políticamente.

Sobre el sustento histórico de las condiciones objetivas, económicas, de la sociedad, las formas objetivadas, así como las internalizadas y subjetivas de la cultura, representan aquí aspectos de estudio fundamentales. Formas objetivadas como los medios y los productos de la comunicación, la música, la literatura, la iconografía popular, la moda, la vestimenta y sus aditamentos, los artefactos y artículos de consumo y estatus; y las formas subjetivadas o interiorizadas como las

creencias, los mitos, las opiniones y los valores, son facetas culturales sustantivas del proceso de percepción y de apreciación. Las significaciones de tales construcciones simbólicas, constituyen parte del marco cultural o del "hábitus" en el que se mueven común y cotidianamente los individuos y que posibilitan y dan pie a las actitudes y las acciones concretas de la población.

En esta idea, la perspectiva primordial para el estudio del tema parte desde un marco genérico de la teoría de la cultura, en relación con la comunicación y acudimos a autores como Thompson y Clifford Geertz; Jesús Martín-Barbero, Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas; Gilberto Giménez, Manuel Castells y Miguel de Moragas. Y abordamos aspectos esenciales en torno a la transgresión con autores como Hannah Arendt, Anthony Giddens, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Gilles Lipovetsky; y latinoamericanos como Ciro Krauthausen, Luis Fernando Sarmiento, Marco Palacios, Rossana Reguillo y Luis Astorga, entre otros.

Cabalgamos, pues, entre los acercamientos a las tareas empíricas y la indagación teórica que nos permita conformar un marco epistemológico pertinente desde estas dos líneas fundamentales: la cultura y la transgresión. Concebimos a este proceso metodológico desde una perspectiva de interpretación social. En suma, el método esencial tiene que ver con los factores contextuales e históricos. Consideramos que esta suerte de esplendor del "narcotráfico" se ha logrado en función de factores sociohistóricos como la permanencia, el auge y el crecimiento de la oferta y la demanda de narcóticos, así como de la ampliación y fortalecimiento de diversos grupos de traficantes, al amparo y en connivencia con autoridades, además del papel activo o protagonista que han tenido variados medios de comunicación en el seguimiento y tratamiento del problema. Se trata de un proceso que dura ya, acaso, más de lo que duró el Siglo XX, pero que tuvo un impulso fundamental en los años cuarenta con la demanda de fármacos generada durante la Segunda Guerra

Mundial, y más tarde con la internacionalización del tráfico de la cocaína sudamericana en las postrimerías de la década de los setenta.

En el lapso de las décadas de funcionamiento y sofisticación de este peculiar negocio, los resultados, en lo que concierne a Sinaloa, son múltiples: pueden localizarse en el enriquecimiento abrupto de individuos y grupos de los sectores rural y urbano; en el crecimiento de corporaciones empresariales; y en las operaciones diversificadas de "lavado" de dinero a través de organismos financieros, comerciales y de servicios en general. Aunque también los efectos se resienten en el plano de la violencia y la delincuencia organizada.

Esta cuestión ha involucrado a una "pléyade" de grupos y personeros de oriundez sinaloense, héroes o antihéroes, según los ángulos específicos de la mirada. El hecho es que han destacado a niveles nacional e internacional como promotores de los estupefacientes. Y el auge también se ha debido a las acciones del Estado, acaso por omisión, así como a una larga lista de autoridades encargadas de combatirlos que han sido, o han terminado por ser, engranes de los estratégicos estamentos delictivos, debido al inmenso poder de sugestión, convocatoria y corrupción de la peculiar industria.

Además, en la esfera de la ideología el auge de esta actividad laboral, y su combate, han dado lugar a formulaciones simbólicas, dicotómicas y contradictorias, que son eco del mundo real de la transgresión. El "narco" se ha aposentado como personaje histriónico principal, y subversivo, en la industria cultural y en los medios de comunicación. Sea como reflejo de las luchas intestinas por el control y el poder de la industria, como producto informativo rentable en virtud de sus connotaciones morbosas y sensacionalistas, como denuncia de una sociedad lastimada por la muerte y el delito, como apología de la violencia, o bien como constructo cultural que expresa, en varios géneros, las especiales expectativas de un mundo de la vida.

En esta larga marcha de la industria, grupos de bandas organizadas han fortalecido sus intereses y ampliado sus áreas de penetración. A pesar de las pretendidas campañas en su contra, las facciones y los líderes se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social transgresivo y clandestino, configurando incluso, en muchos casos, la imagen del "antihéroe". Al paso de los años la narcoempresa multinacional ha generado y segregado un modo simbólico de percepción y una ideología que ha contribuido para plasmar los artificios morales y éticos de su autolegitimación.

Los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como grupos de poder, enfrentados entre sí y contra la legalidad del sistema, les exigió construir un soterrado e insólito esquema de valores y pautas de comportamiento **ad hoc**. Puede verse como una representación ideológica de la desviación. En otros términos, se vieron obligados por la dinámica clandestina y trastocadora de leyes de sus actividades --y en el entorno de sus creencias, justificaciones, mitos, hábitos y costumbres--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, **sui géneris**, que tiene su propia formulación y escala de valores, normas y reglas no escritas para hacer perdurable lo que suele identificarse --entre el suspenso, el misterio y la mitificación-- como “la historia secreta del narco”.

En los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad han prohiado que, entre su parafernalia, los múltiples grupos se hayan convertido en sujetos que han afectado en estricto sentido el orden social, amén del efecto simultáneo en la cultura a través de la subversión simbólica. En las subversiones del mundo imaginario, la industria de la cultura y los medios de comunicación han aprovechado económicamente el auge de las manifestaciones y de los productos ligados a la llamada “narcocultura”.

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su legado sobre múltiples formas significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en la exacerbación de la violencia y en las esferas de las subjetividades de la sociedad. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de información que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance e impacto ha sido real, diversificado y en distintos grados.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del negocio, quienes acceden a sus estructuras difícilmente pueden abandonarlo. Arendt lo ilustra de esta manera: En todas los organismos empresariales que trabajan al margen de la ley, los grupos directivos requieren para su propia seguridad "que cada individuo lleve a cabo un acto irrevocable", para que se rompan de una vez por todas sus vínculos con la sociedad respetable, antes de que finalmente sea admitido en "la comunidad de la violencia", la cual posee sus propios códigos y sus propias normas.

Manuel Lazcano Ochoa, ex procurador de justicia sinaloense, en una de las últimas entrevistas que nos concedió poco antes de su muerte, ocurrida el 28 de mayo del 2000, se refería de una forma fatal al problema sinaloense y advertía que la "mafia" tiene constancia, organización y disciplina. Decía, textualmente: "Los jefes están permanentemente dirigiendo el negocio, apoyados por especialistas o intelectuales de la política y sobre todo de las finanzas. Están muy bien organizados, jerárquicamente, y perfeccionando a sus equipos y estrategias. En cambio, quienes combaten a los grupos delictivos carecen de permanencia, son pasajeros y no pueden eludir los "cantos de las sirenas" de la corrupción".

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Desde el alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Pero sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social, política y cultural. Rubros como el turismo, la banca, la construcción, la pesca, el comercio, la agricultura, la ganadería, la industria, la agroindustria, y hasta las bellas artes, el deporte, la educación y la academia --en algunos casos, por supuesto, para su estudio--, amén de dependencias e instancias de gobierno y del Estado, han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los seductores mecanismos ideológicos y financieros del negocio de los enervantes.

En este sentido, los efectos han trascendido por supuesto a los ámbitos ideológicos. Durante la convivencia centenaria con este mundo de transgresión sociocultural, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones y destinos. Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos y retos, atractivos aunque riesgosos, para enfrentar tal vez con éxito la existencia, por lo menos muestran idealmente nuevos horizontes de expectativas y de vida para quienes se arriesgan en las beligerantes redes de las drogas.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente fácil para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de "sacrificios" y "valentía" acaso amasar fortunas y detentar poder, son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino al éxito ha llegado a constituirse como una de las más densas y sólidas mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, los beneficios directos, por lo menos en el plano inmediato, para miles de individuos y familias que han estado en el entorno del negocio son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura con su condición social de pobreza y carencias materiales.

Sinaloa fue una región pionera en el uso de uno de los estupefacientes de mayor cotización internacional en la actualidad. Desde los tiempos de los fumaderos de opio de los chinos inmigrantes, y el uso medicinal y ornamental de la amapola con sus flores de pétalos intensamente rojos, la entidad nortea ha sido identificada siempre, en las artes de esta sustantiva actividad productiva, comercial e industrial, como el estado nodriza de la República Mexicana. Más tarde habría de convertirse además en lugar de tránsito de las drogas provenientes del sur del Continente para su exportación hacia los Estados Unidos.

Uno de los aspectos más impresionantes del fenómeno es la forma en que se le mira y se le percibe en los circuitos de las elaboraciones simbólicas de la cultura, en la vida pública, en los campos de acción y expresión de los medios de comunicación y en los senderos particulares, rurales y urbanos, de la vida cotidiana de la población. Podemos adelantar, en primera instancia, que se trata de una recepción sin sobresaltos, en el que la transgresión simbólica por ejemplo ha llegado a formar parte, en ciertos sectores sociales, de los escenarios cotidianos de la existencia o la sobrevivencia.

Estamos refiriéndonos a varias generaciones de sinaloenses que han vivido en convivencia con la siembra, con la persecución y el complejo de persecución en torno a la desviación social. Y probablemente sea, así en términos esquemáticos, con la mitad de su mundo en la cultura del clandestinaje. Y con momentos o espacios y circunstancias de extrema intensificación transgresiva durante los tiempos de la militarización, en aquella tristemente célebre "Operación Cóndor": tiempos de muerte, de efervescencia del ultraje cívico, de violencia, de temor y de pillaje. Pero en esta historia, los rencores sociales se han acumulado durante décadas. Y como uno de sus resultados, la construcción sociocultural del narco está en la médula de la cultura sinaloense: como historia y como presente.

Podemos puntualizar entonces que el diversificado espectro de las formas simbólicas y de la ideología regionales, relacionadas con el mitológico mundo de los narcóticos, a través de estructuras, productos, mecanismos, canales y medios de la cultura y la comunicación, son el objeto esencial de nuestra concepción sobre el fenómeno. Se trata de una esfera que es construcción, expresión y reflejo de una dimensión sociohistórica de la realidad, cuantificable no sólo en función de un diagnóstico aproximativo a la economía política de la producción, distribución y consumo, sino sobre todo --y esto es lo que especialmente nos interesa--, cualificable en el plano de las construcciones simbólicas de la sociedad.

Luego de sintetizar que la cultura no es más (aunque nada menos, añadimos nosotros), que el aspecto simbólico-expresivo de todas las prácticas sociales, Gilberto Giménez retoma a Eunice R. Durham, quien dice que la cultura está "verbalizada en el discurso, cristalizada en el mito, en el rito y en el dogma; incorporada a los artefactos, a los gestos y a la postura corporal". En este sentido, la de las drogas es una problemática cultural que se observa en diversas esferas de la vida social. Y se trata de un fenómeno específico, estructurado, sociohistórico, con una riqueza de trascendentes significaciones para una entidad de más de dos millones y medio de habitantes, pero que ha llegado mucho más allá de sus imaginarias fronteras.

Sobre esta variedad de rutas sígnicas, construcciones textuales y fuentes socioculturales de interiorización, contextualización, análisis e interpretación, el narcotráfico contiene ciertamente una compleja y estructurada red de significantes. La dimensión de cada una de esas concreciones forman parte de un entramado o un laberinto con intrincados pero evidentes vasos comunicantes. Se trata, diría Geertz, de "una telaraña de significados" socialmente estructurados. Cada formulación

simbólica ha jugado un papel relevante en el proceso de conformación del fenómeno cultural que se ha cimentado y se sedimenta en gruesos sectores de la sociedad.

Entre los aspectos del ámbito de la ideología y de la cultura que tienen que ver con la producción, el tráfico y el consumo de alucinógenos, destaca por supuesto la música. Los compositores e intérpretes encontraron en el género del "corrido" un formato de suyo adecuado para explotar la "épica" y también la "lírica" popular en torno al subterráneo mundo de la delincuencia organizada, que también por esas vías de la creación artística, o cultural sin más, ha saltado a la palestra, los escenarios y los cuadrantes de la vida pública. Desde la proyección, la transferencia y la identificación psicológica y los afanes de pertenencia social, la heroicidad y las hazañas reales y ficticias de los personeros del narco, y como formatos para el elogio de la violencia, han sido los contenidos de este género musical explotado de manera intensiva por la industria discográfica y por las pequeñas empresas musicales de la región.

Aunque se estima que los primeros autores de corridos de traficantes no fueron oriundos de Sinaloa, sin embargo la problemática del estado fue como una caja de Pandora para que el género encontrara adeptos entre la población. Y más: las tradicionales bandas y tamboras adoptaron las letras, las notas y los acordes epopéyicos como parte de su repertorio. En la clásica estructura narrativa del corrido, la temática del conflicto encontró rápidamente acomodo formal para recrear la épica, y también el drama y la tragedia, de un sector social urgido de voces, ecos y espejos de legitimación.

Desde la honda raigambre popular, la creación musical tiende a mistificar, por si fuera poco esto, las pretendidas características de valentía y hombría de los individuos dedicados al campo laboral de las drogas. Son "valores" que remiten, por las urgencias de reivindicación social y cultural, a una escenografía de machos

íntegros, ligados a tradiciones presumiblemente muy apreciadas por la comunidad, de gran sacrificio y riesgo, pletóricas de heroicidad y lealtad; y al mismo tiempo la historia oral da cuenta de unos hombres ejemplares que, ya en pleno regocijo de la desviación, se enfrentan viril y mortalmente a los desafíos de la ley.

En este orden de ideas, Astorga ha advertido que esa clase de corridos es sólo una parte de "un universo simbólico que crea y recrea las visiones éticas y estéticas de ciertos grupos sociales...". En este sentido, al referirse a la utilidad o la trascendencia metodológica del género, el investigador expresa con inevitable sarcasmo que "ante la imposibilidad evidente de hacer encuestas sociológicas representativas entre los traficantes, los corridos son una vía indirecta para explorar su código ético y su mitología".

Además de la vena musical, múltiples son los ámbitos de manifestación cultural del narcotráfico. En la obra cultural como un todo, se destaca que las necesidades son sustantivas en el florecimiento de la industria de los enervantes. Las paradojas y las metáforas plantean o dibujan rutas y senderos hacia el cielo. Pero la pobreza y la ignorancia, y sobre todo la sospecha-creencia de un futuro de beneficios, han coadyuvado para que los campesinos, en buena medida, hayan perdido el temor y se hayan inmiscuido en las rutas de "lo prohibido y del infierno", según se infiere de un importante trabajo de la investigadora europea Helena Simonett sobre la historia de la música regional.

En la literatura regional, los narradores de algún modo han vuelto común la temática desde el ángulo de la ficción. Novelistas, cuentistas y cronistas de varias generaciones han tomado la cuestión del narco y la violencia como partes sustantivas de su labor creativa, aunque la mayor parte de las obras narrativas, salvo las clásicas excepciones, según los críticos literarios, se caracterizan por su ausencia de rigor y credibilidad formal. Y en varios casos el tema de la violencia es utilizado

sencillamente como “gancho” comercial para llamar la atención. En cuanto a los poetas, dice la maledicencia pública con sus exageraciones, ellos no escriben sobre las drogas, sino que más bien las consumen y se la fuman.

En otra disciplina artística, como las artes plásticas, el tratamiento de la temática en varios pintores es evidente, explícito. Más que una moda, pareciera tratarse de una obra que se sustenta en un imaginario colectivo y en un ambiente específico, y sórdido en este caso; y la sensibilidad artística, diría Georg Lukács, logra captar y aprehender las diversas dimensiones de la realidad a través de las potencialidades y las peculiaridades de la pintura. Destacan en este rubro creadores jóvenes de inobjetable factura artística, cuya obra se despliega en los escenarios y ambientes adscritos a los ángulos de la violencia, la delincuencia y la muerte, y paradójicamente para beneplácito y espasmo de la mirada. Pero hay otros que, aunque no se "especializan" en la temática, también han pintado estas vicisitudes expresionistas de la transgresión cultural, lo cual ha llamado la atención de artistas y críticos de arte como José Luis Cuevas, Alberto Castro Leñero, Leopoldo Flores, Leonel Maciel, Luis Carlos Emerich, Jorge Alberto Manrique o Raquel Tibol. Destaca en el arte plástico aludido una fundada necesidad telúrica, con el sentido vital de mostrar la sordidez de los caminos prohibidos. Y es que el arte necesariamente se vincula, de forma directa o por rutas inasibles, entre los senderos y honduras del hábitat y del mundo de la vida en los que los artistas han abrevado o han estado sumergidos.

Por otro lado, la iconografía popular ofrece también retablos vinculados a los ámbitos del narcotráfico. En los barrios populares de las ciudades destaca la mezcolanza de violencia y evocaciones religiosas, a través de murales y grafitis realizados por jóvenes de bandas y pandillas. La Virgen María, Cristo o Jesús Malverde –el extraordinario y significativo “Ángel de los pobres” o “Santo de los narcos”--, aparecen con frecuencia rodeados pictóricamente de capullos de amapola

y hojas de marihuana, y hasta con detalles tipo AK 47, como realización y recuperación sincrética que expresa, quizá, la evocación de un camino posible de redención y transgresión libre de antemano de pecado. En todo caso, se trata de elaboraciones simbólicas surgidas del prolijo seno de la cultura popular.

El vestido, los adornos, pueden ser vistos además como elementos de relación de categoría social, en función de que dan cuenta de una pretendida condición social, de la pertenencia a un campo y un grupo, o por lo menos de la aspiración ideológica a la pertenencia. En palabras de Bordieu, en la vestimenta como "lucha simbólica" podría buscarse "dar la impresión", "hacerse valer" o desempeñar un papel para "hacer creer y para engañar, para inspirar confianza o respeto. O para el personaje social, ofrecer su "presentación", su representación..."..

Nos permitimos puntualizar que la desviación, basados en los teóricos franceses Maurice Cusson, Pierre Bordieu y Albert Ogien, es una construcción social, que por supuesto no es intrínseca o connatural a la naturaleza humana. De suerte que la etiqueta social, de aprobación o rechazo, puede ser producto de un juicio público intermitente o bien contundente, y basada en una conducta, lo que implica una necesaria interacción entre el autor de la acción transgresiva y los grupos sociales que se erigen en jueces.

Por otro lado, las redes delictivas, sostiene Foucault, pueden ser vistas como "delincuencia útil" para el sistema hegemónico: "La delincuencia es un instrumento para administrar y explotar los ilegalismos". Y es también "un instrumento" para el propio ilegalismo, que forma en torno suyo el ejercicio mismo del poder: como la utilización política de los delincuentes en forma de soplones, confidentes, provocadores. Pero lo más importante, seguimos con Foucault, es que, en el fondo, la existencia del delito manifiesta, por fortuna dice, una suerte de "incomprensibilidad de la naturaleza humana". Hay que ver en el delito, precisa el

autor francés, “más que una flaqueza o una enfermedad, una energía que se yergue, una “protesta resonante” del hombre, que sin duda le da a los ojos de todos “su extraño poder de fascinación”.

Estamos pues, frente a un agudo, denso y complicado problema sociocultural. Por ello es pertinente advertir, con Thompson que, siguiendo a Geertz, argumenta que en el estudio de los fenómenos culturales, lo que se requiere, más bien, "no es tanto la actitud de un analista que busque clasificar y cuantificar, sino más bien la sensibilidad de un intérprete que busque descifrar patrones de significado, discriminar entre distintos matices de sentido, y volver inteligible una forma de vida que ya es de por sí significativa para los que la viven", como en esta historia de conflicto, mito y realidad que se ha configurado en Sinaloa.

CAPITULO I
EN TORNO A LA TEORIA DE LA CULTURA Y LA COMUNICACIÓN

A).-La cultura.

“La cultura no salva nada ni a nadie, no justifica. Pero es un producto del hombre en el que éste se proyecta y se reconoce; sólo ese espejo crítico le devuelve su imagen”.

Jean Paul Sartre

El acercamiento al concepto de cultura tiene, para los objetivos metodológicos de nuestro trabajo, un sentido primordialmente de ubicación teórica. De ninguna manera intentaríamos realizar un recorrido por los antecedentes, la historia, la trascendencia o los usos disciplinarios del concepto. Esta tarea constituye por sí misma una labor de estudio singular por su riqueza, pero al mismo tiempo por su amplitud y polivalencia semántica. Para los fines que pretendemos, consideramos que no se precisa de un planteo o un seguimiento cronológico, ni mucho menos de carácter histórico. Un dato ilustra la amplitud de la temática: en los albores de la década de 1970, hasta ese entonces, se contaba con un registro de más de 250 definiciones en torno al término **cultura**, y por supuesto, con una muy diversificada gama de sentidos, connotaciones, significaciones y utilizaciones. Y eso que aún faltaban años para que se pusiera en boga la llamada globalización, entre los efectos expansivos de la informática, la cibernética y las nuevas tecnologías de la comunicación, que han prohiado, por lo menos, nuevas concepciones y nociones sobre la cuestión. Así que buscar y pretender una proposición plenamente definida y acabada o un hallazgo disciplinario y paradigmático, con validez científica irrefutable, tampoco son precisamente las intenciones en este apartado en torno a la cultura, de ésta que, de hecho, empieza a gestarse como elaboración social y humana prácticamente con el surgimiento mismo del hombre en cuanto tal.

Más bien busquemos puntualizar los fundamentos teóricos primordiales, de los cuales partimos, y desde nuestra perspectiva, rumbo a la consecución de los fines esenciales de esta investigación, relativa a un fenómeno cultural contemporáneo. Y éste se inscribe como parte o efecto también de la comunicación masiva y la industria cultural, y cuyo componente distintivo es el de la transgresión. Se trata de un objeto cultural –la producción, el tráfico y el consumo de drogas ilícitas-- surgido y expandido sobre un contexto socioeconómico y político que ha permitido su bonanza y fortalecimiento como industria --que aporta hoy considerables recursos a la economía nacional--, y en el marco mediático de una intensa producción y emisión de discursos ideológico-simbólicos que tienden, en los fondos discursivos, hacia la justificación implícita y hasta la promoción de ciertas facetas de la actividad de frente a los receptores culturales. Y éstos, a su vez, han participado activamente tanto en la decodificación y asimilación de los artículos culturales como en la codificación --a través de la magnificación, la mistificación o la mitificación de la parafernalia del fenómeno--, a partir de su protagónico papel de consumidores, de bienes y contenidos, dentro del amplio, intrincado y complejo ciclo cultural de la comunicación de masas. El imaginario colectivo sinaloense y las representaciones sociales en torno a la problemática, han sido construidas socialmente, de forma similar y de algún modo paralelamente, a como ha venido gestándose el poder real y concreto de la industria de las drogas ilícitas, fenómeno en el que se han involucrado grupos y segmentos sociales diversos, instituciones públicas y privadas y la propia población receptora.

Lo anterior puede esquematizarse en función de cuatro aspectos, como componentes fundamentales de todo fenómeno, hecho o símbolo de la cultura:

- 1)El mundo social.**
- 2)El objeto cultural.**
- 3)La producción de sentidos.**
- 4)La recepción cultural.**

Los cuatro aspectos conforman los vértices relacionantes del denominado **diamante cultural**, concepto acuñado por la autora norteamericana Wendy Griswold, y que Gilberto Giménez retoma y formula teóricamente como método analítico, aunque en este caso en el marco más amplio de la concepción estructural de la cultura (que explicitaremos más adelante). Se trata de un esquema de cultura y comunicación, que hace énfasis o que parte de la vital, expansiva y trascendente transformación ocurrida en la sociedad moderna, en virtud de la presencia en todos los órdenes, ámbitos y esferas sociales, de los medios masivos de comunicación, con sus infraestructuras y aditamentos tecnológicos. En la fórmula del **diamante cultural**, los aspectos de análisis --contexto o mundo social, hecho simbólico, medios de producción y comunicación y públicos perceptores--, son no sólo partes integrantes de los fenómenos culturales, sino elementos dinámicos, en donde las acciones de los cuatro polos o vértices afectan e impactan dialécticamente sobre la naturaleza, los espacios y las dimensiones específicas de cada uno de ellos. Es decir: no se trata de los clásicos esquemas informativos como los de Harold Lasswell, Charles R. Wright, Wilbur Schramm y Shannon y Wiener (sustentados en la relación unidireccional de emisor, medio y receptor), concebidos en un sentido mecánico con emisores activos, medios estables y receptores pasivos, sino de una relación conceptual más compleja y dinámica de los procesos comunicativos y culturales en los que por ejemplo la recepción es una esfera en la que tiene lugar una significativa labor de interpretación, reinterpretación y hasta creación; es decir, los receptores pueden tener, o desempeñan de facto, un papel activo en el proceso general de la comunicación.

Además, en los fondos de la trama del mundo social, los mecanismos primarios de socialización e interacción propios de la vida cotidiana --mediante pautas, normas, hábitos, inculcaciones, modelos y ejemplos familiares, amén de los roles diferenciados que juegan los intercambios grupales y vecinales, las prácticas

comunicativas del trabajo o de la escuela, así como las relaciones dialógicas “cara a cara” que se verifican dentro de la comunicación interpersonal-- desempeñan una función sustantiva de aprendizaje, reiteración, sedimentación y cohesión cultural básicas, relativas a las formas comunes de sentir, captar, ver y concebir las razones cercanas, vitales, inmediatas y pragmáticas de la naturaleza y los fines de las actividades humanas.

1.-La diversidad conceptual.

Por lo pronto, y de acuerdo a Katz, Doria y Costa Lima (1980), los sentidos tradicionales de la concepción sobre la cultura son básicamente los siguientes: como obra opuesta al mundo natural; como el conjunto de conocimientos, comportamientos y bienes materiales producidos por una sociedad determinada; y como sistema relativamente autónomo frente al sistema socioeconómico. Y entre un sinnúmero de proposiciones ha destacado la percepción que la ha ubicado como el estadio o la esfera humana de los conocimientos elitistas y abstractos más elevados, espiritualmente, que han sido capaces de generar los “genios”, los “iluminados” o los “elegidos” de los Dioses y de la sociedad, paradigma que se adopta en la Ilustración y que tiene que ver en esencia con un mundo ideal y teleológico, pleno de ilusiones y utopías, pretendidamente perfeccionista, sublime y superior de los ámbitos de la creación y del arte. Pero todas estas diferentes perspectivas han sido exploradas con profusión por varias disciplinas, produciendo así tantas propuestas, enfoques y tendencias teóricas particulares, prácticamente en función de los autores que se han ocupado del tema, sea en la literatura, en la filosofía, el psicoanálisis, las ciencias sociales, la historia, la economía, la antropología y la ciencia en general.

Pero acaso la pluralidad de intereses en torno a su estudio, revele por sí misma la importancia que reviste la cultura como manifestación inevitable de la totalidad de lo que el hombre ha agregado a la naturaleza. Las visiones puristas, extremosas y apocalípticas sobre la naturaleza de la cultura, y del arte, proscribían, de hecho, la creación cultural dentro de los ámbitos de los sectores populares. En éstos, las características de sus elaboraciones eran más bien estigmatizadas, desde las perspectivas etnocentristas, elitistas y aristocratizantes, en relación con lo “incivilizado”, lo “bárbaro”, lo “bestial” y hasta lo “demoníaco”; aunque cuando a las producciones populares se les veía de forma tolerante y benigna, se les

endilgaban epítetos vinculados a los ámbitos del folclor, y que se identifica con lo “curioso”, lo “simpático” o hasta lo “exótico”.

Incluso hoy todavía causan debate y escozor las posiciones estridentistas, literarias y ensayísticas de autores como T. S. Eliot o José Ortega y Gasset en torno a la irrupción de las masas que pretendidamente atentaron contra la perfección y lo sagrado del paradigma artístico. Los textos de Ortega, **La rebelión de las masas** o **La deshumanización del arte**, expresan, en el fondo, posiciones aristocratizantes; en realidad, tales posiciones no dejan de ser anecdóticas, o en todo caso curiosidades polémicas de los ámbitos ligeros de la literatura. Pero fue la propia Escuela de Frankfurt, principalmente a través de de Theodor Adorno y Max Horkheimer, que alertó contra la desacralización, la “degradación” y la vulgarización de la cultura. Un texto central ha sido **Dialéctica del iluminismo**, que ejerció una fuerte influencia en los estudios críticos, y generalmente contestatarios, relativos a la sociedad y la cultura de masas y a los productos generados en la mercantilización, comercialización, fetichización y trivialización que habrían traído consigo, supuestamente, la industrialización y la modernidad del mundo. En esta perspectiva apocalíptica, la aparición, el arribo o el desbordamiento de las multitudes profanas habrían invadido los ámbitos, los espacios y los intereses otrora reservados a las élites; la conformación en suma de la sociedad masificada, fustigadas las muchedumbres además por las acciones difuminadoras, socavadoras y expansivas de los medios masivos de comunicación, eran constitutivas de un “letal” atentado contra la sacralidad del cultivo del espíritu, de la estética, de la belleza, del arte y la cultura. Decían los frankfurtianos:

“La regresión de las masas consiste hoy en la incapacidad de oír con los propios oídos aquello que aún no ha sido oído, de tocar con las propias manos algo que aún no ha sido tocado, la nueva forma de ceguera que sustituye a toda forma mítica vencida...Los remeros que no pueden hablar entre ellos se hallan esclavizados todos al mismo ritmo,

así como el obrero moderno en la fábrica, en el cine y en el transporte. Son las concretas condiciones del trabajo en la sociedad las que producen el conformismo, y no impulsos conscientes que intervendrían para estupidizar a los hombres oprimidos y desviarlos de la verdad...”¹

La crítica de los miembros del Instituto de Investigación Social de Frankfurt se mantuvo constante en las distintas áreas de estudio a las que se abocaron. Y otro de sus destacados integrantes, Herbert Marcuse, fue también punzante en su análisis de la sociedad mediatizada. Puntualizó que

“Si las comunicaciones de masas reúnen armoniosamente y a menudo inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía. La música del espíritu es también la música del comercio. Cuentan los valores de cambio, no los valores de la verdad. En ellos se centra la racionalidad del **status quo** y toda racionalidad ajena se inclina ante ellos”.²

Sin embargo, sobre este amplio entramado de posiciones, nociones y concepciones, aún llaman la atención dos perfiles que engloban la discusión “ideológica” en torno a los estudios culturales: la de quienes han sido denominados como “críticos ilustrados”, cuyo paradigma en efecto es el arte, y la de los “folcloristas románticos”, en general ubicados en los escenarios de la izquierda política, que han propugnado y definido a la cultura, y su validez, en función no sólo de su naturalidad y espontaneidad, sino sobre todo de la **autenticidad** y la **pureza** de sus raíces y orígenes³.

En la línea “romántica” han desempeñado un papel central una suerte de nacionalismo, regionalismo y hasta chauvinismo cultural, que se enfoca hacia una pretendida labor de rescate, revaloración y redignificación de las expresiones

¹Max Horkheimer y Theodor Adorno (1969), **Dialéctica del iluminismo**, Ed. Suamericana, Buenos Aires, p.

²Herbert Marcuse (1981), **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México, p. 78.

³Jesús Martín-Barbero (1987-A), **Procesos de comunicación y matrices de cultura**, Ed. FELAFACS-Gustavo Gili, México, pp. 194-196.

étnicas, folclóricas, populares, costumbristas, tradicionales y marginales, incluidos los acervos históricos de tipo patrimonial. De tal manera que estas realizaciones y manifestaciones han sido identificadas, por encima de detalles o defectos, como la más pura, noble y auténtica expresión del espíritu o del alma “nacional” y de los pueblos. Es decir, aquello que ha permanecido un tanto distante, o lo que en principio no nació junto a las pasarelas y corredores de la cultura de masas, mediante la **valoración simbólica**, es objeto de una estrategia para adecuar tales vestigios primigenios como ofertas culturales puras y auténticas, a lo que, no sin dejos de actitudes moralistas, ideológicamente interesa a ciertos segmentos políticos; esta propuesta ha sido usada como alternativa frente a los escenarios y los productos propios de la modernidad y de la sociedad de masas. Sin embargo, al paso del tiempo, y en el marco de los procesos de la hegemonía cultural y de las luchas simbólicas, la industria de la cultura ha efectuado también su propia labor de reapropiación, resemantización, utilización y manipulación de las aportaciones creativas provenientes de los sectores populares y tradicionales, en lo que ha constituido sobre todo una tendencia de **valoración económica**.

En este proceso ha imperado lo que Martín-Barbero denomina como la “razón dualista”. Aunque esta concepción ha evolucionado y el mundo, en parte, ha dejado de ser visto como una representación de dos tonalidades, en blanco y en negro, o como una entidad de buenos y malos --en donde se confrontan y excluyen el pasado y el presente, y sobre todo los extremos de la prehistoria y la posmodernidad--, sin embargo, las percepciones y las valoraciones en tales sentidos aún empañan y perturban a la vida social y juegan incluso un papel importante en el diseño de las políticas culturales de los Estados nacionales. En esta “razón dualista”, para el caso latinoamericano, se ha manifestado, por un lado,

“un nacionalismo populista obsesionado con el “rescate de las raíces” y la pérdida de la identidad, una identidad a buscar por supuesto en el

mundo indígena rural aunque la inmensa mayoría de la población viva ya en la ciudad, pues las masas urbanas nada tendrían que ver con ella, su contaminación cultural y política haría de ellas la negación misma de lo popular. Del otro, un progresismo iluminista que sigue viendo en el pueblo, en su naturaleza indolente y supersticiosa, el obstáculo fundamental al desarrollo”.⁴

Empero, más allá de las discusiones que siguen dándose en torno a los frentes y los proyectos de la cultura, y que encuentran eco y aplicación, sin duda, en las estrategias económicas globales de la industria cultural y en las políticas gubernamentales, el análisis ha de trasladarse de la ideología a la teoría, lo cual nos permitirá introducirnos con mayor fundamento y pertinencia en los aspectos temáticos de nuestro objeto de estudio, que en este caso particular van de la iconografía y la etnografía de la desviación social, al “narcocorrido”, al discurso y el estilo de los medios impresos de comunicación, hasta los aspectos que se reflejan y materializan en el amplio abanico de la esfera de las artes. De algún modo, los escenarios y retablos culturales sinaloenses son un museo vivo y dinámico que se refiere, en parte, a la transgresión sociocultural. Desde su peculiar óptica analítica positiva, que lo ubica entre los enaltecedores de la cultura de masas, el propio Daniel Bell ha externado que el mundo de la cultura es el campo del “simbolismo expresivo”, que trata de explorar y expresar “los sentidos de la existencia humana”. De tal manera que, afirma el teórico canadiense, tanto para una sociedad, como para un grupo o para una persona, la cultura implica **un proceso continuo**

“de sustentación de una identidad mediante la coherencia lograda por un consistente punto de vista estético, una concepción moral del yo y un estilo de vida que exhibe esas concepciones en los objetos que adornan a nuestro hogar y a nosotros mismos, y en el gusto que expresa esos puntos de vista. La cultura es, por ende, el ámbito de la

⁴ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Ed. Gustavo Gili, México, p. 205.

sensibilidad, la emoción y la índole moral, y el de la inteligencia, que trata de poner orden en esos sentimientos”.⁵

Cabría precisar que “el hogar” puede ser el entorno particular, el barrio, la colonia, la ciudad, la región, así como el “nosotros mismos” puede ser visto como el **hábitat** en el que se encuentra inserto el individuo y del cual forma parte. La concepción de Bell pone el acento en los aspectos estéticos y artísticos y pareciera dejar fuera lo que se encuentra distante del “consistente punto de vista estético”. Esto implicaría que la mayor parte de la obra de la sociedad --como las manifestaciones y productos de vertiente popular y masiva-- difícilmente alcanzarían los rigurosos y consistentes cánones de tal estética. Sin embargo toma en consideración a los artefactos y objetos en tanto artículos de la cultura, así como aspectos subjetivos de diversa índole, que van desde los sentimientos primarios, innatos, hasta los relacionados con el “gusto”, la educación y la adquisición de normas y patrones sociales y culturales, en lo que implica un proceso continuo de fortalecimiento y sustentación de una identidad.

Pero más allá de lo contradictorias y polémicas que puedan resultar las distintas ideas, nociones y tendencias en relación con la cultura, por lo menos resulta importante resaltar la diversidad conceptual, lo que habla paradójicamente del vigor y la fuerza de las manifestaciones simbólicas y significativas, es decir culturales, que ocupan o están presentes en los escenarios políticos, económicos, sociales y comunicativos en el mundo contemporáneo. Porque la cultura como “todo un modo de vida”, no se refiere sólo a los hábitos y los productos elitistas, sino a todas las formas y procesos cotidianos, dice el teórico inglés John Tomlinson, quien cita a Raymond Williams:

⁵ Daniel Bell (1989), **Las contradicciones culturales del capitalismo**, Ed. Alianza-CONACULTA, México, p. 47.

“Las preguntas que hago son sobre nuestros propósitos generales y comunes, pero también sobre los significados personales profundos. La cultura es ordinaria, en cada sociedad y en cada individuo”.⁶

De una manera muy práctica, que nos permite ubicar rápidamente los alcances del concepto, y advirtiéndolo que nunca dejamos de “hacer economía”, por ejemplo, para “hacer cultura”, Tomlinson describe que para empezar puede entenderse a la cultura como un “orden” de vida donde los hombres

“conferimos significados a través de la representación simbólica...Muy en lo general, si hablamos acerca de lo económico, nos referimos a los usos mediante los cuales se producen, intercambian y consumen los bienes materiales; si analizamos lo político, aludimos a las costumbres mediante las que el poder se concentra, distribuye y despliega en las sociedades, y si nos referimos a la cultura, queremos decir las maneras en que le damos un sentido a nuestra vida, individual y colectivamente, al comunicarnos unos con otros”⁷.

Aunque no propiamente en esta misma tesitura, en virtud de su proclividad por la cuantificación como metodología elemental de localización e identificación de los acervos y objetos culturales, empero vale la pena destacar una propuesta estructuralista sobre el concepto cultura. Un autor francés ha definido sintéticamente que ésta se expresa

“como el material esencial del pensamiento, como un haber, un contenido, un existente, con respecto a la vida del espíritu. Materia del pensamiento, la cultura representa lo que es, y el pensamiento lo que se hace con ello: el pensamiento es el devenir de la cultura”.⁸

Añade el teórico francés que la cultura posee dos dimensiones: su **extensión** y su **densidad**. La primera se refiere al espacio, a la cantidad, a la trascendencia; la segunda, a la fuerza, la profundidad y la calidad que pueden llegar a adquirir, en su

⁶ John Tomlinson,(2001), **Globalización y cultura**, Ed. Oxford University Press, México, pp. 22-23.

⁷ **Ibid**, p. 21.

⁸ Abraham A. Moles (1978), **Sociodinámica de la cultura**, Ed.Paidós, Buenos Aires, p. 32.

caso, el conocimiento y los fenómenos culturales. Así que esta concepción puede ser útil en el sentido, básicamente, de la identificación de ciertas expresiones o elaboraciones significativas de nuestro objeto general de estudio. Puesto que los efectos de la problemática central que nos ocupa en esta investigación, de muchas maneras se observan “irrigados” en los escenarios y múltiples ámbitos de la cultura, y que se muestran con claridad en facetas diferenciadas de la comunicación y la vida pública en la sociedad sinaloense, e incluso fuera de ella, más allá de sus fronteras regionales imaginarias. La economía y la política, y particularmente los ámbitos relativos de la comunicación y la cultura como la prensa, los cómics, la radio, el cine, la televisión, la literatura, la música, las artes plásticas, y los afiches iconográficos de corte popular, reflejan y exhiben, en distintos grados, los datos, los hitos, los guiños, los rescoldos sígnicos y los legados simbólicos de lo que hemos denominado, grosso modo, como la “narcocultura”.

De tal manera que los fenómenos culturales pueden ser aprehensibles, de acuerdo a la lógica de identificación y medición cuantitativa. Sobre la base del registro de hechos y obras objetivas de la cultura, además de la observación rigurosa de los contenidos de tales obras, la cultura, y el “espíritu” de la misma, pueden ser cuantificables y medibles. Sin embargo, lo que primordialmente nos interesa aquí es la posibilidad de que los acontecimientos culturales puedan ser mirados, analizados y valorados en su significación e interpretados, en tanto representaciones sociales y objetos de estudio con contenidos simbólicos; no únicamente en virtud de sus propias dimensiones realizadas, de los espacios alcanzados, de los impactos sociales producidos, de las redes socioculturales bordadas y umbilicadas unas con otras, y que se concretan y cristalizan en escenarios, elementos, información, datos y proposiciones que contienen los mismos sucesos, modelos o edificaciones culturales. Importan también porque, en tanto hechos que son textos con tramas y fondos diversos que entre sus formas expresan, en el proceso de incesante

interacción social y comunicativa, a la trascendencia sociocultural del hombre y la humanidad.

De tal suerte que la cultura puede aparecer, dada su condición metafórica de “materia del pensamiento”, como el rostro, la piel, la carne y las entrañas, o el texto y la estructura de la sociedad, factibles éstas de ser identificadas, y en función de sus atribuciones simbólicas, interpretadas y comprendidas en sus potenciales y múltiples sentidos y “secretos”. Porque resulta obvio que un objeto cultural determinado puede contener, por ejemplo, variados y hasta contradictorios sentidos; y éstos serían no sólo atribuibles, en el descentrañamiento de los significados, a los mecanismos de análisis y tipos de interpretación, sino al acto mismo de origen, fundación o conformación paulatina e histórica del elemento simbólico. Y esto tiene que ver con el contexto social, los intereses de clase, las motivaciones y los fines particulares de las instituciones y los sujetos que han intervenido en la gestación, formación, condensación, emisión, transmisión y recepción simbólica precisamente de los fenómenos y los objetos culturales. Es decir: el producto o el objeto cultural en estrecha relación con las otras tres esferas comunicantes del **diamante cultural**.

Entre las diferentes percepciones en torno a la cultura, sus contenidos y sus manifestaciones, destacan desde la perspectiva social, el espacio social y el tiempo histórico como factores de conformación de los fenómenos culturales. Sociedad e historia constituyen los amplios marcos a través de los cuales los hombres van gestando y construyendo su devenir, así como las visiones sobre el mundo y sobre sí mismos. El sociólogo Salvador Giner, al describir que la cultura puede ser vista como “un conjunto relativamente integrado” de ideas, actitudes, cuestiones éticas y procedimientos y modos de vida, sostiene que ésta, con su lenguaje, o con sus lenguajes, se refiere a los

“conocimientos, valores y pautas de conducta que han sido **socialmente aprendidos**. La cultura, pues, requiere un proceso de aprendizaje, el cual es social, lo que no sólo quiere decir que nace de la interacción humana, sino que la cultura consiste en patrones compartidos por una colectividad. Aunque estos patrones o pautas sean forzosamente abstractos --pues no sólo sabemos cosas específicas sino que conocemos conceptos y principios, sabemos generalizar y somos capaces de inducir y deducir causas y efectos-- la cultura se manifiesta siempre en conducta concreta y en resultados”.⁹

En este orden de ideas, y en lo que concierne a las tradiciones culturales, buena parte de la sociedad sinaloense tiene una clara predilección, para explicitar un ejemplo, por la música de banda y la tambora. Constituida ya, en efecto, como una tradición, ésta empezó a ser cultivada hace un poco más de un centenar de años, cuando fue introducida a México, y a Sinaloa en particular, por los inmigrantes europeos y específicamente alemanes; sin embargo, el gusto por este género musical se ha reafirmado al paso de los años, transformándose al mismo tiempo en una creación representativa, con una densa carga identitaria y con aditamentos y componentes de varia significación; mediante el género también puede ubicarse e identificarse sociogeográficamente, de cierta manera, a la población del estado, lo cual habla de la fuerza adquirida por esta joven tradición. En los sectores rurales y urbanos la música de banda forma parte indispensable del quehacer festivo, cuasi institucionalizado por los poderes fácticos y formales de los municipios, sindicaturas y comisarías ejidales. Se advierte popularmente que no hay pueblo que se respete que no tenga una banda para amenizar las principales celebraciones y jolgorios laicos, religiosos y familiares de la comunidad.

Podría decirse que alguna parte del “espíritu” regional en materia de abstracciones artístico musicales se ha concretado en esa peculiar manifestación de la cultura, con todo y su parafernalia de alegría y escándalo de altos decibeles compulsivos y desbordantes. Otro de sus resultados: a pesar de que su origen no es

⁹ Salvador Giner (1998), *Sociología*, Ed. Península, Barcelona, pp. 74-75.

“auténticamente” regional, el sonido suele ser percibido, escuchado y evocado como si fuese enteramente una creación primigenia, nacida desde las raíces, veneras y afluentes socioculturales de la población sinaloense. Y como suele suceder en la sociedad de masas, hoy el producto, en la mixtura e hibridación de sus formulaciones, ha rebasado fronteras, se ha instalado entre las órbitas del espectáculo y la comercialización, se ha internacionalizado y modernizado, imbricándose de tradiciones, moda y tecnología, con los auspicios de la industria de la cultura y de los medios masivos de comunicación que refuerzan gustos, valores y hábitos de los perceptores. Y es que presencia, recurrencia y asimilación son algunas de las características, entre otras, de los fenómenos de la cultura.

Trascendiendo precisamente las percepciones dualistas, antagónicas, esquemáticas e ideologizadas de la cultura, la mezcla y la hibridación de los rasgos y los valores constituye un aspecto esencial de la conformación cultural. El concepto de “hegemonía” de Antonio Gramsci es ilustrativo para comprender los procesos en los que están en juego y en disputa no sólo los estudios teóricos de los fenómenos culturales, sino los derroteros de la existencia misma del hombre y de la civilización. Por ello resulta necesario y posible reflexionar y ubicar la conflictiva de la dominación social, ya no como una magna acción impositiva, y maquiavélica, que se realiza desde las alturas superestructurales de un poder omnisciente --con activos emisores de inmanencias pérfidas-- que todo lo determina, moldea y manipula (al supuesto mundo pasivo de los receptores), según consignaban los planteamientos esquemáticos de la cibernética o de las primeras teorizaciones críticas de la Escuela de Frankfurt, temáticas que retomaremos más adelante en el apartado específico sobre la comunicación. En este sentido, explica Martín-Barbero, es pertinente y posible pensar el proceso de dominación social, no precisamente como una simple imposición desde

“un **exterior** y sin **sujetos**, sino como un proceso en el que una clase hegemoniza en la medida en que representa intereses que también reconocen de alguna manera como suyos las clases subalternas. Y “en la medida” significa aquí que no **hay** hegemonía, sino que ella se hace y deshace, se rehace permanentemente en un “proceso vivido”, hecho no sólo de fuerza sino también de sentido, de apropiación del sentido por el poder, de seducción y complicidad. Lo cual implica una desfuncionalización de la ideología --no todo lo que piensan y hacen los sujetos de la hegemonía sirve a la reproducción del sistema-- y una reevaluación del espesor de lo cultural: campo estratégico en la lucha por ser espacio articulador de los conflictos”.¹⁰

En esta tesis temática, y basándose en diferentes autores, desde la década de los cuarenta George Peter Murdock había destacado ya cuatro factores que formaban parte sustantiva de la cultura, o que estaban impregnados en el concepto: capacidad de formar hábitos, vida social, inteligencia y lenguaje, y sobre estos factores enumeraba las que a su juicio son las características primordiales de aquélla, que es siempre: aprendida, inculcada, social, ideativa, satisfactoria, adaptativa e integrativa. En función de estas siete características las culturas en términos generales, “a pesar de su diversidad histórica, mostrarán ciertas regularidades o recurrencias susceptibles al análisis científico”.¹¹ El autor había retomado y sintetizado, a partir de diversos estudiosos, algunos rasgos básicos de la cultura. Destacaba que ésta, entre otros aspectos,

--No puede ser mirada como instintiva, innata o transmitida biológicamente; más bien, surge y se desarrolla a partir de hábitos y tendencias de reacción “aprendidas” y asimiladas por los individuos a través de sus propias experiencias.

--Luego, muchos de los hábitos son transmitidos de padres a hijos y de generación a generación, y así, por medio de esta reiterada inculcación los hábitos o los valores adquieren su “persistencia” en el tiempo.

--Las prácticas culturales son sociales en la medida en que son compartidas por los seres humanos que viven organizados en grupos y

¹⁰ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, **Op. Cit.**, pp.84-85.

¹¹ George Peter Murdock (1997), **Cultura y sociedad**, Ed. FCE, México, pp. 77-84.

sociedades, las cuales se mantienen relativamente estables debido a las normas y las presiones mismas de la sociedad.

--La cultura cambia, se ajusta a los nuevos ambientes y se adapta a los escenarios circundantes y vecinos, en función también de nuevas necesidades.

--Los elementos de una cultura suelen formar un todo coherente e integrado, aunque con la salvedad de que los acontecimientos sociales e históricos ejercen de manera constante una influencia que altera y vulnera la posibilidad de una total integración.¹²

Aunque la cultura pueda ser vista como una esfera relativamente autónoma, que dada su conformación densa se amplía y fortalece al paso del tiempo, permanece esencialmente como tal --asimilada, reinterpretada y resemantizada y recifrada por los diversos grupos y actores sociales--, a pesar de los cambios históricos, políticos y económicos de la estructura social. Sin embargo el contexto socioeconómico, los conflictos y la acción sociales son factores que inciden en la gestación y en la materialización de los cambios, así como en la adecuación, la evolución, la transformación y el enriquecimiento cultural. De tal forma que se evitan precisamente el estatus quo, la quietud, el anquilosamiento y la integración, con sus secuelas de uniformación y unidimensionalidad, **grosso modo**, de los cánones, los contenidos y los acervos culturales. Es decir, no únicamente la acción de los creadores y las obras artísticas en cuanto tales contienen los gérmenes de sus propias transformaciones.

El dinamismo social, la acción de los sujetos, los grupos, los segmentos y las clases en la vida pública, así como la labor soterrada, anónima y furtiva en los llamados bajos fondos de la sociedad, que despliega sus potenciales creativos vía los intercambios y las interacciones comunes y sistemáticas de las formas orales o “cultura no letrada” --que generalmente no es tomada en consideración por la teoría objetiva y positivista, por su condición a primera vista no aprehensible y tangible--, continúan siendo, sin embargo, factores de primera importancia en la definición y

¹² **Ibid.**

determinación de los hechos de la cultura. Y es que como ha sostenido Martín-Barbero, tales configuraciones “no letradas”, se refieren a relatos, leyendas, mitos, cuentos, creencias y canciones, refranes, albures, chismes, chistes, proverbios y todo el arsenal que reverbera en los ámbitos de la comunicación cotidiana de los sectores populares, que rescatan y ponen en circulación un imaginario y una percepción con fondos, contextos y conflictivos de elaboración, interpretación, creación y recreación cultural. Es decir: en tanto público activo, éste no únicamente asimila, potencialmente, los mensajes, sino que está en posibilidades de rechazarlos, de negociarlos o de recodificarlos de acuerdo a su contexto particular, a su experiencia y a su formación cultural. Y junto a la necesidad de mirar, reinterpretar, valorar estos ámbitos de creación, Martín-Barbero advierte que resulta importante reconocer, considerar y estudiar en dos direcciones frente al fenómeno de lo popular:

“no sólo aquello que culturalmente producen las masas, sino también lo que consumen, aquello de que se alimenta; y la de pensar lo popular en la cultura no como algo limitado a lo que tiene que ver con su pasado -- y un pasado rural--, sino también y principalmente lo popular ligado a la modernidad, el mestizaje y la complejidad de lo urbano”.¹³

Pese a las diferencias entre ellos, a veces de tendencia, de disciplina o de enfoque, a veces sutiles y de matiz, empero la mayor parte de los estudiosos del paradigma cultural han coincidido en reconocer y valorar los aportes teóricos de Edward B. Tylor, pionero respecto de la concepción descriptiva, sustento de las posteriores proposiciones simbólica y estructural de la cultura. Y es que decía Tylor, en su obra **Primitive Culture**, ya en el último tercio del Siglo XIX:

“La cultura o civilización, tomada en su sentido etnográfico amplio, es esa totalidad compleja que abarca el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, la ley, las costumbres y cualesquiera otras habilidades y

¹³ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **Op. Cit.**, p. 47.

hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad. La condición de la cultura entre las diversas sociedades de la humanidad, en la medida en que se puede investigar a partir de principios generales, es un tema propicio para el estudio de las leyes del pensamiento y la acción humana”.¹⁴

De acuerdo a los teóricos contemporáneos, la idea de Tylor inaugura la tradición de la antropología descriptiva de la cultura, en tanto que había puesto el acento en la posibilidad de la “cientifización” de la misma, que de algún modo rompió con la tendencia humanística, diletante y etérea de las concepciones europeas, que miraban la cultura en sus connotaciones de formación individual, cultivo personal y elevación espiritual. Esta visión eurocentrista y etnocentrista, que marginaba del “don” de la cultura a la mayor parte de la humanidad, llevó a muchos estudiosos a cuestionar la versión maniquea, como el caso de Herder, quien llegó a preguntar:

“¿Existe un pueblo sobre la Tierra que carezca totalmente de cultura?
¿Y qué tan estrecho debe ser el esquema de la Providencia para que todo individuo de la especie humana deba avenirse a lo que **nosotros** llamamos cultura...?”¹⁵

De los antecedentes a los tiempos actuales, los estudios culturales aún están en medio de los debates, tanto en cuestiones de método como en epistemología. Aunque con importantes aportaciones. Entre ellas habría que destacar la premisa plasmada por Clifford Geertz: “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido...”, en el amplio escenario conceptual de que la cultura es entendida, sobre todo, como un “documento activo” de significación pública. Y en la perspectiva trabajada y visualizada también por Nicol:

¹⁴ Edward B. Taylor, citado por John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, p. 191. Véase también a Clifford Geertz (1997), entre otros.

¹⁵ J. G. von Herder, en Thompson (2002), **Ibid.**, pp-188-189.

“Toda significación es simbólica, y esto quiere decir dialógica. La virtualidad significativa del símbolo no depende sólo de su relación con la cosa simbolizada, sino de la operación comprensiva, que es una co-operación de los dialogantes...”¹⁶

Como obras y creaciones del hombre, construidas social e históricamente, las producciones de la cultura representan y muestran y contienen los significantes de una civilización en perenne conflicto social y humano. Y aunque la cultura tiene que ver con un mundo social de construcciones y formulaciones hegemónicas que se traduce en acuerdos sociales, asentimientos y “contratos existenciales”, que mediante el consenso, el ejercicio del poder y la dominación terminan por ser acatados en general por la mayoría de una sociedad, también están presentes desde las diferencias particulares nimias y la lucha por hacer valer las posiciones y perspectivas individuales y grupales, hasta situaciones fuertes de violencia, muerte y guerras entre grupos, pueblos y naciones. Y ese constante conflicto, con sus múltiples contradicciones, halla lugar y aposento, de forma directa o indirecta, como reflejo y expresión, en las realizaciones, concreciones, manifestaciones y obras simbólicas de la sociedad. Y ya como producto cultural, en los medios masivos de comunicación la conflictiva social muestra el abanico de sus facetas a través de distintos artificios y clases de discurso: de forma directa, codificada, sublimada, pero además y sobre todo de manera velada y disfrazada. Este ciframiento intelectual responde evidentemente a los intereses hegemónicos de los poderes reales, factuales y formales del sistema, intereses que por lo demás se encuentran imbricados entre sí, en una amplia red de propósitos y lógicas comunes.

En todo esto debe relevarse la premisa de que habría que mirar con sumo cuidado la concepción y los métodos analíticos de la cultura. Pues aunque ésta puede ser vista, y de hecho es, una suerte de “universo de participación”, en el que los sujetos tienen injerencia lo quieran y lo deseen o no, lo cierto es que no resulta tan

¹⁶ Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, Ed. FCE, México, p. 228.

sencillo referirse a ella como si fuese una entidad puramente abstracta. Los cuatro aspectos del “diamante cultural” destacados por Giménez a los que hicimos alusión al inicio de esta exposición --mundo social, objeto cultural, productores y emisores de contenidos y sentidos y la población receptora--, aunque poseen dinámicas particulares de funcionamiento, son ámbitos que se encuentran estrechamente vinculados, en principio por los valores, los códigos, las normas y los sentidos fundamentales que se mueven y reciclan ideológicamente. Y en el fondo de ellos están precisamente los intereses reales de tipo económico, clasista, corporativo y político, que son el soporte y fundamentan el funcionamiento estructural de la sociedad, revestidos a través de las múltiples apariencias, imágenes, escenarios, mecanismos y formas creadas desde la hegemonía cultural. Por ello dice el sociólogo Giner, particularmente, que cuando se trata de hablar de la cultura de una nación o un país específico, significa en forma compleja referirse

“a su lengua, a su historia, a las condiciones de vida y a los anhelos colectivos de sus gentes y a otras características en las que participan sus habitantes en mayor o menor medida. Ocurre lo mismo en las subculturas, que forman comunidades de vida y vivencia. Frente a esta dimensión comunitaria...hallamos otra, de distinto signo, la del **dominio** cultural. Las culturas no son sólo entidades de comunión colectiva, de símbolos, lenguajes y valores compartidos sino que, además, se hallan estructuradas casi siempre según pautas de desigualdad, privilegio y poder...”¹⁷

Productos de la acción, la interacción y la socialización, los hechos de la cultura, en cuanto que se deben a las relaciones sociales, en general se mantienen en una constante tensión. En las batallas diarias de la vida, en las confrontaciones sociales cotidianas, y dentro de los amplios marcos públicos de las luchas por la hegemonía sociocultural, económica y política, las clases, los sectores, los grupos sociales, van delineando y perfilando al mismo tiempo lo que conviene a sus expectativas vitales y a sus intereses sectoriales, grupales y particulares. En este

¹⁷ Giner, **Op. Cit.**, p. 98.

camino, los productos de la cultura reciben inevitablemente el sello y la impronta de la conflictiva social. No existen en función exclusiva de los extremismos que ponderan la fórmula por ejemplo del “arte por el arte”. No nacen ni aparecen como productos sin historia y sin contexto; no son artículos creados de la nada y del vacío, etéreos y celestiales, productos puros de la pura inspiración sin referentes y descontextualizada, sino obras que en forma aviesa, abierta, latente o sutil, llevan las marcas sociales de los enfrentamientos del hombre.

De cierta manera, se trata de varios niveles expresivos, simbólicos y significativos que contiene el discurso o texto cultural. La presencia social dentro del discurso cultural no necesariamente es el aspecto o el objetivo esencial de los contenidos, sino que aparece y se refleja en ocasiones como fondo de la trama, o de forma colateral y a través de motivos y detalles particulares, y hasta de manera subliminal. Y debe quedar claro que no nos estaríamos refiriendo sólo a lo que suele llamarse como “cultura panfletaria” y contestataria que apela a la doctrina y a la propaganda para promocionar su vocación e intencionalidad ideológica y política, sino a las elaboraciones diversificadas de la cultura o del arte en sus múltiples tipos, géneros y estilos. En otros términos, consciente e inconscientemente los creadores, los artistas y las obras capturan, codifican, cifran, expresan y comunican hallazgos simbólicos, detalles, nudos o cabos de lo que tiene que ver con el mundo social, bajo la estética y la aparente armonía, sublimación, elevación, perfección y pureza discursiva de las creaciones artísticas.

Un mundo subterráneo que puede simbolizarse a través de los conceptos freudianos de Eros y Tánatos, conformado por ansiosas condensaciones de fantasía, instinto y sueño, pero también por la interiorización de los vestigios sociales, está presente en los trasfondos de los actos de creación humana. Pero al final, sólo hálitos de ese submundo trascienden y se cristalizan --de manera compulsiva, veladamente y entre líneas--, en los artificios y los artículos culturales, sean musicales, poéticos,

narrativos, dramáticos, escultóricos, arquitectónicos, pictóricos, dancísticos, cinematográficos, o de cualesquier otra forma comunicativa. Y ahí los retos estriban, diría la analista Renée de la Torre, primero en que hay que recuperar lo que existe de “subjetivo en el objeto” y lo que hay de “objetivo en el sujeto”; y luego, reconocer que “somos sujetos que objetivamos subjetividades y que dotamos de significado a los objetos de la experiencia. Encarnamos pasiones, sueños e imaginarios que en momentos se nos desbordan”¹⁸.

Michel Foucault lo dice de esta manera:

“Detrás de la fachada visible del sistema se supone la rica incertidumbre del desorden; y bajo la tenue superficie del discurso, toda la masa de un devenir por una parte silencioso: un “pre-sistemático” que no es del orden del sistema; un “prediscursivo” que proviene de un esencial mutismo...Detrás del sistema acabado, lo que descubre el análisis de las formaciones, no es, en ebullición, la vida misma, la vida aún no apresada; es un espesor inmenso de sistematicidades, un conjunto estrecho de relaciones múltiples. Y además, aunque esas relaciones no sean la trama misma del texto, no son por naturaleza ajenas al discurso. Se puede muy bien calificarlas de “prediscursivas”, pero a condición de admitir que ese prediscursivo tiene todavía algo de discursivo...”¹⁹

El teórico europeo está refiriéndose a los ámbitos que están detrás y los trasfondos de la obra, del texto o del discurso. Y aunque tales construcciones o referencias no aparezcan enteramente como sistemas en cuanto tales, puesto que no es el objetivo trasladarlos de forma mecánica a las estructuras de una creación determinada, sin embargo parte de sus elementos son diseminados y filtrados y pueden aparecer bajo disfraces múltiples. Los mecanismos de traslación sígnica y simbólica de los autores pueden ser de naturaleza consciente o inconsciente. Así, los aspectos “prediscursivos” pueden referirse a las luces y oscuridades propias del

¹⁸ Renée de la Torre (1997), “La comunicación intersubjetiva...”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, p. 163.

¹⁹ Michel Foucault (1987), **La arqueología del saber**, Ed. Siglo XXI, México, p. 126.

universo subjetivo y onírico de los creadores, o a los ecos y reflejos que éstos perciben de su hábitat, de su propio mundo de la vida y de la estructura y las relaciones sociales existentes de una sociedad dada.

De otra parte, Pierre Bordieu, en esta conflictiva relación de individuo y sociedad, describe y resalta precisamente los aspectos de la confrontación en el marco de las luchas simbólicas. Y explica que el mundo social es...fruto

“y apuesta, a la vez, de luchas simbólicas, inseparablemente cognitivas y políticas, por el conocimiento y el reconocimiento, en el que cada cual persigue no sólo la imposición de una representación ventajosa de sí mismo...sino también el poder de imponer como legítimos los principios de la elaboración de la realidad social más favorables a su ser social (individual y colectivo, con las luchas acerca de los límites de los grupos, por ejemplo), así como a la acumulación de un capital simbólico de reconocimiento. Estas luchas se desarrollan tanto en el orden de la existencia cotidiana como en el seno de los campos de producción cultural que, aunque no estén orientados hacia ese único fin, como el político, contribuyen a la producción y la imposición de principios de elaboración y evaluación de la realidad social”.²⁰

En parte, de eso se trata: el problema del narcotráfico ha adquirido dimensiones de notoria importancia en la región estudiada. Ya no se trata solamente de los grupos y sujetos transgresivos involucrados directamente en la producción y distribución de los enervantes, sino que su acción —sostenida, ampliada y perfeccionada durante muchas décadas—ha generado impactos, efectos e influencias de diversos tipos sobre grupos, segmentos y sectores sociales más amplios, incidiendo sobre la sociedad y la cultura regional, trastornando escenarios y evidenciando características peculiares, de tipo transgresivo, por lo menos en lo que concierne al plano de la geografía nacional.

²⁰ Pierre Bordieu (1999), *Meditaciones pascalianas*, Ed. Anagrama, Barcelona, p. 246.

Desde sus percepciones primarias, tales grupos e individuos viven y transmiten en sus ámbitos particulares lo que a su juicio es una actividad legítima, o que han terminado por justificar, sustentada esta apreciación por lo menos en lo que concierne a sus necesidades de sobrevivencia. Porque hay que advertir desde ahora que tales productores primarios de drogas ilícitas en realidad no obtienen grandes beneficios por su trabajo. Obtienen sólo lo básico para sobrevivir, precisamente. Dada la naturaleza de la actividad en las zonas rurales, la apreciación es fortalecida aún más por los riesgos y los peligros a que están expuestos los campesinos que siembran y cultivan los enervantes, además de que con el pago de cuotas económicas y en especie que efectúan a las fuerzas policíacas y militares, para que los dejen trabajar o los dejen en paz, encuentran otra razón y otro mecanismo de justificación.

Esta lucha por el reconocimiento, que inicia y tiene su asiento reproductivo en la vida cotidiana, exige y tiende hacia otro tipo de acciones, como las que conducen hacia la desviación social, la delincuencia y el crimen, para salvaguardar los intereses particulares, de los grupos y más tarde los propios de las cofradías que van constituyéndose. Hasta los excesos y el sadismo, en los ajusticiamientos y ajustes de cuentas, llegan a ser justificados como parte necesaria de un mundo cerrado, que se encuentra permanentemente cercado y enfrentado con otros grupos delictivos, contra las prácticas de corrupción de las brigadas judiciales y militares y contra el sistema hegemónico. Y tales procedimientos llegan a transformarse en prácticas recurrentes entre los grupos transgresores, como modelos de lucha proporcionados por una sociedad en perenne litigio, hasta mostrar ciertos datos o elementos compulsivos de la descomposición social, en tanto huellas o rescoldos de los cotidianos regueros de sangre, ajusticiamientos, venganzas, delincuencia y crímenes exacerbados entre protagonistas, antagonistas e inocentes, que comparten espacial y geográficamente sin embargo un hábitat marcado por la transgresión social. Como anotaría Octavio Ianni, hay quienes reconocen y advierten que “la

violencia y la locura están imbuidas en la fábrica de la sociedad, como productos y condiciones de la organización y funcionamiento de esa misma fábrica”.²¹

Pero retomando la cuestión conceptual sobre la cultura, en un extenso trabajo práctico de interpretación, el analista Jorge A. González, define que ésta constituye un modo

“de **organizar** el movimiento constante de la vida concreta, mundana y cotidianamente. La cultura es el principio organizador de la experiencia; mediante ella ordenamos y “estructuramos” nuestro presente a partir del sitio que ocupamos en las redes de las relaciones sociales. Es, en rigor, nuestro sentido práctico de la vida”. Y --agrega el autor-- al mismo tiempo que **memoria, raíz y ligadura**, que en los planos de la realidad **distingue y unifica**, la cultura también es “**constitutivamente sueño y fantasía** que transgrede los cercos del sentido práctico”.²²

Como memoria, raíz y ligadura, la concepción sobre el mundo y sobre el entorno inmediato se va edificando a partir de las prácticas sociales cotidianas, las cuales constituyen el fundamento real de los horizontes de las expectativas de la existencia. Y en función de las relaciones con otros, se van forjando y configurando --desde la dureza de la práctica y la experiencia-- la identificación y la pertenencia grupal y social y se van dibujando simultáneamente los lineamientos y los aspectos y los datos del hábitus, que será siempre común y compartido. Y sobre esta base que unifica a los individuos, y que también los distingue como miembros de un grupo, de un estamento, de un sector y de una sociedad, van gestándose igualmente los ideales, las utopías o simplemente los planes, proyectos y expectativas de un mundo particular de vida, sobre la premisa, diría Habermas, de que

²¹ Octavio Ianni (2001), “La violencia en las sociedades contemporáneas”, en **Metapolítica**, No. 5, enero/marzo, México, p. 68.

²² Jorge A. González (1994), **Más (+) cultura (s)**, Ed. CONACULTA, México, pp. 57-58.

“la tradición cultural compartida por una comunidad es constitutiva del mundo de la vida que los miembros individuales encuentran ya interpretado en lo que atañe a su contenido”.²³

La cultura está presente, pues, como un manto que arropa y cubre a la sociedad, pero que además está cimentada en la estructura social y sedimenta de manera permanente las prácticas, las acciones, las interacciones sociales, la producción concreta de los contenidos y los artículos culturales y sus significados.

Por su parte, González puntualiza cinco cuestiones características de la cultura:

- 1.- Se trata de una propiedad consustancial, histórica y concreta, de toda sociedad.
- 2.- No es una entidad “flotante” de las superestructuras sociales que se mueva en función de los movimientos “reales” de la infraestructura económica.
- 3.- Posee materiales y soportes sociales objetivos; y ha sido social y disciplinariamente circunscrita a los procesos de construcción, codificación e interpretación social del sentido.
- 4.- Su especificidad “síglica” o “semiótica” constituye una dimensión integral de todas las prácticas y relaciones de la sociedad: “no se puede **ser** socialmente y no **significar**”. Y tampoco “hay acción social sin representación”.
- 5.- Así, “no agota su eficacia en el hecho de “ser” sólo significante, pues precisamente porque **significa, sirve**”.

De tal manera que, desde un punto de vista científico, resume el autor, que alude a Bordieu, la cultura debe ser concebida como

“una dimensión de análisis de todas las practicas sociales; es...la sociedad total, observada desde la dinámica de construcción y constante reelaboración histórica y cotidiana de la significación...La cultura es, pues, una **visión que nos define el mundo**. Sin embargo, esa visión es, al mismo tiempo y por efecto de las desiguales posiciones dentro de la estructura social, una **división práctica, efectiva y operante del mundo**”.²⁴

²³ Jürgen Habermas (1987), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo I, Ed. Taurus, Madrid, p. 119.

²⁴ Jorge A. González, **Op. Cit**, pp. 59-60.

Por lo pronto, el tema “La subcultura del narcotráfico en Sinaloa: simbología, transgresión y medios de comunicación”, desde su enunciado confronta varios retos. En primer lugar la amplia cobertura temática que sugiere. Luego, el abordaje teórico sobre cada una de las relaciones-conceptualizaciones planteadas. La cultura y sus símbolos, la violencia y los medios de comunicación en relación con la producción de estupefacientes, son partes de un mismo engranaje para interpretar y explicar las honduras de la problemática en una región específica del país. Aunque existe una vasta cantidad de textos relacionados con la violencia y el periodismo, como puede constatarse en la bibliografía de esta investigación, los alcances de la mayoría de tales trabajos tienen precisamente connotaciones periodísticas, que se han quedado como formulaciones pasajeras y de ocasión, y marcadas por la urgencia de los tiempos que rigen a esa actividad comunicativa.

En este trabajo vamos más allá de la explotación del morbo, del sensacionalismo y del escándalo en que suelen caer muchos de los trabajos de oriundez periodística. Y aunque aquí abordamos los senderos teóricos del análisis cultural, para interpretar y explicar la complejidad de un fenómeno social, nuestro estudio se encuentra acotado, sin embargo, en torno a la manifestación de ciertas formas transgresivas, culturales, en tanto expresiones simbólicas, y como consecuencia significativas, de los ámbitos de la “narcocultura”, en un particular espacio referencial y en la época actual.

2.-El enfoque estructural y la interpretación.

Conviene entonces que hagamos alusión de forma más explícita al enfoque primordial, de naturaleza teórica, y por tanto metodológica, mediante el cual miramos la temática que nos ocupa. Hacemos nuestra, de antemano, la premisa de Clifford Geertz quien partiendo de la idea de que el hombre

“es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido...la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”.²⁵

En tal sentido, “La narcocultura en Sinaloa”, es decir, la subcultura del narcotráfico y las prácticas de la transgresión social en esa entidad, puede observarse en varios espacios y ámbitos, en distintos niveles y planos, en diferentes escenarios y a través de múltiples formas simbólicas. En el lenguaje o los lenguajes de la sociedad se pueden localizar y delinear formulaciones culturales cargadas con signos y símbolos que remiten a los ámbitos de las drogas y de la desviación social. Y se encuentran en los planos de la música, en la pintura artística, en la literatura, en el periodismo, en la vestimenta. Quizá muy escasos compartimientos culturales y sociales no han resentido los efectos del fenómeno. Puesto que prácticamente todo lo que el hombre agrega a la naturaleza, en el sentido de construcción simbolizable, resulta por necesidad una obra significativa, los artículos y los hábitos con rasgos, connotaciones y denotaciones “enigmáticas” de transgresión, pueden ser rastreados, vistos e identificados, a pesar de que aparezcan revestidos y conectados a través de diversas usanzas, modos y estilos de expresividad, sea como formas simbólicas interiorizadas y subjetivas (creencias, valores e ideología), o como formas objetivadas de la cultura y la comunicación (instituciones, obras, afiches simbólicos y productos de consumo mediático).

²⁵ Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona, p. 20.

En algunos casos la fuerza, el vigor o la intensidad del producto cultural se podrán medir en función de su origen social, en otros por el objeto o el artificio como tal, en algunos más por la fuente productora o emisora y en otros por los consumidores, portadores o receptores mismos de la construcción significativa. Aunque la impronta de cada uno de los distintos aspectos estará siempre presente para hacer factible, comprensible y explicitable la dimensión de un objeto o un hecho cultural. Por ejemplo, el uso excesivo de las joyas que ciertos personajes del narcotráfico acostumbra como símbolo de estatus y reconocimiento, podrá ser observado y valorado adecuadamente sólo en relación de una conectividad compleja, en el que intervienen múltiples factores sociales, económicos y culturales. Tal costumbre no surgió ni genuina, ni original, ni primigeniamente de las puras ocurrencias particularizadas, o por sólo motivaciones psicológicas de los traficantes de mediana importancia o de “medio pelo”. Sin duda, los patrones sociales, la influencia de los medios de comunicación, y el valor intrínseco de las mismas joyas, han conducido a la construcción de tal práctica. Y lo mismo puede decirse de muchos otros hábitos y modas, como el gusto por la música de connotaciones violentas o el uso de las extravagantes y finas camisas de seda, y también de imitación, con las imágenes populares de algún icono religioso tradicional --Cristo o la Virgen María-- acompañadas híbridamente de la imagen del “santo de los narcos” sinaloense Jesús Malverde.

Al margen de los índices o grados de afectación y penetración en los diferentes estratos y esferas sociales, lo cierto es que la industria de las drogas --y sus secuelas y su parafernalia-- constituye hoy un complejo escenario sórdido, y expansivo, que se muestra no tan distante y no tan lejano de las ocupaciones y de las preocupaciones de los individuos, de los grupos y de los estratos diversos de la sociedad. Forma parte de los avatares históricos, de los escenarios del presente y de los derroteros y horizontes del devenir. Y si, como establece Habermas, “el mundo

de la vida acumula el trabajo de interpretación realizado por las generaciones pasadas”, el pasado sigue gravitando y pensando y pesando sobre el presente y el futuro sinaloense.

Habría que recordar que muchos años después de su surgimiento acaso como nimio e ingenioso cultivo familiar, casero y anecdótico, pasando por los oscuros y míticos fumaderos de opio de los años veinte y treinta del Siglo XX, la industria de los enervantes refleja hoy su impronta, tras los corrosivos legados de su acción, en los sectores rurales y urbanos. Y se manifiesta dinámicamente como mecanismo de sobrevivencia, modo de vida, desviación, delincuencia, criminalidad y ejercicio transgresivo de poder; se refleja con constancia, en las líneas de gestión y gobierno, en las esferas de la política y el poder hegemónico y en las omisiones y preocupaciones gubernamentales y del Estado; así como se ha filtrado en las actividades laborales, económicas y productivas legítimas; amén de habitar en la esfera de la ideología, en los productos culturales, la comunicación, el periodismo, el arte, los hábitos de entretenimiento y diversión y en la cultura en general, entendida ésta también, de acuerdo a una idea de Geertz, como un mundo social regido por “sistemas organizados de símbolos significativos”.

En todo caso, se trata de un magno fenómeno --el narcotráfico-- cuya desmesura ha impactado con fuerza a la población; desde los resquicios particulares de la vida cotidiana, y de la vida familiar, a los espacios públicos de la comunicación y la cultura, y por supuesto incidiendo en los valores, los mitos y las creencias de importantes grupos y segmentos sociales. Expuesta a las prácticas y los hábitos de la violencia, con sus secuelas furtivas, abiertas y compulsivas de “irracionalidad” y “locura” de grupos e individuos involucrados en el frenesí de una transgresión con micropoderes de fuego y armas, ciertos ámbitos sociales ofrecen o muestran diversos síndromes de descomposición, anarquía, inseguridad y miedo. Los síntomas en el campo y las ciudades inducen a grupos, sectores y segmentos

sociales a constituir sus propias normas de defensa y protección, o por lo menos a mirar con suma desconfianza la acción de los organismos federales, estatales y municipales encargados de la seguridad pública. Porque, por ejemplo, la población en general no sabe a ciencia cierta qué tan estrechos son los vínculos de colaboración entre los grupos delictivos y las fuerzas del orden que supuestamente los combaten, incluidos los destacamentos militares asignados a la lucha contra la producción de drogas. Se trata de un círculo vicioso que incide potencialmente aún más sobre las reales y expandidas prácticas de la desviación social.

En este sentido, dice Geertz:

“El **ethos** de un pueblo es el tono, el carácter y la calidad de su vida, su estilo moral y estético, la disposición de su ánimo; se trata de la actitud subyacente que un pueblo tiene ante sí mismo y ante el mundo que la vida refleja. Su cosmovisión es su retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad”.²⁶

Sin embargo, habría que observar el problema acaso desde una suerte de diletancia, mediante una óptica analítica alejada y distanciada, con el fin de evitar los riesgos de la moralización o de una toma de partido que empañe el registro y el descentrañamiento de los significantes de los hechos. Así, “tendríamos que saber reconocer --sostiene un analista-- que también los verdugos y no sólo sus víctimas nos conciernen en cuanto representación de nuestra común condición humana”.²⁷ En ciertos momentos, y en función de condiciones sociales, situación histórica y circunstancias existenciales específicas, los individuos son sujetos factibles de aparecer en diferentes ubicaciones, funciones y papeles. En todo caso, para el análisis la importancia del tema no tiene que ver o no se circunscribe a la existencia de víctimas o victimarios, sino más bien con un hecho sociocultural trascendente; se

²⁶ Geertz, **Ibid.**, p. 118.

²⁷ J. Muguerza, en **El mundo de la violencia**, A. Sánchez Vázquez (1998), coord., Ed. FCE, México, p. 46.

trata de un fenómeno social construido históricamente, que ha incidido sobre la vida pública, o sobre un mundo social que padece y resiente los efectos de la transgresión y que expresa las contradicciones y las paradojas humanas de una realidad de la cultura en una región específica del país.

El fortalecimiento y el auge de esta extraordinaria y diversificada empresa de la desviación –por sus contenidos actuales de ilegalidad--, ha ejercido, así, una vigorosa influencia y un impacto ramificado, extenso, profundo e incuestionable sobre vastos sectores y ámbitos sociales. De la economía a la política y de la sociedad a la cultura: las andanzas de las drogas ilegales han marcado sus resabios de desviación sobre la vida sinaloense. En el tinglado teórico y empírico de esta investigación cabalgamos sobre el paradigma del epígrafe de Eduardo Nicol que, dicho así con las palabras del filósofo, asume que la violencia se transforma y “forma cultura”, precisamente cuando ha crecido y rebasado su condición pasajera e incidental, se ha arraigado en el pensamiento y en la vida social y se ha convertido, ya, en “una predisposición”.

Sin embargo, con base en una muy definida y clara concepción estructural de la cultura que pone especial atención en el registro, la inquisición y el desentrañamiento de las formas simbólicas subyacentes en los hechos culturales, pero siempre en **el contexto de y en relación con**, realizamos este recorrido y desvelamiento teórico y empírico --a la usanza de la “descripción densa”--, sobre un fenómeno social que, por principio, en tanto forma simbólica socialmente estructurada a lo largo de muchos años, ha resultado sumamente impactante para la población involucrada. El problema del narcotráfico, más allá de su evidente expansión y fortalecimiento en la República Mexicana durante más de un siglo, particularmente se ha enraizado y profundizado fenomenológicamente, como materia, sustancia y constructo y símbolo, en el espacio y el tiempo de esa región noroccidental del norte del país.

John B. Thompson, en **Ideología y cultura moderna**, ha propuesto y desarrollado una “concepción estructural” de la cultura, no precisamente estructuralista. No es estructuralista porque se oponga a los estudios formales, sino porque va mucho más allá en el registro, interpretación y explicación de los datos y aspectos de los fenómenos. Es decir, no podría ser estructuralista en virtud de que la estrategia de estudio, desde los ángulos de las ciencias sociales, no podría limitarse sólo a los ámbitos internos, gramaticales, lingüísticos, lógicos o formales de los discursos, sino que incorpora por ejemplo, y sobre todo, el análisis de las situaciones, las condiciones, el momento histórico y, en suma, el contexto sociohistórico en el que se producen las obras y los fenómenos, así como lo que el teórico inglés denomina, retomando a Paul Ricoeur, como la hermenéutica profunda.

Explica Thompson que la vida de la sociedad no estriba únicamente en la aparición de “objetos e incidentes” que se presentan como hechos en el mundo natural, sino también consiste en una “cuestión” de

“acciones y expresiones significativas, de enunciados, símbolos, textos y artefactos de diversos tipos, y de sujetos que se expresan por medio de éstos y buscan comprenderse a sí mismos y a los demás mediante la interpretación de las expresiones que producen y reciben. En su sentido más amplio, la reflexión sobre los fenómenos culturales se puede interpretar como el estudio del mundo sociohistórico en tanto campo significativo. Se puede interpretar como el estudio de las maneras en que individuos situados en el mundo sociohistórico producen, construyen y reciben expresiones significativas de diversos tipos”.²⁸

De tal manera que esta perspectiva estructural enfatiza “**tanto** el carácter simbólico de los fenómenos culturales **como** el hecho de que tales fenómenos se inserten siempre en contextos sociales estructurados”. Y en consecuencia, el análisis

²⁸ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, p. 183.

cultural es el estudio precisamente de las formas simbólicas: acciones, objetos y expresiones significativos en relación con los

“contextos y procesos históricamente específicos y estructurados socialmente en los cuales, y por medio de los cuales, se producen, transmiten y reciben tales formas simbólicas”, en la idea también de que en tanto pleróticos de simbolismo, “los fenómenos culturales son significativos tanto para los actores como para los analistas”.²⁹

En el entendido de que los símbolos están y se muestran vinculados a sus significaciones originales, primigenias, literales y sensibles, así como a las propias cosas u objetos simbolizados, de los cuales reciben precisamente los contenidos como “epifanía de un misterio” (Paul Ricoeur). Desde los ámbitos de la doxa, e incluso desde los fondos y las raíces que la hacen posible mediante las primeras operaciones interpretativas, los símbolos se van cargando de matices, nuevos datos y condimentaciones; se trata de un proceso en el que los sujetos que originan, socializan y expanden los contenidos básicos del símbolo, van incorporando al mismo tiempo en la práctica de la interacción y la comunicación, de forma también inconsciente, aspectos que forman parte de su hábitat, de su medio ambiente, de su entorno y de la sociedad en la que viven. De ahí que, al margen de las creencias y certezas sobre las cualidades y los valores que se atribuyen a los símbolos, éstos resultan claramente significativos tanto para los analistas como para los mismos actores y protagonistas de los sucesos de la cultura. Retomando a Geertz, y valorando sus aportes, sobre todo en relación con el estudio plasmado en **La interpretación de las culturas**, Thompson precisamente sostiene que en el análisis cultural lo que importa no es tanto “una ciencia experiencial en busca de leyes”, o un analista que tenga como miras clasificar y cuantificar,

“sino más bien la sensibilidad de un intérprete que busque descifrar patrones de significado, discriminar entre distintos matices de sentido,

²⁹ **Ibid**, p. 203.

y volver inteligible una forma de vida que ya es de por sí significativa para los que la viven”.³⁰

Estamos, pues, en el sendero paradigmático que visualiza a los actos, los hechos, los fenómenos sociales y las expresiones de la sociedad en su conjunto como si fuesen más que un texto con ramificaciones contextuales, lleno por supuesto de significados, de acuerdo a los fundamentos teóricos y a la concepción de Geertz. Este ha formulado y demostrado de manera categórica en su ya clásica obra que en relación con los hombres, “desde el primero al último también ellos son artefactos culturales”. En este sentido, la cultura no está condensada solamente en las obras y los productos, sino que también el hombre puede ser entendido o visto como un auténtico artículo cultural. El hombre es cultura por el lenguaje, por el habla, por los gestos, por los hábitos, por la vestimenta; y lo es por sus actos cotidianos, por sus comportamientos, por las maneras en que se relaciona con otros, por su trabajo y por su pensamiento que se traduce en obras, en artefactos simbólicos, en construcciones significativas y en la propia significación de su existencia.

Así, en lo que concierne a ciertos grupos y segmentos sociales de Sinaloa, se les ha llegado a endilgar una imagen arquetípica, en cuanto a vestimenta, hábitos y carácter; pero se trata de una descripción que ha sido construida al paso del tiempo y que incluso los propios organismos culturales institucionales han llegado a adoptar, reiterando las tradiciones populares, de manera oficial. Lo que ahora es casi un fetiche que prácticamente y de manera irremediable remite a la ubicación y la identificación de un tipo de población, en realidad surgió de las prácticas cotidianas del mundo rural sinaloense, aunque nunca hayan sido privativas o exclusivas de ese estado nortero de la República Mexicana. La imagen --por supuesto ya estereotipada, en ocasiones funciona como un estigma de connotaciones negativas cuando se le vincula con la violencia--, exhibe hoy a un individuo altivo y fuerte,

³⁰ **Ibidem**, p. 197.

ataviado con el clásico sombrero tejano, la camisa a cuadros, el pantalón vaquero de mezclilla, el cinto de gruesa y brillante hebilla y las botas puntiagudas con oropeles, además de las cadenas, las esclavas y los afiches de oro, según el modelo manejado por organismos municipales y estatales, como la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), de Sinaloa, durante los festivales culturales que se organizan anualmente en las principales ciudades y poblados de la entidad.

La figura aludida, empero, no ha sido un invento oficial, y ni siquiera un artículo mediático, exclusivamente. Evidentemente se trata del resultado híbrido de una usanza tradicional, popular, que ha pervivido durante décadas, la cual ha sido a su vez expandida, y resemantizada, a través de las acciones incisivas y sistemáticas de los medios masivos de comunicación, y de la industria de la cultura, vía fundamentalmente la cinematografía y la música popular, ofertada ésta en el mercado por el disco, la radiodifusión y la televisión. A la postre, el estereotipo sinaloense --que se reifica no sólo en cuantas celebraciones y fiestas patronales y populares existen, sino como parte indisoluble de la cotidianeidad de la vida diaria-- ha sido asumido, interiorizado y asimilado, en la imaginación colectiva, hasta como motivo de alarde, presunción y “orgullo” regional; en buena medida, ha venido siendo decantado finalmente como un aspecto iconográfico, construido social y culturalmente bajo los aluviones y la marcha de la historia, y que es no únicamente una especie de acervo vivo y significativo, sino distintivo, de cierta parte de la identidad y la pertenencia cultural. Por lo menos el retablo imaginario ofrece una vigorosa y densa mixtura simbólica significativa, más allá de las diferencias que puedan existir y mirarse, para este caso, entre las categorías de **ser, dar la impresión y la pretensión de parecer**, planteadas en **La distinción** por Bordieu.

Volvemos con Geertz, quien sostiene:

“El hombre no puede ser definido solamente por sus aptitudes innatas, como pretendía hacerlo la Ilustración, ni solamente por sus modos de conducta efectivos, como tratan de hacer en buena parte las ciencias sociales contemporáneas, sino que ha de definirse por el vínculo entre ambas esferas, por la manera en que la primera se transforma en la segunda, por la manera en que las potencialidades genéricas del hombre se concentran en sus acciones específicas. En la **trayectoria** del hombre, en su curso característico, es donde podemos discernir, aunque tenuemente, su naturaleza; y si bien la cultura es solamente un elemento que determina ese curso, en modo alguno es el menos importante”.³¹

Entre las concepciones e intuiciones que hacen y tienen sobre sí mismos, y sobre su entorno, los propios protagonistas de los fenómenos culturales y las formas que se van edificando en los planos simbólicos, sin duda que van estableciéndose interconexiones y flujos que se expresan mutuamente. Cargados de subjetividad, entre valores, creencias, mitos y formas particulares de percepción, los autores de los símbolos populares, sin embargo, de algún modo se han representado un mundo que expresa concretamente el quehacer de una sociedad y de una cultura. Y sea como idealización, sublimación, propaganda, comercialización o vulgarización, los reflejos de la época, del tiempo, de la situación y del mundo concreto se alzan como artículos de la cultura. Y ahí, las prácticas sociales terminan por dejar su impronta y sus huellas en tales productos culturales, que más tarde habrán de ser retomados, moldeados e industrializados, de acuerdo a sus intereses comerciales y mercantiles, por las corporaciones ligadas a la comunicación de masas; aunque al final, no siempre ni necesariamente, los artificios y las imágenes mediáticas que inundan el mercado respondan con plenitud y fidelidad al espíritu de las percepciones y producciones “originales” de los actores y autores anónimos.

En este sentido, ha puntualizado por su lado el investigador Gilberto Giménez que la cultura se expresa como

³¹ Geertz, **Op. Cit.**, p. 57.

“La organización social del sentido, interiorizado por los sujetos (individuales y colectivos) y objetivado en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados”. Y porque “...si se la define como el conjunto de las “formas simbólicas”, la cultura no es más que el aspecto simbólico-expresivo de todas las prácticas sociales. Como dice Eunice R. Durham, la cultura está en todas partes, “verbalizada en el discurso, cristalizada en el mito, en el rito y en el dogma; incorporada a los artefactos, a los gestos y a la postura corporal””.³²

Tanto el dinamismo económico de la industria ilegal de las drogas, como su percepción sociocultural, forman parte de un complicado proceso histórico, estructurado social y políticamente. Dada la naturaleza de la investigación, el método difícilmente podría prescindir de la hermenéutica, que por supuesto comprende no sólo los factores contextuales, el análisis formal y la labor de reinterpretación, sino un amplio trabajo etnográfico de observación, registro y valoración interpretativa de la doxa o del discurso primario de la textualidad social, sea de tipo oral, iconográfico, corporal o escrito. Sobre la tarea primaria del registro interpretativo, sobreviene una segunda mirada analítica, de reinterpretación. La tarea implica corroborar y contrastar las prácticas sociales, las nociones o concepciones, populares por ejemplo, respecto de los problemas, el horizonte de expectativas o de las formas particulares de vivir y percibir la vida. Y para el objeto que nos ocupa, se trata de indagar en torno a las percepciones y hasta ciertas vivencias relativas al fenómeno de la desviación, que se ha instalado para este caso, en tanto parte del acontecer de individuos y de grupos y segmentos sociales localizados y estigmatizados, como una parte crucial de la representación social de la sociedad en su conjunto.

En esta idea, el procedimiento versa, de hecho, en torno a “una interpretación de la comprensión cotidiana”, traducida técnica y metodológicamente en “una

³² Gilberto Giménez (1994), “La teoría y el análisis de la cultura”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México, p. 40.

interpretación de las doxas”; es decir, se trata de un procedimiento que indaga respecto de los puntos de vista, las valoraciones, las opiniones, las creencias y las nociones que sostienen, asumen y comparten los sujetos que integran el mundo social. Sobre la premisa de que con la hermenéutica se efectúa una lectura, en varios planos y niveles, de las diversidades y constelaciones de “sentido” que se expresan a través de manifestaciones objetivas y subjetivas de la cultura. Pero a partir del reconocimiento también de que ninguna expresión, actividad, objeto, evento, hecho o cosa poseen significados **per se**, inherentes, inmutables, permanentes y consustanciales. La significación, apunta el teórico español Josetxo Beriain (1998), “sólo emerge a través de la interacción con otras cosas o eventos”.

Sobre estas cuestiones de método, el investigador Galindo Cáceres, al resaltar el principio o el fundamento de la interacción y las relaciones comunicativas, plantea que la tarea de investigar no estriba en solamente **conocer** desde cierta perspectiva, sino también en **hacer**, dentro del proceso de observación reflexiva, con la condicionante implícita de que sólo la crítica, la imaginación y la creatividad pueden hacer consistente al trabajo teórico y científico. Así, “la verdad” no existe,

“sólo existe la percepción y sus juegos cognitivos; la objetividad es sólo un momento de la reflexividad que es un movimiento constante de la observación, en el mundo social los objetos de observación no son mudos, también reflexionan y hablan...”³³

El proceso de la hermenéutica profunda, entonces, que prevé las fases del análisis histórico social y el análisis formal, se complementa y se define con la fase previa del registro y la interpretación de la doxa y la respectiva labor de reinterpretación de los signos, los símbolos, los objetos, las versiones, las interpretaciones y las diferentes fases del estudio. Giménez resume de esta manera:

³³ Jesús Galindo Cáceres (1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México, p. 20.

“Este proceso de interpretación, mediado por métodos objetivantes, es también un proceso de reinterpretación en la medida en que las formas simbólicas forman parte, como ya se ha dicho, de un ámbito preinterpretado. Se trata, por consiguiente, de reinterpretar lo ya interpretado en la vida cotidiana, de proyectar creativamente un sentido que puede diferir del que se construye rutinariamente en las interacciones cotidianas. Esta divergencia sólo se podrá apreciar por contraste con los resultados de la interpretación de la **doxa** que...constituye una operación preliminar”.³⁴

Es decir, aparte del conocimiento común y de las creencias y las intuiciones comunes de los sujetos que son engranes o partes del objeto cultural, o que viven directa o casi directamente los problemas y los fenómenos culturales, se registra en los ámbitos en los que se circunscribe aún la doxa, una suerte de sobreinterpretación elemental que corre a cargo de algunos grupos de intelectuales, políticos, líderes sociales y periodistas con diversa capacidad de análisis, pero que no logra distanciarse lo suficiente de las fuentes originales; es decir, de la **vox populi** y del vulgo. A partir de estas versiones e interacciones primarias, entra en juego entonces la acción propiamente dicha de la reinterpretación de lo que ya ha sido previamente interpretado, con los ingredientes además de la perspectiva histórico social y de las técnicas formalizadas del análisis de las estructuras internas de la obra, del discurso, del texto o del fenómeno o hecho particular.

De tal manera que la metodología de la hermenéutica profunda de la concepción estructural de la cultura supone varios procedimientos de análisis. En primer término se encuentra el acercamiento a la “hermenéutica de la vida cotidiana”, o a los ámbitos propios de la interpretación de las significaciones de la **doxa**. Un segundo aspecto está implicado por el estudio sociohistórico, compuesto a su vez con la integración de los siguientes factores: 1) los escenarios espaciotemporales; 2) los campos de interacción; 3) las instituciones sociales; 4) la estructura social; y 5) los medios técnicos de transmisión. Luego, es menester tomar

³⁴ Gilberto Giménez, **Op. Cit.**, pp. 62-63.

en consideración a los recursos formales, con la aplicación de varias opciones de estudio, que van desde el análisis semiótico, hasta el conversacional, el sintáctico, el narrativo y el argumentativo. Y finalmente, el cuarto nivel tiene que ver con la labor general y amplia de interpretación y reinterpretación. Esto posibilita ejercer una mirada inquisitiva, introspectiva, particularizada y extensa a la vez, en distintos momentos del estudio, sobre las significaciones, relaciones y complejidades de los fenómenos culturales. Pero es importante reiterar que el proceso no implica que las fases de estudio y análisis tengan que realizarse necesariamente en el orden señalado; éste tiene que ver más bien con las propias exigencias y especificidades temáticas.

Es pertinente reiterar y resaltar que Thompson establece una clara distinción entre los métodos estructuralistas y la concepción estructural de la cultura que ha desarrollado. En cuanto a los primeros, fijan el análisis en los rasgos internos, en la estructura formalizada de las construcciones simbólicas; y la segunda, como hemos visto y como una parte fundamental del método, se preocupa y se ocupa de las significaciones simbólicas y socioculturales y de los contextos y procesos estructurados histórica y socialmente. Y en este tenor, desglosa cinco características de las formas simbólicas, necesarias de incorporar en el análisis de los fenómenos culturales: los aspectos **intencional**, **convencional**, **estructural**, **referencial** y **contextual**. Mediante tales características, que son al mismo tiempo herramientas de análisis, pueden vislumbrarse y estudiarse los componentes sociohistóricos y los elementos diversos a través de los cuales las formas simbólicas --cuya valoración podría ser en un sentido en esencia simbólico, o desde una perspectiva económica o mercantil-- habrían de ser consideradas con la denominación precisamente de “fenómenos significativos”.

Sobre el sustento histórico de las condiciones económicas, tangibles, concretas, de la sociedad, las formas objetivadas y las formas interiorizadas o

internalizadas de la cultura constituyen aquí uno de los fundamentos y propósitos esenciales del “descentrañamiento” del fenómeno cultural en torno al narcotráfico. En tanto construcciones y expresiones simbólicas, sus significaciones dan cuenta del involucramiento de la población respecto del fenómeno, que constituye o conforma lo que Bordieu denomina como “campo cultural”. Así, en cuanto a las formas objetivadas, estamos aludiendo al moblaje de la industria de la cultura y de los medios de comunicación, que se identifica y se evidencia en este caso a través de una serie de productos como los corridos norteños, la novela, el cuento, la poesía, el teatro, la creación pictórica, la pintura urbana de tintes populares y el grafiti, la iconografía popular en general, la moda, el vestido y sus aditamentos, los artefactos y artículos de consumo y de pretensiones de estatus, así como instituciones diversas, entre las que destacan las que han sido creadas ex profeso para el seguimiento o combate, en este caso, de los efectos de la transgresión; y en cuanto a las formas subjetivadas o internalizadas, nos referimos a las creencias, los mitos, las opiniones y los valores, que encuentran anclaje, aposento, estructura y formulación dentro de los moldes o modelos de las formas objetivadas. Obviamente que ambas formas constituyen no sólo facetas sustantivas del proceso de percepción y apreciación, sino también de interacción, socialización y mediatización de la cultura.

Las significaciones de tales construcciones simbólicas son vistas como una suerte de entramado, marco y trama cultural, universo sociocultural y “hábitus”, en el que se mueve común y principalmente la población --entre los espacios y los objetos básicos con que se reconocen e identifican los individuos y los grupos sociales--, y que posibilitan, engendran, modelan y dan pie a los comportamientos, las acciones y las reacciones concretas, particulares y comunes de los hombres. No está por demás indicar que en cuanto a la “socialidad”, como señala Agnes Heller, la forma fenoménica primaria para el hombre particular, dentro de los ámbitos de la vida cotidiana, es

“la sociedad **concreta**, la integración **concreta** en la que nace, representada por el mundo más próximo a él, por el “pequeño mundo”...el hombre se apropia en éste de los elementos, las bases, las habilidades de la socialidad de su tiempo”.³⁵

En este contexto, resulta menester subrayar que en los planos de la cotidianeidad humana, y en los ámbitos subterráneos de la sociedad, en los suburbios y laberintos infraculturales que rozan los lindes de la vida privada y la vida pública, es donde se configuran y reproducen las pautas de comportamiento esenciales de los grupos e individuos. En los sitios no necesariamente visibles de la sociedad y la cultura, pero que son los espacios vitales de los hombres, y que pueden ser vistos como la matriz primigenia por ejemplo de la comunicación interpersonal. Se trata del quehacer de la historia vívida, densa y profunda, que se engendra o se reconstruye, se desliza, camina y corre bajo la otra historia; de esta otra que se refleja en la vida pública, la que es notoria y visible, y que se construye y tramita por vías oficiales y “legítimas” y que se reitera a través de los medios masivos de comunicación.

En aquél hábitat, sin embargo, en ese vigoroso mundo de la vida de penumbras sociales y culturales --por lo demás, en constante retroalimentación con la vida pública, o con los mecanismos ideológicos hegemónicos--, se ventila permanentemente el quehacer, a veces sórdido, a veces común y corriente, de la existencia de los individuos, de las familias, de los grupos, de los pueblos. Espacio y lugar de deliberación y resistencias, y de aceptación, asimilación y reproducción de la ideología y la cultura, el mundo de la vida cotidiana es también el ámbito donde se gestan las formas de la creatividad y donde se confabulan los mecanismos de la transgresión, donde se tramita, decimos, una historia y un destino que transitan debajo de la otra historia.

³⁵ Agnes Héller (1987), **Sociología de la vida cotidiana**, Ed. Península, Barcelona, p. 32.

John B. Thompson, en la introducción a su obra ya citada, arguye que los organismos y las instituciones clásicas del Estado moderno, como partidos políticos, sindicatos, asociaciones, grupos de presión, etcétera, son agrupamientos de ejercicio de poder y dominación extremadamente importantes. Sin embargo, advierte el analista de la cultura y la comunicación, “no son los únicos sitios, ni siquiera los sitios más importantes para la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo”. Más bien, para el grueso de los individuos, las relaciones entre poder y dominación que más fuerte y más directamente inciden y les afectan son aquellas que están cercanas a su medio ambiente, a su hábitat inmediato y que son representativas de los contextos socioculturales en los que transcurre la monotonía rutinaria de su vida diaria, como la casa familiar, el sitio de trabajo, el aula escolar, o los nexos con los pares o grupos de iguales. Tales sitios constituyen los ámbitos contextuales en los que los hombres, mujeres y niños realizan su existencia durante la mayor parte del tiempo, en un constante proceso de acción e interacción, como protagonistas de su propia vida, emitiendo mensajes y recibéndolos, asimilándolos, negociándolos o rechazándolos, y plasmando sus inquietudes y valoraciones sobre sí mismos y sobre el mundo social.

“Tales contextos están organizados en formas complejas. Entrañan desigualdades y asimetrías de poder y recursos, algunas de las cuales pueden vincularse con desigualdades y asimetrías más amplias que se repiten de un contexto a otro, y que atañen las relaciones entre hombres y mujeres, entre negros y blancos, entre los que poseen riquezas y bienes y los que carecen de ellos”.³⁶

En los sitios de la vida común y ordinaria de la población a los que se refiere el teórico inglés, se registra, se recicla --y se vehiculiza en el entorno social del ghetto o el barrio rural o urbano-- la comunicación directa o la interacción cara a cara. Sin restar importancia a otros tipos de comunicación, como la de los medios masivos que potencian los discursos, la interacción cara a cara o la comunicación

³⁶ Thompson (2002), **Op. Cit.**, p. XIX.

interpersonal, sin embargo, es la que más directamente expresa los sentimientos e intereses directos y esenciales de los sujetos, las familias y los grupos; estos entornos interactivos de cercanía, vinculación y socialización, sin duda constituyen los ámbitos en los que se construye, se materializa y se vive un mundo de la vida particular, y donde al final de cuentas se definen y determinan no sólo los rasgos o características de la vida concreta y presente, sino también los derroteros y los horizontes de expectativas básicos de la existencia humana. Se registra siempre como parte del escenario, claro está, una conectividad sustantiva entre ambos mecanismos de ejercicio comunicacional, así como entre las esferas pública y privada; y tal vinculación compleja puede revestirse de múltiples formas ideológicas, sobre el preexistente contextual o socioeconómico que implican las desigualdades socioculturales, los desequilibrios estructurales y las diferentes asimetrías de poder.

En torno a las cinco características de las formas simbólicas desarrolladas por Thompson, medulares para la concepción estructural de la cultura que ha propuesto, advierte que todas ellas intervienen en la constitución de los hechos y fenómenos, pero las maneras específicas y la importancia relativa de cada una de ellas, pueden variar según sea el objeto simbólico en cuestión. Empero, lo importante es que los aspectos:

- a) **intencional,**
- b) **convencional,**
- c) **estructural,**
- d) **referencial,** y
- e) **contextual,**

se relacionan todos, explica el autor, con lo que se transmite comúnmente por medio de los términos “significado”, “sentido” y “significación”. Y luego de puntualizar que uno de los fines es distinguir las características “clave” que permiten definir a las formas simbólicas como “fenómenos significativos”, Thompson desglosa:

a) **El aspecto intencional.** Las formas simbólicas, dice, “**son expresiones de un sujeto y para un sujeto (o sujetos)**”. Es decir, aquéllas son construidas siempre con objetivos o propósitos de comunicación. De tal manera que la constitución de los objetos como formas simbólicas “presupone” que hayan sido producidos, construidos o empleados por un sujeto para dirigirlos a otros, o bien que sean percibidos como si hubiesen sido producidos con tal intencionalidad. Empero, la intencionalidad no siempre es consciente y no necesariamente el “significado” responde fielmente a lo que el sujeto se propuso o quiso decir. En cualquier caso, el mensaje puede ser “poco claro, confuso, rudimentario o inaccesible; el sujeto pudo haber tenido intenciones diversas, conflictivas o “inconscientes”, o quizá simplemente ninguna intención clara”.

b) **El aspecto convencional.** Este punto se refiere a que tanto la producción, la construcción, el empleo y la interpretación de las formas simbólicas son procesos que implican el uso de “reglas, códigos o convenciones” de varios tipos. Y se aplican durante la vida práctica, como esquemas implícitos y tácitos, tanto en las reglas para la codificación como para la decodificación. Y éstas no necesariamente coinciden o coexisten, en función de que los códigos de producción de un determinado discurso no implican que los códigos de interpretación de los grupos de receptores sean similares. Por ejemplo, una acción o una obra podrían “interpretarse como un acto de resistencia o una amenaza al orden social, como una señal de cansancio o como un síntoma de enfermedad mental, aunque la acción ni se haya codificado de acuerdo con ninguna regla o convención particular”. Depende, pues, de los códigos particulares de los grupos sociales y de los individuos, el que se logre una comunicación eficaz, o que responda a las intencionalidades originalmente pensadas y transmitidas.

c) **El aspecto estructural.** Las formas simbólicas presentan una **estructura articulada**, en el sentido de que sus elementos poseen entre sí determinadas relaciones. Se distingue aquí la **estructura** de una forma simbólica, y el **sistema** que es representado en formas simbólicas particulares. El autor explica: La estructura de una forma simbólica es un patrón de elementos que pueden distinguirse. En cambio, un sistema sería una constelación de elementos “sistémicos”, que existen al margen de cualquier forma simbólica, pero que se concretan y realizan en formas simbólicas particulares.

d) **El aspecto referencial.** Como parte de su inmanencia, las formas simbólicas son construcciones que remiten a cuestiones que están fuera de su propia estructura discursiva. Todas ellas, “típicamente representan algo, se refieren a algo y dicen algo acerca de algo”. El referente es extralingüístico: captar el aspecto referencial requiere “una interpretación creativa que vaya más allá del análisis de los rasgos y elementos internos, y que intente explicar lo que se representa o dice”. Las figuras o expresiones se “refieren” o representan a algún objeto, individuo o situación; en la concatenación de sus rasgos, o a través de alguno o algunos de sus detalles internos, las formas simbólicas dicen algo acerca de aquéllos, los afirman, los expresan, los proyectan o los retratan.

e) **El aspecto contextual.** Se trata de un punto nodal del método estructural, en el que las formas simbólicas se construyen, se realizan, aparecen y “**se insertan siempre en contextos y procesos sociohistóricos específicos en los cuales, y por medio de los cuales, se producen y reciben**”. Por ejemplo, dice el autor, una simple frase dicha en cualquier situación, se inserta en un contexto “y puede llevar las huellas” --en términos del acento, la entonación, el modo de dirigir la palabra, la elección de las mismas, el estilo--, de las relaciones sociales características de tal contexto. En el caso de las formas más complejas, dependen de los contextos y las instituciones que las crean y mediatizan; son cruciales la manera en que se inventan,

construyen, difunden y reciben, así como el sentido y el valor específico para los perceptores. Por ejemplo, “el escenario y la ocasión del discurso, las relaciones entre quien habla y el público, el modo de transmisión del discurso y las maneras en que lo recibe el público no son aspectos del discurso mismo”. Es decir, éstos sólo pueden distinguirse en función de los contextos sociales, institucionales, así como de los procesos en los cuales se expresa, transmite y recibe el discurso, y tomando en consideración también “las relaciones de poder, las formas de autoridad, los tipos de recursos y otras características” contextuales. Y éstas tienen que ver, además de la importancia de las relaciones entre las clases sociales, con otras divisiones fundamentales, como las que ocurren entre géneros, grupos étnicos y los Estados-nación. Y en consecuencia, precisa el autor, las

“diversas características de los contextos sociales son constitutivas no sólo de la acción y la interacción, sino además de la producción y la recepción de las formas simbólicas”.³⁷

De tal manera que el contexto resulta crucial en el análisis de los fenómenos culturales. Por ejemplo, en un momento determinado, los trabajadores de la cultura o los artistas, tomando en consideración las características de la sociedad, o en su defecto del mercado cultural en donde se encuentra insertos pueden transformar, modificar, adecuar y manipular inclusive hasta las formas y el estilo de sus elaboraciones, con la pretensión, la intención o la idea de alcanzar eficazmente a una específica clientela. Expresamente, un autor, por ejemplo,

“puede modificar el contenido de un libro con la esperanza de atraer a determinado grupo de lectores (o con la esperanza de no ofender a otros); y un productor de televisión puede alterar un programa ante las expectativas acerca de la naturaleza y la cantidad de público”. Y es que la “recepción no es un proceso pasivo de asimilación; es más bien un proceso creativo de interpretación y valoración, en el cual el

³⁷ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, pp. 202-217.

significado de una forma simbólica se constituye y reconstituye activamente”.³⁸

En este plano, el mercado de la industria cultural posee una importancia relevante. El funcionamiento de éste se encuentra en correspondencia con los parámetros e intereses de la sociedad mercantil, potenciada al mismo tiempo por la acción y la participación de los medios masivos de comunicación, que responden a su vez a los intereses hegemónicos de la sociedad. De tal suerte que los hechos y los fenómenos culturales, de esta formación social profusamente mediatizada, tienen que ser contextualizados, ubicados y comprendidos como formas dependientes de las relaciones sociales, en las que siguen desempeñando un papel fundamental las instituciones y corporaciones empresariales y los enclaves económicos, cuyas ramificaciones ocupan los espacios locales, regionales, nacionales y transnacionales. En este tenor, explica Gilberto Giménez que en el mundo moderno la circulación de esas

“formas simbólicas está mediada por mecanismos e instituciones de comunicación de masas que han alterado profundamente la naturaleza misma de la cultura y los modos de transmisión o comunicación cultural. Thompson destaca este hecho mayor de nuestra actual situación cultural que él denomina **mediatization of culture**, esto es, la “mass-mediación” generalizada de la cultura”.³⁹

Respecto del análisis sociohistórico contemplado como parte primordial del enfoque estructural de la cultura, se plantea como objetivo la reconstrucción de las condiciones de “producción”, “circulación” y “recepción” de las formas simbólicas. Thompson desglosa cinco características que podrían ser consideradas como “típicas” de los contextos sociales. Son las siguientes:

- 1) los escenarios espacio-temporales
- 2) los campos de interacción

³⁸ **Ibid**, pp. 227-228.

³⁹ G. Giménez, **Op. Cit.**, p. 61

- 3) las instituciones sociales
- 4) la estructura social
- 5) los medios técnicos de transmisión

1) En el caso del análisis de los escenarios espacio-temporales, se trata de registrar e indagar en torno a los sitios o los lugares específicos en que se producen y son recibidas las formas simbólicas. De tal suerte que éstas son “producidas (expresadas, actuadas, inscritas) y recibidas (vistas, escuchadas, leídas) por individuos situados en ubicaciones específicas, que actúan y reaccionan en momentos y en lugares particulares”.

2) En segundo término, las formas simbólicas se observan de manera habitual en ciertos “campos de interacción”, que permite que los individuos aprovechen los diversos tipos y cantidades de recursos o “capital” que tienen a su disposición. Tales campos existen como conocimiento práctico, que se aprende de manera paulatina y se reproduce continuamente durante la vida cotidiana.

3) En cuanto a las instituciones sociales, éstas se sitúan en campos de interacción, en los cuales fijan posiciones y trayectorias, pero al mismo tiempo pueden crear nuevos campos, como el caso de los medios de comunicación, que incluyen, entre otros aspectos, reglas, recursos y relaciones.

4) Respecto de la estructura social, el análisis exige “un nivel más teórico de reflexión”, para tratar de esclarecer “las asimetrías y diferenciales sistemáticas de la vida social”, como por ejemplo el análisis que tiene que ver con la formación y la reproducción de las clases sociales.

5) Finalmente están los medios técnicos de transmisión, que no aparecen ni existen de forma aislada. “Presuponen siempre ciertas habilidades, reglas y recursos para codificar y decodificar mensajes, atributos distribuidos en sí mismos de manera

desigual entre los individuos”. Los medios, de manera frecuente, se despliegan en aparatos institucionales que pueden estar relacionados con el control de la producción y la distribución de las formas simbólicas. Es decir, el análisis no puede fijar sus objetivos en los aspectos meramente instrumentales y técnicos; implica, más bien, elucidar los contextos sociales en los cuales se despliegan tales medios ⁴⁰

El proceso de aprehensión y comprensión general de nuestro objeto de estudio, en tanto fenómeno social e históricamente edificado, así como los propósitos de elucidación, están mediados y condicionados no solamente por el método y las herramientas de análisis explicitadas, sino por el hecho mismo de que la problemática, como aspecto actual de la conflictiva social, se encuentra en una situación de permanente expresividad, como fenómeno vivo que se despliega a través de diferentes mecanismos sociales y culturales, en los cuales los medios de comunicación desempeñan un papel protagónico fundamental, pero en donde también la comunicación de tipo factual y los recursos de la comunicación oral, interpersonal y cara a cara, han desempeñado una labor fundamental. Un aspecto llamativo de la “narcocultura”, como el de la violencia excesiva de las ejecuciones y ajustes de cuentas, se traduce en escándalo en los medios de información, se materializa y registra de manera intermitente, de forma oscilatoria y pendular, a la alza y a la baja y a la alza, pero que sin duda ha terminado por afectar las percepciones culturales, de propios y extraños, sobre el fenómeno del narcotráfico. Y mientras, siguen presentes en los fondos sociales o en el mundo social violencias latentes y contenidas, así como manifestaciones diversas de comportamientos transgresivos de menor publicitación, ligadas a la industria de las drogas ilegales. Forman parte de su misma constitución y de su propia trayectoria.

Como consecuencia del impacto social e histórico del narcotráfico, la asimilación cultural de la temática ha significado no sólo la elaboración de múltiples

⁴⁰ Thompson, **Op. Cit.**, pp. 408-412.

artículos o productos alusivos, sino que en el discurso de la sociedad, en general, la tropología en torno a las drogas ocupa un lugar también protagónico. Esto es una constante en los medios de comunicación, sobre todo en los medios impresos, que dan cuenta corriente de un lenguaje que presupone familiaridad y cotidianeidad. Aparte de ello están las materializaciones en las obras del arte y la cultura y las reacciones y los reflejos en los discursos políticos, ideológicos y doctrinarios de las distintas esferas del poder político y administrativo, o de los grupos de poder religioso y económico. Y esto encuentra su correspondencia también en el habla popular, en el lenguaje común y cotidiano y en los discursos en general de la población. En suma, en el lenguaje de la sociedad el “narco” cohabita y comparte espacios, a través de la doxa, de forma referencial y por medio de los juicios morales y de valor, pero también por mediación de las mitologías, social e históricamente construidas, y de las propias y concretas expectativas de la vida que la población alcanza a intuir y visualizar.

En este sentido, Julieta Haidar cita a Adam Schaff para señalar que la relación entre lenguaje y cultura es doble, precisamente de causa y efecto, de factores y consecuencias, de influencias mutuas, recíprocas, en una vinculación dialéctica que se traduce por lo menos en dos aspectos:

“Uno, la influencia del lenguaje sobre los procesos de pensamiento y de conocimiento; dos, la influencia del lenguaje sobre los productos del pensamiento humano, tales como las ciencias, las técnicas, las artes, etcétera;...el lenguaje no sólo es uno de los elementos, sino también un co-creador de la cultura (en donde se realza el análisis dialéctico de la relación)”.⁴¹

Diversas aristas de ese lenguaje, de esa textualidad social y de esa cultura, son entonces objeto de nuestra atención en este estudio sobre “La narcocultura en

⁴¹ Julieta Haidar (1994), “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México, p. 143.

Sinaloa”. Tomando como premisa el enfoque estructural de la cultura, discurrimos sobre la simbología significativa que alude a la problemática sinaloense, por vía del acercamiento etnográfico y sociocultural de la población y de sus manifestaciones más visibles, y a través por supuesto de los medios de comunicación de masas, de la industria cultural y de ciertas formas expresivas de naturaleza iconográfica, popular y artística, en los que las formas altamente condensadas de significados son representativas del quehacer cultural de una sociedad. Reconocemos desde luego los niveles diferenciados de la comunicación que van desde los ámbitos de la sociedad global a los ámbitos particulares e individuales, pasando por las escalas organizacional, intergrupala e interpersonal, que integran la proposición teórica de tipo piramidal, de acuerdo a la organización de la sociedad, de Denis McQuail. En esta idea, comunicación global; comunicación organizacional; comunicación intergrupala; comunicación interpersonal; y comunicación individual, serían los elementos de la escala y en ese orden; según el modelo de McQuail, los niveles superiores incorporan en sus dinámicas específicas las cualidades y las características particulares de cada uno de los niveles inferiores, en lo que constituye entonces el proceso general de comunicación de la sociedad de masas.

NIVELES:

- Comunicación de la sociedad global**
- Comunicación organizacional**
- Comunicación intergrupala**
- Comunicación interpersonal**
- Comunicación individual**

B) La comunicación.

En nuestro trabajo un aspecto central lo constituyen los mecanismos de la oralidad o la facticidad comunicativa, en donde están presentes aspectos que van desde los silencios hasta la gestualidad y que contienen una efectiva significación simbólica; se trata de una comunicación oral (comunicación cara a cara o comunicación interpersonal) que en importantes sectores y segmentos sociales y vastos espacios geopoblacionales ha sido el recurso primordial de socialización e interacción sociocultural. Dada la naturaleza de las formas grupales y comunitarias en buena parte de los sectores rurales o primarios del estado de Sinaloa, y ante los imperativos de la convivencia, la cotidianeidad y la cercanía de los miembros de la población, el lenguaje fundamental ha gravitado en torno a los intercambios interpersonales, además de que en tales latitudes geográficas los mecanismos mediáticos impresos y electrónicos son aún formas exógenas, distantes de las prácticas comunicativas propias de los grupos e individuos de los ámbitos rurales tradicionales. En éstos en los cuales imperan, hemos puntualizado antes, altos índices de analfabetismo real y funcional. Pero en términos generales estamos refiriéndonos a peculiares elementos o aspectos culturales y comunicativos, que van desde el rumor, la gestualidad, las señales, el flujo directo de la comunicación o los diálogos cercanos e intimistas cara a cara, que son expresión simbólica de una cultura y que están ubicados, siempre, en un mundo social que produce, reproduce y configura los imaginarios colectivos de la propia, directa y precisa escenografía de su realidad concreta.

Como podrá deducirse, partimos también de la idea de que no pueden disociarse cultura y comunicación, puesto que una involucra a la otra, y viceversa. No hay cultura sin comunicación. No existe la posibilidad de una comunicación sin el sustento de una cultura, cualesquiera que sean los niveles de ésta. Como diría Umberto Eco: la cultura debe ser estudiada como “**un fenómeno de comunicación fundado en sistemas de significación**”. Y bajo ciertas premisas plasmadas, sobre todo, por el teórico alemán Jürgen Habermas, quien sostiene en su obra **Teoría de la**

acción comunicativa II, que de hecho las manifestaciones y expresiones comunicativas inevitablemente se encuentran insertas “**a un mismo tiempo**” en varias vinculaciones dialécticas con el entorno y el mundo. La acción comunicativa, ha puntualizado el autor alemán, se fundamenta en un "proceso cooperativo" de interpretación en el que los participantes o involucrados

"se refieren **simultáneamente** a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación **sólo subrayen** temáticamente **uno** de estos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción".⁴²

Nos permitimos referir aquí un ejemplo de nuestra específica problemática. Cuando un joven sembrador de marihuana, en las afueras de Guamúchil, en ruta hacia el norte pero aún por los rumbos del centro de Sinaloa, luego de relatar durante más de media hora diversas peripecias sobre la actividad (tierras, sembradores, compradores, precios, acciones de las policías, papel del ejército, etcétera), descubre que una pequeña grabadora, instalada en una silla como por descuido, ha estado registrando sus palabras, pasa del orgullo y la presunción con que se comportaba, al asombro, a la duda y el temor. Había pensado inicialmente que se trataba de una charla informal, anecdótica, entre amigos, como suelen darse las conversaciones comunes sobre la temática en los ámbitos sinaloenses. Y entonces expresó, levantándose de la silla y apuntando con un dedo flamígero, y el gesto y la mirada alterada y nerviosa, la magnitud de su azoro:

“¡Putra madre! ¿Está funcionando esa cosa? ¿Y ahora qué? No vas a decir mi nombre, ¿verdad?”.

Luego de tranquilizarlo, entre bromas propias de una tertulia, reclamó a un conocido suyo que estaba presente en la conversación:

⁴² Jürgen Habermas (1999), **Op. cit.**, p.171.

--¿Y tú, cabrón, porqué no me dijiste que estaban grabando?
--Pues porque no me preguntaste-, respondió el aludido, entre risas y al mismo tiempo con sorna.⁴³

El joven, después de sentirse sorprendido y engañado, se negó a continuar hablando sobre el tema. Sin embargo, luego de cavilar en silencio durante algunos minutos, se atrevió a preguntar con cierta timidez:

--Oye: ¿y será que voy a ser famoso? ¿mi voz va salir en televisión?

Empero la interrogante expresaba ya algo más: como un dejo de emoción y no precisamente de temor o reclamo. El mundo objetivo implica la referencia a un hecho al que se accede por conocimiento y práctica directa: la siembra de la droga. El mundo social está representado por una construcción colectiva, en la que están involucrados diversos actores de la actividad, y a la que se alude para confirmar, reiterar y justificar la práctica individual. Y en este nivel de análisis el mundo subjetivo puede mostrarse en el mito, por ejemplo, de la fama y el éxito que se presumen asociados a la industria del narcotráfico, en este caso a través de la posibilidad de aparecer en uno de los principales medios de comunicación electrónica: la televisión.

Ante la incierta expectativa de aparecer como figura pública --como ha sido el caso de varios personajes sinaloenses, de otras regiones del país y de otras naciones en los que cierto tipo de individuos se han hecho célebres por sus andanzas y aventuras en el mundo de la transgresión--, se trascienden los riesgos, sin importar tanto la naturaleza de los mismos. El ejemplo ofrece un abanico de posibilidades de análisis y da pie para diversas interpretaciones, pero la señalada resulta ilustrativa, y significativa, respecto de la concepción teórica habermasiana.

⁴³ Conversación con el autor, Guamúchil, Sinaloa, enero de 2002.

Por lo pronto, en tanto objeto de estudio, temática, mediación y recurso e instrumento central de análisis en la presente pesquisa teórica y empírica, la comunicación es concebida, de inicio, como parte de las expresiones de la cultura que han contribuido, social e históricamente, en la paulatina conformación de ciertas aristas del fenómeno de la narcocultura, aunque sin pretender que el impacto de los medios de comunicación masiva, o su poder de influencia, posea un carácter omnímodo y determinista, como durante años se concibió en las primeras teorizaciones de tipo positivista, funcionalista y marxista. En el caso del marxismo, pero en un sentido inverso, en lo que tiene que ver con el supuesto determinismo de la estructura económica sobre la superestructura, uno de sus fundadores, Engels, al analizar los vínculos economía-ideología, tuvo que precisar en un momento dado que en ninguna situación tuvieron, Marx y él mismo, la pretensión de plantear algo en tal sentido. Y resulta plausible la acotación puesto que en los ámbitos culturales e ideológicos tampoco cabe el determinismo causalista que en muchos sentidos se le ha atribuido a los medios masivos de comunicación.

Sin embargo, más allá de tal cuestión, partimos de la premisa de que, en palabras del teórico inglés John B. Thompson, existe de forma clara un “impacto interaccional de los medios técnicos” que ha tendido a afectar, sin duda, “la organización social de la vida cotidiana” y de la cultura. Pero se trata de un efecto o de un impacto de carácter “interaccional” y no unidireccional de los medios técnicos sobre la sociedad o la cultura en general. De ésta que está constituida también por un mundo social en donde sin embargo tiene verificativo, de parte de los receptores en el proceso de la comunicación, la potencialidad de la acción participativa, en la que se registra una suerte de resemantización, y al mismo tiempo refuncionalización, de los discursos mediáticos significativos que forman parte de la vida pública y de la vida cotidiana de la sociedad. Esto se realiza a través de las vías de la internalización y/o selección, discriminación, negociación, combinación o franco rechazo del

mensaje, en tanto que la sociedad está integrada por sujetos-agentes-actores que son consumidores con capacidades diferenciadas, grados de formación e información peculiares y facultades inteligibles, racionales, y no precisamente como entes pasivos e inermes, capaces sólo, se ha dicho, para ser objetos de una arbitraria asimilación del discurso mediático. Frente a éstos, en realidad existe una efectiva y tangible toma de posición individual del receptor, que debe ser entendido, empero, como un agente social que percibe, retransmite, resignifica y recicla en su entorno y en su mundo social los mensajes --los que en esencia le interesan-- que han enviado los medios.

Por lo pronto, Thompson define, en **Ideología y cultura moderna**, que la comunicación de masas, **grosso modo**, puede ser vista en principio como “**la producción institucionalizada**” y como

“la difusión generalizada de bienes simbólicos por conducto de la transmisión y la acumulación de información/comunicación... Lo que ahora describimos como comunicación masiva es una serie de fenómenos y procesos que surgieron históricamente a través del desarrollo de instituciones que buscaban explotar nuevas oportunidades para fijar y reproducir las formas simbólicas”.⁴⁴

De frente al vertiginoso desarrollo técnico de los medios de comunicación, el estudio de la sociedad y de las manifestaciones y fenómenos culturales ha transitado por facetas diversas, en las que por lo general, y como es lógico, se ha ido siempre a la zaga de las innovaciones tecnológicas y del vigor de la llamada industria de la cultura. De las tendencias positivistas, a los modelos funcionalistas y los planteamientos críticos; de las metodologías cuantitativas y cualitativas a los enfoques formales y estructuralistas sobre los contenidos de los discursos, han constituido un abanico teórico que, en esas diversas proposiciones y preocupaciones, ha tenido una característica esencial: el estudio de la comunicación se ha estado

⁴⁴ Thompson, **Op. Cit.**, p. 319.

tramitando a través de múltiples disciplinas científicas que van desde la cibernética hasta la sociología, pasando por la filosofía, la lingüística, la antropología, la historia, la psicología, la economía o la ciencia política. En este sentido, la comunicación sería fundamentalmente una red o un intrincado campo de estudio, extenso, denso y complejo, en el que tienen que ver prácticamente todas las actividades teóricas de vertiente humanística y social. En tanto disciplina multifacética, híbrida o “de encrucijada”, y también campo, objeto y expresión de la cultura, la comunicación ha requerido --por razones instrumentales, técnicas, de objetivos y de fundamentación teórica--, del concurso epistemológico y metodológico de varias disciplinas científicas.

Miguel de Moragas, en su clásico libro **Teorías de la comunicación**, ha establecido por ello que la disciplina “más que una ciencia”, constituye **un proceso** y un campo de estudio que aparece y se construye tanto en los niveles cognoscitivos del sujeto como en su acción social. En consecuencia, puntualiza el comunicólogo español, hablar de la investigación de las comunicaciones de masas es, en la mayor parte de los casos y de los países, “hablar de investigación sociológica”. Frente a ello, explica en seguida, tratándose ya particularmente del fenómeno comunicativo como objeto de observación, éste “no es aislable de un doble contexto: el social en general y el que hace referencia al marco ecológico-comunicativo en el que este proceso se desarrolla”. Y precisa que al observar y estudiar las interrelaciones de los diferentes modelos de comunicación, se pone en claro y se revela que

“no existe ningún fenómeno comunicativo de masas que pueda ser interpretado como independiente de otros fenómenos comunicativos... La presión comunicativa a la que está sometido el hombre de la sociedad contemporánea no se transmite sólo, sino también, a través de los medios de comunicación de masas”.⁴⁵

⁴⁵ Miguel de Moragas (1984), **Teorías de la comunicación**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, p. 25.

En este sentido, el fenómeno del narcotráfico difícilmente podría ser estudiado como una manifestación aislada, como una expresión sin nexos sociales, sin causas o factores que han incidido históricamente en su conformación; no podría desligarse de los aspectos sociales, económicos, políticos y culturales, si se tiene la intención de entender, comprender y explicar las complejas dimensiones históricas y socioculturales en las que se encuentra fundado y asido un hecho que, al tiempo, ha rebasado y trascendido su propia condición de problema policíaco y de salud para ubicarse y revestirse como un expansivo fenómeno simbólico, con una raigambre de historia, economía y cultura, en el que están involucrados varios sectores sociales, distintas instancias de poder, diferentes intereses económicos locales, regionales, nacionales e internacionales (legítimos e ilegítimos), así como diversos hábitos socioculturales, amén de varios centenares de miles de trabajadores, ubicados en las estratégicas fases de la producción, la distribución y el consumo de los enervantes.

En función de lo anterior, no resulta casual ni arbitrario el término “narcocultura”. Se trata de un concepto que, por lo demás, alude no únicamente a los usos y objetivos mercadotécnicos, publicitarios, consumistas y sensacionalistas de los medios masivos de comunicación y de la industria de la cultura, sino que refiere y denota significaciones profundas y trascendentes, que simbolizan, dan cuenta y representan parte del mundo social y del imaginario colectivo que se ha construido una sociedad, y que tienen lugar, como datos sígnicos y simbólicos precisamente del mundo de la vida, en los ámbitos comunes, reales, concretos y tangibles de la población.

Previamente y a la par de la expansión, socialización y difusión mediática de los elementos culturales que tienen que ver con la industria de las drogas ilegales, los grupos sociales involucrados en ésta han apuntalado y reforzado sus propias percepciones, códigos y valores en función de otras formas de interrelación, que tienen que ver básicamente con la comunicación oral o la comunicación fáctica, que

son las formas predominantes en los sectores rurales. Puede establecerse que ciertas tradiciones y costumbres, que ciertas creencias y valores y que ciertos hábitos culturales de grupos sociales subalternos, han sido retomados, reciclados y redimensionados por los medios de comunicación y por la industria de la cultura hegemónica. La cultura de masas, ha señalado Edgar Morin en **El espíritu del tiempo I**, no es más que el resultado “de una dialéctica producción-consumo en el seno de una dialéctica global que es la sociedad en su totalidad”.

Miguel de Moragas llama la atención respecto de que, a diferencia de los estudiosos de la comunicación que han dado prioridad a la cuantificación como método de investigación y análisis, Edgar Morin observa y destaca, más bien, la importancia que en cualesquier proceso de cultura posee la decodificación de los mensajes o de

“las unidades culturales. No se preocupa (Morin) únicamente por los contenidos, sino que abunda en la importancia de la recepción y de sus condicionantes: integración, proyección, que desarrolla, por ejemplo, cuando se plantea la importancia de la implicación de los espectadores ante los **stars**...”⁴⁶

La cultura de masas, de la que el mundo ha abrevado de manera intensa durante la última centuria, no se define en consecuencia exclusivamente en función de los mensajes y los contenidos que envían los medios masivos de comunicación. Se realiza igualmente desde los campos en que interactúan comúnmente los receptores. Y más: la cultura se conforma, y no podría explicarse de otra forma, con la dinámica propia del mundo social, con los rasgos y características peculiares del fenómeno cultural, con la injerencia de las instituciones políticas, económicas y mediáticas, además de la injerencia particular de la población consumidora que constituyen, reiteramos, el modelo comunicativo del **diamante cultural**. De manera

⁴⁶ Miguel de Moragas, **Ibid**, pp. 165-166.

que la cultura, entonces, recapitula De Moragas, es un sistema que “**hace entrar en comunicación, dialécticamente, una experiencia existencial y un saber constituido**” (subrayado nuestro).

Se trata del cruce de conocimientos y saberes disímbolos, de costumbres y tradiciones, de memoria y vida presente, en donde siempre tienen injerencia variados mecanismos comunicacionales. Pero además, agrega el investigador, con esa concepción

“se abre la puerta a la consideración de la influencia del “acontecimiento” y del azar, conceptos que para Morin serán de importancia central para la comprensión de la cultura de la sociedad capitalista... El ámbito que se atribuye a la cultura de masas supera ya claramente el marco de los **mass-media**...”⁴⁷

De tal suerte que la cultura de masas habrá de entenderse no solamente en relación con los grandes canales e instrumentos de la comunicación masiva, sino también en relación con otro tipo de acciones y formas comunicativas y culturales. Resultan más que evidentes los estrechos vínculos de la cultura y la comunicación, en donde por ejemplo las prácticas culturales son en sí mismas prácticas comunicativas, como las formas usuales de la comunicación interpersonal que se verifica de manera primordial en las comunidades rurales y campesinas del campo, la sierra y las montañas del estado de Sinaloa. Aunque la población tiene acceso a la comunicación electrónica a través de la radio y la televisión, los tipos de comunicación integrupal y “cara a cara” constituyen los vehículos fundamentales de interrelación, interacción y socialización entre los habitantes de los poblados y comunidades de una vasta zona geográfica que, en su mayor parte y desde hace muchos años, ha padecido los sobresaltos transgresivos de una actividad de alto riesgo, y en los que a fuerza de necesidad, costumbre, constancia y tiempo, ha

⁴⁷ **Ibidem**, pp. 169-170.

venido constituyendo los avatares, los senderos, las raíces, los rescoldos, las muescas y los hábitos de una férrea y sórdida cultura de la violencia.

Edgar Morin señala, en la perspectiva metodológica, que una teoría puede constituirse no únicamente en función de “regularidades estadísticas”,

“sino a partir de fenómenos y situaciones extremas, paradójicas, “patológicas”, que juegan un rol revelador...Para la sociología “evenemencial” el estudio del acontecimiento no es el estudio de la anécdota sino la vía de acceso clínico a lo que disimulan las regulaciones sociales, “la marcha normal” de la sociedad (...) No descartamos la idea de que un acontecimiento-accidente pueda cambiar el curso de una civilización”.⁴⁸

En varios sentidos el narcotráfico, más allá de ser una actividad altamente lucrativa, es un fenómeno al mismo tiempo extremo, paradójico y también “patológico” de una sociedad que lo ha formado, fortificado e incentivado en función de sus propias contradicciones. En tanto industria en la que están involucrados miles de millones de dólares y varios centenares de miles de trabajadores clandestinos, así como múltiples empresarios y políticos desde las sombras de sus poderes privados y públicos, en la actividad se labora al filo del riesgo social. Es una actividad extrema no sólo por lo que implica el enfrentamiento con el orden jurídico del establishment, sino también por las extremas ganancias que obtienen los involucrados, sobre todo los inversionistas, los dirigentes y los líderes. La paradoja esencial tiene que ver con el hecho de que muchos personeros oficiosos que presuntamente combaten, desde el Estado, el tráfico de drogas ilícitas, han sido en realidad quienes lo han fomentado tras bambalinas y desde sus espacios de poder, dirigiendo, controlando, aceptando o protegiendo las redes de producción y distribución desde hace varias décadas.

⁴⁸ Edgar Morin, citado por Miguel de Moragas (1984) en **Teorías de la comunicación, Ib.**, p. 171.

Pero más allá también de los mecanismos transgresivos que se echan a caminar en el trasiego que va de la siembra al consumo de las drogas, y que dejan secuelas de violencia, crímenes y muertes por doquier, por supuesto que se trata de una actividad que evidencia los síntomas “patológicos” de muchos individuos y grupos sociales predispuestos a los peligros que entraña la desviación social y dispuestos inclusive a dar la vida en el afán por obtener las mayores ganancias económicas de la forma más rápida posible. La frase popular parece ya un clásico de la creación musical en torno a la aventura del individuo que decide trabajar en el mundo de las drogas: “Prefiero vivir cinco años como rey que 50 como buey”. El investigador José Manuel Valenzuela, en un libro reciente, registra un revelador comentario de “Doroteo”, un sujeto ligado a la industria. Al referirse a la peligrosidad y al enriquecimiento abrupto, súbito y supuestamente fácil de los traficantes, “Doroteo” acotó en relación con el negocio:

“Fácil no, rápido sí. El riesgo es grande, primero perder la libertad, la vida, los principios. Los principios que dios nos señala, el ser humanitario...”⁴⁹

Múltiples son los intereses en juego y diversificadas son las esferas de la sociedad que resultan afectadas por un fenómeno que, aunque tiene su asiento en los ámbitos regionales, mantiene plenos vasos y venas comunicantes en los ámbitos internacionales. Valenzuela consigna, por ejemplo, que tan sólo en los bancos estadounidenses, y como producto del tráfico de drogas, se “lavan” anualmente entre 500 mil millones y 1.5 billones de dólares. Para el caso de México, de acuerdo a un funcionario de la banca, las operaciones de lavado de dinero equivalían a unos 21 mil millones de dólares, según consigna el propio José Manuel Valenzuela. Por supuesto, al paso de los años, el narcotráfico ha dejado de ser una anécdota, para transformarse en un hondo andamiaje estructural de la economía, y en parte

⁴⁹ José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México, p. 290.

importante, en este caso, de la imagen simbólica y del rostro “desviado” de la cultura. Y para el caso del estado de Sinaloa, el mismo exgobernador sinaloense Juan Sigfrido Millán Lizárraga calculaba que más del 60 por ciento de la economía regional, en diferentes rubros, se encontraba infiltrada por los recursos y la derrama histórica del tráfico de estupefacientes.

1.-Enfoques

Conviene señalar, de principio, que en el contexto de la Ilustración y del crecimiento y desarrollo de la industrialización, que trajeron consigo la consolidación y la ampliación de la sociedad de masas, la comunicación ha jugado un papel preponderante, como parte crucial y significativa precisamente de los tiempos de la modernidad. Con el advenimiento de la sociedad industrial se evidenció un vertiginoso incremento demográfico, que devino luego en una ampliación de la alfabetización, así como una paulatina concentración de las poblaciones urbanas en cada vez más grandes ciudades, además de la organización de la producción industrial y tecnológica de mercancías a gran escala, el tráfico mercantil, el desarrollo del comercio, entre otros aspectos. Sin embargo, es a partir de las primeras décadas del Siglo XX cuando se fueron gestando las iniciales preocupaciones teóricas y analíticas en torno a la comunicación, en parte como resultado de la creciente importancia social de los medios masivos como la prensa, la radio y el cine. Es decir, ya la comunicación mediática de la sociedad había adquirido carta de identidad y características de notoriedad en los ámbitos públicos de la sociedad y la cultura. Y es que desde el origen de la comunicación mediática, específicamente de la prensa de fines del siglo XVII y principios del XVIII, ha sostenido Habermas que el tráfico de información y de noticias se desarrolla

“no sólo en relación con las necesidades del tráfico mercantil: las noticias mismas se han convertido en mercancías. La información periodística profesional obedece, por tanto, a las mismas leyes del mercado, a cuyo surgimiento debe ella su propia existencia”.⁵⁰

La comunicación alcanzará una especie de esplendor masivo a lo largo del Siglo XX, como expresión, igualmente, del fortalecimiento y sofisticación tecnológica de la economía mundial. Es en este contexto en el que hacen su

⁵⁰ Jürgen Habermas (1981), **Historia y crítica de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, p. 59.

aparición las proposiciones y los análisis teóricos respecto de los usos, las funciones, el papel y la importancia de la comunicación en términos mediáticos. Para los fines de nuestra investigación la alusión a los modelos y los esquemas de comunicación propuestos desde las perspectivas positivista y funcionalista, tienen básicamente un sentido referencial, en tanto anclajes teóricos que han permitido sintetizar momentos históricos en el derrotero de la comunicación de masas, que puede ser vista, en tanto premisa, más que como una ciencia o una disciplina cabalmente formulada y formalizada, como un campo y un proceso complejo que está presente, particular y generalmente, en los niveles cognoscitivos individuales del hombre, en la acción social y en las manifestaciones culturales. Se trata de una disciplina conformada y cruzada por diversos paradigmas teóricos, que le otorgan una especie de perfil de “encrucijada”.

Sin embargo, en principio, en la hibridez epistemológica y conceptual reside parte de su amplitud y su importancia dentro de los estudios sobre la sociedad y la cultura. De Moragas explica que resulta pertinente reiterar y puntualizar que la relación entre la investigación de los hechos y los fenómenos de la comunicación y las diferentes disciplinas sociales en su conjunto, no obedece sólo o exclusivamente a cuestiones de naturaleza epistemológica, sino que se alude, igualmente, a las prácticas y aplicaciones concretas de las ciencias sociales

“en relación con el objeto de estudio elegido...La necesidad de interdisciplinarietà no aparece, entonces, como un capricho o moda académica, sino como una necesidad de dar respuesta al enfrentamiento entre el objeto-comunicación y las disciplinas sociales”.⁵¹

De manera que la comunicación empezó su derrotero y su evolución, en función precisamente de la diversidad de objetos de estudio, con las herramientas teóricas, técnicas y metodológicas de varias especialidades y disciplinas. Ha sido el

⁵¹ Miguel de Moragas, **Op. Cit.**, pp. 16-23.

sino y su destino, desde que a fines del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX la masificación de las sociedades empieza a establecerse y alzarse como un fenómeno y una problemática de la industrialización. Entonces se delínean las primeras preocupaciones relativas a la sociedad de masas, y que ejercieron una importante influencia ideológica, política y doctrinaria durante varias décadas: la llamada teoría crítica de la sociedad, enarbolada por el Instituto de Investigación Social de Frankfurt, mejor conocido como la Escuela de Frankfurt, entre los que descollaban Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamín, Herbert Marcuse y Erich Fromm.

La Escuela de Frankfurt, a la que aludimos en el apartado previo, denunciaba básicamente que los medios de comunicación tendían, concebidos como entidades de omnímodos poderes, y con la vastedad del alcance de los contenidos de los mensajes, a la pauperización de las artes y de la cultura, al tiempo que adocenaban, manipulaban y alienaban a las masas, transformándolas en aglomeraciones de individuos sin identidad y sin rostro, dispersos, pasivos, sumisos, obedientes y consumistas, amén de moldearlos prácticamente como acrícos esclavos de la ideología de la burguesía y del capitalismo. Así, en relación con la pérdida y degradación del arte como consecuencia de la masificación social y cultural, decían, por ejemplo: “...la obra mediocre ha preferido siempre semejarse a las otras, se ha contentado con el sustituto de la identidad. La industria cultural, en suma, absolutiza la imitación”.⁵²

A principios también del siglo XX fue puesta en boga la teoría de la “aguja hipodérmica”, una concepción de talante y formulación mecanicista, que consideraba a los medios también igualmente como agentes de gran poder de penetración e influencia social. Se pensaba que los mensajes eran percibidos más o menos de manera similar por los individuos de la sociedad, atendiendo a la fórmula

⁵² Theodor Adorno y Max Horkheimer, **Dialéctica del iluminismo**, Op. Cit., p. 158.

del estímulo-respuesta. De hecho, se concebía que los resultados o los efectos del proceso comunicativo eran determinados de forma indubitable por los emisores. Y un poco después, a fines de los cuarenta, empieza a forjarse la teoría del análisis funcional, en donde habrían de destacar Charles R. Wright y Harold Lasswell; este último se proponía estudiar el problema de la comunicación en su estructura y en sus funciones, pero llamaría la atención, sobre todo, con el modelo que lo haría famoso y célebre, hasta la fecha, y que consistía en las interrogantes

--¿Quién?

--¿Dice qué?

--¿En qué canal?

--¿A quién?

--¿Con qué efecto?

El análisis funcional habría puesto el acento precisamente en el estudio de los papeles de los medios. Y ello tenía que ver, primero, con la función relacionada con la supervisión del entorno y del ambiente social, a través por ejemplo de la recopilación y distribución de información y noticias (una sociedad vista como un paciente, y los medios como agentes médicos encargados de diagnosticar sus males y derroteros); en segundo lugar con la interpretación mediática (con la necesidad y la función de plantear pronósticos) de los acontecimientos; en tercero, se supone en los medios el papel necesario de la transmisión de la herencia cultural, incluidos normas y valores socioculturales; y finalmente la cuestión relativa al entretenimiento. En otros términos, el enfoque funcionalista dejó de priorizar el estudio del impacto y de los efectos, que había sido la preocupación primordial en los estudios comunicacionales, para indagar en torno a los roles o las funciones, además de las disfunciones, desempeñadas por los medios en sus nexos con la sociedad global.

Charles R. Wright, destacaría las siguientes funciones y disfunciones mediáticas: de advertencia y usos instrumentales y pragmáticos; aportación de prestigio a quienes se informan (entre ellos, los llamados líderes de opinión); aportación de estatus a quienes aparecen en los medios; y la función moralizante al exhibir las problemáticas y las desviaciones sociales. Y en cuanto a las disfunciones generadas por los medios, serían la amenaza a la estabilidad social al informar sobre la existencia de mejores sociedades y mejores condiciones de vida; el riesgo de la provocación de pánico ante los peligros; la generación de ansiedad ante la información de hechos negativos; y finalmente la inducción hacia el aislamiento, la apatía y la “narcotización”, cuando se hace creer al público de que se participa en la vida social a través de la información publicitada por los medios masivos de comunicación ⁵³.

Por su parte Florence Toussaint, en el texto **Crítica de la información de masas**, ha sintetizado la proposición del análisis funcional de la siguiente manera:

“La caracterización funcionalista de los medios de comunicación se resume en dos grandes funciones sociales y una disfunción”: conferir prestigio, reforzamiento de normas sociales y disfunción narcotizante...”

En este sentido, añade la investigadora, y de acuerdo a la tesis funcionalista, las personas, por ejemplo, resultan afectadas e influidas en la adopción y la toma de sus decisiones más bien

“por el contacto personal que por la influencia de los medios de masas. Esto se debe a las ventajas particulares de las comunicaciones personales: los contactos son más flexibles, permiten la respuesta y la retroalimentación inmediatas” ⁵⁴.

⁵³ Véase José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Ed. Pearson-Longman, México, pp. 46-47.

⁵⁴ Florence Toussaint (2000), **Crítica de la información de masas**, Ed. Trillas, México, p. 15.

A la par de las investigaciones de Lasswell y Wright, fue planteándose el paradigma denominado como “comunicación en dos pasos”, que consiste en un proceso que va de los medios a los líderes de opinión y de éstos hacia el público. En esta relación, y según investigaciones de Paul Lazarsfeld y otros como Berelson y Katz, la influencia mediática decisiva sobre los individuos se produce no desde los medios a los individuos, sino fundamentalmente a partir de la labor de los líderes y dirigentes políticos y sociales en sus nexos gregarios con los diversos sectores y grupos de la población. De tal manera que los mensajes de los medios pasan necesariamente por los filtros selectivos y de negociación de los agentes sociales que fungen como representantes de facto o actores de mediación entre público y medios de comunicación. Explica Lozano que tales autores desarrollaron, en consecuencia, el enfoque teórico “de la influencia personal”, conocido también como “enfoque de los efectos limitados” que da especial relevancia y destaca la importancia de los contactos y nexos personales por encima de

“la exposición a los medios masivos de comunicación, o del flujo de la comunicación en dos pasos, que enfatiza el proceso de circulación de información y opinión de los medios a los líderes y de éstos a sus seguidores...Así, los medios, más que cambiar la actitud de los receptores hacia ciertas personas, cosas o procesos, refuerzan predisposiciones, valores y actitudes preexistentes”.⁵⁵

Toussaint se ha referido también a esta tendencia que marcó un hito en los trabajos relativos a la comunicación durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la investigadora ha precisado que, más que “comunicación en dos pasos”, se trataría de un proceso de “pasos múltiples”. En virtud de las diversificadas vinculaciones e interacciones sociales, en este caso

“los fenómenos de comunicación en el liderazgo de opinión adquieren el carácter de “pasos múltiples”, debido a la existencia de repetidores

⁵⁵ Lozano, **Op. Cit.**, p. 48.

de las afirmaciones de los líderes, quienes por su parte también buscarán las opiniones de otras personas”.⁵⁶

A los planteamientos teóricos apuntados se suman diversas proposiciones en materia de comunicación, y llaman la atención, sobre todo, los modelos macroeconómicos de la economía política crítica y de las tesis del imperialismo cultural. Principalmente éste, con fuertes contenidos doctrinarios e ideológicos, fueron teorizaciones que tuvieron una extendida influencia en América Latina, por decir lo menos. Más allá de sus aportes analíticos sobre las acciones y los alcances económicos y alienantes de la industria cultural sobre la población mundial, el enfoque del imperialismo cultural, por ejemplo, no podía soslayar una explícita visión maniquea respecto del papel omnisciente y todopoderoso de los medios, frente a los públicos inermes y desprotegidos que, como masa, prácticamente no oponían resistencia ideológica y cultural ante el vendaval de los mensajes que tendían, entre otros fines, a la exacerbación del consumo de los bienes materiales e ideológicos del imperialismo. Entre otros, los autores más representativos serían el norteamericano Herbert Schiller y el chileno Armand Mattelart.

En términos generales puede afirmarse que las tendencias formuladas desde la perspectiva de la economía política y del imperialismo cultural, que fueron perspectivas trabajadas con amplitud en los ámbitos académicos en sus afanes eminentemente ideológicos, mantuvieron cercanías y coincidencias con las proposiciones de la sociología de la producción de mensajes (por ejemplo Pamela Shoemaker y Stephen Reese, entre otros), pero aquéllas enfatizaban el análisis y la crítica, de sustento marxista en su mayor parte, en torno al papel de las corporaciones internacionales de la industria de la cultura respecto de la dominación de las conciencias, así como sobre las condicionantes más generales, amplias y globalizantes del mundo de la comunicación. La perspectiva de la economía política,

⁵⁶ Toussaint, **Op. Cit.**, p. 16.

afirma Lozano, fue una importante tradición de la corriente crítica y puso el acento en las cuestiones que tenían que ver con la propiedad y el control de los medios de comunicación, así como con la influencia de los patrocinadores, empresarios y anunciantes publicitarios con el contenido de los discursos y mensajes comunicacionales, amén de los vínculos de las corporaciones y organizaciones de los medios masivos con los gobiernos.

En forma específica, la corriente del imperialismo cultural, agrega el investigador, se preocupó más precisamente por los contrastes, los “desequilibrios y desigualdades” en los flujos de comunicación, de medios y mensajes, existentes entre los países centrales y periféricos, y que tienden a beneficiar económica e ideológicamente a las naciones industrializadas, en perjuicio de la mayor parte de la población mundial. De tal manera que los sistemas de comunicación, anotaba un investigador,

“crean el medio ambiente cultural presionador de un sistema de vida, de un estilo de ser y relacionarse con los demás. Impulsan el consumo como meta principal y articulan la idea de un ciudadano tipo para la **civilización del consumo...**”⁵⁷

Junto a las tesis de la economía política crítica, del imperialismo cultural y de la corriente sociológica de la producción de mensajes, fueron formulándose otras tendencias, como por ejemplo el enfoque del llamado “análisis del cultivo” y la denominada “agenda setting” o establecimiento de la agenda. Ambas conciben a los receptores como sujetos activos, y plantean que la influencia de los medios de comunicación de masas ocurre no tanto de forma inmediata o sobre la conducta, sino más bien que se trata de proceso de largo plazo y que termina impactando en las cogniciones. En el caso del “análisis del cultivo”, se estima que los medios, desde la diversidad de las fuentes, los canales y los contenidos, “cultivan” precisamente en el

⁵⁷ Fernando Reyes Matta, citado por Lozano (1996), **Op. Cit.**, p. 97.

público, de alguna forma como predisposición, ciertas concepciones, valores, normas, creencias, que se van tramitando por concentración o “acumulación” de los mensajes mediáticos.

Los efectos de los medios, apunta Lozano, en realidad no deberían ser medidos sólo en términos de cambios inmediatos en el comportamiento, sino también “por el grado en que cultivan ciertas expectativas de la vida”. Debido al estilo, a las estructuras y a los formatos de los mensajes comunicacionales, particularmente de la televisión, que poseen una naturaleza de suyo repetitiva y predecible, explica el investigador en torno a las propuestas de tal enfoque, que al paso del tiempo, de los meses y los años, los receptores van obteniendo, o absorbiendo paulatinamente, poco a poco, "**cogniciones**", que a fuerza de insistencia o reiteración, llegan a transformarse en “actitudes” y muy a largo plazo, llegarían a propiciar “ciertas conductas”. Y para el asunto específico de la violencia, de acuerdo al enfoque del análisis del cultivo, el contexto sociocultural

“tiene que ser propicio en un individuo (pobreza, desempleo, carencia de educación, familia desintegrada, etcétera) para que la violencia televisiva funcione como detonador de conductas violentas...Sin embargo, lo anterior no significa que las constantes imágenes de asesinatos, pleitos, destrucción, accidentes, balaceras y agresiones verbales que desbordan la televisión comercial sean inofensivas para los televidentes”⁵⁸.

En el caso de la “agenda setting”, los medios más bien, en su papel activo, propondrían los temas de discusión para una sociedad determinada y ésta terminaría por hacerlos suyos; es decir, la influencia sobre el público habría de verificarse de manera oblicua, indirecta, pero efectiva al final de cuentas según tal concepción, en torno a qué asuntos constituían los mas importantes y necesarios para ser vistos, comentados y discutidos en la vida pública. Respecto de la premisa esencial de la agenda, puntualizaba Bernard Cohen, la prensa, por ejemplo, resulta en la práctica

⁵⁸ Lozano, **Ibid**, pp. 135-139.

más que un proveedor de información, análisis y opinión. En este sentido establecía que era posible que en muchas ocasiones la prensa no consiguiese el supremo objetivo de determinarle o decirle al público en **qué** pensar, pero su influencia resultaba decisiva respecto a la cuestión de sugerirle al público o a los lectores en torno **de qué** pensar.

En tanto proposiciones que constituyen de hecho una suerte de anclajes teóricos respecto de los estudios de comunicación, los aportes de los anteriores enfoques, así como los del estructuralismo y la semiótica --en donde habría que destacar el sentido de la polisemia intrínseca de los mensajes--, que ponen el acento en los discursos en cuanto tales, conducen necesariamente a mostrar que diversas disciplinas están presentes en el análisis de los temas y problemas característicos de la sociedad actual. Y han destacado durante los últimos tiempos los estudios culturales que han colocado a los medios de comunicación como entidades o instituciones en contextos socioculturales, políticos e históricos de más amplia envergadura. En esta ruta teórica ha destacado la Escuela o el Centro de Estudios de Birmingham. Un teórico de los estudios culturales (Downing) ha puntualizado que tal enfoque tiende a mirar el sitio o área de una específica manifestación cultural como una suerte de “arena” donde de hecho se enfrentan diferentes perspectivas sociopolíticas, un lugar donde la población o los individuos comunes y corrientes pueden “reinterpretar y **resistir**” los valores hegemónicos del sistema social “y quizás crear su propia cultura y significados”.

Economía, filosofía, cibernética, lingüística, sociología, semiología, ciencia política, antropología, afloran de diversas maneras en los fundamentos epistemológicos, en las proposiciones y en los modelos, de la teoría de la comunicación. Desde ese abanico paradigmático se desprende, en consecuencia y por lógica, la forma en que deberemos continuar abordando nuestra interiorización hacia el estudio del fenómeno cultural del narcotráfico: como hecho social e

históricamente estructurado. Sin embargo, y sin menoscabo de la utilidad específica, en diversos ámbitos parciales de estudio, de ciertas tesis, tendencias, corrientes o enfoques de comunicación enunciados hasta aquí, la naturaleza de nuestra temática exige una metodología sólida, pero al mismo tiempo amplia, diversa y abierta, no esquemática o maniquea, ni limitada hacia alguno de los elementos con que se identifica **grosso modo** o de forma clásica al proceso comunicativo; es decir, el mensaje, el medio y la recepción del proceso comunicativo; la metodología más amplia, reiteramos, se encuentra a nuestro juicio fundada en el enfoque estructural de la cultura (sustentado tal enfoque por autores como Clifford Geertz y John B. Thompson), en donde los actores de los hechos sociales mantienen una activa injerencia y una real participación, en tanto emisores o receptores activos, en la conformación social, histórica y contextual precisamente de los fenómenos de la cultura.

2.-En torno a la comunicación interpersonal.

Es preciso resaltar que en nuestro trabajo un aspecto esencial lo constituye la cuestión de la comunicación interpersonal, que está presente de hecho en prácticamente todas las facetas que forman parte de la problemática cultural del narcotráfico. Sea en el terreno de las manifestaciones culturales, como en la esfera pública de la sociedad y la vida cotidiana de la población, además de las prácticas sociales de los grupos inmiscuidos en las relaciones transgresivas y de violencia propias de la industria de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes. El habla, el discurso oral o factual constituye, en la práctica, el mecanismo a través del cual se erige la **doxa** de los ámbitos populares.

La comunicación interpersonal, cara a cara o factual, representa una de las prácticas preponderantes de interacción y socialización de la población sinaloense, en donde la gestualización adquiere una función relevante, dada su tendencia por los comportamientos comunicativos estridentes, de altos decibeles y de expresiva y festiva sonoridad. Las relaciones cara a cara y grupales siguen desempeñando un papel fundamental, incluso más importante como mecanismos de interacción, que otros modos o tipos de comunicación institucional como la de los medios electrónicos e impresos, aunque éstos hagan valer su hegemonía por su formalidad, su amplitud y su carácter masivo, y que sin duda nutren de contenidos, a su vez, a las agendas temáticas de amplios segmentos sociales. Y en esta línea comunicativa, el rumor, en tanto elemento primordial de las relaciones interpersonales, juega por supuesto un rol de significativa trascendencia en la comunicación popular, que ratifica el sentido de participación y reinterpretación del público en los ámbitos de la recepción de los mensajes.

Jesús Martín-Barbero ha insistido en que el fenómeno de lo popular se encuentra construido de "mestizajes", complicidades y contradicciones. Dada esa

composición y raigambre, se entiende porqué es capaz de vincularse con eficacia a la masificación de la cultura. Y es que, ha explicado el autor, las mediaciones implican un proceso en el que el discurso narrativo de los medios, por ejemplo, se adapta a la tradición narrativa tradicional del mito y el melodrama, en donde las audiencias o los públicos aprenden a reconocer su identidad cultural colectiva. Dice el teórico latinoamericano que el "redescubrimiento" de lo popular en los fenómenos, hechos y acontecimientos urbanos está en estrecha relación con la existencia de diversas costumbres y acciones comunicativas todavía vigentes entre los sectores populares, que pueden ser prácticas en ocasiones tradicionales (oralidad, rumores, chismes, chistes, relatos, etcétera), y en ocasiones retomadas de lo moderno. De tal suerte que se está metodológicamente –dice Martín-Barbero aludiendo a N. Casullo--, dentro de un “proceso” de elaboración de un nuevo modelo o esquema analítico que ubica directamente a la cultura

“como mediación, social y teórica de **la comunicación con lo popular**, que hace del espacio cultural aquél desde el que atisbar “las dimensiones inéditas del conflicto social a la vez que los nuevos objetos y formas de la rebeldía””.⁵⁹

En esta tesitura, una idea similar ha planteado Nestor García Canclini cuando cuestiona los supuestos de pasividad del público consumidor, como aún sostienen diversos analistas de la comunicación. Por el contrario, arguye, se registran, en el plano de la recepción, acciones de interiorización, asimilación, rechazo, negociación, reinterpretación o refuncionalización de los mensajes emitidos, en su caso por los medios de masas. Entre los programas televisivos, los discursos políticos o los diseños de los artículos materiales de consumo y los receptores, participan e intervienen

⁵⁹ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **Op. Cit.**, p. 128.

"escenarios descodificadores y reinterpretadores: la familia, la cultura barrial o grupal y otras instancias microsociales. Cada objeto destinado a ser consumido es un texto abierto que exige la cooperación del lector, del espectador, del usuario para ser completado y significado".⁶⁰

Empero, en lo que concierne a la temática del narcotráfico, en virtud de los peligros y los riesgos que implican tales asuntos, la población discurre con amplitud sobre ello, aunque en los ámbitos fundamentalmente de tipo interpersonal. Los rumores se esparcen en la vida cotidiana como una fórmula que suple, aunque sea en una mínima expresión, la ausencia de información pública confiable. Basados en la experiencia y en la memoria, entre los participantes se registra una necesaria reelaboración discursiva, que es al mismo tiempo resemantizada y refuncionalizada. De rumor en rumor, y de chisme en chisme, los descubrimientos, los hechos, los relatos, los detalles y las suposiciones son señalados, reconstruidos, aderezados y transmitidos entre amigos, vecinos y miembros de barrios y colonias en las zonas urbanas y rurales, con lo que suelen fortalecerse, por ejemplo, la estigmatización de sujetos, las creencias populares y la extensa mitología en torno al mundo de las drogas y sus personajes. Los diálogos de carácter interpersonal, de naturaleza intimista, suelen, en un momento dado, fortalecer las creencias o las ideas y las convicciones personales de los involucrados.

Acercarse, registrar y acudir a "las voces" y los testimonios vivos, de tipo oral, constituye un recurso fundamental para tratar de comprender aspectos de la vida y de la doxa de individuos y segmentos sociales vinculados a la problemática en estudio. Un analista sostiene que acudiendo a tales individuos, se puede recoger una versión cercana a los hechos, los detalles y las circunstancias que tuvieron que ver, no únicamente con los acontecimientos, sino también con "los sentimientos y creencias que se sostenían en tales circunstancias". En ese ámbito, la memoria

⁶⁰ Néstor García Canclini (1999), **Culturas híbridas**, Ed. Grijalbo, p. 38.

tendría una función primordial porque recoge, reúne y sedimenta lo que ha juzgado como

"más relevante conservar y transmitir. Los testimonios no sólo narran hechos que sucedieron, también nos aportan maneras de ver y pensar las cosas, valores, inquietudes, anhelos; en fin, una gama de creencias y pensamientos que acompañaron sus experiencias pasadas".⁶¹

Por su parte, el teórico alemán F. Böckelmann al referirse a la comunicación de masas en general, vincula a ésta con las prácticas cotidianas de la comunicación de diversos tipos como los aspectos gestuales y visuales, que ocurren a lo largo del tiempo, durante toda la vida. Y dice que los individuos, cuando en el papel de receptores consumen conscientemente los mensajes de la comunicación de masas, no sólo participan en ella en su tiempo libre o de ocio, sino que en realidad la reciben durante toda su vida:

"los estereotipos de la comunicación de masas son omnipresentes (en los carteles, en el vestido, en los movimientos y los gestos, en las maneras de hablar, en los recuerdos y las expectativas), e incluso la recepción directa de los medios se continúa en múltiples procesos de acabado y en charlas dentro de los grupos".⁶²

En el entendido de que la comunicación interpersonal no solamente se realiza con base en el lenguaje oral, sino que intervienen formas comunicativas no verbales de variada índole, en la que sin embargo está presente siempre la capacidad cognoscitiva de simbolizar, para Eduardo Nicol "lo que el hombre es y todo lo que hace se **explica** por la expresión: **es** expresión". Y el planteamiento de Nicol se refiere precisamente a la simbolización como elemento esencial del proceso comunicativo. Dice que, en principio, toda significación resulta "simbólica", lo cual

⁶¹ Jorge E. Aceves Lozano (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Op. Cit., p. 228.

⁶²F. Böckelmann (1983), **Formación y funciones sociales de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, p. 203.

quiere decir “dialógica”. Así, la “virtualidad” de significación de los símbolos no dependen únicamente de su relación con la cosa que ha sido significada, sino más bien de la “operación comprensiva”, que es en realidad una “co-operación” de quienes participan en la operación del diálogo. Porque

“Toda forma de diálogo es como un contrato existencial...significa también cooperación y contrato, pacto, tratado, reunión y vínculo. El hombre es un ser que existe contractualmente con su semejante; crea múltiples formas simbólicas de vinculación con él, mediante la comprensión común, no sólo porque con el símbolo efectúan ambos una referencia unívoca a la realidad común significada, sino porque la comunicación revalida el nexo contractual constitutivo”.⁶³

De otro lado, sobre el mecanismo básico de funcionamiento de la comunicación interpersonal, y basada en los modelos de Wilbur Schramm, la investigadora Florence Toussaint ha planteado que en el diálogo o en el intercambio comunicativo entre dos individuos

“el papel del comunicador le corresponde al primero que emite el mensaje; si el segundo individuo descifra la señal, cumplirá la función de preceptor o descifrador; pero si este mismo responde a su vez al mensaje y es captado y descifrado por el otro, la comunicación se convertirá en un proceso dialéctico, que hará de cada uno de ellos... un comunicador y un preceptor en sí mismos”.⁶⁴

El proceso, empero, no queda en general exclusivamente en tales marcos. Ocurren varios fenómenos internos, relacionados con el ambiente y el contexto social, en lo que, en parte, tiene que ver con un proceso necesaria u obligadamente “creativo”. Antonio Paoli explica que los receptores habrán de interpretar siempre. Y es que, dice, las tradiciones pueden rehacerse, y se rehacen, desde una nueva intencionalidad y desde una nueva voluntad de acción: “desde una nueva forma simbólica”. De manera tal que las cosas y los hechos previos o anteriores llegan a

⁶³ Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, Ed. FCE, México, p. 228.

⁶⁴ Florence Toussaint, **Op. Cit.**, p. 21.

interpretarse de forma novedosa. Y en virtud de que los sujetos sociales no constituyen o no son una organización ni tampoco un segmento o grupo específico de pronto llegan a encontrarse implicados en relaciones

“nunca antes vistas: novedades en el mercado, en la vida pública o climática, pueden presentarse ante ellos y sus modos de respuesta tienden a cambiar aceleradamente. Generan nuevos patrones de identidad, se alían y movilizan como nunca antes lo habían hecho. Junto con estas modalidades generan formas simbólicas peculiares mediante las cuales redefinirán los significados de su acción y su sentido”.⁶⁵

En este sentido, Thompson establece que la comunicación interpersonal, o lo que él denomina como "intracción cara a cara", tiene verificativo en un contexto de **co-presencia**, y posee un carácter, como lo anotaba Nicol, precisamente dialógico. Así, los participantes comparten un sistema de referencia espacio-temporal común. Hay un flujo de información y comunicación bi-direccional, de ida y vuelta, además de que los involucrados utilizan una **multiplicidad de señales simbólicas** de varios tipos. Las palabras, agrega el autor, pueden ser reforzadas o apuntaladas simbólicamente por medio de "guiños" y "gestos", frunciendo "el ceño" o "sonriendo", o bien cambiando el tono de la voz y otras cuestiones similares, que pueden ser ademanes o posturas corporales. De tal suerte que los participantes, precisa Thompson, están de forma constante, entre la rutina de la acción, implicados, por ejemplo, en “comparar” las distintas expresiones y señales simbólicas y significativas que usan normalmente los hablantes, las cuales son usadas precisamente para disminuir la ambigüedad, así como para redefinir la comprensión de los mensajes. Y si acaso los que participan “detectan” inconsistencias, o por ejemplo “señales” que no se corresponden entre sí, pueden ocurrir una serie de dificultades que incluso amenazarían la interacción hasta poner en “tela de juicio” la sinceridad del hablante.

⁶⁵ Antonio Paoli (2002), **Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación**, Ed. Umbral, México, pp. 336-338.

Empero, el acto de comunicación “cara a cara” implica de antemano una voluntad de vinculación y hasta de “complicidad” que en un momento dado puede llegar a ser mutua. En general los hablantes “cara a cara” que se enfrascan en una relación comunicativa pueden compartir valores, conocimientos o creencias de un bagaje y un patrón cultural parecido o común, lo cual les permite precisamente intercambiar hallazgos, ideas, información, datos, impresiones, sentimientos y emociones. Y es que la conversación, apunta un investigador, funge como una especie de “lubricante social”. En este sentido, y sustentado en varios autores, Francisco Sierra señala que los intercambios verbales se caracterizan por su “dialogicidad”. Y en su “naturaleza interactiva”, su principal atributo estriba en el carácter de “**destinado**”, que es “modulado” o regulado implícitamente por la presencia explícita del “**destinatario**”. De tal manera que la idea o la concepción de que el destinatario

“está presente en el mensaje, antes incluso de que el emisor codifique su discurso, afirma el hecho compartido de la comunicación. El habla modifica la situación de los hablantes, produce un efecto sobre los interlocutores (modifica el contexto existencial). Pues, es en el acto del habla cuando transformamos nuestra conciencia reformulando la identidad del **yo** a través del **otro**”.⁶⁶

Junto a ello, dice el autor, colocarse como parte de la conversación dialógica, expresarse a sí mismo con el otro, a través de las problemáticas o temas en cuestión que se disciernen en el intercambio comunicativo, constituye un acto no sólo de afirmación y reafirmación personal, sino que también sería como “alimentarse” recíprocamente con palabras y gestos para arribar a la relajación. Todo diálogo, anota, es un ejercicio vital que “libera” y “condensa” energías. De hecho significa

⁶⁶ Francisco Sierra (1998), “Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social”, en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Op. Cit., pp. 294-296.

una “descarga mutua” de tensiones y desempeña una “función catártica de adaptación”.

Thompson va más allá y extiende el análisis de la relación interpersonal hacia los nexos de ésta con la comunicación de masas. Debe tomarse en consideración que el derrotero y el desarrollo de la comunicación mediática ha sido, en un sentido primordial, una "reelaboración" de los fondos temáticos, del contenido y del carácter de la vida social; se trata de una "reorganización" de las formas, en las cuales tanto el contenido como la información “simbólicas” se producen, generan e intercambian en la esfera social, y se registra una necesaria “reestructuración” de las maneras y los estilos en que los individuos se forman y vinculan “unos con otros y consigo mismos”. De modo que,

“Si "el hombre es un animal suspendido en tramas de significado que él mismo ha urdido", como Geertz remarcó en cierta ocasión, entonces los medios de comunicación constituyen las ruelas del mundo moderno y, al utilizar estos **media**, los seres humanos se convierten en fabricantes de tramas de significado para consumo propio".⁶⁷

Además, y en gran medida, explica el autor, las reglas y convenciones que guían y conducen a buena parte de las acciones e interacciones en los ámbitos sociales son “implícitas”, y que pueden definirse al mismo tiempo como “**esquemas flexibles**” que posibilitan la orientación de los individuos en su vida cotidiana. Tales esquemas no funcionan como motores o banderas explícitas para la acción, sino que forman parte latente de sus hábitos de comportamiento y los individuos los ejecutan y los ponen en práctica de forma implícita. Se trata, en realidad, de condiciones de “acción e interacción” diferenciadas, inculcadas previamente, las cuales son factibles de ampliación y adaptación, de acuerdo a las circunstancias sociales, que en un momento determinado pueden ser novedosas en algunos aspectos. Tales condiciones se “realizan y reproducen” prácticamente en cada ocasión que el

⁶⁷ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna...**, Op. Cit., p. 26

individuo ejecuta una acción. Por ejemplo, cuando el individuo en sus relaciones habituales de comunicación

“emite una expresión verbal, hace un gesto, compra y consume comida, viste y arregla su cuerpo para presentarse ante los demás... De aquí que la aplicación de las reglas y esquemas no pueda ser comprendida como una operación mecánica, como si las acciones estuvieran determinadas rígidamente por ellas. Más bien...es un proceso creativo que con frecuencia implica algún grado de selección y juicio”.⁶⁸

Los intercambios “cara a cara” son los mecanismos primordiales de la acción y la vida social. Dice un autor: “pronunciar una expresión es ejecutar una acción” (Austin). Y son fundamentales tales intercambios, no sólo por lo que entraña su constancia práctica y su cotidianeidad, sino porque existen ciertas condiciones, como el espacio, que posibilita el uso de otras formas comunicativas que reiteran y fortalecen los mensajes directa y cercanamente emitidos; el tiempo real de la realización de la conversación plasma precisamente impresiones de realidad y concreción; e interviene el factor “confianza”, que en la cercanía emotiva y sensible puede permitir que los intercambios del coloquio sean aceptados sin tantas reticencias, peros u objeciones, negaciones o negociaciones, como ocurre con los flujos de la comunicación mediática. Aunque, claro, ello no implica la asimilación sin más de las ideas que se comparten bajo la esfera privada o particular de la comunicación interpersonal. Explica Thompson, en el trabajo en que discierne con mayor especialización en torno a los medios y el discurso (**Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**), que si el proceso comunicacional “es una forma de acción”, su análisis y su estudio deben sustentarse, al menos en cierta parte, en el estudio de “la acción”, así como en una “explicación” de su carácter socialmente contextualizado, es decir, como parte de un proceso social e histórico que tiene que ver con una sociedad específica. La vida social está

⁶⁸ **Ibid**, pp. 221-222.

integrada por individuos que construyen y realizan objetivos y propósitos de distintos tipos. Y en el cometido, éstos

“siempre actúan dentro de un conjunto de circunstancias previamente establecidas, y que ofrecen a los individuos diferentes inclinaciones y oportunidades. Estas circunstancias pueden concebirse como “campos de interacción”, para utilizar un término fructíferamente desarrollado por Pierre Bordieu”.⁶⁹

Por ello, explica el sociólogo y estudioso de la comunicación mediática, en primer término debería verse a la recepción precisamente como una actividad social. No como una función pasiva del hombre, sino como una práctica en la que “los individuos se implican y trabajan con los materiales simbólicos que captan”. Durante el proceso de recepción, aquéllos usan los materiales simbólicos para sus particulares o propios objetivos y propósitos, en formas que pueden ser “extraordinariamente” variadas, aunque también relativamente “ocultas” en virtud de que las prácticas de interrelación social no se limitan o circunscriben a ningún lugar en particular. La producción “fija” ciertos contenidos simbólicos en un sustrato o receptáculo material, mientras que la recepción los “suelta” y los libera al deterioro de la acción y del paso del tiempo. Esta orientación implica, además, que la recepción es una actividad situacional, porque los artículos mediáticos de consumo constituyen objetos de recepción de los individuos que permanentemente se encuentran ubicados, en cualquier ámbito o acción de la vida, en ámbitos contextuales y sociohistóricos específicos. Y por si fuese poco, en tanto que

“la recepción es siempre una actividad situacional, también es una actividad que permite a los individuos distanciarse de los contextos diarios. Al recibir materiales que implican un grado sustancial de distanciamiento espacial (y quizá también temporal), los individuos

⁶⁹ John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona, pp. 27-28.

pueden escaparse de su propio contexto, y por un momento, perderse en otro mundo”.⁷⁰

Irse a “otro mundo” implicará, entonces, la traslación subliminal por las vías mediáticas de la comunicación, en donde los individuos pueden forjar sueños, situaciones, aventuras y castillos de aire, y que pueden ser, acaso, y momentáneamente, episodios y sentimientos gratificantes, o en su defecto, diferentes desde su naturaleza imaginaria, más allá del tiempo y más allá del espacio personal. Pero en el advenimiento o la vuelta a la vida real, de nuevo, podrían aparecer la frustración o simplemente la resignación, tras la secuela de las experiencias imaginadas por intermediación de las vías o los conductos de la comunicación. Por lo pronto, sin embargo, los medios pudieron haber hecho posible una vida o por lo menos una visión pasajera, ilusoria, fugaz, momentánea, en torno a otros mundos y realidades.

⁷⁰ **Ibid**, p. 63.

3.-Los *media* y su dimensión simbólica.

Más allá del esquema esbozado, y de la importancia que revisten y que han tenido los medios y los diversos modos de comunicación en el delineamiento, la conformación y difusión del fenómeno del narcotráfico, así como su asimilación, reinterpretación y reformulación por parte de grupos, segmentos y sectores sociales de Sinaloa, lo cierto es que, como asienta Thompson, la comunicación mediática "posee una dimensión simbólica irreductible: se ocupa de la producción, almacenamiento y circulación de materiales **significativos para** los individuos que los producen y los reciben" ⁷¹. Porque, agrega el teórico inglés, resulta usual y fácil perder la perspectiva de esta dimensión simbólica para resaltar los aspectos técnicos de los medios, que son importantes, pero que no deberían diluir, oscurecer u ocultar las cuestiones de fondo, los asuntos en verdad relevantes, simbólicos y significativos, en tanto que la comunicación siempre es una acción o un fenómeno social contextualizado: siempre forma parte de contextos sociales estructurados de múltiples formas, los que, a su vez, ejercen una influencia innegable, inevitable y efectiva, en tanto que condicionan, también, dialéctica y estructuralmente, a la industria de la cultura y, por ende, a la comunicación mediática.

En este sentido, y por vías diversificadas, desde y con diferentes medios de comunicación, se ha venido gestando, reiterando y recreando una percepción respecto al narcotráfico, y que creció y maduró en un contexto social que puede verse como causa y efecto, factor, realidad y reflejo dialéctico, al mismo tiempo, de la expansión y magnificación de la problemática. Los medios y la comunicación constituyen aspectos y facetas notables de la intrincada red cultural que se ha tejido y configurado en torno a la amplia concatenación de la producción, distribución y consumo de las drogas ilícitas. Puede observarse una relación dialéctica, en suma, del mundo social, el objeto problema, la acción social y diversas instituciones

⁷¹ Thompson, **Ibid**, p. 26.

públicas y privadas, entre las cuales destacan las de la comunicación, y que al final se ha traducido, en los ámbitos propios de la percepción social, en la configuración histórica de los diversos rostros o aspectos de esta esfera particular de la transgresión o la desviación social.

Para analizar y estudiar el narcotráfico como un fenómeno cultural, político, social e históricamente estructurado, consideramos como necesario y pertinente poner de relieve los planteamientos de John B. Thompson en torno al papel de los media en la sociedad contemporánea, en los cuales desarrolla sus proposiciones metodológicas, a las que define como un método estructural para el estudio de la cultura. En el libro **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, ligado estrechamente a su trabajo previo **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, describe, desarrolla y explica los fundamentos de sus propuestas teóricas y analíticas. De inicio, destaca cinco características⁷² de la comunicación mediática:

- 1.- La comunicación de masas implica ciertos medios de producción y difusión técnicos e institucionales. El desarrollo de la comunicación de masas resulta inseparable del desarrollo de las **industrias mediáticas**.
- 2.- La explotación comercial de las innovaciones técnicas. En la producción para el consumo de formas simbólicas, ocurre una “valoración” de dos tipos: “valoración simbólica” y “valoración económica”. Se trata de **bienes para el consumo** que elogian o vilipendian y que, por supuesto, pueden venderse o adquirirse.
- 3.- Se instituye una ruptura estructurada entre la producción de formas simbólicas y su recepción. Los bienes simbólicos se producen en contextos específicos y se transmiten a destinatarios en contextos lejanos y diversos.
- 4.-Se extiende la disponibilidad de las formas simbólicas en el espacio y el tiempo. Los mensajes mediáticos están disponibles en contextos alejados donde se produjeron originalmente.
- 5.-La circulación pública de las formas simbólicas. Están disponibles para una pluralidad de receptores y poseen un carácter **público** intrínseco.

⁷² Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona, pp. 47-52.

El autor, al mismo tiempo, ubica tres tipos de relación socioculturales de interacción que, con el desarrollo tecnológico de los mass-media han transformado de manera profunda los intercambios comunicativos de la sociedad y de los individuos: la “interacción cara a cara”; la “interacción mediática”; y la “casi-interacción mediática”⁷³.

1.- En la “interacción cara a cara” los involucrados en la conversación directa y dialógica, comparten precisamente un espacio temporal común y se efectúa en un contexto de “**co-presencia**”. Los participantes, en el flujo de información bidireccional, de ida y vuelta, utilizan, además, una diversidad de “**señales simbólicas**”; esto permite, en la reiteración comunicativa que se dirime en un espacio y un tiempo común de los dialogantes, una eficaz capacidad expresiva en torno a los mensajes.

2.- Respecto de la “interacción **mediática**”, ésta implica el uso de medios técnicos que posibilitan la transmisión de información o contenido simbólico a individuos que están en sitios distantes (a través de cartas, teléfono, fax, etc.). Se extiende a través del espacio y el tiempo. Es decir, tiene lugar, este tipo de comunicación, en contextos que son espacial y/o temporalmente distintos.

3.- La “casi-interacción mediática” es la que tiene que ver con la llamada comunicación de masas, que se realiza a través de libros, periódicos, radio, televisión. La comunicación, evidentemente, no se establece con sujetos específicos. Los receptores son indefinidos y potenciales. Posee un carácter monológico, y es, de hecho, unidireccional. No tiene, este tipo de interacción, el grado de reciprocidad y las especificidades interpersonales de la “interacción cara a cara” ni de la “interacción mediática”. Sin embargo, constituye una forma de interacción, en la medida en que “crea cierto tipo de situación social en la que los individuos se

⁷³ **Ibid**, pp. 116-119.

conectan unos con otros en un proceso de comunicación de intercambio simbólico”. Se trata, en suma, de una situación estructurada en la que algunos elaboran formas simbólicas para otros que no están físicamente presentes. Y a pesar de la distancia y del tiempo, pese a los contextos diferenciados, pueden hasta establecerse lazos de amistad, afecto o lealtad.

Resultan evidentes los tejidos múltiples que se establecen entre distintos ámbitos de la sociedad ante la aparición y formulación de los hechos y fenómenos de la cultura. Por supuesto, en primer término, los vínculos entre industria, tecnología y cultura han potenciado el papel y las funciones expansivas de la comunicación mediática, que en la actualidad ha alcanzado niveles de desarrollo que resultan cruciales para la vida social en su conjunto. Entre los fines implícitos y explícitos de la industria cultural, los aspectos simbólicos, ideológicos y culturales, y los aspectos económicos y materiales se encuentran entrelazados, y dada la lógica de la sociedad capitalista, difícilmente pueden separarse; ambos aspectos van de la mano en la consecución de los objetivos que terminan por reiterar y fortalecer la ideología del establishment o del sistema, regido por un mercado que en el atizamiento o despliegue masivo de las formas ideológicas está afianzando al mismo tiempo los modelos mercantiles, las propuestas específicas de lucro y consumismo y en general las estructuras económicas capitalistas.

Los bienes o los artículos culturales, surgidos muchas veces como proposiciones populares, suelen ser sometidos a un proceso de reformulación desde los enclaves y las corporaciones de la industria cultural, para reciclarlos en el llamado libre mercado y dirigirlos hacia contextos sociales diferenciados, con lo cual se distancian los polos de la producción, la emisión y la recepción. Pero al mismo tiempo los productos pueden ser adquiridos y asimilados, en un momento dado, por públicos de diversas latitudes, con lo que se expanden social y

culturalmente las imbricaciones e hibridaciones simbólicas, en tanto que, además, los artículos están disponibles, potencialmente, para la sociedad en su conjunto.

Mediante todo este procedimiento global, los patrones culturales se extienden y fortalecen, a partir de la puesta en circulación y publicitación de los productos de la industria de la cultura, con todo y sus componentes y cargas ideologizadas, que en un momento fueron configurados en contextos sociales e históricos específicos. En relación a esta cuestión, explica el teórico alemán Frank Böckelmann que la comunicación mediática “contribuye” a una determinada “uniformidad cultural”, pero ésta no implica la eliminación o supresión de la diferenciación y estratificación social de las clases y las condiciones sociales. Por el contrario, anota, “estas diferenciaciones dependen justamente de la uniformidad”⁷⁴.

En este sentido, dice por su parte Miguel de Moragas, la interrelación existente entre cultura y medios de masas se produce, en cada país o en cada región, de manera distintiva. La masificación mediática ha transformado los sistemas de transmisión cultural y ha introducido cambios importantes, de espectacular notoriedad, en los contenidos culturales, los cuales terminan por homogeneizarse. Y un aspecto también relevante, dice el autor, estriba en que la comunicación de masas es “distinta” cuando lo son los medios particulares de comunicación que se utilizan, dado que se afecta la estructura de los distintos elementos que intervienen en el proceso⁷⁵.

Por otra parte, es pertinente destacar que la cuestión de la recepción de los artículos y los mensajes de los mass-media constituye, en esencia, un “**proceso hermenéutico**”, acota Thompson. Los individuos perceptores se ven envueltos e interiorizados en un complejo procedimiento interpretativo por medio del cual le

⁷⁴ Frank Böckelmann (1983), **Op. Cit.**, p. 206.

⁷⁵ Miguel de Moragas (1984), **Op. Cit.**, pp. 71-73.

otorgan “sentido” a los contenidos de los productos culturales. Agrega el autor que la interpretación, como diría Gadamer, no es precisamente una actividad exenta de presuposiciones. Es una acción viva,

“un proceso activo, creativo, en el que el intérprete lleva consigo una serie de supuestos y expectativas para tratar con el mensaje que él, o ella, trata de entender. Algunas de estas asunciones y expectativas pueden tener un carácter personal, esto es, exclusivo de las particularidades históricas propias de cada individuo”.⁷⁶

En esta idea, desde la perspectiva de la Escuela de Birmingham, David Morley dice que en lo concerniente al ámbito de las interpretaciones, el problema no se circunscribe sólo a las diferenciadas y diversificadas psicologías individuales, personales, sino además a la cuestión de las distinciones entre individuos ubicados en diferentes planos sociales y en distintas subculturas, y con variados antecedentes socioeconómicos. En otros términos, ante la interpretación de un hecho o de un mensaje, siempre tendrán incidencia en las formas de la recepción las distinciones individuales, de éstas que podrían enmarcarse por las diferencias culturales.

“La diferencia entre nuestras respuestas a ese mensaje debe relacionarse también con nuestros distintos bagajes sociales, con la forma en que nos proporcionan diferentes tipos de herramientas culturales, diferentes marcos conceptuales mediante los cuales podemos relacionarnos con los medios”.⁷⁷

De manera que, en diversas ocasiones, los supuestos, asunciones y expectativas que el receptor pone en juego durante la interpretación, tienen, de suyo, un diversificado carácter social e histórico. Durante el complejo proceso de interpretación, el individuo recibe, percibe, capta, analiza el flujo de la información

⁷⁶ John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad...**, Op. Cit., pp. 64-65.

⁷⁷ David Morley, citado por José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Op. Cit., pp. 192-193.

y de los datos, y coteja los elementos con base en su propia experiencia, y a la postre determina qué aspectos cumplen con sus expectativas personales. En un momento determinado la decodificación y en su caso la asimilación o interiorización de los mensajes tendrá qué ver con la historia y la experiencia de vida particular del individuo, durante un proceso en el que no siempre el hecho o el fenómeno interpretativo será una acción consciente y clara para quien la lleva a cabo y la tramita. Sin embargo, el sujeto social se inserta, durante la acción, en un imbricado tejido contextual de relaciones simbólicas.

Thompson refiere que en la tradición hermenéutica existe un aspecto por demás relevante, y explica que al interpretar las formas simbólicas, los individuos llegan a incorporarlas y asimilarlas dentro de la comprensión de sí mismos y de los demás. Y llegan a usarlas como una especie de “vehículos” o mecanismos para “reflejarse” a sí mismos y a los otros; como base, bagaje y sustento para reflexionar en torno a ellos mismos, pero también sobre los otros, sobre los demás, sobre el mundo y el entorno al cual pertenecen y se encuentran adscritos vitalmente. El autor utiliza el término “apropiación” para aludir al proceso de “comprensión” y “autocomprensión”. Y anota:

“Apropiarse de un mensaje consiste en tomar su contenido significativo y hacerlo propio. Consiste en asimilar el mensaje e incorporarlo a la propia vida... Cuando nos apropiamos de un mensaje lo adaptamos a nuestras vidas y a los contextos en los que vivimos”.⁷⁸

En la apropiación o adjudicación de los bienes culturales, las formas o los materiales simbólicos, los individuos toman cierta distancia de sus propias vidas cotidianas, de manera también simbólica, en los planos del imaginario cultural. Los sujetos sociales aprenden a obtener nuevas concepciones de condiciones y hábitos de vida que pueden diferir de sus prácticas particulares. Se trata de la “distanciación

⁷⁸ Thompson (1998), **Los media y la modernidad...**, Op. Cit., p. 66.

simbólica”, y llegan a obtener hasta una “perspectiva crítica sobre las interpretaciones oficiales de la realidad social y política”, tanto en los ámbitos geográficos de su cercanía, como en otros países, regiones y latitudes.

Sin embargo, arguye Thompson, en el proceso de apropiación de los artículos mediáticos, se genera una “fuente de tensión y conflicto potencial”, en parte porque tales productos pueden transmitir y mostrar escenarios, imágenes e ideas que podrían confrontarse con los valores propios de los estilos de vida tradicionales, los cuales forman parte del hábitat particular y original del perceptor. Aunque, igualmente, en tal discordancia y diferenciación podría encontrarse parte del “atractivo” de la comunicación; de ésta que contribuye, en la vida diaria, a que los individuos aprendan a tomar distancia, a imaginar alternativas, a pensar en nuevos modelos, a valorar nuevos esquemas de existencia y a cuestionar, abierta y subliminalmente, las acciones, las prácticas y los hábitos tradicionales de sus lugares de origen y de sus contextos socioculturales específicos.⁷⁹

En este sentido, dice el autor, las tradiciones han sido transformadas en la medida en que sus peculiares contenidos simbólicos se fueron “adhiriendo” a las novedades sociales y culturales, y en virtud de que se fueron vinculando a los nuevos medios de comunicación, los cuales constituyen o poseen la virtud de ser y ejercer una “movilidad multiplicadora” de la experiencia y la acción. Y a través de mecanismos como la “empatía”, que puede guiarlos o conducirlos hacia nuevas situaciones, vivencias y formas culturales, los sujetos llegan a distanciarse de sí mismos, de sus normas y patrones tradicionales, vía la imaginación, en lo que ha entrañado un amplio derrotero de progresiva desritualización. De tal manera que, en los hechos, con la **mediatización** los ritos sociales y culturales y las tradiciones han devenido en un nuevo funcionamiento y han adquirido una “nueva vida”. En consecuencia, con la masificación mediática la tradición en general ha sufrido una

⁷⁹ **Ibid**, pp. 233-234.

transformación fundamental y ha sido progresiva y paulatinamente “liberada” de los corsés, limitaciones y círculos estrechos de la comunicación factual o interpersonal, con lo que adquirió novedosos rasgos y nuevas y distintivas características. De tal suerte que, en este sentido,

“La tradición se desritualizó; perdió sus lazos con la experiencia de la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, el desarraigo de las tradiciones no les privó del sustento... preparó el camino para ampliarlas, renovarlas y reincorporarlas en nuevos contextos y unidades espaciales que se encontraban más allá de los límites de la “interacción cara a cara”.⁸⁰

En esta idea, las prácticas comunicativas de la población de una región determinada, como la del estado de Sinaloa, o de un estrato social específico, como el de ciertos grupos y actores sociales inmiscuidos, en su caso, en la producción y el tráfico de las drogas ilícitas, han sufrido cambios o adecuaciones en sus hábitos y formas de interacción. En las zonas de producción de enervantes los contrastes entre los diversos “mundos” son harto evidentes y relevantes. Frente a los mecanismos tradicionales del intercambio cercano, íntimo, en donde suelen convivir el rumor, los códigos particulares y una constante gesticulación para obtener y transmitir información, se observan elementos de la modernidad como los aparatos celulares y de radios de circuitos restringidos, que son instrumentos técnicos de primer orden para la realización de las actividades propias del negocio de las drogas. Y no sólo eso, sino que incluso, en ocasiones, son utilizadas estaciones de radio, en sus emisiones abiertas, para emitir mensajes en clave para inciertos pero específicos receptores, de la ciudad a la sierra y viceversa. Ha sido el caso de la estación radiofónica de la población de Guasave, en el centro norte del estado, identificada como XE-ORO, la cual ha sido frecuentemente utilizada por diversos individuos para enviar mensajes que presuntamente son codificados en clave, aunque no necesariamente sean diseñados por la estación, sino por el público. Dice Thompson:

⁸⁰ **Ibidem**, pp-238-239.

podríamos comprender las aparentes contradicciones y las paradojas que revelan tradición y modernidad,

“centrándonos en la siguiente consideración: el declive... de los fundamentos tradicionales de la acción no significa el cese de la tradición, sino más bien signos de un cambio en su naturaleza y papel, en la medida en que los individuos depositan progresivamente su confianza en tradiciones **mediáticas** y desubicadas como medios de dar sentido al mundo y crear su sentido de pertenencia”.⁸¹

Como ilustración de esta mixtura sociocultural, en el lenguaje peculiar del ámbito del tráfico de drogas, frases lanzadas al aire, a través de la radio, como por ejemplo, “Ese “Jorobas”, que se reporte”; “Pasen por la carga del Mular”; o bien “Ya está lista la sardina” y “Ya llegó la macoca”, pueden ser mensajes cifrados, en clave, dirigidos a receptores específicos, que se han escuchado a través de ciertos medios radiofónicos, y que de acuerdo a un entrevistado de los rumbos de Guasave, y conocedor del coloquio regional --Cesáreo Morales--, son señales que constituyen avisos, informes, entre diversos miembros de los grupos y cofradías dedicadas al cultivo o el tráfico de estupefacientes. “Ya se rompió el “aparcia” (ixtle de camastros o catres), compas”, querría decir que la cosecha se encuentra lista. Y también: “Ya traigan la lona”, significa que ciertos grupos, por ejemplo sembradores en lo recóndito de la montaña, tienen diferentes necesidades, como de alimentación o de herramientas.

El intercambio de recados igualmente se da, a través de sistemas de radio, entre los choferes que recorren las carreteras del norte del país. Algunos son conocidos como “Los reyes del camino”, que permanecen en constante comunicación, para avisar de sus rumbos y situación particulares, sitios en los que en ese momento se encuentran y como medidas de precaución y prevención en sus largas rutas de transportación. Pese a la utilización de algunos medios públicos e

⁸¹ **Ib**, p.247.

instrumentos tecnológicos de comunicación, el secreto sigue siendo un aditamento esencial, la cual enmarca a toda la actividad: constituye el marco primordial, básico, fundamental, para el funcionamiento exitoso, en general, de toda la industria del narcotráfico, no sólo de Sinaloa y México, sino de todo el mundo. Y de tal condición derivan, en consecuencia, las dimensiones de notoriedad que adquieren los hechos que se descubren, los acontecimientos que se desvelan, se destapan y se revelan mediáticamente en el submundo de la transgresión.

Thompson argumenta que tales escándalos se hacen notorios cuando las acciones hasta entonces mantenidas guardadas, ocultas, en secreto y bajo subterfugios diversos, y que pueden ser realizadas y concretadas con éxito sólo en función de que se mantengan ocultas, en el anonimato y en la secrecía, pierden precisamente su eficacia cuando de pronto son súbitamente reveladas y publicitadas como acciones transgresoras a través de los medios de comunicación. Y es que, apunta el teórico inglés, el “secretismo” en ese tipo de labores o actividades resulta consustancial para sus normatividades internas y para la obtención de los mayores beneficios y rendimientos económicos. El secretismo, con sus códigos y normas, su silencio, su oscuridad y sus penumbras, “deviene esencial” para la existencia, la permanencia y la razón de ser de las cofradías y sus acciones y prácticas ilegales:

“si los individuos que llevan a cabo la actividad hubieran manifestado abiertamente lo que querían conseguir, no podrían llevar a cabo sus planes. Por otra parte, la revelación pública, generalmente a través de los **media**, del hasta ahora secreto o actividad encubierta es constitutiva de su carácter de escándalo. Esta revelación hace visible una actividad que no podría llevarse a cabo abiertamente y que, al convertirse en visible, da lugar al conocido escándalo público”.⁸²

Dada la magnitud de los intereses en juego de la industria del tráfico de drogas prohibidas, su condición y sus características de negocio y actividad “de

⁸² Thompson, *Ibid*, p. 193.

escándalo” tiene que ver precisamente con el hecho de que se trata, en primer término, de una actividad prohibida por las normas y reglas hegemónicas de la sociedad. Luego, y a pesar de que los detalles íntimos de la organización, funcionamiento, instrumentación y manejo del negocio en sus diferentes fases se mantienen fundamentalmente lejos del escrutinio y de la mirada pública, aspectos, datos y anécdotas diversos poco a poco van siendo motivos de filtración, para conocimiento de más amplios grupos y sectores de la sociedad. En lo que tiene que ver con la polisemia cultural, en donde construcciones ideológicas de ciertos sectores subalternos llegan a oponerse, de algún modo, a la ideología dominante, se producen recepciones y significados que resisten la amplitud y la fuerza masificada de los mensajes mediáticos hegemónicos. En este caso, se crían, gestan y esparcen los rumores y las versiones en torno al negocio de las drogas, en lo que constituye la **doxa** comunicacional, o un cierto nivel de conocimiento popular, básico o elemental sobre las dimensiones de la problemática. Sobre este sustento informativo, cargado y sesgado muchas veces por la mitología popular, por las creencias y hasta por intereses mediáticos, van construyéndose las imágenes, los escenarios y las versiones ampliadas, populares y masificadas, en torno a lo que ocurre y se dirime en los fondos, en este caso, de la producción, distribución y consumo de las drogas.

Referencias (Capítulo I)

- 1.-Max Horkheimer y Theodor Adorno (1969), **Dialéctica del iluminismo**, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- 2.-Herbert Marcuse (1981), **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México.
- 3.-Chaim S. Katz, F. A. Doria y Luiz Costa Lima (1980), **Diccionario básico de comunicación**, Ed. Nueva imagen, México.
- 4.-Jesús Bartín-Barbero (1987-A), **Procesos de comunicación y matrices de cultura**, Ed. FELAFACS-Gustavo Gili, México.
- 5.-Jesús Martín Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Ed. Gustavo Gili, México.
- 6.-Daniel Bell (1989), **Las contradicciones culturales del capitalismo**, Alianza-CONACULTA, México.
- 7.-John Tomlinson, (2001), **Globalización y cultura**, Ed. Oxford University Press, México.
- 8.-Abraham A. Moles (1978), **Sociodinámica de la cultura**, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- 9.-Salvador Giner (1998), **Sociología**, Ed. Panínsula, Barcelona.
- 10.-George Peter Murdock (1997), **Cultura y sociedad**, FCE, México.
- 11.-John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- 12.-John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona.
- 13.-Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 14.-Gilberto Giménez (1994), “La teoría y el análisis de la cultura”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 15.-Gilberto Giménez (1999) “La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, Ed. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco.
- 16.-Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, FCE, México.
- 17.-Renée de la Torre (1997), “La comunicación intersubjetiva...”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.
- 18.-Michel Foucault (1987), **La arqueología del saber**, Ed. Siglo XXI, México.
- 19.-Pierre Bordieu (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 20.-Pierre Bordieu (1998), **La distinción**, Ed. Taurus, Madrid.
- 21.-Agnes Heller (1987), **Sociología de la vida cotidiana**, Ed. Península, Barcelona.
- 22.-Josextó Beriain (1998), “Hermenéutica sociológica”, en **Diccionario de hermenéutica**, Ed. Universidad de Deusto, Bilbao.

- 23.-Octavio Ianni (2001), "La violencia en las sociedades contemporáneas", en **Metapolítica**, No. 5, enero/marzo, México.
- 24.-Miguel de Moragas (1984), **Teorías de la comunicación**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 25.-Jorge A. González (1994), **Más (+) culturas (s)**, Ed. CONACULTA, México.
- 26.-Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa, I y II**, Ed. Taurus, Madrid.
- 27.-Jürgen Habermas (1981), **Historia y crítica de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 28.- Julieta Haidar (1994), "Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas", en **Metodología y Cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 29.-Jesús Galindo Cáceres (1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.
- 30.-Florence Toussaint (2000), **Crítica de la información de masas**, Ed. Trillas, México.
- 31.-José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Ed. Pearson-Longman, México.
- 32.-Néstor García Canclini (1999), **Culturas híbridas**, Ed. Grijalbo, México.
- 33.-Antonio Paoli (2002), **Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación**, Ed. Umbral, México.
- 34.-José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 35.-Jorge E. Aceves Lozano (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.

CAPITULO II
CONTEXTO, CULTURA Y TRANSGRESION: UNA ESTAMPA DE
SINALOA

A) Entre el mito y la realidad del narcotráfico.

Concebir a la población de Sinaloa, así, de forma directa, en concreto y sin necesidad de acudir a la contextualización o a teorizaciones, aunque sí con un poco de imaginación, puede implicar de inmediato una reconstrucción escenográfica; una evocación elemental en torno a las figuras, los arquetipos y las imágenes culturales construidas socialmente, con la coadyuvancia esencial de los medios masivos de comunicación. Además del sombrero tejano, la camisa a cuadros, el pantalón de mezclilla, las botas puntiagudas con oropeles y de tacón metido, el cinto de cuero “pitiado” y la ostentosa hebilla plateada o de metal brillante, y las presuntuosas y significativas cadenas, relojes, anillos, pulseras o gruesas esclavas de oro, el perfil se delinea con la gesticulación y el manoteo abruptos, el habla y el tono de la voz fuertes y el clásico carácter desinhibido, franco y festivo. La imagen, decimos, no es un invento cinematográfico; más bien ha surgido de las tradiciones campiranas y que ahora forma parte distintiva del amplio escenario sociocultural del estado de Sinaloa. Es un afiche fuerte, escatológico, un estereotipo mediático, pero cuya simiente germina desde las entrañas populares, y que ha adquirido volumen y sustancia al paso de sucesos históricos y de anécdotas de la cotidianeidad. Se trata, en fin, de una imagen socialmente construida, embadurnada con la fastuosidad tendenciosa de los medios masivos de comunicación y aderezada con los signos de los tiempos duros de la violencia.

Marcado por décadas de ilicitud, de crimen, de sangre derramada en los campos y las ciudades, Sinaloa acusa el estigma con que se le identifica en el país y en el extranjero. Los elementos de la estigmatización, que por supuesto no son exclusivos ni de patente, han definido en buena medida, sin embargo –sobre todo por vía de la industria cultural--, a una entidad experimentada en los oficios y tareas del narcotráfico. La magnitud puede observarse, a pesar de las dificultades que entraña la averiguación, en estructuras e instituciones carcomidas, así como

perturbación, miedo y nerviosismo en la población. La investigadora Rossana Reguillo reflexiona sobre el punto y cita: “Hay gente que se muere de miedo”, dice Lechner, mientras Delumeau se pregunta: “¿las civilizaciones pueden morir de miedo como las personas aisladas?...”. Las interrogantes no están de más, advierte Reguillo, puesto que habría que tomar en cuenta que

“Las respuestas individuales ante la conciencia de un peligro presente, percibido como amenaza a la conservación constituyen una emoción cuyos efectos varían de acuerdo con la persona; efectos que van desde las reacciones bioquímicas hasta respuestas motoras.

“El miedo libera un tipo de energía que tiende a constituir una defensa frente a la amenaza percibida. Todo esto supone que el miedo, en las personas, es una reacción “natural”, espontánea, prerreflexiva. Lo que implicaría aceptar que el organismo humano está dotado de alarmas que le permiten reaccionar “espontáneamente” ante una amenaza...

“...el miedo es siempre una experiencia **individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida**”.¹

Los rasgos o perfiles de la violencia en Sinaloa no han surgido del vacío o de la pura invención mediática. En los fondos de la trama los personajes y los acontecimientos han tenido vida propia. Basados en hechos y escenarios de la vida cotidiana, pero sobre todo en los sucesos de escándalo y muerte que han marcado la vida pública desde hace más de medio siglo, los medios —prensa, radio, televisión y cine, entre otros—, y la industria de la cultura han sido parte nodal para la configuración de una pantalla con determinados atributos respecto de una fama específica, que se ha traducido en mito, sobre la parafernalia de la industria del narcotráfico y su impacto en y desde esa región noroccidental de la República Mexicana. Más allá de su justeza y exactitud, la noción responde al imaginario colectivo, ciertamente como una imagen estereotipada, pero que ha sido social,

¹ Rossana Reguillo (2001), “Miedos: imaginarios, territorios, narrativas”, en revista **Metapolítica**, enero/marzo, México, pp. 72-73.

política y culturalmente edificada, como una muy sugerente expresión simbólica de la llamada “subcultura” de la violencia.

Entendemos al “mito” como un concepto vivo, cargado de intuiciones y creencias, pero también de realidades, incidentes, historia, significados y presencia, como una cristalización de signos, contenidos y lenguajes en perenne acción y movimiento. No se trata solamente de una construcción imaginaria e inasible que permanecería en las subjetividades humanas. Retomando a Lévi-Strauss, el analista Hugo Francisco Bauzá puntualiza que el mito no es un patrón o un canon fijo,

“sino una forma de lenguaje en perpetuo movimiento... y lo que determina su esencia es la suma de todas sus variables”.²

Así, a partir de la concepción de que un “mito” no es un patrón, una construcción o un monumento estable, inmutable y fijo, sino una idea en constante transformación y enriquecimiento como “píldora cultural” que condensa aspiraciones, sueños, deseos, anécdotas, relatos, invenciones y leyendas, el imaginario colectivo sinaloense se ha venido integrando, o llenando, con la injerencia diversificada de las representaciones sociales que la población ha construido, con buenas dosis de mitificación, sobre las dimensiones del significativo y poderoso negocio de los enervantes.

El “mito” sobre el “narco” en Sinaloa no sólo ha sido una creación mediática y de los organismos del Estado mexicano encargados de hacerles frente, sino también se trata de una obra colectiva, grupal e individual de la propia población. El arquetipo se ha nutrido precisamente de comportamientos más o menos habituales, sobre todo en los ámbitos rurales. En tal tesitura, no pocos habitantes han encontrado en el modelo o el esquema del traficante de drogas, al sujeto que encarna

² Hugo Francisco Bauzá (1998), **El mito del héroe**, Ed. FCE-Argentina, Buenos Aires, p. 4.

sus expectativas y posibilidades de acción, en el contexto también de las limitaciones que posee para desarrollarse en la vida y para enfrentar los retos que le han planteado, en particular el hábitat rural de la pobreza y en general la sociedad, que ya de por sí, ha sido vivida, y por ende visualizada, como permanentemente compleja y hostil.

Lo que muchos han denominado como la “leyenda negra”, ha sido en realidad una acción social, una turbia historia generada en el marco de un contexto con varios referentes temporales trascendentes, y en el ámbito de una extensa e intensa construcción de sentidos y significados, los cuales han terminado por ser decodificados y reconstruidos en los planos de la recepción o la percepción, por parte de los propios grupos poblacionales involucrados. Se trata no sólo de una historia construida, y reiterada sistemáticamente, desde las instancias oficiales, públicas y “legítimas” del poder, sino también de un derrotero que ha tenido la intervención decisiva de otros sectores subalternos de la sociedad, y en particular de las cofradías, los clanes, los grupos y sujetos protagonistas --sembradores, “burreros”, transportistas, sicarios, inversionistas y financieros del mundo de la desviación--, amén de los antagonistas (que pueden ser ubicados por mor y vía de las múltiples policías municipales, estatales y federales, además de las corporaciones del ejército), quienes han sido los actores directos de los retruécanos de la ilegalidad y el delito.

No pretendemos, en ningún sentido, intentar la imposible tarea de capturar, identificar o definir la inasible “esencia” de lo que podría ser el sinaloense. Habría que destacar, sin embargo, que la creencia en torno al “ser”, al carácter, el temple, el comportamiento o el “espíritu bragado, bravío y bronco” de la población, ha venido siendo autoadmitida, reproducida y ratificada a través de distintas generaciones, lo que ha devenido, en consecuencia, también en mitología. Tal estampa cultural forma parte del orgullo regionalista. Y ciertamente la creencia ha sido asimilada como

“valor” fundamental por propios y extraños. Pocos acaso se atreverían —de frente a los aludidos— a contrariar, desdecir o cuestionar los afamados supuestos de osadía, valentía o virilidad. En este sentido, podría afirmarse que tal fama fue conquistada hace remotos ayeres, y reiterada de manera constante por la propia población. Un escritor y periodista renombrado de la capital del estado —autor de varios libros— sostiene una definición curiosa (que se mueve entre la creencia, la intuición y el sentido común), y sugiere que el sinaloense

“acusa una fuerte personalidad, producto de (la) mezcla de sangres. En el inventario final de sus cualidades y defectos, sale ganancioso: (tiene) gran imaginación y tenacidad, con los añadidos de su indisciplina y su proclividad a la violencia”.³

Sin embargo, otro tipo de fama es más reciente. La fama “negra” de la violencia está inscrita en el lapso del último medio siglo, cuando el negocio de la producción y el tráfico de narcóticos pasó de la novedad a un crecimiento acelerado, cuando se aprovecharon pretendidamente las necesidades de los militares estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, con la venia presumiblemente de los gobiernos de Estados Unidos y México. Aunque se ha hablado mucho sobre este pacto cuasi oficial, en realidad no existe algún documento que avale el “convenio”. Empero, don Manuel Lazcano Ochoa, procurador de justicia en aquellos años, en el sexenio del gobernador Pablo Macías Valenzuela, ha señalado enfático, y como testigo, que “el acuerdo sí existió”. Incluso, agrega Lazcano Ochoa, que fue tres veces procurador de justicia en tres gobiernos diferentes en el estado, el presidente mexicano Miguel Alemán justificaba el convenio no escrito con la idea de que la producción de amapola “genera muy buenas divisas”.⁴

Pero la siembra y el cultivo de drogas se remonta muchos años atrás. Incluso en 1916, el negocio resultaba ya tan lucrativo que sólo la concesión para la

³ Herberto Sinagawa Montoya (1986), Sinaloa. Historia y destino, Ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa, México.

⁴ Manuel Lazcano Ochoa, entrevista con el autor.

explotación del opio en la frontera con Estados Unidos implicaba sumas de más de 150 mil dólares anuales. Aunque los periódicos hablan ya de un consumo relativamente importante y de síntomas de drogadicción en los años treinta del Siglo XX, propiciados por los fumaderos de opio instalados por los chinos en Mocorito, Culiacán y Mazatlán, en realidad los medios dan cuenta de la existencia de los fumaderos desde los primeros años del siglo, según se consigna por cierto en la investigación **El Siglo de las Drogas**, de Luis Astorga. El morbo periodístico en torno de los enervantes data de aquellos años. El investigador, oriundo por cierto de Culiacán, ejemplifica con un caso de divorcio entre un chino y una mexicana ocurrido en Mazatlán. La prensa relataba que el esposo chino

“come ratoncillos con limón y otros guisos de ese género, practica el culto de Mahoma, se niega a tomar baños, todo lo cual quería, cómo método de vida, lo emplease su compañera, además de pretender que usase hasta las prendas de ropa usadas en China, y que fumara opio”.⁵

De tal suerte que los asuntos de las drogas, el cultivo, el tráfico, las detenciones y los detalles amarillistas, como por ejemplo la destrucción o la quema de “la yerba maldita”, se transformaron en un tema recurrente en los medios impresos de la entidad; algunas consecuencias de la actividad habían trascendido plenamente a la esfera pública. Por señalar un caso, el 13 de marzo de 1944, quizá para estar a tono, desde su primer día de circulación pública, el periódico de la capital del estado **La voz de Sinaloa** cabeceaba en primera plana que allá por los rumbos serranos del que luego habría de transformarse también en el mítico municipio de Badiraguato, en acción conjunta judicial y ejército habían destruido “12 plantíos de adormidera”. La historia ha proseguido hasta la actualidad, los plantíos no terminan, la producción y el consumo se han multiplicado, los medios siguen narrando decomisos, detenciones y ajusticiamientos, el negocio se ha mundializado y la lucha contra el narcotráfico, de acuerdo al recuento histórico

⁵ Luis Astorga, (1996-B), **El siglo de las drogas**, Ed. Espasa Calpe, México, p. 21.

periodístico sobre la evolución de la actividad que efectúa Jean Francois-Boyer (2001), sería hoy, francamente, una “guerra perdida”.

Pero es menester recordar que, desde aquellos primeros años, el estilo con que se daban a conocer las noticias aludía a una actividad marcada con el signo del delito, pero instigada, auspiciada y fomentada desde esos tiempos por los mismos que en el papel y pretendidamente la castigaban. Los negocios casi siempre se hacían en la complicidad, así se tratase de pequeños o regulares montos. En ese tiempo, diría Raúl Valenzuela Lugo, citado en un artículo por el historiador Héctor R. Olea, el cultivo se hacía, sin embargo,

“a la vista de todo el mundo, tanto a la vera de los caminos a la sierra como en las márgenes de los ríos, pues los campesinos consideraban actuar bajo el amparo de aquellos a quienes pagaban tributo”.⁶

La producción y el tráfico habrían de intensificarse y trascender a los años duros de la conflagración mundial, pese a los riesgos, por sus enormes rendimientos económicos. “Muchos conocidos míos, y conocidos por casi todos los viejos aquí en Culiacán, aprovecharon y se enriquecieron”, comentaría Lazcano Ochoa, quien llegó a ocupar la Secretaría General de Gobierno en el sexenio de Francisco Labastida Ochoa (1987-1992).

Hasta antes de los años cuarenta, no era nada extraño que la amapola también se sembrara para usos medicinales y hasta ornamentales. A fines del Siglo XIX y principios del XX, las boticas y farmacias surtían la droga prácticamente sin recetas. En los pueblos sinaloenses, la flor de la amapola fue muy apreciada por su apariencia y colorido. Varias canciones mexicanas se refieren a ella con especial fervor. Y es que hasta clásica ha resultado la belleza intensamente roja de los pétalos

⁶ Héctor R. Olea, “La injusta leyenda negra”, en El suplemento de DIFOCUR, Culiacán, Sinaloa, No. 241, 8-XII-1991.

de la flor. Así, fue una costumbre cultivar la planta en hortalizas de familia, a la vista de los vecinos y de los ambulantes. En todo caso, a nivel local, los destinatarios como consumidores de la goma de opio eran en realidad muy restringidos. El consumo estaba circunscrito a esferas muy cerradas. Sin embargo, la masificación de la sociedad y la demanda masiva de drogas en Estados Unidos no estaban muy lejanas. Con los nuevos tiempos, la siembra, la producción, el tráfico y el consumo de los también llamados psicotrópicos habría de alcanzar las dimensiones de una industria que, desde hace varios lustros y por sus virulentos efectos y consecuencias transgresivas, ha mantenido en jaque a la sociedad, a la política y a la cultura.

El auge de esta historia oscura del presente –por sus denotaciones criminales–, en el derrotero de su ubicación política, se ha montado y ha tenido lugar de manera central desde mediados de los sesenta, cuando al frente de la gubernatura estatal se encontraba Leopoldo Sánchez Celis, un hábil político acusado como mínimo de cacique, y bajo cuyo sexenio floreció la siembra y el tráfico de la “adormidera” y la marihuana. Una cuarentena de años. Investigadores diversos ubican precisamente a esos años como claves, cruciales, para la industria. Algunos recuerdan que durante ese período,

“la policía francesa acabó con Marsella como centro mundial del procesamiento, contrabando y distribución de heroína hacia Estados Unidos. Este centro francés fue reemplazado por Culiacán, una ciudad agrícola de tamaño mediano...Rodeada por las escarpadas montañas de la Sierra Madre...esta región resultaba perfecta para la siempre creciente industria mexicana de la heroína”.⁷

El irremediable hecho es que la fama creció, se desarrolló y se instaló en la percepción mediática hasta alcanzar síntomas y niveles que han colocado a la entidad en la pasarela y la escenografía propias de una entidad subsumida en la

⁷ Elías Castillo y Peter Unsinger, “Organizaciones mexicanas de droga en California”, en **Crimen organizado y gobernabilidad democrática**, de John Bayley y Roy Godson (2000), p. 281.

subcultura de la violencia. Para llegar a esos niveles de percepción del fenómeno, sin embargo, en la sociedad previamente y durante el aquelarre transgresivo se fueron trastocando normas, reglas, leyes y formas consuetudinarias de convivencia social. Y parafraseando al escritor Sinagawa, autor de una de las primeras novelas sobre el narcotráfico en el estado: **El derrumbe del infierno**, pudieron haberse requerido buenas dosis de tenacidad. Y carácter. Y necesidad. Y valentía, por parte de no pocos individuos inmiscuidos en los artilugios de este boyante negocio.

Abordar la cuestión de la transgresión implica, para empezar, reconocer que se trata de una construcción eminentemente social. La desviación no es intrínseca o innata, sino que se trata de una elaboración histórica, a la cual habrá que mirar con los recursos contextuales propios de las ciencias sociales. Anthony Giddens advierte de antemano que

“cualquier explicación satisfactoria de la naturaleza del delito debe ser sociológica, porque la definición de delito depende de las instituciones sociales de una sociedad. Uno de los aspectos más importantes del pensamiento sociológico sobre el delito es el énfasis que pone en las interconexiones entre conformidad y desviación en diferentes contextos sociales. Las sociedades modernas contienen muchas subculturas distintas y el comportamiento que respeta las normas de cada una de ellas puede considerarse desviado en otra...”⁸

Ello, puntualiza Giddens, sin menoscabo de las utilidades teórico investigativas que pudieran llegar a aportar, por ejemplo, los enfoques en torno a la desviación “biológica”, sustentada en los rasgos físicos de los sujetos transgresores, aunque principalmente la denominada teoría de la desviación “psicológica”, basada por su parte en ciertos síntomas más o menos recurrentes de la personalidad delictuosa.

⁸ Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid, p. 235.

Por lo pronto, la labor de zapa en torno al “negocio” —con tal denominación se alude genéricamente al narcotráfico— fue ganando adeptos de manera más bien paulatina, mientras se reconocían las potencialidades de riqueza o dinero fácil. En los primeros tiempos se requirió de mucha visión, y audacia, para hallarle sentido al novedoso tráfico. Diferentes novelas dan cuenta del azoro con que los propios involucrados miraban las enormes dimensiones del negocio en que se habían metido, como se narra por ejemplo en la novela **Cástulo Bojórquez**, del escritor César López Cuadras (2001). Dado que la transgresión no es precisamente una facultad innata, un “espíritu” o una esencia per se, sino más bien un producto social, su expansión y sofisticación agresiva fueron de algún modo hasta previsibles, en virtud de sus condiciones clandestinas y subversivas. Los enormes recursos económicos involucrados requerían por supuesto de aparatos de defensa o coerción a la medida de los intereses en juego.

En este sentido, Luis Astorga, al retomar la “teoría interaccionista de la desviación” de Howard Becker, destaca que la actividad, en tanto resultado de una interacción, “se aprende socialmente”. Los integrantes de los clanes delictivos viven experiencias similares de participación, involucramiento, cooptación y asimilación de las normas de protección. Y así, un sujeto determinado con cualidades específicas, enganchado por vecinos, conocidos o familiares para hacer más cercano y estrecho el círculo de la acción transgresiva, empieza en consecuencia a formar parte de una “subcultura” organizada que gravita en torno a diversas actividades delictivas. El individuo

“asimila y recrea la visión que se genera en ese mundo; se reconoce y lo reconocen como miembro; su identidad es creada y modelada a imagen y semejanza de sus colegas. El rechazo a las instituciones y reglas morales del mundo convencional tienden a formar parte de los razonamientos que hacen los grupos desviados de su propia práctica”.⁹

⁹ L. Astorga (1996-A), **Mitología del “narcotraficante” en México**, Ed. Plaza y Valdés, México, pp. 20-21.

De antemano tenemos que señalar que los comportamientos transgresivos constituyen precisamente conductas no aprobadas por la mayor parte de un grupo social o por la mayoría de los grupos sociales integrantes de la sociedad, o por las leyes mismas de ésta. Tales comportamientos que se desvían de las reglas y de la “normalidad” social pueden ser voluntarios o involuntarios. Maurice Cusson sostiene que, en tanto que la desviación puede ser producto de un juicio, se encuentra “sancionada” por una mayoría en desacuerdo con tal práctica, que empieza a ser estigmatizada. De tal suerte, dice el teórico francés, que ocurre una interacción entre el actor (autor de la acción desviada) y los jueces (los grupos sociales), enmarcada por supuesto en la normatividad social. Así, la desviación existe en relación particularmente del juicio.

Además, argumenta Maurice Cusson, por su obvia relación de enfrentamiento con la normatividad social y como derivación del juicio público, la desviación se caracteriza por su relatividad: 20 años después, por ejemplo, una conducta desviada podría ya no serlo. Es decir: se trata de una construcción social y por tanto la desviación no es un comportamiento **per se**: no es intrínseca del hombre. Y debido a que el autor o los participantes de la conducta transgresora han calculado más o menos las ventajas o desventajas de la acción, como un medio explícito para lograr un fin, la desviación es una acción en la que interviene la racionalidad del o los sujetos. Entonces, si es racional, puntualiza el teórico francés, habrá que buscar, indagar, en torno de la naturaleza de su sentido.

La cuestión ha sido abordada especialmente por Hannah Arendt. La socióloga resalta los aspectos contrastantes entre varios tipos de violencia. Y establece distinciones tajantes, notorias y precisas, entre dos tipos de desviación: el transgresor criminal y el desobediente civil. Sostiene, para empezar, que existe una muy clara y enorme diferencia entre el malhechor que evita la mirada pública y el rebelde civil que desafía directa, pero franca y abiertamente las leyes. Puntualiza

entonces que la diferenciación entre una “abierta” violación de la ley, realizada a la vista de la vida pública, y una violación “oculta”, hecha entre los subterfugios de la legalidad y lo social, resulta tan clara que sólo puede ser desdeñada por “prejuicio o por mala voluntad”. Además, añade la autora, los bandoleros comunes trabajan o actúan movidos esencialmente por el interés personal, para lograr beneficios particulares. Las justificaciones podrían ser de variada índole, pero el fundamento o el principio que rige a ese tipo de delincuencia es la resolución de un “gran” problema de tipo individual.

De tal manera que los transgresores comunes, aunque formen parte de una élite directiva, de un estamento transgresivo o pertenezcan a una organización criminal, actúan solamente en su propio beneficio. En la práctica, tales miembros de las cofradías o el sujeto particular se niegan a ser subyugados por el asentimiento de todos los demás, de por ejemplo una mayoría, y solamente aceptarían ser sometidos a la violencia de las organizaciones oficiales del Estado encargadas de hacer que se cumpla la ley. En cambio,

“el desobediente civil, aunque normalmente disiente de una mayoría, actúa en nombre y a favor de un grupo; desafía a la ley y a las autoridades establecidas sobre el fundamento de un disentimiento básico y no porque como individuo desee lograr una excepción para sí mismo y beneficiarse de ésta”.¹⁰

Los campesinos productores, los clanes familiares y los habitantes de los pequeños poblados rurales de la sierra, los valles y la costa sinaloense, los transportadores, los intermediarios, los guardias y vigilantes, y en general quienes participan en estas primeras cadenas del tráfico de estupefacientes necesariamente, por los riesgos que entraña, habrían de buscar mecanismos de salvaguarda para llevar adelante sus peligrosas labores. La siembra misma de enervantes ha sido una

¹⁰ Hannah Arendt (1999), **Crisis de la república**, Ed. Taurus, Madrid, p. 83.

alternativa productiva, para una gran mayoría de agricultores, ejidatarios y comuneros, prácticamente inevitable, dadas las enormes carencias y la situación de pobreza y marginación en las que han vivido. Acaso también para otro tipo de protagonistas, como transportadores y sicarios. La siembra de la sobrevivencia trajo consigo también como efecto inmediato la constitución de formas de defensa y protección para la sobrevivencia de este redituable trabajo en sus múltiples fases. En los pueblos productores la presencia de fuereños de inmediato pone en alerta a sus habitantes. Un eficaz y sigiloso correo de voz en voz advierte a los lugareños y se crea entonces un ambiente de tensión y animadversión.

Desde el campesino que siembra por necesidad o porque ha sido amedrentado para rentar la tierra, pasando por los “burreros”, las “mulas” o transportistas, los sicarios, los guardias y protectores, los policías y jueces involucrados y coptados, hasta los financieros y políticos integrantes de las redes transgresivas del narcotráfico, habrán de configurar normas o reglas para hacer que funcione con eficacia el negocio. Se constituirán, entonces, códigos particulares, especiales, de la desviación. En el recuento temático de su obra **Sociología**, Anthony Giddens, en el análisis sobre la desviación, recuerda precisamente que los integrantes de grupos

“de muy mala reputación...han de respetar códigos de conducta estrictos, y los que no lo hacen son castigados o expulsados...El estudio del comportamiento desviado es una de las tareas más fascinantes de la sociología, aunque también una de las más complejas, ya que nos enseña que ninguno de nosotros es tan normal como podríamos pensar. También nos ayuda a darnos cuenta de que el comportamiento de ciertas personas, que podría parecerse incomprensible o ajeno, puede resultar racional cuando comprendemos por qué actúan de esa manera”.¹¹

¹¹ Giddens, **Op. Cit.**, p. 230.

Ocurre que por la misma naturaleza de la actividad, que requiere de acciones especialmente en común, en lugar del individualismo como valor, sostiene por su parte Hannah Arendt, tiende a conformarse una especie de “género” de solidaridad o coherencia de grupo, que es un “nexo más intensamente sentido y que demuestra ser mucho más fuerte, aunque menos duradero, que todas las variedades de la amistad, civil o particular...”. Y es que debe recordarse o tomarse en consideración, agrega la socióloga citando a Frantz Fanon, que “en realidad en todas las empresas ilegales, delictivas o políticas, el grupo, por su propia seguridad, exigirá “que cada individuo realice una acción irrevocable” con la que rompa su unión con la sociedad respetable, antes de ser admitido en la comunidad de la violencia. Pero una vez que un hombre sea admitido, caerá bajo el intoxicante hechizo de

““la práctica de la violencia (que) une a los hombres en un todo, dado que cada individuo constituye un eslabón de violencia en la gran cadena, una parte del gran organismo de la violencia que ha brotado” (Fanon)... Las palabras de Fanon apuntan al bien conocido fenómeno de la hermandad en el campo de batalla...”¹²

Aunque existe aún escasa bibliografía teórica sobre la desviación vinculada estrictamente al tráfico de drogas, poco a poco aparecen algunas reflexiones y aportaciones interesantes. Citando a los investigadores Gianluca Fiorentini y Sam Peltzman, el periodista Carlos Loret de Mola destaca que una organización criminal que gasta o invierte en

“armamento y defensa es como una empresa legal que destina recursos a la publicidad. Así como una empresa de telefonía ocupa planas enteras promocionándose, los criminales aparecen en los periódicos cuando realizan actos violentos o consiguen grandes ganancias económicas. La empresa telefónica obtiene más clientes y con ello más dinero. Las organizaciones delictivas inhiben a la competencia, desalientan la traición y reciben más dinero. La inversión en

¹² Arendt, *Op. Cit.*, pp. 166-167.

armamento no se dirige a la producción de bienes y servicios, sino a disuadir la entrada de otras empresas o cárteles a la industria”.¹³

Algunos objetivos serán, claro está, disminuir o eliminar a la competencia, controlar la mayor parte del mercado y maximizar las ganancias de la corporación. En esta idea, la violencia y el tráfico de drogas serían “bienes sustitutos” que en su confabulación hacen posible a la industria ilegal en su conjunto. La industria de los enervantes no podría existir sin los recursos clandestinos de la intimidación y la disuasión.

En la parafernalia del crecimiento del negocio de las drogas, y entre los escenarios de la delincuencia y el crimen, la subcultura de la violencia ha venido siendo cada vez más notoria en la vida pública, y se fue internalizando en el comportamiento de grupos y personeros visiblemente ostentosos del campo y la ciudad. Individuos, familias y grupos localizados de los sectores rurales, identificados como trabajadores “sierreños” de los estados de Sinaloa, Durango, Chihuahua y Sonora han sido señalados como impulsores no sólo de la siembra, el cultivo y el tráfico de amapola y marihuana, sino de comportamientos irascibles, belicosos, irracionales y vengativos, cargados de rencores sociales, que más tarde terminarían por hacer mella en otros sectores sociales de los ámbitos urbanos. La zona del denominado “Triángulo del Diablo” (la casi inexpugnable frontera serrana de Sinaloa, Durango y Chihuahua), ha sido ubicada, hasta la fecha, como la pionera y más redituable región productora de enervantes, particularmente de la llamada “adormidera”, en la República Mexicana.

A tales trabajadores de la sierra se les han atribuido, desde la perspectiva de la valoración mediática, no sólo responsabilidades múltiples en el crecimiento de la industria, sino también en el fomento de la violencia, movidos por las ambiciones y

¹³ Carlos Loret de Mola (2001), *El negocio...*, Ed. Grijalbo, México, p. 106.

los rencores sociales. Se ha insistido, destacado y despotricado —en el discurso moralizante— sobre su procedencia social y su condición de iletrados y analfabetas, como sujetos bárbaros y vandálicos, salvajes y casi animales carentes de todo indicio de respeto y conducta civilizada, que en su afán de riquezas llegaron a trastornar el orden social preexistente. Y en parte, las acciones de la justicia federal mexicana contra los campesinos más pobres involucrados en el sistema del tráfico de drogas, se han regido de forma esencial por tal visión o concepción de la problemática. La falacia, por supuesto, no resiste ningún rigor analítico. “La atribución de la conducta belicosa a la “animalidad” del hombre se hace en desmedro de los animales que jamás emprendieron ninguna guerra...”, ha expresado con sorna el analista Nestor A. Braunstein.¹⁴

La cocaína, en los sesenta, aún no entraba con plenitud, proveniente de Sudamérica, aunque los periódicos registran y dan cuenta ya de algunos incipientes decomisos, en virtud de que también durante esos años iniciaba el crecimiento de los llamados “cárteles” colombianos de Cali y Medellín. Mientras tanto, los nuevos roles o papeles transgresivos de los traficantes habrían de incidir de cierto modo, sin embargo, en la sociedad, con la complicidad de diferentes organismos e instituciones públicas, tanto de tipo municipal, estatal y federal —corporaciones policíacas, judiciales y militares--, como de naturaleza empresarial —corporativos comerciales, empresas agroindustriales, turísticas, etc.--. La sociedad habría de registrar el abrupto despegue y bonanza económica de no pocas familias rurales y urbanas, grupos sociales y corporaciones empresariales.

En el ya citado texto **Mitología del “narcotraficante” en México**, el investigador Luis Astorga plantea una serie de interrogantes significativas en torno de las prácticas de la desviación, respecto de una suerte de asimilación cultural del

¹⁴ Nestor A. Braunstein (1998), en **El mundo de la violencia**, de Adolfo Sánchez Vázquez (coord.), Ed. FCE, México.

fenómeno y en relación con la injerencia o la complicidad de los círculos del poder público. Y de ahí resulta inevitable establecer la relación transgresiva de los poderes oficiales con los sectores económicos privados y los grupos delictivos. Por su importancia, nos permitimos reproducir en extenso algunas de esas preocupaciones, en la idea de contextualizar la crudeza y al mismo tiempo las complejas dimensiones de la problemática. Explica el investigador que en el país y en particular en Sinaloa se puede hablar de que hay todavía **“una memoria histórica inexplorada”**.

“O visto de otra manera, un tabú, una amnesia colectiva, o simplemente un silencio defensivo y comprensible. Una especie de “normalización” de un fenómeno que de relativamente marginal pasó a ser parte de la vida cotidiana, a permear la sociedad y a imponerle, hasta cierto punto, sus reglas del juego. ¿Cómo fue y sigue siendo posible cultivar las plantas prohibidas en zonas y en cantidades que no pueden pasar desapercibidas —al igual que el aterrizaje de numerosas avionetas cargadas con cocaína— sin sospechar su encubrimiento? ¿Cómo “esconder” o “lavar” las estratosféricas sumas de dinero recibidas por el tráfico de drogas, sin pasar por los circuitos económicos y financieros legales, o lo que es lo mismo sin complicidades? ¿Cómo no darse cuenta del surgimiento de riquezas “inexplicables”? ¿Cómo no dedicarse al cultivo o tráfico de drogas cuando, para un iniciado, las ventajas de vivir “fuera” de la ley son mayores que las de vivir “dentro”? ¿Cómo, en esas circunstancias, la gente común diferencia a los “buenos” de los “malos”?¹⁵

Ejidatarios, comuneros, pequeños propietarios, empresarios, comerciantes, policías o políticos, probablemente no resulta ya, ahora, tan importante identificar la procedencia social y laboral de quiénes fueron los pioneros y los forjadores del tráfico de opiáceos. Casi como inició: oblicua, subrepticia, subterránea, desviadamente; labor osada de sombras y penumbras; acción social férrea y furtiva, entre los claroscuros de las esferas pública y privada, tal es la perseverancia acechante del submundo de la producción y el tráfico de drogas en la actualidad. Aunque hoy, claro, con otros montos, otras dimensiones y otros personajes.

¹⁵ Luis Astorga (1996-A), **Op. Cit.**, pp.88-89.

De hecho, en el imaginario colectivo, en las versiones e interpretaciones mundanas, en los corrillos y en la literatura sinaloenses, el asunto se ha vuelto igualmente un mito más: se ha acusado ya sea a los gobernantes, o bien a los campesinos pobres de los estados vecinos, por supuesto que a los policías y representantes de los poderes judiciales, pero las acusaciones también se han dado hacia los visionarios y emprendedores empresarios de la agroindustria. Lo cierto es que, en la colusión y confabulación de intereses diferenciados, las circunstancias y las condiciones socioeconómicas se fueron dando para que se expandieran, se regaran, despuntaran y florecieran las llamadas plantas del delito.

Foucault, en el sistemático análisis sobre la prisión, la delincuencia y los ilegalismos expuestos en su obra **Vigilar y castigar**, argumenta que no existe “una naturaleza criminal”, sino más bien una suerte de “**juegos de fuerza**” que, en función de la pertenencia de clase de los sujetos,

“los pueden conducir “al poder o a la prisión: pobres, los magistrados de hoy poblarían sin duda los presidios, formarían parte de los presidios; y los forzados, de ser bien nacidos, “formarían parte de los tribunales y administrarían la justicia”. En el fondo, la existencia del delito manifiesta afortunadamente una “incomprensibilidad de la naturaleza humana”; hay que ver en él, más que una flaqueza o una enfermedad, una energía que se yergue, una “protesta resonante de la individualidad humana”, que sin duda le da a los ojos de todos su extraño poder de fascinación”.¹⁶

La desviación del tráfico de drogas, desde sus metafóricas “infraestructuras”, desde sus instancias difusas, sordas y soterradas, sin embargo, movió y recicló intereses y lenguajes. Afectó, trastornó y moldeó formas de convivencia, percepciones, valores y comportamientos sociales. Desde los sueños individuales de riqueza y poder, --acaso surgiendo desde la subconciencia a la

¹⁶ Michel Foucault (1999), **Vigilar y castigar**, Ed. Siglo XXI, México, pp. 295-296.

conciencia, por el atractivo subyugante de lo prohibido--, cientos de individuos se encontraron involucrados en el torbellino de la generación de riquezas súbitas; y entre los lazos de la política, la ideología y la cultura; y desde la economía al entramado de las acciones de diversos grupos sociales, la ampliación de los negocios ilícitos se ramificó por supuesto hacia los planos simbólicos de la cultura, a través de la circulación y difusión mediáticas de los hechos y de las vicisitudes mitológicas construidas y narradas en torno al fenómeno, y luego por medio de las acciones y propuestas arquetípicas, masivas, de la industria cultural.

En la construcción del fenómeno, precisamente los medios masivos de comunicación han tenido plena injerencia, participación, corresponsabilidad. A veces hasta formas de protagonismo. Se registraron, por ejemplo, múltiples casos donde actores y trabajadores de los medios, impresos sobre todo, se vieron involucrados en papeles de curioso talante, como periodistas que realizaban auténticas labores de espionaje y que fungían como “correos” y “orejas” al servicio de los comúnmente llamados “capos”. Pasaban “pitazos”. Daban “alertas”. Advertían sobre probables batidas y acciones de los militares o los judiciales federales contra remesas o traslados de las mercancías. Varios de los reporteros espías, que a la postre han hecho aún más larga la lista de los periodistas asesinados en Sinaloa, ejercieron en su tiempo ese doble papel, contratados o consentidos en su momento por los grupos transgresores.

Alguno de esos periodistas, según la versión de un exdirector de varios periódicos sinaloenses, hasta acudía “normalmente” a las reuniones, en la capital del estado, que llegaban a organizarse entre los principales “barones” de la droga, para dirimir las “urgencias”, las dificultades y los asuntos propios del negocio, en los tiempos de los sexenios gubernamentales de Alfonso G. Calderón y Antonio Toledo Corro. Luego, salía con “instrucciones” que transmitía a otros de sus correligionarios. En ocasiones se trataba de advertencias que podían llegar a ser

fatales. Por supuesto, los “privilegios” de tal periodista no durarían mucho tiempo: habría de correr, pocos años más tarde, la suerte fatal de otros que tuvieron la osadía de querer vivir entre “Dios y el Diablo”.

Michel Foucault resalta la cuestión del momento en que se establecen los vínculos entre el delito y el poder. Cuando llega el momento histórico en que se registra un acoplamiento perverso, pero “directo e institucional”, entre la policía y la delincuencia. Se trata precisamente del tiempo en que esta última “se encuentra investida por el poder, y convertida”. Es el desvelamiento, advierte el teórico francés, de un “momento inquietante en que la criminalidad se convierte en uno de los engranajes del poder”. De tal suerte que llega a manifestarse sin ambages, pues, ese nuevo temor, provocado por el

“entendimiento misterioso y turbio entre quienes hacen valer la ley y quienes la violan. Se acabó la época shakespeariana en que la soberanía se enfrentaba con la abominación de un mismo personaje; pronto comenzará el melodrama cotidiano del poder policiaco y de las complicidades que el crimen establece con el poder”.¹⁷

Por supuesto, tal melodrama ha sido una constante vivida durante varias décadas por la población sinaloense. Pero tal “entendimiento misterioso y turbio” ha trascendido en la esfera nacional, sobre todo a fines de los años noventa del Siglo XX, con los magnicidios, crímenes y sucesos de escándalo en los que han estado involucradas figuras de primer nivel. Y no sólo ha sido la relación de policía-hampa, sino que se han evidenciado los amplios, históricos y profundos nexos entre la política y la delincuencia organizada.

En la construcción de las redes delictivas sinaloenses, el poder policiaco y el poder político han formado parte indivisible de las mismas. En el dilema del huevo o

¹⁷ Foucault, **Ibid.**, p. 289.

la gallina, ciertamente resulta incierta la participación inicial. La única certidumbre es que en el crecimiento de la industria de las drogas, junto con los empresarios y sembradores directos, aquéllos han sido factores de primer orden para hacerla factible. Durante años ha sido plenamente constatada la confabulación judicial y política con personeros y grupos transgresores. Desde las instancias “legítimas” se ha podido velar por los magnos intereses que han significado los trasiegos de la desviación. Es decir: tanto los cuerpos policíacos, y en su caso los militares, como los múltiples grupos delictivos han resultado necesarios, útiles, bastiones esenciales del hampa y del crimen organizado, para hacer florecer año con año a la industria de los narcóticos.

Se ha demostrado, dice Foucault, en el tráfico de armas, de alcohol y de drogas, ese funcionamiento de la “delincuencia útil”: en virtud de la existencia de una prohibición legal, ésta crea “en torno suyo” un campo de prácticas ilegales. Así, la delincuencia llega a convertirse en un instrumento para “administrar y explotar los ilegalismos”. Sin embargo, debido al enlace de los elementos participantes, se hace posible que tal campo de prácticas sea igualmente “un instrumento” eficaz de la propia delincuencia, que constituye en su entorno el quehacer mismo del poder. El uso político

“de los delincuentes --en forma de soplones, de confidentes, de provocadores-- era un hecho admitido mucho antes del siglo XIX... (Además) la delincuencia, con los agentes ocultos que procura, pero también con el rastreado generalizado que autoriza, constituye un medio de vigilancia perpetua sobre la población: un aparato que permite controlar, a través de los propios delincuentes, todo el campo social. La delincuencia funciona como un observatorio político”.¹⁸

Sin embargo, la muerte de los propios comunicadores, de policías y funcionarios, además de cientos de integrantes de las formaciones delictivas, por

¹⁸ **Ibidem**, pp. 285-287.

delaciones, traiciones, o intentos de extorsión, ha evidenciado la fragilidad que significan por sí mismos los nexos, de cualquier índole, que puedan vislumbrarse entre los medios con los personeros o grupos delictivos de la industria de los estupefacientes. Y por ejemplo, ya entrados los años del gobierno de Antonio Toledo Corro (1981-1986), señalado como uno de los grandes beneficiarios de esta industria de la desviación, hubo alguien que siendo corresponsal de la extinta pero aún multicitada revista **Alarma**, y reportero de la fuente policiaca del diario sinaloense **El Debate** (reportero que no está contemplado por cierto dentro de las listas oficiales de periodistas asesinados que se divulgan comúnmente), a pesar de ser uno de los más fieles voceros de un grupo de traficantes, habría de fallecer, curiosamente por atropellamiento, a la salida del IRSS de Culiacán, luego de haber visitado a un “narco” recluso en el penal.

El investigador Gilles Lipovetsky, en un análisis sobre los “códigos de sangre” de ciertas sociedades salvajes, en el libro **La era del vacío**, destaca la función que juegan el honor y la venganza. Y aunque los grupos delictivos del narcotráfico no constituyen necesaria ni precisamente ese tipo de sociedad, nos permite aproximarnos a la cuestión de la violencia. Advierte Lipovetsky que en los sitios o espacios donde “predomina” el honor,

“la vida vale poco comparada con la estima pública; el valor, el desprecio de la muerte, el desafío son virtudes muy valoradas, la cobardía es despreciada en todas partes. El código del honor conmina a los hombres a afirmarse por la fuerza, a ganarse el reconocimiento de los demás antes de afianzar su seguridad, a luchar a muerte para imponer respeto...Lejos de manifestar una impulsividad descontrolada, la belicosidad primitiva es una lógica social, un modo de socialización consustancial al código de honor”.¹⁹

¹⁹ Gilles Lipovetsky (1996), **La era del vacío**, Ed. Anagrama, Barcelona.

En realidad tales prácticas no resultan tan primitivas, pues los organismos delictivos o la mafia organizada en el mundo ha actuado siguiendo esos cánones; y de forma similar se han mostrado los grupos del crimen organizado en México.

En la mezcla de intereses oscuros, hay que tomar en cuenta, empero, que las reglas de convivencia y de connivencia se han establecido desde las posiciones hegemónicas del poder y la ideología. De nuevo con Hannah Arendt, quien advierte que lamentarse por “el canceroso crecimiento de las desobediencias”, en realidad carece de mucho sentido,

“a menos que se reconozca que durante muchos años las instituciones encargadas de que se cumpliera la ley han sido incapaces de imponer la observancia de los ordenamientos legales contra el tráfico de drogas, los asaltos a mano armada y los robos con escándalo. Considerando que las probabilidades que los delincuentes de estas categorías tienen de no ser descubiertos son superiores a la proporción de nueve a uno y que sólo uno de cada cien irá a la cárcel, hay razón para sorprenderse de que semejante situación delictiva no sea peor de lo que es...La simple y más aterradora verdad es que, en circunstancias de tolerancia legal y social adoptará la más violenta conducta delictiva, gente que en circunstancias normales quizá habría pensado en tales delitos pero jamás llegó a decidir su realización”.²⁰

Dadas ciertas condiciones socioeconómicas de descomposición y crisis, en el sentido incluso de la anomia planteada por Durkheim, hay una suerte de delincuencia potencial, latente, en estado larvario, que aunque no siempre se manifieste en las formas transgresivas concretas, está en acecho, como una perenne amenaza. En esta idea, la estudiosa de asuntos de violencia va más allá y expresa que “hemos aprendido, a nuestro pesar”, que es menos terrible la delincuencia organizada, frente a la de los “pillos” no profesionales –quienes se aprovechan de la oportunidad— y su enteramente justificada “ausencia de temor a ser castigados...”. Aunque la investigadora se refiere a otra situación y a otro contexto, el de los

²⁰ Hannah Arendt, *Op. Cit.*, p. 78.

Estados Unidos, sin embargo, hay suficientes razones para presumir o sospechar que la situación del crimen y el castigo, en las circunstancias actuales, podría ser hasta más contrastante en nuestro país, dada la naturaleza corrosiva del narcotráfico y su enorme poder expansivo, amén de la ausencia de profesionalismo, capacidad y honorabilidad que se le imputa al poder judicial mexicano, en sus distintas categorías, niveles y jurisdicciones.

Pero, por encima de casos o detalles, los periodistas principalmente han sido protagonistas para lo que tiene que ver con el discurso, con las formas de la comunicación, con los modelos y estilos de la información, con la puesta en circulación de un lenguaje cargado de significados, de mensajes latentes y subliminales, de claves, guiños, valores entendidos, señales y suspicacias enraizadas en la cultura cotidiana, en el coloquio y en la doxa. Recurrentes, por ello, son los títulos o encabezados de la prensa sinaloense, en la que se hace mofa, escarnio y hasta fiesta de los hechos que tienen que ver con la “guerra” sucia o la “leyenda negra” desatada por los grupos y clanes delictivos. La prensa ha reproducido, entonces, ideas surgidas del vulgo, refranes populares que tienden a provocar hilaridad. Se trata, acaso, del delito visto con la mirada del humor y del desenfado, a pesar de los duros hechos de violencia, sangre y muerte.

“Mi gallo” (marihuana), “mi perico” (cocaína) y “mi chiva” (heroína), son alusiones metafóricas muy festejadas que, surgidas de la imaginería popular, o de los propios códigos y la jerga en clave de los grupos delictivos, han trascendido de esos ámbitos y de las letras de las canciones para formar parte de las referencias del habla más o menos común. Y la frase “andaba como apache marihuano”, es una figura que traslada a ambientes campiranos y que supone una no muy seria proclividad a las acciones guerreras, si se asumen los estereotipos producidos por las tradiciones populares y de masas. “Lo agarraron con las manos en la mota”; “confiscaron un cargamento de la maligna”, son encabezados periodísticos que se han hecho

recurrentes al paso de los años y que festejan, quizá involuntariamente, que la fuerza, la constancia y la permanencia de la avasalladora actividad también tiene, en el plano de la percepción, un aspecto no temible, no intimidante, no brutal, sino, por vía de la mordacidad, más bien accesible, humorístico y hasta simpático, como una suerte de tendencia y estilo comunicacional de desenfado. Muchas canciones muestran precisamente este aspecto liviano o juguetón con que se miran ciertos detalles del fenómeno transgresivo.

Los enfoques y las tendencias, que tomaron y toman aún a la violencia, la delincuencia, al crimen y al delito como pretexto informativo para justificar, e incluso enarbolar, implícitas preferencias relativas al amarillismo, para consolidar la aceptación y la penetración de los medios masivos de comunicación en las presupuestas preferencias populares, no han hecho más que acentuar y reiterar perfiles, rasgos, morbos e inclinaciones ideológicas y culturales. Estos enfoques populacheros de la mercadotecnia no han sido inventados, claro está, en las ciudades de Sinaloa, aunque han sido hábil y entusiastamente retomados mediante una suerte de especialización en la exacerbación del sensacionalismo como metodología fundamental --de los usureros del ejercicio profesional del periodismo--, con el fin de obtener los máximos rendimientos comerciales. En efecto, se aprovechan las ansiedades sociales de una población que gravita y padece bajo el imperio de la violencia de las bandas de transgresores y de quienes pretendidamente las combaten, y entonces, también presuntamente, se satisfacen las necesidades inmediatas en torno a ese tipo de información cercana. De nuevo la fórmula programática de la comunicación: los fines justifican los medios.

De hecho hay aquí una simbiosis ideológica entre el pretexto de los gustos populares y la mercantilización del periodismo y la comunicación. Obviamente se trata de una simbiosis creada por la hegemonía del sistema socioeconómico, desde la que se ratifican creencias, valores y dividendos monetarios. Es decir: se actúa con la

venia social; bajo el cobijo de la legalidad capitalista, de acuerdo a los cánones ideológicos y culturales imperantes o, en su defecto, permisibles. Sin embargo, acaso los medios, en su discurso periodístico cotidiano, deambulan, entre los sitios o espacios de la legalidad, y al mismo tiempo entre los pantanos factuales de la transgresión. Aunque su libertad de expresión se encuentre fundada en lo que no prohíben las leyes –si algo no está prohibido, entonces está permitido--, en la práctica, en los hechos, explotan y viven eficazmente también de la inmensa mina de oro que es en sí mismo, para los formatos y estilos del discurso mediático, el simbólico mundo de la desviación.

Cabe referir aquí a Bordieu. Al analizar los nexos del poder y la violencia simbólica, que constituye una coerción que llega a establecerse por medio de una adhesión, el teórico francés formula que el poder simbólico sólo es posible ejercerlo con la injerencia o colaboración de quienes lo padecen, porque contribuyen

“**a establecerlo** como tal...esa sumisión nada tiene que ver con una relación de “servidumbre voluntaria” y esa complicidad no se establece mediante un acto consciente y deliberado; la propia complicidad es el efecto de un poder, inscrito en forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etcétera), es decir, de creencias que vuelven **sensible** a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder”.²¹

En primer término habría que puntualizar que de parte de los medios en general no existe ni por asomo una “servidumbre voluntaria” en relación con el poder hegemónico del sistema. De algún modo forman parte de ese poder. Y respecto de la población, cuyos gustos se ubican en los planos del sensacionalismo, conviene recordar que desde la propia esfera de la cultura popular surgen proposiciones que son recicladas, retomadas o reelaboradas por los propios medios,

²¹ Pierre Bordieu (1999), *Meditaciones pascalianas*, Ed. Anagrama, Barcelona, pp. 225-226.

como el caso muy claro de la música. Es decir: no existe precisamente, tampoco aquí, esa “servidumbre voluntaria”, sino más bien una “servidumbre necesaria” para el poder y el sistema, así se dé a través de la complicidad provocada, o construida mejor dicho, por las instancias y estamentos especializados del sistema y el poder.

Tales instancias y estamentos son evidentemente diversificados. Y algunos de ellos son precisamente los medios de comunicación. Así, en esta tesitura, Pierre Bordieu expresa además que el orden social, en lo esencial, produce sus propias rutas, caminos o instrumentos de salvaguarda y protección. De tal modo que sería suficiente con permitir que actúen tranquilamente los diversos mecanismos objetivos de la sociedad, o que actúen

“sobre nosotros, para otorgar al orden simbólico, sin siquiera saberlo, su ratificación. Y quienes salen en defensa del orden simbólico amenazado por la crisis o la crítica, pueden limitarse a invocar las evidencias del sentido común, es decir, la visión de sí mismo que, salvo que ocurra una incidencia extraordinaria, el mundo social logra imponer. Podría decirse, haciendo un chiste fácil, que si el orden establecido está bien defendido, es porque basta un tonto para defenderlo”.²²

Por lo pronto, en la exploración y explotación de los hechos de sangre y escándalos violentos como fuentes primordiales de la información y la noticia, los medios de comunicación han pretendido, como recurso justificatorio, denunciar la amplitud y los niveles de la problemática. Empero, la mayor parte de los medios lo han hecho como recurso seguro del raiting, como llave para obtener rendimientos mercantiles. Aunque también esta tendencia, o este estilo de información, pareciera ser lo más notorio que los medios impresos han legado en la entidad. En el fondo, con el sensacionalismo, el amarillismo y la nota roja, se ha dado una especie de vinculación orgánica entre los sucesos de las secciones policíacas que se destacan normalmente, con las características conflictivas de la sociedad y de su ambiente. En

²² *Ibid*, p. 239.

realidad no se ha hecho más que reproducir los ecos sociales –como manifestaciones simbólicas “sensibles”--, que se traduce en la circulación y la socialización de los conflictos, y simultáneamente sacarle jugo y ganancia a todos los agudos problemas de violencia y delincuencia en que pueda encontrarse sumergida una colectividad.

De tal manera que los medios buscan no sólo ser creíbles –pese a los materiales veniales o sórdidos con que llegan a trabajar--, sino también la legitimidad, sobre la base de sus propios códigos y apelando igualmente a la fuerza del sentido común: la violencia brota todos los días, afecta a la comunidad, es lo que existe y es lo más visible en la sociedad. Por tanto, habrá que denunciarla, y por ruda y cruda que parezca, habrá que exhibirla, y, de paso, usarla para el propio beneficio social y económico de los medios. Así que, en este sentido, Bordieu ha establecido que el mundo social es imbricación, “fruto y apuesta, a la vez, de luchas simbólicas, inseparablemente cognitivas y políticas...”. Y una de las justificaciones más socorridas de los medios tiene que ver con la idea de que la realidad es en muchas ocasiones más fuerte y dura que la propia ficción. Así que en función de los abruptos compulsivos de la sociedad, los medios sólo se encargan de reproducir esa realidad, real y objetivamente se dice; la tendencia comunicativa se va configurando de violencia, muerte, amarillismo y sensacionalismo. Y entonces se van construyendo e imponiendo así, paulatinamente, diría Bordieu, ciertos “principios de elaboración y evaluación de la realidad social”.²³

Por otro lado, algunos periodistas no han tenido el menor recato intelectual para glorificar las andanzas y aventuras de bandidos, asesinos y traficantes. Sin el mínimo rigor profesional, como si estuviesen contando las hazañas ficticias de Porfirio Cadena, “El Ojo de Vidrio”, “Chucho El Roto” o de cualquier otro invento literario, ciertos periodistas han publicado semblanzas apologéticas del traficante de drogas, sus actividades “heroicas” y sus crímenes y atentados contra las fuerzas del

²³ **Ibidem**, p. 246.

orden o contra los miembros de otras cofradías. Con ello han proseguido y se han fortificado los homenajes que desde los medios masivos de comunicación o desde la industria de la cultura se le han rendido a múltiples actos y personeros relacionados con el negocio de los estupefacientes, en las diferentes fases de la subrepticia y furtiva cadena de su conformación.

Cuando de enfrentarse al Estado, al gobierno y a las instituciones y fuerzas del orden se trata, en las creaciones populares se explota una inmensa veta temática. Como nimia venganza social, o pequeño ajuste de cuentas del imaginario cultural y la memoria colectiva, los creadores cuentan con el respaldo de amplios sectores sociales que terminan por avalar, compartir y disfrutar las herejías culturales, de las que pueden llegar a sentirse incluso como copartícipes y coautores. Foucault ha llamado la atención sobre el género y la tradición francesa, y recuerda que se ha dado una clase de escritores dedicados a utilizar a “malhechores” dotados de una “asombrosa”

“habilidad para la glorificación del crimen, que les hace desempeñar el papel principal y los entrega a los agentes de la autoridad como víctimas de sus agudezas, de sus burlas y de su mofa mal disfrazada...Es el triunfo, es la apoteosis de la audacia y del crimen...”²⁴

La función ideológica de tales artículos culturales ha contribuido a mirar y percibir el mundo de la desviación, ya no sólo desde la perspectiva hegemónica del sistema y del poder, sino también desde la visión peculiar de los propios actores y protagonistas de la incesante trama de los transgresivos poderes subalternos, o desde los denominados “micropoderes” que forman una parte del organigrama, y el sentido de la subcultura de la violencia.

²⁴ Foucault (1999), *Vigilar y castigar*, Op. Cit., p. 267.

La atención periodística que se inmiscuye en las “vidas ejemplares” y las hazañas transgresivas y “heroicas” de los personajes del “narco” ha sido uno de los aspectos más notorios del fenómeno. Como estela significativa, como artículo que expresa avatares y todo un anecdotario sobre ese furtivo mundo, la literatura sobre tales sujetos tiende a socializar un hábitat que está marcado inevitablemente por el drama y la tragedia, partes al fin, de la condición humana. De ahí, acaso, deviene uno de sus atractivos como producto cultural. Sin embargo, Foucault, precisa que

“en toda esta literatura de crímenes, que prolifera en torno de algunas altas siluetas, no hay que ver sin duda ni una “expresión popular” en estado puro, ni tampoco una acción concertada de propaganda y de moralización, venida de arriba, sino el punto de encuentro de la práctica penal, una especie de frente de lucha en torno del crimen, de su castigo y de su memoria...”²⁵

²⁵ **Ibid**, p. 72.

B) Entre la cultura y la exaltación de la violencia.

Resulta notable y evidente que tales artículos de la cultura de masas responden a una percepción popular, y a una intencionalidad mercantil, cargadas ambas por las filtraciones e intermediaciones ideológicas hegemónicas.

Aunque conviene apuntar que este tipo de productos culturales se ha traducido no sólo en el periodismo sensacionalista, sino también en el arte literario, como en el caso de una de las novelas más recientes de Gabriel García Márquez: **Noticia de un secuestro**. En ella, el capo colombiano Pablo Escobar Gaviria, entre el proscenio del drama y la tragedia narrativa de un acontecimiento de la vida real, resulta delineado como un personaje trascendente, llamativo, teatral, peliculesco, pero sobre todo carismático y atractivo. Y con una estratagema que se inmiscuye en el hábitat sórdido de la criminalidad sinaloense, el escritor Elmer Mendoza describe el asedio incesante, sistemático, implacable, a que está sometido el propio sujeto que forma parte de los bajos fondos de la ilegalidad, al servicio de poderes oficiales e ilegítimos, en la novela **Un asesino solitario**.

Así, en relación con esta fragua de los medios de comunicación masiva y de la industria de la cultura, Manuel Castells dice que “la difusión de la cultura del crimen organizado se refuerza por la omnipresencia de su vida cotidiana” como temática igualmente cotidiana en los espacios electrónicos e impresos de la comunicación. Y así, no resulta nada extraño, ni improbable, que en todo el mundo, la gente conozca de forma profusa las versiones mediáticas respecto por ejemplo de las condiciones de trabajo y la psique de los “hombres de éxito” y los traficantes de drogas, como vetas sustantivas de las mitologías, que cohabitan con la entropía informativa, y que se agrupan y condensan en el imaginario colectivo de la sociedad.

“La fascinación colectiva de todo el planeta por las películas de acción donde los protagonistas son los actores del crimen organizado no puede explicarse sólo por el impulso violento reprimido de nuestra estructura psicológica. Más bien pudiera indicar la quiebra cultural del orden moral tradicional y el reconocimiento implícito de una nueva sociedad, hecha, a la vez, de identidad comunal y competencia salvaje, y de la que el crimen global es una expresión condensada”.²⁶

En otros términos, se estaría hablando de las formas de percepción social del fenómeno, y que no solamente tiene que ver con la manera de percibir de los periodistas y los medios, sino de más amplios sectores sociales que han glorificado a sicarios y traficantes como sujetos de destacadas cualidades y virtudes, y que tienen que ver con osadía, honor, valentía y hasta inteligencia y talento. La memoria colectiva es perseverante en relación con la imagen de ciertos personajes en Sinaloa, que de manera abrupta en unos casos, y paulatinamente en otros, han sido cargados de signos que han tendido irremediamente hacia la mitificación.

En el entramado cultural sinaloense, uno de estos casos se puede observar en un muy curioso libro: **Vida y muerte de Lamberto Quintero** del periodista José María Figueroa Díaz.²⁷ La edición se agotó rápidamente, pero más allá de su tiraje y su aceptación, es de destacarse que la pretensión original del autor era que su apología fuese publicada nada menos que por el organismo oficial de cultura del estado: DIFOCUR. Desde la portada misma, y abierta y explícitamente en su contenido, se trataba de un altar textual, biográfico, para el pariente de Rafael Caro Quintero, el mismo Lamberto Quintero que, luego, habría de ser enaltecido en discos, radio, cine y televisión.

¿Una de las intenciones del escritor era hacer mofa o burla de la política cultural oficial? La argumentación para solicitar la edición oficial quizá era un

²⁶ Manuel Castells (2000), **La era de la información. Fin de Milenio**, Tomo III, Ed. Siglo XXI, pp. 232-233.

²⁷ José María Figueroa Díaz (1991), **Vida y muerte de Lamberto Quintero**, Ed. El diario de Sinaloa, Culiacán, Sin.

reclamo. Porque ¿acaso la muerte, el crimen, la violencia, no forman parte de la cultura? Lo cierto es que de algún modo, con su trabajo el periodista Figueroa Díaz —sin distanciamiento analítico, o sin vergüenza, pudor o mesura— en realidad ha exhibido una percepción sobre el fenómeno del narcotráfico, que lo asume con franqueza como digno de encomio y reconocimiento, o como expresión de un mundo real e inobjetable, como parte de una realidad sociocultural, económica y política que debe ser valorada o apreciada positivamente. En el fondo, tal forma de captar el conflicto, no se encuentra muy distante de la doxa y de la percepción común de algunos segmentos populares de la sociedad sinaloense, así como de otros escritores y periodistas de la región.

En su caso, el articulista culiacanense no escamoteó elogios para el criminal y traficante y se permitió el descaro de apuntar hasta con orgullo y admiración, por ejemplo, que Lamberto “Regó de hijos los rincones de Badiraguato y Culiacán, que eran sus cotos de caza favoritos”. Y el escribano periodista, extasiado por el personaje que había sido acribillado en una clásica venganza por parte del clan familiar de los Salcido en el poblado de El Salado, muy cerca de Culiacán, manifestó con todas sus letras que el sujeto aludido

“Era un individuo bien parecido, de color blanco, tez sonrosada y ojos azules como el mar. Por su apostura le habían puesto el apodo de “El Bonito”, pero su belleza varonil no daba pie a que se pensara que pudiese correr para tercera, pues era hombre entre los hombres y a las pruebas se remitía” (sic).

Se ha pretendido, decimos, mirar el problema de la industria de los estupefacientes con un cierto sentido de sarcasmo e ironía. Lo que puede observarse, en todo caso, es que la percepción pública en torno al fenómeno de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes no es ya una cuestión que escandaliza a la sociedad, sino más bien ciertos aspectos son vistos hasta con un dejo de complicidad y cinismo. Hay una suerte de aceptación, asimilación, cohabitación y tolerancia con

la desviación social y cultural, dada la cercanía del observador o analista con las raíces y con los personajes protagónicos que le dan sentido humano a la problemática. Y probablemente la forma de percibir el fenómeno se nutre del hábitat y del ambiente que ha ido generándose en el transcurrir de una historia que ha sido de beneficios para muy pocos “héroes” transgresores, y más bien de perjuicios para una amplia mayoría de campesinos y trabajadores agrícolas que siguen viviendo hundidos en la pobreza y bajo la presión y la amenaza de la violencia de los grupos que “militan” dentro de las organizaciones del crimen organizado.

Hay que recordar que en muchos casos, los campesinos tienen que sembrar y cuidar las tierras del narcotráfico, en virtud de que prácticamente no tienen opciones: o siembran por las buenas o por las malas; terminan acatando la implacable sentencia metafórica de la ley de “la plata o el plomo”. El mismo Figueroa Díaz, quien ha sido visto durante muchos años como un periodista “respetable” entre el gremio sinaloense, luego de que intenta relatar orígenes, raíces, historia, en torno al narcotráfico, es capaz de establecer que en algún tiempo, a un general de Badiraguato, siendo senador en el período 1953-1958,

“se le ocurre ¡vaya ocurrencia! Reprimir la siembra y el tráfico de la yerba en su tierra natal y pide soldados para que intervengan en esta acción de quema, aseo y limpia”.

En el libro aludido, añade inmediatamente:

“Luego, en 1977, aparecen los generales caradura Ricardo Cervantes García Rojas y José Hernández Toledo, que al mismo tiempo que destruyen e incineran las preciosas matas (sic), cometen una serie de infamias contra gente inocente...”. ¿Cuál es la intención del periodista, que se atreve incluso a versificar?: “¡Amapola, amapola, cómo puedes tú vivir tan sola.”²⁸

²⁸ Véase el texto aludido de Figueroa Díaz, lleno de frases apologéticas al traficante Lamberto Quintero, en donde plasma también su posición frente al problema de las drogas en Sinaloa.

¿Sería sólo humor? Entre la acción que desvela una forma quizá “natural” de percibir y convivir con el problema y la intención tendenciosa de cuestionar y desacreditar las acciones del sistema y del gobierno, conviene recordar que de este talante, de este estilo y de este método periodístico y comunicativo --distante del rigor y de la ética profesional, de la responsabilidad social y de los más elementales principios deontológicos-- se nutrieron comercialmente de manera central otras empresas y medios.

Pero múltiples atentados, accidentes e incidentes siguen nutriendo a los medios de comunicación. Es decir, la realidad también se ha encargado de superar constantemente a la ficción. Aún se recuerdan, de forma memorable, los estilos que dieron fama a un grupo de cuatros de la región: la banda de los hermanos Beltrán Lugo, encabezada por “El Ceja Güera”, que, como en los tiempos filmicos del viejo oeste norteamericano que pareciera aún no termina de pasar en el campo y la sierra sinaloenses, se dieron el lujo curioso de perseguir y asaltar trenes, a punta de pistolas, cuernos de chivo y caballos. Un viejo ferrocarril conocido como “El burro”, que hacía su ruta de Mazatlán hacia el norte, fue cliente asiduo de los numerosos malandrines de la banda de “El Ceja Güera”.

Además de los medios impresos urbanos, de tales tendencias participaron diferentes medios, aunque de acuerdo a sus formatos y especificidades, como la influyente industria radiofónica con su cobertura de campo y ciudad, y por supuesto la impactante industria cinematográfica nacional (verbigracia: los abundantes filmes de, entre otros, los hermanos Almada, Valentín Trujillo, Rodolfo de Anda, y los auspiciados por la propia empresa Televisa), además de la vigorosa industria musical y la literatura de corte popular como las tiras cómicas, revistas de monitos o comics. En el análisis sobre los cambios y la transformación ideológica del poder en dominación en el ángulo de los “micropoderes” resaltados por Foucault, la investigadora Mariflor Aguilar sostiene que en este rumbo, la transformación suele

darse más bien de forma “imperceptible”, y es justamente a través de ella cuando “entra” la violencia. Y esa transformación se realiza

“mediante pequeñas modificaciones, pequeños cambios paulatinos y reiterativos que van torneando las expectativas de la voluntad y el cuerpo mediante expresiones de confianza, de la apropiaciones de ilusiones, y deseos ajenos o de amenazas sonrientes y veladas...”²⁹

En esta diversificada acción cultural se fueron reproduciendo y construyendo sentidos y percepciones, lo que sin duda impactó ideológica y culturalmente sobre una población con elevados índices de analfabetismo real y analfabetismo funcional. De una población enfrascada en los avatares de la sobrevivencia y en los retos y delirios de la posibilidad de la riqueza al alcance de la mano, y que estaba distribuida en la vasta, variada y agreste geografía de valles, mesetas, marismas, y regiones montañosas que integran al territorio sinaloense, y sobre todo a través de la unión serrana del llamado “Triángulo del Diablo”, en los lindes con Durango y Chihuahua. Es un enclave simbólico y transfronterizo de la Sierra Madre Occidental, por los rumbos de la emblemática población de Badiraguato, que desde los primeros años se ha destacado como una zona generosa e ideal para que se haya dado y se dé un alto índice en la producción de la amapola.

El historiador Héctor R. Olea explicaba que el municipio de Badiraguato (con 5,865 kilómetros cuadrados, posee una mayor extensión territorial que los estados de Morelos o Tlaxcala), por su casi inaccesible topografía, ha sido tierra de privilegio para la producción de drogas, destacando la amapola, y ha ofrecido seguro refugio para los cultivadores. Enclavado rumbo al norte --ocupa el 10.1 por ciento del total del territorio sinaloense--, precisamente en los faldones y las alturas de la Sierra Madre, tiene índices de derramamientos pluviales mayúsculos; la región muestra una configuración orográfica diversa y accidentada, con montañas, serranías y

²⁹ Mariflor Aguilar, “Violencia y micropoderes” en **El mundo de la violencia** (1998), **Op. Cit.**, p. 220.

cañadas abruptas y elevaciones caprichosas que alcanzan hasta 2,300 metros sobre el nivel del mar. Y colinda con los municipios de Mocorito, que tiene en sus montañas elevaciones de hasta 3,000 metros, y de Culiacán, que posee también una muy diversa topografía de valles, costa y serranía.

Ahí, en los resquicios, en las cañadas y las faldas de los montes y los cerros, y abajo en la calurosa planicie, entre las llanuras, valles, marismas, mesetas y ondonadas, a lo largo de la entidad, ha tenido verificativo una acción significativa que para los lugareños, en general, no ha representado una acción condenable, ni desde la perspectiva moral ni desde la perspectiva económica. Se ha tratado, sobre todo, de una actividad económica, aunque con sus matices y peculiaridades. Y en ese amplio territorio –Sinaloa, que con 58 mil 92 kilómetros, posee por ejemplo más del doble de la extensión territorial de la república de El Salvador--, para tener otra aproximación más sobre la efervescencia del tráfico de drogas, según algunas informaciones periodísticas y oficiales, se habrían llegado a contabilizar hasta más de un millar de pistas de aterrizaje clandestinas para las aeronaves transportadoras de estupefacientes. Tanto para las drogas producidas localmente, como para las que luego habrían de provenir de Colombia, Perú y Bolivia rumbo al insaciable mercado de los Estados Unidos.

Por lo pronto, para una población que entre los años de 1960 y 1970 apenas había bajado o disminuido su condición rural mayoritaria en unos 10 puntos porcentuales (de 61.8 a 51.9 por ciento), los medios de comunicación, sus propuestas culturales, sus formatos y sus contenidos, de sólida raigambre folclórica y popular, acaso coadyuvaron para forjar un imaginario colectivo ad hoc para hacer un tanto menos traumático el tránsito que entrañó trascender de los ámbitos rurales hacia los ámbitos urbanos. En la ruta o en la simbiosis rural-urbana, la población trajo consigo, sin embargo, los altísimos niveles de analfabetismo, o en su defecto su mínima instrucción educativa y su escasa formación cultural. En esos años, por

ejemplo, en varios de los 18 municipios del estado el analfabetismo real era superior al 22 por ciento.

En este periplo sociocultural, una especial forma de comunicación para los sectores rurales y urbanos ha sido la música, que luego extendió sus ramificaciones populares y masivas a través de la industria radiofónica, electrónica y disquera. Con las tradiciones propias de varios grupos sociales que han mistificado y mitificado relatos, anécdotas y prototipos, que se han transformado en auténticas leyendas, en la efervescencia de la producción musical se ratificaron tendencias e inclinaciones culturales. El boom, el auge, el fortalecimiento y la masificación de la música ranchera y norteña, aderezada con la banda regional, y que luego impactaría de manera fuerte e impresionante hacia los espacios nacionales e internacionales, habría de partir de la predisposición arraigada de las costumbres campiranas, para hacer de las ceremonias de la fiesta y el folclor, una parte sustancial del hábitus y del gusto popular sinaloense.

Aunque también han sido parte importante las historietas, las tiras cómicas, que en la vida diaria y cotidiana han sido como espejos y mediaciones para la transmisión y reproducción de las formas perceptivas hegemónicas de la sociedad; y que de algún modo han sido también los correos de instrucción, educación y cultura para decenas de miles de habitantes, sobre todo de los segmentos sociales medios, así como los sectores proletarios, campesinos, además de los grupos marginados, compartimientos sociales que podrían ser vistos en todo caso como los escenarios culturales, estratos lógicos y casi naturales, del analfabetismo funcional.

En alguno de los eslabones de una amplia cadena comunicativa, esos promotores del folclor, de las tradiciones orales y de la cultura popular (duetos, tríos, cuartetos y bandas y tamboras de pueblo, rancherías, colonias y barrios), han sido también eficaces productores de sentido y una especial fórmula de mediación de la

pujante y espectacular industria de la cultura. Compositores e intérpretes han sido protagonistas para reseñar y reiterar hazañas, fábulas, cuentos, mitos y leyendas sobre personajes y “héroes” transgresivos surgidos de las veneras, las venas y las entrañas populares. Como antagonistas reales o ficticios, tales personajes fueron vivificados entre el contexto de las penurias y las carencias económicas y sociales, y reivindicados desde el origen mismo de los sueños, las fantasías y las proyecciones de numerosos individuos y grupos sociales, para quienes los negocios de la droga habían abierto la posibilidad riesgosa de nuevos horizontes. Las añosas herencias y tradiciones se unían de ese modo a los ecos y resplandores del progreso social y económico.

En un reciente trabajo de campo, la investigadora europea Helena Simonett, al advertir que la música no es un simple escapismo, sino en realidad una formulación simbólica que expresa fuerza y poder, sostiene que las letras de los narcocorridos sugieren que el tráfico de drogas tiene una muy pronunciada correlación con la pobreza y la miseria. Y al destacar que los modelos sociológicos en boga para explicar las conductas criminales suelen confirmar esos vínculos, anota que en el caso de la teoría de la tensión, se argumenta, por ejemplo, que

“el crimen es una vía alterna por la que optan aquellos a los que se les ha negado la oportunidad de obtenerlo por medios legítimos. Los hombres jóvenes de las zonas rurales o de los barrios urbanos de mala fama son los más proclives a experimentar la tensión que existe entre las aspiraciones inducidas social y culturalmente y su propia incapacidad para llegar a cristalizarlas por la vía legítima. Una sociedad cuyo progreso económico está directamente relacionado al progreso social, y en la que la riqueza es relativamente fácil de adquirir si los hombres optan por el camino fácil, pero criminal de ganar dinero para poder escalar socialmente...”³⁰

³⁰ Helena Simonett (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda**, Ed. Sociedad Histórica de Mazatlán, Mazatlán, Sin., p. 139.

La investigadora suiza se ha referido también al estilo, amén de los contenidos, de las formulaciones de la llamada música “narco”. En el análisis de los grupos musicales de mayor renombre –Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, Banda El Recodo, Julio Preciado, Grupo Exterminador--, así como muchos otros de menor jerarquía, como las curiosas bandas de sugestivo nombre: “Arkángel R-15” (de Nayarit) o Los Originales de San Juan, entre muchos otros, Helena Simonett manifiesta que pese al “prosaico estilo tradicional” de los corridistas, los corridos alusivos no cuentan la magnitud y la trascendencia del problema (de la industria de las drogas). No obstante, dice, “algunos expresan su lado humano”.

En muchos sentidos, compositores, grupos y bandas han estado muy vinculados al fenómeno del narcotráfico. No únicamente a través de la exaltación y la alabanza de la violencia y el crimen, sino también como mecanismos ideológico culturales de una sociedad transgresiva, e incluso hasta como partes del engranaje, a través de los espectáculos, del lavado de dinero de la industria. La subcultura del narcotráfico en Sinaloa es un “laberinto de violencia” en el que impera el poder del fuego y de las armas, apunta Simonett. Pero “esta violencia es festejada en la cultura popular (comercial) y de un modo muy específico en la música popular que enaltece a la mafia de la droga”. Y además, en virtud de que muchos jóvenes y adolescentes se sienten cautivados y atraídos

“a la violencia, como de igual modo lo están por otras cosas peligrosas y prohibidas, las películas y canciones que la representan y describen son como una ventana hacia un mundo en donde los favorecidos y obedientes no pertenecen”.³¹

En el tránsito de la transformación social de Sinaloa, la música jugó un papel importante no sólo como mecanismo de entretenimiento y como parte de un proceso de identificación creativa y construcción cultural, sino también como vehículo de

³¹ **Ibid.**, p. 151.

socialización. Ya en 1960 la población sinaloense alcanzaba la cifra de un poco más de 800 mil habitantes. Y en 1970 rebasaron la cifra de 1 millón 250 mil. En este lapso, las bandas musicales, sus compositores y sus cantores representaron una parte de la forma interpersonal y grupal de comunicación, base y raigambre de socialización cultural, que habría de facilitar posteriormente el impacto más amplio de los medios masivos de comunicación. La sociedad y la cultura de masas se nutrían, así, de los estertores producidos por la inventiva, el imaginario colectivo y el folclor de los grupos sociales de tipo rural que se iban incorporando a las esferas de la producción cultural, incluida la vía de la desviación con base en su participación desde los nudos iniciales de las cadenas del narcotráfico.

En este encuentro, o en este cruce cultural, el grueso de la población estableció los vínculos con el fenómeno del tráfico de drogas a partir de sus intereses más cercanos. La recepción comunicativa ha sido, eminentemente, de tipo emotivo y pasional. Los parámetros del mundo contemporáneo fueron introyectándose y asimilándose, como en todo fenómeno de la sociedad de masas, por conducto de los sentidos básicos, tanto en su papel de perceptores como productores de significados. Sobre esta premisa, el reforzamiento de valores, así como de pautas, reglas y normas de comportamiento, constituye un complejo proceso en el que, a final de cuentas, no importan los grados de elaboración de los mensajes, que luego habrían de recoger y transmitir los medios de comunicación, a través por ejemplo de específicos formatos musicales. Y con ello, en los procesos de interacción social y cultural, se fueron reafirmando y arraigando patrones, creencias y mitologías.

Si a esto se añade que el folclor crea y nutre sus formulaciones comunicativas, estéticas y artísticas, como las musicales, de los mismos sentimientos, preocupaciones, aspiraciones, valores, estilos, modelos, formatos, sueños, euforias, tradiciones y legados de lo popular, ha resultado lógico prever y diagnosticar –en el análisis, pero que se confirma en el mercado--, el éxito de cuanta

oferta discográfica o radiofónica que se proponga y realice para una comunidad o conglomerado social con características más o menos definidas y específicas. Aunque el modelo de la circulación de los productos y mercancías culturales no funciona, como en esta propuesta aludida, así tan obligada y tan automáticamente, interfieren intereses y circunstancias públicas y privadas que confluyen en las políticas de las empresas y su comercialización.

En la producción cultural sinaloense, tanto los poderes públicos, como los creadores, los autores, compositores y productores de sentido, así como segmentos gruesos de la población, además de los protagonistas directos del negocio del tráfico de enervantes y especiales sujetos que han resaltado o destacado individualmente – por ejemplo los denominados “jefes de jefes”--, han sido copartícipes y actores en el florecimiento de esta subcultura clandestina y cuasi pública al mismo tiempo. En función de esta amplia relación individuo-poder, Foucault advertía que el individuo

“es sin duda el átomo ficticio de una representación “ideológica” de la sociedad; pero es también una realidad fabricada...Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: “excluye”, “reprime”, “rechaza”, “censura”, “abstrae”, “disimula”, “oculta”. De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esa producción”.³²

Con ciertas variantes, que no cambian el sentido general, la conformación y configuración cultural en la región ha seguido los senderos o las pautas del esquema planteado. Y aún más: la dinámica del folclor no sólo ha reunido los formularios delineados (existencia de un modo y un conjunto de comportamientos, hábitos, creencias y valores populares y rurales, así como las herramientas mercadotécnicas para su promoción bajo la égida de la industria de la conciencia y la ideología), sino que han sido las propias instituciones cívicas y políticas del Estado las que de

³² Foucault (1999), *Op. Cit.*, p. 198.

distinta manera azuzaron, alimentaron e inflaron las manifestaciones y las rutas peculiares del fenómeno, de lo que en sentido estricto es ya parte de la idiosincrasia local. En la cultura popular sinaloense no podía faltar el culto a la personalidad, en este caso de personajes ligados a la desviación.

Pero en el escenario histórico sinaloense destaca un personaje singular. Se trata del guerrillero Heraclio Bernal, un individuo con carisma, arraigo y prestigio social. Es el prototipo de héroe fundado y surgido desde las entrañas populares. Nacido en un pequeño poblado del municipio sureño de San Ignacio (una de las principales zonas productoras de drogas y terruño del afamado traficante Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”), con el tiempo su nombre ha devenido en una mezcla histórica significativa de atributos, folclor y leyenda. Conjuga y evoca una entrega y un sacrificio por las causas populares y por la justicia social, amén de liderazgo, fuerza y valentía. Estos valores se fueron ensamblando para mitificar con el tiempo a un guerrero antiporfirista, primero por vía de la comunicación oral, interpersonal y cotidiana, luego a través de la música y los corridos en su memoria, y posteriormente a través de la industria cinematográfica. Bernal sería una suerte de modelo precedente, en cuanto personaje viril, de lo que posteriormente se explotaría como una de tantas virtudes de los personajes ensalzados en el “narcocorrido”.

Acaso se trata, Heraclio Bernal, del símbolo más sentido y respetado de la historia regional. Contiene los elementos propios del mito revolucionario, que lo dibujan como modelo de hombre fuerte, hábil, noble y justiciero. Su figura se forjó y creció sin muchos contratiempos y obstáculos historiográficos. Aunque es un rasgo nacional y no sólo local (una sociedad de pronunciadas raigambres y herencias rurales), precisamente ante la ausencia de valores diversificados, de distinto tipo y raíz, las recetas con tales procedencias para el consumo popular suelen todavía tener eficacia y penetración. Ello se ratifica en la actualidad con la fuerza masiva, inclusive en los planos internacionales, de la música que enaltece y glorifica las

andanzas y aventuras de los líderes y traficantes de la industria de las drogas. La música de las principales grupos mexicanos y en algunos casos éstos mismos, particularmente sinaloenses, que han tocado los asuntos culturales de este tipo de transgresión, prácticamente le ha dado la vuelta al mundo.

Un poco después de Bernal apareció en la historia sinaloense otro protagonista. En plenos años de la Revolución Mexicana, se alzó de forma parecida al anterior en cuanto a la fama, pero con más claras dosis de enjundia y violencia. Fue Valente Quintero, nacido en la sierra de Badiraguato, la arisca tierra de una grande familia de los Quintero que habrían luego de dar mucho de qué hablar. En 1922, en un duelo provocado por los “humos del alcohol”, y los resentimientos --aunque algunas versiones, como la del periodista Herberto Sinagawa, identifican la causa en función de problemas de drogas--, se mató a balazos con el mayor Martín Elenes. Del corrido de Valente se hicieron versiones varias, leyendas orales, películas. Un historiador calificaría la letra de la canción, y a ese tipo de folclor que cada vez fue más recurrente, como una fórmula de “machismo fanfarrón, irreflexivo, suicida”. Tal modelo habría de servir, también, para la elaboración posterior de la música de traficantes.

Varios personajes, luego, se fueron perfilando y conformando. Combinación de picaresca, comedia, fábula, prosopopeya, creencia, invención, imaginación, epopeya y leyenda, con el tiempo tales símbolos han terminado por ser iconos del imaginario colectivo. Alguno de ellos hasta ha provocado confusión de papeles, funciones y ubicaciones. Uno de los casos más llamativos es el del ya citado Lamberto Quintero --uno más de los múltiples Quintero--, este famoso y peliclesco traficante de drogas que la industria de la cultura resignificó para convertirlo en mercancía y afiche de la transgresión social, al grado de que en los medios electrónicos llegaron a confundirlo o investirlo hasta como héroe de la Revolución de 1910-1917.

No es extraño, por ello, que el cantante de caballitos Antonio Aguilar, en los explícitos homenajes que le ha rendido a Lamberto, lo haya llevado y traído por el territorio nacional como un trofeo de su peculiar oferta discográfica. Y que incluso un “formador” televisivo como Raúl Velasco no haya tenido empacho en glorificar, en vivo y en cadena nacional a través de la televisión, al delincuente y traficante de drogas. Confundiéndolo, dijo que se trataba de un importante héroe revolucionario. En su caso, Antonio Aguilar ya le había sacado dividendos con un corrido, así como con una exitosa película sobre las andanzas y las rudas aventuras de Lamberto. La ejecución de éste, por cierto, causó una de las balaceras más impresionantes, entre dos familias de narcotraficantes, de que se tenga memoria en el centro de Culiacán, frente a la Clínica Santa María, en la cual hubo decenas de muertos. Se trató de las familias Quintero contra los Salcido, estos últimos productores de San Ignacio.

También con mucho impacto en el mercado discográfico y radiofónico, pero con la fórmula que escarba y se nutre de la sensiblería, de la épica rural, amén del elogio de la fuerza bruta, de la desviación y el crimen, se hicieron múltiples corridos sobre traficantes, muchas veces por encargo de los mismos aludidos. El compositor sinaloense “Chalino” Sánchez, especialista en tal producción musical, formó hasta una empresa en Los Angeles, haciendo fortuna con los formatos del narcorrido. Pero el prolífico “cantautor” habría de pagar el precio, con su ejecución en Culiacán, en un asunto de deudas pendientes. Personajes de gloria efímera han sido enaltecidos de manera insistente. Rafael Caro Quintero; Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”; Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”; Miguel Angel Félix Gallardo; Amado Carrillo Fuentes, “El señor de los cielos”; Manuel Beltrán Lugo, “El Ceja Güera”; los hermanos Benjamín, Ramón y Francisco Javier Arellano Félix; Héctor Luis “El Güero” Palma; Joaquín “El Chapo” Guzmán; Ismael “El Mayo” Zambada García, entre otros actores de la genealogía del narco sinaloense, han sido algunos de los símbolos preferidos o favoritos de este transgresivo escenario cultural. Y es

significativo que en el seno de todos los grupos o “cárteles” más importantes que operan en el país (Tijuana, Juárez, Sinaloa, Guadalajara, Michoacán, Colima y del Golfo), identificados por la Procuraduría General de la República, se encuentren incrustados en los mandos directivos de cada uno de ellos, personajes de “alto impacto” que son precisamente oriundos de Sinaloa.

Por otro lado, un icono muy especial es el de Jesús Malverde. Buena parte de la población lo ha concebido como el típico bandido generoso, un “Chucho El Roto” entronizado por el vulgo, que despacha como intermediario de la oscuridad, desde una pagana capilla en la ciudad de Culiacán. En la actualidad sus más fieles asiduos son, además de traficantes y trabajadores dedicados al periplo productivo de las hierbas “espirituosas”, individuos de los sectores sociales marginados y pobres. El sitio está siempre abierto, día y noche, quizá para facilitar la constante presencia de sujetos de oscura estirpe que llevan serenatas y mandas para enaltecer y agradecer al santísimo, los favores y beneficios y servicios recibidos en los negocios de la muerte. Entre las sombras y las penumbras de las noches de la capital sinaloense – que ya de por sí entrañan no cualquier cosa o suponen un marco de predisposición--, los visitantes se mueven en los alrededores de la capilla como ex-votos vivientes, espectros y fantasmas furtivos, que dan testimonio de su existencia amenazante, y real, en la vida pública regional. Y como un enigmático sacerdote de oscuras fuerzas, sin sotana, el viejo “capellán” Eligio González permanecía, mientras estuvo con vida, atento a las visitas, hurgando desde los secretos y los misterios insondables de su mirada oblicua, posibles procedencias e intencionalidades. No era para menos: cuidaba desde hacía muchos años las puertas y las entrañas abiertas de un simbólico santuario de la transgresión. Y estaba ahí, como hubiese dicho Nietzsche, con su alma de penumbras escudriñando siempre a las otras sombras como “de reojo”.

En el universo de la elaboración de los artículos culturales, mediáticos, de espectáculo y entretenimiento, y de fines estéticos y artísticos, las tendencias

exaltadoras de la violencia, no cancelan de antemano la posibilidad de que puedan ser obras valiosas y apreciables; no significa que no puedan contener ingredientes estéticos importantes, así como vocación, inspiración, esfuerzo, talento, realización y formalización artística. Más allá de las connotaciones y cargas apologéticas de la violencia y de los comportamientos delictivos de cultivadores, trabajadores, protectores y hasta sicarios, cuando no de los contenidos reivindicadores contra la pobreza y la marginación campesina y rural, podría decirse que muchas de las obras nacidas de los entretelones de la cultura popular, han tendido a destacar también por sus cualidades artísticas, y no únicamente por sus apelaciones a la desviación y al crimen, o como formas evidentemente anticonvencionales y antisociales.

Al referirse a la “transferencia del capital cultural”, Pierre Bordieu recuerda que muchos creadores, artistas y profesionales de la comunicación, “en determinadas coyunturas históricas” pueden convertirse en **portavoces** de los dominados, o de los grupos transgresores, en función de solidaridades parciales o particulares y alianzas de hecho sustentadas en una suerte de “homología entre una posición dominada en tal o cual campo de producción cultural y la posición de los dominados en el espacio social”. En un momento dado, ocurre la acción subversiva contra el orden establecido y se manifiesta

“la virtualidad de **la desviación** que está inscrita en la coincidencia imperfecta entre los intereses de los dominados y los de aquellos entre los dominantes-dominados que se convierten en portavoces de sus reivindicaciones o sus sublevaciones, sobre la base de una analogía parcial entre experiencias diferentes de dominación”.³³

Al margen de gustos y aficiones, a través de los estertores naturales, espontáneos y libres de hacer cultura, y de hacer ideología, las posibilidades creativas de sectores marginados han saltado también a los foros de la vida pública.

³³ Pierre Bordieu (1999), *Meditaciones pascalianas*, Op. Cit., p. 246.

Pero sin duda que las propias obras marcadas por la presión, el encargo y por los signos del delito, forman parte del bagaje cultural de la sociedad. Esta obra creativa de la vena popular ha sido irremediablemente un aporte impresionante en el terreno de los productos culturales, aportación que por supuesto habría de retomar por razones evidentemente comerciales la industria de la cultura de la sociedad de masas. Esto se ha corroborado en distintas áreas del arte. Tanto en la música, como en la literatura, la dramaturgia, el cine y hasta en las artes plásticas, diferentes autores contemporáneos han inscrito su nombre de manera destacada en la memoria artística sinaloense, bajo el manto o el amparo temático del narcotráfico, sea en forma sistemática o bien ocasionalmente.

En un policromado arcoiris artístico que abarca la mayor parte de las bellas artes, o mejor dicho, el amplio abanico del quehacer en torno al arte y la cultura, en el estado han llamado la atención las proposiciones de importantes autores. Por ejemplo, además de Los Tigres del Norte y Los Tucanes de Tijuana en la música; Oscar Liera y Oscar Blancarte en el teatro y el cine; Herberto Sinagawa, Elmer Mendoza, César López Cuadras, Leonides Alfaro y Juan José Rodríguez en la literatura; y Lenin Márquez, Oscar Manuel García Castro, Ricardo Javier Corral, Rosy Robles y María Romero en la pintura, entre otros, han recreado por medio de la elaboración artística, en distintas disciplinas, el sórdido mundo de individuos y grupos sociales enfrentados con el establishment y socavando el orden sistémico preponderante, y que ofrecen, de facto, la imagen y hasta el espectáculo de una sociedad prácticamente en conflicto perenne consigo misma.

Aparte de las afinidades conceptuales o simplemente temáticas, que se registran en periodos normales o en situaciones coyunturales, la esfera de la creación artística tiende hacia la ruptura de las normas y los convencionalismos. Es proclive, por principio, a la violencia. La especialista en arte Teresa del Conde expone:

“Arte que violenta, la violencia que acompaña los procesos creativos, la violencia que equivale al rompimiento de las convenciones imperantes, la brocha, el cincel o el buril violentos, la iconografía de la violencia, la violencia que conspira contra la creatividad, el artista que comete actos ilegales, asesinatos incluso, son fenómenos que de tan conocidos casi resulta pleonasma hablar de arte y violencia...El arte supone violencia porque los procesos creativos suelen ser violentos. Unas veces más que otras en artistas del mismo periodo...**El Guernica** puede entenderse como la manifestación de algo horrible que sucedió y que no debe ser jamás olvidado. Allí están formas que se imprimen como grabados...impidiendo el olvido. Es poesía. Se transmitió como tal. ¿Poesía violenta? Sí...A los artistas de todas las épocas les ha sido más fácil imaginar el infierno que el cielo...”³⁴

En este orden de ideas, el sociólogo brasileño Octavio Ianni también se ha referido a la relación violencia-arte. Resalta el ejemplo de la obra de Picasso:

“Hay creaciones artísticas en las que se encuentra lo enigmático e insondable, pero también revelador y heurístico de la violencia. De repente agentes y víctimas, espectadores e indiferentes se descubren metidos en la misma vorágine. Este puede ser uno de los significados de “El grito” (1893) desesperado y alucinado que resuena por el mundo desde el fin del siglo XIX en el cuadro pintado por Edvard Munch...Es como si la obra de arte fuese un sismógrafo, una premonición, develando signos, símbolos, metáforas o alegorías con los cuales se diseña el phatos escondido en la historia”.³⁵

A pesar de las implícitas, y muchas veces explícitas inclinaciones hacia el “elogio del mal” que pueden hallarse en diversos autores o compositores de corridos y música popular en general, en las concepciones de la doxa, que reproduce creencias populares y mediáticas y fortifica la propia mitología, hay miradas, percepciones y hallazgos que ilustran en torno de los nexos múltiples del fenómeno de la subcultura de la violencia. Por ejemplo, en la relación traficantes-justicia-medios de comunicación e industria de la cultura, una idea sobre la producción, el

³⁴ Teresa del Conde, “La violencia y su posible representación” en **El mundo de la violencia**, Op. Cit., pp. 428-433.

³⁵ Octavio Ianni, “La violencia en las sociedades contemporáneas”, en revista **Metapolítica** (2001), enero/marzo, México, p. 69.

tráfico y el consumo de narcóticos ha llegado a ser concebida como una abigarrada y umbilicada telaraña de intereses de distintos sectores y esferas públicas y de poder. El ya citado escritor José María Figueroa Díaz ha hecho una descripción metafórica. Dado el vigoroso simbolismo de la industria de las drogas, en tanto artificio de complicidades y en función de su entreveramiento sociocultural, Figueroa Díaz expresaba que ésta podía ser vista como

“la señora Tentación, el hermoso bolero de Agustín Lara, que cantan y bailan, acaramelados y de cachetito, narcos y polis, con la famosa banda orquesta de Cruz Lizárraga”.

En el amplio trabajo de campo efectuado en Sinaloa, el norte del país y el sur de los Estados Unidos, Helena Simonnet reitera, coincidiendo con muchos otros analistas, que las letras de los corridos ofrecen la idea de que el narcotráfico “tiene una elevada correlación con la pobreza”. Aunque por supuesto no implica que sea la única causalidad, la investigadora recuerda que los modelos sociológicos que se han desarrollado para explicar a la conducta criminal han terminado por confirmar que las condiciones socioeconómicas son determinantes para los sujetos que deciden incorporarse, previa invitación, al negocio, en cualquiera de sus categorías laborales básicas: la siembra, la cosecha, la “cocina”, el transporte, la vigilancia o el sicariato.

“La afamada teoría de la tensión, por ejemplo, argumenta que el crimen es una vía alterna por la que optan aquellos a los que se ha negado la oportunidad de obtenerlo por medios legítimos. Los hombres jóvenes de las zonas rurales o de los barrios urbanos de mala fama son los más proclives a experimentar la tensión que existe entre las aspiraciones inducidas social y culturalmente y su propia incapacidad para llegar a cristalizarlas por la vía legítima”.³⁶

³⁶ Helena Simonnet (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda**, Op. Cit., p. 139.

C) Una industria de la desviación.

Las dificultades para acceder a los satisfactores materiales, a los bienes, al éxito personal y al ascenso social se alzan y se miran como barreras imposibles; resultan demasiado complejas en una sociedad que ha crecido con muy notorios desequilibrios estructurales. Así que para numerosos grupos e individuos, prácticamente no existen opciones, más que el mundo de la desviación, la ilegalidad y las prácticas criminales. Y los caminos para obtener recursos fáciles representan la alternativa más cercana, aunque se coloquen dentro de los rubros de una industria de los narcóticos que, según estimaciones de instancias de la Procuraduría General de la República, emplea varios centenares de miles de personas en el país.

Pero con el afán de contextualizar un tanto el devenir sociocultural que comprende la región, algunos datos nos permiten contar con una ubicación más clara en torno al problema. Recuérdese que según cifras oficiales, hace apenas unos 20 años, en los albores de la década de los ochenta, más del 14 por ciento de la población era aún analfabeta. De ésta, la mayor parte se concentraba, como es lógico, en pequeños poblados del campo y la sierra, cuando en general el sector rural alcanzaba todavía casi el 45 por ciento del total de los habitantes. Habría que recordar también que en 1970, cuando el tráfico de drogas era ya una fuerte e impactante realidad, la población rural era evidentemente mayoritaria. Y no se diga en la década de los sesenta. Nada extraño resultaba, entonces, que hace cincuenta años, precisamente en los cincuenta, el analfabetismo alcanzara un descomunal 42 por ciento. Sobre estos perfiles habría de crecer y desarrollarse, como en caldo de cultivo, el llamado negocio de “la plata y el plomo”.

Sin embargo, esta sociedad atrasada estaba siendo alcanzada también por los nuevos vientos y tiempos que soplaban con la masificación o con el advenimiento de la llamada sociedad de masas. Y con ella la tecnología de los ámbitos de la

comunicación, que dio pie para una intensa y masiva socialización cultural, sobre todo desde la acción mediática de la radiodifusión. La otrora entidad afamada como “el granero de la nación”, adquirió pronto escenarios, perfiles, imágenes y rostros sobrepuestos, condiciones y espacios en franca contradicción. Frente a frente se hallaron de improviso vivencias sociales y cotidianas dominadas por las prácticas de un mundo de la vida pedestre y campirana plenamente constituidas. Tales prácticas habrían sido ya normativizadas, obviamente, por el sentido común, las tradiciones y las costumbres, pero que empezaron a convivir y a entrar en conflicto con nuevas normas y con las novedosas exigencias que planteaban los nuevos tiempos de los conglomerados y centros urbanos, así como con otros parámetros, propios de una estructura y una organización social más complejas.

Así, la sociedad se fue haciendo, moldeando y trastornando, en los senderos de la masificación, como a marchas forzadas, como en abruptos virulentos de potencia, fuerza y agresión, como en una intermitente lucha social que fue dejando la impronta de su huella sobre la historia reciente. Y sin la intención precisamente de condenar, algunos estudiosos resaltan que la violencia forma parte sencillamente de los recursos del hombre en sociedad. Por ejemplo, Ricardo Guerra externa que en tanto que el hombre es libertad, así como fundamento de sus actos y de su existencia,

“su presencia, su nacimiento, tanto biológica como existencialmente, es violencia, poder o fuerza. La libertad implica y requiere, en su sentido más elemental, violencia. No es por lo tanto, ni lo extraño o ajeno, ni lo que hay que rechazar en forma absoluta o indiscriminada... (Y) no puede defenderse la violencia, pero tampoco rechazarse en abstracto. En la historia ha predominado la violencia. No es posible rechazarla sin más y defender lo establecido. La no violencia es o sacrificio o forma, más o menos disimulada, de violencia”.³⁷

³⁷ Ricardo Guerra, “Ontología, existencialismo y violencia”, en **El mundo de la violencia** (1998), Op. Cit., pp. 397-402.

En una interpretación descriptiva, la moda relativa a la vestimenta vaquera o arrancherada por un lado y los comportamientos broncos entronizados en los ambientes pretendidamente urbanos por otro, han sido señalados como las dos caras de la moneda. Y expresiones extremas: “Iban vestidos como sinaloenses” y “hablaban como sinaloenses” amén de ser fichas o etiquetajes con carga peyorativa, aluden precisamente a una iconografía investida y construida en función de supuestos de agresividad, estilo, estampa, identidad y transgresión. Las frases fueron acuñadas, o por lo menos inauguradas para públicos masivos, en los circuitos de la televisión privada nacional y han sido atribuidas al periodista Jacobo Zabłudovsky, a propósito de la presunta descripción-identificación de unos individuos que habían asaltado un banco en la Ciudad de México. Corrían los años de la Operación Cóndor en la década de los setenta.

En el campo de la lucha ideológica hay una socorrida tendencia a etiquetar, como recurso fácil y maniqueo de calificación o descalificación, que se encargan de efectuar representantes de sectores sociales y líderes políticos y de opinión, amparados en la cobertura que les brinda su acceso y disposición de los medios de comunicación y sustentados por supuesto en esferas de poder y de intereses, sobre otros grupos e individuos que llegan a actuar de maneras poco apropiadas a las disposiciones convencionales. De cierto modo hay un proceso de exclusión social para quienes no acatan las reglas, que han acatado previamente los grupos mayoritarios. En este tenor, Giddens dice que los teóricos del etiquetaje, en general, han interpretado la desviación no precisamente como una serie de características notables de individuos o grupos, sino más bien como “un **proceso** de interacción entre desviados y no desviados”.

Agrega el sociólogo que desde esta perspectiva, para comprender la naturaleza de la desviación, por principio hay que saber porqué a algunos se les cuelga, o endilga, la etiqueta de “desviados”. En este sentido, quienes en la vida

social aparecen como representantes de las fuerzas de la ley y el orden, o quienes por mor del prestigio, de la “respetabilidad” o de sus funciones legales y morales en la vida pública, son generalmente los voceros conservadores del establishment los que se arrojan la prerrogativa o se atribuyen el derecho factual para imponer esquemas, clasificaciones y sentidos de la “moralidad convencional a otros”. Su función ideológica es significativa, pues de hecho “constituyen la principal fuente de etiquetaje”. Y en consecuencia, “las etiquetas utilizadas para crear categorías de desviación expresan la estructura de poder de la sociedad”³⁸.

De modo que, en general, las reglas que definen la desviación y los contextos en los que han de aplicarse, se determinan hegemónicamente, en función de las estructuras y estratificaciones sociales y de poder. Aunque Foucault lo ha planteado en términos más crudos, mordaces: “El delincuente, manifestación singular de un fenómeno global de criminalidad, se distribuye en clases, casi naturales, dotadas cada una de esos caracteres definidos y a las que corresponde un tratamiento específico...”. En tal concepción y en el correspondiente tratamiento de la delincuencia, vista como una “desviación patológica de la especie humana”, se ha llegado a esbozar en forma paródica, dice el teórico francés,

“una zoología de las subespecies sociales, una etnología de las civilizaciones de malhechores, con sus ritos y su lengua”³⁹.

En tanto, la fama de la violencia sinaloense creció como una bola de nieve sobre los senderos de un modelo informativo y comunicacional, que aprovechó al máximo ciertas características culturales de la población, incluidas las que corresponden al ámbito de la mitología, además de que evidentemente había sido ya difundida y reiterada la historia sobre el compulsivo auge de las drogas y la violencia en la entidad sinaloense. Y en este escenario, sin duda que muchos

³⁸ Giddens (2000), **Sociología, Op. Cit.**, p.237.

³⁹ Foucault (1999), **Vigilar y castigar, Op. Cit.**, pp. 256-257.

pobladores han llamado la atención, por ejemplo, por los viejos hábitos y costumbres, que tienen que ver con la desinhibición y franqueza de sus comportamientos y expresiones festivas, de jolgorio, diversión y entretenimiento. Se suele ostentar que de generación en generación los sinaloenses conservan y reproducen sus patrones de comportamiento y que se identifican en los centenares de fiestas y ferias que están instituidas a lo largo del año, en honor, o como pretexto, de los cientos de santos patronos que rigen los ciclos de conmemoración festivo-religiosa de los pueblos y rancherías del estado. Sin embargo curiosamente la población, coinciden analistas y observadores, no se distingue ni ha sido catalogada precisamente como de gran fervor religioso, aunque sí destaca por su gran fervor “pachanguero”.

En la escenografía dominada por las recurrentes manifestaciones populares, la tendencia comercializada de los productos del espectáculo y la cultura, y de las formas de comunicación en su conjunto, tampoco tuvieron la necesidad de confrontarse con leyes, reglamentaciones o regulaciones institucionales que pusieran límites a los excesos mercantiles, o que posibilitaran, por lo menos, diversificar o ampliar las ofertas culturales. Como es hasta en cierto sentido normal, el Estado, el gobierno, y la sociedad civil, apenas repararon en la necesidad de incluir e instrumentar programas oficiales de cultura, hace apenas unos cuantos lustros, cuando en el sexenio gubernamental del líder obrero cetemista Alfonso Genaro Calderón (1975-1980) fue fundada la institución específica: la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), con el fin de coadyuvar en el desarrollo artístico y cultural, no comercializado, de la sociedad.

Por otro lado, durante el sexenio de Francisco Labastida Ochoa, en la segunda mitad de la década de los ochenta, mediante acuerdo con las radiodifusoras, fueron vetadas de las estaciones estatales las canciones y los corridos que hacían la apología del narcotráfico o que sencillamente se referían al tema, cuestión que ha

sido reafirmada en el gobierno de otro líder obrero de la Confederación de Trabajadores de México: Juan Sigfrido Millán Lizárraga, quien a su vez ha sido dirigente de los trabajadores de la industria radiofónica, y además concesionario en tal negocio. Habría que apuntar, empero, que esas medidas hacen más llamativos a los artículos prohibidos; el morbo termina por imponerse al veto. La música de la desviación sigue sonando, fuerte, claro y profusamente, en los hogares, los salones de baile, las fiestas, los antros, las cantinas, los bares, los restaurantes y las calles de los poblados y las ciudades. Los efectos de la prohibición factual, que en el fondo ha sido tan sólo una medida propagandística y huera, en realidad han sido inversos a los objetivos presupuestos.

Citando a Erich Fromm, el analista Giuseppe Amara ha destacado que el ser humano, y en particular la juventud, se siente especialmente atraída “hacia los límites personales y sociales de su existencia”. Por ello, por inquietud natural, está siempre deseoso de mirar, avanzar y sentir más allá de los espacios permisibles que le han señalado como normales. “La atracción por lo prohibido y hasta por lo imposible, es una exacerbación de la necesidad de efectuar, actuar, realizar: ser finalmente causa y autor de algo anhelado”. En otros términos, el anhelo y la sensación de **efectuar** —que ha analizado Fromm en el texto **Anatomía de la destructividad humana**— y de materializar sueños

“colma la existencia de ser, de sentirse capaz, y por ende produce satisfacción y alegría, particularmente si logra provocar en los otros significativos (y) análogos sentimientos de aprobación, entusiasmo y afecto. Pero condenados a la ineficacia, a la impotencia vital, los jóvenes se ven obligados a obtener respuestas de los otros mediante el poder violento: al provocar dolor, sufrimiento, pavor, el asesino o el torturador obtienen de forma perversa la prueba de que existen, de que hacen, de que tienen poder, aunque sea el poder de herir y matar”⁴⁰.

⁴⁰ Giuseppe Amara (1998), **Cómo acercarse a...La violencia**, Ed. CONACULTA, México, p. 347.

Curiosamente, acaso por pudor, la mayoría de los músicos no se han atrevido a reclamar por lo que, en la práctica, es una coacción a la libertad de expresión. Salvo los Tigres del Norte que han cuestionado la medida como “superficial”, pues no ataca los fondos del problema, y que han defendido su derecho a cantar en torno de lo que “nos pide el pueblo” y sobre las “cosas que existen en la sociedad”. Pero en todo caso, no programar ese tipo de piezas musicales en las estaciones radiofónicas locales, resulta tan sólo un paliativo minúsculo, que contrasta con la fortaleza de la industria de los enervantes y con la propia fuerza transnacional de la industria de la cultura, de la música y del espectáculo, cuyas ramificaciones –las de ambos negocios-- se extienden hoy tanto como los propios influjos y alcances de la globalización.

Mientras tanto, durante años, bajo el impacto de las ondas hertzianas de la radio, a partir de los usos del acervo enraizado en los gustos tradicionales y populares, las empresas privadas de la cultura habría de explorar, fomentar y exacerbar consignas supuestas de identificación y hasta estigmas que, desde la creencia, la fe, los valores regionalistas y raciales y hasta el chauvinismo, han llegado a enarbolarse y asumirse como francas credenciales de definición, distinción y diferenciación. Aparte de la intencionalidad política, algo querrá decir el hecho de que, cuando fue candidato del PAN a la Presidencia de la República, el empresario culiacanense Manuel de Jesús Clouthier del Rincón, se haya autodenominado con prepotencia, soberbia y orgullo, precisamente, como representante de “los bárbaros del norte”. Y hasta grupos izquierdistas llegaron a proclamar sus fervores encendidos por la patria chica, cuando tuvieron el atrevimiento de fundar una agrupación de vida efímera: el Partido del Orgullo Sinaloense (POS), al inicio del gobierno de Labastida Ochoa, aunque más tarde varios de sus “inventores” hubiesen reconocido que en realidad se había tratado de una “confusa travesura ideológica”.

Versos y fonemas: “yo nací en el mero Sinaloa” y “es un orgullo ser de Mazatlán”, habrían de adquirir, desde hace ya algún tiempo, una irremediable carta de naturalidad. Al abordar la cuestión de la “naturalidad”, el funcionamiento y la eficacia del discurso, Julieta Haidar dice que el proceso de naturalización de las prácticas discursivas constituye, de por sí, un fenómeno importante. Y es que

“Las prácticas aparecen naturales, en su función primaria de comunicar, y ocultan otros funcionamientos como los del poder, la ideología, el inconsciente. Por este mecanismo de naturalización, las prácticas discursivas emergen y aparecen como lo que no son, comunicativas, objetivas, neutrales, verdaderas, ingenuas, sin ninguna perversión”.⁴¹

Aunque difícilmente algún estado del país podría escapar de las fáciles tentaciones de sus pobladores a enorgullecerse de su propio regionalismo, en algunos casos, la intensidad de las querencias por la tierra y por las raíces son más evidentes, o más estridentes, por lo menos en los visibles planos de las construcciones culturales. Desde el fondo de los sentimientos y de los complejos que suelen aflorar a través de las más disímbolas manifestaciones de creación y estilo, el hecho es que en algunas de las zonas o regiones del país, al carecer de tradiciones, formas e historias culturales diversas, plurales o con rasgos de universalidad, suelen apoderarse con bastante facilidad de cualquier bandera que se les cruce o se les oferte en el camino, como podría ser la música de la transgresión. O ese estandarte podría ser también un elemento más de una pretendida identidad, a la que acaso nunca se le había visto el rostro, simplemente porque aún no se sentía ni se aprehendía de forma importante, y tal vez porque su presencia, como formulación ideológica, ni siquiera se intuía.

Es evidente que el cultivo de drogas ha sido una constante en el estado desde el siglo pasado, pasando por los momentos clave de su transformación en negocio

⁴¹ Julieta Haidar, “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas”, en **Metodología y cultura** (1994), **Op. Cit.**, p. 145.

con el consumo de opiáceos en las primeras décadas del siglo XX, así como el de la siembra masiva de amapola durante los años cuarenta. Sin embargo, la década de los sesenta ha sido valorada como crucial para la intensificación de la producción y el tráfico. Con una ubicación geográfica especial, frente al mar y bajo el cobijo de la sierra y la montaña, y entre la propia dinámica de las actividades agropecuarias que se registraba en los valles del centro y norte, los lazos umbilicales y las ramificaciones impulsadas por una poderosa acción económica subterránea, la economía en general habría de experimentar un abrupto repunte. La situación económica en la mayor parte del campo, sin embargo, fue polarizando la distribución real de los ingresos. El auge de las actividades agrícolas en los valles y distritos de riego del centro y norte contrastaba muy marcadamente con los niveles de subsistencia y marginación de la gran mayoría de las familias campesinas del sur y otras zonas áridas y temporaleras.

En esta idea, a pesar de que la economía regional fue vista como una suerte de modelo y paradigma nacional de crecimiento, lo cierto es que las desigualdades sociales se fueron ampliando. Más allá del debate que generan las cifras en cuanto a los montos o porcentajes e índices para definir lo que son la pobreza y la miseria, los hechos mostraban por lo menos que las diferencias en la participación económica entre los distintos sectores sociales se hacían cada vez más abismales. La corrupción gubernamental, el caciquismo, la concentración de las mejores tierras en pocas manos, la ausencia de fuentes estables de trabajo, el desempleo, el subempleo y los desequilibrios socioeconómicos, fueron factores que sin duda también ejercieron una importante influencia para determinar la llegada de los “negros” tiempos transgresivos, con los cuales se habría de estigmatizar y publicitar posteriormente a la región.

El investigador Marcos Kaplan ha abordado el problema, y contextualizando ha externado que en condiciones de **capitalismo salvaje**, la sociedad en su conjunto,

con sus clases y sus grupos, las ramas económicas, las zonas y las regiones, compiten de forma exagerada por el reparto de las ganancias. Y entonces

“Surgen y predominan condiciones favorables a la monetarización y mercantilización de todo y de todos; al éxito económico a cualquier precio; a las actividades improductivas, de intermediación y especulación; al aprovechamiento de las oportunidades creadas por la crisis, la inflación y la corrupción. Crecen y se desarrollan la economía informal, la delincuencia organizada y la economía criminal...**La disolución social** se manifiesta como debilitamiento, disgregación, comienzo de la destrucción, de **grupos y tejidos sociales**. Ello va abarcando ante todo a una parte considerable de las clases campesinas, a marginados urbanos, trabajadores por cuenta propia, sectores menos calificados...(Y) ello lleva consigo la caída en la impotencia, la apatía, la marginalización, la desorganización social (prostitución, alcoholismo, drogadicción), la búsqueda de la supervivencia en las criminalidades proliferantes, la inseguridad y la violencia”.⁴²

En una paradójica situación de bonanza económica que en materia de producción agropecuaria evidenció la región occidental del país, sin embargo, en lo que tiene que ver específicamente con Sinaloa, algunas cifras señalaban de manera tajante que de 1968 a 1976 alrededor del 70 por ciento de la población del campo no llegó ni siquiera a ganar los índices relativos al ingreso medio rural. Las contradicciones económicas continuaron haciéndose más pronunciadas. A fines de la década de los ochenta, inclusive, se estimaba que una cuarta parte de la población total se hallaba en francas condiciones socioeconómicas de marginación y pobreza extrema. Es decir, las condiciones en el campo estuvieron dadas para que, en el contexto del vertiginoso incremento demográfico registrado en las décadas recientes y de los cambios prohijados por una inequitativa distribución económica, con los años se fueron ensanchando cada vez más las compuertas de la desviación, con una larga carga de sangre, fuego y muerte, y se fueron soltando y abriendo las raíces de la producción o del tráfico de grandes volúmenes de sustancias psicoactivas.

⁴² Marcos Kaplan, en *El mundo de la violencia* (1998), *Op. Cit.*, p. 80.

Rolando Cordera ha reflexionado sobre la violencia y la economía. Hay, dice, una suerte de economía política “de la corrupción y la corrosión”, en donde sus instituciones básicas están aún en espera de ser “expuestas”.

“Una y otra se dan la mano en los cruces más espectaculares del tráfico de armamentos y de narcóticos, ambos articulados por organizaciones criminales cuya morfología y dinámica las lleva a vincularse con los órganos del Estado y a contaminar el poder político...”. Tales actividades son inseparables del ejercicio de la violencia. No basta el acceso al poder político y sus agencias que puedan lograr tales productos; en toda instancia del proceso económico la violencia tiene que estar presente como un hecho cercano, nada virtual o tendencial, como ocurre con el poder del Estado. En este territorio de la economía no hay Estado sino fuerza y capacidad de fuego”.⁴³

Vistas así las cosas, muchas familias campesinas no habrían tenido más remedio que incursionar en una más rentable aventura agrícola, y andar entre los surcos de la siembra de la transgresión. Y se habrían de encaminar sobre los senderos marcados por hombres de negocios, inversionistas, financieros, políticos, militares, judiciales, gavilleros y bandas de cuatros. De éstos que, con imaginación y tenacidad, apostaban cada día y cada vez más por los productos de un negocio fácil, aunque riesgoso, acaso porque como hubiese dicho José Alfredo Jiménez, también en Sinaloa, como en Guanajuato, la vida no valía nada. Para las familias campesinas pobres, pensadas como el último eslabón de una larga cadena de transgresiones públicas y privadas, una o dos cosechas de marihuana o amapola al año implicaban la esperanza de un mejor destino, la ruta del infierno contra el olvido, la marginación y la miseria. A costa de la vida y por los azarosos caminos de la muerte.

Resulta necesario insistir en los aspectos referenciales sobre Sinaloa: se trata de una población de alrededor de 2.5 millones de habitantes. Un sesenta por ciento

⁴³ Rolando Cordera, “Violencia y economía”, en **El mundo de la violencia**, Op. Cit., p. 253.

de la misma se concentra en las áreas de cuatro municipios: Mazatlán, Culiacán, Guasave y Ahome. Aparentemente, dada la composición poblacional de estos municipios --que contiene cada uno de ellos, en sus respectivas demarcaciones territoriales, a un centro urbano de más de 300 mil habitantes--, el perfil de la mayoría de los sinaloenses, en consecuencia, podría ubicarse en el ámbito citadino. Los datos, empero, en ocasiones no responden o no expresan con plenitud a la tipificación social. Otros aspectos que definen y dan sentido a los conglomerados, comunidades e individuos pasan a un segundo término o francamente son obviados de las estadísticas que pretenden diferenciar artificiosamente desarrollo y subdesarrollo.

Aun con la relatividad que implican las cifras, apenas durante el transcurrir de las últimas dos décadas la población dejó de ser considerada como mayoritariamente rural, para ser contabilizada por fin, como una mayoría urbana, en virtud de haber accedido a residir en los espacios de las crecientes ciudades. Pero la percha no necesariamente hace al hombre. Sale a cuento el clásico refrán: “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda”. Y desde los propios datos oficiales aparece el señalamiento: más del seis por ciento de la población sigue siendo analfabeta; amén de los altos porcentajes en cuanto al rubro de analfabetismo funcional. Pero sobre todo, destacan e importan las prácticas sociales y culturales.

En el diagnóstico de lo que es un estado, y para comprender su condición sociocultural, son importantes los datos, más la evaluación resultaría insuficiente, inexacta o parcial si sólo se toma en consideración el aspecto estadístico. Es importante, por ello, el registro, la observación y la interpretación de la obra generada y construida por la sociedad. En este sentido estamos pensando en instituciones, dependencias, medios, instrumentos e instancias educativas y culturales, oficiales, públicas y privadas, así como en creaciones artesanales y populares, elaboraciones y expresiones artísticas y manifestaciones de diversos

sectores sociales, que tienen que ver no sólo con la esfera del mundo espiritual, sino también con los ámbitos de una existencia concreta, tangible, cuantificable y real.

Las transformaciones de la sociedad, si bien dicen algo los números, no se realizan de forma automática por el simple hecho de cambiar de lugar de residencia. Aunque este ha sido un proceso crucial en Sinaloa, por el cruce y la hibridez socioculturales generadas. El cambio del campo a la ciudad reformula drásticamente el panorama y se amplía el horizonte de expectativas laborales, educativas, económicas, políticas, sociales, culturales y cotidianas. Para quienes cambian de residencia se generan problemas de adaptación, se reconstruyen relaciones y se van rehaciendo al vapor los mecanismos de interacción. Los nuevos escenarios pueden llegar a constituirse en obstáculos para la pertenencia social. La transformación puede mirarse, acaso, como un enmarañado procedimiento de aprendizaje, cruzado por diversos factores que se van conformando y adaptando, entre la asimilación de nuevos patrones de convivencia, nuevos hábitos y normas grupales y sociales, bajo la égida, además, de la pervivencia y la herencia de viejas costumbres.

Al llamar la atención sobre los cambios sociales que se generan en la transición campo-ciudad, el especialista colombiano Marco Palacios ha resaltado, para el caso de la nación sudamericana, pero similar para el caso mexicano, que al mismo tiempo que amplios segmentos poblacionales empezaban el aprendizaje de los modos de vida urbana. “contribuían a alterar las reglas preexistentes”. De tal suerte que

“la velocidad y masividad con que apareció y se desarrolló el nuevo modo de vida urbano sacó a flote problemas de desadaptación social, cultural y personal de las poblaciones migratorias y de sus hijos. El hacinamiento aumentó la inseguridad en las calles, así como la violencia intrafamiliar”.⁴⁴

⁴⁴ Marco Palacios (1995), **Entre la legitimidad y la violencia**, Ed. Norma, Bogotá, p. 321.

La especulación de la tierra urbanizable, la ausencia de servicios básicos de agua, drenaje, electricidad, pavimentación, salud, transporte, recreación, etcétera, sacaron a la luz una masiva y “profunda segregación social”. Con tales síntomas de conflictos individuales y colectivos, desequilibrios y heterogeneidad y social y cultural crecieron, sin embargo, muchas de las ciudades.

Habría que recordar, con Thompson, que los sujetos no son exclusivamente, o no son nunca y nada más, sólo la “suma” de los procesos de socialización e inculcación.

“nunca son nada más actores que desempeñan obedientemente los papeles que les asignan como guiones. Es parte de su naturaleza misma como agentes sociales que pueden, hasta cierto punto, distanciarse de los procesos sociales a los que están sometidos y reflexionar sobre ellos, y sea criticándolos, discutiéndolos, ridiculizándolos y, en algunas circunstancias, rechazándolos...”⁴⁵

Sin embargo, por más que se trate de una fuerte actitud crítica y contestataria, es claro que no se interrumpe necesariamente la reproducción social. El hábitus social se conforma al paso de la historia y la cultura, y va definiendo al mismo tiempo al actor individual, bajo la combinación o fórmula de confrontaciones, asimilaciones, cuestionamientos y aceptaciones. Al margen de su papel o de sus funciones particulares, la vida prosigue marcando los derroteros de los actores sociales concretos, en tal marco contextual de un sistema hegemónico que continúa reproduciéndose. En el curso de sus vidas diarias, puntualiza el teórico inglés, los hombres se desplazan

“típicamente por entre una multitud de contextos sociales y se someten a presiones y procesos sociales conflictivos. El rechazo de un conjunto de valores y normas puede coincidir con la aceptación de otro, o puede

⁴⁵ Thompson (2002), *Ideología y cultura moderna...*, Op. Cit., p. 133.

facilitar la participación de los individuos en las actividades sociales que sirven, **ipso facto**, para reproducir el **statu quo**".⁴⁶

En este contexto, no está por demás destacar que con cierta claridad pueden observarse a los conglomerados humanos que exhiben rasgos, aires y prácticas ciudadinas y de urbanidad, con funciones y actividades modernas que las vinculan con otras regiones, nacionales e internacionales, a través del trabajo, el intercambio económico, el comercio, el turismo, la educación, el arte o la cultura en general. Mazatlán, Los Mochis y Culiacán ofrecen imágenes y destellos de mundanidad y sofisticación, donde puede ser posible incluso visualizar incipientes pero reales y cosmopolitas opciones y realizaciones de vida. Educación, cultura, economía, entretenimiento y diversión de mayor complejidad conforman un horizonte más amplio de expectativas. Diferente por supuesto al mundo rural, que se circunscribía a las prácticas elementales de la milonga y la pachanga de los ritos tribales, familiares y campestres, de éstos que reiteran lazos identificados en el tradicionalismo y costumbrismo populachero, aderezados en este caso por la infaltable estridencia de la banda y la tambora.

Empero, diversos mundos se han configurado de manera sincrética en las nuevas aglomeraciones. Los nuevos escenarios de los centros urbanos, dan la impresión de ser una abigarrada congregación de imágenes que cohabitan y comparten distintas historias y distintos tiempos, desde las evocaciones y prácticas pedestres, hasta los destellos propios que produce el avance tecnológico y las aportaciones materiales del fenómeno de la posmodernidad. Opulencia y miseria, luces neón y velas y cerillas, el intelecto y el "pensamiento salvaje" sobre un mismo espacio territorial. El investigador Jesús Galindo Cáceres sostiene, respecto de las nuevas ciudades latinoamericanas, que la hipótesis es muy simple: los novedosas ciudades se han configurado en el pasaje de un tránsito reciente de la premodernidad

⁴⁶ **Ibid**, p. 133.

a la modernidad, aunque ciertamente algunos de sus sectores podrían ser vistos ya dentro de una postmodernidad cosmopolita. Y en ellas, sin embargo, está presente un abierto conflicto de intereses, en donde los textos y los sentidos diferentes de la vida se encuentran en una encrucijada cultural.

En Sinaloa, según los propios datos oficiales, hace apenas cuarenta años (en 1950), el analfabetismo alcanzaba al 42 por ciento de la población. Hace tan sólo unos veinte años alrededor del 15 por ciento de los habitantes lo seguía siendo. Y en ese mismo año de 1980, casi la mitad de la población había sido clasificada como rural. De tal suerte que la transformación de la sociedad, en esta idea, empezó hace muy poco tiempo. En 1960, unos 518,194 habitantes residían en pueblos apartados, localidades serranas y rancherías marginadas. Sólo 320,000 personas habitaban en el sector urbano. Diez años más tarde, los pobladores de características rurales aún eran mayoría: 657,000, contra unos 608,000 concentrados en las ciudades. Y el incremento demográfico resultó exorbitante, que desbordó las capacidades elementales de servicios. De 1940 a 1970, los principales centros urbanos registraron crecimientos que rebasaron las previsiones gubernamentales. Véase: en ese lapso, Culiacán incrementó su población en 243 por ciento; Los Mochis en 215 por ciento; Guasave en 206 por ciento; Guamúchil en 192 por ciento; y Mazatlán en 186 por ciento, según estimaciones realizadas para el gobierno estatal.

Costumbres, formas de vida, hábitos pueblerinos y rancheros, cotidianeidades grupales, familiares y personales se regían por los patrones de un mundo sin diversidad de horizontes. La concentración paulatina de la población en los centros urbanos –que se registra ya mayoritaria, oficialmente, en la década de los ochenta--, no significó que la misma adquiriese, automáticamente, una concepción distinta, moderna y urbana sobre la vida y el mundo. Arraigarse y habituarse a las nuevas pautas sociales implicaría un abrupto proceso de ruptura y cambio, con las resistencias sociales y culturales obvias como telón de fondo histórico.

Los centros urbanos asumieron en su periferia, principalmente, multitud de nuevos asentamientos humanos provenientes de los más disímiles ámbitos rurales, no sólo del propio estado, sino de diversas regiones del país. La migración contribuyó en el impactante crecimiento demográfico registrado en las últimas décadas. En este sentido, aunque fueron cambiando paulatinamente los paisajes y escenarios geográficos, no necesariamente cambiaban a la misma velocidad las normas, enraizadas éstas en hábitos sencillos y hasta pedestres, herencias generacionales y tradiciones fundamentalmente orales. Vivir en los más complicados escenarios de urbe o ciudad no ha significado, en consecuencia, la realización y la materialización de una vida con normas suficientes de urbanidad.

De cualquier modo, dice Marco Palacios en su investigación sobre el proceso colombiano,

“los pobres de las ciudades pasan por experiencias abigarradas, inasibles en una fórmula simple, y que han demostrado enorme capacidad para sobrevivir, asimilar las reglas del juego y, al menos transitoriamente, desplegar comportamientos colectivos en defensa de sus intereses más inmediatos”.⁴⁷

Para ello los caminos, sin menoscabo de las alternativas aceptadas socialmente, han sido múltiples: la organización transgresiva, las pandillas, la delincuencia y el siempre atractivo, fácil y sugerente mundo de la violencia. Y en esta tesitura, si “la vida social es texto, ley, norma, orden”, la clave para dirimir y solucionar los conflictos y para el funcionamiento de la vida social, puede encontrarse “en la relación del orden simbólico (de) lo micro con lo macro...” Pero

⁴⁷ Marco Palacios, *Op. Cit.*, p. 326.

cuando el establishment o el orden simbólico “es rebasado una y otra vez por lo imaginario”, el orden tiene aún los recursos oficiosos de la violencia legítima ⁴⁸.

Así, entre los índices educativos y culturales de bajo relieve –que no lo dicen todo, pero dicen mucho--, la sociedad se fue haciendo, perfilando y trastornando, en el derrotero de la masificación, a marchas forzadas, bajo la tensión social provocada por las carencias y las necesidades. Además, entre las rupturas culturales, las luchas por la tierra, los conflictos sociales y los cambios compulsivos en materia económica fueron dejando su huella en la constitución del nuevo rostro sinaloense. Se ha tratado de un rostro multiforme de una muy contradictoria sociedad, ávida de satisfactores, constituida ya, en la actualidad, por alrededor de 1,600,000 jóvenes menores de veinte años, de los cuales cerca de un millón, de acuerdo a las cifras oficiosas, se encuentra inscrito en los diversos niveles de instrucción escolar.

En este convulsionado rumbo, los medios de comunicación y la llamada industria de la cultura habrían de enarbolar o simbolizar, en parte, las aspiraciones y muchos de los sueños colectivos de los habitantes norteños, distribuidos en valles, marismas, esteros y montañas de la agreste, cálida y variada orografía de la llamada entidad de “los once ríos”, que ocupa el lugar número 17 en cuanto a extensión territorial de entre los 32 estados del país. De esta población que nutrió su mestizaje de inmigrantes franceses y alemanes y más tarde de griegos y chinos. De esta beisbolera entidad que en algún tiempo fue la vanguardia en la producción agropecuaria nacional, pero que ahora básicamente es recordada e identificada como la pionera en la producción de sustancias psicoactivas del país. Y que luego ha incidido en la industria de la cultura, a través del folclor de la música de banda y la tambora, mezclada después con la música norteña, amén de haber sido “caldo de cultivo” para el auge y la masificación de los corridos de narcotraficantes, entre

⁴⁸ Jesús Galindo Cáceres, “Percepción, mundo y configuración cognitiva urbana” en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jal., p. 260.

otras expresiones vernáculas. Se trata, pues, de un amplio y multicolor escenario de formas simbólicas.

No queremos decir, por supuesto, que varios de los elementos y géneros que constituyen a la cultura popular no sean valiosos por sí mismos, incluida la versión sinaloense de la lambada brasileira: “el baile del caballito”. Aunque conviene resaltar que la industria cultural se ha encargado de aprovechar y explotar intensivamente la producción popular, desvirtuándola, y mancillando acaso su probable riqueza y originalidad. Y no queremos decir, tampoco, que los aires cosmopolitas sean sinónimo de vindicación y grandeza cultural. Las más de las veces se trata sólo de superficiales, esnobistas o espectaculares elaboraciones culturales de fantasía y hojalata, en las que impera el kistch que produce la tecnología y el progreso material, pues no siempre detrás o en los fondos del brillo artificioso de los artículos, podrían hallarse fórmulas estéticas y connotaciones artísticas.

Sin embargo, la industria de la cultura ha aprovechado los productos engendrados en los ámbitos de las élites urbanas y de los algunos segmentos rurales, incluidas las formas del folclor. Y ha criado híbridos de lo rural y lo urbano, de la transgresión y la “normalidad” sociocultural, como símbolos que muestran la naturaleza capitalista de la industria: la búsqueda a toda costa de la ganancia económica. El artículo cultural, rudimentario y huero, o arropado de confeti y ruidos, bajo los controles de producción y distribución de la industria capitalista y trasnacional de la cultura, sigue siendo un objeto preciado y altamente valorado por el mercado. La industria prosigue su amplia labor de fomento y exacerbación de los gustos acicateados por la enajenación y la violencia, y que con orgullo rupestre atizan y expanden los modernos medios de comunicación.

Ambos escenarios, el rural y el urbano, coexisten dialécticamente en esferas, ámbitos, grados y niveles diversos. En el híbrido sociocultural, la cohabitación de tradiciones y costumbres con las formas y normas sociales propias de los conglomerados ciudadanos, han dado lugar a la expansión o adopción de viejos hábitos y comportamientos rurales, resemantizados y con nuevos ingredientes de la sociedad y la cultura de masas, dentro de los espacios urbanos. Se comparten modelos y concepciones de vida. Y ello se observa también en ciertos espacios geográficos de las ciudades, cuando la arquitectura predominante de algunos barrios se distingue por la ostentación, en construcciones que pretenden ofrecer aires romanos, griegos y orientales, como en las exclusivas zonas residenciales de Las Quintas, en Culiacán, o El Cid y Lomas de Mazatlán en el puerto mazatleco. En los cementerios rurales y urbanos las réplicas de palacios y castillos para los muertos están igualmente a la orden de las modas y los caprichos de los nuevos ricos sinaloenses.

Pero en la adopción de los nuevos “valores” de la convivencia social, en mucho han coadyuvado las leyendas, las creencias, las intuiciones y los arquetipos sobre los personajes y la cultura, puestos a circular masivamente por los medios de comunicación y que han terminado por insertarse, como esquemas y “modelos”, en el imaginario colectivo de la sociedad. En las ciudades se muestra esa cohabitación, que se enseñorea en ciertas señales sociales, como podría ser, por ejemplo, la franca estridencia de la comunicación oral con los altísimos tonos y sonidos de la fiesta familiar: las pachangas interminables de los pueblos, travestidas o reencarnadas en los barrios y ghettos urbanos --llenas de carne asada, salsa, “frijoles puercos”, cerveza “Pacífico” y alcohol en abundancia--, con todo y balaceras como fondos o marcos iconoclastas de las pasiones y las celebraciones lúdicas.

Con mayor evidencia en ciertos sectores, los comportamientos individuales y grupales forman parte de las acciones que la sociedad se ha permitido poner en

circulación, de manera constante y sin muchos sobresaltos. Colonias, barrios y zonas marginales, pero también centros masivos de entretenimiento y distracción –como rodeos, estadios, centros recreativos y deportivos, llanos, espacios abiertos, y galerones--, son receptáculos donde se verifica el fervor del gusto irreverente por la música de narcotraficantes, y en donde se patentizan los legados del mundo campirano como la vestimenta y las actitudes desenfadadas, altisonantes y despreocupadas. Los compositores e intérpretes encontraron en el género del “corrido” un formato de suyo adecuado para explotar la “épica” y la “lírica” populares, referidas al subterráneo mundo de la delincuencia organizada.

Por esas vías del espectáculo y la creación artística, o cultural sin más, la ideología subversiva de la criminalidad ha saltado a la palestra, los escenarios, las pantallas y los cuadrantes de la vida pública. Por supuesto, en parte se ha tratado de una aportación de la cultura popular, retomada inmediatamente por los grandes emporios de la industria mediática y cultural, que además descubrieron por si fuera poco en el vigor de la banda y la tambora –grupos tradicionales que terminaron por acondicionar instrumentos y formatos de acuerdo a los influjos de la música narco--, otro filón de intensa explotación comercial.

Esta especie de sincretismo sociocultural puede observarse en los principales centros urbanos. Por los derroteros de la explosión demográfica y con los problemas económicos que ha padecido la entidad –de enormes contrastes entre la riqueza de los valles agrícolas y las carencias de la mayor parte de sus zonas áridas y montañosas--, se han fundado varios centenares de colonias campirano-urbanas. Uno de los resultados del crecimiento vertiginoso de la dimensión geográfica de las ciudades, estriba en las condiciones paupérrimas de esas nuevas aglomeraciones periféricas, con las consecuentes limitaciones o francas carencias de los más elementales servicios, amén de las dificultades laborales, y los rezagos económicos educativos y culturales.

En un contexto de pobreza y miseria, tanto en el campo como en la ciudad, se ha desarrollado esta pujante industria que de facto es alternativa. Desde el inframundo de las drogas, que ha tocado con sus esquirolas todas las esferas de la vida pública, han aparecido y se han cristalizado diversas manifestaciones simbólicas. Por principio de cuentas, esta suerte de esplendor de la actividad se ha logrado en función de factores sociohistóricos, que en la permanencia, la diversificación y el fortalecimiento mismo de los grupos promotores de la economía de la violencia, al amparo y en connivencia con autoridades, ha logrado satisfacer, y al mismo tiempo hacer crecer, a los mercados regional, nacional e internacional.

En el período centenario de funcionamiento y sofisticación productiva de este singular negocio, los resultados pueden mirarse con claridad desde distintos ángulos: pueden localizarse en el enriquecimiento explosivo de individuos y grupos de los sectores rural y urbano; en el crecimiento espectacular de corporaciones empresariales; y en las operaciones cuantiosas de “lavado” de dinero a través de las conexiones de los despachos especializados de los traficantes con los organismos financieros, comerciales, turísticos y de servicios en general. Pero se resienten igualmente los efectos en la expansión de los índices del delito y la muerte, empujados por los urgencias de control y mando de los diferentes grupos de la economía del crimen.

Al advertir que no únicamente hay economías de la violencia, sino también “una forma violenta de hacer economía”, Rolando Cordera ha señalado que los efectos se han diversificado.

“El tráfico de armas y el de drogas, y el crimen organizado en general, tienen ramificaciones múltiples hacia la economía legal, civil y no violenta, muchas de cuyas ramas subsisten o se expanden gracias a esas conexiones. Mucha gente vive de estos negocios fincados en la violencia; bancos y constructoras,

servicios de todo tipo, florecen gracias al blanqueo de la ganancia ilegal y se vuelven un factor de estímulo para que esta economía de la violencia no sólo se mantenga sino que se reproduzca”⁴⁹

Algunos especialistas, como Loret de Mola, han advertido que en el contexto y la situación actual, México, y particularmente Sinaloa, no podrían vivir ni resistir sin los aportes de la economía ilegal.

Esta cuestión, para el caso que nos ocupa, ha involucrado a una pléyade de grupos y personeros de oriundez sinaloense, héroes o antihéroes según los ángulos específicos de la mirada. El hecho es que han destacado a niveles nacional e internacional como promotores de este efervescente rubro productivo. Pero el auge también se ha debido a las acciones mismas del Estado, por omisión y corrupción de sus estructuras, así como a la decisiva coparticipación de una larga lista de autoridades subvertidas por el inmenso poder de sugestión, convocatoria y corrupción del narcotráfico. Tales sectores judiciales, encargados supuestamente de combatir la producción, el tráfico, la distribución y el consumo de drogas, han sido, o han terminado por ser, engranes de los estratégicos estamentos delictivos, generalmente coptados y contratados para las labores relacionadas con el asesinato y las ejecuciones, así como para la protección, vigilancia y supervisión de las redes operativas del negocio.

Aunque también esas autoridades, y muchos representantes populares o del Estado, en realidad han formado parte de las cofradías directivas del crimen organizado. Manuel Lazcano Ochoa, el exprocurador sinaloense que vio y vivió el auge de las drogas, en entrevista planteaba la situación de forma sencilla: “por razones del propio crecimiento económico de la sociedad, ha crecido también el narcotráfico. Es mayor la producción, hay más grupos delictivos, hay más consumidores y hay más competencia. Pero un factor crucial para el fortalecimiento

⁴⁹ Rolando Cordera, **Op. Cit.**, p. 244.

ha sido la propia justicia federal y sus grupos especializados de supuesto combate del delito: sus acciones han contribuido más bien a que los grupos de traficantes mejoren su organización, su capacidad de fuego, su habilidad para corromper, y su inteligencia para insertarse dentro de grupos legales”⁵⁰.

En la esfera de la ideología, las llamativas formulaciones simbólicas, dicotómicas y contradictorias, son eco del mundo sórdido de la transgresión. El narco se ha aposentado como personaje histriónico principal, y subversivo, en la cultura y en los medios de comunicación. Sea como reflejo de las luchas intestinas por el control y el poder de la industria, como producto informativo rentable en virtud de sus connotaciones morbosas y sensacionalistas, como denuncia de una sociedad lastimada por el delito y la muerte, como apología de la violencia, o bien como constructo cultural que expresa, en varios géneros, las especiales expectativas de un mundo de la vida social.

⁵⁰ Manuel Lazcano y Ochoa, entrevista con el autor, Culiacán, Sin.

Referencias (Capítulo II)

- 1.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 2.- Rossana Reguillo (2001), “Miedos: imaginarios, territorios, narrativas”, en revista **Metapolítica**, vol. 5, enero/marzo, México.
- 3.- Hugo Francisco Bauzá (1998), **El mito del héroe**, Ed. FCE-Argentina, Buenos Aires.
- 4.- Herberto Sinagawa M. (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sin.
- 5.- Adolfo Sánchez Vázquez, coord., (1998), **El mundo de la violencia**, Ed. FCE, México.
- 6.- Octavio Ianni, (2001), “La violencia en las sociedades contemporáneas”, revista **Metapolítica**, vol. 5, enero/marzo, México.
- 7.- Luis Astorga (1996-A), **Mitología del narcotraficante en México**, Ed. Plaza y Valdés, México.
- 8.- Luis Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, Ed. Espasa Calpe, México.
- 9.- J. Bailey y Roy Godson (2000), **Crimen organizado y gobernabilidad democrática**, Ed. Grijalbo, México.
- 10.- Carlos Loret de Mola (2001), **El negocio. La economía de México atrapada por el narcotráfico**, Ed. Grijalbo, México.
- 11.- John B. Thompson (1998), **Ideología y cultura moderna**, Ed. UAM-Xochimilco, México.
- 12.- Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 13.- Jesús Galindo Cáceres (1997), “Percepción, mundo y configuración cognitiva urbana”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. U. de G., Guadalajara, México.
- 14.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, Culiacán, Sin., México.
- 15.- Albert Ogién (1999), **Sociologie de la déviance**, Ed. Armand Colin, París.
- 16.- Hannah Arendt (1999), **Crisis de la República**, Ed. Taurus, Madrid.
- 17.- Frantz Fanon (1980), **Los condenados de la tierra**, Ed. FCE, México.
- 18.- Michel Foucault (1999), **Vigilar y castigar**, Ed. Siglo XXI, México.
- 19.- Gilles Lipovetsky (1996), **La era del vacío**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 20.- Pierre Bordieu (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 21.- Manuel Castells (2000), **La era de la información. Fin de milenio**, Tomo III, Ed. Siglo XXI, México.
- 22.- Helena Simonett (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda**, Ed. Sociedad Histórica Mazatleca, Mazatlán, México.
- 23.- Giuseppe Amara (1998), **Cómo acercarse a...la violencia**, Ed. CONACULTA, México.
- 24.- Julieta Haidar (1994), “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas” en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México.

- 25.- Marco Palacios (1995), **Entre la legitimidad y la violencia**, Ed. Norma, Bogotá.
- 26.- Rolando Cordera, “Violencia y economía”, en **El mundo de la violencia** (1998), Ed. FCE, México.
- 27.- Ciro Krauthausen y Luis Fernando Sarmiento (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, Ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- 28.- José Santos Madariaga Ceceña (1996), **Perfil de Sinaloa y sus 18 municipios**, Ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 29.- José María Figueroa Díaz (1987), **Vida y muerte de Lamberto Quintero**, Ed.El Diario de Sinaloa, Culiacán, Sin., México.

CAPITULO III

ESCENARIOS POPULARES Y EMBLEMATICOS DEL NARCOTRÁFICO

A) De la fama al estigma y el emblema

“Cuando se vive torcido...no hay otra que trabajar derecho”.

Arturo Pérez Reverte,
La reina del sur.

Varias poblaciones destacan en torno a la producción de enervantes. Aunque prácticamente en los 18 municipios sinaloenses se registra el cultivo de drogas ilícitas, y que varía en sus montos productivos de acuerdo a las características geográficas y climatológicas de cada uno de ellos, algunos se han transformado hasta en emblemas de la industria del narcotráfico. Transitaron, como anotaría Luis Astorga, de la estigmatización al emblema. Múltiples causas o razones han tenido que ver en esta caracterización. Tales poblaciones pueden ser definidas como emblemáticas por sus historias particulares; por sus creencias, leyendas y mitos; por las acciones peculiares, desviadas y “heroicas” de muchos de sus personajes; por su frecuente relación con la violencia; por las muertes y los escándalos; por las paradojas de las súbitas riquezas en medio de una generalizada e histórica pobreza socioeconómica; pero sobre todo porque han sido zonas con condiciones naturales propicias y una enredada orografía que han facilitado la siembra de la amapola y la marihuana, y que han contado además con situaciones o circunstancias sociales para que los cultivadores hayan aprendido mecanismos diversos de protección y salvaguarda de sus actividades transgresivas, partiendo de la base de la solidaridad, el honor y la lealtad en los niveles familiares, vecinales, grupales y comunales.

Al respecto anota el investigador Luis Astorga:

“Los “narcos”, integrados de múltiples formas a sus comunidades de origen y de adopción aparecieron casi milagrosamente como arquetipos por excelencia de la desviación social. Tan integrados estaban, que en

sus comunidades de origen el estigma, relacionado por algunos con el tráfico de drogas, ya se había transformado en emblema”.¹

En este escenario han resaltado, entre otras, las demarcaciones municipales y ámbitos sierreños de Concordia, San Ignacio y Cosalá, en la parte sur de Sinaloa; y Culiacán, Salvador Alvarado, Guasave, Mocorito, Sinaloa de Leyva, Choix, en el centro y el norte, y fundamentalmente los legendarios escenarios de Badiraguato, municipio este último que ha sido muy socorrido en la proliferación de mistificaciones, relatos e historias orales en torno a hechos violentos y escándalos públicos, la desviación y sus “antihéroes”. Se trata de un abigarrado mundo social que ha sido objeto de múltiples construcciones simbólicas y culturales, que a su vez han dado lugar, vía diferentes medios, mecanismos y géneros de comunicación -- pasando por la ficción, el periodismo y la creación--, a la constitución de un imaginario colectivo peculiar. Nos referiremos en este apartado a las características fundamentales de los municipios más significativos, los que como mundo social han dado lugar a la generación y construcción histórica de un objeto cultural, cuyo impacto, a su vez, se ha traducido en la popularización y la masificación de modelos y arquetipos, concepciones, valores y creencias, con la injerencia sustantiva de instituciones diversas, como los medios masivos de comunicación y la industria de la cultura, además de los propios protagonistas y antagonistas involucrados en la producción o el combate de la industria de las drogas ilícitas.

“Estamos hablando de rancherías y comunidades olvidadas. Estamos hablando del corazón de la sierra”, dice en extensa conversación Segismundo Quintero, nativo de la sierra, abogado y economista, egresado de la Universidad Autónoma de Sinaloa, militante izquierdista que reside actualmente en Guaymas, Sonora, y que por razones de su propia militancia ha recorrido las montañas de Chihuahua, Durango, Sinaloa y Sonora.

¹ Luis Astorga (1996-A), *Mitología del “narcotraficante” en México*, Ed. UNAM-Plaza y Valdés, México, p. 78..

“Los pobladores nativos están y se sienten totalmente excluidos de la sociedad, de sus beneficios, pero también de sus normas y leyes. Se sienten marginados, por supuesto, del ámbito urbano y de la relación con la gran ciudad. Pero cuando tienen dinero en la mano, dólares producto de las cosechas, súbitamente los sentimientos cambian y viene una especie de “ajuste de cuentas” sociocultural. Los hombres bajan entonces a las ciudades, con todo su rencor agazapado, y con toda su ignorancia. Y consumen. Beben festiva y desenfrenadamente. Compran. Y piensan en adquirir cosas, sofisticados aparatos de sonido y enormes pantallas de televisión, pero sobre todo vehículos, “para que vean estos putos qué fuerte y poderoso soy”. Ahí es donde afloran sus complejos, sus resentimientos, sus ansias históricas de venganza”.²

Pero es uno de los propios protagonistas de la transgresión, acaso uno de los más significativos en el plano simbólico, Rafael Caro Quintero, quien describe, a través de la autopercepción, la imagen suya y de su entorno. Dice, en entrevista que le concedió a Julio Scherer desde el penal de La Palma, en Almoloya:

--(Yo) era rebelde. Se me hacía muy difícil acatar órdenes, hasta de mis padres. Me cuereaban mucho de chiquito. Yo soy de una sierra. No entraban los carros, era un barranco donde vivíamos. Cuando oíamos el ruido de las bestias o de los perros era que iba a llegar gente. Mis hermanos y yo corríamos al monte.

--¿Por qué?

--Le teníamos miedo a la gente. Es mala comparación pero éramos como animales salvajes.³

Vinculadas sus encrestadas tierras a las laderas, las faldas y a las mismas cumbres de las montañas de la Sierra Madre Occidental, en estas agrestes tierras sinaloenses han crecido y madurado formas y mecanismos transgresivos, que a su vez han llegado a construir y constituir, al paso de la historia, pautas y normas de sobrevivencia, de vida y de comportamiento. En la entidad, e incluso más allá de sus fronteras, algunos pueblos han adquirido renombre y fama por sus nexos con el quehacer de la industria de los estupefacientes, sus consecuencias y secuelas

² Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

³ Julio Scherer García (2001), *Máxima seguridad*, Ed. Grijalbp, 185.

relacionadas con la delincuencia y la muerte. La población local reconoce la estigmatización, que ha sido azuzada y ampliamente difundida por los medios de comunicación y la industria de la cultura. La música popular, particularmente el corrido norteño, y las acciones expansivas de la comunicación mediática, han sido vías eficaces para narrar y socializar popular y masivamente las pretendidas hazañas de diversos personajes, en los que han sido elevados inclusive a la categoría de mito. Y los habitantes, al paso del tiempo, aún confirman la imagen estereotipada, entre la vanagloria y el chauvinismo, con sus propias versiones e impresiones exaltadas, en torno al trasiego vivencial, los derroteros personales y las actividades de ciertos líderes de la producción y el tráfico de drogas.

Es necesario anotar que con excepción de Culiacán y Mazatlán, que son municipios que concentran un alto porcentaje de su población en la ciudad -- alrededor de un 70 por ciento--, la mayoría de las demás circunscripciones municipales son netamente de características rurales. Y en el caso de los más grandes en cuanto a extensión territorial, como Sinaloa de Leyva, Badiraguato o San Ignacio, a la marginación se une la dispersión de las comunidades, las que de por sí registran bajos índices poblacionales. Buena parte de la topografía es montañosa, de lomas y cerros escarpados y de difícil acceso, incluida la mayor parte del territorio central del estado: Culiacán. Aunque los propios moradores sinaloenses han aprendido los secretos de la sinuosa y complicada Sierra Madre, a fuerza de la residencia, de la convivencia y de las mismas necesidades económicas de sus pobladores. Y con ello han aprendido también los secretos, los trucos o los artificios que tienen que ver con la cuasi furtiva, pero perenne e incesante producción de enervantes.

En la sierra las pequeñas poblaciones y rancherías serranas se encuentran distantes entre sí y desperdigadas, con caminos y veredas que permiten apenas una muy lenta y difícil comunicación terrestre, basada sobre todo en las recuas. En

ciertas zonas, como la denominada popularmente como la del “Triángulo del Diablo” (conformada por la montaña fronteriza de los estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua), prácticamente sólo puede accederse por vía aérea y particularmente a través de helicóptero. O por medio de peligrosas, extenuantes y difíciles travesías a pie, o bien a lomo de burro, mula y caballo. Para los visitantes resultan ser, los poblados campiranos, sitios altamente riesgosos porque de hecho están acercándose o están llegando a territorios “prohibidos” y de exclusión, en los que la siembra y la producción de los estupefacientes constituye una actividad importante para la economía y el ingreso familiar. Se trata de enclaves rurales que viven en permanente tensión --entre la precaución, la desconfianza, el recelo y el miedo-- tanto por lo que significan las incursiones de comandos y batallones de las policías federales y del ejército mexicano --aunque se establezcan pactos y “arreglos” tácitos con éstos--, como por los constantes enfrentamientos con grupos y bandas rivales de productores y traficantes de otras zonas y otras comunidades.

Uno de los efectos son los crímenes y los llamados ajusticiamientos en los ámbitos rurales del estado, que durante los últimos años han dado pie a ejecuciones sumarias, las cuales han sido, por su magnitud, materia de escándalo local, regional y nacional en los medios de comunicación y en la vida pública. Por ejemplo el caso de el poblado El Limoncito de Alayá, en el municipio de Cosalá, ocurrido en febrero de 2001, en el que un grupo de sicarios sitió la población, seleccionó y capturó a punta de metralletas a doce personas de la localidad, a quienes subieron a la redila de un camión de carga y ahí los acibillaron a mansalva. Y otro hecho escandaloso se registró apenas el 10 de mayo de 2002 en la sindicatura de Ajoya, en San Ignacio, en el que fueron masacrados de forma similar once campesinos. Calificados generalmente por las autoridades como “vendetas” o “ajuste de cuentas” entre grupos rivales de delincuentes, sicarios y traficantes, lo cierto es que los enfrentamientos y los asesinatos se dan con demasiada frecuencia, y cuyas causales remiten al control de la producción, de las rutas y de los mercados de la droga, a

actos de traición, delaciones e incumplimientos de tareas y compromisos, y en muchos casos al robo de cargamentos entre los diferentes grupos.

Durante los últimos años, una nueva forma transgresiva cobró fuerza en el mundo de las drogas: la aparición de los narcos “piratas”, que se dedican a vigilar las rutas y el traslado de los cargamentos para robarle a quienes trabajan desde la siembra, el cultivo, la producción y la transportación. Por supuesto, los traficantes asaltados no pueden denunciar ante las instancias oficiales los atropellos cometidos en su contra. Lo hacen en sus propios ámbitos de desviación y determinan entonces las venganzas, que suelen ser terribles, con el sadismo propio de quienes se han sentido profundamente humillados y lastimados en su honor. De tal suerte que, en este contexto de inseguridad, alguien que no es nativo de los pequeños y marginados pueblos productores resulta inevitablemente “sospechoso” de ser policía, “oreja”, espía, informante o miembro de alguno de los múltiples grupos de la región dedicados a actividades similares, y que conforman parte del abanico de una intensa, habitual y sistemática producción. Al referirse precisamente a los secuestros y hurtos de los stocs o cargas de marihuana o amapola, así como al significado de no respetar las reglas no escritas entre los estamentos delictivos, como las del honor y la lealtad, y luego de que habían asesinado a un expresidente municipal de Cosalá, el general Gregorio Guerrero Caudillo, excomandante de la III Región Militar, afirmaba a través de un periódico local que toda “esa violencia es terrible en la sierra, hay muchos muertos, diariamente se encuentra gente amarrada y ajusticiada”. Sin embargo, la población serrana “se entera de todo; lo saben y se callan, para ellos no pasa nada” (Noroeste, 6-I-1998).

En el libro **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, el exprocurador estatal de justicia durante tres distantes y distintos sexenios gubernamentales, describía respecto de tal situación:

“Ahora, curiosamente, existen grupos que no siembran ni compran la droga: la roban. Son como piratas. Indagan sobre las rutas de los cargamentos y los capturan. Estos mismos piratas **bajadores** distribuyen y comercializan el producto; ya no existe ese control piramidal y cerrado de cuando los grandes capos manejaban todo. Ahora existe una especie de contrabando hormiga y hay hasta **changueros** o intermediarios de la droga. Unos **trabajan** y los asaltanarcos son como una nueva secta que se beneficia del trabajo **ajeno**, aunque evidentemente corren un enorme riesgo; por eso se explican también las venganzas y las ejecuciones que constantemente suceden”.⁴

Lazcano, quien también se desempeñó durante los últimos años del sexenio de Labastida Ochoa como Secretario General de Gobierno (inicios de la década de los noventa), agregaba inmediatamente que en general muchas de las víctimas del narcotráfico han sido personas que en el afán por ostentar su nueva situación económica, no se han cuidado de las consecuencias que genera el hecho de divulgar los supuestos heroísmos y grandezas en que se han involucrado ellos mismos: “Presumen de sus actos, gestas, hazañas y se dedican a propagandizarlas y con ello no hacen más que comprometerse y exponerse”. Y advertía el abogado culiacanense que en las esferas, circuitos y senderos soterrados de la desviación del mundo de las drogas, en las formulaciones de las reglas de facto que rigen “los círculos de los mafiosos” no se puede andar por ahí pregonando cosas que para la lógica interna requiere una elemental discreción. Así que ahí, “abrir la boca resulta fatal”.

“Por ello no es casual que el narcotráfico, abierta y veladamente, produzca más muertes que muchas guerras. No sólo en la fase relativa al consumo, sino en la odisea que significa el cultivo, la producción y la distribución. No pararíamos si nos pusiéramos a contar muertos en Sinaloa”.⁵ Sobre todo --apuntaba el ex funcionario-- con el auge impresionante del comercio de las drogas ilícitas, con sus secuelas de violencia, que se forjaría a fines de la década de los setenta, cuando empieza a darse también el tráfico de la cocaína colombiana.

⁴ Véase Nery Córdova (2002), *Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa*, Ed. de autor, p. 265.

⁵ *Ibid*, p. 266.

Durante los últimos años el gobierno del dirigente obrero cetemista Juan Sigfrido Millán Lizárraga ha insistido en la idea de que el narcotráfico, a través del lavado de dinero, se infiltró en la economía desde hace tiempo y con el manejo de porcentajes (más del 60 por ciento está infiltrada, según su apreciación) los sectores empresariales de Sinaloa han reaccionado con molestia. Sin embargo, dada la constancia también de la violencia, la cual sí es evidente y puede demostrarse, en la actualidad el gobierno del estado la ha reconocido como una cuestión prioritaria. En el propio Plan Estatal de Desarrollo 1999-2004, el gobierno estableció que “La incidencia delictiva en la entidad ha ido en aumento durante los últimos años; esto ha generado un clima de inseguridad que pone en riesgo la vida y el patrimonio de los sinaloenses. Los promedios anuales de incidencia de delitos se han mantenido en niveles preocupantes”. Concretamente, entre 1993 y 1998, en el diagnóstico oficial se destacan precisamente los ilícitos más significados ocurridos en el período:

--Homicidios.....	3,368
--Violaciones sexuales.....	663
--Delitos por lesiones.....	15,042
--Robos con violencia.....	16,610
--Secuestros.....	152
--Asaltos bancarios.....	91

Como partes últimas o iniciales de la cadena delictiva de la industria de los enervantes, en realidad los campesinos y las familias dedicadas a la siembra, el cuidado, la cosecha, el empaquetamiento y el traslado del producto, son los menos beneficiados de las enormes riquezas que genera la actividad. Aunque obtienen ciertos satisfactores, con un poco más de ingresos y recursos que si se dedicaran únicamente al cultivo de productos alimenticios, los trabajadores rurales de las drogas, en su mayoría, sólo obtienen lo fundamental para comer y sobrevivir en medio del abandono social. Las ganancias en miles y millones de dólares se quedan

en otros lados, en otras manos, tanto de los grupos de traficantes como entre quienes pretendidamente combaten la actividad.

Un aspecto importante en los espacios rurales es que, de hecho, los habitantes no ven ni conciben su labor agrícola peculiar desde una perspectiva moral, ni tampoco inscrita en los ámbitos de la desviación social, sino sencillamente como una actividad económica para enfrentar las dificultades y penurias de su existencia. Sin embargo, reconocen los permanentes peligros y riesgos a los que están enfrentados, tanto en el terreno de la legalidad, como frente a la diáspora de la violencia que entraña una industria y una actividad ilegal; ellos intuyen y saben que son la parte más débil o desvalida de la industria, la cual tiene que ver con intereses de magnas dimensiones y que reditúan enormes beneficios a múltiples intermediarios. La defensa de los propios intereses de los productores iniciales resulta entonces una necesidad vital, que en general se torna en una lucha aciaga, soterrada y abierta por la vida, a sangre y fuego y al filo constante del crimen, marcada la existencia por la disyuntiva de la famosa frase de “la plata o el plomo”. En el norte, el centro y el sur, en las montañas, los valles y también en la costa, la producción local y el tráfico de las drogas que vienen de Sudamérica, son más que una fiebre o un **boom** coyuntural. Se trata de productos sustantivos no sólo para la economía regional, sino igualmente para la economía nacional.

El experimentado político Manuel Lazcano y Ochoa, que específicamente fue procurador en los años cuarenta con el gobierno del general Pablo Macías Valenzuela; en los sesenta con Sánchez Celis; y en los ochenta con Labastida Ochoa, llegó a advertir sobre la “desmesura” y la magnitud del fortalecimiento de los alcances y las acciones de la industria de los narcóticos ilegales:

“En las regiones de la costa sinaloense, ejidatarios y pescadores son ya consumidores de cocaína. Podría pensarse, a partir de los esquemas clásicos, que la coca es para las élites; pues no. A los ejidatarios y

pescadores los grandes narcos los ocupan como receptores, acarreadores y burreros y sencillamente les pagan con droga. Parece una locura, pero así es en toda esta parte de la costa del Pacífico, desde Mazatlán hasta Los Mochis, pasando por el centro, los rumbos de El Dorado, Altata y Angostura, entre otras zonas. Es una cosa exagerada, pero real: la costa sinaloense invadida por el narcotráfico. Nunca lo hubiese imaginado. Ha sido una perversión acelerada, sobre todo cuando se observa el problema como propio de las zonas serranas. La costa es la nueva situación, inédita, en el afianzamiento del narcotráfico sinaloense, no sólo por lo que se siembra y se produce ahí, sino sobre todo por lo que viene del sur del continente a través de embarcaciones marítimas o de los aviones que avientan los paquetes al mar para ser recogidos en lanchas por los pescadores ribereños. En muchos casos la pesca se ha transformado básicamente en parapeto, máscara y disfraz; un pretexto para justificar que se trabaja y se tienen ingresos legítimos, una manera de ocultar las actividades que verdaderamente les da ingresos económicos sustantivos a los “pescadores de la droga”.⁶

Por su parte, José Angel Sánchez López, exsubdirector del diario **El Debate**, de Los Mochis; y exdirector de los periódicos **El Debate**, de Culiacán; del **Diario de Sinaloa**; y de **El Sol del Pacífico**, que le permitieron conocer prácticamente todo el estado en el lapso de los últimos 30 años, precisamente durante el período de afianzamiento, “esplendor” e intensificación de la violencia y del tráfico de enervantes, en entrevista hace un recuento y dice que, a su juicio:

“La violencia en los últimos sexenios comenzó a registrar un mayor auge en Sinaloa a partir de los años finales del gobierno de Leopoldo Sánchez Celis. Lo recuerdo. Sobre todo porque en ese tiempo comenzaba mi quehacer periodístico. Previamente a ese repunte, se hablaba en aquella época de un acuerdo entre el gobernador Sánchez Celis y los grupos del narcotráfico para que dirimieran sus problemas fuera del estado.

“Sin embargo, resulta importarte observar que la violencia bajó de la sierra. Los sinaloenses tienen el carácter fuerte, sí. Pero los problemas de la violencia, además de la parte que en efecto nos corresponde, bajaron de la sierra junto con los emigrantes y se fueron arraigando. Bajaron de las alturas de las montañas a los valles y las ciudades. Y no sólo de la sierra sinaloense, sino de las de Chihuahua y Durango. Nos

⁶ Nery Córdova, **Op. Cit.**, p. 252.

encontramos en el norte del estado muchos apellidos que en realidad son de origen chihuahuense. Podríamos citar una serie de apellidos que no son de Sinaloa o que no provienen de las corrientes naturales de la República”.⁷

La migración fuerte inició durante los primeros años de los setenta, pero se incrementaría drásticamente durante la Operación Cóndor, a mediados de la misma década. “Los emigrantes --precisa José Angel Sánchez-- eran de extracción rural: “sierreños”, como les llamamos”. De acuerdo con la versión del periodista sinaloense, éstos bajaron de los altos de los montes debido a la creciente violencia y a los conflictos con otros grupos y familias dedicadas ya a la aún incipiente producción de drogas en la región. Es decir: centenares y miles de individuos, con sus familias, huyeron de un ambiente social hostil, que en parte ellos mismo habían contribuido a generar, pero que al final de cuentas no pudieron asimilar, controlar o enfrentar.

El economista, historiador y periodista norteamericano Sam Quinones, que ha estudiado algunas facetas del fenómeno del tráfico de drogas desde hace años, tanto en California como en México, anota que

“el ejército entró a la sierra atacando a los traficantes y a rancheros inocentes con el mismo vigor. El estado perdió unos dos mil pueblos y rancherías en esos años ya que la gente abandonó sus casas, tierras y animales y bajó de la sierra a las ciudades”.⁸

De manera que decenas de miles de campesinos habrían de “bajar a refugiarse”. Y se quedarían perdidos en los barrios pobres de las ciudades. Pasaron a engrosar los cinturones de miseria urbanios. Muchos también bajaron a los valles y a los pequeños pueblos del sector rural sinaloense, en las sindicaturas, los ejidos y las

⁷ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, julio de 2001.

⁸ Sam Quinones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México, p. 261.

comunidades. Se distribuyeron en los ricos valles de El Fuerte, en el norte; en los de Guasave y Culiacán, en el centro; así como en tierras y ámbitos urbanos del sur.

En el recuento, el periodista José Angel Sánchez, que preside el Comité Estatal de Consulta y Participación del Consejo Estatal de Seguridad, un organismo cívico coadyuvante contra la violencia, reitera que los migrantes tuvieron que ver de forma decisiva, a través de la interacción, de la integración y de la convivencia sociales, en los cambios socioculturales que se registraron en los ámbitos rurales e incluso urbanos de Sinaloa durante las últimas décadas. Y afirma:

“Ya traían los “serranos” las costumbres, los hábitos y la condición violenta. Mentalidad en el uso de armamento. Nos tocó conocer inclusive a jovencitas que eran expertas en el manejo de armas. Era algo que ya habían aprendido, que trajeron de fuera. Todo esto influyó mucho para que en el estado se expandiera y se intensificara, la ya de por sí condición violenta de la población sinaloense, para que ocurriera esta efervescencia y su reverberación”.⁹

En este contexto, la campaña contra la producción y el tráfico de estupefacientes dio pie a las violaciones de los derechos humanos de propios y extraños, involucrados o no en el narcotráfico, a múltiples atropellos y crímenes y a enriquecimientos “inexplicables” de empresarios, políticos y funcionarios policiales, así como de mandos militares y de judiciales federales. La prepotencia y los abusos de autoridad de parte de éstos hicieron huir a cientos y miles de hombres, mujeres y niños, de los campos y las sierras de Sinaloa, Durango y Chihuahua. Y como una paradoja, ni el cultivo ni el tráfico de drogas ni la violencia disminuyeron. Por el contrario: a partir de esos años los gavillas transgresivas y el narcotráfico se fortalecieron y se incrementaron no sólo en la región noroccidental de México, sino que se expandieron y ramificaron a lo largo y ancho del país, con el inicio del tráfico de cocaína proveniente de América del Sur.

⁹ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, julio de 2001.

Segismundo Quintero es un universitario, oriundo de la sierra en el centro del estado, que ha seguido más o menos de cerca el derrotero del narcotráfico en Sinaloa. Como militante político izquierdista ha recorrido el territorio desde hace años. Vivió y se crió, hasta 1975, en un poblado ligado al cultivo de enervantes y “a esta extraña y retorcida, pero realista, cultura del crimen y de la sobrevivencia”. Describe las zonas productoras de marihuana, pero principalmente de amapola, con detalles herbolarios, climatológicos y socioculturales:

“La amapola requiere mucha agua y la tierra se tiene que trabajar muy delicadamente. Las semillas son muy chiquitas, y entonces tiene que haber cierta distancia entre ellas durante la siembra para que salga y crezca bien la puya. Si crecen bien, las plantas rebasan la estatura de una persona; alcanzan un promedio de un metro de altura, con una diversidad de unas 50 (de donde se extrae la goma del opio) que rinde cada planta. ¡Una chulada! Y rojísima la flor. Muy hermosa. Yo creo que nuestros campesinos --esto es muy subjetivo por supuesto, pero me da esa impresión, y quiero pensarlo así-- también se enamoran de su trabajo y se subyugan por estos productos finales que les cuestan tanto esfuerzo, tanta dedicación y tanto riesgo”.¹⁰

En este escenario casi plástico, Segismundo Quintero, economista de formación, aclara que, por otra parte, resulta muy complicado tener acceso a las zonas para registrar de forma cercana la información empírica. Las gavillas de asaltantes, sicarios y traficantes son muy fuertes. “Prácticamente actúan en la impunidad”. En los amplios territorios boscosos, de abruptas e intrincadas cañadas del municipio de San Ignacio, apunta el que fuera militante de un partido ya desaparecido:

“hay grandes zonas donde las cuadrillas de vigilantes de los territorios no dejan entrar a nadie; ni las fuerzas del gobierno pueden entrar, mucho menos los investigadores. Pero es aún más difícil por los rumbos de Badiraguato, Mocorito y Sinaloa de Leyva. Además, en los poblados y rancherías

¹⁰ Segismundo Quintero, entrevista con el autor, desde algún lugar de la sierra sinaloense, enero de 2001.

funcionan con eficacia las redes de vigilancia, control y comunicación. Si llevas a alguien a esos lugares sin comunicar claramente de quién y de qué se trata, de inmediato la comunidad se alerta, se pone en guardia. Y cuando menos lo piensas ya está formado todo un cerco. Digo esto porque yo tengo conocidos y amigos también en estas partes del estado. Y algo que debe tomarse en consideración estriba en que pondríamos en riesgo a los propios conocidos, a sus familias”.¹¹

Entusiasmado, prosigue Segismundo la descripción de un mundo que él dice conocer desde que era un niño:

--Andas hasta las cachas con las armas. Todo mundo anda armado. Bonitas pistolas. Relucientes. Nuevecitas. Ejercen una especie de hechizo entre los lugareños. Se da como un culto al poder que transmite la pistola. Por cierto, ahí en el rancho (por donde nace el río Evora, en la sierra fronteriza con Durango) acaban de matar a uno (enero, 2002) que trabajaba de surtidor de transportistas y distribuidores libres. Tenía una cuenta pendiente. Yo lo único que supe fue que había tenido una negociación con el gobierno, pero no sé si era también un lavador de dinero. No sé más. Hay que ser muy cautos y precavidos porque en este caso la actitud de venganza de los traficantes fue exagerada, devastadora, contra él y contra su familia. Ya estás en un terreno muy peligroso. Estamos hablando de la región del río Evora, que tiene colindancia con los “traicioneros” de Durango.

--¿Porqué son “traicioneros” los de Durango?

--Hay un pleito muy viejo entre grupos sinaloenses y duranguenses por el control del territorio, por el ejercicio del poder, por el dominio de las **rosas** (tierras de alto rendimiento y especialmente productivas de amapola). Ha sido un conflicto histórico, de estado a estado, y muy probablemente entre grupos políticos importantes, con intereses políticos encontrados.¹²

En la extensa conversación, Segismundo Quintero, quien llevó inclusive al ahora secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda, a dar unos paseos por los bajos fondos mazatlecos (“como investigador él tenía interés en observar la labor de zapa de los vendedores de droga en su trato con los consumidores”), también confiesa pasajes de su juventud y rememora:

¹¹ **Ibid.**

¹² **Ibidem.**

“Yo estuve yendo hacia las zonas del conflicto con las cofradías de Durango, cuando trabajaba con mis familiares. Yo iba y entregaba “mercancía”. Pero en toda la parte de arriba, en la sierra, se miraba y se sentía muy tenso el ambiente. Mucha gente desconfiaba o simplemente no te hablaba. Pero bueno, por otra parte, hay que señalar que estamos hablando de las zonas más ricas para la producción de amapola. Se trata de la parte donde nace el río Evora, por la región del Tamazula. Son extensiones considerablemente grandes, plenas de pinos, cañadas demasiado oscuras, impenetrables, lugares donde nada más entras con helicóptero y hay partes donde si la mula --si la usas-- da un pasito en falso, caes a despeñaderos de 200 y 400 metros de profundidad. En efecto, las regiones “chingonas”, de altísima productividad, son las de Badiraguato, el río Evora, Santa Fe, Las Delicias, los Angeles...entre otras zonas del llamado “Triángulo Dorado”, “Triángulo de la Muerte” o “Triángulo del Diablo”, en la verde y al mismo tiempo tortuosa frontera de Sinaloa, Durango y Chihuahua”.¹³

Podría sostenerse que en los turbios escenarios delictivos del ámbito de las drogas ilícitas de Sinaloa, el municipio más fielmente representativo es el de Badiraguato, territorio donde la aplicación de las leyes del sistema se han difuminado y enrarecido bajo el imperio de la transgresión o la desviación social. Condensa historia, contexto y objeto cultural, un mundo de la vida construido por agentes sociales internos y externos y que es percibido en la actualidad, bajo el tenor y los ruidos de la violencia, como un municipio crucial en el surgimiento y desarrollo de la industria de los enervantes en México. Y el municipio de San Ignacio, aunque de menor importancia y de menor cuantía productiva que otras zonas, es un escenario mitificado por las acciones de un traficante que estableció estrechos vínculos con la vida pública a través de los negocios, la política y la comunicación mediática.

El distintivo de San Ignacio estriba en que se trata de una tierra de producción de drogas relativamente reciente en el estado, comparada con otras latitudes de la sierra sinaloense. Es necesario destacar que, de cierta forma, se trata de un contraste

¹³ Segismundo Quintero, *Ibid.*

entre dos municipios que han sido relevantes en el imaginario colectivo respecto del mundo de las drogas; aunque en Badiraguato múltiples grupos familiares con historia y “estirpe” (Quintero, Avilés, Abitia, Caro, Elenes, Carrillo, etc.) hayan tenido una influencia decisiva en el delineamiento del perfil transgresivo de la zona; en cambio, San Ignacio lo ha sido fundamentalmente por el protagonismo del grupo de los Salcido, y de los Lafarga. Pero ambas demarcaciones municipales, en su mayor parte con una accidentada orografía de tupida vegetación, así como de una crítica e histórica marginación socioeconómica, resultan esenciales en la representación social del narcotráfico sinaloense. El hecho es que, con mayor o menor historia en estos específicos quehaceres, han formado parte de los escenarios más significativos de esta esfera de la desviación.

B) San Ignacio

Ubicado al sur del estado, el municipio de San Ignacio --tierra del guerrillero y precursor revolucionario de 1910 Heraclio Bernal, y del gobernador Rodolfo T. Loaiza, asesinado durante un carnaval en Mazatlán en el año de 1944, crimen que desde ese tiempo se vinculó también al problema de las drogas-- ha sido uno de los poblados emblemáticos de Sinaloa vinculados a la producción y al tráfico de estupefacientes. Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”, nativo de la sindicatura de San Juan de los Frayles, fue uno de los personajes más destacados, desde las trincheras de la desviación social, en la vida pública regional y nacional. El mito en torno a sus hazañas se empezó a gestar desde los tiempos en que fue aprehendido en Guadalajara y encarcelado en una penitenciaría de Culiacán; y particularmente desde que se fugó del reclusorio “comprando”, cesando y nombrando subrepticamente a vigilantes, personal y funcionarios de la cárcel de la capital sinaloense. Según se consignó en los medios periodísticos, salió del penal a fines de 1975, como Juan por su casa, acompañado tranquila y pasmosamente de varios custodios, que en realidad eran sus subalternos. El gobernador de la época Alfonso Genaro Calderón declararía precisamente que el llamado “Cochiloco” se había ido de la reclusión cuando se le dio la gana: “Se salió cuando quiso”.

Forjado a imagen y semejanza de los bandidos “generosos”, el jefe “narco” aún es recordado con afecto por sus paisanos, dada su “filantropía” y su generosidad con el pueblo y el municipio donde nació, a pesar de la fama de “sanguinario” que el “capo” cultivó durante los años de ejercicio de sus poderes transgresivos. Y recuerdan, hasta con melancolía, especialmente las dadivosas fiestas que organizaba para la comunidad, sobre todo en las tumultuarias celebraciones del 24 de junio, día de San Ignacio de Loyola, santo patrón municipal. Inclusive muchos habitantes aún se muestran renuentes a aceptar o asimilar la idea de su fallecimiento, ocurrido hace un poco más de una década (9 de octubre de 1991), en un atentado con armas de alto

poder y granadas en la ciudad de Guadalajara, Jalisco; previamente había residido durante varios años, con otra identidad, en el estado de Colima, como un próspero empresario que era amigo de políticos de primer nivel en esa región, incluido el gobernador de la entidad. Ahora, algunos vecinos de San Ignacio, de San Juan y de Coyotitán rememoran el “don de gentes”, el paternalismo, el “sentimentalismo” y los afectos de “Don Manuel Salcido”, que para empezar “tuvo una vida familiar difícil”, de extrema pobreza, con varios hermanos muertos, pero que a la postre le dio a su tierra, gracias a “su trabajo”, a su valentía y a su audacia, “más obras de beneficio colectivo que las realizadas por el propio gobierno”. Y ese agradecimiento popular, por las obras y su interés en el pueblo, que incluye al deseo de que “Manuel todavía se encuentre con vida” en algún lugar del mundo --justifica con énfasis Ramsés Lafarga, vecino del pueblo de Coyotitán--, se debe más que nada a que el jefe narco sabía ser humilde, sencillo y amigo, a pesar de su enorme poder: lo que dice la gente sobre esto no es más que “la puritita verdad”.

La idea de que Salcido Uzeta no fue asesinado, es compartida inclusive por algunos periodistas en Mazatlán, lugar donde el “Cochiloco”, rememorado musicalmente también como “El Gallo de San Juan”, había además sentado parte de sus “reales” o de sus intereses, y en donde se había propuesto crear un emporio periodístico con el apoyo o la venia de periodistas del puerto, con los cuales sostuvo varias reuniones para ese propósito. Dueño de residencias, negocios diversos, cines y hoteles en el puerto mazatleco, además de un famoso rancho ganadero denominado “Los Angeles” en los confines sinaloenses del sureño municipio de Escuinapa, cuyo casco hacendario tenía una cercana vecindad --de unos 200 metros-- con el rancho “Las Cabras” del exgobernador Antonio Toledo Corro, el jefe “narco” Manuel Salcido Uzeta ejerció sus poder de fuego y monetario, impunemente, en la dicotomía de los ámbitos de la ilegalidad y de la legalidad.¹⁴

Felipe Guerrero Bojórquez, comunicólogo, jefe de información del diario mazatleco **El Sol del Pacífico**, en amplia conversación, recuerda los vínculos que estableció “El Cochiloco” con los periodistas: “Se iban a echar la copa, e incluso

¹⁴ Ramsés Lafarga Ayala, entrevista con el autor.

hubo quienes le pidieron y le hicieron entrevistas”. Y cuenta que en una casa de campo, cercana al puerto, invitaba a reporteros, comunicadores, al mismo tiempo que a distribuidores de cocaína y de otros estupefacientes, para que convivieran en reuniones y fiestas en donde por supuesto circulaban las drogas para el consumo de los asistentes, así como dólares: “narco embutes”, o “narco chayotes”, con el propósito de lograr “una relación complaciente”. Pero no sólo se establecieron vínculos de ese tipo, sino también en otros círculos sociales, en el plano por ejemplo de los apoyos de los “narcos” a las obras de infraestructura de los pueblos, o las donaciones a diversas instituciones. Dice el periodista, ex conductor también de noticieros televisivos, que en el sector rural las obras son múltiples, de distinto tipo. Y anota una anécdota:

“”Hay una iglesia aquí en el municipio de Mazatlán, en un poblado que se llama Veranos, que se cayó en el año de 1993, quizá en 1994, debido a las inundaciones. Era una iglesia que databa del siglo XVIII. Entonces hubo aportaciones para reconstruirla, pero quien hizo la aportación fuerte fue un tal “Batete”, muy conocido en la región, como uno de los sembradores y compradores de droga más importantes. Lo curioso, o ya no tanto, es que hay fotografías del entonces alcalde Alejandro Camacho Mendoza, inaugurando las obras de reconstrucción con el mentado “Batete”. Claro, el edil mazatleco habría de justificar los retratos señalando que no sabía a qué se dedicaba el altruista sujeto. Y te vas a encontrar con gente así, como el famoso “Indio” del Tecomate de La noria. Había dos “Indios”; uno ya se murió. El caso es que individuos así abundan en el estado”.¹⁵

Las anécdotas en torno al “Cochiloco” y su relación con los medios periodísticos son reiteradas por el periodista José Angel Sánchez López, ex director del diario porteño **El Sol del Pacífico**. En varias entrevistas sostenidas con el periodista, confirma lo que en su tiempo fue un secreto a voces:

“Manuel Salcido se convirtió en empresario en Mazatlán. Trató de cultivar, también, una buena relación con los medios de comunicación.

¹⁵ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor, diciembre de 2001.

Para él resultaban cruciales. Hubo reuniones. Comidas especiales para la gente de los medios. Les decía: “Yo fui narco, pero ya no lo soy. Ahora soy empresario y quiero integrarme a la sociedad”. Las asistencias a los convivios con el jefe narco eran regulares, más o menos constantes”.¹⁶

Por su lado, una socióloga egresada de la Universidad Autónoma de Sinaloa, investigadora de la temática sobre la violencia y la migración en el campo sinaloense, afirma con seguridad que, de acuerdo a sus fuentes primarias de información (cercanas, según revela, a familiares y allegados del propio Manuel Salcido Uzeta), éste supuestamente aún sigue con vida y que además reside actualmente, con otro rostro producto de la cirugía y bajo otra identificación, en algún país del occidente europeo. Expresa que el incidente de Guadalajara fue un montaje de estruendo realizado con la venia de las autoridades de la época. Aunque los crímenes entre narcos se caracterizan por la espectacularidad y la exageración – “para que se note precisamente el mensaje de los ejecutores”--, al presunto Salcido Uzeta, en el atentado de Guadalajara, le destrozaron el cuerpo con más de 90 balazos de alto calibre para dejarlo, con toda intención, irreconocible. Por su lado, sin embargo, los medios de comunicación y las versiones gubernamentales, en relación con la muerte del mítico personaje, siguen sosteniendo lo contrario de lo que se piensa y se cree en la sierra sinaloense, y particularmente en las atribuladas tierras de San Ignacio, sitio en el que su imagen y su figura se han convertido en un icono popular de la memoria.

El periodista Felipe Guerrero, que ha incursionado también en la radio local dirigiendo programas informativos, recuerda el incidente en el cual el ex jefe “narco” Miguel Angel Félix Gallardo, recluso desde 1989 en el penal de La Palma, de Almoloya, efectuó una importante donación económica para la construcción de la biblioteca central de la Universidad Autónoma de Sinaloa, en Culiacán, en los años

¹⁶ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, diciembre de 1991.

ochenta, durante el período rectoral de Jorge Medina Viedas. Y agrega, sarcástico, que las mismas instituciones encargadas o responsables

“de producir y reproducir los valores culturales también están permeadas. Incluso hay filtraciones del dinero “sucio” en candidatas a reinas, en directores de escuelas, hasta en elecciones de rector de la Universidad, aparte de las representantes populares; respaldadas sus campañas por músicos que hacen apología del “narco”. Ha sido aberrante, por ejemplo, que la última sucesión --que llevó al cargo de rector de la UAS a Gómer Monárrez en 1991-- haya estado marcada por esos patrones. Se dieron el lujo de traer al cierre de campaña, desde Miami, a la banda El Recodo, además de otros cantantes como Julio Preciado y el llamado “Coyote”. Y así, encontramos en instituciones diversas, todos estos signos corrosivos”.¹⁷

Destaca el comunicólogo nacido en Los Mochis, pero vecindado desde hace unos 20 años en el puerto mazatleco, que la industria de las drogas

“ha degenerado y corrompido muchas cosas y ha infiltrado y determinado las relaciones económicas en el mercado, en las relaciones mercantiles. No sólo se vende y se consume mucha cocaína, sino alrededor del “narco” **se ha conformado una forma de trabajar, de producir, de crear y de vivir**”.¹⁸

El columnista político de **El Sol del Pacífico**, luego de poner especial énfasis a sus expresiones, ejemplifica con los afiches, la moda, la vestimenta, los adornos personales, las joyas, la arquitectura de las casas, la diversión, la música: “Imponen la moda hasta en la marca de los vehículos”: antes de las camionetas de la actualidad, las “Lincon”, fueron las “Winstar”; previamente a éstas las “Durango” y las “Lobo”. En un principio habían sido las “Rams”, las “del borreguito”. Las “Cherokes” son de los federales y las “Suburbam” son de los políticos. “A estas últimas no se suben los “narcos””, ironiza Guerrero Bojórquez, periodista que

¹⁷ Felipe Guerrero Bojórquez, **Ibid.**

¹⁸ **Ibidem.**

también ha escrito un par de libros, donde destacan los relatos, ambientados, para variar, en los escenarios de la violencia del norte del estado.

Respecto de la forma de vida en los ámbitos rurales, y de la siembra de estupefacientes, dice Felipe Guerrero Bojórquez, “se ha convertido en una actividad de sobrevivencia”, principalmente en las zonas aptas para el cultivo de adormidera y marihuana. Los campesinos, en la práctica, no tienen de otra, porque las pequeñas inversiones en productos tradicionales son “inútiles”, dada la naturaleza del mercado actual. En todo caso tales siembras (frijol, maíz, jitomate, calabaza), son sólo para el autoconsumo. Compara y explica que si los propios productores de maíz, fuertes e importantes de los valles, tienen serios problemas para la comercialización, entonces hay que imaginar los problemas de los campesinos pobres. Y habría que imaginarse, por ejemplo, a los habitantes comunes de la sierra,

“que no tienen acceso al crédito o al financiamiento, la mecanización, la irrigación o el transporte, aparte de la complicada situación geográfica y orográfica en la que se encuentran. Desde el gobierno se sabe con claridad que esas comunidades sobreviven exclusivamente a partir de que sus gentes se convierten en productores de drogas y que contratan a trabajadores de los alrededores para que sean sus sembradores, cuidadores o cosechadores. De tal suerte que se ha transformado en una forma de vivir que los campesinos defienden, y garantizan, hasta con el riesgo de su propia vida. Crean por ello una infraestructura y una logística de defensa, en donde por ejemplo el arma no sólo se ocupa para defenderse de bandoleros, sino que es una herramienta más del trabajo, dentro de los marcos de la desviación social, concebida ésta desde una perspectiva filosófica de existencia vital”¹⁹.

En este contexto, en el municipio rural de San Ignacio, en el que viven unos cuantos miles de habitantes, la economía informal del narcotráfico representa una importante fuente de ingresos y son más que notorios los sembradíos de drogas, no

¹⁹ Felipe Guerrero Bojórquez, **Ib.**

sólo en las intrincadas cañadas de la sierra, sino incluso junto a los sembradíos de sorgo, cártamo, maíz o frijol; junto a los pastizales ganaderos y a la propia vera de los caminos. Dada la conformación del territorio, que hace frontera también con el estado de Durango, al oriente, y con Mazatlán y el Océano Pacífico al sur, los campesinos cultivadores de estupefacientes han encontrado en las montañas de la Sierra Madre un ambiente propicio para desarrollar sus actividades. La extensión territorial de San Ignacio es de 4, 651 kilómetros cuadrados, en donde viven menos de 30 mil habitantes. De tal suerte que se trata de un intrincado territorio cuya superficie es mayor que la de todo el estado de Tlaxcala (éste tiene una población cercana al millón de habitantes, distribuidos sobre 3, 914 kilómetros cuadrados); y la superficie de San Ignacio es también casi igual a la del estado de Morelos (que cuenta con más de un millón de habitantes, en 4,941 kilómetros cuadrados).

Los poblados, rancherías y comunidades de San Ignacio, que pertenecen a 8 sindicaturas (San Ignacio, San Javier, Ajoya, Contraestaca, San Juan, Coyotitán, Dimas e Ixpalino), se encuentran muy distantes entre sí, en la diversidad montañosa de su accidentada, abrupta y casi inaccesible geografía. Sólo tres de sus 327 poblados rebasan los 2,500 habitantes: San Ignacio, Piaxtla de Abajo y Dimas; y de aquéllos, más de 250 localidades no rebasan ni siquiera los 50 habitantes. Como es obvio, la diferencia de habitantes es abismal frente a las dos entidades del centro del país citadas. Se trata de una demarcación serrana prácticamente despoblada --con una muy escasa densidad de población por kilómetro cuadrado--, en el que florecen durante todo el año, sin embargo, los cultivos de amapola y marihuana, desplegados sobre todo en las hondonadas, las cañadas, los faldones y las alturas de los fríos montes y serranías, que llegan a registrar alturas de hasta casi 3 mil metros sobre el nivel del mar.

En un estudio se destaca que “la irregularidad topográfica del municipio y el nivel económico de la región han determinado una fuerte dispersión de los

asentamientos humanos”. Se establece, asimismo, que “el nivel de ingreso de la población es precario”, en el que alrededor de un 25 por ciento “no percibe ingreso alguno” y más del 40 por ciento solamente percibe de uno a dos salarios mínimos. Como un dato ilustrativo respecto del empleo formal, IMSS e ISSSTE sólo registran a unos 730 trabajadores. En cambio, se consigna oficialmente por cierto a uno de los más notables índices de analfabetismo de la entidad: más del 13 por ciento, cifra que apenas en 1980 rebasaba el 20 por ciento, de acuerdo a los datos oficiales.

Para tener una idea más clara respecto de la orografía de éste que es el cuarto municipio más extenso del estado, es pertinente puntualizar que en él pueden identificarse varias elevaciones montañosas distribuidas sobre la mayor parte del espacio territorial, y que forman parte de la Sierra Madre Occidental: las sierras de “Las Ventanas” (hasta 2,292 metros de altura sobre el nivel del mar); “Del Potrero” (2,801); “Del Candelero” (2,123); “Los Brasiles” (1,654); “Del Tambor” (2,700); “Los Frailes” (2,700); “Del Carmen” (2,000); básicamente éstas constituyen un accidentado, inescrutable y laberíntico espacio territorial en el que habita apenas el uno por ciento de la población total de Sinaloa. Pero se trata de un hábitat en el que, según alcanzan a reclamar los nativos del lugar, a pesar de la extrema pobreza, del abandono y la marginación, y pese a las dificultades representadas por la naturaleza, “de algún modo y de cualquier manera la gente tiene que ingeniárselas para comer y vivir”: enfrentando los riesgos y los peligros de la desviación social, en medio de la violencia, entre los lindes de la vida y la muerte.

Una reciente crónica periodística (premiada por cierto en un certamen estatal universitario) sobre el trabajo de fuefeños en las montañas sinaloenses --que pueden ser profesores rurales, comerciantes, trabajadores del Estado, académicos, investigadores, encuestadores o capacitadores, por ejemplo--, ofrece una imagen ilustrativa sobre la dinámica de la vida en la región, sobre sus riesgos y sus peligros: para los “forasteros” que se internan en la sierra

“...la vida vale menos que eso: la vida es según la suerte que cada quien trae a cuestras...Capacitar a quienes habitan entre las montañas del sur de Sinaloa --trasladarse a pie, en bestias, en avioneta, a dos, 20, 30 u 80 kilómetros después de dejar el camino maltrecho, escarpar montañas, desafiar la creciente de los arroyos, tener la “suerte” de no toparse con unos AK-47 ocultos entre el ramaje--, es un trabajo casi de héroes...Decenas de pueblos han quedado solos, entre las faldas de la miseria. Los “fantasmas” se multiplican, a cada bramido de odio...Y pobre de aquél que no sepa en qué vereda, o a partir de la falda de qué cerro, empieza el territorio “sin ley”. Sin embargo, algunos pobladores se resisten a huir, porque irse de aquí es “como empezar a morirse”...A causa de las masacres y la violencia, quedan pueblos con dos, tres o cuatro habitantes...”²⁰

En efecto, diversas zonas rurales se encuentran deshabitadas; abundan las rancherías sin población, como espacios arrasados por las amenazas y el asedio de bandoleros y sicarios y por la propia muerte. Ofrecen precisamente la impresión de “fantasmales”, dada la constante migración que se registra como un fenómeno relacionado con la violencia y el narcotráfico, desde dos o más frentes: lo que se produce por las acciones propias de los traficantes, que tratan de controlar o expandir sus áreas de influencia; y las acciones represivas de las corporaciones policíacas y militares que constantemente caen en excesos no sólo contra los productores, sino contra la población en su conjunto. Muchas familias, pero sobre todo los jóvenes en edad de trabajar, han preferido emigrar e irse a las ciudades de Sinaloa y de otros estados fronterizos o hacia Estados Unidos para escapar de la cotidianeidad de la violencia en sus tierras, que de por sí ofrece pocas oportunidades para contar con empleos elementales dentro de los márgenes de la legalidad; y por si no fuese suficiente, éstos además --por la pobreza, la miseria, el desempleo, la marginación y en general por las circunstancias socioeconómicas y culturales de la región-- resultan bastante estrechos. Pueblos y rancherías disminuyen paulatinamente el número de sus moradores. Y en ciertos casos, en zonas muy

²⁰ José Alfredo Beltrán, “Capacitadores electorales en la sierra. Héroes sin pedestal”, diario **Noroeste**, Mazatlán, Sin., 5-X-2001.

apartadas de las cimas montañosas, las casuchas y cabañas se encuentran ya totalmente derruidas por la acción del abandono.

Porque resulta revelador anotamos íntegro un testimonio publicado por el periodista José Alfredo Beltrán en su periplo periodístico por la sierra de San Ignacio:

“Una ráfaga de disparos despertó a Pedro Manjarrez, avisándole que esa noche la muerte estaba tocando su puerta.

“La boquilla de un “cuerno de chivo” se detuvo amenazante en la sien del capacitador electoral, quien recorría la sierra, capacitando a los ciudadanos que fueron funcionarios de casilla el 2 de julio de 2000.

“--¡Te va a llevar la chingada—le gritó a Pedro uno de los gavilleros, que asaltaron una de las chozas de Pueblo Viejo, donde él había pedido posada horas antes. Dos muertos yacían frente a él, a unos metros del catre que le habían prestado para pernoctar, en la casa de la tragedia.

“”Sentí que ya estaba muerto”, narra quien es hoy consejero del XVIII Consejo Distrital de San Ignacio.

“Luego, Pedro, supo que una rencilla familiar había dejado aquellos rastros de sangre esparcidos alrededor del catre donde pasó la víspera.

“Ante los gavilleros, el hombre de 48 años logró deslindarse del conflicto porque “era una visita y no era parte del problema aquél”, y salió ileso de la disputa entre esa “gente brava” , que acá “arriba” abunda.

“A la mañana siguiente el capacitador continuó su tarea.

““Nadie puede entrar sólo a esos lugares, lo que nos salva es que somos gente conocida”, dice Pedro, quien describe que los gavilleros “andan vestidos de pinto, no traen el rostro cubierto, cuentan con el equipo de un soldado y se cuentan por muchos”.

“Para una nueva visita a San Ignacio, el consejero invita a los reporteros (del diario **Noroeste**), a El Chilar (en la sierra), “para que sientan el rigor de los “chingazos” de las gavillas”.

““El Chilar, relata, “es un pueblo grande donde había ganaderos “pesados”, con 3,400 reses. Toda la gente se salió, hace no mucho. El problema fue por una muchacha, los gavilleros quisieron ultrajar a la hija de un ganadero que ahora vive en San Ignacio. Hubo como siete muertos en la bronca esa.

“En este marco se realizan las elecciones en muchos pueblos serranos, donde el odio está a flor de piel, donde hay rencillas viejas, que “de pronto renacen”, apunta el consejero.

--¿Y vale la pena que un capacitador exponga la vida por esto?
 --“Pus no es que valga la pena, sino que hay que cumplir con el trabajo. Son los gajes del oficio—responde Pedro Martínez, quien insiste en la invitación de ir “más pa arriba, a El Chilar, pero con una advertencia: “Yo les garantizo “subir”, pero no les garantizo bajar””.²¹

Por otra parte, en una reciente monografía coeditada por la revista estatal **Presagio** y por el propio Gobierno del Estado en 1999, se ha establecido que “la marginación que se vive obliga a sus habitantes a emigrar en la búsqueda de oportunidades de empleo, circunstancia que lesiona aún más las condiciones de bienestar de las familias” (José María Figueroa y Gilberto López Alanís, **San Ignacio. Encuentros con la historia**, 1999, p. 207). Los períodos de cultivo de enervantes marcan en buena medida la estancia de los campesinos y los trabajadores agrícolas en la región, que en su inmensa mayoría son jóvenes subempleados y sin estudios. Además de ello, se sabe que cuando las campañas policíacas y militares de destrucción de plantíos se ordenan e intensifican, la emigración de la población campirana también se hace más profusa.

Sin embargo, luego de las campañas represivas, que en muchos sentidos resultan cíclicas y que están en relación con los cambios políticos y administrativos en los organismos y las instancias federales que en México combaten la siembra, la producción, el tráfico y el consumo de estupefacientes --Procuraduría General de la República (PGR), Policía Judicial Federal (hoy Agencia Federal de Investigaciones: AFI) y con la coadyuvancia del Ejército--, los trabajadores y campesinos tienden a volver a sus comunidades y rancherías. Estos vuelven tanto por las expectativas económicas que se intuyen y se vislumbran nuevamente, como por razones familiares, o por la costumbre y la “querencia” a una tierra que les vio nacer, e inclusive hasta por las añoranzas del desafío sociocultural que implica una retadora, riesgosa, transgresiva y específica labranza; de ésta que por lo menos --para un

²¹ José Alfredo Beltrán, diario **Noroeste**, Mazatlán, 6-X-2001.

pueblo con hambre-- le ofrece a los campesinos posibilidades y esperanzas concretas de ingresos económicos, que les reditúa un poco más que el empleo y el subempleo en las actividades ganaderas o forestales, y algo más también que las agobiantes y rudimentarias siembras y cosechas de los productos alimenticios tradicionales como el maíz y el frijol.

En este sentido, el perfil económico de la demarcación municipal está determinado por la actividad pecuaria, agrícola y minera. De tal manera que de las 465 mil 97 hectáreas de extensión territorial, el 5.4 por ciento de la superficie se destina a la producción agrícola, el 53.9 por ciento a la producción pecuaria y el 38.3 por ciento a la forestal. Y “el resto es para otros usos”, se indica explícitamente en un estudio monográfico editado por la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), basado en información, datos y estadísticas oficiales.²²

En la cabecera municipal de San Ignacio, del mismo nombre, que tiene un poco más de tres mil habitantes, se distinguen dos sectores sociales. La diferencia tiene que ver en cierto sentido con el origen y con sus historias existenciales. Un sector, que tiene su propio barrio o su propia demarcación espacial dentro del poblado, está integrado por los habitantes que nacieron y que han vivido durante varias generaciones en la población, inclusive desde la época de la colonia. El otro sector está compuesto por familias e individuos de clara estirpe “sierreña”, que llegaron a San Ignacio durante los últimos 30 años desde los altos de la sierra, tanto de la parte de Sinaloa como de los cercanos estados de Durango y Chihuahua. Esta inmigración está relacionada con la violencia generada por el narcotráfico y su enfrentamiento, particularmente con la instrumentación de la Operación Cóndor que el Estado diseñó para el combate a las drogas a mediados de los años setenta.

²² José Santos Madariaga (1996), **Perfil socioeconómico del estado de Sinaloa y sus 18 municipios**, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa.

En un estudio igualmente muy reciente, se indica: “Situados en medio de dos fuegos, no les dejaron (a los nativos de las alturas de la sierra) otra alternativa que abandonar sus tierras y sus muertos”²³ para irse a residir a un poblado un tanto menos conflictivo, o para dedicarse a otros menesteres laborales, un tanto más distantes del constante agobio de la violencia en la que vivían sumergidos en sus antiguas comunidades y rancherías, donde la ley se definía por el fuego de las armas. Y muchos otros llegaron a San Ignacio sólo de paso, para trasladarse posteriormente a otras localidades de Sinaloa, del norte de México o de plano para irse hacia los Estados Unidos. Por lo pronto, los llamados “sierreños” que habitan por su lado en un sector geográfico específico de la cabecera municipal denominado como “Los Lotes”, también son vistos con recelo y desconfianza y han sido estigmatizados por los “saignascences” de oriundez histórica.

El investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS, Arturo Lizárraga, señala que, a juicio de estos últimos, a los “sierreños” resulta extremadamente complicado no confundirlos con quienes se dedican a la producción de drogas ilegales, debido a que tienen similares formas de vestir, de costumbres, de gustos, de patrones de comportamiento y de hábitos. Así, “es difícil distinguir quiénes son emigrantes y quiénes son **narcos**” sembradores, “narquillos”, “burreros” y sicarios, apunta una voz de la parte tradicional de San Ignacio. Esa expresión estigmatizadora, dice, “en todo caso y sin descartar que haya secuelas de narcotráfico, es reflejo de la división social que existe en el poblado”. Según otro vecino, en el área de “Los Lotes” se puede adquirir drogas, la prostitución es frecuente y sus residentes se diferencian de los “auténticos saignascences” hasta por sus rasgos físicos, pues los “sierreños” son hasta “más prietitos”.²⁴

²³ Arturo Lizárraga, *Nos llevó la ventolera...El proceso de la emigración rural al extranjero en Sinaloa*, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa, p. 38.

²⁴ *Ibid*, pp. 38-39.

Por su parte, José Angel Sánchez, quien ahora conduce un programa radiofónico con cobertura estatal, coincide por supuesto con tal apreciación: Los “sierreños” que llegaron y se quedaron en los valles de El Fuerte, de Guasave y de Culiacán, o que reformularon y rehicieron sus actividades en las montañas de Choix, Sinaloa de Leyva, Badiraguato, Mocorito, Cosalá, Concordia o San Ignacio, incluso desde antes de la Operación Cóndor han sido, fundamentalmente, quienes se han dedicado a la siembra de las drogas. El periodista, durante la conversación, llegó a exclamar que los “sierreños” se trajeron a los ámbitos urbanos de las ciudades, sus comportamientos “bárbaros, irascibles y delincuenciales”.

A unos cuatro kilómetros de la población central de San Ignacio se encuentra el poblado de San Juan de los Frayles. Ahí los propios lugareños advierten con orgullo que son, en cuanto a lealtades, incondicionales con los amigos, pero que en contraparte, resultan “implacables” con los enemigos, a quienes, dicen, se enfrentan “como quieran, donde quieran y a la hora que quieran”, emulando al otrora poderoso Manuel Salcido Uzeta. “Es una vergüenza para la familia recibir una afrenta y no responder a ella en cualquier terreno. Nadie se echa para atrás; más aún: si alguno del núcleo familiar cae, los que le sobreviven están obligados moralmente a vengar la sangre”, anota el sociólogo Lizárraga. Y añade: “Es difícil encontrar una familia que no tenga, por lo menos, un tío, un hermano o un primo muerto en hechos violentos. Con tales antecedentes, se explica porqué abundan las narraciones de enfrentamientos a balazos o con arma blanca”, que terminan por producir múltiples muertos entre los grupos o las familias rivales.²⁵

Para un fuereño, viajar a San Ignacio, entonces, de algún modo implica una acción aventurada. Los paisajes verdes, los escenarios que ya huelen a coníferas y los cerros montaraces en ambos lados de la carretera se vislumbran como lugares desde donde asedian la incertidumbre y el miedo. El viaje de este observador se

²⁵ Arturo Lizárraga, *Ibid.*, p. 43.

realiza ya caída la tarde, desde Mazatlán, infiltrados con un grupo artístico mazatleco, que habría de ofrecer un recital de música vernácula y poesía en el centro de San Ignacio. A pesar de que el traslado se efectúa en un pequeño camión que ostentaba el logotipo de una institución cultural, a lo largo de la travesía varios retenes de judiciales estatales y federales y destacamentos del ejército mexicano hacen alto y detienen la unidad. Revisan. Preguntan. Cuestionan. Se trata de acciones y vigilancia de rutina, que la población sinaloense ya conoce y a las cuales la sociedad ya se ha acostumbrado, pues forman parte de los escenarios no únicamente rurales, sino urbanos, desde los tiempos de la Operación Cóndor. Sin embargo, muestran la cuasi condición policial y militarizada que se vive no sólo en estos senderos campiranos, donde abundan los asaltos contra transportistas, automovilistas y autobuses rurales de pasajeros, sino que se trata de medidas de excepción en torno a la seguridad, las cuales se instrumentan, no sin excesos, desde hace muchos años en prácticamente todos los caminos, cruceros carreteros y vías de comunicación neurálgicas del estado de Sinaloa. Finalmente, luego de las revisiones que inevitablemente amedrentan, y detrás de una seca amabilidad, no deja de percibirse la advertencia: “Que tengan buen viaje. Eviten viajar de noche”. Y es que, en efecto, durante el ascenso por la angosta carretera, las sombras habían llegado de improviso. Las únicas luces eran las de los fanales del camión. El resto, a los lados, por atrás y en la lejanía, era la oscuridad angustiosa, silenciosa y sospechosa de la soledad de la montaña, en la que se antojaban o adivinaban, invisibles pero tal vez incrustados entre la maleza, sus múltiples ojos acechantes. Los bohemios músicos y la joven cantante del grupo intentaban guardar y ocultar su nerviosismo con anécdotas, cuentos y chistes. La noche fría del invierno era un manto que flotaba y calaba en el ánimo como una diversificada amenaza que, como anotaría un investigador colombiano, posee un solo nombre, con “mil rostros”: la violencia.

En relación con los pueblos de la sierra, que han sido histórica y “tradicionalmente marginados”, el periodista José Ángel Sánchez efectúa un análisis

de la situación y puntualiza que los habitantes miran la siembra, la cosecha y la producción en general de las drogas como algo “muy normal”, como un relativo y nuevo “**modus vivendi**” muy natural. Y recuerda que en cierta ocasión, en un pequeño poblado del sur de Sinaloa, a la orilla de un estero y entre los manglares y las marismas, entre los zancudos y bajo el inclemente sol del otoño, tuvo una significativa charla con una joven pareja de pescadores, con “un matrimonio”.

“Ahí a las orillas del manglar todo el año estaban sacando camarón a pesar de la veda oficial para el crustáceo. Les comenté lo de la prohibición. Y me respondieron con mucha entereza:

--“¿Qué quiere que hagamos? Preferimos violar la veda y sacar camarón que irnos a sembrar marihuana. No tenemos otra opción. ¿O sí? ¿Usted qué cree?”

“Tienen razón. En las zonas serranas, en los pueblitos marginados, ¿qué alternativas tienen para subsistir, si no tienen recursos, si no hay programas de gobierno reales y factibles que lleguen y aterricen para ayudar a la población?. Entonces los campesinos pues ven el cultivo de drogas como algo vital para su subsistencia. Lo que no hace el Estado para la población a través de programas institucionales lo hacen los empresarios de las drogas: las ofertas les llegan a los campesinos a sus propias tierras, les dan dinero, les pagan con dólares, les llevan la semilla, insumos, armas y herramientas. Incluso les llevan gente para que se encargue de cortar la hierba, para cosecharla. Y les vuelven a pagar. Una cuestión significativa estriba en que los sembradores, luego de tantos años dedicados a ese ajeteo, difícilmente se acostumbrarían de nuevo a cultivar alimentos. Es que se trata ya de un hábito, de una cultura regida, entre otros aspectos, por la dolarización. Y son cuatro pagos en dos cultivos por año: dólares al principio de la siembra y dólares al final de la cosecha. El problema ha venido creciendo y se ha dejado crecer por el disimulo, el desinterés, o por los mismos intereses sórdidos de los diferentes niveles de gobierno”.²⁶

En la sindicatura de San Juan, tierra de “El Cochiloco”, un ex campesino del lugar, que reside ahora en El Rosario, comenta que la producción de drogas empezó a notarse al principio de los años cincuenta.

²⁶ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sin., julio de 2001.

“Llegó un momento en que el principal cultivo, por encima del maíz, del frijol, de la calabaza, era la marihuana. Nadie se ocultaba. Había hasta como una competencia entre los campesinos, para ver quién sembraba más y quién producía más. Recuerdo bien eso: había un gran entusiasmo entre los sembradores. Aunque desde muchos años antes se cultivaba, no fue sino hasta esos años en que se sintió como un auge. Era como haber descubierto algo parecido al oro...”²⁷

Por otro lado, entre los matorrales y la tupida vegetación de las afueras de la sindicatura de Coyotitán, Ramsés Lafarga muestra algunos pequeños sembradíos de marihuana, prácticamente a la vista de los caminos campiranos de los arrieros. Y describe la situación de su pueblo: Todo mundo acusa a muchos campesinos de la región, que en efecto se dedican a esta actividad, pero en la siembra “quienes más se benefician son los judiciales y los militares, aparte de los empresarios y políticos que dirigen “el negocio” desde las ciudades”. Las familias campesinas que realizan el trabajo fuerte y rudo al final siguen siendo pobres; sobreviven o tienen ingresos para ir la pasando; durante las cosechas llegan a tener algunos dólares, “pero la verdad es que siguen estando jodidos”, explotados por los grandes “narcos”; están olvidados por el gobierno y perseguidos por un sistema judicial que, “todos sabemos que está lleno de corruptos que dejan hacer los negocios a los poderosos y en cambio castigan a los “pobres diablos”, a los pequeños sembradores y a sus familiares”.

Ramsés Lafarga reside normalmente en Mazatlán, pero posee unas hectáreas de pastizales por los rumbos de Coyoyitán, donde se alimentan unas 20 reses y algunos borregos. Recientemente fue amenazado de muerte por uno de sus primos, debido a que no le permitió que en una parte de su propiedad sembrara marihuana.

“Yo le facilité –dice-- un terrenito para que trabajara, pero el cabrón me salió un día con que ya tenía sus matitas de “mota” despuntando... Le dije que se las llevara a otra parte, que me iba a meter en problemas. Y le quité el pedazo de tierra. De ahí han venido los conflictos y las

²⁷ Entrevista con el autor.

amenazas. Aparte de que está medio loco por tanta coca que se ha metido, ha dicho por ahí que me va a “venadear”. Ya hasta mató a uno de mis borregos, como venganza. Y pues las cosas éstas son muy normales por acá, desde hace bastante tiempo”. Luego de señalar que ha presentado denuncias ante las instancias judiciales, pero que en realidad éstas nunca prosperan, “pues siempre te piden evidencias y no funcionan ni siquiera cuando hay muertos, y éstos abundan”, Ramsés dice que en su caso no se trata de aparecer como valiente, sino simplemente de defenderse en un ambiente donde priva la violencia.²⁸

Entonces muestra sus armas de caza y un poco en broma hace gestos de hombría, pero presume que nunca ha tenido problemas con nadie más. Así que, dice, no queda más remedio que enfrentar las dificultades que puedan presentarse, dada la inexistencia de una real y auténtica impartición de justicia: “no se vale quedarse cruzado de brazos, porque te madrugan”. De manera que reta, divertido: “Así que ya sabes si quieres quedarte varios días conmigo acá en el rancho para hacer tus entrevistas secretas y de paso nos vamos a cazar”. Y es que uno de los planes era charlar informalmente con un sicario al servicio de grupos de traficantes de la región, quien no tiene empacho, apunta Ramsés Lafarga, de contar sus hazañas bajo los influjos de unas cuantas cervezas “Pacífico”:

“Ese cuate cuenta todo a la menor provocación y con lujo de detalles. Ya se ha echado a muchos, según dice. La muerte, para él y para la gente de estos montes, mi Nery, es muy natural. Y el tipo resulta hasta simpático. Yo ya sé muchas de las andanzas en las que se ha involucrado ese amigo, pero sería bueno que las escucharas de viva voz, directamente de él. Y no tienes porqué preocuparte: a pesar de su fama es humilde, noble y hasta buena gente y si estás conmigo pues no hay ningún problema. Y es que él se fue metiendo e involucrando en esos líos por pura necesidad. En algunas de sus historias tal vez haya exageraciones, pero también en el fondo las cosas son muy reales. Bueno, y no es que la gente de la sierra en general se ande matando, sino que más bien son los sujetos y los grupos dedicados pues a estas cosas de la siembra, aunque algunas veces se llevan entre las patas a muchos inocentes”.²⁹

²⁸ Ramsés Lafarga, entrevista con el autor, enero de 2002.

²⁹ **Ibid.**

C) Badiraguato

Tierra de hombres “violentos y bragados” que fueron conquistando la fama en la medida del crecimiento mismo de la producción de drogas, así como en función del relieve que fueron adquiriendo ciertos personajes de la región, con la injerencia decisiva de la comunicación mediática, Badiraguato sin duda que responde con creces a la estigmatización. Los decires populares, las anécdotas y los detalles que cuenta y recicla la población; las leyendas, las historias y los cuentos orales; así como las evocaciones y los pasajes históricos, los acontecimientos y los sucesos narrados por los medios impresos; en la mezcla y la simbiosis han contribuido a mitificar una imagen en torno a la condición transgresiva de este municipio, que ocupa el segundo lugar en extensión territorial en el estado, luego de Sinaloa de Leyva, con el que colinda hacia el norte. Su extensión, mayor que la de todo el estado de Morelos o de Tlaxcala, es de 5,864 kilómetros cuadrados. Y hace frontera, la mayor parte de su vasto y casi inaccesible territorio montañoso, en las frías alturas de la Sierra Madre, con los estados de Durango y Chihuahua: el famoso “Triángulo del Diablo”.

Pero a diferencia de los estados de Morelos y Tlaxcala, que tienen una población de más de un millón de habitantes el primero y alrededor de 800 mil el segundo, la población total del municipio de Badiraguato apenas llega a 40 mil habitantes, lo que de algún modo explica sus altos índices de marginación y al mismo tiempo, con el ingrediente montaraz y serrano del territorio, su condición de zona estratégica para el cultivo de enervantes. Acaso esto influyó de manera central para que en la década de los años cuarenta, durante la Segunda Guerra Mundial, se incrementara de forma espectacular la siembra de amapola para la producción de heroína y morfina, que habrían de requerir las tropas estadounidenses en los frentes de batalla. Aunque no se ha probado hasta la fecha la existencia de un acuerdo o convenio firmado entre los gobiernos de México y los Estados Unidos en relación

con el cultivo de la droga, precisamente por lo delicado del tema, lo cierto es que el auge en la producción a partir de esos años marcaría hasta la fecha al municipio como el centro productor, por antonomasia, y le empezaría a dar fama en Sinaloa, en la República Mexicana y en el extranjero.

El historiador sinaloense Héctor R. Olea, entre otros autores, ha insistido sobre esta cuestión. En el libro **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, rememora al respecto que el conflicto bélico mundial, además de la expulsión racista de la población asiática que se verificaba durante esos años desde las ciudades norteamericanas y del norte de México, fueron los factores determinantes

“para que, en 1940, extranjeros llegados de diversas partes del mundo, apoyados por magnates de gran poder económico, en la región se dedicaran al cultivo de plantas narcóticas o estupefacientes”.³⁰

Héctor R. Olea fundamenta sus apreciaciones en un testimonio del abogado Raúl Valenzuela Lugo, quien había atendido profesionalmente a cultivadores de las plantas prohibidas, víctimas de abusos y extorsión de parte de ciertas autoridades. Este último anotaría que por datos precisos

“y fidedignos se enseñó el procesamiento del opio a un chino (escapado de la expulsión) que radicaba en Jesús María, el cual se trasladó a Santiago de los Caballeros para transmitir a varias personas la técnica del procesamiento aprendida por él. Muy pronto aparecieron sembradíos de adormidera en todo el municipio...Hay que señalar que la ilícita actividad empezó a ser combatida desde entonces, pero también que los mismos jefes de esa campaña, venidos (en 1940) de la ciudad de México, fomentaron tales actividades fijando un tributo a los campesinos, primero en especie, según la importancia de la comunidad, y en años subsecuentes en efectivo”.³¹

³⁰ Héctor R. Olea (1988), **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, Ed. DIFOCUR, Culiacán, Sinaloa, p. 82.

³¹ **Ibid**, pp. 82-83.

Olea consigna un dato que revela de cierta forma el poder que estaba adquiriendo el cultivo de estupefacientes en Badiraguato durante aquellos años. En 1941, el jefe de la Policía Judicial del Estado, Alfonso Leyzaola, apodado “La Onza”, temido personaje de la época por su comportamiento sanguinario y por haber perpetrado cuasioficialmente múltiples asesinatos y crímenes (entre otros, la muerte del terrateniente mazatleco Alfonso Tirado, que aspiraba a la gubernatura estatal), acompañado de una fuerte escolta, efectuó una campaña de destrucción de plantíos de amapola en el municipio y de paso se apoderó de varias latas de látex, o goma de opio. En represalia, 12 de los cultivadores afectados esperaron a los judiciales en una cañada, denominada como “Los Alisos”, por los rumbos de Santiago de los Caballeros, y cuando pasaban por el estrecho sendero les dispararon prácticamente a mansalva. Según el relato de Héctor R. Olea, mientras los subalternos huyeron dispersándose entre el monte, el jefe judicial cayó herido del caballo. Pese a la refriega mortal, su ayudante, Francisco Urías, pudo llevarlo ensangrentado a una cabaña cercana. Pero hacia allá lo persiguieron enardecidos los campesinos agraviados, lo sacaron, lo torturaron de forma implacable y terminaron por colgarlo de un árbol, al anochecer de un primero de abril de 1941. Así terminó sus días “La Onza” Leyzaola, ejecutado con sadismo por campesinos productores de enervantes a quienes extorsionó durante años de manera sistemática.

Pocos años después, en el fragor de la guerra mundial, la paulatina incorporación del municipio como un importante productor de amapola, dice Olea, dio origen a “la leyenda negra”, la cual se divulgó por las principales ciudades del mundo; se le ubicó desde aquel tiempo “como un centro productor de látex o jugo vegetal atribuyéndole excelentes cualidades químicas (tanto o mejores que el opio de Pakistán o Turquía) que le dio una triste fama universal”. De suerte que, a pesar de que los sembradores obraban de “buena fe”, pues suponían que el cultivo aún “no

constituía delito”, la fama de Badiraguato “...llegó a tal como productor que en Hong Kong...una calle y un restaurante llevan su nombre”.³²

A pesar de la fama y del estigma, Badiraguato es actualmente uno de los municipios de mayor marginación no sólo de Sinaloa sino del país, aunque al sur posea una extensa línea fronteriza con la principal economía municipal del estado: Culiacán. Únicamente la cabecera de Badiraguato alcanza una población de alrededor de 3 mil habitantes; sólo 6 poblaciones rebasan los 500 personas; y el resto, unas 446 localidades, muy distanciadas geográficamente entre sí, son pequeñas comunidades de menos de 500 habitantes, entre poblados pequeños y rancherías, muchas de éstas, por lo demás, abandonadas debido a la violencia, pero que aún suelen aparecer en el registro de localidades oficialmente existentes. El índice educativo resulta impresionante: más del 22 por ciento de la población mayor de 15 años es aún analfabeta, y el porcentaje de desempleo es el más alto en la entidad; de acuerdo a datos oficiales, apenas unos 8 mil trabajadores tienen empleo, fundamentalmente en el sector primario de la economía. Así, la agricultura aporta apenas alrededor de un 0.2 por ciento de la cosecha estatal, entre cártamo, frijol, garbanzo y maíz, pese a que su territorio constituye el 10.1 por ciento de la extensión total de Sinaloa. El comercio se refleja en unas 70 tiendas de abarrotes de tipo familiar o casero, más otros 30 negocios que prestan servicios diversos y que emplean, estos últimos, apenas a unas 60 personas, distribuidas en las once sindicaturas de que consta la demarcación municipal a lo largo y ancho de la sierra. Estas son las siguientes: Central, Varejonal, Otatillos, Guaténipa, Tameapa, San Luis Gonzaga, San José del Llano, San Javier, San Nicolás del Sitio, Higuera de Alvarez Borboa y Surutato. Y respecto de la casi nula actividad industrial, en los altos, por los rumbos de esta última población, funciona un aserradero, una fábrica

³² *Ibid*, p. 85.

de cajas alambradas y una pequeña planta procesadora de frutas. En total, la industria apenas daba trabajo, a mediados de los noventa, a unos 70 obreros³³.

Sin embargo, es en los planos simbólicos y significativos donde la región badiraguatense ha destacado desde hace décadas. Más allá del esplendor y la grandeza de sus montañas, que tienen caprichosas conformaciones orográficas y elevaciones que van abruptamente desde los 80 a más de 2 mil metros de altura; más allá del surgimiento y la constitución paulatina de los mitos y las leyendas impulsadas por la propia población y por la comunicación mediática; y más allá de los misterios y la secrecía que puedan guardar y atesorar sus inexpugnables cumbres, cerros, precipicios, desfiladeros, hondonadas y cañadas, la vasta región que multiplica sus dimensiones con las limítrofes zonas montañosas de Durango y Chihuahua, se ha ganado a pulso --por la acción histórica de sujetos y grupos sociales de la región, así como por la intermediación de diversos mecanismos y canales de comunicación, amén de la participación de diferentes organismos institucionales de tipo oficial--, la fama sobre su conformación transgresiva; esto, bajo el imperio de las formas y normas que fue prohiendo la creciente industria de los enervantes ilegales, que a la postre se tradujo en estigma, y que generó o dio lugar, posteriormente, a su condición de población emblemática, por excelencia, del narcotráfico en el país.

Los nombres de las sindicaturas y comunidades del municipio empezaron a ser cada vez más del dominio público a través de los medios de comunicación, en virtud de los escándalos relacionados con la desviación social y la violencia en toda la región. A los nombres de las sindicaturas enlistadas se fueron agregando poblados y rancherías como Santiago de los Caballeros, Bamopa, La Tuna, Agostaderos, Las Juntas, Revolcadero, Igualamo, Norogachi, San José del Barranco, entre otras localidades otrora ignoradas daban mucho de qué hablar en los medios periodísticos

³³ J. Santos Madariaga (1996), *Op. Cit.*, pp. 125-128.

y judiciales. Pedro Avilés Pérez, oriundo de Durango, que habría de fallecer un 15 de septiembre de 1978 en un enfrentamiento con judiciales federales en las inmediaciones de Culiacán, ha sido señalado como uno de los principales traficantes que descollaron en Badiraguato. Elaine Shannon, autora del libro **Desperados**, según comenta Luis Astorga, ubicaría a Pedro Avilés como miembro de una “primera” generación de traficantes de relevancia nacional, aunque se sabe que otras familias y otros personajes de esos rumbos se involucraron y se enriquecieron en el trasiego de la amapola desde muchos años antes. De manera tal que, de acuerdo con la autora del texto **Desperados** (1988), Pedro Avilés llegaría a ser definido como “la figura dominante en el bajo mundo de Sinaloa”. Y Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”, nacido en

“Badiraguato en 1931, habría sido su tesorero y Rafael Caro Quintero (La Noria, Badiraguato, 24/X/54) habría comenzado su carrera al lado de Avilés cuando tenía doce o trece años”.³⁴

Probablemente, sostiene en entrevista un prestigiado y experimentado escritor y periodista sinaloense, el fondo del conflicto de muerte entre los militares revolucionarios Valente Quintero y Martín Elenes no fue sólo por desavenencias políticas, según da cuenta uno de los corridos más famosos de Sinaloa, sino específicamente por asunto de drogas y tal vez hasta por la delimitación de algunos territorios productivos. “Esto lo he podido comprobar, atando y anudando cabos al paso de los años”, dice el historiador, narrador y periodista Herberto Sinagawa.

Anota Sinagawa que las familias de Diego Redo en El Dorado, muy cerca de Culiacán, y de Benjamín Johnston, de la United Sugar Company, en Los Mochis, con las iniciativas propias de la gente adinerada, previeron con anticipación el potencial de la adormidera, aunque en Sinaloa ya existía un tipo de amapola. Curiosamente, se lee en el diccionario temático de Sinagawa, Johnston falleció “en

³⁴ Astorga, **Mitología del “narcotraficante” en México**, Op. Cit., p. 73.

un viaje de placer” en Hong Kong, otrora legendaria isla paradisíaca del opio en el lejano oriente.

“Tanto Benjamín Johnston como los Redo trajeron y contrataron jardineros chinos, que traían la semilla de la amapola. Y la empezaron a producir en los mismos jardines de las casas de ambas familias. Aunque en aquel entonces se sabía poco sobre la planta, los chinos la cultivaban en la ciudad de forma subrepticia. Luego, durante los años de la persecución china en Sinaloa y Sonora, esos jardineros de los Johnston y los Redo huyeron a los barrancos más lejanos del estado. Y naturalmente que Badiraguato era un atractivo, justamente por sus grandes barrancos y por la distancia y el alejamiento de la capital. No había ni la más remota posibilidad de un camino; eran veredas para bestias de silla y de carga. Por ahí sólo transitaban las recuas que llevaban mercancías y traían productos de la sierra hacia la costa. De tal suerte que Badiraguato se transformó en el sitio ideal, en el escondite ad hoc para los chinos, que se dieron a la tarea de producir en forma más abundante la amapola con fines terapéuticos. El drama de Valente Quintero y Martín Elenes adquiere relevancia en este sentido. Y se trata del mismo duelo que se ha venido escenificando durante casi un siglo entre las gentes que se dedican a ese negocio”.³⁵

Tierra de traficantes que elevaron su fama a sitios insospechados y que jamás habían imaginado, Badiraguato, amén de su constancia productiva, se transformó en emblema del narcotráfico precisamente por las gestas de varias familias de la región, protagonistas desde los primeros años del siglo XX, identificados en el frecuente cruce o la significativa combinación y aparición de los apellidos Quintero, Elenes, Abitia, Avilés, Caro, Carrillo, Fonseca, Guzmán. Desde Valente Quintero y Martín Elenes, pasando por Pedro Avilés Pérez, y entre otros, Lamberto Quintero Páez, Héctor Caro Quintero, Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca Carrillo, Joaquín Guzmán Loera o Amado Carrillo Fuentes --éste último por su estirpe familiar y su profuso árbol genealógico-- han sido nombres que han contribuido a la transmutación mítica de la acción transgresiva, la cual empezaría a gestarse desde

³⁵ Herberto Sinagawa Montoya, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa, septiembre de 2001.

los primeros años del siglo XX en las despobladas montañas sinaloenses de Badiraguato. Explica Astorga que no tenía porqué resultar sorprendente que

“los agentes sociales señalados como cabezas de dicho negocio fueran, en su mayoría, originarios de la misma región. Lo que llamó la atención fue que las autoridades y los medios de comunicación no lo hubiesen descubierto sino hasta que el gobierno estadounidense lo hizo público y presionó para que fueran aprehendidos y enjuiciados. Los que para muchos eran personajes surgidos por generación espontánea y símbolo del mal por excelencia, para los habitantes de las regiones donde operaban eran viejos conocidos, tanto sujetos temibles y reprochables como empresarios exitosos y hasta filántropos. Aún en la actualidad, la estigmatización pública no los ha privado por completo de los juicios positivos, pues para muchos aquella sólo ha hecho más evidente la hipocresía y corrupción oficiales y de ciertos medios de la sociedad civil, quienes han tolerado y solapado sus actividades durante largo tiempo y ante los ojos de una gran cantidad de gente”.³⁶

Reflexiona el escritor Herberto Sinagawa, autor de la novela **El derrumbe del infierno**, cuya temática se refiere también al tráfico de drogas, y quien durante un tiempo colaboró en el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis durante los años sesenta:

“Yo he visto la solidaridad de estos señores con sus ranchos y sus pueblos de origen. Conozco casos muy plausibles de traficantes que cuando llegaron a cierto nivel en su negocio, voltearon los ojos hacia la miseria de sus ranchos y de sus pueblos y los dotaron de electricidad, de agua potable, de drenaje, de caminos, de escuelas y de centros de salud. Ahora bien, mucha de la impunidad de los narcos se debe justamente a ese sentido humano. No excluyo a ninguno. Era y es gente extremadamente humana. Entonces, han tejido un escudo humano que los ha protegido, una red como mecanismo de defensa y protección. Esto hizo posible desviar a los soldados y agentes federales cuando los han perseguido; contaban con esa complicidad social. Evidentemente que las obras las han hecho con ese propósito, pero también es cierto que en muchos casos dieron muestra de una genuina y gran solidaridad. Es lo que yo puedo testificar ante quien sea”.³⁷

³⁶ Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, Op. Cit., p. 132.

³⁷ Herberto Sinagawa, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa, septiembre de 2001.

En los altos de los montes badiraguatenses, entre el escudo protector que por sí misma representan las escarpadas montañas, y entre las rancherías y los pequeños poblados prácticamente abandonados que se divisan en la sierra, se alzan, sin embargo, extrañas construcciones palaciegas que contrastan de forma abismal con el entorno natural y social de la región. Se trata de las residencias construidas por los traficantes nativos de la región. En el caso de Rafael Caro Quintero, edificó en el rancho El Pozole una mansión que incluía zoológico y una iglesia, que podrían ser “orgullo de cualquier colonia residencial de una ciudad”, dice Sinagawa. O bien la impresionante residencia de “El Chapo” Guzmán, en el rancho “Las Tunas”, en donde no hay más que unas 12 casas, ubicada en lo más alto de la sierra, en los lindes con Chihuahua.

La zona de la sierra, llena de pinos y una tupida vegetación que forman un manto que en parte oculta el trajín de los campesinos de la transgresión, está también conformada por barrancos, cañadas, grietas y extensiones de tierra que permiten el cultivo importante de la amapola. Las cañadas son profundas, abismales e impenetrables. Segismundo Quintero comenta:

“Si la mula en la que viajas o si tú mismo das un pasito en falso, caes a precipicios de 200, 300 o 400 metros de profundidad. Pero bueno, en esas alturas se han logrado constituir grandes “rosas”, en donde se ocupan entre 6 y 10 trabajadores, por cada rosa, para el cultivo de amapola, lugares a los que se ha llevado tecnología muy moderna. Y que quede claro: las regiones chingonas para la producción, y esto lo saben quienes deben saberlo, son las de Badiraguato, la zona del río Evora, de Santa Fe, Las Delicias, Los Angeles, por los rumbos del “Triángulo del Diablo”, bajo el regazo de la generosa Sierra Madre, justamente entre las cañadas, donde nacen los ríos. Son los municipios, también, de Mocorito, Sinaloa de Leyva, Choix y hasta Culiacán. En esta amplia región está lo fuerte de la amapola mexicana”.³⁸

³⁸ **Ibid.**

En la mayoría de los casos de los traficantes que han sido motivo de escándalos locales, nacionales e internacionales, los que han terminado por dar la cara en el ámbito del tráfico de estupefacientes, salvo algunas excepciones, como por ejemplo el del llamado “clan” familiar de los Arellano Félix, o el de Miguel Angel Félix Gallardo, son sujetos nacidos en rancherías y pequeños poblados donde el común denominador es la extrema pobreza, “una miseria atroz que lastima a la razón”. De manera que en función de ello

“uno se explica la audacia y el reto de esos muchachos para ponerse al frente de un negocio tan peligroso. Se trata de una situación histórica, de una miseria que se viene arrastrando generación tras generación. Si uno ve la pobreza espantosa de los ranchos de Badiraguato se empieza uno a explicar, en parte, el porqué esos hombres han sido protagonistas de esta historia. No han tenido disyuntiva. Si hablamos con sentido de la realidad, en forma honesta, yo no le encuentro otra salida a esa pobre gente que el narcotráfico”.³⁹

Un aspecto importante en el delineamiento del perfil del narcotráfico en el estado estriba precisamente en la pertenencia social de algunos “jefes” o líderes de los grupos transgresivos. Ligados íntimamente a su tierra, social, económica y culturalmente, de diversas maneras aprovecharon sus conocimientos del espacio y del territorio rural, así como de las costumbres, las tendencias, los hábitos laborales, y las prácticas sociales de sus antecesores y de la población en general de la región. Acicateados además por las condiciones socioeconómicas depauperadas, habrían de asumir los riesgos de una agricultura de la desviación, que en todo caso les permitiría, primero, obtener recursos para sobrevivir, y luego la posibilidad de ir forjando mayores beneficios, hasta llegar al tejido de redes, nexos o conexiones que les generarían mayores o más amplios cotos y territorios de poder, con las necesarias consecuencias de una parafernalia sociocultural que incluye el ejercicio de la

³⁹ **Ibidem.**

violencia, el crimen, la corrupción y el enfrentamiento con las fuerzas del Estado. En este sentido, Astorga sostiene por su parte que

“El origen badiraguateño de algunos hace pensar que fueron herederos de un saber-hacer que les permitió diversificar la oferta de mercancías, aprovechando sus redes organizativas. Esto es válido también para los originarios de las regiones serranas de otros municipios. Y en el caso de aquél otro nacido en las proximidades de Culiacán, su trayectoria parece estar más relacionada con su paso por la policía judicial estatal y sus amistades políticas, que le permitieron tener una visión privilegiada acerca de la actividad ilícita, sus principales agentes y las múltiples conexiones existentes y posibles entre esa actividad y otros campos”⁴⁰.

⁴⁰ Astorga (1996-A), **Mitología del...**, Op. Cit., p. 72.

D) De normas, códigos y estilos en la transgresión.

En esta larga marcha simbiótica de poder y narcotráfico, grupos de bandas organizadas han fortalecido sus intereses y ampliado sus áreas de penetración. A pesar de las pretendidas campañas en su contra, varios líderes facciosos se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social transgresivo y clandestino, configurando en muchas ocasiones, la imagen venerada de los “antihéroes”, que han llegado a proporcionar mayores beneficios a sus pueblos de origen que las mismas instituciones del Estado, en parte como mecanismos precisamente para su mismo respaldo y protección social.

Uno de esos principales y favoritos “héroes”, Rafael Caro Quintero, famoso en los medios por sus acciones retadoras y polémicas (se le acusó del secuestro de su novia, Sara, una sobrina del exgobernador de Jalisco, Guillermo Cossío Vidaurri, y en un alarde de ostentación ofreció hasta pagar la deuda externa de México con sus multimillonarias ganancias), finalmente luego de que fue detenido en Costa Rica, acompañado de Sara, expresaba en términos afectivos la justificación y la percepción personal, la representación social de su mundo transgresivo, de sí mismo y de los grupos delictivos ligados a la industria. Los campesinos

“son pura gente noble, como lo soy yo y mis compañeros y el señor Ernesto (Fonseca Carrillo) y como toda su gente. Somos pura gente que ayudamos a México, o sea que hacemos escuelas, que ponemos clínicas, que metemos luz a los ranchos, agua potable. Lo que no hace el gobierno lo hacemos nosotros. No lo hacemos con ningún fin de obtener algo por eso, ni porque nos tome en cuenta todo el mundo. Nada más porque nos sentimos bien nosotros mismos”.⁴¹

Prolijos fueron los medios de comunicación con Caro Quintero a nivel nacional, tanto con su personalidad como con los hechos delictivos en que estaba

⁴¹ Citado por Carlos Monsiváis (1992), **Fuera de la ley**, Ed. Cal y Arena, México, p. XX.

involucrado. El asesinato del agente de la DEA, Enrique Camarena, y el escándalo del rancho “El búfalo”, en Chihuahua, donde Rafael Caro Quintero fungía como capataz de más de 7 mil jornaleros que laboraban como esclavos en el cultivo y empaquetamiento de marihuana, vigilados además por elementos militares, fueron algunos acontecimientos que contribuyeron a su creciente mitificación. El periodista Julio Scherer rememora al individuo de aquellos años, cuando el joven traficante se vanagloriaba diciendo que se comía “la lumbre a puños”, purgando ahora una condena por múltiples delitos. Entoces se supo

“de la vanidad de Caro Quintero. Millonario, apuesto, personaje inédito que rozó la leyenda, fue tema de corridos...daba entrevistas y se gozaba con sus fotografías en los periódicos. Su sonrisa, anchos y fuertes los dientes, se correspondía con la de un actor”.⁴²

César López Cuadras, director de la revista literaria **Luvina**, de la Universidad de Guadalajara, es un economista que escribió varios libros en la vertiente de esta disciplina, a la que finalmente abandonó para dedicarse a la literatura, faceta en la que ha publicado algunas novelas en las que invariablemente aparece el tema del narcotráfico y la violencia. Advierte: “Si escribes narrativa sobre una temática sinaloense, por necesidad deberá hablarse sobre drogas y violencia para que la obra posea sustento y credibilidad”. López Cuadras nació en la parte más alta de Badiraguato: el poblado de Surutato, trabajó durante más de diez años en la investigación y la academia en Mazatlán y ahora reside en Jalisco. En varias conversaciones, sostenidas en Guadalajara y luego en su tierra natal, manifiesta, convencido, que el tráfico de drogas ilícitas ha tenido un “efecto disolvente y corrosivo” y que ha invadido y penetrado todos los tejidos de la sociedad.

“Ahora ya no podemos hablar de que en Sinaloa hay una cultura del narcotráfico. Yo creo, más bien, que Sinaloa es la cultura del narcotráfico. Esta industria, y las percepciones sociales y concepciones

⁴² Julio Scherer García (2001), **Máxima seguridad**, Ed. Grijalbo, pp. 179-180.

del mundo que se derivan de la actividad, han penetrado todas las capas sociales, como realidad económica, como aspiración e ideal social, como comportamiento. El narcotráfico es un fenómeno central de la vida social, cultural, política y económica de Sinaloa. Sin los recursos que genera y riega se cae la economía regional y se cae también la economía nacional”⁴³.

El escritor, que en sus novelas describe ambientes sórdidos, cruzados por una violencia “realista”, señala precisamente que la vida en Badiraguato, de la que nunca se ha desligado en términos afectivos y familiares, sin el cultivo y el tráfico de enervantes “es impensable” económica y socialmente. El autor de la novela **Cástulo Bojórquez**, sostiene:

“La población no únicamente ha asimilado e interiorizado el fenómeno, sino además se ha transformado ella misma; se ha transformado en su concepción del mundo y del papel que debe desempeñar el gobierno, las instituciones, la familia. Existe, en el fondo de la vida social, una subversión de los valores, o éstos han sido corroídos. En el discurso público, del Estado, de las instituciones o de los particulares, la industria ilegal podrá ser rechazada, pero en la vida común, en la vida cotidiana, literalmente es pan de todos los días.”⁴⁴

Una de las charlas posteriores con el académico y escritor se verifica en un rancho a las afueras de la ciudad de Guamúchil, a unas dos horas de la capital del estado, bajo la fría fronda de un sabino. Está presente el sociólogo Arturo Lizárraga Hernández, investigador de la UAS, interesado también en los asuntos de la violencia. Luego habría de incorporarse al grupo un joven sembrador de marihuana que en un principio no había reparado en la grabadora. Mientras éste confirmaba apreciaciones sobre la constancia de la actividad en el cultivo y tráfico de estupefacientes, precios, sembradores, tierras, controles, riesgos, delimitaciones territoriales, pequeñas avionetas de dos motores empezaban a tomar altura justo arriba de donde nos encontrábamos. Tomando un accidentado camino de terracería,

⁴³ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco, junio de 2001.

⁴⁴ **Ibid.**

como a unos diez minutos del rancho, hacia adentro del monte --el joven sembrador explicaba-- hay una pista de aviación vigilada por un batallón del ejército: “Lo que llevan esas avionetas es marihuana”. Todo bajo control. Los pequeños bimotores surcaban el cielo, en un ir y venir diurno y nocturno, en los primeros días de enero del 2002. César López Cuadras sonreía como confirmando el hallazgo de los vuelos, al tiempo que contaba una anécdota: “A este cabrón, hace tiempo, lo descubrí con matitas de yerba aquí en el rancho. Lo corrí con todo y macetas. Nomás eso faltaba: que me acusaran de “narcoescritor””. Y entonces retoma el hilo de la conversación:

“En Sinaloa ya no se trata, el problema, de que el tráfico de drogas sea una acción o una actividad que está fuera de la legalidad. El problema consiste en que todo el cuerpo social ha sido afectado y penetrado. De tal suerte que el crimen no es algo que esté fuera o desligado de la “normalidad” de la sociedad o que la agreda; la cuestión está en que es el propio crimen --así, en términos genéricos-- el que ha logrado establecer normas y reglas **ad hoc** dentro de la normatividad factual de la sociedad. Y la población se ha venido formando con otra idea del mundo, con otra noción del crimen, con otra idea (extraña y retorcida) de lo que es la sociedad”.⁴⁵

El narrador sinaloense, que obtuvo un premio latinoamericano con su primera obra literaria, **La novela inconclusa de Bernardino Casablanca**, guarda silencio durante unos segundos. El joven “narco”, acaso sin comprender plenamente, asiente cada una de las reflexiones del escritor. Y éste prosigue:

“Y más clara y evidente se vive esta situación en Badiraguato. La sordidez es consustancial al ambiente y al hábitat social. Como que estás en un mundo aparte, en otro tipo de sociedad. Ahí el asesinato y el crimen en general son una presencia. El ambiente se siente, se percibe y agobia. Y no se trata de una percepción subjetiva. Cierto, está en el aire, en las miradas de los hombres, en la actitud de las mujeres, pero ello se traduce en hábitos, costumbres, prácticas sociales y laborales. Surutato es un poblado de 2 mil habitantes. Es más bien una aldea. Pero es impresionante el número de automóviles, de camionetas

⁴⁵ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guamúchil, Sinaloa, enero de 2002.

y carros nuevos que circulan. Bueno, hasta hay una agencia de autos. Ahí, por ejemplo, se sabe quién asesinó a quién, quién siembra aquí, quién cultiva allá, y no hay una intervención clara de las autoridades. Y bueno, hay una partida del ejército para rondar en los alrededores, pero pareciera que están de lujo. Claro, de repente atrapan a ciertos individuos, tumban algunos plantíos, pero casi siempre hay esa paz sorda, en la que el comandante y los militares en turno conviven alegremente con los lugareños, entre la cerveza “Pacífico” y la carne asada. Esa es nuestra “normalidad”, aunque en este caso de Badiraguato está adereza por la ostentación, representada por ejemplo por el arma: ésta se porta, se exhibe, se usa y mata. Y no hay mayores problemas”.⁴⁶

En relación con los códigos de honor internos entre los grupos de traficantes, Zulema Hernández, quien fuera amante de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, también fue entrevistada por Julio Scherer. Ella describe precisamente los estilos predominantes entre ciertos grupos delictivos. Dice:

--Son señores de honor, son señores de ley, son señores de sangre, son señores de palabra. Con esa gente no te vas a encontrar una traición. El que traiciona se muere. El poder lo tienen todos juntos, ellos saben que su poder, su gran poder, radica en la unidad. Date cuenta de un factor que une a la mayoría: fueron pobres, proceden de ciertos lugares de la República, nacidos allí, la mayoría con el mismo conecte, con las mismas relaciones. Este es un mundo de gente, un mundo. No se trata del “Chapo” solamente. Se trata de mucha gente que está detrás. Son una familia.

Entre ellos se casan, entre ellos tienen compadrazgos, los lazos se hacen comunes, se van tejiendo. Si un cabrón puede tener tanto poder, pues imagínate veinte, treinta o cuarenta. Imagínate mil.

No habrá lugar donde tú vayas que te puedas esconder, no habrá piedra que te pueda esconder. No hay, no hay. Ellos saben esperar, tener paciencia. El buen cazador sabe esperar. Tener paciencia. Pueden pasar un año, dos años, cinco seis, pero tarde o temprano el tiempo llega. Si tú ya les recibiste dinero, si tú ya estuviste en un contubernio y después los delatas, existe la traición y el traidor no merece vivir.⁴⁷

⁴⁶ **Ibid.**

⁴⁷ Julio Scherer (2001), **Op. Cit.**, p. 31.

Sin embargo, los códigos de honor de los grupos delictivos, según Segismundo Quintero, han cambiado de manera radical a partir de los años noventa. Acaso por la proliferación de los grupos, y con el incremento del tráfico, del mercado y del consumo de drogas en el país, los controles piramidales de los años setenta y ochenta se fueron acabando. Sinaloa, y México, dejaron de ser desde hace varios años, ámbitos de producción y tránsito de drogas, para transformarse igualmente en consumidor, lo cual transformó de manera radical a los mismos grupos delictivos. Lo que antes eran acuerdos devino en una guerra de exterminio entre los llamados “cárteles” de Sinaloa, de Tijuana, de Juárez y del Golfo, dirigidos por el “Chapo” Guzmán, los Arellano Félix, los Carrillo Fuentes y los herederos de García Abrego, respectivamente. Y esto ha marcado un giro en las prácticas y en las relaciones internas de los grupos transgresores. La expansión y el caos en la producción, la distribución y el consumo provocarían violencia amplia, dispersa, generalizada. La desmesura de los ajusticiamientos refleja el desorden y, opina Segismundo Quintero, “la pérdida de valores” entre los protagonistas de la industria. Esta “ausencia de respeto y moral” ha impactado y lastimado también la vida interna de las comunidades productoras. Y muchas de las muertes achacadas al tráfico de drogas se dan, en realidad, en los ámbitos que tienen que ver con el mercado, dada la fuerte competencia entre los llamados “puchadores” o vendedores en pequeño, lo que la prensa ha calificado como **“la guerra del gramo”**.

“Ahorita el respeto y los valores humanos se están perdiendo, sobre todo por la presencia y proliferación de los “regazones”, que son traficantes “libres” y estúpidos por sus actos irresponsables. De ahí viene la excesiva violencia. Porque los campesinos productores saben que a ellos no les convienen los escándalos. Poco pueden hacer para evitarlos, porque se dan fuera de sus ámbitos de control. El traficante “regazón” es capaz de cometer crímenes sin sentido. Puede atacar contra funcionarios, contra presidentes municipales, contra gobernadores, o contra los miembros de toda una familia, incluidos el perro y el perico, sin pensar en las consecuencias. Los traficantes inteligentes saben que eso no es conveniente y que valen más la

negociación y los acuerdos con el gobierno y con las otras bandas para sacar adelante el trabajo. Pero ya es muy difícil este escenario”.⁴⁸

La fraternidad en las rancherías y comunidades, en realidad está basada en los acuerdos que logran establecer los miembros de las distintas familias para la realización exitosa del trabajo agrícola, desde la etapa de preparación de las “rosas” (tierras de alta productividad de la amapola), el cuidado y la protección de las plantas hasta su venta o entrega final a los líderes de la comunidad o directamente a los representantes de los llamados “inversionistas” foráneos. Generalmente las cosechas están vendidas de antemano, aunque ocurren también las siembras “libres”, de campesinos que se arriesgan a cultivar la adormidera sin tener la seguridad o la certeza de que el producto le redituará beneficios monetarios tangibles y concretos. Los riesgos de que las plantas de los sembradores libres sean destruidas durante las incursiones del ejército, o de que la cosecha sea interceptada en los caminos y las carreteras por las fuerzas federales, son muy altas. Por tales razones, entre otras, las familias campesinas prefieren organizarse previamente, en el interior de sus comunidades, durante la fase inicial de la producción.

“A un pariente mío --recuerda Segismundo Quintero-- le mataron a un hijo. Como respuesta fue, con su gente, sobre los criminales y les metieron un chingo de balazos. Luego, porque sabía que en la represalia iban a exterminar a toda su familia, huyó con todos a Estados Unidos. Y pues esto es lo más grave: que los antiguos valores, como el respeto a la familia, a los niños, las mujeres y los ancianos ya no se cumple, pues se genera un círculo vicioso de venganza y muerte. Antes, en los sesenta, los setenta y los ochenta, a pesar de las diferencias que pudiesen existir entre las familias productoras, llegaban a acuerdos entre ellos para cuidarse y protegerse, debido a las presiones, riesgos y peligros que representaba el exterior (policías, militares, gobierno y traficantes de otras bandas). Ahora los esquemas han cambiado. Y no tengo idea de hasta dónde va a llegar esta chingadera de toma y daca”.⁴⁹

⁴⁸ Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

⁴⁹ **Ibid.**

Sin embargo, pese a los nuevos aspectos de la desviación, los mecanismos de protección aún funcionan en los poblados y las rancherías sinaloenses. Explica Segismundo que los cultivos de las “rosas”, en general, están ya previamente conveniados entre ellos:

--Saben con quiénes pueden contar, con quiénes no, cuáles son los tiempos de siembra y cosecha, los precios y hasta dónde puedes avanzar o abarcar en la producción. Cuando rompes estas reglas surgen los enfrentamientos fuertísimos, además de que un factor importante es el tipo de acuerdo que se haya establecido, de facto y empíricamente, con los representantes de las autoridades y del gobierno.

--Cuando hablas del gobierno a quién te refieres.

--Pues al gobierno-gobierno.

--¿PGR, militares?

--En principio al Gobierno del Estado. Pues éste sabe quiénes siembran y quiénes no. Al margen de las competencias y de las funciones de la Federación y los estados, los militares realizan sus recorridos en tiempos de bonanza. Pero ya hay acuerdos previos. Todo mundo sabe el derrotero de la producción: lo saben en la comunidad, lo saben en los pueblos cercanos y saben quiénes trabajan. El ejército sube a quemar y cortar algunas “rosas”, las de los sembradores independientes y libres, pero no queman ni destruyen todos los plantíos.⁵⁰

En realidad, en muchos sentidos, las imbricaciones de la economía ilegal con la sociedad en general ya tienen una larga historia. Y en ese entramado de contradicciones, enfrentamiento y acomodo social, reconoce Thompson,

“la prevalencia de las actitudes escépticas y cínicas, y el rechazo de los valores y las creencias propagados por los principales organismos de socialización, no representan necesariamente un desafío al orden social”. Con frecuencia, puede observarse en distintos ámbitos sociales que comportamientos que expresan “escepticismo” y “hostilidad”, en la vida real hasta se mezclan, se funden y se “amalgaman con los valores tradicionales y conservadores, y a menudo se moderan por un sentido de resignación. Las divisiones se ramifican a lo largo de las líneas del género, el grupo étnico, la capacidad, y así sucesivamente, para formar barreras que obstruyen el desarrollo de movimientos que pudieran amenazar el status quo...”⁵¹

⁵⁰ **Ibidem.**

⁵¹ Thompson (2002), **Op. Cit.**, p. 135.

Al paso de los años, los diferentes oligopolios multinacionales de la droga han generado y segregado un modo simbólico de percepción ideológica y cultural que ha contribuido para plasmar los artificios morales y éticos de su autolegitimación. Aparte del fortalecimiento y la cohesión interna de las redes delictivas, han requerido de un lenguaje particular, de códigos y claves de comunicación, así como de normativizaciones factuales que los alzan frente a la sociedad como aparentes sectas y mafias de comportamientos impenetrables frente al exterior y frente a los organismos de justicia del mundo. Se crían o se gestan las simientes del mito. En otros términos, se sueltan los rumores y los elementos mitificantes para consumo masivo a través de los medios. En esta idea, Castells resalta el criterio de que desde Rusia a Colombia, desde Estados Unidos a Europa, o desde México al Cercano o Lejano Oriente, los observadores hablan de la “fascinación” de la juventud, y de la población en general, “por los mafiosos”. Así,

“en un mundo de exclusión, y en plena crisis de legitimidad política, los límites entre la protesta, los modelos de gratificación inmediata, la aventura y el crimen se vuelven cada vez más borrosos”.⁵²

Los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como grupos de poder, enfrentados entre sí y contra la legalidad del sistema, obligó a los grupos del crimen organizado a construir un soterrado e insólito esquema de valores y pautas de comportamiento ad hoc. Se trata de una representación ideológica, formalizada y sistematizada, de la desviación. En otros términos, se sintieron exigidos por la dinámica sorda, clandestina, ilegal, corrosiva y perturbadora de sus actividades –y en el entorno de sus creencias, fabulaciones, mitos, justificaciones, costumbres y hábitos--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, sui géneris, que ha conformado su propia escala de valores, normas y reglas no escritas. Y teniendo el propósito racional, por lo menos en cuanto al ámbito inmediato de los fines, de

⁵² Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 232.

obtener los máximos rendimientos y de hacer perdurable lo que suele identificarse – entre el suspenso, el misterio y la mitificación--, como la historia secreta del narco o como la oscura y larga noche sinaloense.

Este doble derrotero del narcotráfico –en los intersticios de la economía y la ideología--, que ha transgredido reglas y normas institucionales y sociales, ha implantado ya su huella, su impronta, su testimonio. En las expresiones culturales contemporáneas se han configurado “micropoderes” afirma la investigadora Rossana Reguillo. Hay señales e indicios de que también desde hace tiempo,

“tras las prácticas cotidianas y poco estridentes están configurándose pequeños micropoderes que se enfrentan en forma “chapucera” a la intención normalizadora y excluyente de los poderes institucionalizados”, y se trata de “acciones con que los actores subvierten lo programado y afirman su existencia como autores al imprimir la huella de su propio hacer”: se trataría de lo que “Foucault llamó “rebotes de poder”, los efectos no deseados que erosionan el orden de lo socialmente legítimo”.⁵³

Habría que advertir que en el caso del oligopolio de los fármacos ilegales, estamos hablando de una intrincada red de intereses económicos nacionales e internacionales, vinculados en muchos casos a la economía legal, que en conjunto no es precisamente un “micropoder”. Sin embargo, en los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad ha prohijado que, entre la parafernalia de la industria de las drogas prohibidas, sus múltiples grupos se hayan convertido en sujetos que han afectado en estricto sentido el orden social, amén del efecto simultáneo en la cultura a través de la subversión simbólica.

En las subversiones del mundo imaginario, ha argumentado de su lado el investigador Jesús Galindo Cáceres, los actores que se mueven afuera de la ley, se

⁵³ Rossana Reguillo (1999), *Op. Cit.*, p. 113.

mueven en el sentido de “la realización de su deseo imaginario”, que les ha liberado de la “tensión hacia el orden”. En este sentido, los deseos imaginarios probablemente tienen que ver con el desorden, el caos y la destructividad, pero que implican previamente la racionalidad de las ganancias económicas y la constitución simultánea de poder, para precisamente **poder** concretarlas a través de las ilícitas fases del negocio, que se ha solidificado en el llamado mundo de la globalización.

Castells, en el apartado que dedica al crimen organizado en el mundo de la llamada globalización, en su obra sobre **La era de la información**, en relación con el éxito y la ampliación de las redes transgresoras, establece que las peculiaridades de funcionamiento y las ventajas de esas organizaciones para su expansión, comparadas con las empresas legítimas, son la “flexibilidad” y la “versatilidad”. Flexibilidad para negociar con grupos múltiples, y versatilidad para transmutar su fachada, su rostro o sus aspectos empresariales, a través del lavado de dinero. El estudioso de la comunicación dice al respecto que “la **interconexión es su forma de operación**, tanto interna, en cada organización criminal (por ejemplo la Mafia siciliana, el cártel de Cali), como en relación con otras organizaciones criminales”.

En el escurridizo, peligroso e intangible mundo de esta ilegalidad, las “redes” productivas y de distribución se han constituido sobre la base, en principio, de grupos familiares y de conocidos muy cercanos, que terminan funcionando

“mediante bandas locales autónomas, a las que suministran bienes y servicios, y de las que reciben dinero en efectivo. Cada organización criminal importante tiene sus propios medios de hacer cumplir los tratos. La violencia despiadada (incluidos la intimidación, la tortura, el secuestro de familiares y el asesinato) es, por supuesto, parte de la rutina, con frecuencia subcontratada a asesinos a sueldo”.⁵⁴

⁵⁴ Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 206.

Por ello se habla cada vez con mayor frecuencia de la compartimentación del crimen, de su necesaria especialización para funcionar con eficacia. Por un lado los cultivadores, por otro los empaquetadores y los especialistas de laboratorio; luego los transportistas; de otro los cuerpos de vigilancia; así como los distribuidores; y por supuesto los equipos técnicos jurídicos y financieros. De modo que, así, hay grupos delictivos dedicados casi exclusivamente al asesinato, quienes son subcontratados para realizar ejecuciones o ajustes de cuentas. Pero lo más importante, sintetiza, es el “aparato de seguridad” interno y especializado del crimen organizado, así como la red de agentes de la ley, jueces y políticos que están en la nómina: “Una vez que entran en el sistema, están cautivos de por vida...”

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su sello sobre múltiples formas significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en el azuzamiento de los comportamientos agresivos y en las esferas ideológicas del imaginario colectivo de la población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance e impacto ha sido real, retador, socavador, trastocador, intenso, extenso, diversificado y en distintos grados, que llega incluso a procedimientos patológicos y perversos, por los niveles desmesurados de fuerza y sadismo que en ocasiones, y durante los años recientes, han empezado a mostrar los sicarios en la ejecución de los asesinatos, venganzas y vendetas.

Los especialistas colombianos Ciro Krauthausen y Luis Fernando Sarmiento se han referido con esmero a las prácticas del recurso “violencia” en sus estudios sobre los grupos delictivos de la industria de las drogas en su país. Vale la pena retomar sus descripciones. Han explicitado que “la capacidad de ejercer violencia,

en un mercado en el cual no existen aparatos formales de derecho, ni aparatos de violencia “supra-partes” que puedan imponer un orden, es un importante recurso para las empresas narcotraficantes”.

Dada la inestabilidad de los grupos productores, la incertidumbre de la distribución y lo azaroso de los mercados que se encuentran en constante asedio por los organismos judiciales y por las jurisprudencias particulares de distintas naciones, los grupos delictivos se preparan de antemano para enfrentar las condiciones adversas posibles y previsibles. Ante la adversidad, los grupos y las redes protagónicas han acudido cada vez más a los recursos de las asesorías bursátiles, financieras, de inversión, así como a su propia especialización y a la sofisticación de los mecanismos de funcionamiento general de las empresas oligopólicas.

Dicho de otro modo, agregan los autores, los grupos que no toman en cuenta la existencia de una férrea competencia en los planos legales e ilegales, tenderán a ser desmembrados y liquidados. Y, de hecho,

“aquella empresa que no cuente con un aparato de violencia si no superior, al menos comparable al de los demás, se encontrará en una desventaja competitiva considerable al tener que plegarse tanto a los términos impuestos por los competidores, como incurrir en mayores riesgos en lo que al incumplimiento de contratos por parte de otros participantes en el mercado se refiere. Igualmente, el no contar con un aparato de violencia fuerte que pueda respaldar la amenaza de represalias violentas impide la efectiva imposición de sanciones disciplinarias en el interior de la empresa. Por último...la capacidad de ejercer violencia puede, al menos a mediano plazo, contribuir a garantizar el recurso del “no actuar” de la policía y de la justicia”.⁵⁵

Según la percepción de comunicadores y periodistas, las olas de violencia que sacuden y lastiman a las zonas y regiones estratégicas ubicadas en los mapas del

⁵⁵ Ciro Krauthausen y Luis F. Sarmiento (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, p. 82.

narcotráfico, generalmente son una pantalla para, entre otros objetivos, desviar la atención de las autoridades, mientras se consolidan otras rutas y trayectorias más importantes para el tráfico de enervantes. Aunque ello no cancela la posibilidad de que estén ocurriendo fuertes disputas por el control mayoritario de las zonas productoras, del tráfico y la distribución. En todo caso se trata de cruentas batallas en las que están presentes como protagonistas y actores principales los cuerpos policíacos y del Ejército, infiltrados en prácticamente todos los niveles. Los crímenes de personajes trascendentes como los de un cardenal, un candidato presidencial o un alto dirigente de un partido político, cuyas causales se han vinculado también al mundo de las drogas, y el encarcelamiento de exgobernadores, son señales significativas de que la “guerra” por lo menos ha rozado las altas esferas del gobierno y del Estado.

El poder de la industria de las drogas ha rebasado múltiples expectativas en México. Así como ha inyectado y fortificado con vastos recursos a la economía, también ha propiciado cambios en los roles y comportamientos sociales de quienes se han vinculado al circuito de la industria, directa o indirectamente. Es conocido que numerosas familias enteras de los sectores rurales --incluidos, las más de las veces, vecinos, amigos, compadres y comadres-- han adquirido de pronto otro estatus; y sin abandonar por supuesto los bienes y los intereses rurales y la bendita tierra, por las necesidades mismas que impone la parafernalia de la producción, son empujadas a la adquisición de nuevas propiedades y entonces emigran a los centros urbanos, cargando evidentemente sus hábitos, sus tradiciones y costumbres campestres y culturales.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del “negocio”, quienes acceden a sus estructuras y redes difícilmente pueden abandonarlo. Una vez que se han trasgredido las fronteras de la ley pública, los mecanismos internos de

autoprotección transgresiva tienden a conformarse, a asumirse y respetarse, como normas no escritas, pero fatales, por parte de los miembros de los grupos delictivos. Por las exigencias de sigilo, prudencia y precaución que impone un negocio ilícito y de alto riesgo, la seguridad personal implica también la seguridad de los otros integrantes y la del grupo, por lo que de facto se establece una suerte de solidaridad grupal. Aunque claro, previamente, acceder a la esfera del grupo es un primer momento para el que se ha requerido audacia y valentía. Los secretos de la cofradía, por mor de los pactos latentes, deberán llevarse casi siempre hasta la tumba, lo cual sucede con demasiada frecuencia, prematuramente.

Sin embargo, y por lo pronto, la inserción en los espacios ciudadanos --de los nuevos ricos procedentes del campo que en muchos casos son iletrados o analfabetas funcionales con iniciativa--, les ha permitido compartir o enfrentar nuevas formas de interacción social. Estos individuos, que podrían ser identificados en las partes iniciales aún de la cadena delictiva, no tendrán empacho de regodearse con su nueva situación, asumiendo la vanagloria de ostentar simbólicamente su pertenencia. Y por la carga simbólica de su nuevo estatus, amén de la potencialidad violenta o la agresividad implícita que entraña el sujeto, de suyo estigmatizado, en muchos de los casos será visto por los vecinos distantes y en los círculos grupales más cercanos, con una mixtura de temor y desconfianza, pero también con admiración y respeto.

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Mediante el furtivo pero implacable alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social y política. En una fuerte declaración, el propio gobernador de Sinaloa, Juan S. Millán, aseveró que “se quedan cortos” quienes afirman que 62 por ciento de la economía sinaloense está permeada por la industria de las drogas. Y sentenció:

“Yo me preguntaría: ¿quién puede negar?, ¿qué sinaloense medianamente, superficialmente enterado, pudiera decir que en Sinaloa no hay dinero del narcotráfico? ¡Por favor!”⁵⁶

Las declaraciones del gobernador han provocaron airadas protestas de organismos empresariales, quienes de forma reiterada, desde hace años, han exigido se presenten las pruebas correspondientes. Empero, en la mayoría de los casos (lo cual resulta lógico y obvio) éstas se encuentran generalmente diluidas en el enmarañamiento de los subterfugios, los artificios y los recursos jurídicos para hacer invisibles las evidencias.

Por supuesto, la acción del narcotráfico también ha tocado directamente a la cultura. Además de rubros como el turismo, la banca, la pesca, la construcción, el comercio, la agricultura, la ganadería, la industria y la agroindustria, a través del “lavado” la actividad se ha inmiscuído por diversas vías en los espectáculos de entretenimiento y diversión, en la música popular, en el deporte, la educación, la academia --en algunos casos, por supuesto, para su estudio--, y hasta en las bellas artes, espacios y formas que han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los muchas veces seductores mecanismos ideológicos y financieros del narconegocio, que puede ser visto como una fácil, rápida y cada vez más socorrida ruta hacia el éxito económico.

En este sentido, los efectos han trascendido a los ámbitos ideológicos. Durante la convivencia centenaria con este mundo de transgresión sociocultural y jurídica, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones, sueños y destinos. Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos, retos y utopías, atractivos aunque riesgosos, para enfrentar tal vez con éxito o de pérdida más aceptablemente en términos monetarios la existencia, por lo menos han mostrado idealmente nuevos

⁵⁶ Juan S. Millán, declaraciones al diario **La jornada**, México, 13-07-01.

horizontes de realización de expectativas y de vida en las beligerantes redes de este especial mundo de desviación, que mediáticamente y desde la mitad de la década de los ochenta, ha sido bautizado espectacularmente, sobre todo por los medios masivos norteamericanos, como “la guerra de las drogas”.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente fácil para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de “sacrificios”, audacia, riesgo y valentía acaso amasar fortunas y detentar formas de poder (poder de fuego, poder sobre mujeres, poder sobre vidas, poder económico o poder político), son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino a la bonanza ha llegado a constituirse como una de las más sólidas mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, los beneficios directos, por lo menos en el tiempo inmediato, para miles de individuos y familias que han estado en el entorno del negocio han sido y son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura no sólo con el orden legal establecido, sino con su condición social previa de pobreza y de ingentes y agudas carencias materiales.

“La influencia del crimen global –argumenta Castells--, también alcanza al ámbito cultural. De una parte, la identidad cultural nutre la mayoría de estas redes criminales y aporta los códigos y vínculos que sustentan la confianza y la comunicación dentro de cada red. Esta complicidad no impide la violencia contra los semejantes. Por el contrario, en la mayoría de los casos ésta se da dentro de la red. Pero existe un nivel más alto de comunidad y comprensión en la organización criminal, que se construye sobre la historia, la cultura y la tradición, y que genera su propia ideología legitimadora...”. Sin embargo, “cuanto más global se vuelve el crimen organizado, más destacan sus componentes más importantes de su identidad cultural para no desaparecer en el torbellino del espacio de los flujos. Al hacerlo, conservan sus bases étnicas, culturales y, cuando es posible, territoriales. Esta es su fuerza. Las redes criminales probablemente llevan la delantera a las compañías multinacionales en su capacidad decisiva de combinar la identidad cultural y la empresa global”.⁵⁷

⁵⁷ Castells (2000), *Op. Cit.*, p. 232.

Conviene esclarecer, sin embargo, que la mayoría de los campesinos sembradores no obtienen necesariamente grandes o significativos beneficios monetarios por su labor de siembra y cosecha. Aunque les alcanza para vivir mejor que si sembraran sólo productos básicos para la alimentación, como maíz, frijol y hortalizas. Dada la estructuración del negocio, el valor agregado de las drogas, por los múltiples riesgos, los sobornos y la transportación, se va acumulando hasta llegar a los extremos postreros relacionados con el consumo. Por ejemplo, en el caso de la cocaína, los precios aproximados que los productores reciben por un kilogramo, en Colombia, es de alrededor de 4,500 dólares; ya en las esferas de la distribución para el consumo al menudeo, los precios alcanzan en las calles de las ciudades de los Estados Unidos montos de entre 110 mil y 150 mil dólares por kilogramo. La situación resulta similar, proporcionalmente, en la producción de heroína y marihuana.

De cualquier manera los problemas económicos para la población sinaloense persisten. La abundancia del narcotráfico no necesariamente se ha traducido en un mejoramiento general de las condiciones de vida de sus habitantes. Según datos recientes del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), de un total de alrededor de 1 millón 700 mil habitantes, clasificados como población con posibilidades y potencialidades de ser económica activa --por contar con más de doce años de edad--, sólo unos 740 mil eran en realidad económicamente activos. El resto, entre amas de casa, estudiantes y desempleados --aproximadamente un millón de personas--, permanecen en condición económicamente inactiva, tanto en el campo como en el ámbito de las ciudades de los 18 municipios del estado, en los que por cierto existen más de 4,500 pueblos con una población de menos de 500 habitantes en cada uno de ellos.

E).- Entre las reglas y los valores de la desviación.

En la larga marcha simbiótica de poder y narcotráfico en Sinaloa, en esta gesta que tuvo sus primeros balbuceos y estertores en torno a las inmediaciones de los inicios del Siglo XX, paulatinamente grupos de bandas organizadas fueron fortaleciendo sus intereses y ampliando sus áreas de arraigo, fuerza, poder e influencia. A pesar de que algunos años más tarde habría de institucionalizarse en el papel el combate gubernamental contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas ilícitas, en realidad, en el fondo, las campañas oficiales del Estado mexicano han sido percibidas con suspicacia, desconfianza y recelo. El tiempo, los resultados, los impactos, la magnitud y la complejidad actual del fenómeno, muestran un amplio mentís --desde la panorámica de su derrotero histórico, económico y contextual, y también desde los detalles de la violencia y las acciones policíacas específicas--, al supuesto y pretendido combate a la industria de los enervantes, con todo y la parafernalia generada en torno a la desviación sociocultural. Como una hiedra florida, el mundo de las drogas, en tanto fenómeno social, histórica y políticamente construido, ha terminado por invadir múltiples escenarios y la mayor parte de los territorios significativos de la vida regional.

En esta historia, en el estado del noroccidente de México, distintos agrupamientos transgresores y decenas de líderes facciosos se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social delictivo y clandestino, configurando y encarnando en muchas ocasiones, la imagen de los “antihéroes”. De éstos que en las serranías y los pueblos apartados, según los propios habitantes y no pocos observadores de la problemática, han llegado a proporcionar mayores beneficios a sus comunidades de origen que las mismas instituciones del Estado, en parte como mecanismos para el propio respaldo de sus actividades y como medida preventiva de protección social. Es decir, ha existido en varios sentidos, una relación muy íntima entre la formación de los representantes

carismáticos con ascendencia, influencia y poder y las reglas que los grupos paulatinamente se han ido dando y delineando para hacer productivo, rentable y eficaz el funcionamiento del “negocio” en sus diferentes fases.

En esta perspectiva, una configuración fundamental de los grupos transgresores ha tenido que ver precisamente con la de los mecanismos organizativos de su defensa y reproducción, frente a las instituciones y organismos del poder hegemónico que les han perseguido, combatido, controlado y extorsionado. En los poblados y comunidades dedicados a la siembra, el cultivo y la producción de drogas ilegales, la cotidianeidad de sus miembros ha estado, y está, supeditada a una suerte de complicidad primaria, que se traduce en norma elemental de sobrevivencia. En la lejanía de las zonas rurales se han tejido históricamente patrones elementales de vinculación, integración, interacción y socialización, que se anudan con nuevas pautas para endurecer las prácticas o los hábitos que terminan por constituir rasgos especiales de pertenencia a los grupos, los clanes o a los estamentos subversivos ilegales.

Aparte del confinamiento geográfico que dificulta el acceso a muchas de esas poblaciones sierreñas, cada habitante puede ser un vigilante, un correo y un defensor que suele advertir sobre ciertos peligros para los demás, que son igualmente riesgos para sí mismos, y para los grupos familiares --incluidos mujeres y niños--, vinculados a la siembra de marihuana o amapola. Un fuereño o un extraño nunca pasan desapercibidos. El silencio, la complicidad y la solidaridad van perfilándose como partes sustantivas de la actividad. Ver y callar se transforman en fórmulas de aprendizaje de esta escuela. En este hábitus, la cultura del secreto y del guiño implícitos fija sus raíces o anuda sus lazos primordiales. Y ya en los posteriores nudos de la cadena de la industria, esta “secrecía” va haciéndose cada vez complicada, en tanto que también se afinan los valores de quienes comparten un

mundo de vida y de acciones y sobre todo entre quienes forman parte vital y sectoria de dirección o liderazgo entre las cofradías.

En las pequeñas poblaciones de la zona serrana de Sinaloa (a lo largo del complejo montañoso de la Sierra Madre), marginadas y distantes de los principales centros urbanos, tanto en el sur como en centro y en el norte, los habitantes, unidos en general por la cercanía espacial, por la vecindad, por los lazos sanguíneos y los vínculos sociales de amistad y compadrazgo, las prácticas sociales y laborales van enfocándose hacia la construcción de estamentos cerrados, a los que luego, difícilmente, otros individuos podrían acceder. Y se van aprendiendo y compartiendo acciones, labores, tendencias, ideas, metas, por elementales que éstas puedan ser. De tal suerte que esos grupos primarios pueden ofrecer la imagen de una gran familia, unida por valores y principios comunes, y más aún cuando se trata de la vida en torno a una actividad señalada por el gobierno y el resto de la sociedad con el estigma de la ilegalidad.

Por lo pronto, y en su caso retomando a Edwin H. Sutherland y al concepto de “asociación diferencial”, el sociólogo Anthony Giddens ha explicado que en una sociedad que manifiesta y contiene varias subculturas, en función de los ambientes sociales específicos, algunos de ellos tienden a **orientar** hacia las acciones ilegales y otros no. Así, los individuos llegan a transmutarse o convertirse en “delincuentes” al asociarse con quienes son “portadores”, o transmisores, de hábitos y costumbres delictivas. En general, dice el autor, el comportamiento delictivo es un producto eminentemente social que “se aprende” desde la relación con los grupos primarios y con los compañeros y amigos. De manera que esta teoría, dice Giddens, contrasta con la idea relativa a que existen “diferencias psicológicas” que tienden a separar

“a los delincuentes del resto de la gente; considera que las acciones delictivas son tan aprendidas como las que respetan la ley y que tienen

como fin las mismas necesidades y valores. Los ladrones intentan ganar dinero igual que la gente que tiene trabajos convencionales, pero eligen una forma ilegal de hacerlo”.⁵⁸

En las faenas de la siembra, el cuidado de la misma y las cosechas, que ocurren una, dos e incluso hasta tres veces por año, dependiendo de las características orográficas, pluviales, la calidad de la tierra y los implementos tecnológicos, los habitantes de las rancherías y pequeños poblados, empero, viven en constante tensión, dada la naturaleza de su actividad. El acecho y el asedio de brigadas policíacas y militares son una permanente amenaza, algo que los pobladores tienen siempre presente. Aunque también confían en que sus líderes, sus “patrones”, los “financieros” o sus representantes internos y externos hayan podido prever y arreglar con anticipación los vínculos con los jefes de las corporaciones oficiales. En este entramado de tensiones y hostilidades institucionales y sociales, en el que están latentes las delaciones, las traiciones y los “agandalles”, para los pobladores, además de los riesgos compartidos, el esfuerzo común, la solidaridad y la “secrecía”, se van solidificando valores como los de la valentía, la lealtad y el honor, los cuales se ponen a prueba en los difíciles trances frente a las fuerzas del orden (policías municipales, estatales, federales, además de los militares), o frente a otros grupos de productores de los poblados vecinos. Al final, y pese a los sacrificios, para la mayoría de las familias campesinas ligadas a la siembra de las drogas, las ganancias sean pingües y sólo para más o menos comer, están trabajando no sólo para ello, sino también por su vida y por su honor. Estos pueblos siguen acusando graves problemas de atraso y marginación, aunque las azoteas de muchas viviendas rudimentarias, cabañas y casuchas de adobe, ostenten antenas parabólicas, como símbolo, paradoja y receptáculo para la unión de dos o más mundos.

Empero, los policías sin jurisdicción federal son, para los campesinos, los más enfadosos en las faldas de la sierra. Aunque no representan un poder policial

⁵⁸ Giddens (2000), *Op. Cit.*, p. 235.

con fuerza demasiado ostensible, asedian, amenazan, extorsionan, decomisan, evidentemente que, en general, actúan con el conocimiento explícito de jefes, de políticos y de gobernantes locales. Tengan o no facultades. “Esos “polis” no tienen llena, y por eso nos amuinamos. Y entonces luego porqué les pasa lo que les pasa a esos compas”. No en vano ha apuntado la investigadora Rossana Reguillo que, en la representación social del policía, se le ha pensado como una figura que nace, vive, crece, se fortifica y “se alimenta” precisamente del “conflicto”, bajo el marco general de una sociedad pletórica de contradicciones estructurales. Y es que los transgresores (sean “decentes”, de corbata, de botas picudas o de huaraches) para serlo y para crecer en ese “submundo”, requieren, por supuesto, de la presencia subyacente de la ilegalidad de la propia actividad. Sin ésta, sus posibilidades y sus recursos y sus ganancias se mermarían de manera considerable. Entonces resulta lógico que el esquema de una hipotética legalización o despenalización del fenómeno de las drogas prohibidas pues sencillamente no les conviene. Es decir: no les interesa, ni les conviene, ni a políticos, ni a empresarios, ni a comerciantes, ni a poderosos segmentos gubernamentales de múltiples países del mundo.

Respecto de la configuración, en el imaginario colectivo, que se ha creado sobre los guardianes de la ley y sobre los transgresores sociales, la autora aludida establece de manera tajante e ilustrativa que tanto el policía, como el delincuente y el “narco”, participan de una idéntica “mitología” y a menudo

“son la misma persona, como el misterio de la santísima trinidad, tres personas en una. El policía se ha convertido en encarnación de una violencia temible por “legítima””.⁵⁹

En este contexto, múltiples han sido los sujetos que han acusado un liderazgo con ingredientes o rasgos en los que está presente la leyenda y el “mito”. Aunque con diferentes alcances y dimensiones, no en vano han destacado, entre otros,

⁵⁹ R. Reguillo (2001), *Op. Cit.*, p.85.

personajes y apellidos ilustres. Los Elenes, los Quintero; los Félix, los Gallardo; los Fernández, los Fonseca; los Salcido, los Caro; los Carrillo, los Fuentes; los Palma, los Guzmán; los Rico, los Valdés; los Zambada, los Arellano, y tantos otros que, como una pléyade de grupos e individuos con iniciativa, investidos simbólicamente como actores sociales de venera popular, han alcanzado fama y renombre hasta transnacional. Han sido sujetos con una suerte de arraigo orgánico en sus poblaciones de origen; y han sido vistos y hasta entronizados a la categoría de “héroes” (o “antihéroes”, según la perspectiva), en torno a los cuales perviven aún creencias y mitologías sobre sus pretendidas bondades, aventuras, odiseas y hazañas.

A lo largo de varias décadas, decimos, fueron fortaleciéndose estas configuraciones ideológicas. El mito de Jesús Malverde, por otro lado, es un caso atípico, y extraordinario, como elaboración cultural (probablemente único en el mundo), en tanto icono del bandido sacralizado que ha trascendido a nivel nacional e internacional, y que habla de la fuerza que pueden llegar a adquirir los símbolos populares. Por si fuera poco, la iconografía del santo patrón narco ha sido vinculada con un formidable estereotipo de los mass media: leve y sutilmente el rostro de Malverde ha sido retocado, con aires que lo acercan al arquetipo del ídolo Pedro Infante, por lo menos según la perspectiva del autor de los nuevos bustos escultóricos, el artista plástico jalisciense Sergio Flores. El contenido transgresivo del “santísimo” que vigila desde su capilla los rumbos del Palacio de Gobierno Estatal, en Culiacán, aparece casi siempre acompañado --en tanto afiche y como oferta de su imagen milagrera-- de alusiones a Cristo o la Virgen María, en un sincretismo que le proporciona mayor fuerza simbólica, pues lo vincula con la fe y las creencias tradicionales, mayoritarias y densas de la población.

En realidad, en muchos sentidos, las imbricaciones de la economía ilegal con la sociedad y sus formulaciones culturales e ideológicas ya tienen una larga historia. Realidades y creencias han caminado de forma muy estrecha. En el imaginario

cultural sinaloense los reflejos de la vida prosiguen dando de qué hablar, como una constante reverberación de mito, historia y destino. Las propias acciones y versiones policíacas y del Estado contribuyen a engendrar y acrecentar la mitología en torno al mundo de los narcotraficantes y de sus “cárteles”. El entorno de la muerte en un hospital de la Ciudad de México del llamado “Señor de los Cielos”; la fuga de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, del penal de Puente Grande, Jalisco; y el deceso en un enfrentamiento policíaco de Ramón Arellano Félix, en Mazatlán, así como la posterior captura del jefe del clan, Benjamín, parecen más escenas del espectáculo y guiones cinematográficos que acontecimientos de la realidad.

En ese entramado de contradicciones, enfrentamiento y crisis social, reconoce el teórico John B. Thompson que la prevalencia o la persistencia histórica de muchas actitudes de escepticismo o cinismo --que van haciéndose cada vez más comunes en la sociedad y en la vida pública, en parte por la labor de expansión comunicativa e ideológica de la industria mediática--, así como las actitudes de rechazo y cuestionamiento de los valores y la ideología hegemónicas, difundidos de forma abierta y subrepticamente por los principales organismos y medios de socialización y comunicación, no significan, sin embargo, necesariamente, “un desafío al orden social”. Más bien, y con frecuencia puede observarse que en diferentes ámbitos sociales ciertos comportamientos que pueden expresar, por ejemplo, “escepticismo”, o bien “hostilidad”, en lo que constituye de facto la vida real, visible, tangible y concreta hasta se mezclan, se imbrican, se funden y “se amalgaman” con la diversidad de los cánones y valores tradicionales y conservadores.

Al paso de los años, los diferentes grupos delictivos, que cada vez se diversifican y fortifican más en el mundo globalizado, han generado y segregado un modo simbólico de percepción ideológica y cultural que ha contribuido para plasmar las justificaciones y los artificios morales y éticos de su autolegitimación. En este proceso ideológico, los miembros de los estamentos delictivos, han llegado a

manifestar convicción, fe, creencia, respecto del horizonte de expectativas y de la necesidad vital de sus actividades. En el recorrido autoenajenante, los actores sociales del “narco” ofrecen la vida y se mueren en la raya, en defensa del mundo de la vida que se han construido, en lo que ha sido, en realidad, una especie de confabulación urdida a partir de las decisiones externas y de las grandes inversiones económicas, “oscuras”, de importantes grupos y actores de poder ligados o enquistados dentro del establishment.

Pero aparte del fortalecimiento, la especialización, la compartimentación y la cohesión interna de las redes delictivas, han requerido de un lenguaje particular, de códigos y claves de comunicación, y hasta de santo y seña, así como de normativizaciones de facto, excluyentes y aislantes, que los han alzado frente a la sociedad como aparentes sectas, cofradías y mafias de comportamientos imperturbables e impenetrables frente al exterior y frente a los organismos de justicia. En el fondo se trata de agrupamientos dirigidos, tras bambalinas y desde dobles y triples anonimatos, por los grandes capitales financieros de alientos nacionales e internacionales.

Mientras tanto, en las rutas regionales, se crían o se gestan las simientes del mito al interior de los grupos organizados, que aparece como un espejo o un reflejo de la sociedad. Porque, dice Arendt, refiriéndose en específico al tráfico de drogas, los asaltos a mano armada y los robos con escándalo, las probabilidades de que los delincuentes de tales categorías **no** sean descubiertos es de nueve a uno; y sólo uno de cada cien delincuentes iría a la cárcel. “Hemos aprendido, a nuestro pesar”, apunta la autora, “que es menos terrible la delincuencia organizada que la de los pillos no profesionales”, pues éstos andan siempre atentos y aprovechan “la oportunidad”, en función de que saben que muy difícilmente podrían ser castigados. Por ello, ha exclamado que la simple “y más que aterradora verdad” estriba que

“en circunstancias de tolerancia legal y social adoptará la más violenta conducta delictiva, gente que en circunstancias normales quizá habría pensado en tales delitos pero jamás llegó a decidir su realización”.⁶⁰

El crimen es un elemento central de la sociedad contemporánea, en su concepción real y potencial. Como diría Foucault, gente que hoy es juez, en otras circunstancias, podría más bien, sin la toga de la autoridad, estar en el banquillo de los acusados. En esta idea, la desviación depende de las condiciones, las situaciones y las circunstancias socioculturales. Y un aspecto relevante lo constituyen los elementos materiales de la gratificación económica, que fungen como carnada, y que se esparcen a través de la información y del rumor. En otros términos, se sueltan los rumores respecto de los elementos mitificantes para consumo masivo a través de los medios. En esta idea, algunos autores resaltan la cuestión de la “fascinación” de la juventud, y de la población en general, por ejemplo, por los placeres y la vida de “los mafiosos”. De tal forma que en una sociedad mundial con marcadas diferencias sociales y económicas, a pesar del mito de la globalización, en un mundo de exclusión por antonomasia, los límites y las fronteras de ciertos esquemas como la astucia, el engaño, la inteligencia, el riesgo, “la aventura” o “el crimen”, se diluyen bajo los afanes de la ganancia y sus lindes se difuminan, se mezclan y se hacen cada vez más indiferenciados.

Retomando la cuestión específica de nuestra temática, los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como células y moléculas de poder, enfrentadas entre sí y contra la legalidad del sistema, obligó a los grupos del crimen organizado a construir un soterrado e insólito esquema de valores, normas y pautas de comportamiento. Se trata de una representación ideológica, formalizada y sistematizada, de la desviación. En otros términos, se sintieron exigidos por la dinámica sorda, clandestina, ilegal, corrosiva y perturbadora de sus actividades --y en el entorno de sus creencias, fabulaciones,

⁶⁰ Hannah Arendt (1999), *Op. Cit.*, pp. 78-79.

mitos, justificaciones, costumbres y hábitos--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, **sui generis**, que ha conformado su propia escala de valores, normas y reglas no escritas. Y teniendo el propósito racional, por lo menos en cuanto al ámbito inmediato de los fines, de obtener los máximos rendimientos y ganancias inmediatas y de corto plazo y de hacer perdurable o por lo menos vivible lo que suele identificarse –entre el suspenso, el misterio, el amarillismo y la mitificación--, como la soterrada y al mismo tiempo escandalosa historia secreta del narco, o como la oscura y larga noche sinaloense.

Este doble derrotero del narcotráfico –en los intersticios de la economía y la ideología--, que ha transgredido reglas y normas institucionales y sociales, ha implantado ya su huella, su impronta, su testimonio. En las expresiones culturales contemporáneas se han configurado los llamados “micropoderes”. Hay señales e indicios de que también desde hace tiempo, tras los hábitos, las prácticas y las pautas de la vida cotidiana poco espectaculares y “estridentes”, de hecho han estado configurándose, construyéndose o conformándose múltiples “micropoderes”, que en la factualidad de sus acciones llegan a enfrentarse, de plano, a las intenciones normalizadoras y de autoridad de los poderes hegemónicos, de sus instancias legales y de sus instituciones.

--Ideología y crimen.

Habría que advertir que en el caso del oligopolio de los enervantes ilegales, estamos hablando de una intrincada red de intereses económicos locales, regionales, nacionales y mundiales, vinculados en muchos casos a los marcos económicos legítimos, que en conjunto no son precisamente un “micropoder”. Sin embargo, en los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad ha prohijado que, entre la diversificada actividad relacionante del narco, sus múltiples grupos se hayan convertido en actores que han afectado en estricto sentido el orden

social, amén del efecto simultáneo en las esferas de la cultura y la ideología a través de la subversión simbólica. Nos referimos al impacto de la actividad sobre, por ejemplo, la industria cinematográfica, y sobre la musical, más allá de la discusión respecto de la labor de los creadores populares. Se trata de dos cuestiones distintas: por un lado está la apropiación temática que las corporaciones industriales mediáticas (cinematográficas, radiofónicas, discográficas y televisivas principalmente) han realizado para obtener cuantiosas ganancias explotando un tema que, de suyo, genera atención y morbo; y por otro lado se encuentra la labor de recreación que ciertos autores han realizado sobre una problemática social realmente existente, como el extraordinario y valioso trabajo que han hecho desde hace algunas décadas grupos musicales sinaloenses como **Los Tigres del Norte** o **Los Tucanes de Tijuana**.

Pero en general, en el estricto terreno de las subversiones del mundo imaginario que rodean al sujeto transgresor que tiene que ver más directamente con el ámbito de la industria de las drogas, los actores sociales que actúan fuera del sistema hegemónico y de la ley, más bien tienden a moverse hacia la búsqueda afanosa, la mayor parte de las veces de forma virulenta y compulsiva, de metas, sueños, delirios y utopías, que en un momento determinado (las más de las ocasiones ilusamente), pueden llegar a proporcionarle fugaces satisfacciones. En medio del torbellino de las vidas sin freno, exhibiendo disipación, pertenencias, fuerza, violencia, como un orgulloso comportamiento que es capaz, entre el instinto y la irracionalidad, de enfrentar a la normalidad del sistema social. No son casuales, por ello, los estereotipos del narco mediano o segundón que grita, presume y enarbola como trofeos joyas, propiedades, hembras y “hombría”.

Así, los deseos y los ensueños probablemente tendrían que ver con la desviación sociocultural, la necesidad y las aspiraciones de ascenso en la estructuración social, e incluso con el resentimiento y los deseos de venganza social

que conducen hacia la violencia y la destructividad; pero éstas implican previamente la racionalidad de las ganancias económicas y la constitución simultánea de poder, o del “micropoder”, para concretar los fines, a través de las ilícitas e intrincadas fases de un sórdido negocio, que se ha solidificado paradójicamente entre las estructuras de la llamada sociedad global.

Manuel Castells, al referirse al crimen organizado en los tiempos de la llamada globalización, en relación con la eficacia y la ampliación de las redes transgresoras, establece que las peculiaridades de funcionamiento y las ventajas de esas organizaciones para su expansión, comparadas con las corporaciones y empresas legítimas, han sido la “flexibilidad” y la “versatilidad”. Flexibilidad para negociar con grupos múltiples, y versatilidad para transmutar su fachada, su rostro o sus aspectos empresariales, a través del lavado de dinero. El autor sostiene que “**la interconexión es su forma de operación**”, tanto en lo que compete a los mecanismos internos de cada instancia criminal (por ejemplo la Mafia siciliana, el cártel de Cali, o el accionar **grosso modo** de los principales grupos mexicanos), como en la relación que tiene cada agrupación con las otras organizaciones criminales.

En el escurridizo, peligroso y cuasi intangible mundo de esta ilegalidad, las “redes” productivas y de distribución se han constituido sobre la base, en principio, de grupos familiares y de conocidos muy cercanos, que terminan funcionando por medio de bandas y pandillas locales relativamente autónomas y diferenciadas. A éstas, anota Castells, se les suelen suministrar diversos bienes, recursos materiales y servicios, y de las cuales a su vez reciben (las redes internacionales o los grupos distribuidores), como es lógico, retribuciones en efectivo. Cada grupo criminal organizado posee sus propias normas y códigos y medios para hacer cumplir los compromisos, que por supuesto son tratos de “caballeros” y convenios fácticos y verbales. Y dentro de tales reglas no escritas, pero muy legibles, aparece como un

recurso fundamental el uso de la fuerza, como expresión, resultado y consecuencia de las furias sociales desatadas de la desviación.

“La violencia despiadada (incluidos la intimidación, la tortura, el secuestro de familiares y el asesinato) es, por supuesto, parte de la rutina, con frecuencia subcontratada a asesinos a sueldo”.⁶¹

Por ello se habla cada vez con mayor frecuencia del pragmatismo criminal, de la compartimentación del crimen, de su necesaria especialización para conseguir eficacia. Por un lado los cultivadores, por otro los empaquetadores y los especialistas de laboratorio; luego los transportistas, de otro los cuerpos de vigilancia, así como los distribuidores, y luego los equipos de analistas, intelectuales, técnicos, jurídicos y financieros. De modo que, así, hay grupos delictivos dedicados casi exclusivamente al asesinato, quienes son subcontratados para realizar ejecuciones o ajustes de cuentas.

Lo más importante, empero, es el “aparato de seguridad” interno y especializado, así como la red de agentes de la ley, jueces y políticos que están en la nómina. Una tesis obvia corre entre los pasadizos del hampa, y más en los senderos de las drogas y que ya en realidad resulta vox populi: Una vez que entran en el sistema o en los circuitos cerrados del “negocio” o del crimen organizado, los hombres “están cautivos de por vida...”. Con el mismo sentido: se puede entrar, pero no salir...O casi. A menos de que se trate de don Epifanio Vargas, el jefe narco de la novela **La reina del sur**, de Raúl Pérez Reverte, personaje que luego de amasar fortuna en los territorios sinaloenses de la droga, habría de incursionar en los quehaceres políticos nacionales. ¿Ficción? Acaso sólo el nombre del personaje.

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su sello sobre múltiples formas

⁶¹ Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 206.

significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en el azuzamiento de los comportamientos agresivos y en las esferas ideológicas del imaginario colectivo de la población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance, su efecto e impacto ha sido real, retador, socavador, trastocador, intenso, extenso, diversificado y en distintos grados, que llega incluso a procedimientos patológicos y perversos, por los niveles desmesurados de fuerza y sadismo que en ocasiones, y durante los años recientes, han empezado a mostrar los sicarios en la ejecución o planeación de los asesinatos, venganzas y ajuste de cuentas.

Dada la inestabilidad de los grupos productores, la incertidumbre de la distribución y lo azaroso de los mercados consumidores que se encuentran en constante asedio por los organismos judiciales y por las instancias judiciales específicas de distintas naciones, los grupos delictivos se preparan de antemano para enfrentar las condiciones adversas posibles y previsibles. Ante la adversidad, los grupos y las redes protagónicas han acudido cada vez más a los recursos de las asesorías bursátiles, financieras, de inversión, etcétera, así como a su propia especialización y a la sofisticación de los mecanismos de funcionamiento general de las empresas oligopólicas.

Dicho de otro modo, los grupos que no toman en cuenta la existencia de una férrea competencia en los planos legales e ilegales, tenderán de manera casi inevitable a ser desmembrados y liquidados. Y, de hecho, aquella empresa delictiva que carezca, o que no disponga de un aparato o de un organismo de respaldo o de protección y vigilancia de tipo violento, si no más sofisticado o mejor equipado al del resto de los grupos, han explicado los autores colombianos *Ciro Krauhausen* y *Luis F. Sarmiento* (1983), esa empresa podría encontrarse en una clara e importante

“desventaja competitiva”, puesto que tendrían que someterse a los términos y condiciones que imponen los grupos competidores. Los riesgos se incrementan ante la posibilidad de no poder cumplir los contratos contraídos.

Según la percepción de comunicadores y periodistas, las olas de violencia que sacuden y lastiman a las zonas y regiones estratégicas ubicadas en los mapas del narcotráfico, generalmente son una pantalla para, entre otros objetivos, desviar la atención de las autoridades, mientras se consolidan otras rutas y trayectorias más importantes para el tráfico de enervantes. Aunque ello no cancela la posibilidad de que estén ocurriendo fuertes disputas por el control de las zonas productoras, de tráfico y distribución. En todo caso se trata de cruentas batallas en las que están presentes como protagonistas y actores principales los cuerpos policíacos y del Ejército, infiltrados en prácticamente todos los niveles. Los crímenes de personajes públicos importantes, cuyas causales se han vinculado también al mundo de las drogas, y el encarcelamiento de ex funcionarios y ex gobernadores, son señales significativas de que la “guerra” por lo menos ha rozado –y es decir precisamente lo menos-- las altas esferas del Estado.

En la actualidad, la desesperación, y la impotencia, ha hecho mella en ciertas instancias del gobierno mexicano. En la descomposición de la política y la justicia, nada parece funcionar en el enfrentamiento contra la amplia y poderosa industria de los enervantes. Programas e instituciones van y vienen y nada encaja, nada rinde resultados, salvo por la aprehensión, el ajusticiamiento, la liquidación y la desaparición de ciertos sujetos demasiado visibles, que en un momento dado han llegado a colocarse como actores en exceso incómodos. De tal suerte que la lucha parece no tener fin, por lo menos según las definiciones programáticas conocidas hasta hoy, bajo los dictados y la batuta decidida en los Estados Unidos.

Por lo pronto, la investigadora Reguillo expresa la dimensión de la problemática en términos por demás ilustrativos. Quienes cohabitan en los senderos de la desviación social delictiva, son personajes que en un momento dado han sido **tentados**, invitados, sugestionados u obligados, por el “perverso” poder de los grupos delictivos cada vez más fuertes, o por un narcotráfico “ubicuo e intocable”, seducidos y sugestionados por el poder del dinero, o bien atrapados por “el fantasma” de la corrupción a la que resulta difícil rastrear o ubicar con precisión. De tal suerte que los agentes de las instituciones policiales y de seguridad tienden a perder “credibilidad” e indefectiblemente llegan a convertirse en enemigos públicos, visibles y tangibles que aplican, con impunidad, al amparo de las leyes y del poder, real y simbólico de la fuerza, el uniforme y las armas, la violencia cotidiana y cuasilegítima del sistema o del Estado.

El poder del narcotráfico ha rebasado múltiples expectativas. Así como ha inyectado y fortificado con vastos recursos a la economía, también ha propiciado cambios en los roles y comportamientos sociales de quienes se han vinculado al circuito de la industria, directa o indirectamente. Es del conocimiento común que numerosas familias enteras de los sectores rurales –incluidos, las más de las veces, vecinos, amigos, compadres y comadres-- han adquirido de pronto otro estatus; y sin abandonar por supuesto los bienes y los intereses rurales y la bendita tierra de los antepasados, por las necesidades y los ritmos económico sociales que caracterizan a los circuitos de la industria de las drogas, muchos grupos y familias se han visto impelidos, por no decir empujados, a la adquisición de nuevas propiedades y entonces emigran a los centros urbanos, cargando hemos dicho, eso sí, sus tradiciones, costumbres y evocaciones bucólicas.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del “negocio”, quienes acceden a sus estructuras y redes difícilmente pueden abandonarlo, como se ha

señalado antes en este trabajo. Una vez que se han trasgredido las fronteras de las leyes públicas, los mecanismos internos de autoprotección transgresiva tienden a conformarse, a asumirse y respetarse, como normas no escritas, pero fatales, por parte de los miembros de los grupos delictivos. Por las exigencias de sigilo, prudencia y precaución que impone un negocio ilícito de cuidado, la seguridad personal implica también la seguridad de los otros integrantes y la del grupo, por lo que de facto se establece, como describimos, una suerte de solidaridad grupal y comunal. Pero en la conformación de los grupos de mayor rango, de mayor responsabilidad directiva o con más poder, las normas y requisitos para ser partícipes de los mismos, se hacen cada vez más complejos.

Aunque hay que hacer notar que, dados los acontecimientos criminales de los últimos años, las prácticas y los estilos de los grupos parecieran haber resentido cambios. Acaso debido a la proliferación de grupos dedicados al tráfico de estupefacientes, los enfrentamientos entre bandas resultan cada vez más frecuentes. Con la aparición de narcos “piratas”, así como el incremento del consumo, pareciera que la verticalidad y lo cerrado de las viejas estructuras criminales se enfrenta ahora a la dispersión generada por los pequeños grupos competidores, aunque la hegemonía siga existiendo en este mundo concreto y simbólico de la desviación.

Sin embargo, y por lo pronto, la inserción en los espacios ciudadanos --de los flamantes nuevos ricos procedentes del campo que en muchos casos son iletrados o analfabetas funcionales--, les ha permitido compartir o confrontar y asimilar nuevas formas de interacción social. Estos individuos, que podrían ser identificados en las partes iniciales aún de la cadena delictiva, no tendrán empacho de regodearse con su nueva situación, asumiendo la vanagloria de ostentar simbólicamente su pertenencia. Y por la carga simbólica de su nuevo estatus, amén de la potencialidad violenta o la agresividad implícita que entraña el sujeto estigmatizado, en muchos de los casos

será visto por los vecinos distantes y en los círculos grupales más cercanos, con una mixtura de temor y desconfianza, pero también hasta con admiración y respeto.

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Mediante el furtivo y elástico pero implacable alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social, política y cultural.

Empero, las pruebas al respecto se encuentran diluidas en el enmarañamiento de los subterfugios, los artificios y los recursos jurídicos disponibles para esconder o, metafóricamente, para hacer invisibles las evidencias. Y es que los vínculos de soslayo de los diversos dineros, las transacciones y los cruces y las mixturas millonarias y sistemáticas entre los rubros formales y los de dudosa procedencia, han sido realizadas a lo largo de varias décadas. Pero justo es decir que los grandes montos, las grandes ganancias producidas por la generosa tierra sinaloense han emigrado y volado, en su mayor parte, hacia el extranjero.

--Mitología, comunicación y mundo social.

En otro terreno, la acción del narcotráfico ha tocado además, en su especificidad, directamente a la cultura, que a su vez ha redimensionado y resemantizado estereotipos, mitos y leyendas de los ámbitos de la transgresión. Igualmente, a través del “lavado” la actividad se ha inmiscuído por diversas vías en los espectáculos de entretenimiento y diversión, en la música popular, en el deporte, la educación, la academia –en algunos casos, por supuesto, para su estudio--, y hasta en las bellas artes; espacios y formas que han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los muchas veces seductores mecanismos

ideológicos y financieros del negocio de los estupefacientes ilícitos, que puede ser visto, relativamente, como una rápida y cada vez más socorrida ruta hacia la prosperidad económica.

En este sentido, los efectos han trascendido a los ámbitos ideológicos. Es decir, desde aquí y desde la cultura los valores y la mitología del narcotráfico retornan a la vida real, en un flujo constante que forma parte del fenómeno como un todo que incluye mundo social; objeto cultural; producción, medios y mensajes; y recepción de las formas simbólicas, en lo que constituye la figura del “diamante cultural”, que incide en la construcción histórica y contextual de los hechos y los fenómenos de la cultura. Durante la convivencia y connivencia centenaria con este mundo de desviación sociocultural, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones, sueños y destinos.

Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos y retos laborales, atractivos aunque temibles, para enfrentar como triunfadores o de pérdida más aceptablemente en términos monetarios la existencia, por lo menos han mostrado idealmente nuevos horizontes de realización de expectativas y de vida en las beligerantes redes de este especial universo, donde se pone en juego la racionalización de la vida, entre los sueños y el instinto, y que mediáticamente ha sido también una ruta para el fortalecimiento de la imagen estigmatizada de la población sinaloense.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente más accesible y sencillo — que no lo es, reiteramos, por los riesgos y peligros inmersos— para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de “sacrificios”, audacia, voluntad y valentía acaso amasar fortunas y detentar formas de poder (poder de fuego, poder social, poder sobre vidas, poder económico, poder político), son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino a la bonanza ha llegado a constituirse como una de las más densas y sólidas

mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, ciertos y limitados beneficios directos para miles de individuos y familias que han andado entre las fauces del negocio han sido y son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura no únicamente con el orden legal establecido, sino con su condición social previa de atávica pobreza y de ingentes y agudas carencias materiales.

Respecto de esta amplia relación entre cultura, economía y violencia, Castells ha reiterado que el crimen organizado en el planeta está constituido a través de redes especializadas transnacionales. Así, la influencia del crimen global también alcanza los circuitos de la cultura. Por un lado, dice que la identidad cultural nutre la mayoría de los agrupamientos delictivos, y desde ahí aporta los signos, las claves y los mecanismos que dan sustento a la confianza y a los nexos comunicativos que se dirimen dentro de las estructuras de cada red. Sin embargo, la complicidad no llega a impedir los abruptos de la violencia que bulle y late intensamente en los grupos. Inclusive, y en la mayoría de los casos, la violencia se da “dentro de la red”. Y por si fuese poco, dice el teórico español, existe todavía “un nivel” mucho más alto de vinculación, solidaridad y comprensión comunitaria dentro de las organizaciones criminales, que se va constituyendo, construyendo o tejiendo sobre el sustento de “la historia, la cultura y la tradición”, y que de manera especialmente significativa “genera su propia ideología legitimadora”. Sin embargo, en la medida en que el crimen organizado se vuelve más globalizado, se ponen de relieve en mayor medida, también, los elementos, rasgos y componentes más importantes, trascendentes y significativos de su cultura identitaria para no desaparecer o diluirse en el vértigo del espacio de los flujos de la cultura. Al asentarse en el arraigo, los grupos criminales posibilitan la conservación de sus bases y vínculos étnicos y culturales y, cuando es posible, “territoriales”. En esto constituye “su fuerza”. De tal suerte que las redes del crimen organizado, acaso

“llevan la delantera a las compañías multinacionales en su capacidad decisiva de combinar la identidad cultural y la empresa global”.⁶²

Conviene esclarecer e insistir, sin embargo, que en el caso de los campesinos sembradores, éstos no obtienen necesariamente, en su mayoría, grandes o significativos beneficios monetarios por su labor de siembra, cultivo y cosecha. Aunque les alcanza para vivir mejor que si sembraran sólo productos básicos para la alimentación, como maíz, frijol y hortalizas. Dada la estructuración del negocio, el valor agregado de las drogas, por los múltiples riesgos, los sobornos y la transportación, se va acumulando hasta llegar a los extremos postreros relacionados con el consumo. Por ejemplo, en el caso de la cocaína, los precios aproximados que los productores reciben por un kilogramo, en Colombia, es de alrededor de 4,500 dólares; ya en las esferas de la distribución para el consumo al menudeo, los precios alcanzan en las calles de las ciudades estadounidenses, como Nueva York, montos de entre 110 mil y 150 mil dólares por kilogramo. La situación resulta similar en la producción de amapola para la posterior elaboración de la heroína y sus derivados.

Por lo pronto la sociedad padece los resultados de una actividad que creció en la mixtura de acciones entretajadas en el claudestinidadje y la vida pública, en el albedrío de las leyes no escritas de los más fuertes, aunque determinados por el poder de importantes grupos políticos y económicos que han dirigido los destinos locales, regionales y nacionales. En todo caso no se deben confundir los efectos con las causas que han conducido a una colectividad a la adopción, o recreación, reproducción y reiteración de formas de sobrevivencia diversas, en el contexto de la acción de influencia e impactos multiplicadores de la industria en torno a la materia prima de los psicotrópicos abundantes de la región.

En este orden de ideas, las generaciones actuales resienten o exhiben el sino de añejas costumbres, ritos y usanzas, acicateadas por las acciones reforzadoras de la

⁶² Castells (2000), *Ibid*, p. 232.

comunicación de masas. En tanto cultura “mosaico” que une tradición y modernidad y sincretismos culturales, la sinaloense ha crecido y bailado también al son de la industria radiofónica, que ha sido un bastión mediático fundamental, de naturaleza escatológica, de los tiempos de la cultura de masas. Y es que la radio, vía la música, ha tenido una presencia reiterativa, ligada a la impronta de las tradiciones populares, aunque en este caso como industria excavadora y explotadora y prácticamente expoliadora de los acervos de las culturas populares, en sus desmedidos y sistemáticos afanes mercantilistas y de lucro. En este sentido, ha jugado un papel central de coadyuvancia en la construcción de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos.

Con los ingredientes insoslayables de las raíces prolijadas por el regionalismo, en un proceso híbrido, la llamada industria de la radio (léase: la industria de la cultura), confabulada implícitamente con los intereses generados por el narcotráfico, ha realizado una labor de recopilación de valores y “antivalores”, que devino en la fabricación de productos culturales; en éstos se han plasmado fundamentos, rasgos, líneas y características populares (entre fonemas y morfemas peculiares, versos, dichos, refranes, locuciones, ritmos, cadencias, estilos, formas), que son ahora parte de un vitaminado, resemantizado, vigoroso y candente folclor, como expresión indubitable de la rica simbología sinaloense.

Al respecto, retomamos un apunte de Martín-Barbero: no habría de olvidarse que “lo popular está construido de “mestizajes”, complicidades y contradicciones”. Las mediaciones implican un proceso en el que el discurso de los medios se adapta a la narrativa tradicional del mito y el melodrama, en la que las audiencias aprenden a reconocer su identidad cultural colectiva en el discurso de los mass media. En efecto, la cultura, y en particular la ideología hegemónica, se construyen en función de múltiples aportes, y no es simple resultado de operaciones esquemáticas de

imposición o dominación. Por ello lo popular, explica Martín-Barbero, se relaciona con evidente eficacia al fenómeno de la masificación cultural.

Por otro lado, ha explicado por su parte Pierre Bourdieu, el “poder simbólico” sólo se ejerce con la intervención, participación o “colaboración” de quienes precisamente lo padecen, porque sin duda contribuyen a **establecerlo** social e históricamente. De tal manera que esta especie de “sumisión” o dependencia no tiene, en absoluto, nada que ver con una relación de “servidumbre voluntaria”. Esa formulación de la complicidad no necesariamente se establece mediante actos conscientes y deliberados. Incluso, la complicidad

“es el efecto de un poder, inscrito de forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etc.), es decir, de creencias que vuelven **sensible** a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder”.⁶³

Así que, en esta historia, las industrias discográfica, videográfica y cinematográfica, junto a los demás medios electrónicos, amén de la muy elocuente prensa amarillista, entre otros artículos propios del funcional analfabetismo como la literatura “chatarra”, han sido receptáculo y caja de resonancia, reproductora de los ecos culturales y de la ideología legitimadora en torno a la industria de las drogas. Aunque no quiere decir esto que la explotación mediática del tema, para enriquecimiento de los mercaderes de la cultura, haya sido exclusiva de la región. Sin embargo, se sabe que ha habido no sólo compositores especializados en la alegoría y la alabanza del narco a través de la narrativa musical, como Chalino Sánchez, sino también empresas discográficas regionales en Los Mochis y Culiacán dedicadas básicamente a la producción sobre los asuntos propios de “chivas”, “gallos” y “pericos”. Como efecto quizá de esta bonanza cultural, se forjaron

⁶³ Bourdieu (1999), *Op. Cit.*, pp. 225-226.

múltiples grupos y bandas musicales de oriundez regional, algunos de los cuales, sin embargo, han terminado por reivindicar y trascender culturalmente a la temática, en estricto sentido, y en ciertos casos, por la reciedumbre y el vigor de los contenidos; acaso también por el tratamiento rítmico y estético; y probablemente hasta por las sutilezas cautivantes de la formulación artística.

El auge del narcotráfico le ha llevado a decir a la ya citada Rossana Reguillo que en la narrativa social, policías y políticos han asumido, o han sido vistos, como una forma de “demonios” que, bajo el amparo de una supuesta o pretendida legalidad, más bien son percibidos socialmente como significativos agentes del “deterioro”, además de

“cómplices de una delincuencia que avanza, incontenible, no sólo sobre la institucionalidad, sino sobre todo ciudadanos que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las violencias no son diferenciables”.⁶⁴

La sociedad, como una telaraña de nudos y retruécanos, de grupos e intereses políticos y económicos, en tanto productora de sus propias imágenes, genera sus mecanismos ideológicos de legitimación y prohija, al mismo tiempo, en los subterfugios y subterráneos de la ilegalidad, las formas ideológicas relativas a su propio cuestionamiento, y muestra también las formas desviadas de su crecimiento y desarrollo. Así, los medios de comunicación han sido capaces de mostrar, de forma directa e indirecta y a pesar del sensacionalismo y de los espejos cóncavos, las retorsiones de una sociedad convulsionada. Pero hay que advertir que la actividad periodística es, siempre, una esfera en la que la sociedad y la población se miran, se reflejan y se expresan, con su multitud de problemas, vicios, valores, virtudes y contradicciones. Y en este sentido, la prensa escrita, además de la radio, entre otras

⁶⁴ R. Reguillo (2001), *Op. Cit.*, p. 84.

instituciones de la massmediación, han sido cruciales para la reproducción, el fomento, la aceptación y la tolerancia de esta forma compulsiva de transgresión.

Para dos o tres generaciones de sinaloenses, “esa hija degenerada de la fuerza que es la violencia” se ha manifestado explícita, como un fenómeno construido socialmente, ya como predisposición y hábito de ciertos grupos y que de muchas maneras hace eco en los comportamientos de vastos segmentos sociales. Y podrá parecer “insólita” o “irracional”, “necesaria” o “pragmática”, pero la violencia sigue ahí, como parte del hombre y sus circunstancias, y que se expresa vía múltiples formas a través de los lazos indisolubles de la comunicación y la cultura.

Las formas de organización y funcionamiento, marcadas y estigmatizadas por la violencia, de los grupos delictivos dedicados al narcotráfico tienen pues sus reglas, códigos y lenguajes particulares. Y tales normatividades regidas por la ley de la plata y el plomo, en donde se entrecruzan lealtades, afectos, complicidades silenciosas, presiones, amenazas abiertas y sutiles, coerciones, agradecimientos y liderazgos de humo y fuego, se van forjando, sin embargo, en virtud de necesidades económicas y condiciones de sobrevivencia, dentro de un mundo hostil, de violación franca y soterrada de derechos y libertades, entre la sutil y la aviesa ilegalidad, que no podrían mirarse o concebirse, en ese ámbito, de otra manera. El emporio de las drogas, al margen de sus múltiples nexos, parece un mundo aparte. Acaso un otro “yo” social. Desde la perspectiva de los viejos teóricos de la Escuela de Frankfurt, se trataría de un legado irracional, y al mismo tiempo lógico, como manifestación y expresión de la razón, la ilustración y la modernidad. Y es que millones de hombres en el mundo viven y laboran, precisamente, entre los senderos de la violencia, y en las anteceras enceguedoras y alienantes de los poderes del crimen y de la muerte.

Referencias (Capítulo III)

- 1.- Arturo Pérez Reverte (2002), **La reina del sur**, ed. Alfaguara, México.
- 2.- Luis Astorga (1996-A), **Mitología del “narcotraficante” en México**, Ed. UNAM-Plaza y Valdés, México.
- 3.- Julio Scherer (2001), **Máxima seguridad**, ed. Grijalbo, México.
- 4.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, ed. Universidad de Occidente, Los Mochis, Sin., México.
- 5.- Sam Quiñones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, ed. Planeta, México.
- 6.- J. Santos Madariaga (1996), **Perfil socioeconómico del estado de Sinaloa y sus 18 municipios**, ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 7.- J. María Figueroa y Gilberto López Alanís (1999), **San Ignacio. Encuentros con la historia**, ed. Presagio, Culiacán, Sin., México.
- 8.- Arturo Lizárraga (2004), **Nos llevó la ventolera... El proceso de la emigración rural al extranjero en Sinaloa**, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa.
- 9.- Héctor R. Olea (1988), **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, ed. DIFOCUR, Culiacán, Sin., México.
- 10.- Herberto Sinagawa (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa.
- 11.- Luis Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, ed. Espasa Calpe, México.
- 12.- Carlos Monsiváis (1992), **Fuera de la ley**, ed. Cal y Arena, México.
- 13.- John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de comunicación de masas**, ed. UAM-X, México.
- 14.- Manuel Castells (2000), **La era de la información, Tomo III**, ed. Siglo XXI, México.
- 15.- Rossana Reguillo (1999), “Las culturas emergentes en las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, ed. ITESO, Guadalajara, Jalisco.
- 16.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 17.- Ciro Krauthausen y Luis F. Sarmiento (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- 18.- Hannah Arendt (1999), **Crisis de la república**, ed. Taurus, Madrid.

CAPITULO IV
ICONOGRAFÍA SOCIOCULTURAL DEL NARCOTRÁFICO

“Las manifestaciones comunicativas están insertas a **un mismo** tiempo en diversas relaciones con el mundo. La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren **simultáneamente** a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo”

Jürgen Habermas

El estado de Sinaloa está constituido por un variado escenario social con diversificadas muestras y construcciones signílicas y culturales, expresiones, costumbres, estilos, creaciones, obras y retablos que remiten simbólicamente a la desviación social y a los transgresivos ámbitos del llamado submundo de las drogas prohibidas. En tanto rasgos, elementos, sustancia, aspectos y formulaciones de la cultura y de sus grupos y sus actores sociales, que se han venido construyendo desde hace unos cien años, desde los tiempos de la inmigración china en los alrededores del Siglo XX, tales formas aparecen y se observan en diferentes ámbitos territoriales, planos geográficos, segmentos, estratos y sectores sociales. De tal manera que en la sociedad sinaloense se han generado, reconstruido, resemantizado y extendido, aunque no necesariamente inventado, representaciones sociales, formulaciones ideológicas y prácticas cotidianas que dan cuenta de proposiciones, usanzas y creencias que tienen que ver con una cultura infiltrada y sincrética, y que se mira en términos gruesos, desde dentro de las perspectivas regionales, como una sociedad claramente estigmatizada, en función de la parafernalia de las drogas y la violencia; es un estigma que se refleja y que tiene su referencia política, sociocultural y mediática, también en las percepciones nacionales e internacionales.

Tanto en los ámbitos urbanos como en el campo, la propia población local intuye, presiente y reconoce la fuerza inherente del narcotráfico, como fenómeno que ha crecido social e históricamente, y que geográfica o espacialmente se resienten sus alcances, efectos e impactos objetivos: en función de los recursos y

bienes económicos que de múltiples maneras se han irrigado y distribuido, en distintos montos y niveles, en la economía local, y que termina por observarse de forma concreta a través de bienes materiales en individuos, familias y grupos sociales diversos. Pero también se observa el fenómeno en el ambiente hostil y sórdido, donde la sospecha es el común denominador que se vive y se respira de manera cotidiana; los aires paramilitares y parapolicíacos se padecen de manera constante en la cotidianeidad visible de la vida social --entre retenes del ejército y de los agentes policíacos federales, entre la ostentación de las armas largas y de grueso calibre-- y que también, a fuerza de la costumbre de años, lustros y décadas, se han terminado por mirar como parte de los escenarios normales de un mundo social edificado entre la desviación social y las respuestas represivas, de vigilancia y de control del sistema político hegemónico.

Los ámbitos objetivos que se identifican por medio de las acciones (producción y distribución por ejemplo de las drogas) y luego a través de los productos, recursos, satisfactores y bienes materiales que otorgan estatus o simplemente vestimenta y alimentos, encuentran su expresión en las percepciones subjetivas que los individuos construyen y reproducen sobre un mundo social en el que se debaten de manera tácita los ilegalismos de una actividad tolerada y reconocida en tal condición, contra las normas de la socialidad propia del sistema. Es decir, se reconoce la dimensión de la conflictiva situación social, pero las expresiones populares encuentran siempre justificaciones casi de índole fatalista: “qué se le va a hacer. Así se han dado las cosas para poder vivir y comer en estas tierras”. La violencia, como consecuencia de los diferentes combates que se libran en torno a la industria ilegal de las drogas, aparece como un signo distintivo de una representación social socorrida del imaginario cultural de la propia población local; unos y otros, tirios y troyanos, grupos legales e ilegales, luchan por sobrevivir y sobreponerse a una situación de perenne conflicto, de acuerdo a su perspectiva, su lógica e intereses particulares. Por supuesto, se trata de un hábitat teñido por el vigor

de la confrontación, por la intranquilidad y la desconfianza que anida como raíz fundamental de un mundo que se ha alzado a partir de una actividad eminentemente transgresiva de valores, normas y leyes. No hay un registro confiable, pero en gran cantidad de los hogares de los sectores urbanos y rurales, como símbolo del ambiente sórdido, las armas forman parte de los moblajes y utensilios de la sobrevivencia. “Por si acaso, hay que estar prevenidos”, es el comentario de un padre de familia de un pequeña ranchería de pescadores estuarinos, por los rumbos de la llamada Isla de la Piedra, al sur de Mazatlán, mientras muestra la vieja escopeta que ya no le sirve ni para cazar palomas. Reconoce que difícilmente las familias comunes podrían enfrentar, en defensa de su vida o su escaso patrimonio, a los grupos de delincuentes o a las acciones de intimidación y prepotencia, la mayor parte de las veces ilegales, de las propias policías.

Esa población sabe que, por ejemplo, no es prudente para su seguridad, referirse al tema de las drogas de manera abierta y clara, como si se hablase de beisbol, la carestía, el carnaval de Mazatlán, sus reinas o los temas políticos. A menos que se haya adquirido confianza. Pero en las ciudades y casi en cualquier poblado rural, en el imaginario colectivo se asumen como ciertas las versiones que dan cuenta de que fulano, zutano o perengano, se dedican precisamente a la siembra, al cultivo o al trasiego de las drogas, que las policías están inmiscuidas y de que “todo mundo lo sabe”. Esas actividades no se pueden ocultar, arguye don Pedro, oriundo de San Javier, un pequeño pueblo del municipio de San Ignacio, donde inclusive priva y destaca la amabilidad festiva de sus habitantes: “nos damos cuenta de a qué se dedican los hombres y sus familias por sus formas de vida, por sus derroches, por sus compras, por sus casas y por sus camionetas”. Y ejemplifica:

“Imagínate: los fines de semana los campesinos bajan de la sierra a San Ignacio en los taxis aéreos para comprar la despensa y surtirse de los bienes y alimentos que allá en las montañas no pueden cultivar, porque los cerros con sus desfiladeros y cañadas no son aptos para la

siembra de maíz, frijol y hortalizas. La tierra no da ni siquiera para los pequeños hatos de ganado. ¿Y entonces de qué viven, qué es lo que producen y cultivan y cómo es que bajan con dólares? Todo mundo sabe a qué se dedican. Pero no sólo allá arriba, sino también aquí abajo, pues resulta más redituable el cultivo de las cosas prohibidas. Y la verdad es que todos nos hacemos 'güajes' y como decía Salinas, a esos sujetos como que ni los vemos ni los oímos".¹

Los pobladores han terminado por habituarse a tales escenarios, llenos de anécdotas como las que cuenta don Ignacio Gómez, escritor de un par de libros, en ediciones de autor, sobre la historia de la sindicatura de San Javier; narra que a pesar del contexto de los alrededores, durante todo el siglo XX, sólo se tiene registrado un crimen con violencia en el poblado. "Y eso nos distingue del resto de las poblaciones de Sinaloa", anota don Nacho. Pero eso no quita, coinciden ambos, don Pedro y don Nacho en charlas por separado, que en las comunidades vecinas se viva siempre con el "Jesús en la boca", porque la de las drogas es una actividad que termina por afectar las buenas relaciones de los amigos, los conocidos y hasta de los mismos familiares, debido a las ganancias "siempre tentadoras" y al sigilo con que están obligados a conducirse los involucrados en "el negocio".

Estas impresiones y sensaciones son similares en otros lugares, como los pequeños poblados El Tecomate, San Panchito, El Roble, Mármol, El Verde, Villa Unión, El Walamo, La Concha, El Trébol, entre múltiples pueblos y rancherías de los municipios sureños de Concordia, El Rosario y Escuinapa, pero sobre todo en las demarcaciones municipales del centro de la entidad. En la vida cotidiana y en los prácticas sociales, en los bienes materiales y en las impresiones ideológicas sobre sí mismos, en la idea de Habermas², los pobladores observan y viven de forma permanente un hábitat sociocultural de intercambios comunicativos cotidianos y que se miran en las labores y faenas del campo, en las relaciones sociales y en la idea que se tiene sobre los demás. Y uno de los rasgos de distinción tiene que ver con el

¹ Don Pedro, charla con el autor.

² Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo II, Ed. Taurus, Madrid.

“etiquetaje” construido por la sociedad y al que la propia población ha contribuido, a partir en ocasiones de los valores entendidos, a veces directamente por la complicidad y en otras por el disimulo.

En las comunidades, ejidos y rancherías en realidad casi todos los habitantes conocen la vida y la historia de sus vecinos. Se trata de una imbricada historia de hechos, hallazgos, chismes, decires y rumores, bajo el imperio de un ambiente de conocimiento directo, pero sobre todo de medias verdades y medias mentiras, sospechas y dudas, en donde las familias y los individuos han terminado por vivir y moverse con recelo y prudencia declarativa ante los extraños, pues, por si acaso, cuidando a los demás también se protegen ellos mismos. Sin embargo, en tales pueblos, también se tiene idea sobre quiénes siembran, quiénes distribuyen de forma significativa, quiénes se dedican al “narcomenudeo” y hasta quiénes son los habituales consumidores. En muchos de los antros, cantinas y bares de los poblados y las ciudades, siempre habrá alguien encargado de las ventas a parroquianos, clientes, consumidores ocasionales y turistas. Y bajo este ambiente y hábitat de confianzas forzadas, en corto o entre amigos, suelen escucharse los recurrentes dichos populares de “Anda en malos pasos”, “Está metido en el negocio”, “Vaya usted a saber en qué cosas está metido” o “Se hizo rico de la noche a la mañana”, para referirse a vecinos y conocidos relacionados o sospechosos de estar ligados con la producción o el tráfico de drogas. Pero como ha señalado Giddens, “no está claro” que el etiquetaje tenga en realidad el efecto de fomentar las conductas desviadas. Y advierte el sociólogo que

“El comportamiento delictivo tiende a aumentar después de una condena, pero ¿es el resultado del propio etiquetaje? Puede que haya que tener en cuenta otros factores, como el aumento de la interacción con otros delincuentes o el saber de la existencia de más oportunidades para delinquir”.³

³Cfr. Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Op. Cit., p. 240.

Los llamados “financieros” de la industria, que viven fuera por supuesto de las zonas de siembra y cultivo de enervantes, contactan y eligen a sus hombres de confianza en los poblados, y éstos son los que de manera paulatina se encargan de construir los diversos tipos de redes que llegan a involucrarse en el negocio. Y múltiples son los factores, en efecto, que tienen que ver para la incorporación de los agricultores a las fases de la producción, protección, distribución y comercio. La interacción social y comunicativa, los intercambios de experiencias, la vecindad, la confianza, las necesidades económicas, la ambición, poco a poco van incidiendo en la decisión que habrá de marcar la vida de los pobladores, quienes en general trabajarán como jornaleros en la siembra, la “pisca” o el mantenimiento de las plantaciones de dueños ajenos de marihuana o amapola, sencillamente como un medio para sobrevivir. Las oportunidades, como retos para destacar en la vida podrían estar ahí, al alcance de la mano, de la audacia y el valor, sea como sembradores, personal de mantenimiento, vigías, “burreros”, distribuidores, elementos de seguridad, guardaespaldas y sicarios especializados, y por qué no, si el destino sonríe, en un momento dado y con suerte, hasta como futuros jefes de plantaciones, grupos o de comandos. Para los jóvenes de los sectores rurales y urbanos, la sociedad les brinda muy escasas oportunidades de vivir, construir y realizar una vida favorable en el marco de los cánones convencionales.

Sin embargo, como suele ocurrir en las rutas de la industria de las drogas, las importantes ganancias serían, como siempre, en ese orden, para los contactos y líderes regionales como comisariados ejidales o síndicos, para los intermediarios y “financieros”, para los jefes policíacos y militares, para los líderes medianos de los grupos más o menos visibles del tráfico, pero principalmente para los llamados grandes “capos”, dirigentes y estrategias de esta industria oligopólica de nexos multinacionales y que despachan, bajo fachadas de progreso y formalidad

institucional, en las grandes urbes, desde sus corporaciones empresariales, industriales o comerciales legales, o desde sus oficinas políticas o públicas del estado y de diferentes regiones del país y del extranjero.

Las redes de la industria de los estupefacientes, esos retos para intentar salir de una vez por todas de la pobreza o superar las carencias y limitaciones económicas, ha tentado a centenares y miles de individuos, incluidos quienes otrora fuesen vistos como respetables ciudadanos con negocios legales, de las esferas políticas, universitarias, en donde se han involucrado hasta individuos otrora identificados como luchadores sociales, ex guerrilleros y hasta intelectuales. En este sentido, muchos han quedado marcados de por vida en función de realidades o simplemente por los decires de la **vox populi**. Una canción muy popular de los “Tucanes de Tijuana”, dice, por ejemplo que “Cuando llega el dinero/ la envidia llega con él/ y empiezan a señalarlo/ como enemigo de la ley”. Y ahí están, como protagonistas de una historia inacabada, en disímbolas empresas de rostros y fachadas múltiples, o en las cárceles del país cursando condenas por delitos federales, o bien como legado y testimonio muerto en los cementerios y tumbas de las poblaciones del estado y del país. Vecinos, conocidos, amigos y parientes, suelen ser los actores de estos guiones realistas de la historia regional.

Bajo la sombra de algunas palmeras, ficus, guayabos, limones y unos cuantos platanares, desde el patio de la casa de un pescador ribereño, que es una sombra escuálida y de chiste frente a la ruda canícula del verano inclemente, los integrantes de una familia, como tantas otras, realiza sus actividades de siempre, mientras los olores de pescado y camarones inundan el ambiente. “Uno ya está acostumbrado a las tentaciones de esas gentes”, dice un joven, quien cursa una licenciatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa en el puerto mazatleco, pero que tiene que colaborar con su padre en las duras faenas de la pesca. Explica que por todos lados llegan las proposiciones para inmiscuirse en los caminos de las drogas, que se han

abierto y construido en rutas inverosímiles: “Desde la ciudad, desde el campo y desde el mar”, dice, en tanto insiste en sus advertencias de que por ningún motivo hablemos sobre el tema con cualquier vecino. “Es peligroso”, anota. Y puntualiza: “A menos que conozca bien a las personas y que a usted ya le tengan confianza”.

Conforme avanza la tarde, el clima se suaviza y el ambiente se relaja. En la casa están presentes las tradiciones y los nuevos tiempos de la tecnología. Imágenes e iconos de deidades y de santos comparten espacios y paredes con fotografías de cantantes y personajes, mientras desde la grabadora se escuchan los sones de la música norteña. Dentro de la casa, los niños ven la televisión. En esta ocasión, los Tigres del Norte encabezan la lista de las preferencias musicales de la familia, sin excluir a grupos más rudos como Exterminador, Los Capos de México, Los Originales de San Juan y hasta Valentín Elizalde. El joven universitario muestra un afiche que, dice, “es un mero adorno”, un collar de baqueta que descolgó de una de las paredes de su cuarto: la imagen, en escapulario, de Jesús Malverde. “Sí, sólo es porque me parece simpática su historia”, arguye, entre bromas, mientras el padre sentencia, también entre bromas: “Fue un santo muy cabrón”.

En una reciente, amplia y sistemática investigación sobre la **mafia** italiana, el historiador Giuseppe Carlo Marino, ofrece un panorama detallado sobre el proceso de gestación, surgimiento, desarrollo y consolidación de los grupos delictivos sicilianos, a los que en algún momento llega a identificar como grupos “orgánicos” (en el sentido gramsciano), de la sociedad y la cultura regionales. Destaca que la “mafiosidad” llega a constituirse como tal en virtud de los “difusos” y “tenaces” comportamientos grupales que remiten a una mentalidad vinculada al espacio y a la geografía, pero sobre todo ligado a un extendido sentimiento popular, “expresados por procesos culturales profundos y de larga data”, en donde, en relación con la honda raigambre e hibridación sociocultural entre sociedad, economía y delito, en

cierto momento, segmentos importantes del pueblo llegan a realizar “un pacto tácito con los delincuentes”. De manera que, explica el investigador italiano,

“El fenómeno mafioso se habría desarrollado a la medida de su capacidad para arraigarse en la sociedad rural y ciudadana, asegurándose, con una irregular pero capilar red organizativa (articulada en “hermandades”, “bandas” y “familias”), el control efectivo del territorio. Habría conseguido arrancar fidelidad y obediencia a los campesinos y a la plebe urbana haciendo ostentación, entre otras cosas, de la defensa del sentido común y de los valores de la cultura popular con una casi fanática adherencia a las costumbres tradicionales”.⁴

Aunque no se trata de un paralelismo entre el fenómeno italiano de Sicilia y el que ha crecido en Sinaloa, en muchos sentidos hay rasgos y características similares del derrotero que han seguido ciertos grupos delictivos sinaloenses, en particular en zonas como Badiraguato, Culiacán y San Ignacio, municipios que han destacado históricamente entre los rumbos de la transgresión y la delincuencia organizada, sobre todo los dos primeros territorios, desde las primeras décadas del siglo XX. En relación a los intereses y afinidades familiares y vecinales, bajo la impronta de las costumbres y valores como la amistad y la lealtad, se habrían de gestar y fortalecer las acciones, cada vez más socorridas y frecuentes y que se fueron haciendo habituales, entre el disimulo o la complicidad, hasta transformarse en significativas, respecto del tráfico de enervantes. En el proceso, han formado parte los gustos y las tendencias ideológicas en la región, que se han expresado, por ejemplo, a través de la música e incluso de la religión. Por lo pronto, las imágenes que se han construido en torno a la población, el campo, la sierra y las ciudades sinaloenses, difícilmente pueden quitarse de encima la vigorosa marca social que remite directamente al fenómeno de la narcocultura.

⁴ Giuseppe Carlo Marino (2002), **Historia de la mafia. Un poder en las sombras**, Ed. Vergara, Barcelona, pp. 24-36.

A) Imágenes y Valores Populares

En este sentido, se trata de una sociedad que ha asumido mediante distintos mecanismos de socialización, interacción y comunicación, a varias aristas del narcotráfico como engranes y aditamentos de sus componentes identitarios más notorios y significativos. En el largo y subversivo lapso de alrededor de un siglo, toda esa carga simbólica ha surgido y se ha desarrollado históricamente tanto desde las entrañas populares como desde las mediaciones de la industria de la comunicación. Y muchos de los artículos de la cultura de masas se han nutrido de los afluentes del pasado y las tradiciones, como de las innovaciones propias del presente, alusivas a las transformaciones, los cambios y los nuevos rumbos pautados por la industrialización, el progreso y la globalización. Lo rural y lo urbano con sus inclinaciones kistch y camp, la tradición y la modernidad, el folclor y la tecnología, han terminado por decantarse en un mosaico cultural abigarrado de tendencias espectaculares y expresionistas, pero que no ha soslayado tampoco los detalles llamativos e impresionistas, como elementos efervescentes y festivos de una población ligada orgánicamente a un territorio con características culturales, folclóricas y cotidianas visibles y reconocibles.

Lo anterior incluye, en lo que concierne a las formas objetivadas de la cultura, a ciertas costumbres y hábitos comunes que son como muestrarios factuales; vestimenta y moda; afiches, enseres y adornos simbólicos personales; medios de transporte; anuncios, logotipos, retablos y eslogans de negocios y comercios, leyendas y grafitis de barrio; festividades cíclicas, de santos patronales populares y conmemoraciones de calendario; ritualizaciones de muchedumbres y masas en torno al ocio, el espectáculo, la farándula, el esparcimiento, el entretenimiento, el gozo, la fiesta y la diversión; relaciones, vínculos y prácticas familiares, grupales y vecinales; lenguaje y dinámicas básicas de comunicación interpersonal; hasta las propias elaboraciones relativas a literatura, música, teatro, arte pictórico, artesanía,

que se reiteran además en la comunicación mediática, pasando por algunas edificaciones peculiares, híbridas, de una arquitectura urbana y rural de ostentosos relieves, y que se extienden y concretan en los mismos estilos arquitectónicos referenciales de la muerte a través de cementerios, panteones, tumbas y mausoleos. Se trata del hábitat construido social e históricamente por una población determinada, sustentado además en el sentido de pertenencia a una región. En las formulaciones iconográficas se ponen de manifiesto y llaman la atención varias características distintivas de una sociedad específica, ubicada en una región determinada, en la que resultan destacables detalles y elementos compulsivos, iconoclastas, y muchas veces escatológicos, como una densa manifestación descriptiva de lo sociocultural.

En tratándose de las manifestaciones subjetivadas o interiorizadas de la cultura, las que por supuesto tienen que ver con la ideología y las representaciones sociales, conviene hacer notar que se encuentran estrechamente ligadas a las formas o realizaciones objetivadas, como expresiones y extensiones dialécticas; las primeras, que están constituidas como creencias, valores y pensamientos, encuentran su referencia, expresión y cristalización, aunque de manera oblicua e indirecta, en la diversidad de los artículos, los productos, la vestimenta, la moda, los gustos, la apariencia y las usanzas de los grupos y los individuos de la sociedad y la cultura de masas. Aunque son aspectos de más compleja aprehensión en tanto que constituyen elementos no tangibles, ni concretos, sin embargo los aspectos subjetivos se reflejan inevitablemente en los comportamientos y las actitudes individuales, grupales y colectivos. Las creencias, los conocimientos populares, los mitos y las leyendas, los valores y la ideología como componentes de una cultura, terminan por evidenciarse finalmente en la multitud y variedad de las realizaciones objetivas que integran el mundo de la vida o el mundo social, con sus objetos, rituales, enseres y aspectos, como contenido, haber y existente que se forjaría al paso del tiempo. Constituyen, pues, una parte de la sustancia cultural, y los artículos y objetos materiales fungen

como ejes y anclajes indispensables en la dinámica de socialización, interacción, transmisión, comunicación y percepción particulares.

Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a aspectos subjetivos como las valoraciones en torno a los sentidos de la vida y la existencia. Para muchos actores vinculados a la producción o el tráfico de enervantes ilícitos, la idea postulada por la letra de una corrido de extracción popular y rural resulta como una figura inevitable. Dice la canción en su parte medular:

“más vale vivir cinco años como rey,
que cuarenta y cinco como güey”.

Tales versos hacen referencia a la atractiva pero al mismo tiempo peligrosa encrucijada vital que se juegan muchos traficantes al dedicarse a una actividad que puede dejar altos dividendos económicos, pero en los lindes con la muerte por los desafíos a las leyes y por los riesgos de enfrentamientos con otros grupos dedicados al mismo trasiego de las drogas. Ese mismo “rey” de cinco años vivirá y aderezará su fugaz paso por la vida derrochando dólares y pesos y adquiriendo bienes materiales como automóviles de lujo; camionetas 4 por 4 especiales para caminos rurales sinuosos; residencias y departamentos; aparatos electrónicos y de comunicación; armas sofisticadas; mujeres concebidas y adquiridas como objetos de lujo, adorno, uso y desuso; además de múltiples “narco extravagancias” que muestran, enseñorean y exhiben al sujeto como un actor social con poderes, facultades, bienes y recursos --entendidos como presumibles portadores simbólicos de estatus--, que pueden ser impresionantes y muchas veces ridículos, como los excesos en la joyería, los atuendos o los festejos mismos donde dan rienda suelta a sus emociones, pasiones y delirios de grandeza.

Hablamos, dice el historiador, escritor, investigador cultural y actor profesional de teatro, Sergio López, de una suerte de **Art Narcó**, visto también como **Culiacán Style**, y hasta **Mazatlán polvó**, con ubicaciones geográficas estigmatizadas por la vox populi: “Gomas de Mazatlán” y “Gomas del Boulevard” que aluden a Lomas de Mazatlán y Lomas del Boulevard, y otros fraccionamientos y colonias como Tierra Blanca, Guadalupe, Sábalo Country o El Cid, famosos barrios que albergan residencias y bunkers edificadas a fuerza de dólares y detalles arabescos de **Las mil y una noches** y combinaciones campiranas haciendo contrastes de pésimo gusto con los brillos y aires de la modernidad. Dentro de varias casas a las que en alguna ocasión hemos sido invitados --dice Sergio López, en entrevista--, uno encuentra mármol alfombrado, esculturas y bustos a pedido de porcelana y oro, retratos de familia enmarcados en brillantes metales preciosos con incrustaciones diamantinas, esmeraldas, perlas y rubíes, espejos de cuerpo entero con churriguerescos marcos dorados. “Y ocurre que la señora de la casa puede ser una “beata” del Opus Dei con marido narco pero que suele protestar, luego de asistir a misa, contra la violencia”, apunta con sarcasmo Sergio López.

En los escenarios sinaloenses pueden mirarse chalets estilo suizo; extrañas pagodas con motivos marroquíes; haciendas y búnkers urbanos con miradores y panópticos medievales; edificaciones con aires barrocos y torres y balcones del medioevo; antros, bares y discotecas de neón y cristalería de sabida concupiscencia donde conviven “cotorreo, nalgas y coca con la mayor naturalidad del mundo”; la hereje, sencilla, pero simbólica y montaraz capilla de Malverde; amén de las rojas zonas de los suburbios y ciertos poblados como Sanalona y Altata en la zona de Culiacán, con los tendejones disfrazados, los surtidores y los “piqueteros” al menudeo; o bien la zona dorada del puerto mazatleco con sus “aurigas”, “pulmonías” y taxis con choferes expertos en las ofertas del bajo mundo, forman parte de una suerte de corredor para “el narcotur” o el “narcofolclor”; y esto incluye

uno que otro arrabal de “mala muerte”, las marisquerías-carretas de la calle y las cantinas donde está siempre viva la infatigable música de banda. Muchos visitantes quedan fascinados y con el corazón prácticamente en vilo por la emoción y el hallazgo –que no resulta tan extraordinario en los antros sinaloenses-- de haber visto y conocido en vivo a, a escasos metros, “un narco de carne y hueso”, departiendo tranquilamente con los demás parroquianos en las cantinas o restaurantes, describe Sergio López, que hace notar su cercanía familiar con Surutato, el simbólico poblado de los altos de la Sierra Madre, en “los rincones del diablo” de Badiraguato, así como con Guamúchil, poblaciones ambas de socorrida fama en torno a la siembra de mariguana y amapola. Y anota que casi todas las leyendas, que abundan en el imaginario cultural del mundo, como las de los personajes sinaloenses, nacen precisamente “desde la transgresión”. Irónico y sin perder la ecuanimidad, el escritor e investigador formula que

“Si en Sinaloa no hubiésemos construido esta imagen y esta historia, que viene incluso desde mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, la habría inventado Walt Disney”.⁵

Respecto al “narcotur” o el “narcoturismo”, que es un paseo para turistas que se oferta especialmente en Culiacán, incluye la visita de barrios y residencias de personajes ligados al tráfico de estupefacientes; sitios de batallas épicas entre grupos de narcotraficantes como la de los Quintero (de los municipios de Culiacán y Badiraguato) contra los Salcido (del municipio sureño de San Ignacio) que se verificó en torno a la céntrica clínica Santa María de la capital del estado y que dejó decenas de muertos en los albores de la década de los ochenta, refriega mortal en que las propias bandas enfrentadas recogían los cadáveres y heridos y sin que el ejército o las corporaciones policíacas se hubiesen atrevido a intervenir. Además, el famoso mercado Garmendia, donde los sierreños típicos (vestidos, de acuerdo a la tradición regional, con el pantalón vaquero, la camisa estilo versace, el cinto piteado,

⁵Sergio López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

las duras botas de piel y el infaltable sombrero, más las llamativas y abundantes joyas, además de los celulares en ristre) suelen cambiar los dólares por pesos; restaurantes y negocios comerciales sin clientes que funcionan, según los secretos públicos, como lavaderos de dinero; antros, bares, cantinas y marisquerías frecuentados otrora por personajes de leyenda y mito; vistazos a los cementerios que albergan a varias generaciones de actores sociales de la transgresión regional; así como la obligada visita a la capilla del “santo” patrón de los traficantes y maleantes de todo tipo, Jesús Malverde, ubicada casi enfrente, a unos cuantos pasos, del moderno edificio que alberga al poder ejecutivo del Gobierno del Estado.

El conductor del noticiero “Hechos” de Televisión Azteca, Pablo Latapí, en conferencia organizada por el diario **Noroeste** de Culiacán, reiteró que la información y las noticias principales en torno a Sinaloa que más frecuentemente llegan a ese noticiero televisivo del Distrito Federal, son las relacionadas con el tráfico de drogas “y se tiene la percepción” de que en la entidad sinaloense “matan”, además de que “hay balazos por todos lados”. Y en efecto, todos los días los medios registran asesinatos y ejecuciones, en el campo y las ciudades, relacionados con la producción, el traslado y el comercio de los narcóticos, y que la prensa, en particular, destaca como noticias de primer orden. En su visita a la capital del estado, el periodista y lector de noticias refirió, por ejemplo, que a su llegada le tocó precisamente un “narcotur” en donde de manera especial le fueron señalados los sitios donde habían matado a varios narcos.⁶

En otros términos, tales productos sociales, así como las figuras de los imaginarios culturales --materiales y espirituales-- gravitan y son significativos para un mundo socialmente observable y verificable. Son engranajes del hábitus que aparecen en los ámbitos particularizados de la vida y sus contornos, en los hechos y los acontecimientos, como evidencias simbólicas de individuos, enajenados o no, y

⁶ Diario **Noroeste**, Mazatlán, Sinaloa, 10-oct-04.

de grupos, segmentos sociales, muchedumbres y masas, y que se transmutan como cosificaciones, objetivaciones, fetichizaciones y contradicciones; están ahí en sus impactos públicos; y en sus ásperas y curiosas dimensiones, peculiaridades estilísticas, perfiles, tonalidades y coloridos, que abigarran de texturas, discursos y artículos múltiples de la sociedad de consumo, el complejo entramado de la textualidad social, con su ideología y sus figuraciones y representaciones. En los productos, afiches y obras edificadas y cultivadas por los actores sociales, individuales y colectivos, se cristalizan y decantan, se filtran y concretan finalmente las subjetividades humanas.

--De músicos y estereotipos.

El estereotipo del sinaloense de los tiempos actuales, ligado especialmente al campo y a las actividades de la industria de las drogas, es el ya clásico personaje vestido como rancharo e incluso hasta como vaquero del viejo oeste norteamericano del Siglo XIX. Su vestimenta ofrece un abanico de opciones alusivas a un auténtico muestrario que resalta por sus connotaciones escatológicas de virilidad y fuerza. El sombrero, generalmente, es del tipo texano; el pantalón suele ser ajustado (jeans de mezclilla azul o negro); los huaraches han sido en muchos casos sustituidos por las botas puntiagudas con acabado metálico y estoperoles, de tacón alto y metido, fabricados de piel de víbora, avestruz o cocodrilo, o en su defecto, de imitación; cinturón de piel, piteado, con enormes hebillas metálicas, en ocasiones de plata y hasta de oro; camisas “versace” originales y de imitación; camisas a cuadros de colores chillantes; y gruesos collares y cadenas, esclavas, relojes y anillos de oro en bruto, que precisamente dejan poco a la imaginación.

En no pocos narcos se da cita, en pleno, el culto al fetichismo a través de múltiples adornos y bisuterías de la mercancía. Uno de esos individuos, con cerveza en mano y en charla informal en medio de un multitudinario concierto nocturno de

Los Tigres del Norte en el antro al aire libre de “El Bacanora” del puerto mazatleco, revela: “Así es, mi amigo: a las mujeres les gusta vernos con todas estas cosas; y si tenemos estas joyerías pues hay que mostrarlas y lucirlas, cómo de que no. ¿A poco usted no lo haría?”. En efecto, el individuo, vestido por supuesto a la usanza sinaloense, prácticamente se mostraba atiborrado de oro, que exhibía mientras bailaba entusiasta con sus acompañantes, dos jóvenes trigueñas, altas y esbeltas, al son de las canciones norteñas. Miles de parejas más, bajo la luna llena de una noche de vientos fríos a fines de octubre del 2004, danzaban y disfrutaban a su modo con una de las agrupaciones que se han transformado en leyenda popular.

Un maestro sonoreense radicado en Mazatlán, especializado en educación, ex líder político de izquierda, además de compositor de temas musicales románticos, Elio Edgardo Millán, hace énfasis en torno al mito de la forma de ser del sinaloense y exclama:

“Yo he andado por todo este país y las distinciones culturales me resultan evidentes. El sinaloense es muy “echón” y bravucón, festivo y retador. En general la gente del resto del país no se parece a la de Sinaloa. Acaso por la historia y las condiciones sociales particulares, el temperamento de muchos actores sociales “revienta” en cualquier momento; y esto lo observamos hasta en los estilos musicales, como el de la banda: gritería, histeria, ruido, muy alta y hasta irresponsable sonorización”.⁷

Respecto a la presentación de Los Tigres del Norte en Mazatlán, las crónicas periodísticas elevaron al paroxismo el espectáculo de los cantantes de narcocorridos. Los medios de comunicación (televisión, radio, prensa) no ocultaron su admiración e incluso su fervor por el grupo, como los diarios **El Debate** y **Noroeste**. Este último titularía al mismo tiempo, como nota principal de primera plana y con despliegue informativo en páginas interiores, la vinculación propagandística del concierto de

⁷ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

Los Tigres con la campaña a gobernador de Jesús Aguilar Padilla, del Partido Revolucionario Institucional, el domingo 31 de octubre de 2004. Una reportera, por ejemplo, escribió en su crónica:

“Con un espectáculo sin precedente y una tecnología como los grandes (sic), Los Tigres del Norte hicieron que más de 15 mil mazatlecos amanecieran bailando con ellos.

“La ausencia de casi dos años del grupo originario de Rosamorada, Sinaloa, fue recompensada pues “Los Jefes de Jefes” hicieron excederse de entusiasmo a sus seguidores.

“Y la voz del pueblo se hizo sentir. Los Tigres del Norte dieron de principio a fin un concierto de mucha “garra”.

“En Bacanora parecía no haber ni un alma más, sin embargo aún así los 15 mil fanáticos que acudieron al evento soportaron empujones y tropiezos para bailar al ritmo de las canciones...

“Con los acordes de **La banda del carro rojo**, Los Tigres... volvieron a escena para cantar temas de su nueva producción: **Pacto de sangre** y otras como **Nos estorbó la ropa**, **Contagio de amor**, **Corazón de oro**, **No pude enamorarme más** y **Camelia La Texana**.

“La hora de la despedida llegó, sin embargo el público no estaba dispuesto a dejarlos ir tan fácilmente, por lo que el baile se prolongó hasta cerca de las 5.00 horas del sábado.

“La presentación duró cuatro horas, mientras el quinteto se desvivía por hacer todo lo que su público pedía, por lo que aunque sus fans quedaron desvelados, se fueron bailados y muy bien complacidos por sus ídolos”.⁸

Como nota especial que no ocultó sin embargo la atención del medio hacia el grupo, el periódico señalaba, “Para comentar”, que llamaba la atención la desmesurada campaña del PRI alrededor del baile de Los Tigres. Unos 15 trailers luciendo el nombre del entonces candidato a gobernador del estado, Jesús Aguilar Padilla, “fueron colocados” en los alrededores del popular antro, y en el que el PRI repartió 15 mil camisetas rojas, gratis, con su logotipo de campaña. Es de tal dimensión la **tigremanía** en la región, con impactos importantes en el país y el

⁸ Diario **Noroeste**, Mazatlán, Sinaloa, 31 de octubre de 2004.

mundo, que el propio líder del grupo, Jorge Hernández, asegura que se inventan datos e información sobre Los Tigres...Dice, por ejemplo, que lo publicado recientemente en la revista **Expansión** sobre sus ingresos (que fueron tasados en 150 millones de dólares al año), era un cálculo erróneo. Lamentó que tal información los pusiera en riesgo y “en la mira de los delincuentes” y de los potenciales secuestradores (**Noroeste-Mazatlán**, 31-X-04).

Al ser cuestionados sobre su filiación política, los miembros del grupo fueron evasivos: “Tenemos nuestros principios y valores firmes”, y dejaron entrever que una cosa son los negocios y otra sus preferencias ideológicas. Y en este sentido se ha comentado, tras las bambalinas de los escenarios, que Los Tigres del Norte suelen realizar donaciones para causas diversas como problemas de migración y pobreza, a través de centros de investigación independientes del país, en donde se ha hablado de montos hasta por 100 mil dólares.

Lo cierto es que su comunión y su relación temática, social y cultural con los sectores populares resulta evidente, visible, la cual se ratifica año con año, luego de más de tres décadas en los escenarios y los decibeles propios de la peculiar música norteña, y que ha trascendido hacia todo el continente americano y Europa, por lo menos, en especial en España donde provocaron una auténtica conmoción en los años recientes. En lo que concierne a los conciertos masivos que se verifican en Mazatlán, Culiacán, Guamúchil, Guasave o Los Mochis, en Sinaloa, o en las ciudades de los estados de Durango, Chihuahua o Sonora, miles de hombres y mujeres bajan y llegan del campo y la sierra circundantes como un ritual de fiesta trascendente para sus vidas, en donde bailan y cantan siguiendo las canciones que por lo general, alusivas al narcotráfico o no, suelen contener en sus letras dosis de cuestionamiento y crítica social. El catedrático y músico Elio Edgardo Millán sostiene que el fenómeno musical, social y culturalmente, ofrece aspectos muy llamativos e ilustrativos:

“En broma y en serio decimos que se trata de la vuelta del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. El protagonista es el narco empaquetado y formateado en la estructura de la música que cuenta sus andanzas, en la que los sectores rurales y populares se sienten representados e identificados. Estamos ante la presencia de una música muy ligada a un sentimiento de pobreza y desesperanza, pero al mismo tiempo es de reto a las autoridades. No es una música de protesta, pero sí un reto cabrón: me chingas, gobierno, y yo te chingo oyendo pendejadas. Estamos inundados por este tipo de canciones. Muchos compositores románticos y lacrimógenos hemos sido relegados y desplazados. De unas cinco mil canciones con temas violentos que se graban, acaso va una sola de esas canciones clásicas de amor, pero sólo como relleno, a veces hasta por lástima para los compositores serios”.⁹

El maestro universitario de la UAS y la Universidad Pedagógica Nacional, que ha recorrido el país por razones políticas, dice que en el caso de Los Tigres del Norte, éstos se “cuecen aparte”: su música y sus temas poseen una gran calidad, al margen de que toquen canciones sobre narco y violencia. Surgieron de las honduras del campo sinaloense, pero han sabido utilizar los mecanismos de la industria de la cultura en México, Estados Unidos y Europa, en donde han sido apreciados, entre otros aspectos, por su distinción y raigambre campirana y su vigor musical, por públicos de diversos estratos sociales. Por algo residen en la actualidad en el sur estadounidense: han sabido utilizar la mercadotecnia, la tecnología y la industria de la cultura para impulsar aún más su nombre y su fama. En Rosamorada, un pequeño poblado al norte de Sinaloa, el gobierno del estado, encabezado por el exgobernador Juan S. Millán, les rindió un homenaje en el que a la plazuela central se le dio formalmente el nombre del grupo musical, ante la algarabía de la población. Explica entonces Elio E. Millán que la fuerza del grupo reside, en parte, en que han sabido captar y

⁹ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

“le han atinado al sufrimiento popular, la marginación, el destierro y la “jodidez” de la gente, tanto de la que reside en el sur de Estados Unidos como la de los desvalidos, los explotados y hasta los miles de transgresores que viven en México y América Latina. Los Tigres son los amos y no necesitan de padrinos de la industria musical o de la industria de las drogas, como al parecer ha sido el caso de Los Tucanes de Tijuana (que fueron inventados y diseñados comercialmente para competir con Los Tigres), para arrasar con la audiencia en donde quiera que se paren. Los Tigres eligen con cuidado sus temáticas y procuran no abandonar nunca sus nexos orgánicos con el mundo social. Están estrechamente ligados a los sentimientos populares, y además con excelente factura. Se asimile o no, lo acepten o no los intelectuales, se trata de una música muy fina. Esto los distingue del resto de los grupos y bandas”.¹⁰

El entrevistado, que reside en el puerto mazatleco desde hace unas tres décadas, no duda en afirmar que tanto la mayoría de los grupos nortños como las bandas, que por cierto han transformado su estilo al incorporar elementos electrónicos y tecnológicos para ampliar sus áreas y su alcance comercial, se han aprovechado de la bonanza de la industria de las drogas de forma directa e indirecta. Los que no han tenido “padrinos” del mundo de la droga, “por lo menos” se han beneficiado de esta socorrida problemática, al margen de que muchos cantantes y compositores siguen realizando canciones por encargo de traficantes menores y medianos, “que quieren pasar a la inmortalidad como héroes de su tiempo”. Pero en términos generales, añade Millán, se trata de una música lamentable, de formatos rupestres, de estructuración deforme, de contenidos absurdos, cantados de la peor manera posible, por intérpretes de un tenor espantoso que, como paradoja de la cultura de masas, deben su éxito precisamente a lo horripilante de su voz, como en el caso de Chalino Sánchez, el sinaloense prófugo que destacó en la industria de la música artesanal y popular, desde Los Angeles, California, con una entonación y una vocalización infame, “de borracho de pueblo” y caricaturesca.

¹⁰ **Ibidem.**

Muchos otros músicos han seguido la huella de este peculiar cantautor que es especialmente un caso paradigmático en el ámbito de la narcomúsica. Inició su carrera grabando de manera elemental y rudimentaria, casera, sus primeros cassetes, que vendía de mano en mano en los mercados callejeros de Los Angeles, hasta que alcanzó notoriedad y se colocó como un cantante con gran éxito comercial, aceptación y hasta veneración en los estratos sociales pobres y populares, particularmente entre los chicanos, en los Estados Unidos, así como en el norte de México. Unos años después de ser ejecutado, en una presumible acción de venganza, por sicarios del narcotráfico en Culiacán a principios de los noventa luego de su primer concierto en Sinaloa, a Chalino Sánchez le siguió por la misma ruta musical uno de sus hijos (“El Chalinillo”), quien habría de fallecer también, según los rumores y según la prensa local, en un “extraño” accidente automovilístico en el 2004 en una carretera al sur de Mazatlán; junto con éste, han alcanzado importantes ventas y nombre una gran cantidad de cantantes identificados como “los chalinillos”, debido a su parecido con el primer Chalino Sánchez, producida tal semejanza con el abierto propósito de la imitación, y por supuesto sin sentido creativo, sin pretensiones de hacer aportaciones originales o de un mínimo esfuerzo, y en lo que finalmente es un vulgar trabajo de mercadotecnia: “Igual o peor de malos que el original Chalino”, señala con molestia Elio Edgardo Millán.

Un poco más de 25 cantores de este tipo, de inusitado impacto, han aparecido luego del fenómeno “Chalino”, varios de ellos con turbios nexos con grupos de traficantes. Uno de ellos, amigo de Chalino, Saúl Viera, conocido como El Gavilancillo, fue también asesinado en 1997. El caso es que tales cantantes de rancho como El Gallo Elizalde y luego los hermanos Joel y Valentín Elizalde; El As de la Sierra; Los Grandes de Sinaloa; Los Maleantes de la Presa; Miguel y Miguel; Lupillo Rivera y su hermana Jenni Rivera; El Canelo; la niña Lolita Capilla, “La Bronca de Sonora”; Julio Preciado, exvocalista de la banda El Recodo, mediática agrupación mazatleca de fama internacional; Casimiro Zamudio, exvocalista del

grupo también mazatleco El Mexicano, inventor del “Baile del caballito” han sido y son, entre muchos otros, ídolos de neta extracción popular, y cuya aceptación reside, en parte, en su ausencia de calidad musical. Y en casi todos los temas violentos han sido el camino seguro hacia el éxito. El mismo As de la Sierra (José Manuel Camargo), intenta explicar las razones de su popularidad y revela, de paso, sus relaciones con individuos dedicados al tráfico de las drogas, de acuerdo a una entrevista que le hizo el periodista e investigador norteamericano Elijah Wald:

“siento que a toda la gente le caigo bien, no sé qué será... es un ambiente muy difícil, para lograr lo que yo he logrado, y pues yo realmente puedo decir que no he batallado nada. La gente me ha aceptado, y (sin apoyo) de la radio (que) no nos ha tocado. Todas las radios de México y de Estados Unidos se hacen esa pregunta: ¿porqué sin la ayuda de la radio está vendiendo?. Pues, porque le gusta a la gente. Sobre todo lo que yo grabo son corridos de narcotráfico, corridos bravos, por decir así...

“Entonces, mi público es gente que vive en las orillas de las ciudades, pero en la ciudad también hay mucha gente de rancho, por decir así, y pues la mayoría de la gente es público mío...

“A mí me pagan por hacer un corrido, yo lo hago, ¿por qué no? Para mí no es un delito, porque es mi trabajo. Entonces sí a mí llega un narcotraficante, que yo le componga un corrido, yo lo hago con gusto. Claro, yo trato de protegerlo todo el tiempo, le digo “Dame un apodo”, pero muchos no:

--Yo quiero mi nombre.

--Ah, bien, es tu problema. Yo te lo hago con tu nombre...

“Es algo muy bonito mi carrera, para mí, pero muy peligroso también. No nada más es subirse a cantar arriba. Mi público es un público --cómo le diré-- un público de narcotraficantes. No todos, o sea que hay gente que tiene la ilusión de ver a El As de la Sierra, de conocerlo, pero en mi público todo el tiempo va a haber gente de negocio, así le llamo yo”.¹¹

En otros términos, explica Elio Edgardo Millán, estos cantantes han sido hábiles dentro de un mercado ávido y sediento, y han sabido explotar “los bodrios terribles” de sus letras y notas, así como

¹¹ Elijah Wald, *Narcocorrido*, Ed. Rayo, de HarperCollinsPublishers, New York, 2001.

“lo espantoso de sus berridos, aullidos y entonaciones de campesinos desafinados. Lo curioso es que en sus presentaciones masivas, sin duda, son una explosión que contagia y enardece a la “perrada”. Como que el pueblo descarga su energía y su vida social reprimida en una fiesta y entrega a los pseudocantantes, y que en primera instancia resulta, el comportamiento público, hasta incomprensible. Pero tiene su lógica: en la cultura de masas, ciertos sectores sociales suelen identificarse con lo malo, con lo pésimo, con lo mediocre. Son profesionales que cantan igual o peor que cualquier hijo de vecino. De ahí, en parte, deviene su éxito, que es impresionante no sólo económica, sino también social y culturalmente”.¹²

Sin embargo, las canciones hablan de sucesos que en los medios de comunicación resultan comunes y cotidianos. Guadalupe Quintero, vocalista del grupo “Los Incomparables de Tijuana”, en una entrevista sostiene que él no defiende al narcocorrido, y resalta que en los acontecimientos que en éste se narran, sólo se habla “de lo que se lee en la prensa, de lo que se ve en la televisión, de lo que se escucha en la radio”.¹³ En el mismo reportaje, el cantante y productor Pedro Rivera, dice, por su parte, que

“Yo soy un productor de discos que tengo mucho roce con personas que se dedican al narcotráfico, como en mi caso, que soy amigo del ‘Güero Palma’, y de muchas personas...Mi negocio es hacer discos y poco me interesa el procedimiento de sus fortunas o que tan fácil las obtuvieron, y no por eso voy a ser narcotraficante.

“Además, yo conozco el principio y el final de la mayoría de los narcotraficantes y para mí es muy fácil abstenerme de todo eso, yo sigo siendo productor, y el que sea amigo de ellos no me hace narcotraficante, uno puede andar en lo peor de la vida, y salir limpio”.¹⁴

Una costumbre en Sinaloa, y en otras entidades como Chihuahua, Durango, Sonora, Tamaulipas, Nayarit, Jalisco y Michoacán, consiste en que individuos,

¹² Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

¹³ Araceli Calva, “Satanizados pero adorados”, reportaje publicado en el suplemento “¡Hey!”, **Milenio-Diario**, 17 de abril de 2005, p. 6

¹⁴ **Ibidem**.

familias y grupos de narcotraficantes suelen bajar a las ciudades a contratar a cantantes, grupos y bandas, para sus fiestas particulares y patronales, en lo que luego se constituye, de facto, en auténticos secuestros de los músicos para que prosigan divirtiendo y amenizando las pachangas que se prolongan a veces durante varios días. Las remuneraciones pueden ser de importantes montos, pero ese tipo de tocadas son de alto riesgo: “en no pocas ocasiones se canta con el Jesús en la boca”, dice uno de los músicos de los Internacionales Cadetes de Linares, en charla informal con el autor, mientras el baile en algún rancho de la sierra inhóspita alcanza altos decibeles, en tanto se consume con abundancia comida, cerveza y alcohol y otras cosas, y mientras truenan las metralletas y las armas de alto poder como exaltación de un tipo especial de felicidad violenta. Ancianos, mujeres y niños también participan de los rituales, que son muy frecuentes, y que muchas veces terminan con muertos y heridos.

Elio E. Millán tiene la impresión de que los estilos del baile sinaloense en el campo, y también en los suburbios citadinos, son como “una explosión”, como un exceso de alegría y de temperamento festivo. Los músicos, cuando van a las comunidades, a los pueblos y los ranchos “van llenos de pavor”. Pero se arriesgan por las posibilidades y por la apuesta de las grandes y significativas bolsas monetarias por presentación. En ciertas ocasiones especiales, como los cumpleaños de los líderes y jefes de los clanes, familias y facciones, una de esas tocadas puede implicar, de ingresos para el grupo musical, lo que significaría trabajar durante todo un año en presentaciones normales. Pero los músicos, en ese ambiente que nunca deja de ser hostil y potencialmente una antesala de la muerte,

“Están tocando y están sufriendo y están temblando y a veces ocurre que ni siquiera les pagan. Pero muchos aguantan y se conforman, y no les queda de otra, porque podrían llegar a ser amigos de tales sujetos. Es un “pinchi” mundo sórdido, en el que familias enteras del

sector rural están hasta el tuétano dentro de las actividades ilegales, pero que no son vistas, éstas, como delictivas”.¹⁵

Se trata de un fenómeno que también se refleja y se vive y se mira, ya, dentro de las ciudades, a través de las propias fiestas de escándalo que se organizan de forma perenne, constante y ruidosamente en los antros y los arrabales, en las casas, las calles y en las barriadas, que han llegado a ser auténticos ghettos en el que personas ajenas quizá podrían entrar pero no salir de manera incólume; las formas de la transgresión también se verifican a través de las múltiples manifestaciones sociales y culturales y particularmente en relación con los problemas y conflictos de barrio y de familia. Se trata de un hábitat social en el que la pobreza es el común denominador, a la cual se enfrentan muchos individuos abrazando a las transgresiones como forma básica de trabajo y sobrevivencia.

En algunos céntricos barrios mazatlecos, cercanos a la colonia Reforma y los Cerros de la Nevería y del Crestón, grupos delictivos conocidos como “Los Cristos”, “Los vagos” y “Los cristaleros”, no tienen empacho en ofrecer sus servicios (“ya sabe que estamos para servirle”), hasta como sicarios de 500 ó 1,000 pesos por cliente. Al respecto, anota el profesor Millán que los traficantes, los vendedores, consumidores de drogas y criminales de todo tipo, por ejemplo, suelen ser personas comunes, conocidas y hasta resultan ser amigos personales. El productor, el distribuidor y el consumidor de enervantes, y la amplia red que la industria llega a requerir, diríamos que se han unido “estructuralmente” dentro de la sociedad, y la verdad, apunta el entrevistado, es que desde hace bastante tiempo, “dejamos de espantarnos” ante la expansión del crimen. En la colonia Juárez, de Mazatlán,

“donde yo vivo, se sabe quiénes venden y quiénes consumen y quiénes hacen otros trabajos. Y resulta que pueden ser vecinos, conocidos y hasta amigos de la familia. Las mamás, los papás, sólo alcanzan a mirar cómo sus hijos se involucran en algún eslabón de la

¹⁵ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

cadena delictiva y cómo se van sin mayores aspavientos hacia el mundo de la transgresión. Y se trata de un actividad protegida no sólo por las diferentes agrupaciones de policías, sino también por la propia gente, por los propios vecinos, que no dudan en dar los pitazos de alerta cuando éstos llegan a ser necesarios”.¹⁶

Por su parte, el investigador universitario Alfonso Santos Palacios, oriundo de Sonora y vecindado actualmente en la ciudad de México, que se ha dedicado también a la música y la poesía y quien durante varios años residió en la ciudad de Culiacán, coincide en varias apreciaciones con el profesor Millán, y sin embargo, en entrevista afirma que el repertorio musical sinaloense que alude a las tramas de la violencia y las drogas, resulta “representativa de los escenarios simbólicos de la cultura en la región”. Sobre todo, dice, en lo que concierne al formato y las peculiaridades de fondo de la música norteña, en las que destacan y llaman la atención las peculiares tonalidades de los acordeones de botón (o de “la cochi” como es denominado el acordeón de ese tipo en los ranchos), así como el imprescindible bajo sexto, y en donde, sin duda --muchas de las canciones--, poseen “una agresiva y extraña calidad”. Y explica que su impacto social, su éxito y aceptación popular,

“se deben no sólo a las denotaciones comerciales, a las tendencias y las modas de la programación de la industria cultural. Inclusive podemos observar tales características y connotaciones de buena música en cantantes cuestionados y denostados por académicos e intelectuales, como por ejemplo el caso de Chalino Sánchez y algunos otros. Este, de hecho, se ha transformado en un “icono” para segmentos importantes de la población del norte del país y del sur estadounidense. Es más, en los sectores sociales medios y en los círculos intelectuales se suele escuchar con frecuencia al cantor sinaloense. Y me refiero no sólo a los estados del norte, sino también a las grandes ciudades como Monterrey, Guadalajara o el Distrito Federal. Pero como siempre ocurre, existe pudor o demasiada hipocresía para reconocer valores en lo que proviene culturalmente de los sectores populares y marginados. No digo que Chalino haya hecho música de gran calidad artística, pero posee un estilo coherente desde la perspectiva de su forma y de su

¹⁶ Elio Edgardo Millán, *Ibidem*.

singular tesitura vocal; responde lógicamente a un ambiente y a un contexto social y narra situaciones del imaginario popular”.¹⁷

En el caso de los tonos y los timbres de las voces cuestionadas de los cantantes populares, Santos Palacios arguye que una de las razones de su aceptación masiva, estriba en la identificación que se da entre la entonación de los cantores y el habla cotidiana de la población rural, desde la perspectiva semántica; y en segundo lugar, aunque no necesariamente de menor relevancia, es la identificación de naturaleza socioeconómica y cultural entre las tramas y episodios que se narran, como los de la violencia, por ejemplo en las estrofas de un compositor como Chalino Sánchez, con la vida, las carencias y los conflictos de los sectores pobres de la sociedad. Argumenta:

“Nos puede o no gustar el género, el timbre de voz, el estilo, pero hay que tener cuidado y mesura al valorar los fondos de las formas, el ritmo y las estructuras musicales. Y esto es lo que hay que decir con franqueza: Fulano nos gusta o no nos gusta. Pero con el simple criterio del gusto personal no se vale descalificar, o en su caso, cualificar. Chalino Sánchez tiene inventiva, es versátil, difícilmente desentona, y sus melodías y su tenor, acaso mediocres y sin altas formulaciones estéticas y artísticas, forman parte de los estilos propios de la crudeza de la **vox populi**. Igual que ocurre con los cantantes y artísticos mediáticos de la industria de la cultura, que en la mayoría de los casos televisivos y radiofónicos son realmente basura adornada y estereotipada desde la comercialización y la massmediación. Pero los prejuicios sociales siguen siendo un obstáculo para evaluar de forma adecuada a los productos de la cultura. Y Chalino Sánchez, lo sabemos, fue un transgresor con deudas y pendientes frente a las leyes del sistema y frente a las leyes no escritas de ciertos clanes ilegales sinaloenses. Por si esto no fuese suficiente, era un sujeto estigmatizado culturalmente por su procedencia y extracción social. Pesa demasiado, en este caso, la discriminación no racial sino social”.¹⁸

Lo cierto, argumenta el académico, guitarrista y cantor, es que la música norteña, incluida la variante de la “narcomúsica”, hasta el momento goza de raíces

¹⁷ Alfonso Santos Palacios, entrevista con el autor, Ciudad de México, enero de 2005.

¹⁸ **Ibid.**

hondas y sólidas, tradición, historia y presencia social y popular, expresa y refleja realidades socioculturales que se dirimen en los bajos fondos del mundo de la vida y son una vía simbólica, de muy densa significación, para acercarnos al conocimiento de la sociedad. A pesar de que ésta ofrezca un abigarrado arcoiris de contradicciones estructurales y culturales, con todo y sus mitologías, apariencias y mistificaciones, con todo y sus verdades a medias y con sus sospechas y dudas y medias mentiras. Frente a los cuantiosos y múltiples intereses que están involucrados en la industria de las drogas, los artículos de la cultura y el arte,

“y en el caso que nos ocupa, la música popular, también es un mecanismo valioso de comunicación y realización vital no sólo para sus autores e intérpretes, sino como representación propia de los segmentos sociales de donde proviene. Y por otro lado, nos permite la indagación sobre ciertas peculiaridades y rasgos simbólicos de nuestro entorno”.¹⁹

¹⁹ **Ibidem**, entrevista con el autor.

B) Simbolismo e Ideología

Por otra parte, José Angel Sánchez López, exdirector de diferentes diarios en el estado y presidente del Comité Estatal de Consulta y Participación Ciudadana, vincula los aspectos sociales y culturales con las prácticas judiciales. Habría que volver, dice, la vista “al interior” de las corporaciones policíacas para darse una idea de los tentáculos de la delincuencia organizada. Luego de destacar que bastaría con advertir la forma en que viven para saber quiénes son los sujetos, el periodista describe a los comandantes y jefes de las partidas militares y judiciales federales y estatales en Sinaloa, que presumen y ostentan autos y camionetas del año, evidentemente de “superlujo”. Esos detalles “nos dicen en qué pasos andan” y que nexos, ligas y tipos de negocios cuidan, vigilan, dirigen o administran. Y para empezar habría que reparar y observar, en este sentido,

“sus cuellos, sus muñecas, sus dedos, y mirar las esclavas y los collares gruesos, además de los anillos impresionantes. Basta fijarse en el pecho, porque no ocultan sus pertenencias, fijaciones y carencias. Y luego las pistolas, y los cuernos de chivo (armas AK47), con incrustaciones de diamantes, ramas de mariguana, pétalos de amapola, y a veces crucifijos también de oro, para que uno vea y sepa quiénes son. Les gusta lucir y exhibirse. Y eso que puede tratarse tan sólo de un modesto comandante de una partida de la policía ministerial, y en ocasiones se trata de un simple agente que ha sabido moverse en las rutas perniciosas del crimen. Suelen ser contactos coptados y comprados, directos y cercanos, de la delincuencia organizada”.²⁰

El testimonio de un sexagenario policía sinaloense, publicado en el semanario estatal **Ríodoce**, confirma lo que resulta un secreto público, de **vox populi**. Dice la nota, titulada textual y francamente como “Gracias a Dios soy corrupto”:

“La corrupción es como la lepra. Si estás en un lugar donde hay, se te pega”.

²⁰ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

“Con 33 años al servicio de lo que hoy se llama Policía Ministerial del Estado, ya con el grado de jefe de grupo, confiesa que es prácticamente imposible sobrevivir en una corporación policíaca siendo derecho:

“Si te resistes a entrar al aro, lo menos que te puede pasar es que te corran. La cosa viene de arriba, de muy alto. Y mira: los sueldos de hambre...no te dejan otro camino. A ver, que vaya un policía honesto a decirle a su vieja y a sus hijos que hoy van a tragar condecoraciones”.²¹

El policía prosigue con sus declaraciones que, dado el contexto social, más que insólitas parecieran ser “realistas”, en donde los valores sociales como la honestidad son vistos como contraproducentes o hasta aparecen invertidos y en la vida práctica, de hecho, como un “antivalor” con el que se pretende justificar un comportamiento específico de corrupción. En este sentido, y desde la lógica transgresiva del gendarme anónimo, no le ha quedado otra opción: describe el periódico que el policía guarda en su casa una camioneta cherokee, con placas gringas, para sacar a su familia a pasear los domingos. Entonces explica con franqueza y hasta orgullo el agente policial:

“Esa me la dio un **buchón** por avisarle que ahí adelante, por la Sanalona, había un retén de la AFI (Agencia Federal de Investigaciones). Ya mero cae el cabrón. Me dijo que luego me buscaba y me dio coraje. Yo pensé que no me iba a pagar el favor. (Pero) al día siguiente me llega con la **troca**”.

“...Se oye mal que lo diga, pero gracias a Dios que me hizo corrupto. Si no lo fuera ya me habría cargado la chingada”.²²

John B. Thompson, al referirse al concepto de ideología, explica precisamente que durante el curso de sus vidas diarias, comunes y cotidianas, en la ardua y permanente lucha por subsistir, los hombres se desplazan y se mueven entre una diversidad de contextos, esferas y espacios sociales (hogar, trabajo, escuela, sitios de entretenimiento y deporte, transporte colectivo, círculos de amistad,

²¹ “Gracias a Dios soy corrupto”, semanario **Ríodoce**, Culiacán, Sin., lunes 29 de marzo de 2004.

²² **Ibidem**.

reuniones de barrio, convivencias de pandilla, charlas interpersonales, intercambios vecinales, conmemoraciones cívicas, jolgorios y celebraciones familiares), viviendo, sufriendo, padeciendo y resistiendo múltiples procesos sociales conflictivos que marcan el sentido, los rumbos y los derroteros de su existencia. Y en la compleja síntesis, una consecuencia puede ser, sintetiza el autor, que el sujeto rechace un conjunto de valores y normas, pero tal rechazo al mismo tiempo puede coincidir con “la aceptación de otro” o de otros.²³

En este sentido la configuración de los escenarios culturales sinaloenses se da en el marco de una historia de conflictos y contradicciones sociales, los que a la postre han confluído sobre una imagen de transgresión que ha terminado por destacar por encima de las demás acciones, actividades y valores de la sociedad. Y en ello han tenido un papel protagónico y relevante las prácticas laborales, económicas y sociales ligadas al tráfico de los enervantes ilícitos. Cuando los procesos en torno a un fenómeno, con sus incidencias frecuentes y escandalosas de violencia, adquieren fortaleza, historia, densidad y extensión, devienen los perfiles o las representaciones que pueden marcar o definir a los pueblos. Se trata de un camino que conduce del estigma hacia el emblema, como ha formulado Pierre Bordieu, y que han retomado sociólogos e investigadores específicos de la temática como los académicos Luis Astorga y José Manuel Valenzuela, y escritores y periodistas como Carlos Loret de Mola, Jean Francois Boyer, Andrés Oppenheimer, entre otros; así como políticos protagonistas de la historia como Manuel Lazcano y Ochoa; la etnomusicóloga suiza Helena Simonnet; los norteamericanos Elijah Wald y Sam Quinones, investigadores de la temática de la cultura popular mexicana, además de brillantes y sólidos literatos como los sinaloenses Elmer Mendoza y César López Cuadras, conocedores, éstos últimos, por lo demás, de aspectos diversos de la historia, la sociedad y la cultura regionales.

²³ John B. Thompson (1998-A), **Op. Cit.**, p. 135.

La posición de un trabajador administrativo de la UAS en Mazatlán, aunque oriundo de Guasave, acaso resulta ilustrativa del cómo se mira la problemática de las drogas ilícitas en el estado. Entre la lógica elemental y el pragmatismo, se tiende a observar solamente la superficie del fenómeno. Con tendencia ideológica de izquierda, con formación de licenciatura y hasta con estudios de maestría, el universitario, a quien denominamos aquí simplemente como Celio, en una charla informal con un grupo de otros universitarios argumentaba:

“Lo que pasa “compa”, es que ustedes los de Ciencias Sociales sólo ven las cosas teóricamente. La vida es mucho más cruda, complicada y ruda. El narcotráfico es una realidad y si nuestros campesinos y los sinaloenses no le entran duro, pues vendrán otros de fuera y aprovecharán el negocio. Yo creo que tenemos que seguirle entrando con fe, porque es indudable que las drogas provocan muchos problemas, pero también le han dado muchos beneficios económicos al país, al estado y además a la población más jodida. Si no se siembra en Sinaloa se va a sembrar en otra parte. Así que no nos hagamos, más vale vivir en el riesgo y no dejar que sólo los extranjeros se beneficien de algo que por principio nunca se va a terminar: la producción y el consumo de las benditas drogas”.²⁴

Los otros universitarios, por supuesto, terminaron por asentir y darle la razón a Celio quien, medio en broma y medio en serio sentenció: “Así que en lugar de escribir libros deberías dedicarte a vender mota”.

Por otra parte, Felipe Guerrero Bojórquez, periodista y columnista político, arguye que por las acciones de reducidos grupos delictivos, que sin embargo poseen ya una larga y espectacular historia, se ha forjado una cultura de “antivalores”:

“delincuencia, crimen y muerte, que sin ninguna duda se ha reflejado también en el ejercicio del periodismo regional”.²⁵

²⁴ Celio, diálogo con el autor.

²⁵ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa, diciembre de 2000.

Sinaloa es una entidad vista y definida así, como estandarte de la violencia y la desviación social y que encuentra, dice Guerrero Bojórquez, exjefe de información del diario **El Sol del Pacífico**, en una gran cantidad de espacios y esferas de la vida pública, “sus ecos, herencias y ramificaciones”. Porque, explica el periodista y comunicólogo egresado de la UAS, los recursos ilícitos provenientes de la producción y el tráfico de narcóticos, difícilmente, hoy, podrían ser ubicados, identificados y detectados por sí mismos en ciertos rubros, corporaciones y empresas, debido, sobre todo,

“a los subterfugios legales históricos en el lavado de dinero. Si eso ocurrió en la economía, pues se deduce que en los ámbitos ideológicos y culturales su influencia resulta etérea, pero igualmente inobjetable a través de los símbolos y de la ideología. Sin duda, la sociedad ha sido permeada e infiltrada hasta el tuétano. Por ello no puede reconocerse con claridad dónde empieza lo legal y dónde termina lo ilegal”.²⁶

Según el economista y escritor César López Cuadras, nativo del poblado de Surutato, en Badiraguato, enclaustrado en las alturas recónditas del “Triángulo dorado” de los estupefacientes que integra la montaña sinaloense junto con las entidades de Durango y Chihuahua, el estigma en torno a las percepciones sobre el estado de Sinaloa ni siquiera admite discusión. Dice:

“Más que hablar de que en la entidad existe una subcultura del narco y la violencia, Sinaloa más bien representa y es de forma fidedigna la cultura del narco y la violencia”.²⁷

Los hechos vinculados a la producción y el tráfico de estupefacientes, el registro y la consignación de los mismos, o por lo menos de los más destacados en los archivos de las agencias antidrogas estadounidenses y de los medios periodísticos, se remontan a los primeros años del Siglo XX. La propia percepción

²⁶ **Ibidem.**

²⁷ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

social sobre el tema constituye un fenómeno cultural en sí mismo, construida por supuesto en relación con el contexto social, el objeto cultural y los organismos, instituciones y empresas que tienen que ver directa e indirectamente con la construcción social de la problemática. En este sentido, han sido factores cruciales para la construcción de la imagen sinaloense, primero como estigma y luego como emblema del narcotráfico en el país. Empero, en la abigarrada y enrarecida imagen de la industria de las enervantes ilegales, advierte Luis Astorga, esta historia se encuentra “plagada de mitos, fantasías, etiquetas policíacas, políticas y mediáticas”, así como lugares comunes que caracterizan al discurso hegemónico en torno al tráfico de drogas ilícitas y los traficantes. La verdad, apunta y recuerda el sociólogo, el fenómeno y el discurso son precisamente “una construcción social”.²⁸

En la configuración histórica del fenómeno, en el diseño sociocultural de su imagen, así como en su percepción, han incidido intereses económicos y políticos que en general tienden a ser soslayados, difuminados y mezclados de anécdotas, chismes, invenciones y rumores populares, que inciden en la construcción de la mitología. Y por otra parte, en la observación, la percepción, el tratamiento y el combate contra las drogas, ha tendido a imponerse comunicacional y políticamente la versión del más fuerte.

Así, por ejemplo, la percepción y la política de los gobiernos estadounidenses sobre el tráfico de drogas en México, “construida a través de varias décadas” y por medio de su personal policíaco, político y diplomático, a la postre ha sido también la percepción mexicana, en términos gruesos, acerca de la problemática. De tal suerte que el gobierno norteamericano construyó su percepción y, puntualiza Astorga, **reforzó** sus convicciones como “poseedor de la verdad”. En este derrotero histórico, en cambio, los gobiernos de México “se resignaron” a ser condenados, juzgados y calificados de forma perenne. En realidad se ha actuado defensivamente y en su

²⁸ Luis Astorga (2003), **Drogas sin fronteras**, Ed. Grijalbo, México, p. 12.

defecto se han alegado patrióticas y soberanas respuestas de indignación ante las actitudes del gobierno norteamericano, mediante las retorcidas pero clásicas formas de la retórica para el consumo interno de la vida pública nacional, pero finalmente para “darle gusto” al vecino del norte, en cuanto, por ejemplo, al cese y sustitución de funcionarios y representantes gubernamentales comisionados al combate del tráfico de drogas, o bien respecto de

“la elaboración o modificación de leyes, la aceptación de condiciones de cooperación, y la puesta en práctica de estrategias coercitivas en territorio nacional, mientras los miembros de la élite política no fuesen relacionados directa y abiertamente con el tráfico de drogas, a pesar de algunos señalamientos aquí y allá sobre ciertos personajes poderosos del campo de la política en el ámbito local y nacional”.²⁹

--El aquelarre lúdico sinaloense.

Uno de los acontecimientos más llamativos, que funge metafóricamente como caja de Pandora o caja de resonancia de la subcultura sinaloense de las drogas, es el Carnaval de Mazatlán, que se verifica durante alrededor de una semana entre los meses de febrero y marzo de cada año. Varios cientos de miles de personas se dan cita en el puerto del Pacífico mexicano para dar rienda suelta a una fiesta desenfrenada, de éxtasis disímbolo, virtual y real, que se desarrolla frenéticamente durante las noches sin fin, entre los espectáculos en vivo de los conciertos musicales, el baile, la danza popular, los desfiles alegóricos, la cerveza, el vino, el alcohol, y que se observa inclusive, casi sin tregua, durante las mañanas, las tarde y las horas diurnas de la expansiva y lúdica celebración. En el ritual multitudinario, el escenario de masas combina las bifurcaciones, los nexos y los vasos comunicantes de las tradiciones, las costumbres y la modernidad, en donde se alza como un

²⁹ **Ibidem.**

personaje primordial, a través de su simbolismo, el mundo del narcotráfico y su espectacular y curiosa parafernalia.

De hecho, podría categorizarse a esta fiesta pagana como un festejo carnavalero mayoritariamente campirano, diseñado en lo fundamental para públicos de los sectores rurales. Decenas de miles de visitantes del campo y de la sierra y de las franjas rurales de los estados vecinos como Nayarit, Durango, Chihuahua, Sonora, y de entidades un tanto más distantes como Baja California, Nuevo León, Jalisco y Michoacán, bajan y arriban puntualmente al bullicioso puerto. Y terminan por ser copartícipes con la población urbana y con los turistas, nacionales y extranjeros, de un aquelarre y de una catarsis que ofrece un panorama y un paisaje iconográfico en el que, de facto, ciertas transgresiones simbólicas invaden abierta y libremente los escenarios y sitios de festejo, los estrados y las calles mazatlecas.

Entre el arcoiris escenográfico, hombres y mujeres ataviados de voluptuosidad, fervor, hedonismo y/o sensualidad, no tienen empacho en reiterar y ratificar el gozo, el placer y el gusto por una fiesta carnestolenda que les permite exhibir y desinhibir, en parte, su condición social y sus tendencias ideológicas y culturales. Se trata, en la suma y la síntesis cultural, de un espectáculo masivo que constituye, o por lo menos representa, una invasión y una toma popular --con la aquiescencia y el auspicio de los poderes formales municipales, estatales y hasta federales--, de la calle y de los escenarios públicos ciudadanos.

La fiesta popular, según algunas fuentes, se remonta al año de 1827, aunque se señala el año de 1899 como el de su formalización cuasi-institucional. A lo largo de su historia ha resentido cambios, pero su esencia sigue siendo la misma: la aceptación simbólica de diversos mecanismos de transgresión por parte de la sociedad. Un autor sostiene que el carnaval interrumpe la monotonía de la existencia y... pone a muchos (individuos) “en su verdadero carácter”. Es decir: los

transgresores a los que se han referido Arendt y Giddens, que están potencialmente en la sociedad “normal”, aparecen de pronto, se desinhiben y se exhiben de múltiples maneras, a veces cruda y realmente, sin inhibiciones, a veces virtual y simbólicamente durante las fiestas y las manifestaciones culturales construidas por la sociedad. Enrique Vega Ayala, historiador y cronista del puerto mazatleco, en un texto breve sobre la historia del festejo, afirma que estos son los tiempos de las multitudes y de la cultura de masas. En este marco, la fiesta del carnaval

“es una de las formas multitudinarias más antiguas, quizás en su género la más vívida, la más contundente respuesta masiva frente a la opresión individual cotidiana... En sentido estricto el carnaval es bullicio, multitud, música, embriaguez, transgresión de las formas sociales del **decoro y la urbanidad**. Carnaval implica la desaparición virtual de la autoridad... Este “relajo” no requiere promociones ni organizadores, no se rige por reglas estrictas ni obedece a planeación algunas, es por naturaleza espontáneo y a los hipócritas les escandaliza, les asusta”.³⁰

Actualmente en el Carnaval se han establecido espectáculos para diferentes tipos de público en zonas y foros distintivos. Sin embargo, en general la festividad tiende a vincular e imbricar simbólica y culturalmente a diversos sectores y clases sociales. A final de cuentas se trata de una manifestación de masas, ocasional, en el que las particularidades tienden a diluirse y desaparecer bajo el imperio y la égida del desahogo tumultuario. En la fugacidad de la convivencia, sin embargo, se corroboran rasgos comunes, identitarios, que cruzan, tocan y unen, aunque sea de manera incidental, a una diversificada y diferenciada estratificación social, a través fundamentalmente de los productos de la industria de la cultura y la comunicación. La música regional, reformulada, expandida y explotada nacional e internacionalmente por las corporaciones **mediáticas**, en este caso, es la elaboración cultural y el medio que abre las compuertas, en buena medida, para posibilitar y

³⁰ Enrique Vega Ayala (1992), **Historia del carnaval de Mazatlán**, Ed. DIFOCUR-CODETUR, Mazatlán, Sinaloa.

enmarcar las coincidencias, los acercamientos, las afinidades y los nexos entre los distintos públicos y sectores sociales, urbanos y rurales.

La efervescencia de la celebración profana, que se ha ganado al paso del tiempo un tácito derecho público no oficioso a su reiteración como parte de los hechos factuales de la cultura, es una de las magnas tradiciones de mayor arraigo entre la población. Y en tanto que es una parte esencial de la fenomenología, las creaciones y las ritualizaciones históricas, socialmente estructuradas, de la sociedad sinaloense, lo que en la fiesta se verifica y reitera posee connotaciones y denotaciones significativas y trascendentes. De inicio, la población concibe al Carnaval como parte sustantiva, insustituible, de los festejos y prácticamente de lo que se autodefine desde la **doxa** como parte de la identidad cultural sinaloense y mazatleca. Como reflejo y expresión de la textualidad social, amplios segmentos de la sociedad miran y viven la fiesta no sólo como una entrañable tradición, sino hasta como parte esencial de sus símbolos culturales. En esta idea, no solamente por su importancia económica, sino por su significación sociocultural, la conmemoración ofrece un abanico de manifestaciones que permiten visualizar, entender y explicar aspectos diversos de la cultura en la región.

En las poblaciones rurales de los alrededores del puerto mazatleco, en muchos casos los jefes de familia, que convalidan una costumbre, inclusive ahorran lo que pueden a lo largo del año, para contar con recursos que destinan especialmente para la celebración carnavalera. Y ya en ella, contratan a grupos y bandas musicales para que les complazcan de acuerdo a sus preferencias y gustos particulares. En el malecón y las calles porteñas, de hecho, como dice una canción de José Alfredo Jiménez, entre el escándalo que mezcla ritmos, sonidos y canciones de otros grupos que en el paseo costero tocan al unísono, a los carnavaleros “los sigue la tambora”, para arriba y para abajo. Decenas de miles de individuos, con la

indumentaria típica, ratifican en las noches sin tregua a uno de los estereotipos fundamentales de la sociedad sinaloense: el culto a la fiesta desenfadada.

Aparte del Carnaval mazatleco, y de un pequeño carnaval que se realiza simultáneamente en Guamúchil, en el centro de la entidad, tienen verificativo en los 18 municipios, más de 400 fiestas patronales durante el año en las principales poblaciones urbanas y rurales. En ellas, igualmente, se despliega el temperamento festivo en la entidad, y en la convivencia y la interacción sociocultural de las multitudes aparecen los síntomas constantes de las informalidades, las transgresiones y las desviaciones sociales. Sembradores, productores, distribuidores, traficantes y consumidores comparten espacios geográficos y formas de entretenimiento y diversión, que se desplazan hacia los barrios, calles y diversos sitios de las localidades en juerga, así como a los propios interiores de los hogares familiares. En los albores de uno de los más recientes carnavales fue abatido por presuntos policías uno de los principales jefes del llamado “Cártel de Tijuana”: Ramón Arellano Félix, quien también supuestamente se encontraba en el puerto para intentar asesinar a uno de los altos jefes de un fuerte grupo rival, el de los Carrillo Fuentes, conocido como el “Cártel de Juárez”: el “Mayo” Zambada. Pero más allá de este hecho, la vida sinaloense, como por contagio ofrece destellos de una conmemoración de festejos intermitentes, pero al mismo tiempo de histórica recurrencia y frecuencia. En medio del simbolismo cultural, y ahí en los fondos de las formalidades y normalidades socioeconómicas de la vida pública, la vida cotidiana podría mirarse también hasta como una subyacente y perenne fiesta.

Al referirse a una de esas festividades, la del municipio sureño de Concordia, al pie de la Sierra Madre Occidental, hacia los rumbos del estado de Durango, el sociólogo Arturo Lizárraga ha llamado la atención respecto de ciertos aspectos destacados que aparecen en el proscenio cultural y social. Entre el fervor de las muchedumbres, además de los elementos tradicionales que glorifican el machismo,

la reciedumbre, el escándalo y la virulencia, que intentan reflejar el carácter y el temperamento fuerte de los hombres sinaloenses, circulan otros símbolos que “enaltecen otros valores”, interactuando con los primeros, y entre los cuales se establecen y libran “verdaderas batallas” simbólicas:

“unos para reforzar la identidad, otros para transformarla. Sobran los que hacen alusión al tráfico de estupefacientes, como los dibujos de “cuernos de chivo” y hojas de mariguana en las camisas, imitación seda, que portan algunos individuos”.³¹

Explica que en el caso de las zonas eminentemente rurales, puede hablarse de que se trata de una tierra de gente “de carácter” donde predominan, en las celebraciones, “los símbolos que exaltan lo macho, lo bravío”, la tendencia y disposición hacia el dominio de lo otro, del medio y de los demás. Y es que las actividades cotidianas, propias del medio rural,

“como la doma de las bestias del campo y el cultivo de la tierra, hacen del hombre de la región --junto con la historia sociocultural, por supuesto--, un hombre rudo, y para el punto de vista de la gente de los medios urbanos y del sur del país, hasta violento. Se refleja el carácter en las canciones que escuchan, por ejemplo “El rey de mil coronas”, “La mula prieta”, “Catarino y los rurales”.³²

En las colonias populares y suburbios de las ciudades, y las no tan populares, los constantes festejos parecen una epidemia de festividades y jolgorios. Los vecinos cierran arbitrariamente las calles, instalan el sonido e inician lo que ya de por sí constituye una acción violenta por los altos niveles del volumen. Y entonces la virulencia fiesterera, en la que incluso participan jóvenes y niños, generalmente se prolonga durante toda la noche, y más; y en realidad a nadie parece importarles las

³¹ Arturo Lizárraga, “Concordia enfiestado”, diario **Noroeste**, Mazatlán, 5 de febrero de 2000, Mazatlán, Sinaloa.

³² **Ibidem.**

molestias que se puedan causar a los vecinos. Algún tiempo después estos vecinos terminarán haciendo lo mismo: se trata de prácticas aceptadas y asimiladas por el grueso de la población. “Se generan ruidos espantosos y no hay manera de que se les pueda callar”. Y cuando los eventos son organizados por los narcos, “que nunca faltan”, la policía brillará siempre por su ausencia: “Todo esto forma parte de la influencia que recibimos y que hemos estado recibiendo desde hace décadas”, apunta por su lado Elmer Mendoza, uno de los maestros y talleristas históricos de la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), organismo oficial del estado.

En los años de la década de los ochenta, aparte de las múltiples reuniones “selectas” que solía organizar con grupos de periodistas e incluso con empresarios, el mitificado traficante Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”, cuando decía que se estaba regenerando de sus actividades en el tráfico de drogas, organizaba en los barrios e incluso en céntricas colonias mazatlecas fiestas de vinculación popular con cientos y hasta algunos miles de invitados, en las que abundaban la comida, las bebidas y la música, con grupos y bandas de renombre; el propósito, decía, era agradecer y agasajar a los vecinos por el afecto que le prodigaban. En esos tiempos, “El Cochiloco” era conocido en los círculos policiales como “el Comandante Martínez”, y sus fiestas eran custodiadas por partidas especiales de las propias policías municipales y judiciales estatales y federales. Y la población recuerda aún aquellas enormes y escandalosas comilonas.

Al respecto, Alfonso Santos Palacios, entre inevitables sonrisas, exclama:

“Yo estuve de colado en alguna de esas comilonas populares. Francamente eran aquellarres, pachangas descomunales”³³.

³³ Alfonso Santos Palacios, **Ibid.**

--El narco y los escenarios cotidianos.

Por su parte, el otrora director de la revista literaria **Luvina**, César López Cuadras, entrevistado en varias sesiones en Mazatlán, Guamúchil y Guadalajara, y en esta ocasión en sus oficinas de la Universidad de Guadalajara, en la capital jalisciense, afirma que el narcotráfico es un poder que se ha ido filtrando, expandiendo y que ha venido cubriendo no sólo lo material del tráfico, sino los aspectos espirituales y culturales. La música, en sus variantes regionales de tambora, banda y corridos, se ha transformado, degenerado y hasta corrompido debido a los impactos de la industria de las drogas, apunta el también catedrático universitario. Así, esta actividad no únicamente opera como un poder económico y de violencia “extraordinaria”, sino que tiende a “desarrollar” las formas concomitantes

“de todo poder, en los planos subjetivos del espíritu y la cultura. De tal manera que ahora tenemos religión, música, literatura, pintura, teatro y arte y espectáculo en general que se inmiscuyen de forma natural entre los asuntos de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes. Se trata de un fenómeno complejo que se ha extendido a todos los ámbitos y esferas de la vida social. Es, con toda claridad, un fenómeno cultural, y si su estudio no es abordado de esa forma, como fenómeno cultural, resultará incomprendible”.³⁴

Agrega que existen elementos iconográficos, que ya estaban como afiches de las costumbres y los hábitos culturales, pero que han sido “resemantizados” por la fuerza y la influencia del narcotráfico. Es decir: originalmente tenían otro sentido, y ahora reunidos en un nuevo patrón cultural y de consumo, en un nuevo patrón de comportamiento y contexto, estos materiales, artefactos o “botones” simbólicos, dispersos, cobran una diferente significación simbólica. Están los ejemplos de los cintos “piteados”, los pañuelos rojos alrededor del cuello, el sombrero, el uso extendido de las botas bajo un ambiente climático caluroso y asfixiante, las alhajas y

³⁴ César López Cuadras, entrevista con el autor, junio de 2002, Guadalajara, Jalisco.

la vestimenta de jeans rurales “camp” adoptados en las zonas urbanas. Y apunta el escritor, quien fuera durante varios años investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS en Mazatlán, que en el caso particular de las camionetas “pickup”, en un principio fueron símbolo del poder económico de los agricultores de los ricos valles de riego del centro y norte del estado.

La abundancia de camionetas de diferentes marcas y tipos puede observarse en los sitios más inverosímiles, en valles productivos y en zonas de muy escasa producción agropecuaria legal. Las ciudades y las poblaciones rurales, las carreteras, las calles y los caminos de terracería muestran una constante circulación de tales unidades automotrices. No sólo son utilizadas como mecanismos de trabajo, sino también como símbolo de estatus, de posición social y que en determinados momentos degenera o se extiende hacia una posición de ostentación y extravagancia. En muchos de esos autos imponentes, tras los vidrios generalmente polarizados, aparecen figuras emblemáticas que expresamente sus propietarios han mandado diseñar (en ciertos casos ya vienen de fábrica): el clásico sombrero tejano; una guitarra; una serpiente cobra; una flor de amapola; algunas hojas o hasta una planta completa de marihuana; la imagen de Malverde; una metralleta “cuerno de chivo” (AK-47); o bien los iconos de la Virgen María y Jesucristo. Los nuevos aportes iconográficos, que se ven, claro, en diversos puntos del país, son los automóviles que asemejan haber sido baleados o ametrallados, con la utilización de calcomanías realizadas con detallismo y a veces los dibujos y artificios de ametrallamiento son plasmados directamente con pintura sobre las vestiduras metálicas.

Desde algún lugar de la geografía sinaloense, Segismundo Quintero, citado antes, explica que entre muchos grupos de sembradores, productores y traficantes de drogas se establecen acuerdos tácitos y hasta reglas internas, las cuales pueden observarse a través precisamente de algunas evidencias iconográficas, como en el caso de las camionetas, o en la misma vestimenta. Arguye que los sembradores de

drogas “bajan” a las ciudades, en tanto que se sienten excluidos del mundo, con la intención, entre otras, de reivindicarse socialmente. Y entonces se dedican, mientras pueden, y cuando bajan es que pueden, a “comprar cosas”:

“Compan lo que sea. Por ejemplo, una camioneta nomás porque les gustó, aunque ya tengan en su poder algunas parecidas. Les gusta mucho lo grande, lo grandote, lo exagerado. Lo bestial y lo bruto. Generalmente gustan de las camionetas negras, aunque últimamente están usando un azul oscuro-turquesa. Sin embargo, el negro les fascina. Incluso hay ocasiones especiales, de trabajos especiales, en donde casi todos los integrantes del comando llegan a vestirse de negro. La ropa de mezclilla negra con gorros negros, camisas y camisetas negras, lentes negros, pasamontañas negros y hasta ropa interior negra. Y claro: armas negras. Como que el negro es un tono que apantalla, criminalmente”.³⁵

De su lado, el también periodista de radio, Felipe Guerrero Bojórquez, oriundo de Los Mochis, aunque ha radicado en Mazatlán desde hace unos treinta años, al analizar el impacto de la industria de las drogas, indica que los efectos pueden encontrarse en todos los rincones, esferas y ámbitos de la sociedad: nada ni nadie está exento. Y en cuanto al sector económico, “pues ha permeado y determinado las relaciones en el mercado, así como las relaciones mercantiles”.

A partir de sus múltiples signos corrosivos que tienen que ver con el poder económico, su invisibilidad, su capacidad movilizadora y subterránea, esta industria transgresiva, añade, ha sido capaz de degenerar, trastocar o transformar viejas tradiciones y viejos valores sociales: “Las imágenes y los iconos que ha creado el narcotráfico son muy rentables: venden mucho”. Explica que al fenómeno no basta verlo sólo en torno a la producción, al tráfico y el consumo de enervantes. El problema estriba en que, como una suerte de relación causal en torno a la industria,

³⁵ Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

se ha conformado una forma “de crear y vivir”, en donde todo tiene un precio. De tal suerte que “hasta la forma de ser vale, cuesta”. Y esto tiene que ver, por ejemplo, con el tipo de sombrero, los lentes, la indumentaria, los restaurantes, la comida, la marca del whisky, los vehículos y las formas de conducir, los sitios de entretenimiento, la música. Respecto del comportamiento cotidiano de los actores y traficantes medianos y de niveles bajos de la industria, suelen ser escandalosos, altaneros y prepotentes, a diferencia de los jefes y “capos” que prefieren la discreción y el bajo perfil público. Felipe Guerrero ilustra y detalla que en Sinaloa es

“donde más camionetas “Lobo” se venden. Dicho de otra manera: los narcos imponen las marcas de los vehículos que hay que traer. Antes de las “Lobo” fueron las “Rams” (las de borreguito); luego precisamente de las “Lobo”, las camionetas “Durango”; después las “Winstar”; y ahora son las camionetas “Lincoln”, que son por cierto muy caras. Las “Cherokes” son de los federales, de la gente del gobierno. Las “Suburban” son de los políticos y a esas no se suben los narcos, no sea que a éstos los vayan a confundir, aunque entre ambos ámbitos de intereses se haya dado en nuestro país una colusión histórica. Un rasgo de los narcos, para medir incluso su nivel de fuerza, su influencia y a veces hasta su ego, son los estilos y las modas que se atreven a definir: determinan las marcas que hay que comprar y eso permea a los demás miembros de los grupos”.³⁶

En tal sentido, opina el escritor López Cuadras, las “placosas” camionetas son “símbolo” de la subterránea industria: “el narco que no ande en una agresiva camioneta patinando llantas por el centro de las ciudades pues no es narcotraficante que se precie”. Si la gente ve una camioneta determinada, que abundan, y esa gente exclama que “es muy placosa”, sin duda que denota visualmente presunción y altanería. Pero hay que entender que no es la ostentación del viejo rico de carácter aristocrático. Se trata más bien de las exageraciones de los nuevos ricos, envueltos en el consumismo, que recién y abruptamente han llegado: es el “rico narco-naco”, sentencia López Cuadras, quien agrega que aunque la figura simbólica más

³⁶ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor.

trascendente es la del “santo bandolero” Malverde, empero, las diversas manifestaciones iconográficas, como las de la arquitectura urbana y rural, también son muy llamativas y significativas.

“Con las residencias y “bunkers” increíbles, con sus cúpulas de tipo árabe y oriental, con azulejos, aluminio dorado y cristales ahumados. Estos son también aspectos importantes en la hibridación cultural. Dicen “los pobres nuevos ricos del narco: “como ya tengo lana pues me voy a construir una “casototota”, pa’ que los demás se fijen y pa’ que aprendan”. A estos comportamientos no los puede uno tildar simplemente como expresiones aisladas de pequeñas bandas de ilegales. En la expansión paulatina de los modelos se observa que el problema es social, que es un fenómeno de una parte muy activa de la sociedad, que se resignifica en los medios y la industria de la comunicación y que ha generado una cultura. En suma, se trata de híbridos culturales de pésimo gusto, y lo que sentó un precedente fue acaso el “Partenón” de Arturo Durazo Moreno”.³⁷

En varias zonas, barrios y colonias de las principales ciudades sinaloenses, como Culiacán, Mazatlán, Guasave, Guamúchil y Los Mochis, pueden encontrarse edificaciones de casas habitación con una pretendida elegancia, aunque más bien muestran un colage y mezclas de estilos arquitectónicos de variada procedencia. La colonia Las Quintas en Culiacán y el fraccionamiento Lomas de Mazatlán en el puerto, destacan por la gran cantidad de construcciones que evidencian desde las mismas fachadas a sus moradores y propietarios, aunque muchas de ellas se encuentran abandonadas y deterioradas, pues los dueños andan a “salto de mata”, huyendo, están escondidos o bien han sido detenidos o asesinados. Hay que señalar, empero, que los propietarios de muchas residencias, no han sido solamente personajes ligados al trasiego y producción de alucinógenos, sino que familias y habitantes comunes de los sectores sociales tradicionales y legales, con abundantes

³⁷ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

recursos monetarios por supuesto, han adoptado tales modelos como una suerte de moda que gana cada vez más adeptos. El periodista Felipe Guerrero comenta:

“La gente ve una casa con cúpulas y de inmediato dice que se trata de una casa de narcos. Parecen, las edificaciones cupulares con aires góticos, un signo característico de esta arquitectura distorsionada. Y su influencia es cada vez más notoria. Vamos, la industria de las drogas ha distorsionado todo: la música, la vestimenta, a la propia industria radiofónica e incluso a la información de los medios de comunicación. En suma: nos distorsionó la vida, aunque con la tolerancia, la participación y la aceptación de la sociedad”.³⁸

En Mazatlán, por ejemplo, en el paseo costero, resalta por sus dimensiones una auténtica fortaleza particular que abarca prácticamente toda una manzana de construcción, propiedad de un exgobernador de los años de esplendor de la violencia en los años ochenta, aunque el bunker es más bien de estilo modernista y austero en cuanto a fachada y exteriores. El narrador López Cuadras apunta que aunque los estilos y las mixturas coloridas evocan al “kistch” urbano de tipo “wharholiano”. En Sinaloa, aunque se trata de un híbrido, más bien pesan los elementos y signos locales en las edificaciones; de suerte se observa un producto que en su mezcla resulta auténtico, local, y que se ha ido definiendo conforme a los patrones culturales de carácter compulsivo de la entidad, marcados por la efervescencia económica provocada por los dineros abundantes ligados al tráfico de estupefacientes.

En las zonas rurales pueden observarse también edificaciones de esa naturaleza. Abundan casas con pequeñas torres tipo campanario y azulejos, ventanales con aluminio dorado, vidrios oscuros, terrazas y barandales con motivos de colores fuertes y chillantes y adornos multifacéticos. Incluso en lugares muy distantes y apartados, como en los altos de la sierra. En el municipio de Badiraguato, arriba del poblado de Surutato, casi en la frontera con el estado de Chihuahua, en el

³⁸ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor.

rancho “Las Tunas” es famosa una enorme construcción, destacando de forma extraña o quizá como expresión surrealista, una fortaleza palaciega entre la maleza y los árboles de la montaña, que presuntamente es propiedad de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”. Y de hecho en todos los municipios de la entidad llaman la atención las residencias-bunker, con vastas extensiones y con capacidad de garaje para varios autos y camionetas, las cuales contrastan con el resto o con la gran mayoría de las viviendas comunes, modestas y humildes de la población.

La escenografía arquitectónica se refleja también en otros espacios, como los destinados al entretenimiento y la diversión, sobre todo en la ciudad de Mazatlán. Aunque no necesariamente sus propietarios estén vinculados con la industria de los enervantes, las fachadas muestran ciertas pistas marcadas por los estilos narcos. Sitios de shows para turistas y noctámbulos nativos, sobre el malecón, ostentan precisamente enredadas formas y estilos en nuevas construcciones como el caso del centro nocturno “Ramsés” que exhibe enormes sarcófagos en la fachada; o bien el centro de espectáculos “Frankie Oh”, incautado por la Procuraduría General de la República, que muestra un estilo que remitía a edificaciones montañosas semi-ocultas y clandestinas del medio oriente, propiedad de Francisco Rafael Arellano Félix y del exboxeador Julio César Chávez, el primero actualmente preso en el penal de La Palma, en Almoloya. Entre una variedad de edificaciones, destaca en especial un complejo de centros de juego y diversión identificado como “Valentinos”, ubicado junto al mar y donde inicia la parte concebida de manera particular para el turismo, conocida como la “zona dorada” (o la zona “drogada”) de Mazatlán. El estilo arabesco y palaciego, espectacular y llamativo, es un icono de identificación o delimitación de fronteras que se observa a varios kilómetros de distancia.

La iconografía del narcotráfico también se ha trasladado al mundo simbólico, por excelencia, de la muerte: los cementerios. En estos, hay tumbas que se construyen como honor y homenaje a los “héroes” fallecidos, y que en la acción post

mortuoria los herederos, familiares y parientes pretenden seguir demostrando y exhibiendo simbólicamente poderío y fuerza. Y como parte del escenario, dice Elmer Mendoza, se ha hecho cada vez más común que los deudos y sobrevivientes coloquen fotografías de los muertos, así como leyendas, letreros, adornos especiales, relicarios y recuerdos que hacen apología de acciones y gestas vinculadas a la violencia. Los difuntos, los que en su existencia estuvieron vinculados al negocio de las drogas y que hicieron de la ostentación de cosas materiales parte de su fugaz filosofía de la vida, prosiguen reiterando sus poderes transgresivos hasta en la muerte. Y esas edificaciones lujosas en los cementerios tradicionales, ya las quisieran muchísimos individuos vivos como casas para vivir.

Comenta el narrador César López Cuadras, por su lado que, además, en los panteones de los pueblos y ranchos se construyen “verdaderos mausoleos” y joyas arquitectónicas para los integrantes de las familias de los narcotraficantes. Lo curioso es que esos cementerios “se han venido poblando muy rápidamente”. La dinámica de la industria criminal de los estupefacientes cobra sus cuotas y facturas de manera implacable. En varios casos, tales cementerios dan la impresión de ser una especie de “reino póstumo y natural de los narcos”, como un símbolo crudo y excesivo, expresivo e ilustrativo de una sociología de la muerte. De cruces y tumbas están llenos, literalmente, los caminos de la geografía sinaloense. El escritor difícilmente abandona el humor y el sarcasmo: “esos muertos siguen viviendo mejor que muchísimos vivos”. Y puntualiza el catedrático de la Universidad de Guadalajara, autor de la novela **Macho profundo**:

“uno entra a un cementerio y rápidamente descubre el tipo de tumbas: las que son de narcos y las de los simples mortales”.³⁹

³⁹ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

A la orilla de los caminos y las carreteras que cruzan la geografía estatal se localizan capillas que dan cuenta de accidentes, zafarranchos, ajusticiamientos y enfrentamientos, como detalles simbólicos de una actividad agresiva y delictiva incesante. A la memoria de personajes de oscura estirpe, resaltan también por su tamaño, concepción y diseño esmerado. Por ejemplo, a un costado de la carretera de Mazatlán a Durango, camino a las alturas de la Sierra Madre Occidental, llama la atención un pequeño templo, de unos 2.5 metros de altura por 2 de ancho aproximadamente, como réplica de una iglesia con sus torres de campanarios, construido entre la espesura del bosque y sobre la falda de un cerro de pinos. Como acceso para el altar fue edificada también una esmerada y limpia escalera de concreto de unos ocho metros de altura por uno de ancho, y de unos 20 escalones, que unen precisamente el asfalto de la carretera y el curioso templo, en medio del silencio solitario de la montaña, bajo la fría fronda de las elevadas coníferas. Acercarse no deja de ser una osadía, pues la carretera, sinuosa de por sí, tiene sólo un reducido acotamiento.

Empero, el simbolismo de esta edificación resalta también por el misterio: no se alude a quien falleciera en tal sitio; y mucho menos se sabe el cómo. Pero sin duda que resulta, la obra, de especial valor en la memoria de los deudos: no se muestran señales de abandono, dada la pulcritud, limpieza, cuidado y atención que se le brinda con religiosidad al pequeño edificio de la memoria, el luto y la muerte, cuyo límpido interior es resguardado por una imagen de la Virgen de Guadalupe. Y, colocados a sus lados, como para fortificar una simbiótica creencia, por aquí y allá, veladoras, oraciones en postales y relicarios de Malverde, el ánima sinaloense.

C) De transgresiones y de muerte

“Ninguna sociedad puede dividirse sin más entre los que se desvían de las normas y los que las aceptan. Todos transgredimos en alguna circunstancia reglas de comportamiento generalmente aceptadas...”.

Anthony Giddens

En función de lo que hemos visto, inmiscuirse en el interior de la cultura sinaloense, en un sentido conceptual amplio, entraña transitar entre senderos y desfiladeros, cargado de antemano, al unísono, de precaución y adrenalina. Se trata de un mundo escatológico, sórdido y al mismo tiempo espectacular. En este sentido resulta sugerente como fenómeno sociocultural; en parte, a su mezcla o fusión de aspectos y escenarios debe su atractivo como temática. Y en tanto que problemática, en su rudeza y cercanía constituye un reto para el entendimiento, la comprensión y la explicación. Dada la historia conflictiva, la fama y los hechos espectaculares, los sórdidos y los cotidianos relacionados con la violencia, recurrencia conquistada con base en realidad, creencia y mitología, abordar críticamente la cuestión coloca al observador o al analista en una situación complicada para tramitar adecuada y de manera pertinente las múltiples dimensiones que conforman el fenómeno.

El ambiente social, las redes criminales y las secuelas emocionales de la violencia, el crimen condicionan las acciones y las reacciones cotidianas de la propia población. La sangre derramada entre los caminos y escondrijos de la sierra, de los valles y campos agrícolas, o entre las calles y espacios ciudadanos de la geografía del hábitat estatal, constituyen aún la sustancia o el material primordial, por ejemplo, en la labor informativa de los medios impresos de comunicación sinaloenses. Y es que la muerte, ligada a la industria de las drogas, prosigue con su rutina diaria y su mortaja sociocultural, en el campo, en la sierra y en las ciudades.

En un contexto de riquezas económicas focalizadas en ciertas esferas, pero de innegable pobreza y miseria sociales extendidas, tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos, se ha fortalecido en Sinaloa, sobre todo, la incertidumbre en torno a la seguridad, en donde grupos facciosos (sin el añejo control vertical) se disputan mercados y territorios, fundados en una cada vez más caótica pero poderosa industria del narcotráfico. Sin embargo, desde el submundo de la desviación, que ha tocado con sus esquirlas todas las esferas de la vida pública, se han cristalizado diversas manifestaciones ideológicas y culturales, que ocupan de manera central la vida y el imaginario colectivo de la población. Las influencias, los impactos, la asimilación, la reinterpretación y la puesta en juego de estas construcciones socioculturales, simbólicas y significativas, son la trama en torno a la cual se mueven común y cotidianamente los individuos y los grupos sociales y que hacen posible los actos, las acciones y los comportamientos cotidianos.

La maquinaria empresarial del oligopolio de los narcóticos, en tanto matriz ideológica y cultural, ha expandido y heredado su legado a través de formas y prácticas simbólicas en el entorno social, en las concreciones infraestructurales, en el efervescente movimiento de los recursos económicos, en la exacerbación de la violencia y en los circuitos del imaginario y la mitología social. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atorgan aún, poderes magnos y hasta supraestatales, es indudable que el alcance y el impacto de la industria del “narco” ha sido real, y a la postre ha inducido a la transformación de grupos, segmentos sociales y comunidades. La mezcla de viejos y nuevos hábitos, la mixtura cultural ha implicado en Sinaloa un sincretismo peculiar en virtud de la incorporación de un factor distintivo frente a otras regiones del país: el cultivo de la transgresión.

No estamos refiriéndonos a una cuestión menor: en tanto estado matriz del narcotráfico, como actividad ilegal que a más de cien años de sus primeros escauceos, ha sorteado altas y bajas, presiones, control, dificultades sociales, políticas, jurídicas, policíacas. Empero, a la postre sigue incólume como industria perturbadora pero eficaz, y que según algunos cálculos, subterráneamente da empleo a cerca de un millón de trabajadores en el país. Las redes y las cofradías de productores y traficantes han sabido adecuarse a los cambios sociales y políticos, pese a las persecuciones y detenciones de ciertos jefes visibles. La experiencia, la permanencia y la sofisticación de la industria le ha permitido trascender tiempos, regímenes y políticas nacionales e internacionales. Y es que, como ha dicho Foucault, el incremento de las prácticas ilegalistas resulta correspondiente a “una extensión” y “un afinamiento de las prácticas punitivas”.

En estos primeros tiempos del nuevo milenio, se vive un poderoso auge, aunque caótico en ciertas regiones del país, de la industria de los enervantes ilegales. El orden piramidal de anteriores tiempos, cuando los líderes y las facciones ejercían un poder más cerrado y un control más amplio y eficiente sobre las redes y las distintas fases del “negocio”, se ha transformado en una estructura productiva y comercial dispersa, en el que la proliferación de grupos ha generado una más diversa y dura competencia. Acaso esto tiene que ver con el impresionante y compulsivo incremento del consumo de estupefacientes a nivel local, nacional y mundial. La aparición de traficantes de diversa índole, ralea y estirpe ha desembocado, por supuesto, en una ampliación y compartimentación del mercado, de las rutas y de los territorios productivos en disputa por parte de productores y distribuidores. Una de las consecuencias son los enfrentamientos criminales, las venganzas, los ajustes de cuentas en donde no quedan vivos, literalmente, ni el perro, el gato o el perico, a contrapelo de las añejas usanzas. Sin embargo, en medio de la vorágine y el vértigo, la de las drogas es una actividad que prosigue viento en popa, pese a las muertes, a la inseguridad, y a los miedos y temores que se resienten en la sociedad.

Las venganzas, los ajustes de cuentas y los conflictos por el control de espacios y zonas entre los grupos de productores y traficantes de drogas, así como la diversificación de éstos ante la expansión del mercado y el consumo, ha dado como resultado un más escandaloso comportamiento criminal. Hasta hace pocos años, inclusive durante la última década del siglo XX, los clanes delictivos cuando decidían ajusticiar a algún personaje, aún solían respetar la vida de sus familiares o acompañantes. Esta regla no escrita, pero que en general y en la mayoría de los casos se cumplía entre los grupos de traficantes, al parecer pasó a la historia. En cambio, en los años recientes, las armas de grueso calibre de los sicarios arrasan con todo lo que rodea a la víctima, incluidos mujeres, niños y hasta mascotas. Son los nuevos tiempos y los nuevos estilos, en donde los controles piramidales de antaño que ejercían los grupos se han transformado, ante la aparición de una gran cantidad de pandillas y delincuentes libres, sin nexos estables con los productores y distribuidores más fuertes; estos nuevos grupos de traficantes, definidos muchos de éstos como “narcopiratas”, “narcomenudeos” y “puchadores” en sus afanes por destacar, defender y ampliar sus áreas de influencia en el mercado, se enfrentan escandalosamente de forma cada vez más frecuente con consecuencias fatales, incluyendo vecinos y transeúntes inocentes, en el campo y en las ciudades.

Como ejemplos de esos diferentes estilos de ejecución, resaltamos algunos sucesos que llamaron la atención de los medios de comunicación y que conmocionaron a la sociedad. El 22 de febrero de 1988 el periodista Manuel Burgueño Orduño, profesor de bachillerato en la UAS, articulista del diario **El Sol del Pacífico** y editor del periódico marginal y artesanal **Deslinde** en Mazatlán, a través de los cuales realizaba una crítica punzante, y hasta beligerante se decía, en donde fustigaba a personajes, políticos y actores de la vida pública regional, y en los que ponía especial interés sobre los asuntos del narcotráfico, fue ejecutado en su domicilio por tres jóvenes sicarios. Era un mediodía de un lunes caluroso en el

fraccionamiento Infonavit Playas, como cualquier otro en el puerto, y el periodista, acompañado de tres de sus hijas, dos yernos y sus pequeños nietos, aún no se reponía del fallecimiento de su padre, ocurrido recién el viernes anterior.

Charlaba Burgueño con un amigo cercano que había llegado a expresarle sus condolencias, cuando de pronto irrumpieron tres sujetos con antifaz (la puerta a la calle estaba abierta, como es costumbre en ciertos barrios populares) pretendiendo que se trataba de un asalto. Mientras ordenaban que entregaran carteras y dinero, preguntaron quién era Manuel Burgueño. En medio de gritos y empujones, en una habitación encerraron a los yernos y a los niños, y en el baño a las mujeres; en la refriega a uno de los sujetos se le caería el antifaz, pero de cualquier modo en otra habitación, encañonado por supuesto, pusieron boca abajo al amigo del periodista, a quien advirtieron: “¡No voltees porque te mueres, cabrón!”. Minutos después se escucharon tres o cuatro detonaciones en la sala de la casa: habían herido de muerte al periodista. Los sicarios abandonaron el lugar dejando como mudos testigos carteras y dinero, y con vida a las mujeres, los niños, los yernos y al amigo. Este último, en entrevista, confiesa aún con los recuerdos y las emociones a flor de piel, que el episodio le trastornó y le transformó la existencia. Y rememora:

“Cuando escuché el primer disparo hasta pensé que había sido contra mí. Ya estaba resignado a que se trataba de los últimos instantes de mi vida. Pero en realidad su objetivo único era el periodista Manuel Burgueño Orduño.⁴⁰

Alrededor de una década más tarde, las vendettas y ajusticiamientos ya habían cambiado de estilo en prácticamente todo el estado. Mujeres y niños empezaron a ser alcanzados por las ráfagas de metralleta de la venganza y los escarmientos. Funcionarios, abogados, periodistas, magistrados, líderes políticos y

⁴⁰ Entrevista con el autor, Ciudad de México, julio de 2005.

sindicales, profesores, académicos e investigadores universitarios y hasta exguerrilleros, fueron abatidos por los tentáculos de los grupos criminales. Pero en los nuevos tiempos las ejecuciones incluían a las personas cercanas y parientes de los sentenciados. Como en el caso de quien durante la década de los ochenta fuese un líder universitario, Ramón Lizárraga (cercano al exgobernador Juan S. Millán Lizárraga), así como de su esposa y familiares, del municipio de El Rosario a quienes, uno a uno, la muerte les habría de alcanzar de forma sistemática. En cuanto a asesinatos selectivos, destacó la muerte del ex procurador de justicia estatal en el gobierno de Francisco Labastida, Rodolfo Alvarez Fárber, cuando en 1993, en compañía de su esposa, realizaba ejercicios físicos en el Parque Hundido de la Ciudad de México; hasta ahí llegaron los sicarios y lo acribillaron, exclusivamente a él. La más reciente ejecución de ese tipo contra un ex funcionario fue la del también ex procurador de justicia del estado en el sexenio de Antonio Toledo Corro, y ex colaborador del gobierno de Alfonso G. Calderón, el abogado Jorge Chávez Castro, quien había fungido como coordinador del Consejo Estatal de Seguridad en el gobierno de Juan S. Millán Lizárraga. El ex presidente municipal de Culiacán, habría acuñado una frase célebre, siendo procurador con Toledo Corro, cuando ante la necesidad de usar a la policía para rescatar a una jovencita que había sido secuestrada por un grupo de narcotraficantes “juniors” en Culiacán, habría expresado: “No estoy loco ni soy suicida”.⁴¹ Chávez Castro también había expresado, frente a los riesgos que implicaban las bandas de traficantes sinaloenses, que “el que nada debe nada teme”. Su muerte reveló, entre otras cuestiones, que en Sinaloa nadie puede estar seguro de nada.

Pero los escarmientos, auténticas matanzas en lo que concierne al ámbito rural sinaloense, son en parte la secuela o los resultados de esos cambios de estilo de los ajusticiamientos entre las bandas criminales. En el derrotero de esta larga historia

⁴¹ La anécdota fue contada por el periodista José Angel Sánchez López, en entrevista con el autor.

de muerte, los sucesos de escándalo han sido cada vez más comunes durante los últimos años en la sierra, el campo y hasta en las ciudades. Por ejemplo, el 15 de julio de 1999 en la comunidad de Higueras de Abuya, en el municipio de Culiacán, fueron ejecutadas siete personas, la mayoría jóvenes habitantes del poblado. Sus cuerpos fueron localizados precisamente dentro de un plantío de mariguana. Unos meses después, en mayo del 2000, en la comunidad de Santa María, en la serranía del municipio sureño de El Rosario, fueron emboscadas y ejecutadas otras siete personas; eran trabajadores de de Comunicaciones y Transportes. Y de acuerdo con información consignada el viernes 16 de febrero de 2001 por el diario **La jornada**, apenas el 1º de enero anterior habían sido ejecutados 6 jóvenes sinaloenses y al siguiente día, 3 muchachos más, “en un presunto caso de *ajuste de cuentas* entre narcotraficantes”⁴². En abril de 2002, serían asesinados otras 8 personas, en una acción que dejaría además 6 heridos, que eran jornaleros que viajaban a bordo de una camioneta, quienes “al parecer se dirigían a preparar la tierra para sembrar amapola”, anotaba el corresponsal de **La jornada**, Javier Valdez. El hecho es que a los jornaleros los emboscó un comando de 10 sujetos vestidos de negro y encapuchados, en los alrededores del pueblo Las Bastantitas, de Tamazula, Durango, en los límites con Sinaloa, ruta de entrada hacia los rumbos de Badiraguato.⁴³

Pero ese día la nota que destacaba el diario en su página 45, decía: “Dieciséis personas fueron asesinadas en menos de 24 horas en Sinaloa”. Y es que en un suceso que llenaría de indignación a la sociedad sinaloense, y por supuesto que llamó la atención en el país y el extranjero, un comando de unos 15 gatilleros encapuchados, tomó por asalto la pequeña comunidad serrana de El Limoncito de Alhayá, y ahí golpearon, ataron y luego acribillaron a 12 personas, incluidos dos menores de edad, a quienes de manera previa habían obligado a subir a la redila de una camioneta. Cuando estuvieron a bordo de ésta, los sicarios dispararon a mansalva unos 100 tiros

⁴² **La jornada**, viernes 16 de febrero de 2001, p. 45.

⁴³ **La jornada**, jueves 25 de abril de 2002, p. 38.

con armas AK-47 y R-15. Los ejecutados fueron materialmente rociados a balazos⁴⁴. Ante el azoro, el llanto y el pavor de familiares, mujeres y niños, los encapuchados abandonaron tranquilamente el poblado de unas cincuenta casas, del municipio de Cosalá, zona de altos índices productivos de mariguana y amapola. Como era de esperarse, las respuestas no se harían esperar por parte de los agraviados, directos e indirectos. En un extenso reportaje sobre la violencia sinaloense, Alberto Nájjar, describe al campo y a la sierra de Cósala prácticamente como un sembradío “de cruces”.

“Porque en Cósala, como en el resto de la sierra de Sinaloa, la justicia se obtiene por propia mano.

“Y en este caso, las cuentas ya empezaron a cobrarse: en la semana siguiente a los hechos de El Limoncito, nueve personas fueron ejecutadas, entre ellas un comandante de la Policía Ministerial que trabajó 27 años en el municipio.

“Las cruces del camino, pues, seguirán en aumento”⁴⁵.

El temor se resiente desde hace muchos años también, por supuesto, en los ámbitos urbanos. Pocos meses después del crimen en El Limoncito, por ejemplo, en medio de una fiesta infantil se desató el estruendo de las balas de alto poder. Como a las 8.30 de la noche de un viernes de junio de 2001, un centenar de pequeñines, acompañados de sus padres, se divertían y celebraban el cumpleaños del hijo del empresario Antonio Ovalle Mayré, en el salón Misión de la famosa colonia Las Quintas de Culiacán. De pronto irrumpieron seis sujetos y asesinaron a los dos policías que vigilaban la entrada del salón. Los sicarios, al parecer, buscaban ultimar al empresario, quien ha sufrido varios atentados a balazos. “Durante el ataque, los menores se encontraban en el extremo norte del local, donde un grupo de payasos y jovencitas presentaban un *show*. Los tipos dispararon hacia las paredes y hacia la barra del salón”. En el atentado, fue asesinada una de las invitadas y hubo dos

⁴⁴ **La jornada**, viernes 16 de febrero de 2001, p. 45.

⁴⁵ Alberto Nájjar, “Los narcos ganan las primeras batallas”, **Masiosare**, suplemento de **La jornada**, domingo 11 de marzo de 2001.

heridos más⁴⁶. En noviembre del mismo año, en Mazatlán, fueron asesinados dos jueces federales, así como la esposa de uno de ellos, en el exclusivo fraccionamiento El Cid. Los magistrados ejecutados fueron Jesús Alberto Ayala Montenegro y Benito Andrade Ibarra. El Congreso de la Unión y la Suprema Corte de Justicia de la Nación externaron su condena e indignación.

Al margen de las respuestas del Estado, la muerte ha seguido ensangrentando los hogares, los caminos, las calles y las carreteras sinaloenses. Sólo como un par de ejemplos más, en la madrugada del jueves 12 de junio de 2003, a unos 60 kilómetros de El Rosario, sobre el carril derecho de la carretera fueron ejecutadas seis personas, a quienes previamente los asesinos habían acomodado en fila. Los ajusticiados presentaban heridas de bala en la cabeza, aunque del lugar de los hechos fueron recogidos 65 casquillos percutidos de “cuernos de chivo” (AK-47). Durante ese mismo año de 2003, pero en el poblado de Tepuche, en Culiacán, “cuatro policías municipales fueron desarmados, esposados y prácticamente fusilados por un grupo de gavilleros que opera en la zona serrana de ese municipio”.⁴⁷

La incertidumbre y el pánico no sólo se observan y registran en el plano social. El propio gobierno, o sus instituciones encargadas del combate a la industria de las drogas ilícitas, parecieran hallarse entre la descomposición y la desesperación. La toma o aseguramiento, por parte del ejército, de múltiples instalaciones de la Fiscalía Especial de Atención de Delitos contra la Salud (FEADS) de la PGR en más de una docena de estados del país, o la toma militar de Nuevo Laredo, Tamaulipas, y la aparente exhibición de fuerza coercitiva por parte del gobierno de Fox en el año de 2005, son sólo botones de muestra. Los enormes recursos que mueve la industria se filtran como la humedad en todas las estructuras e instituciones. Como varios analistas y estudiosos del fenómeno han planteado, no hay manera de combatir

⁴⁶ **La jornada**, domingo 17 de junio de 2001, p. 38.

⁴⁷ **La jornada**, viernes 13 de junio de 2003.

contra una suerte de “benigno” pero contagioso “cáncer” que se adquirió desde hace décadas. Con instituciones infiltradas, una economía atizada y fortalecida con recursos híbridos, una sociedad y un mercado sedientos y exigentes de los productos enervantes y con un gobierno federal que anda dando tumbos, con programas que a lo largo de décadas no han dado resultados eficaces respecto del combate al tráfico y la producción de drogas, el Estado parece haber perdido una pretendida guerra que nunca inició, porque en el interior de sus estructuras, en los niveles municipales, estatales y federales, siempre han anidado, y siguen estando presentes, los intereses proteccionistas en torno a una industria ilegítima pero sustanciosa.

En el reportaje ya citado “Los narcos ganan las primeras batallas”, de Alberto Nájjar, éste se refiere a la marginación y las carencias de todo tipo, y hasta de comida y agua, de la mayoría de los pobladores de la sierra de Cosalá, donde ejerce y tiene sus propiedades, poderes, dominios e influencias “el ganadero” Javier Torres Félix, famoso en los rumbos y en los medios de comunicación sinaloenses, a quien denominan el “JT”, quien después de la los acontecimientos y la masacre de El Limoncito desapareció por alguna razón del escenario rural. En este páramo de pobreza y miseria, dice el periodista de **La jornada**, el contraste es precisamente el rancho de los Torres Félix, conocido como Los Llanos del Refugio.

“Ubicado en la sindicatura de La Llama, a 500 metros de un centro de adiestramiento de la policía estatal, la construcción de media hectárea cuenta con pozo (de agua) propio, caballerizas, troje, televisión por cable y jardines con árboles de pingüica para las fiestas, que según los lugareños solían durar hasta tres días y eran amenizadas por bandas como Tierra Blanca o El Coyote.

“En los días posteriores a la masacre de El Limoncito algunos familiares de Javier Torres argumentaron que la riqueza les viene de abolengo, herencia de unos antepasados muy ricos.

“Pero en La Llama, algunos de los ex empleados de don Javier no pueden ocultar el secreto de su profesión: sus manos tienen manchas

negras, igualitas a las que, dice un pescador de la presa El Comedero, se forman al cosechar la goma de amapola”.⁴⁸

Entre el espejismo y el miedo y la adrenalina, entre la aventura y la tentación de los dineros fáciles y abundantes, quienes se han involucrado en el mundo de las drogas de hecho transitaron y construyeron, social e históricamente, una odisea de reto y transgresión. Los inversionistas, productores e intermediarios, “mulas”, “burreros”, vigilantes, guardaespaldas y sicarios, integrantes de las redes de la industria, se han involucrado también segmentos importantes de la población rural, en ejidos y comunidades a través de la siembra, el cultivo y el cuidado de las plantaciones de enervantes. Y la mayoría de quienes han intervenido en la industria, o por lo menos los más beneficiados, cayeron en las redes de la enajenación y el deslumbramiento. De suerte que, a lo largo del tiempo, y bajo la iniciativa, la audacia y la presión ejercida por los grupos transgresores diversos, en cuyo interior no han faltado políticos, militares, terratenientes, ganaderos, comerciantes y empresarios, miles de campesinos han enajenado la tierra. Y sus productos. Además, su visión del mundo. Su existencia. Y su destino. Un escabroso destino o una “leyenda negra” que se construyó con base y a fuerza de ilegalidad, crimen y delito.

Tanta es la fuerza de los episodios y las anécdotas mortales relacionadas con las drogas ilícitas, que los medios de comunicación hasta se han solazado de su presencia y constancia. Algunos periódicos, más allá del contexto social y del derrotero histórico de la sociedad sinaloense, se dieron a la tarea de resaltar los detalles, los coloridos y los escándalos cotidianos de la violencia y el crimen, por supuesto por los rumbos del sensacionalismo y el amarillismo. Algunos se han “especializado”, como ocurre con el semanario **Ríodoce**, que desde su fundación en el año de 2003 por parte de un grupo de periodistas que abandonó el diario **Noroeste**, a raíz de diferencias editoriales, no ha cejado en explorar y explotar las

⁴⁸Alberto Nájjar, *ibid.*

vetas vinculadas con el narcotráfico. Y el propio diario **Noroeste**, al margen de su cobertura informativa diaria, entre los años 2003 y 2004, tuvo hasta la propia “necesidad” de editar, los domingos, una sección especial dedicada a cuestiones de vendettas, ajustes de cuentas y gestas del narco, y que se identificaba precisamente con el título de “Historias negras”. Los reportajes y las crónicas resultaban por demás sugestivos: “No se “cuadra” ante soldados”; “Con sabor a pólvora”; “Venganza y misterio”; “Bugambilias en escarlata”; “Una cadena de violencia”; “Trágico viaje a Mazatlán”; “Aún jóvenes para morir”; “Sin horario para caer”, etc.

Es que en el cultivo y el trasiego de las drogas, los sinuosos caminos de terracería y las carreteras, llenos hoy simbólicamente de cruces y tumbas, debieron ser andados mediante las maneras propias de las actividades ilegales: con vigor, con fiereza, con fuerza oscura, con una violencia atizada también por el resentimiento y el rencor social generados en parte por la marginación socioeconómica y cultural, pero también con inteligencia, audacia y valentía. Entre el pudor y el temor de seguir las rutas y las redes de lo prohibido, pero empujados a la vez por las luces y las fantasías de la riqueza, y por el atractivo de una vida que normalmente en el campo jamás o difícilmente se habría de adquirir, centenares y miles de familias se involucraron en la fiebre de la sórdida industria. La que hoy mantiene en jaque a la sociedad. Acaso un factor de fondo en torno a la desviación social estriba en lo que, parafraseando a Frantz Fanon, asentó hace tiempo Jean Paul Sartre: la “violencia indomable” es en realidad “el hombre recreándose a sí mismo” y una forma en que “los miserables de la Tierra pueden hacerse hombres”.⁴⁹

⁴⁹ Jean Paul Sartre, Prefacio a **Los condenados de la Tierra** de Frantz Fanon (1969), Ed. FCE, México.

D) Actores y observadores de la transgresión

En el mundo social sinaloense, múltiples son los actores y protagonistas de lo que podría denominarse como la gesta histórica de la transgresión sociocultural, que ha traído consigo el tráfico de las drogas ilícitas. Los personajes que más han llamado la atención han sido, por supuesto, los traficantes visibles que han ejercido un liderazgo entre sus clanes, grupos y sectas de tipo familiar como los Quintero, los Salcido, los Arellano, los Caro o los Carrillo, aunque luego han ampliado su dimensión y cobertura; varios de esos líderes, por su carisma y por muchas de sus acciones, han llegado a ser vistos con admiración, por propios y extraños, y han sido hasta elevados a la categoría de héroes por parte de ciertos segmentos de la población. En sus áreas de influencia y en sus lugares de origen (Badiraguato, Pericos, Sinaloa de Leyva, Guasave, Guamúchil, Culiacán, San Ignacio, Elota, Cósala, Mazatlán, Concordia, El Rosario, Escuinapa y en casi la totalidad de los 18 municipios del estado), tales agentes del trasiego de enervantes han sido objeto de las más diversas muestras de evocaciones generalmente positivas, ora de agradecimiento, ora de alabanza, o en su defecto se narran sus acciones y aventuras, plétóricas de valentía, lo que se ha traducido, por ejemplo, en la confección de anécdotas, leyendas, canciones, corridos y hasta cuentos, novelas, libros y películas en su memoria o su honor.

Personajes de principios del Siglo XX como Valente Quintero y Martín Elenes; pero sobre todo de los tiempos en que los medios de comunicación electrónicos y la prensa los hacen cada vez más visibles, así como la industria de las drogas se transforma en una más beligerante y expansiva actividad, tales individuos tienden a acaparar los escenarios mediáticos y de la vida pública, como los casos de Pedro Avilés o Lamberto Quintero, asesinados durante la década de los setenta; eran los tiempos en los que también destacaría Eduardo Fernández Juárez, quien fuera mitificado por propios y extraños como el primer gran “capo”, ejerciendo sus

poderes en el centro del estado. Luego vendrían otros, ya en pleno auge y esplendor del comercio de las drogas, como Miguel Angel Félix Gallardo, Ernesto Fonseca Carrillo, Rafael Caro Quintero, la banda de los Beltrán Lugo, Manuel Salcido Uzeta, Amado Carrillo Fuentes, el clan de los Arellano Félix, Joaquín Guzmán Loera, el “Güero” Palma Salazar, Ismael el “Mayo” Zambada, entre otros, que forman parte del arcoiris simbólico más representativo o llamativo de la desviación y del narcotráfico de la región.

La industria de los enervantes trajo aparejado no sólo el **boom** de los propios protagonistas o actores sociales de la producción y la distribución de los fármacos ilegales, vinculados muchos de ellos orgánica y ruralmente a su tierra; ni tampoco se quedó sólo en la forja de una industria de la cultura que utilizó masivamente los nuevos estereotipos de la violencia criminal; ni se ha quedado sólo en la explosión mediática de la música con la aparición de grupos como Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, o cantantes populares como Chalino Sánchez, el As de la Sierra, El Coyote o el numeroso clan de los hermanos Elizalde, encabezados por Valentin y Joel. El mundo de las drogas hizo eco también en las esferas artísticas serias, en los circuitos de la llamada “cultura culta” del estado y ha sido motivo de preocupación y ocupación por supuesto en los ámbitos intelectuales, universitarios, periodísticos y políticos. Y se reflejó hasta en el discurso recurrente de los medios impresos de comunicación, sobre todo con la explotación informativa de la nota roja y el sensacionalismo generados por la constancia de la sangre derramada, la muerte y los ajusticiamientos que se verifican diariamente en las rancherías, los pueblos y las ciudades, con el enfrentamiento abierto y sordo, entre sí, de los diversos grupos por el control de territorios y mercados, y el pretendido e hipotético combate a la industria por parte de las fuerzas del orden y la legalidad del sistema hegemónico. Es decir: todas las esferas y sectores sociales de la vida sinaloense se han involucrado y participado, directa e indirectamente, en el

fenómeno de la narcocultura o de la llamada subcultura de la violencia y de las drogas prohibidas.

En un reportaje reciente titulado como el “Arte contra la narcoviencia”, los artistas más representativos de Sinaloa que han trabajado durante años la temática, entre ellos Oscar Manuel García Castro y Lenin Márquez Salazar, comentan que su obra es expresión de una actitud en la que “se niegan a cerrar los ojos” para externar, artísticamente, una realidad que los políticos han querido minimizar. Lejos del elogio o de la satanización, ambos artistas han provocado reacciones y polémica pública en el estado. Pero más allá de eso, les distingue la calidad de su obra, la que ha obtenido premios y reconocimientos regionales y nacionales. Y es menester recordar que en los certámenes más importantes de artes plásticas que se efectúan en el estado --Bienal del Noroeste, Premio estatal “Antonio López Sáenz” y Salón de la Plástica Sinaloense--, siempre están presentes las líneas y los colores referidos al submundo de la violencia y de las drogas.

García Castro sostiene que no intenta realizar “una apología” del fenómeno: “simplemente retomo el tema que me tocó vivir”. Y Lenin Márquez apunta que en Sinaloa “morir de muerte natural es morir a balazos”. De modo que la llamada “cultura del narcotráfico” ya es parte de un modo de vivir “hechizo”. En el estado, dice García Castro, “todos tenemos un nexo aunque sea indirecto con el narcotráfico, desde que la economía funciona a partir de los acomodos de los cárteles locales y nacionales, hasta la participación involuntaria de la misma sociedad”⁵⁰. En la actualidad, agrega, la sociedad ha terminado por aceptar la inserción de los traficantes en las relaciones de la sociedad.

La periodista describe, respecto de Lenin Márquez, que éste, marcado por la audacia, acude directamente

⁵⁰ **Ibid.**

“a la escena del crimen, peina el terreno después de que los peritos y el personal del forense hacen lo propio. En esos escenarios donde el narcotráfico deja mensajes muy claros a sus oponentes, Márquez recolecta lo mismo zapatos, cortaúñas, que lazos con los que amarraron los costales o las cobijas en los que aparecen los cadáveres”.⁵¹

La artista Rosa María Robles, escultora y pintora, ha destacado igualmente de manera significativa con su obra, que le han redituado loas, reconocimientos, premios, pero también crítica y censura, en especial de los políticos y de la Iglesia, por la fuerza y la crudeza de sus trabajos. En el mismo reportaje, ella explica que le ha interesado conocer los detalles simbólicos en torno a las ejecuciones y el misterio que entrañan en el mundo de las drogas. De manera que le ha dado por acudir a la morgue, con una interrogante: ¿porqué los ejecutados aparecen encobijados? Las respuestas, dice, la han dejado impávida por lo insólito de sus hallazgos:

“No lo podía creer, la mayoría de esas cobijas son nuevas y las han comprado en Sears y Liverpool. Lo curioso de todo esto es que los sicarios se toman la molestia de ir de compras para poder cumplir con el encargo completo”.⁵² Y puntualiza: los asesinatos y los ajustes de cuentas son vistos como “algo normal, como parte de lo cotidiano”.

Se trata, como diría Thompson, de un mundo social con un suceso histórico de especial relevancia, que ha englobado expectativas, comportamientos y circunstancias particulares, y que resulta “de por sí” significativo para la vida cotidiana de quienes viven, padecen y miran los derroteros y horizontes del fenómeno. En el fondo la problemática, a los diversos actores sociales, también les ha marcado su vida, en los planos profesionales, laborales, cotidianos y personales. Por ello, el testimonio, las valoraciones, la explicación, los argumentos y las percepciones sobre lo que han vivido social, artística, política o culturalmente

⁵¹ Leticia Sánchez, **Ibid.**

⁵² **Ib.**

algunos de esos personajes representativos, resultan útiles, desde una óptica cualitativa, para proseguir en torno al desentrañamiento y la interpretación de las vicisitudes del fenómeno de las drogas en Sinaloa. Y más allá de las particulares formas de entender y percibir la problemática de la producción, distribución y consumo de los estupefacientes, así como su impacto sociocultural, económico y político, lo importante en cada uno de ellos es que se colocan en el centro de la discusión como individuos o actores que han resentido también, de algún modo, los efectos sociales, culturales o simbólicos, a través de la realización de sus propias actividades públicas, profesionales y artísticas.

Las entrevistas seleccionadas, que desglosamos enseguida, fueron realizadas **grosso modo** para esta investigación, aunque algunas de ellas, también sintéticamente como las presentamos aquí, se hayan publicado previamente a través de diferentes medios impresos. Los entrevistados han sido personajes relevantes en sus respectivas disciplinas; uno de ellos (el histórico ex procurador de justicia del estado de Sinaloa, Manuel Lazcano y Ochoa) falleció el 28 de mayo del año 2000, tres meses después de nuestra última conversación, verificada en el despacho de su notaría, en la Avenida Obregón, en pleno centro de Culiacán. Los otros prosiguen en sus respectivas labores profesionales: en el arte pictórico Lenin Márquez; en la literatura Elmer Mendoza; y en el periodismo José Angel Sánchez.

Pero antes de ellos, hemos decidido iniciar con un acercamiento a la figura de Jesús Malverde, en tanto personaje crucial de la trama cultural sinaloense. En su figura se condensa historia, mitificación, transgresión, como un símbolo que se fortalece al paso del tiempo, y que no se circunscribe sólo a las evocaciones que tienen que ver con la violencia, sino que tiene raíces con la rebelión frente al poder político, con un contexto socioeconómico marcado por la pobreza de principios del Siglo XX y con las necesidades espirituales de los pobladores y de los trabajadores más desprotegidos, explotados y marginados del campo y la sierra sinaloense. Idoló

y cosa, que representan, como dirían Erich Fromm y Adam Schaff,⁵³ a la materia inerte y muerta que adquiere vida y significación cultural en virtud de las peculiares formas de la alineación. “Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no escuchan”, decía Fromm, involucrando a las partes cruciales de la relación: el ídolo y los adoradores. Pero, más que ello, la imagen de Malverde condensa, representa y significa una parte sustantiva de la doxa y las creencias populares de segmentos importantes de la sociedad sinaloense. Y, como anota Martín-Barbero, la sociedad nos ha vuelto

“sordos a la palabra que se alza desde el silencio de nuestras culturas pobres. Estas culturas hablan un idioma que desconocemos casi por completo y para cuyo aprendizaje nuestro sofisticado instrumental es con frecuencia más un obstáculo que una ayuda”.⁵⁴

⁵³ Destacan, particularmente, de Erich Fromm (1978), **Marx y su concepto del hombre** Ed. FCE, México; y de Adam Schaff (1979), **La alienación como fenómeno social**, Ed. Crítica, Barcelona.

⁵⁴ Jesús Martín-Barbero (2002), **Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura**, Ed. FCE, p. 102.

1.-La semblanza

Malverde: el símbolo cultural del “narco”.

“Jesús Malverde”

(Autor: Jessie Armenta)

Intérpretes: Los cadetes de Linares y Los Serranitos de Malverde

**Voy a pagar una manda
Al que me hizo un gran favor
Al santo que a mi me ayuda
Yo le rezo con fervor
Y lo traigo en mi cartera
Con aprecio y devoción.**

**Algún tiempo ya tenía
Que no venía a Culiacán
A visitar tu capilla
Y a venerar este altar
Tú sabes que no podía
Por las broncas que uno trae.**

**Me fue muy bien todo el año
Por eso ahora vengo a verte
De Culiacán a Colombia
¡Que viva Jesús Malverde!
Este santo del colgado
Me ha traído buena suerte.**

**Tu imagen tiene una vela
Siempre prendida en tu honor
Y cargo yo tu retrato
Por donde quiera que voy
Especialmente en mis tratos
Cuento con tu bendición.
Pese a que tanto te rezo
Yo nunca te pido nada
Humildemente hoy te pido
Sólo Juárez y Tijuana
Una parte de Guerrero
Y las sierras de Chihuahua.**

**Dejo mi suerte en tus manos
 Tu milagro generoso
 Yo volveré hasta el otro año
 Por no ser tan encajoso
 Gracias por lo que me has dado
 Y por ser tan milagroso.**

“Gracias a Dios/ y a los milagros/ de mi pariente Malverde”, dice uno de los tantos ex votos dentro de la capilla. Firma “Chávez Burgos”, de El Salado, un caluroso pueblo a una veintena de kilómetros de Culiacán, con una petición extra: “Danos salud, bienestar y reposo”. Ubicada casi enfrente del moderno edificio que alberga a las oficinas del Gobierno del Estado, junto a las históricas y añejas vías del ferrocarril, la capilla fue construida por el propio gobierno estatal, sobre un terreno que en su momento también donó el que fuera gobernador, Alfonso Genaro Calderón, en el año de 1979. Entre otros apoyos oficiales, el recinto sigue exento del pago de agua y predial, atendiendo quizá a la condición pretendidamente benefactora de la peculiar y profana institución eclesial, que, entre otros, suele ofrecer servicios de funeraria para personas de escasos recursos y para ello cuenta hasta con una vieja carroza fúnebre.

Sincretismo y dicotomía, al mismo tiempo, se expresan significativamente en el fenómeno cultural de Jesús Malverde, símbolo que ha llamado la atención de los analistas y estudiosos de la cultura en diversas partes del mundo. Sin la pompa de las celebraciones litúrgicas de la religión católica y tampoco sin la riqueza arquitectónica y artística que caracteriza a los templos de ésta, la casa de Malverde es más bien la manifestación sencilla, pero cruda, dura, franca y fuerte, además de muy significativa, de las creencias elementales y hasta “silvestres” de varios segmentos marginados de la sociedad. En torno a la capilla hay varios negocios, en los que el apellido “Malverde” se adjunta a los giros particulares, como “Malverde Clutch & Brakes”, “Malverde Lumber” o “Coco’s Malverde” y “Chic’s Malverde”, entre otros. El sitio, en primera instancia da la impresión de una bodega o una

factoría de aluminio, pero acercarse al hogar del ya legendario personaje requiere de especiales dosis de entereza y ecuanimidad, sobre todo si la visita es nocturna, durante las horas en que las emociones están a flor de piel, mientras deambulan sujetos en los alrededores y las camionetas negras de vidrios polarizados hacen su arribo y se estacionan intempestivamente, rechinando las poderosas y anchas llantas. Inclusive hasta se adivinan o intuyen las metralletas cortas de grueso calibre, además de las escuadras de uso “exclusivo” del ejército, pero que siempre están en posesión de grupos e individuos dedicados a la protección de sus vidas y sus intereses. Sea de día o de noche, a cualquier hora, se escuchan desde lejos los clásicos sonos de los tríos de música norteña.

La adrenalina se siente como parte sustancial en los rituales sigilosos, sórdidos y tensos de la noche. Los ocupantes de las camionetas Lobo, las Ram, una que otra Suburbam y otras 4 X 4, aguardan algunos minutos. Suenan los radios de onda corta y los celulares. Un grupo de unos diez feligreses ensombrecidos se retira del lugar. Y luego bajan de sus vehículos otros individuos. Y llega también la banda con sus numerosos instrumentos musicales. Estallan de pronto la algarabía y el bullicio y da la impresión de que se está frente a la coreografía de una fiesta improvisada y adelantada; la música de viento de tuba y trompetas y tamborazos eleva los ánimos de los sujetos que llegaron en parvada, poblando la banqueta y el interior de la ermita. Eligio González León, el histórico “capellán” aún con vida en el año 2000, como escultura gélida, seria, de sospechosas vibras y con esa mirada tenebrosa de perdonavidas y perdonapecados y como si estuviese oficiando desde un púlpito en alguna sala de torturas del infierno, se muestra complacido ante la ruidosa feligresía proveniente de los campos sinaloenses. Seguramente las limosnas serán pródigas con la llegada de las peculiares tribus campiranas de la medianoche. Y eso que falta aún una semana para la fecha crucial del día de los albañiles, el 3 de mayo, el importante aniversario de Jesús Malverde. Pero para evitar posibles conflictos y

enfrentamientos con otros grupos o con los policías federales, más vale cumplir con las mandas y patentizar honores y agradecimientos de manera previa e imprevista.

El promotor cultural culiacanense Vicente Jaime Sánchez, irreverente y con su clásico humor negro, ya está más que acostumbrado al espectáculo. “Pero más vale no hacer mucha confianza con estos compas, porque te pueden carraquear”, dice en broma pero muy serio, en tanto devienen, inevitables, el nerviosismo y la ansiedad. Y bajo los dominios mismos del “santón”, acota Vicente Jaime, “en su propio antro de mala muerte”, compartimos las reflexiones. Un aspecto relevante del personaje estriba en la cristalización y concreción simbólica lograda desde las entrañas de la cultura rural sinaloense, a contracorriente de la cultura y las instituciones hegemónicas, públicas y religiosas, en la entidad. Y este aspecto es uno más de los motivos de orgullo, tanto de quienes han resguardado el bodegón malverdiano como de los propios fieles y fanáticos que acuden con cierta frecuencia a expresar, con limosnas y oraciones especiales de por medio, sus peticiones y su agradecimiento “por los favores recibidos”. Ha habido ocasiones en que las ofrendas y mandas han sido más que productos agrícolas o del mar; los hombres han dejado hasta metralletas Ak-47 (“cuernos de chivo”), pistolas, cuchillos, navajas, hojas metálicas de “rayado” de bulbos de amapola y hasta “carrujos de mota”, colocadas las irreverentes ofrendas con prepotencia y presunción a un lado de la efigie, y bajo la mirada hosca y turbia del “capellán” Eligio González León, clavado en la entrada de la capilla de “su otro yo”, como un cuervo vigilante y acechante de la pradera, según las agudas percepciones de Vicente Jaime.

Diversos son los corridos que se han escrito en torno a Malverde (varias versiones de Lino y Seferino Valladares, José Luis Jiménez, Arturo Franco) y múltiples son los retablos que sobre mármol o metal, en las paredes de la capilla, consignan la gratitud y las devociones de familias e individuos de Sinaloa, del país y del extranjero. Salta a la vista en primer término la procedencia rural de la mayoría

de los autores de los mensajes que se leen en los ex votos; y en segundo término, llama la atención el sitio de honor que se le confiere al “santón” sinaloense: a veces es mencionado junto a Dios; en otras al lado de Jesucristo; y en ocasiones junto a la Virgen María. En las jerarquías implícitas, empero, sus fieles son respetuosos, y Malverde nunca aparece por encima de los íconos fundamentales de la religión católica; es mencionado casi siempre supeditado a cercano a éstos, salvo en el corrido de Jessie Armenta, donde no se hace alusión a ningún otro poder milagrero y se canta y confía exclusivamente en las propias facultades y potestades del “ángel de los pobres” que, durante un tiempo, a fines del siglo XIX y principios del XX, según cuentan la leyenda, las letras de las canciones y sus capellanes y devotos, se dedicó a robar y asaltar a los pudientes, explotadores, terratenientes, hacendados y porfiristas para otorgar más tarde las prendas, los bienes y los recursos a los campesinos humildes, a los lisiados y a los marginados de la región.

La letra del corrido de Jessie Armenta, por lo pronto, hace más que evidente la certeza respecto de la apropiación que ciertos individuos y grupos transgresores han realizado de las potestades del símbolo sinaloense y que se verifica y reitera con frecuencia cotidiana, en el cumplimiento por ejemplo de las mandas y las serenatas. El autor del corrido, en este caso, pues no se anduvo con medias tintas y solicitó, de plano, poderes suficientes para trabajar “humildemente” varias regiones, incluidas las zonas de dos de los grupos más poderosos del tráfico de drogas en el país: los llamados cárteles de Tijuana y Ciudad Juárez, así como ciertas partes altamente productivas y estratégicas de los estados de Guerrero y Chihuahua.

Empero, a pesar de su fuerza simbólica actual, ningún registro oficial, histórico ni periodístico han podido encontrar los investigadores sobre la existencia, con ese nombre, de Jesús Malverde. Pero en Sinaloa creció y se fue desarrollando el mito en torno a sus andanzas rurales, aventuras heroicas y atrevidas gestas, y más cuando paulatinamente los narcos lo adoptan como su “ánima protectora”, a la par

de la propia ampliación y fortalecimiento de la industria de los narcóticos prohibidos en el estado y el país. Aparte de la capilla “central” culiacanense, existen otras en la entidad, así como en Tijuana y Mexicali, en Baja California; en San Luis Río Colorado, Sonora; en Los Angeles y San Francisco, California; y hasta en Cali, Colombia. Algunos restaurantes y centros nocturnos en Culiacán, Guasave, Los Mochis y Mazatlán, como snobismo, provocación o como detalles turísticos, muestran bustos, escapularios, clichés y oraciones alusivas a Malverde, amén de que en los mercados públicos puede hallarse una variada oferta de afiches con la imagen del también llamado “santo de los narcos”. Aunque no sólo los traficantes de drogas le rinden pagano culto, sino también diversos grupos sociales subalternos, como campesinos pobres y trabajadores agrícolas temporales, prostitutas, proxenetas, ladrones, asaltantes, sicarios, drogadictos, vagos, discapacitados, limosneros y desempleados. “Y no olvides a los “puñales” y a los locos”, apunta Vicente Jaime, ex funcionario de DIFOCUR y corrector de estilo de la editorial de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

El escritor estadounidense Sam Quinones, asiduo visitante del estado como estudioso de las manifestaciones culturales, en un amplio trabajo de investigación (**Historias verdaderas del otro México**), advierte que Sinaloa es una entidad “donde la justicia no es ciega y no siempre los que están fuera de la ley son los malos”. E incluso, puntualiza que

“Tener al gobierno como enemigo puede mejorar una reputación. Por ello no es tan difícil entender cómo miles de personas llegaron a creer que Jesús Malverde, un bandido que murió hace tiempo, hiciera milagros en su vida.

“Tampoco es difícil entender cómo a lo largo de las últimas dos décadas Jesús Malverde se ha convertido en lo que ahora lo hace más conocido: “el narcosanto”, el santo patrono de los muchos traficantes

de droga de la región... Aquí los traficantes son héroes populares y una “narcocultura” ha surgido desde hace tiempo...”⁵⁵

Por su parte, el analista universitario Juan Carlos Ayala, en un ensayo, sostiene que los miembros de las organizaciones ilegales recurren al culto de Malverde, debido a la rigidez y la soledad que caracteriza a sus muy tensas y conflictivas actividades. De modo que el culto es como, a la vez, “catarsis” y “complicidad”.

“En la imaginería de los narcotraficantes...es la figura religiosa más cercana que se tiene...representa la unión entre el que ha logrado traspasar la barrera de la pobreza mediante esta actividad (el tráfico de drogas ilícitas) y aquellos que aún permanecen en la marginación; no es sólo una unión simbólica, es una unión social real, es el punto de identidad más profundo que existe entre el narcotraficante salido de la sociedad marginal y la sociedad marginal misma”.⁵⁶

Durante el día, a lo largo de la mañana y de la tarde, los feligreses van y vienen. Depositán las limosnas y se introducen a un pequeño cubículo donde aguarda y domina el escenario, desde su altar, el icono sinaloense que no requirió del Vaticano ni de ninguna Diócesis para investirse con una categoría celestial, mundana y pagana, pero categoría al fin. Los visitantes son, en su mayoría, hombres y mujeres ataviados con la clásica vestimenta campirana. Sombreros, huaraches, botas, amplios faldones coloridos, se miran deambulando en los alrededores, mientras un grupo de música nortea ofrece sus servicios de forma casi permanente dentro de la pequeña iglesia, que es uno de los sitios preferidos en los itinerarios de los “narco tours” que se efectúan en la ciudad de Culiacán. Adornos, fotografías, postales, relicarios, pulseras, collares, casets, discos, bustos, plumas, camisetas, veladoras, pueden adquirirse ahí mismo. La encargada de la pequeña tienda, doña Tere (que nos ha pedido que “no menciones mi nombre porque puede traerme mala

⁵⁵ Sam Quinones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México, p. 256.

⁵⁶ Juan Carlos Ayala Barrón, citado en “Malverde: la leyenda continúa”, reportaje de Luis Enrique Ramírez, diario **El Debate**, Culiacán, Sin., sábado 10 de agosto de 2002, pp. 6-7.

suerte, pero ya tú sabrás si te sirve de algo”), quien se declara “la más fiel de las siervas” de Malverde, combina alegremente la devoción con el negocio y se permite algunos rituales que ejercita con emoción hacia los clientes, y en especial a sus conocidos y a quienes ella observa con demasiadas tribulaciones y ansiedades.

“Debemos quitarte esa mala vibra”, le dice entonces a su interlocutor, como adivinando preocupaciones. Se persigna. Luego, enciende una veladora, emite rezos casi en sordina, rocía el cuerpo del aludido con lo que se supone es agua bendita malverdiana y simultáneamente le frota con fruición un escapulario sobre las manos, los brazos, el rostro, la cabeza, el pecho, la espalda, las piernas y los pies. “Debes tener confianza y tienes que creer en él. De lo contrario no podrá ayudarte”, dice. A cada nueva visita que realizamos, las atenciones son más plenas y el rito adquiere mayor calor e intensidad, aunque no llega a durar más de tres minutos. Y arenga, confanzuda: “Debes venir más seguido”. En la última ocasión, con afecto, nos obsequia una oración y un colgijo de baqueta con la fotografía del busto de un molesto Malverde en primer plano y al fondo un dibujo de éste que yace colgado y patético de la rama de un árbol, tal y como cuentan los credos que se reiteran de voz en voz sobre su presunta muerte, ordenada por el gobernador porfirista, general Francisco Cañedo, el 3 de mayo de 1903, justo a los 33 años, exactamente la edad que tenía Jesucristo cuando fue sacrificado en la cruz.

Pero otras versiones indican que la sentencia de muerte dictada por Cañedo fue cumplida el 3 de mayo pero de 1909, contra el personaje que en realidad, dicen otras voces no muy convencidas, se llamaba Jesús Juárez Mazo, y que, para estar a tono con la edad de Cristo, habría nacido precisamente un 24 de diciembre de 1876 en el estado de Jalisco, o en el municipio de Mocorito, al norte de Sinaloa. Hasta han llegado a circular actas de nacimiento, apócrifas por supuesto, sobre las poblaciones de su presunta llegada al mundo: Navolato, Bamoa o el barrio La Redonda de la capital del estado. Y otro día señalado en torno a su nacimiento es el 6 de junio de

1878, de acuerdo a una versión teatral que destaca que “esa fue la fecha que eligió el diablo para volver a la tierra”. Porque para muchos católicos ortodoxos, Malverde no es más que uno de los espectros, comenta Vicente Jaime, pero del “chamuco”: Satanás disfrazado de supuesta benevolencia.

El texto **Sinaloa. Historia y destino** del literato, periodista e historiador Herberto Sinagawa Montoya, que es visto como una suerte de diccionario sobre los personajes relevantes del estado, no consigna una ficha ex profeso sobre el “santo de los narcos”. Sólo lo hace a través de los datos que se ofrecen en torno al exgobernador Cañedo. Y muy brevemente se anota que, según contaba el propio gobernante, el bandido tenía el atrevimiento de introducirse constantemente a la casa del mismo Cañedo para robarle. Y se dice, anota Sinagawa, que “con el producto de sus rapiñas, ayudaba a los pobres”. No más. En realidad, deja entrever el escritor, al parecer se trató quizá de un invento del gobernante porfirista para justificar la persecución que efectuó contra sus enemigos políticos.⁵⁷

Pero cuenta la historia oral que el nombre del personaje alcanzó notoriedad y fue arraigándose en el imaginario colectivo en virtud de la audacia que se le atribuía al bandido, a su valentía y su generosidad; el mote con que finalmente ha sido identificado, se insiste, en realidad provino de las ocurrencias de sus andanzas, cacerías y atracos, pues generalmente se ocultaba a la vera de los caminos embozado con el camuflaje de amplias hojas verdes de los platanares, que le permitían acechar y sorprender a sus víctimas. Así habría sido forjado, entonces, “el mal verde”. Sinagawa, ya en entrevista, confiesa que siempre ha tenido dudas sobre las fechas y sobre la propia figura del santón, “pero como producto de la cultura popular es una realidad rica e incuestionable”.

⁵⁷ Herberto Sinagawa Montoya (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa, p. 86.

Daniel Sada ha llamado la atención, en el ensayo “Cada piedra es un deseo”, respecto de que “a contracurso de esa suerte de codificación vocinglera”, en tanto mito vestido y resemantizado por las múltiples versiones e historias populares, difícilmente podrá realizarse un acercamiento fiel hacia el personaje. De modo que

“Ningún historiador que se respete está dispuesto a basarse sólo en la tradición oral, lo que deja traslucir que la leyenda es un mero correlato expuesto a mil y una tergiversaciones que, sin embargo, no deben alterar lo esencial: Malverde fue un ratero prodigioso que tuvo la fortuna de convertirse en un ánima favorecedora, y se diga lo que se diga su milagrería ya rebasa un siglo”.⁵⁸

Pero al margen de las fechas de su existencia o no, de su nombre, de su nacimiento y muerte, lo trascendente es el proceso de construcción y diseño que logró realizarse del personaje, formateado con días y años especiales y tradicionales, así como con valores entrañables de la cultura popular; además, resultan significativos los elementos adicionales de carácter transgresivo, por su rompimiento de las leyes y sus enfrentamientos con los poderes del sistema, que supuestamente caracterizaron a su temperamento y personalidad. Más tarde se le empieza a ligar también con las actividades marginales de los sembradores de amapola y marihuana, hasta que paulatinamente adquiere un estatus representativo, en el marco de la desviación social, para toda la industria del narcotráfico. En ello ha influido la condición social de los campesinos dedicados a la siembra de las drogas, en general un segmento de la sociedad profundamente marginado económica, política y culturalmente, que ha visto en Malverde una hereje y heterodoxa representación social a la medida de su entorno, su hábitat y su realidad más inmediata.

Se trata de un cuasisanto sin aura mística, sin elegancia y sin relumbrón, y sin rituales ni liturgias formales, ni ceremonias ostentosas, sino que más bien podría mirarse a la mágica figura santificada de los bajos fondos socioculturales: una

⁵⁸ Daniel Sada (2000), “Cada piedra es un deseo”, en **Letras libres**, marzo de 2000, No. 15, México.

representación simbólica de la santidad de la transgresión y la desviación social, puesto que en un momento dado también las actividades ilícitas tendrían aspectos, para sus actores, que las justificarían o las explicarían como partes de la condición humana, o más francamente, como acciones surgidas de las necesidades de la sobrevivencia social; es la figura seglar, entronizada por la fuerza de las voluntades populares y atendida y adorada como “ánima bendita”, pero que se ha edificado sin las exigencias morales y sin los mandamientos tan complicados como los que se establecen en otros ritos y otras parafernalias religiosas oficiales. “Es más bien un santo en bruto”, diría Vicente Jaime.

Aquí la creencia va directo, sin contemplaciones y al grano: la imagen, si se le tiene fe, sencillamente apoya y otorga protección, revelaciones, hallazgos y milagros, sin ver para quién y para qué. De modo que todos los sectores sociales y todos los actores y agentes, proscritos o no por el sistema; legales e ilegales; pobres y ricos; parias, violadores y criminales; sicarios, padrotes, meretrices y homosexuales; serranos, ciudadanos y abigeos trashumantes; drogadictos, pecadores y narcos y hasta políticos y gobernantes de fama y trayectoria **ad hoc** a los quehaceres del tráfico de drogas, pueden tener cabida bajo el cielo y el manto generoso y antidiscriminatorio del **sui géneris** y santificado patrón sinaloense. Todo es cuestión de identidad y fe. Y la fe, recuerdan ciertos fumadores y distribuidores en pequeño de la zona dorada mazatleca, ha hecho productiva a la sierra y ha movido a las inescrutables y sinuosas montañas de Sinaloa y de los estados circunvecinos. Y no importa que la fe tenga faltas de ortografía, pues muchas prendas, escapularios y artículos con la figura mítica, transcriben, por ejemplo: “Que Dios y Malverde vendigan (sic) mi camino”.

El ex procurador y ex secretario general de gobierno en el sexenio de Francisco Labastida Ochoa, Manuel Lazcano y Ochoa, recuerda sobre el personaje, en el libro **Una vida en la vida sinaloense**, que como símbolo es un fenómeno

“curioso” y expresa precisamente una suerte de “vinculación de una forma de la cultura popular con el crimen y la delincuencia”. El lugar donde hoy están las oficinas administrativas del ejecutivo estatal, hace algunas décadas, era sencillamente un paraje enhiesto, un matorral; en medio de éste, por el camino viejo a Navolato, se encontraba una pequeña cruz; los caminantes, de acuerdo a las tradiciones, supersticiones y cábalas, al pasar le aventaban o le colocaban piedras, hasta que se formó un promontorio y así fue configurándose la leyenda: una figura regional, auténtica, ligada a la tierra y que se la “rifaba” por los intereses de los desposeídos y desvalidos. Al principio llegaban a rezarle muchachas de “la vida galante”. Circulaban ya los rumores sobre el bandido generoso: “un Chucho El Roto, sin mucha importancia”, acota Lazcano. Y la fama creció, sobre todo cuando se construyó la unidad administrativa gubernamental y hubo necesidad de remover la cruz, por lo cual se edificó finalmente la capilla, con el propósito también de tranquilizar a los fieles que ya abundaban a fines de la década de los setenta y que en un principio se habían opuesto a que la tumba fuera removida del sitio donde, bajo la rama de un mezquite, habría sido ahorcado el susodicho Jesús Malverde o Jesús Juárez Mazo.⁵⁹

El periodista Luis Enrique Ramírez, de **El Debate** de Culiacán, en un reportaje narra una anécdota sobre la imagen del sacrificado salteador de caminos, a raíz del incremento de su popularidad e internacionalización. A principios de la década de los ochenta, el entonces “capellán” Eligio González León tuvo que buscar un rostro para la “prosaica divinidad”, porque era más que evidente la imploración popular: “la gente quería saber cómo era”. Y ya había mandado a hacer los perfiles que evocaban a Pedro Infante, cuando un funcionario municipal de apellido Vega visitó a Eligio González “con una propuesta acompañada de un fuerte donativo: crear la imagen con base en una foto que presentó y que correspondía a otro político

⁵⁹ Cfr. Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, pp. 215-217.

de la época”: un tal Carlos Mariscal, delegado de Corett durante el gobierno de Antonio Toledo Corro. Fue “una broma” entre políticos y entre colegas que al final

“inmortalizó a un funcionario que de no ser por esto hoy sería poco recordado. A Mariscal, entonces, corresponde la cara de quien se supone fue Jesús Malverde”. Sólo se le habría agregado la indumentaria rural de la época”.⁶⁰

Empero, el autor del busto, el escultor jalisciense Sergio Flores, que radica en Mazatlán, ha insistido que en la imagen persisten los aires del popular cantante y actor Pedro Infante (del que tampoco se sabe bien a bien dónde nació: Guamúchil o Mazatlán), pero sobre todo se trata de un rostro con los rasgos fundamentales típicos del sinaloense, con todo y bigote.

Luis Enrique Ramírez, en su reportaje, reproduce un diálogo con Eligio González, quien será recordado, sin duda, como el principal promotor de la figura y del mito. Indicaba que “Yo hablo de Malverde no como un santo que está en el cielo, sino como el nombre de un varón que ayudó mucho a la gente y lo sigue haciendo esté donde esté”.⁶¹ Y la actual administradora de la tiendita de la capilla coincide con esa impresión y solicita que le demos directamente un mensaje al escultor: que necesita un molde para contar con bustos de mediano tamaño. “Ni muy pequeños ni muy grandes”, dice, pensando por supuesto en la comercialización de la efigie milagrera, cuya nombre ha traspasado las fronteras sinaloenses y nacionales, y en torno a la cual se preparan dos películas más, aparte de las obras dramáticas que se han hecho en torno al polémico y protagónico sujeto que, desde un simple promontorio de piedras y de una tumba arrumbada, se transformaría en creencia y mistificación masiva, hasta llegar a formar parte incuestionable de la realidad cultural de una región. Las más destacadas producciones artísticas, hasta ahora, ha sido la obra teatral **El jinete de la divina providencia**, del dramaturgo sinaloense

⁶⁰ Luis Enrique Ramírez, **Op. Cit.**

⁶¹ Luis Enrique Ramírez, **Ibidem.**

Oscar Liera, obra en la que se basó el cineasta mazatleco Oscar Blancarte para realizar un filme sobre la misma temática, y también el trabajo **El ladrón generoso**, del investigador y actor sinaloense Sergio López. Además de la fuerte crítica contra la Iglesia y el gobierno, la obra original de Liera sostiene, sustantivamente, que cuando “el pueblo quiere, hace milagros”, como los que, en la ruta de la desviación social, se siguen realizando en las costas, los valles y las serranías de Sinaloa.

El investigador Arturo Lizárraga, en el ensayo “Angel de los pobres”, publicado en la **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, dice que la imagen tiene que ver con el “culto a una tradición que une y fusiona la religión, el afán por violentar las leyes, el redimirse a través de la violencia y el saberse débil. Por eso es santo patrono de los ciudadanos de todo tipo, principalmente de los que se encuentran, por una razón u otra, al margen de la ley”⁶². Y explica que a la capilla de Culiacán llegan los traficantes y, además de manifestar su devoción a través de la expresividad de la música, la banda y los corridos y de depositar los significativos diezmos, le ofrecen los bienes materiales acordes a los favores recibidos. Y en efecto, hombres y mujeres de las serranías dedicados a la producción y al tráfico de drogas ilícitas transformaron al personaje en “su santo”. Quienes han estado

“en un campo donde se siembra marihuana o amapola afirman que, invariablemente, hay un altar para honrar su memoria y (para) pedirle salir con éxito: todas las mañanas, antes de iniciar el cultivo, los que participan deben orarle. Son ellos, los narcos, los que visitan con gran frecuencia la considerada tumba de su santo patrono y quienes, con bandas de música regional o cuartetos de música norteña, le agradecen su protección en los negocios”.⁶³

Como se puede corroborar durante cualquier día, el sitio se encuentra siempre con visitantes, principalmente hombres y mujeres de la sierra y del campo,

⁶² Arturo Lizárraga Hernández (1998), “Angel de los pobres”, en **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, No. 1, mayo-junio de 1998, Culiacán, Sinaloa, p. 55.

⁶³ **Ibidem**.

campesinos que acaso siembran productos prohibidos, que bajan a la ciudad capital a realizar sus compras de maíz y frijol y demás víveres, y que de paso aprovechan el viaje para realizar la visita obligada con su respectiva ofrenda; y cuando el momento y la cosecha lo ameritan, y acaso lo amerita casi siempre, no dudan en contratar al trío o a los cuartetos para amenizar y hacer más claro, evidente y festivo el agradecimiento por las gracias otorgadas. Durante las 24 horas del día, y este es otro de los distintivos del popular templo, las puertas están siempre abiertas, pues para arreglar y curar las cosas del espíritu, dice la señora de la tiendita, no hay horario.

Cuenta Arturo Lizárraga que en una ocasión, tres jóvenes vestidos a la usanza rural, vecinos de El Melón, de la sindicatura de Quilá en el municipio de Culiacán, se encomendaban a la imagen, pues estaban por iniciar un azaroso viaje al norte, con rumbo a Arizona.

“...Uno le promete a Malverde que sus veladoras, sus coronitas, su música, para que nos vaya bien...Uno se encomienda a Malverde, porque no sabe cómo le vaya a uno. Uno anda por allá en el peligro”. Y se despidieron fervorosamente de la imagen, mientras dejaban un recado, colocado con emotividad a un lado del busto: “...Gracias Malverde, cuídanos siempre. Fe en ti, agradecidos”.⁶⁴

El literato Daniel Sada efectuaría, según se lee, un emotivo recorrido entre las sombras mitológicas de Malverde. Luego de entrevistar y charlar con “creyentes” y “fieles” en los alrededores de la mezquita, y de ver o sentir en algunos de ellos las “vibras de rufián” y francamente “los ojos de la muerte”, conversó largamente con el entonces protector y promotor del templo, Eligio González León, quien le habría expresado que el “ánima”, como patrono de los necesitados, requiere que los devotos sean individuos precisamente con urgencia y necesidad. En consecuencia,

⁶⁴ **Ibidem.**

“quien no tenga necesidades que no venga a rezarle, porque nuestro santo no es un juguetito”.

“¡Claro que no!”, se respondió a sí mismo Daniel Sada quien, en el ensayo “Cada piedra es un deseo”, manifestaría abiertamente sus inquietudes y temores. Pero estas mismas emociones, escribió, le sirvieron para proseguir con sus interrogaciones. Y “no sin temblor”, volvió a cuestionar al “capellán”:

“¿Y qué me dice de los narcos, de los delincuentes, o de todos aquellos que no deambulan por el camino del bien?”. Sin inmutarse don Eligio se mantuvo montado en su macho y me repitió casi lo mismo, aunque ya en un tono más airado. Fue la última pregunta que le hice. Durante las poco más de tres horas que conversé con él no sentí el más mínimo encrespamiento, pero nomás mencioné a los narcos y ¡puf!: le salió lo gallón y, bueno, yo tuve miedo...Miedo de permanecer allí como si nada”.⁶⁵

Al destacar que los símbolos sagrados, aunque en este caso profanos, no únicamente dramatizan valores positivos, sino además valores negativos, Geertz ha sostenido que tales iconos apuntan no sólo rumbo a la existencia del bien, sino igualmente hacia la existencia del mal, y en el derrotero se formula un conflicto entre ambos aspectos. De forma que el llamado asunto “del mal”, consiste en formular desde la óptica de “la cosmovisión” respectiva, la honda y “verdadera” naturaleza, en realidad, de las fuerzas destructivas que están inmersas y que

“moran en la persona y fuera de él, en interpretar los homicidios, los fracasos en las cosechas, la enfermedad, los terremotos, la pobreza y la opresión de manera tal que sea posible llegar a una especie de acuerdo con esos fenómenos. Declarar que el mal es fundamentalmente irreal...es sólo una solución del problema más bien infrecuente; con mayor frecuencia se acepta la realidad del mal y se la caracteriza...”⁶⁶

⁶⁵ Daniel Sada, **Op. Cit.**, p. 34.

⁶⁶ Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona, p. 121.

“Angel de los pobres” o “prócer de los narcos”, Jesús Malverde condensa un asalto singular a la razón, como genuina y apegada iconografía de la creación popular, como santo evocativo que exalta y rinde tributo y culto a la violencia. Por ello, no fue casual que el prestigiado artista Sergio Flores hubiese incorporado un poco más tarde su propia percepción sobre el rostro del espécimen idolatrado, al realizar un modelo con aires y rasgos sutiles que lo acercaron aún más entrañablemente al imaginario colectivo y a las manifestaciones populares; aunque más tarde, en los afanes de la comercialización, la cultura popular y la cultura de masas de nuevo se imbricaron en la mixtura de la sociedad contemporánea. Un analista local confirma la apreciación: “si estuvieran juntos los retratos del ánimo y del propio Pedro Infante, no habría grandes diferencias, podrían fácilmente ser de la misma familia”.⁶⁷

La figura, guste o no, se convirtió en un icono pleno de significados. Controversial como todos los mitos, los adoradores siguen siendo, fundamentalmente, de los estratos miserables y de la periferia de la sociedad, segmentos ligados a bandas, clanes, cofradías, y de espacios, sitios y senderos de la desviación. De tal suerte que tampoco ha resultado casual que sujetos de dudosa calaña y estirpe, como sicarios, resentidos y delincuentes marginales como raterillos y carteristas urbanos, hayan sido sus principales clientes o siervos, en tanto que siempre tendrán motivos para rezarle, cantarle y ofrecerle ofrendas, pues se trata ya, en los tiempos actuales, de un auténtico representante espiritual de la transgresión, si es posible pensar así, como contraste frente a los santos oficiosos del catolicismo.

A los voceros de la iglesia católica no les ha quedado más remedio que tolerar la irreverencia y la profanidad explícitas del símbolo popular, a quien la capilla ya “le queda chica”, según decía el administrador Eligio González, si se piensa en la

⁶⁷ Véase Julio Bernal, en “Jesús Malverde: de bandido generoso a santo laico”, reportaje de César Güemes, **La jornada de Enmedio**, 10-08-2001, pp. 2^a y 3^a.

cantidad de personas que semana a semana, y durante todo el año, llegan como turistas, visitantes ocasionales y fundamentalmente fervientes devotos en busca de un milagro o para patentizar agradecimientos por las cosechas, la pesca, o bien por los ajusticiamientos, las vendetas y las transacciones llevadas a feliz término. Entre los relicarios, cadenas, estatuillas, fotografías enmarcadas, cintos, hebillas, veladoras y demás artesanías alusivas al pagano milagrero que están a la venta, y en los que se arenga al público, por ejemplo, para que le “abran su casa y su corazón” a la nobleza de Malverde, prácticamente en las paredes y espacios de la capilla no quedan ya más sitios para los retablos y exvotos de la población, rubro en el que predominan, sin duda, las leyendas y los testimonios inverosímiles de familias e individuos de los poblados y rancherías de la Sierra Madre Occidental.

Según la interpretación del periodista César Güemes, señalar que el ánima seglar “es el santo patrón de los narcotraficantes mexicanos lo acota”, e impide adentrarse en las honduras del arraigo popular de su imagen. Pero destaca tres aspectos del fenómeno que complementan y refuerzan sus nexos con el mundo precisamente de la violencia. En un recuento sintético, se indica que desde 1973 a la fecha, en la capilla se han otorgado, de forma gratuita para los deudos, alrededor de diez mil ataúdes, así como un millar de sillas de ruedas y otros tantos juegos de muletas, amén de que el espacio del templo sirve como velatorio para las familias que lo requieran.⁶⁸

Es decir, en las secuelas de la sórdida guerra de las drogas, hay apoyos para las viudas, los huérfanos, los lisiados y víctimas de los ejércitos locales de la transgresión, que pueden ser de grupos en pugna, confrontados, y de las instancias oficiales (ejército, policías federales y milicias estatales y municipales) contra las gavillas de asaltantes y delincuentes, paramilitares y comandos especiales de los clanes de traficantes de drogas y de otros grupos subalternos e ilegítimos de la

⁶⁸ **Ibidem.**

sociedad. Dados los datos que se ofrecen, se está hablando, por lo menos, de unas doce mil víctimas sin recursos económicos que han necesitado apoyo explícito frente a los estragos de la violencia, a partir solamente de 1973.

“Ante la pérdida de credibilidad –ha explicado Rossana Reguillo-- de buena parte de los actores institucionales, el conflicto se diversifica y cada grupo social, desde sus pertenencias culturales y sus anclajes objetivos, va al encuentro del otro, provisto de sus propios temores. Las violencias no están “fuera” de lo social, se construyen y se configuran en el contacto entre grupos diversos”.⁶⁹

Mientras tanto, Eligio González, a quien el ex procurador de justicia Manuel Lazcano Ochoa acusaba de farsante, manipulador y vividor, y algunos otros lo calificarían como un hábil y empírico explotador de la “mercadotecnia”, sin embargo pensaba en grande y creía que con los donativos de los devotos, de los pobres, de los habitantes agradecidos, de algunos grupos económicos importantes y, por qué no, hasta con la aportación de ciertos individuos poderosos de los clanes delictivos, podría construirse, si no una catedral, por lo menos una iglesia “más en forma”, que estuviera un poco más “a la medida de los grandes milagros de nuestra ánima”. Más allá de la irreverencia o la herejía, la leyenda levantada ha resultado proporcional al vigor de ciertas tradiciones y concepciones sentidas y hondas de la población. Y esa fuerza puede representar, anota Geertz, “el poder de la imaginación” del hombre

“para pensar y edificar una imagen de la realidad en la cual los acontecimientos, de acuerdo a Max Weber, “no están sencillamente presentes y ocurren sino que tienen una significación y ocurren a causa de esa significación”.⁷⁰

⁶⁹ Rossana Reguillo (2001), “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, revista **Metapolítica**, Vol. 5, enero/marzo de 2001, México, p. 86.

⁷⁰ Clifford Geertz, **Op. Cit** p. 122.

En el terreno de la subjetividad de la interpretación simbólica y de las formas, los propios analistas caen en las apariencias o en los lugares comunes, que pueden alzarse como trampas y subterfugios de la mitología. La cercanía con el mundo o con el hábitus de la desviación social, dificulta la reflexión en torno a las aristas de la problemática. De cualquier manera, empero, resultan importantes los acercamientos a las creencias y opiniones en tal sentido, pues constituyen parte de la doxa. Así, luego de llamar la atención sobre un pre-supuesto “carácter sensual” de la cultura de la población serrana, en la que destacan de manera preponderante las manifestaciones comunicativas relacionadas con “las impresiones y los sonidos”, un investigador de la temática histórica y cultural en la región ha interpretado que el mito, particularmente aquí, constituye

“el signo de lo irónico e irreverente que trae el sinaloense muy arraigado en (las) profundidades del subconsciente y el cual se cubre al manifestarse en la figura del bandido generoso que después ha derivado en bandido social”.⁷¹

El escritor Sinagawa Montoya, en entrevista realizada en su casa de Culiacán, proporcionó su propia versión, con otros detalles, sobre el bandolero social que habría de acceder a la veneración pública. Explicó que desde mucho antes de 1940, como parte de sus tradiciones ancestrales, y particularmente los indígenas mayos,

“en sus trajines y largas caminatas, tenían (tienen aún) la costumbre de arrojar una piedra al pasar frente a una tumba, como una especie de tributo y protección. Hay cierto significado religioso. La tumba de Malverde era un montón de piedras sueltas con una cruz rústica, bajo un guamúchil ya muy viejo, que a mí todavía me tocó mirar. Antes de su muerte, se dice, asaltaba y hacía sus fechorías disfrazado también con hojas de milpa. Pero hay que advertir que en Sinaloa resulta muy común que todos los bandoleros adquieran la fama o el prestigio de generosos. Lo mismo se podría decir de los narcotraficantes que hacen su negocio, pero también se dan su tiempo

⁷¹ Gilberto López Alanís, “Narcotráfico, corridos y cultura”, **El Suplemento**, DIFOCUR, 8 de diciembre de 1991.

y su espacio para ayudar un poco a la gente, a su pueblo o a su rancho; a la gente que se deja, la ayudan. Pero en parte es con el propósito de crear un escudo de protección”.⁷²

Para el investigador del Colegio de la Frontera Norte, José Manuel Valenzuela, los iconos de esta naturaleza revelan “la complicidad popular” con la figura transgresora. Y Malverde realizó sus travesuras y correrías “en tiempos complicados donde abundaban las gavillas y las bandas de salteadores”, que recreaban los escenarios socio literarios descritos por Ignacio Manuel Altamirano en **El Zarco**, o por Manuel Payno en **Los bandidos de Río Frío**. Y explica el sociólogo en el libro **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, que de frente al sadismo o la “saña” eclesiástica que le condenaría como escarmiento, en un espectáculo brutal, a permanecer insepulto y

“colgado de un árbol de mezquite por órdenes del gobernador Francisco Cañedo, la gente del pueblo compensó al “bandolero ecologista” llevándole piedras, rogando por su alma y solicitándole favores. Piedras de misericordia y solicitudes que con el paso del tiempo lograron que el “mal verde” deviniera imagen taumatúrgica. El salteador que se camuflaba con las hierbas y plantas se convirtió en santo popular en (una) región donde el comercio del narco adquiría fuerza incontenible. Malverde adquirió fama y reconocimiento en campos sacralizados por la mística popular, situación que contrasta con su proscripción y anatemización por la iglesia institucionalizada, y su incorporación reduccionista en el narcomundo”.⁷³

Más allá de que los medios de comunicación insistan en ubicar a la figura tradicional sinaloense en el marco estricto del ámbito de las drogas, en realidad sus orígenes y connotaciones rebasan con mucho tal caracterización. Y es que el personaje, inventado o no, surge precisamente en el contexto de una sociedad altamente represiva, en el que la inmensa mayoría de la población campesina

⁷² Herberto Sinagawa Montoya, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa.

⁷³ José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México, pp. 149-150.

padecía los estragos de una política porfirista, que sustentaba su poder, en buena medida, en los apoyos de hacendados, latifundistas y terratenientes. Entonces, uno de los milagros sociales de Malverde estriba en su raigambre o su venera popular, en sus orígenes y vínculos sociales, como representación vívida de la venganza simbólica de los pobres y los marginados. De ahí deviene su fuerza, su irreverencia, su implícito poder simbólico, su poder sugestivo de convocatoria popular, su atractivo cultural y la fascinación que ha ejercido y sigue ejerciendo hasta la fecha en ámbitos cada vez más amplios y significativos. Valenzuela puntualiza al respecto que el icono se inscribe dentro de los mismos procesos de “hipostasiado” de otras divinidades populares a quienes las interpretaciones externas, como las de los medios masivos de comunicación, los han etiquetado exclusivamente en función sólo de alguno de sus componentes, diluyendo u oscureciendo con ello su riqueza, su dimensión compleja y su multisignificación. Y se le ha pretendido circunscribir, anota, con las denotaciones exclusivas de

“santo de los narcos. La forma como se ha producido este proceso corresponde a diversas fases de la mística popular, las redes del narcotráfico y el papel de las industrias culturales...En este campo (de) creencias compartidas...la mística popular se expresó solicitándole favores que correspondían a las vicisitudes del narcomundo como ámbito expansivo que incrementaba sus redes. Posteriormente, la visibilidad del narco y la expansión de su campo de operaciones convirtieron a Malverde en una figura exportable, un santo de la diáspora del narcomundo”.⁷⁴

Para el doctor Arturo Santamaría Gómez, investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS, autor de varios libros sobre migración, chicanos y política regional, en la mitificación de Malverde, sin duda que están representadas la cultura y la ideología gruesas de amplias franjas poblacionales de la entidad sinaloense. El fenómeno expresa una “mentalidad” poco proclive a los cánones y los rituales rígidos. Tiene que ver con “un sentir”, o con “un temperamento” muy poco

⁷⁴ *Ibidem.*, pp. 150-151.

convencional, distante de las “buenas formas” sociales y que puede mirarse, también, como un comportamiento que expresa escasa ortodoxia y,

“mejor dicho, se observa una actitud más bien antisolemne. De algún modo, es un reflejo de un sector de la población, que lo santifica en virtud de sus rasgos y características fundamentales, que son los de su propia condición social. Ocurre algo muy singular: se trata de la manifestación viva de un sentimiento religioso poco institucional, que eleva a la santidad a un ratero, a un irreverente social. Hay varios ejemplos de esta naturaleza, en donde este tipo de actores son convertidos en héroes, aunque el distintivo en Sinaloa es que se le alzó hasta la categoría de santo. Y como expresión orgánica de los sectores populares, ha permeado a la cultura en general. El cómo se gestó y se fue formando el mito, es correspondiente a la mentalidad y la ideología informales que se observan en las esferas rurales. Frente a esta realidad los poderes oficiales, del Estado y de la Iglesia, no pueden hacer nada. La cultura no se puede eliminar ni extirpar”.⁷⁵

De suerte que el actor simbólico de la mitología sinaloense, enclaustrado en una espirituosa capilla de “mala muerte” y de clientes y fanáticos rupestres, encarna y significa una tradición que se gestaría en la rebelión y la desviación social antiporfirista, y que más tarde sería retomada, también en los senderos de la marginación y la transgresión, entre otros, por grupos e individuos dedicados a la producción y trasiego de las drogas, en el ancho mundo de la narcocultura.

⁷⁵ Arturo Santamaría Gómez, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

2. Entrevista 1: El funcionario y político

Manuel Lazcano: la industria de las drogas, hoy

(El siguiente es un fragmento del capítulo final del libro Una vida en la vida sinaloense⁷⁶, reeditado en 2002, basado en una amplia conversación que se verificó en Culiacán, en sucesivas sesiones y durante varios meses, con el político que fungió como Procurador Estatal de Justicia de Sinaloa en tres gobiernos y tiempos distintos: por primera ocasión durante la década de los cuarenta, en el régimen gubernamental del general Pablo Macías Valenzuela; luego, en la década de los sesenta, en el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis; y finalmente en los ochenta, en el período de Francisco Labastida Ochoa, cuando también, al final del sexenio, se desempeñó como Secretario General de Gobierno. Presentada como un monólogo, esta parte de la entrevista, realizada a principios del año 2000, en realidad fue un diálogo intenso sobre el surgimiento y desarrollo de la industria de las drogas ilícitas, sobre su dimensión, su desarrollo y su impacto sociocultural).

El narcotráfico en Sinaloa nos ha venido dejando marcas y secuelas: fama, inseguridad, y un reguero de violencia y asesinatos. Ejecuciones, levantamientos, ajustes de cuentas, son normales. Aparecen con frecuencia, con constancia, diversos grupos de muertos, 6 ó 7, unos por aquí, otros por allá. Y ahí van quedando, como si se tratara de un conflicto bélico entre los clanes del narco, en el que parece que se dieran juicios sumarios y auténticos fusilamientos. En Higueras de Abuya, en El Limoncito, en El Rosario, en San Ignacio, en Mazatlán, en Cósala, en Culiacán, en Guasave, en Guamúchil, en Surutato. Por todos lados. Ese es el ambiente social. En la mentalidad de la población hay una guerra sordida, una lucha sorda entre estas gentes que están trabajando al margen de la ley. Y respecto de las autoridades, quien más da la cara es el Ejército. Es el que destruye plantíos y el que se enfrenta con los gavilleros. Se ha reconocido por ejemplo que hay más de 30 gavillas organizadas en el estado. Y están muy bien armadas. Andan en los altos y llegan al grado de tomar pueblos enteros. Hace muy poco, ahí por los rumbos de Badiraguato, entraron a un

⁷⁶ Cfr. Nery Córdova (2002), *Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa*, Ed. de autor, Culiacán, Sin., pp. 249-275.

poblado, sacaron a varios individuos de sus casas y de hecho, en la práctica, podemos decir que los fusilaron, a la vista de la población. Los dejaron ahí como si cualquier cosa, ejecutados, y se retiraron los asesinos muy tranquilamente, sin que las autoridades quisieran o pudieran intervenir. En su caso, por ejemplo, la Policía Judicial Estatal no está capacitada ni equipada para enfrentarse a estos comandos que forman parte necesaria o consustancial de esta industria ilegal.

Hay unos datos fríos, pero que son alarmantes: en promedio unas 600 muertes violentas anualmente en la entidad, como resultado del trajín de los gatilleros y de las gavillas. En Sinaloa este rubro siempre ha sido alto. Aunque se disparó más en los tiempos de Alfonso Genaro Calderón y Antonio Toledo Corro, en las décadas de los setenta y los ochenta. El estado estuvo en manos de truhanes y maleantes. El gobierno de Toledo fue acusado de violento, represivo, arbitrario y autoritario. Y fue público que se le relacionara con el narcotráfico. No es un atrevimiento decirlo ya que así se publicaba en aquella época en medios de comunicación serios, nacionales e internacionales. El imperio de la delincuencia fue muy grave. Pero Toledo Corro siempre minimizaba y hasta retaba y desairaba: que los medios de comunicación exageraban, que en realidad no era tanto y que se estaba combatiendo. Sin embargo, todo estaba fuera de control.

Las acciones del narco al término de cada sexenio, que se intensifican en lo concerniente a violencia y asesinatos, obedecen a que hay una especie de incertidumbre. Para empezar, la gente sabe quiénes son los que andan metidos en este negocio. Los sinaloenses, en corto, pueden dar testimonio de quiénes están dentro de sus garras. Así, la gente se da cuenta cuando diferentes individuos y familias dedicadas al “negocio” empiezan a irse del estado. Ocurre cíclicamente. Se fue fulano. Se fue mengano. Y regresó zutano. Esto cuando se presume que no hay o no habrá un ambiente propicio para seguir trabajando tranquilamente en los quehaceres de las drogas ilícitas. Residencias abandonadas se ven por diferentes

rumbos, como en la famosa colonia Las Quintas (barrio residencial de Culiacán). O Lomas de Mazatlán y el fraccionamiento El Cid en el puerto. Los productores, inversionistas y jefes de los grupos delictivos valoran y analizan la nueva situación. Además, cuando se instala el nuevo gobierno, reaparecen otros grupos e individuos que pretenden aprovechar las coyunturas y los espacios para dedicarse a la siembra, a la producción y el tráfico, y para ver si logran acomodarse.

En los restaurantes, en los cafés, en las charlas de vecinos, en los diálogos entre periodistas se comenta con frecuencia esta cuestión de los que permanecen, los que se quedan, los que vuelven, los que se van y los que huyen. Es un acomodamiento de sectas y mafiosos. En consecuencia vienen los enfrentamientos por el control de las zonas, de la siembra y del tráfico. Se trata de un procedimiento de previsión y de análisis de los riesgos que se repiten cada seis años. Aunque los organismos delictivos o los grupos poderosos que tienen alcance nacional e internacional, pues evidentemente continúan trabajando a través de diferentes vías, a control remoto, usando a sus gentes, rotándolos y bueno, pues sacrificando en muchas ocasiones a quienes se quedan encargados de las plazas y los mercados, infiltrados en las guarniciones policíacas y militares, o libremente desde sus mostradores y negocios camuflageados. Así ha ocurrido y así continúa.

Por otra parte, por razones del propio crecimiento económico general de la sociedad, crece también el tráfico. Es mayor la producción, hay más grupos delictivos, hay más consumidores y hay más competencia. Ahora Sinaloa ocupa el tercer lugar en el consumo de drogas a nivel nacional. Hemos pasado de la condición productora a ser un estado también consumidor. Para entender esta nueva condición habría que sopesar la magnitud que tienen algunas ciudades de altos índices de consumo de drogas y de alta densidad demográfica como el Distrito Federal, Tijuana, Guadalajara o Ciudad Juárez.

Para el caso de la ciudad de Culiacán, en navidad y durante las fiestas decembrinas, se calcula que se distribuye, por lo menos, un kilogramo diario de cocaína pura. Imagínate lo que significa mezclada. En términos económicos, si pensamos en su valor en Nueva York, estaríamos hablando de más de 150 mil dólares diarios, por consumo interno, en una sola ciudad y con una sola droga. Es un escándalo. Y ese solo dato ofrece una idea del fenómeno. Corre la coca y corre la mariguana, además de las drogas químicas, las anfetaminas y la heroína. Eso puede verse en las fiestas, en las discos, en las celebraciones familiares o las reuniones más privadas. Son los efectos de haber sido durante décadas, y de ser aún, un estado productor que ha dejado múltiples beneficios a los grupos delictivos y ganancias que después se han regado al resto de la sociedad.

Un detalle de la desmesura que ha alcanzado el narcotráfico: en las regiones de la costa sinaloense, ejidatarios y pescadores son ya consumidores de cocaína. Uno pensaría, a partir de los esquemas clásicos, que la coca es para las élites. Pues no. A los ejidatarios y pescadores los grandes narcos los ocupan como receptores, acarreadores y burreros y bueno pues sencillamente les pagan con droga. Parece una locura. Así es en toda esta parte de la costa del Pacífico: desde Mazatlán hasta Los Mochis, pasando por el centro, los rumbos de El Dorado, Altata y Angostura, entre otras zonas. Es una cosa exagerada, pero real: la costa sinaloense invadida por el narcotráfico. Nunca lo hubiese imaginado. Ha sido una perversión acelerada, sobre todo cuando uno observaba el problema como propio de las zonas serranas. La costa es la nueva situación, inédita, en el afianzamiento del narcotráfico sinaloense. No sólo por lo que se siembra y se produce ahí, sino sobre todo por lo que viene del sur del Continente, a través de embarcaciones marítimas o a través de los aviones que avientan los paquetes al mar para ser recogidos en lanchas por los pescadores ribereños. En muchos casos la pesca se ha transformado básicamente en parapeto, en máscara, en disfraz; resulta como un pretexto para justificar que se trabaja y que se

tienen ingresos legítimos; pero en realidad se intenta ocultar las actividades que en realidad les dan ingresos económicos sustantivos a los “pescadores de la droga”.

La industria del narcotráfico ha tenido una acción constante y sistemática. Y ello ha traído aparejado otros problemas como el incremento de la delincuencia, los secuestros y los asaltos comunes a la población. El problema de la violencia siempre ha estado ahí, latente, como hiedra venenosa, que ha venido extendiéndose. Y debemos destacar que a pesar de que la industria ha alcanzado hasta niveles de sofisticación, por su misma naturaleza desviada también se ha mostrado grotesca, terrible y muy dura.

Todo esto lo hemos venido no sólo observando, sino de algún modo hemos venido hasta asimilando sus expresiones como hechos “normales” que forman parte de nuestra realidad, de nuestra manera de ver el problema y ciertamente como parte de nuestra cultura regional. Aunque los grupos delictivos sean una minoría en la sociedad, por esa naturaleza de su actividad, por sus acciones compulsivas y por sus formas hasta espectaculares y llamativas, de muchas maneras marcan rumbos y tendencias. De diferentes formas las prácticas se manifiestan e inciden en nuestra cultura. Como un detalle: a pesar de los rigores de la vigilancia que ha establecido el Ejército, la famosa “petatera” o el traca-traca de celebración con armas de fuego, es una práctica que sigue vigente, no únicamente en festejos tradicionales, sino en reuniones familiares y privadas. Cualquier pretexto es bueno. Y es que además hay muchas armas no sólo entre los delincuentes sino también entre la población común y corriente. Un ambiente violento predispone, incide, afecta, influye. Y más al calor de la pachanga, el relajo y las copas.

¿Desde cuándo somos también importantes consumidores? Consumo siempre ha habido. En la década de 1940, durante el gobierno del general Pablo Macías Valenzuela, yo como procurador sabía quiénes masticaban opio y no llegaban a

cinco personas. Hoy es imposible saber quiénes son los consumidores. Porque ahora ya no sólo es opio. Ahora son muchas las variaciones y las presentaciones de los estupefacientes. Pero creo que el consumo empezó a incrementarse rápidamente o a desbocarse más bien, en los años esos del gobierno de Toledo Corro. La permisibilidad produce precisamente el incremento del consumo de drogas. Esa es una de las herencias. Y bueno, se incrementó notablemente el consumo durante los años del gobierno de Renato Vega Alvarado, a quien no le importaba nada, ahí por los años de 1993 a 1998, que fue un sexenio gris, intrascendente, sin pena ni gloria. Mejor dicho: con más pena que gloria.

Al analizar el fenómeno, primero hay que referirse a la geografía del estado: los sembradores y los sembradíos están semiocultos. Hay zonas de difícil acceso, donde es segura la producción. Lo sabe todo mundo. Pero hay cosas que no encajan, que no cuadran en las cifras oficiales. Se habla de que se destruyen miles de hectáreas. ¿Y por qué casi siempre no hay detenidos? Para hacer producir los plantíos se requieren miles de personas trabajando. Por cierto, se calcula que hay alrededor de un millón de trabajadores, o transgresores, que laboran en la industria del narcotráfico en el país.

Uno entonces se pregunta: ¿Cómo es que hay tantos trabajadores, cómo es que siembran tanto, cómo es que se destruyen tantas plantas y no hay detenidos? En otros términos, estamos hablando de una producción de grandes dimensiones. Los plantíos requieren cultivo, cuidado, atención, vigilancia. Además, en las zonas productoras, como las de allá arriba en Badiraguato, en la zona del llamado Triángulo del Diablo, en la amplia y abrupta región fronteriza de Sinaloa, Durango y Chihuahua, se necesita establecer, acondicionar o dar mantenimiento a la infraestructura, los sistemas de riego, los equipos, los medios y los instrumentos de cultivo y producción. Y para todo ello se ocupan trabajadores. Recursos suficientes. Medios elementales de subsistencia. Personal de vigilancia y protección. Y luego de

la cosecha posteriormente se requerirá de suficiente transporte. ¿Todo esto no se ve? ¿El Estado, el gobierno, no es capaz de ver esta situación abrumadora? En realidad entre todo este trasiego del mundo de las drogas --y no estamos inventando el agua tibia-- lo que estamos viendo es una enorme cadena ilegal de compromisos fácticos. Y es que habría que destacar que luego de tantas bravuconadas políticas y presuntuosas, pero falaces y demagógicas de quienes supuestamente persiguen a los traficantes, no nos queda más remedio que llegar a la conclusión de que nos creen tontos y que la sociedad les cree sus ridículas versiones.

Hasta se ha llegado a decir que algunos jefes del narcotráfico han dirigido la política del combate a las drogas, así como a sus organismos oficiales. ¿Qué contrasentido, no? Como el caso de Amado Carrillo Fuentes, “El señor de los cielos”, quien según algunas versiones ponía y disponía de los altos mandos policíacos, hasta que se le acabó la buena estrella. En tal sentido, también se dice que el general Gutiérrez Rebollo fue un chivo expiatorio, una cabeza prefabricada a la que había que entregar para calmar al gobierno norteamericano. Y se dice que es una víctima, pues el general pretendidamente estaba haciendo investigaciones que no convenían al sistema. Es decir, que estaba involucrando nombres de personajes --de la llamada nomenclatura de la industria de las drogas--, lo cual parecía no ser prudente ni adecuado para la seguridad del sistema. Se trata de las versiones del propio general encarcelado, así como de su hija, y que se ha consignado por ahí en algunos textos, como los de Andrés Oppenheimer y otros investigadores. Hay quienes han dicho de forma muy elemental: que el “pastelón” era tan grande, que Gutiérrez Rebollo no lo podía manejar solo. Y además, lo más grave para el sistema: que no lo sabía repartir.

En este sentido, el poder de los traficantes de drogas puede mirarse a través de sus acciones en los últimos tiempos. De las cosas que han salido a la luz pública y que podemos analizar, estudiar y deducir. El narco puede no sólo establecer

compromisos con gobernadores y funcionarios y secretarios de estado. Puede ayudarlos. Puede coptarlos. Y puede comprarlos. ¿Quiénes, por ejemplo? Bueno, las indagaciones y la cacería que la hagan las autoridades. Aunque sabemos, como siempre, que no las harán a fondo. De nuevo vendrán los chivos expiatorios o los sacrificados para bien del sistema y de la industria. Y es que la figura de la serpiente mordiéndose la cola es muy ilustrativa. De aquí podemos dilucidar y establecer muchas conjeturas, pero lo único cierto es que el dinero es como la humedad: no hay manera de detenerla. El narcotráfico es simplemente dinero. Recursos. Medios. Hombres. Y ya mezclado con la política, en sus círculos hay una constante de dólares reales, protección, armas y dólares falsificados. Es decir: poder. Poder económico, poder político, poder de fuego, poder financiero. Y todas las formas imaginables de la corrupción y el fraude.

Somos productores de amapola y heroína, pero no en los niveles de la producción de coca y cocaína, que forman parte fundamental de la economía de Colombia, que posee zonas de producción de coca para el consumo mundial, para las necesidades farmacéuticas. Y, por cierto, según estudios que se han hecho, nuestro suelo no es propicio para el cultivo de la coca. Tal vez ésta sea una diferencia clave, en lo que concierne al ámbito de las drogas. Y es que respecto de las diferencias y potencialidades entre la amapola y la hoja de coca, son varias y significativas. Por ejemplo, la heroína es una droga mucho más fuerte, mucho más dura que la cocaína. Es más difícil su manejo, su cultivo y su producción. Es más difícil consumirla y genera mayor adicción en los consumidores. Por ello, como derivados de la amapola, la heroína y la morfina son más costosas en el mercado. Aunque lógicamente, como en el caso de la coca, también hay cuotas legales de producción para fines medicinales.

Una hipotética legalización, resulta demasiado complicada. Vamos a suponer por un momento que se derogan las leyes que castigan al narcotráfico. Que se

legalizan la producción, el tráfico y el consumo en México y algunas otras naciones. Nos llenaríamos de negocios legales, como los bares, las cantinas y los antros, pero aquí serían expendios de marihuana, heroína, cocaína, metanfetaminas. Ya me imagino los anuncios: “Compre y lleve su gallo, su chiva y su perico”. O bien: “En la compra de un kilo de la verde, llévese gratis 100 gramos de cristal”. Sí, pero...¿Y los demás países? En la actualidad, la legalización de ciertos aspectos del consumo en países como Holanda, es una cuestión muy limitada, muy condicionada. Cosas extrañas: se legaliza cierta parte del consumo, pero sigue prohibida la producción. De cualquier modo, eliminar la prohibición no implica ninguna garantía de resolución del problema del mundo de las drogas.

Los grupos transgresores mexicanos, en realidad ¿no estarán dentro de las propias estructuras gubernamentales y del Estado? Por tanto, no habría necesidad de que narcos y gobierno negocien directamente entre ellos, como ocurre en Colombia. La pregunta y la inquietud son válidas. Sin embargo, no creo que estemos en estos niveles. Aunque ya no se puede soslayar el problema. Hay sujetos, individuos, personas muy importantes que en la sociedad son citadas o mencionadas con frecuencia, por la DEA, por el FBI, por la prensa internacional: Carlos Hank González, Carlos Hank Rohn, Carlos Salinas de Gortari, Raúl Salinas de Gortari, Roberto Madrazo, Mario Villanueva Madrid, Fernando Gutiérrez Barrios, Javier Coello Trejo, José Antonio Zorrilla, Gutiérrez Rebollo, Mario Ruiz Massieu, entre muchos otros. En tanto miembros de la gran familia política mexicana, son o fueron expresión “orgánica” de grupos de poder gubernamentales. Detrás de ellos han estado organismos e instituciones estatales. Es decir, podrían haber usado para sus beneficios particulares a ciertas instituciones del Estado. Resulta difícil referirse a la separación entre las personas y los cargos, a los individuos como tales y a sus representatividades. La presencia de ciertos personajes en el panorama político activo, se dice abiertamente, y hay acusaciones abiertas, se debe a que son producto de esas fuerzas oscuras. Hasta con aceptaciones implícitas de que han recibido

dinero de personas no **sanctas**. Todo esto nos dice que algo debe haber en el fondo, en esos fondos turbios del país. Esos nexos no son muy gratificantes. Con un poquito de especulación a fondo, uno puede pensar que esa es una intentona de ese tipo de gentes por hacerse del poder en México. Pero es acaso sólo una probable intentona. Por lo demás, pues no lo han logrado.

¿Y el asunto Luis Donaldo Colosio? También son varias líneas. Que el asesino solitario, que el complot, que el crimen político, que la relación con el narco. Por ahí podría haber una mezcolanza. Y uno pues tiene derecho, ante la falta de información y claridad, a especular que se trató de una maniobra del poder (en este caso los Salinas de Gortari) para eliminar a un político, a un candidato que se estaba saliendo del carril. Y por otro lado, bueno, hasta se ha hecho del fulano que está en el penal de La Palma, en Almoloya, una especie de mito: se dice que no es el Aburto original. Las dudas persisten en todas esas líneas. Y las dudas iniciaron porque el Aburto de la cárcel no se parece al Aburto del lugar del crimen. Lo cierto es que hay muchas contradicciones. En el fondo, los intereses políticos y económicos involucrados buscan, con el tiempo, que se diluya la verdad. Es la lógica de los grandes crímenes, es la lógica de los magnicidios.

Las redes de traficantes son por lo pronto una presencia. Habría que cerrar los ojos o mostrarse como ciego para negar el problema. La presencia es muy real, económica y socialmente, aunque aún no ha permeado a los organismos que rigen el Estado en forma fuerte. Y no funcionan tampoco como grupos de presión, porque en realidad son grupos delictivos que más que exigir ofrecen ayuda y apoyo, tanto a candidatos como a grupos y a políticos encumbrados. Es una relación potencial, y muchas veces real, que logra establecer compromisos subterráneos de carácter político, y que no son más que compromisos de corrupción. Esta presencia regada a lo largo del país, más en ciertas regiones que en otras, sí es una muy seria amenaza.

Colombia, en suma, es una imagen y un espejo, aunque tal vez distorsionado, de nuestro país.

Conviene apuntar que la política gubernamental de enfrentamiento de esta problemática, pese a ciertas detenciones que pueden ser llamativas y espectaculares, no ha tomado en consideración que las cosas han cambiado en el país. Se trata de los mismos procedimientos de hace años. Y pues no dan resultados efectivos. En cambio, los grupos delictivos sí han asumido los cambios. Se han venido adaptando al desarrollo político y económico. Los narcos sí han sabido adaptarse a la dinámica social. Se trata de gente mejor preparada para vivir en los ámbitos del delito. Debemos recordar que por razones de tipo legal, los funcionarios tienen tiempos límites: los cargos son pasajeros. Y en su caso, los mafiosos trascienden períodos, trienios y sexenios, y entonces se van haciendo cada vez más fuertes, experimentados y organizados. Resisten el paso del tiempo y van haciendo que crezcan y se desarrollen los negocios y sus empresas. Son como partes de la cultura. Cambian los regímenes, pero la cultura permanece.

Lo que hay que resaltar es que los sujetos que organizan y planean, los líderes y los jefes reales, los que generalmente no se exponen ni están en boca de todos ni aparecen en los medios de comunicación, los que son en realidad los responsables de toda esta industria ilegal, ellos básicamente pues siguen siendo los mismos. Y siguen mejorando sus estructuras y sus organizaciones, aumentan y perfeccionan sus equipos, sus vínculos con el mundo legal, sus riquezas, y sus miembros. Y sobre todo la experiencia que van acumulando es la parte más delicada: esto les proporciona una seria y alta peligrosidad para la sociedad y para las instituciones. Ya desde la historia de las mafias en Estados Unidos se registra este fenómeno: llegó un momento en que los grandes mafiosos se reunieron y hablaron de la necesidad de tener mostradores legales, creando negocios legales. Y para ello llevaron luego a sus hijos a las universidades. Y contrataron universitarios capaces que estuvieron

trabajando en negocios legalmente establecidos, pero cuyo sustento e interés era el interés de los mafiosos. Eso ocurrió en Estados Unidos y está sucediendo en nuestro país. De ahí, recordemos, nació el concepto de “lavado de dinero”, porque el dinero irrigó a los negocios legales o lícitos. Y esta es una cuestión que no puede negarse: millones de dólares de los narcos entraron a la banca y a las empresas. Es que en materia de dinero, éste jamás tendrá ni color ni olor.

De antemano hay que advertir enfáticamente que el negocio de las drogas no se puede acabar. Esa debiera ser la primera idea que habría que aprender. Y reconocer que solamente es posible intentar controlarlo, minimizarlo, y llevarlo a un nivel mínimo para que deje de ser una amenaza al país, a la sociedad y a la seguridad nacional. Y es que el discurso constante y dominante ha sido, y es, el siguiente: que el narcotráfico es un problema de todos, que la sociedad debe cooperar para erradicarlo. Yo lo veo de otro modo: la sociedad no es responsable de lo que ocurre hoy. La sociedad no tiene fuerza por sí misma. En consecuencia, lo que ha hecho la sociedad ha tenido que ver con la tolerancia: ha tolerado a los narcos. El gobierno, en cambio, es el que tiene la obligación de enfrentarlos y combatirlos. Es elemental: la sociedad paga para que la protejan, y no para hacerse cargo directamente de los problemas. Para eso tiene un gobierno, que en este caso ha resultado sumamente incapaz en este ámbito de la seguridad.

Por ejemplo, la gente ve a los narcos en sus casas, en sus hogares, pero no se atreve a denunciar. Para empezar no podrían enfrentarlos directamente. Sería una infamia. Porque es peligrosísimo. Más que heroísmo sería una estupidez. Y es que, además del poder de fuego del delincuente, el vecino, al denunciar podría encontrarse, en las instancias respectivas, con funcionarios de bajo nivel, medianos o altos que pudieran estar coludidos con el denunciado. Por eso la gente hace como que no ve nada, como que no ve al narco, al narcofuncionario, al narcopolítico o al narcoempresario. Y como uno no se puede cambiar tan fácilmente de casa, pues

hace uno como que no ve nada. Algunos amigos me han dicho, por ejemplo: por aquellas cuadras hay un tipo que se dedica a tal cosa; por la noche llegan gentes armadas y llegan camiones y se van. Llevan y cargan bultos, paquetes. No parece un negocio convencional. ¿Entonces yo qué hago, qué hacemos? se preguntan los amigos. Y pues qué les puede uno decir...No se le puede pedir al ciudadano común y corriente que se convierta en policía o que ande informando por aquí o por allá. No puede poner en peligro a su familia ni a él mismo.

Pero sí podemos hablar de que la sociedad está enferma. Tiene células cancerosas. Y a éstas tiene que combatir las el gobierno a través de la policía. Además, los denunciantes o los informantes jamás podrían volver a vivir tranquilos en su existencia. En este sentido ¿cómo pedir a los habitantes que pongan en riesgo la tranquilidad de su casa y que arriesgue su propia vida, si de antemano no hay credibilidad en torno a los cuerpos policíacos y en torno a los políticos que nos gobiernan? Entonces yo creo que ese discurso del poder, que llama a la sociedad a participar con ese tipo de denuncias, no es el correcto. Se me hace una irresponsabilidad. Es demagogia pura. Es claro: no todos son responsables de lo que ha ocurrido con el narcotráfico en el país. Los responsables son, en todo caso, los pequeños grupos, las sectas, los estamentos políticos y económicos con parcelas de poder, los que dirigen y han usufructuado esos poderes. Las autoridades son, en suma, las responsables de que la sociedad se encuentre en esta postración.

Hoy, decimos, la sociedad no denuncia. Pero no lo hace y no se atreve porque sería suicida. Es excesivo solicitar a los ciudadanos tales acciones de denuncia. No es justo. ¿Cómo le pides tú a un ciudadano que señale a alguien que representa y es parte de una corporación criminal? Por eso, la población, la sociedad en un sentido más genérico, convive con los narcos. No le ha quedado de otra. Hay una suerte de tolerancia pasiva. No se sabe bien a bien con quién estamos, con qué tipo de personas platicamos, con qué grupos compartimos en nuestra vida cotidiana. Aunque

bueno, en ciertos casos lo sabemos por sus hábitos, por sus formas de vestir, por algo de eso que se ha llegado a denominar como “narcocultura”. Es decir, hombres y mujeres exageradamente vestidos. En ellos resaltan las ropas, las botas, la joyería y la relojería de escándalo, los autos, las casas, las residencias, las mansiones. Además, en muchos destaca su altanería, su prepotencia, su soberbia. Envían a sus hijos a los colegios más caros. Compran automóviles como si compraran zapatos. Tienen varios “hogares” y varias mujeres. Hacen que sus hijas sean “reinas” de cuanto cosa es organizada, de cualquier cosa. Y todo ello no es más que expresión de su propia ignorancia. Creen que lo pueden todo. Adonde quiera son el centro de atención. No se miden. Se notan rápidamente. Son los nuevos ricos, pero las más de las veces son nuevos ricos fugaces, por la propia dinámica del narcotráfico. Pero estos modelos en efecto influyen de algún modo sobre el resto de la sociedad.

Por otra parte habría que hacer notar que los grupos de narcotraficantes de varias maneras han construido una especie de respaldo social. Aparte de que internamente funcionan a base de jerarquías, con una sólida y secreta disciplina, regidos por supuesto por las recompensas y los pagos. Se trata de grupos muy enérgicos. Muy duros. Implacables. Está prohibida la compasión. Nadie, ninguno de sus miembros, tiene derecho a fallar. Se exhibirían claramente entre ellos. Así que las fallas normalmente las manejan de forma violenta. Como ejemplo y escarmiento para los demás miembros. Por lo demás, se supone que entre ellos, entre los del círculo más cercano e íntimo, impera la lealtad. De lo contrario no funcionarían los esquemas de trabajo de la organización. Es conocida la figura esa de que cuando un pariente o un compadre llega a cometer un descuido delicado, el jefe se da el lujo de exclamar: “A mi compadre yo nomás me lo echo”. Y cualquiera de estos jefes operativos, que han sido en Sinaloa como líderes natos en sus ámbitos de influencia, de hecho se hacen también más fuertes al hacer que se sustente o caiga el peso de su poder en los diferentes auxiliares que les rodean. Y este círculo cerrado ha tenido la previsión de ir construyendo un importante respaldo social en las zonas productoras.

Como si fueran bandidos generosos han colaborado ampliamente con sus comunidades, construyendo iglesias, escuelas; haciendo caminos, brechas y carreteras; introduciendo luz, agua, drenaje, pavimento. Y lo han hecho y aún lo realizan de manera muy rápida. Tratan de mostrarse como personas preocupadas, buenas y nobles. Pero en realidad lo que hacen es construir la infraestructura material y social del negocio. Significa beneficio para los pueblos, pero además para la industria, para los grupos y para el ego de los llamados “capos”, que así se sienten con más poder, individualmente. Si lo vemos fríamente, se trata más bien de inversiones para hacer más rentable a la actividad. Esta ha sido igualmente una práctica común en el sur, en el centro y en el norte del estado.

¿Y cómo se organizan? Recuerdo que cuando andaban en la calle ciertos “capos”, se reunían en Guadalajara, con el propósito básico de no estorbarse y para no crear una lucha entre ellos. Se decía que se reunían personajes como Miguel Ángel Félix Gallardo, Manuel Salcido Uzeta, Ernesto Fonseca Carrillo, Amado Carrillo Fuentes, Rafael Caro Quintero, Héctor “El Güero” Palma, Joaquín “El Chapo” Guzmán, entre otros. Había, y hay, una especie de compromisos y reconocimientos fácticos entre los mafiosos. Se siguen respetando, grosso modo, los diferentes territorios. Aunque ahora ya no es tan sencillo decir: en Sinaloa hay un “capo”, a pesar de que algunos tengan algún dominio. Lo que pasa es que hay varios, sueltos y dispersos. De ahí el incremento de los conflictos, las cruentas luchas por los controles, los enfrentamientos.

Ahora, curiosamente, existen grupos que no siembran ni compran la droga: la roban. Son como piratas. Y éstos indagan sobre las rutas de los cargamentos y los capturan. Estos mismos piratas “bajadores” distribuyen y comercializan el producto. Ya no existe ese control piramidal, cerrado, cuando los grandes capos manejaban todo. Ahora podemos decir que existe una especie de contrabando hormiga y hay hasta “changueros” o intermediarios de la droga. Otros “trabajan” y los asaltanarcos

son como una nueva secta que se beneficia del trabajo “ajeno”. Bueno, aunque evidentemente corren un enorme riesgo. Por eso se explican también las venganzas y las ejecuciones que constantemente suceden. Y muchas víctimas pues son personas que presumen de sus actos, de sus gestas, de sus hazañas, y se dedican a propagandizarlas. No están haciendo más que comprometerse y exponerse. En los círculos de los mafiosos abrir la boca resulta fatal. Y por ello no es casual que el narcotráfico, abierta y veladamente, produzca más muertes que muchas guerras. No pararíamos de contar muertos en Sinaloa, sobre todo cuando el problema crece de manera impresionante con el tráfico de cocaína que inicia a fines de los setenta.

En el combate al narcotráfico, habría que aprovechar los adelantos o los progresos tecnológicos. Pero no se usan. O si se usan, como los satélites, seguramente sólo es para saber, pero no para actuar contra la producción constante de la industria. Los grupos poderosos tal vez sufren pérdidas más o menos frecuentes de hombres, líderes, kilogramos y dólares, pero la industria prosigue viento en popa. Como se dice: caen los hombres, pero no las “instituciones”, en este caso las del narcotráfico. Pero lo que queda claro es que los narcos sí aprovechan los adelantos de la tecnología: radios, satélites, computadoras, y todos los modernos equipos de las telecomunicaciones, formas y mecanismos de transportación, fabricación e industrialización de derivados y drogas sintéticas, además de las innovaciones técnicas de siembra, cultivo y producción en general.

El narcotráfico sin duda que ha dado beneficios a algunos ámbitos de la sociedad. Pero sobre todo a los clanes delictivos, aunque los campesinos sembradores sigan siendo pobres, en su mayoría. Recordemos algunas características de los grupos desviados: en general tienen constancia, permanencia, organización y disciplina interna. Trabajan de forma sistemática. Frente a ello, y frente a la irrigación de recursos hacia el comercio, la industria, la banca o los servicios, por ejemplo instancias como la Secretaría de Hacienda no pueden hacer

prácticamente nada. Su competencia frente a la labor de zapa del narcotráfico es en realidad nula.

Así, la economía sinaloense, tomando en cuenta que la industria del narcotráfico nació hace más de cincuenta años, fue permeada también desde hace tiempo. La economía está infiltrada, revuelta. Las pruebas, como siempre, son difíciles de puntualizar. Pero las evidencias, por deducción, están ahí, a flor de piel. Más que duda o sospecha, tenemos certidumbre, pero no lo podemos probar legalmente --ni nos corresponde hacerlo--, así de forma enfática. Aparte, las drogas andan en las calles. Ha aumentado la oferta y han bajado los precios. Hasta parece una mercadotecnia legal. Saben exactamente dónde vender. Pero y si la economía está afectada, ¿qué es lo que no está afectado de la sociedad? Lo que ocurre es que en ciertas esferas el problema está apenas asomándose, en otras es muy evidente, en otras es incipiente. Aunque los grupos que dirigen estas actividades son pocos comparados con quienes se dedican a negocios legales, su alcance económico sin embargo es muy amplio y diversificado. Son minoría los narcoganaderos, narcotomateros, narcolecheros, narcoturisteros, narcopescadores, narcorestauranteros, narcobanqueros, pero todo marca, estigmatiza y se manifiesta configurándose en nuestra percepción y en la percepción que la sociedad local y nacional se hace de nosotros. Has fama, guarda silencio y échate a dormir. Fuma, que algo queda.

Durante mi participación como procurador de justicia primero, y como secretario general de gobierno después, en el régimen de Labastida Ochoa (1987-1992), evaluamos amplia y detalladamente el fenómeno. Partíamos de una situación delicada, pues la herencia que se nos había dejado era terrible. Como expresión de su estilo de gobierno, Toledo Corro para empezar fue como un paradigma de la violencia. Había superado todos los récords en la represión y el autoritarismo. Fue uno de nuestros grandes retos. Ibamos a entrarle al combate a las drogas, en la

medida de nuestras facultades y más. Pero este “más” nos creó múltiples problemas, por la cuestión de nuestra competencia jurídica, nuestros alcances, nuestras facultades y nuestras limitaciones. Sabíamos en el gobierno que todas las policías estaban infiltradas por el narco. Depuramos al personal con antecedentes, así como al que era sospechoso por su manera de vivir, en relación con sus ingresos legales y sus gastos. Pensamos en la instrucción policíaca, en la cuestión de la infraestructura, los contenidos de la enseñanza, los profesores. Sabíamos que las acciones eran limitadas, pero como semillero era un principio. El proyecto debió hacerse crecer. Desgraciadamente no hubo continuidad en los otros gobiernos. Creo que fue un proyecto fallido.

Vivimos en esos años una situación especial. La Policía Judicial Federal protegía a ciertos grupos de narcotraficantes. O ellos mismos eran narcos. Hubo entonces un conflicto grave. De acuerdo a nuestras líneas políticas y operativas, la Policía Judicial Estatal tenía instrucciones de actuar, en las facetas de la coadyuvancia, y actuaba en tal sentido, pero los federales alegaban --parecía que en ello se jugaban su “honor”, pero en realidad eran sus intereses-- que aquélla y que nosotros no teníamos porqué invadir sus funciones. Nosotros insistimos en varios frentes. Denunciamos. Exigimos. Teníamos autoridad moral y política. Y al final logramos expulsar a agentes de la PGR y de la PJF. Fue el resultado de la constante denuncia ante los excesos de esos cuerpos federales. Habían ocurrido las escandalosas muertes de los venezolanos y de la defensora de derechos humanos, la universitaria Norma Corona Sapién. En el frente federal la cabeza notoria era el comandante Alberto González Treviño. Era el principal mafioso con charola federal. Pero a pesar de todo su poder, lo hicimos salir del estado, con todo y su cofradía y sus huestes y sus lacras y sus sicarios con credencial. Así, muchos narcos también se fueron, al ya no disponer de protección de la PGR. Se fueron Amado Carrillo Fuentes, Héctor “El Güero” Palma, Joaquín “El Chapo” Guzmán.

En este tenor, vino aquél asunto de 1989, en lo que ciertos medios de comunicación denominaron como “estado de sitio” contra el gobierno de Labastida. El general Jesús Gutiérrez Rebollo, a la sazón jefe de la Zona Militar, aprehendió a los jefes policíacos del estado. Fue un escándalo. Exigimos explicaciones. El general dijo que él sólo acataba órdenes superiores. Y su jefe máximo era el Presidente de la República y se llamaba Carlos Salinas de Gortari. Que él sólo era un soldado. Más que una acción contra el narco, aunque se detuvo en Guadalajara al “capo” Miguel Ángel Félix Gallardo, el “estado de sitio” fue en realidad una acción de tipo político de Salinas de Gortari contra Labastida. La intención, claro, era cuestionar y desestabilizar, por venganza y revanchismo. Y puede leerse también, al mismo tiempo, como una advertencia fuerte del narcotráfico. Pero más tarde hemos visto que Gutiérrez Rebollo no era una palomita blanca. Hoy sabemos, por decirlo así, que no era muy “católico” que digamos. Ya tenía algo turbio o empezaba a tener.

Lo cierto es que el dinero de las drogas ilícitas, a lo largo de tantos años, se filtró en múltiples rubros de la economía, en Sinaloa y el país principalmente a través de los bancos y las sociedades anónimas. El dinero mexicano está revuelto. Se mezclaron el dinero sucio y el dinero limpio. Y aunque la evidencia resulte muy difícil asentarla, es muy fácil sin embargo deducirla. Estamos hablando de miles de millones de dólares. ¿Y en Sinaloa qué es lo que no está afectado? Es muy complicado establecerlo. En algunas áreas el dinero de las drogas está tan adentro que ya ni se nota. En otras actividades apenas está apuntando y despuntando. En algunos rubros es evidente. En otros es incipiente. Pero hay que dejar muy en claro que si los inversionistas narcos producen leche, por el hecho de que yo tome de esa leche no me hace a mí narco.

¿Qué ha significado para mí colaborar con hombres tan diferentes como Pablo Macías, Leopoldo Sánchez Celis o Francisco Labastida? Son muchas diferencias notables. Lo más importante es la necesidad de adaptación. Para un

hombre como yo, que siempre gravitó y actuó a partir de su pensamiento ideológico de izquierda, pero al que las circunstancias condujeron a trabajar con hombres del sistema político mexicano, pues no puede actuar de la misma manera frente a sujetos diferentes: los estilos, los momentos y las circunstancias históricas fueron diferentes. Tenía que adecuarme a la realidad.

Por ejemplo, don Pablo Macías era un hombre formado en la lucha militar. Para empezar, él si acaso tuvo segundo o tercer grado de educación. Se inmiscuyó en la Revolución y fue siempre un hombre práctico, pero con una malicia ranchera muy especial, malicia de nacimiento y con un enorme conocimiento que adquiría en función de que trataba a la gente con mucha facilidad. En el ejército empezó muy joven hasta llegar a general de división, cuando era también muy joven. Era sensato y gran conocedor de la condición humana. Cuando se acusó a don Pablo de estar vinculado a ciertos narcos, en realidad yo no sentí temor, a pesar de mi novatez y de mi juventud. Yo sabía que se trataba de una maniobra política instrumentada precisamente por los cardenistas, a quienes el general había vencido para la gubernatura en Sinaloa. Buscaban descalificarlo. Pero nunca tuvo relación con los narcos. Puedo decir que don Pablo conoció el opio en mi oficina de la Procuraduría de Justicia. En esos días se había decomisado una maleta con unas cuatro o cinco bolas de a kilo de opio. La maleta estaba abierta. El gobernador entró uno de esos días a mi oficina y preguntó, curioso:

--¿Qué es esto?--. Al escuchar la respuesta, sólo atinó a exclamar:

--Ah, caray.

Estuvo ahí curioseando, inquieto, viendo la droga, de cierta forma hasta pasmado. Pero hasta ese momento no tenía la más remota idea de lo que significaban esas bolas de goma de opio. Y es que para empezar él jamás había

estado en Sinaloa. Había andado para arriba y para abajo en el país, en varias zonas militares, como Ministro de Guerra. De hecho, a Sinaloa llegó para ser gobernador.

En esos viejos tiempos habría de ocurrir aquella expresión curiosa de Miguel Alemán Valdés, durante una reunión en Los Pinos, cuando el narcotráfico empezaba a ser una cosa grande, y que tenía que ver con las divisas que estaban generando las drogas para nuestro país. En esa famosa reunión de convenios fácticos también estaba don Pablo Macías Valenzuela, en su calidad de gobernador del estado. Y bueno, podríamos decir que en esos años empezó a sentirse de manera fuerte la producción de amapola en Sinaloa. Vamos, se disparó el tráfico. Sobre valores entendidos, cada vez más personas se involucraron en la producción y el tráfico. Incluso ya a fines de la Segunda Guerra, nosotros veíamos las facilidades que se le daban a los campesinos que cruzaban prácticamente de forma libre la frontera con Estados Unidos, trasladando el producto, que era la goma de opio así en bruto. Y nosotros empezamos a advertir que Sinaloa estaba registrando un despegue real, efectivo, como región altamente productiva de amapola. En esos años, conviene insistir, en realidad prácticamente no había consumo interno. Pero el incremento de la producción y el tráfico se registraría de forma significativa algunos años después, durante otro conflicto bélico: la guerra de Vietnam.

Precisamente ya durante el gobierno de Sánchez Celis, colaboré con él y con su gobierno como amigos. Nuestras familias eran muy cercanas. Así, nuestra relación fue de tú a tú. Y bueno, tratando de ser finalmente sintéticos, puedo decir que don Pablo Macías nunca vio al narcotráfico como prioridad, porque no había o no se tenía aún idea de lo que significaría el fenómeno. Con el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis el narco empezó a crecer, apresuradamente, aunque aún no había tanta violencia. Digo: comparada con la que habría de desatarse durante el régimen de Calderón, en que empieza a registrarse el tráfico de cocaína proveniente de Sudamérica, a finales de la década de 1970. Luego vendría el violento e impune

sexenio de Toledo. Y los tiempos de Labastida son ya, plenos, los tiempos del auge y del florecimiento internacional de la industria, con todo y sus riquezas magnificadas, con todo y sus redes atadas a las distintas esferas de la vida pública. Se trata, hoy, de un estado y de un país, en buena medida, que viven bajo la amenaza y el asedio del imperio de las drogas. Y del fuego de la violencia y la muerte.

3.- Entrevista 2: el artista

Lenin Márquez: el arte de pintar al narcotráfico

Lenin Márquez es un artista de una vigorosa, sugerente y significativa trascendencia pictórica, en donde la estética pareciera un alarde preciosista de lo artístico, y viceversa. En la tendencia figurativa, en la impresión de primera vista, pareciera que las formas se encuentran en una constante riña y confrontación con los contenidos. Como que la finura plástica resulta contrastante frente a los temas brutales que son plasmados en los lienzos; como si el arte fuese, en su literalidad, manchado con los colores de la muerte. En realidad la confrontación vital ocurre entre la creación, como un todo conceptual, y el contexto sociocultural. Más que crónica a través de la pintura, se trata de una síntesis artística sobre un tiempo y un drama que nos ha tocado testificar y vivir. El crimen, la sangre, la violencia, la transgresión, han sido los actores y protagonistas recurrentes en una obra --que ha dado cuenta de un ambiente y un hábitat social perfilado y carcomido históricamente por protagonistas reales de la vida--, enquistados casi siempre en posiciones de poder, en la política y la economía; desde la región para (y con) el país y el mundo.

Por su trayectoria y por su calidad, Lenin ha sido apreciado en su tierra y más allá de sus fronteras. Distinciones, premios y reconocimientos han sido de variada índole. En esta entrevista, los temas se van hilando coloridamente, pero siempre en el contexto de los rudos entornos sociales. El presente texto, publicado en parte en el semanario estatal Riodoce (lunes 8 de marzo de 2004), es una síntesis de una muy extensa conversación efectuada en Culiacán, entre cálidos sorbos de café, mientras los regueros de las balas, por supuesto, han proseguido abierta y subrepticamente, en la sierra, los campos y las ciudades. Y como dato curioso, una de sus primeras obras (un óleo con un rostro angustiado) habría de ser un mudo testigo de un crimen en Mazatlán: en 1994 fue asesinado a balazos en su hogar, por parte de un par de sicarios, el que fuera vice-rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa, doctor Ignacio del Valle Lucero. El crimen, como muchos otros, sigue impune. Y dice Lenin, sarcástico: “Me gustaba mucho ese cuadro, tanto que me arrepentí de haberlo vendido. Quién sabe dónde terminó. Quizá también lo desaparecieron, por aquello de que fue un testigo mudo del asesinato”.

--El artista reflexiona y explica.

--El tema plástico llega sólo, de afuera hacia ti. No necesitas buscarlo. De pronto adquiere sentido la información que proporciona la sociedad, tu entorno cercano. La disciplina y la sensibilidad se conjugan con la necesidad de expresarte como parte de

tu sociedad y entonces es ésta la que induce y obliga a pintar determinadas situaciones, momentos y circunstancias. En mi caso suelen ser aspectos dolorosos, como los del narcotráfico y la violencia. No puedo sustraerme a ello. Resulta extraña la fascinación que ejerce tal temática en mi obra. Y no pinto por pose, ni por moda ni por **boom** ni por negocio. Hubo un tiempo en que dejé el tema, pero sólo porque dejé de pintar; sólo así pude hacerlo. Yo, en realidad, tengo necesidad de expresarme en relación con lo que veo, siento y vivo. Y ocurren cosas positivas y negativas, buenas y malas, pero afortunada o desafortunadamente a mí me llaman más la atención las malas, porque las buenas y bellas resultan demasiado obvias. Creo que contribuyo social y culturalmente, desde mi humilde trinchera, para ponerle atención a esta situación que tanto ha afectado a la sociedad. Yo pintaría un paisaje sinaloense, pero lo pintaría desde el otro lado, como lo he hecho, con otro contexto, con el contexto real y crudo. Es claro: en la sierra hay gente que cultiva la tierra, pero también hay gente que cultiva otros productos. Y en las ciudades los criminales andan sueltos. La parte oscura del mundo es lo que en particular me afecta y me lastima. Es algo que está ahí y yo tengo que decirlo a través de lo que sé hacer. A veces, te juro que no sé porqué pinto esas cosas terribles; sólo sé que es una muy honda necesidad.

--Lenin, pensemos en una balanza: ¿Tu actitud frente al cuadro es más racional o más pasional?

--Están imbricadas ambas cuestiones. Aunque trato de que sea lo menos racional posible. El mismo hecho de no realizar un boceto previo indica que no hay mucho raciocinio. En general obvio lo que es previsorio. En el proceso de la creación pierdo de vista muchas cosas, como la noción del tiempo. Cuando se intelectualiza demasiado al tema y al concepto termina uno por encasillarlos. Pero es muy curioso porque yo no busco al tema; más bien la temática me busca a mí. Es como una inquietud, una necesidad que asedia. Es el deseo y el placer de pintar, pero no sólo de pintar por pintar, sino de hacerlo con un enfoque, con una idea. En realidad,

como decía Rufino Tamayo, el tema es sólo un pretexto para pintar, pues la misma pintura vuelve interesante al tema.

--A pesar de que se observa lo emocional en la viva piel de tu pintura, estás lejos de ser un pintor atormentado.

--Curiosamente hace tiempo me acusaban de eso, tal vez por lo que pintaba y...

--Rememoro los personajes deformes y sufridos de tus primeros tiempos como pintor.

--Sí. Alguien me dijo que soy una persona muy tranquila y hasta diáfana; y que por ello no entendía el porqué de mi pintura. Lo que pasa es que uno no pinta del interior hacia afuera, sino de afuera hacia adentro. De pronto se vuelve más importante lo que uno ve que lo que uno siente. Sin embargo eso se revierte. Y no es que yo diga: “como soy esquizofrénico voy a pintar esto y lo otro”, que sería lo más literal como ejemplo extremo del enfoque. Tú sabes que siempre me ha inquietado el tema social: la gente, la calle, lo que ocurre fuera de mí. El hecho de ojear un periódico te sacude; ver lo que pasa con los demás y con los vecinos pues impacta y asusta. El hecho de vivir tan ajeno a la violencia, que se traduce en sentido contrario en la pintura, es tal vez un mecanismo de defensa, como una manera de catarsizar o exorcizar los fenómenos. Un amigo me cuestionó respecto de si no le tenía miedo al narcotráfico. Y sí: es el miedo que muchos tenemos. Afortunadamente aún no me ha pasado nada. ¿Pintar una pistola genera violencia? Yo no busco representar la violencia con un arma, que sería lo más inmediato semánticamente. La pistola puede representar muchas cosas, hasta sexuales y fálicas. Pero indudablemente en mí se trata de una desesperación: mi necesidad de decir algo.

--Parece demasiado importante el contexto.

--Exactamente. Como en mis series pictóricas de “Los desaparecidos” o “Daños a terceros”. En nuestro contexto son temas vastos. No los puedes dejar. Son temas virulentos de todos los días, que se renuevan en la vida hora tras hora. Con el pintor Oscar Manuel García Castro (otro artista sinaloense que pinta también sobre el “narco”) coincidimos mucho. Somos de la misma generación, fuimos amigos. Coincidimos en personajes, situaciones, circunstancias, entorno. ¿Y en premios? Sí, en premios también. Acaso somos de una generación marcada por un notorio contexto, en el que están algunos otros artistas de la región como Ricardo Corral y hasta Eduardo Sánchez Encinas. O María Romero.

--Aunque ella más a un nivel interno y conceptual.

--Un enfoque más autobiográfico y anecdótico. Pero en general se trata de una violencia que no le quita para nada la belleza a la obra. Entonces la influencia exterior resulta de primer orden. Conozco a unos chavos gemelos, tienen lana y les fascina la pintura. Me caen muy bien porque le echan muchas ganas. Son güeros de ojos claros, galanes, muy unidos. Hacen cuadros por ejemplo de una prostituta jodida o de un tipo descuartizado, un Cristo tirado o un sujeto balaceado. La obra podría ser definida como muy obvia y hasta panfletaria, pero lo importante es que dicen cosas. Y en mi caso tal vez sería más fácil pintar mis propios sueños, lejos de la realidad.

--¿Cómo los monstruos oníricos del pintor Luis González?

--No. Fíjate que por ahí no. Mis respetos para Luis, pero eso no. Creo que ahí hay cierta represión...Quizá hay una carga emocional muy fuerte, que termina por ser un anclaje...

--Va una pregunta absurda: ¿Por qué no pintas flores y rositas?

--No se trata de un afán por ser original o de buscar estilos. En mí anida una necesidad de expresión, de decir algo que mucha gente no dice, que no se atreve a decirlo, y que probablemente deba ser dicho a gritos. Es algo que me angustia, que me preocupa y que me ocupa. Por eso yo no pintaría un sueño. Los sueños no me gustan ni me preocupan. Ni yo a veces lo entiendo; pero sé que es una urgencia vital de creación. Por eso no pinto sueños rositas o floresitas intimistas. Sería como burlarme de lo que yo creo. No sería yo. Más que ser original o buscar un estilo superfluo quiero ser yo mismo y decir lo que creo y pienso. Pero puedo ver una flor y quizá sea una...

--Una amapola.

--Fíjate que hubo una bienal del noroeste donde ganó una amapola, de un tal señor Gaxiola que jamás volvió a ser seleccionado ni le volví a ver un cuadro. El de la amapola, con una calavera entre la maleza, ni siquiera es kistch; es más bien ingenuo. Pero ganó.

--Cuando estás frente al cuadro, ¿hay alienación, enajenación?

--Sí, precisamente. Como otra dimensión. Quizá una sensación de olvido en torno a lo que pasa en la vida, para no estar en la vida. Pero el encanto se rompe cuando debo ir al baño, por ejemplo. En el proceso retomo al mundo y luego me distancio del mundo. En alguna ocasión no he oído el ruido terrible de la vida, ni la calle ni los toquidos en la puerta. Llega uno a morar y levitar con todos sus sentidos perdidos y sublimados dentro de la obra.

--Tú necesitas de la luz y por eso pintas en las mañanas. Pero en tu obra no aparecen precisamente formas luminosas, sino más bien tenebrosas, efectos

acaso perversos del ser social. Destacados críticos y pintores del país, como José Luis Cuevas, Raquel Tibol, Leopoldo Flores, Alberto Castro Leñero o Luis Carlos Emerich, dicen que tu obra tiene una enorme fuerza social, y además una estilización notable. Es decir: está presente la emotividad y también la racionalidad a través de las formas. Todo esto parece hasta contradictorio.

--Entiendo. Honestamente no lo había pensado hasta ahorita que lo dices. Intentaré buscar una explicación en este momento. En realidad lo oscuridad me gusta. A veces cierro todo, cierro las ventanas, me recuesto y cierro los ojos. Pero luego, tal vez sea inconsciente, al pintar busco la luz para ver los caminos, etéreos y convulsos, de la obra. Las luces del sol son como rayos X. Cuando colocas el cuadro a contraluz puedes identificar detalles inacabados, excesos. ¿Que si gusto del impresionismo? Claro. Amo a Monet, a Van Gogh. Tengo obsesión por la luz. Siento nostalgia por los lugares abiertos, como la tierra donde nací: Mocorito. Pero tal vez las contradicciones se explican porque los seres humanos somos complicados; por ello pinto una parte oscura del hombre, las penumbras, los lados más perversos, el sadismo, la violencia, que resulta como un destello de la iconografía del narcotraficante kistch, como los marcos dorados de terciopelo negro, los caballos de las camionetas, los sombreros en el polarizado, las balas y las armas, la escenografía diversa en torno a la irreverencia del santo Jesús Malverde con sus varias lecturas y significaciones. De tal suerte que a mí me llaman la atención los aspectos terribles de la sociedad que vivimos. Podría pintar quizá las cosas agradables o buenas, pero son demasiado obvias. Y es que destaca el doble discurso que tienen las cosas. Sería absurdo negar u ocultar que desde Sinaloa se han atizado los fuegos de la ilegalidad; hay empresas fuertes que exportan alimentos, pero hay grupos e individuos que asesinan en las calles y en las casas a plena luz del día. Aquí está esa parte oscura y yo tengo necesidad de decirlo pintando. No puedo abstraerme de mi realidad y mi contexto. Yo no hago ni invento el escándalo; lo ha hecho desde hace muchos años y lo sigue haciendo la vida real.

--Las partes sórdidas de la sociedad. ¿Te angustia la sociedad?

--Me angustian algunas cosas sórdidas de la sociedad. Y la verdad es que el tema es muy rico plástica, visual, contextual y conceptualmente. Y te confieso que he intentado dejar de pintar las imágenes relativas al impacto de las drogas, de los sujetos amarrados, ejecutados y tirados en los campos y las calles, pero honestamente no he podido. En el fondo tampoco he querido. No pinto las cosas de la cultura del narcotráfico por gusto, sino en virtud de las necesidades esenciales de mi conciencia y mi ser. Es necesario y pertinente hablar de lo malo. O, en otros términos, hay que ser auténticos, buscar dentro de ti, encontrar y sacar a flote tus raíces, trabajar con eso que conocemos como esencia, aunque con la influencia del exterior, en tanto que es imposible vivir y ser uno mismo sin los estímulos exteriores. Por eso no resulta casual, en el contexto sinaloense, que cada vez más los jóvenes artistas se estén involucrando con motivos y escenarios de violencia que, nos guste o no, son nuestros. Así, en los lienzos aparecen El señor de los cielos, un cuerno de chivo, pistolas, hojas de marihuana y amapola y muertos destazados a punta de balas. La pintura es una disciplina que exige, y mucho. Es un estilo de vida, un compromiso, una actitud y significa estar en la jugada. La pintura que expresa al mundo es la pintura genuina y auténtica. En mi opinión, no tiene mucho sentido andar buscando en los sueños y las fantasías los temas de las obras, cuando la vida real y concreta te ofrece una gama inmensa de posibilidades. En lo cotidiano y en lo más sencillo al alcance de tu mirada pueden estar los fundamentos valiosos de las obras y las creaciones.

--A pesar de todo, tu obra no parece de denuncia...

--Nunca he querido ni buscado hacer trabajos de denuncia. Quizá la pintura se transformaría en panfletaria. Y yo me siento muy lejos, lejísimo del panfleto. ¿Por qué denunciar? Sólo pinto lo que vivimos, lo que está a flor de piel de la sociedad.

Algunos han cuestionado mi trabajo y me han acusado de interpretar erróneamente la realidad social. Y prueba de ello es que ciertos organismos y funcionarios en un momento dado no te apoyan o algunos otros prefieren no promover ni comprar algún cuadro determinado porque aparece Malverde o aparecen signos que se relacionan con el mundo de las drogas. Yo pinto obras y no notas rojas de los periódicos. Pero me satisface mucho ver mis cuadros colgados en las galerías o en los hogares de quienes han comprado mis obras y más satisfacción siento cuando advierto que ellos no han reparado que por ahí entre los trazos y el mancheo y los colores se coló un “gallo”, un “perico” o un “chivo”, que forman parte de la iconografía de la tierra sinaloense. Son como caballos de Troya en las moralistas paredes de los burgueses y de los políticos y de los edificios públicos y privados.

--Has padecido la censura...

--Sí, por supuesto. Pero poco a poco han aprendido a tolerarme cada vez más. Ya no les espanta tanto ver un rostro medio desfigurado, un caballo herido y unas manos medio mutiladas. Te diría nombres de quienes censuran en Sinaloa, pero ya los conoces y no tiene mucho sentido. Son sujetos pasajeros. Conmigo ha habido una especie de prejuicio. Imagínate: los violentos, los que se hacen los occisos frente a la violencia de la vida real, los que incluso tienen que ver con las cofradías del narco, poniéndole peros a la pintura que habla del narcotráfico, de Malverde y de los crímenes que día a día se padecen en la sierra, en los valles y en las ciudades. Demasiada hipocresía. Y sí, en efecto, el problema de la violencia hoy es que está organizada desde las alturas o desde los bajos fondos sociales, y yo creo que sociológicamente es digna de pintarse, como cualquier otro fenómeno social. En suma, el problema estriba en que el sistema político haya dejado crecer, por intereses económicos, las ramificaciones del fenómeno. La sociedad no está preparada para hacerle frente. Y quizá ya adquirimos e interiorizamos la costumbre de ver a la violencia y al narco de manera natural; sin embargo, no deja de impactar.

Pero nos hemos acostumbrado a ella. No ven el fenómeno quienes quieren pasarse de listos o quienes francamente están ciegos. La situación es demasiado descarada, a la vez que complicada, pues ha afectado a múltiples esferas de la sociedad. Y llegó también por el lado más vulnerable: la política, que a lo mejor siempre ha estado afectada, pero ahora resulta más que evidente. Y bueno, por otro lado, el ser narcotraficante significa ser empresario, significa ser exportador con gran visión empresarial. Además, dada la estructura del tráfico de drogas, cuando llegan a desbaratar a algunos de sus grupos y sus células, se reconstituyen, se rehacen y se reproducen de manera muy rápida y eficiente. Vivimos en medio de ese mundo, y por lo demás globalizado y altamente tecnologizado; y los narcos se anuncian, en clave, hasta por internet. Como anécdota, te cuento que en una ocasión un sujeto charló conmigo a través de la red. Quizá era puro cuento, pero en el ambiente existe toda esta escenografía de la desviación. El sujeto se identificó, para variar, como Arellano, y hasta contaba con una página web: "www.com.narcotae". Entre otras cosas, no entiendo porqué, inclusive me mandó un plano o una guía sobre cómo se procesa una droga sintética, una anfetamina. Quizá sea una de las formas que tienen para enganchar a sus potenciales clientes o para involucrarlos en la industria. O tal vez haya sido sólo un "hacker" o un bueno para nada jugándole bromas a la gente y a la vida.

--Tu obra, como parte inevitable de las formas diferentes de la apreciación y la percepción, puede ser vista como escatológica, como resultado de una elaboración compulsiva e intencional, para destacar y llamar la atención.

--Claro. La han juzgado así. Algunos me han comentado que mi pintura tiene ese fin, que es una forma de prostitución. Pero, reitero, llamar la atención nunca ha sido mi propósito. En realidad, en el largo proceso que implica el arte, yo prosigo en una constante búsqueda. Y tal vez algún día deje de pintar las subjetividades de mi espíritu a través de las realidades que vivo y miro, pero por lo pronto eso no sería posible. Pero el hecho de que me acusen de tales artificios no ha afectado para nada

a mi trabajo. Al contrario. Me ha ayudado a poner mayor atención para evitar caer en la superficialidad y el snobismo que caracteriza a los farsantes. Y, por ejemplo, yo le tengo mucho respeto a la artista Rosy Robles (en una obra de ésta, excomulgada por la Diócesis de Mazatlán, se hizo un autorretrato con el fondo del manto de la Virgen María, desnuda, en la que utilizó sus propios vellos púbicos), la respeto como persona, como amiga y como artista. A ella le da por provocar al público, a la crítica y a las instituciones. Pero curiosamente cuando no utiliza los grandes falos escultóricos, las vaginas y las cuestiones escatológicas es cuando ha obtenido los reconocimientos y los premios, inclusive nacionales. Pero al margen de su estilo, ella es endiablidamente buena. Y en mi caso, pues sencillamente yo no podría pintar otra cosa. Y en suma, si otros pueden y quieren referirse al mundo rosa y paradisiaco pictóricamente, pues igual se vale, si el artista se entrega y se da totalmente en su propia obra. En esta idea por eso me encanta también la luminosa obra de don Antonio López Sáenz, quien es, pésele a quien le pese, el más grande artista mazatleco y sinaloense, de nivel internacional, que pinta, a su manera, los colores de la tierra y del alma de un pueblo. Se puede pintar sensiblemente la vida con el color de la tierra, como diría Marcos. Pero también puedes pintarla con los colores del espíritu de tu tiempo o con los colores de la violencia, la brutalidad y la muerte.

4.-Entrevista 3: El literato

Elmer Mendoza: reflexiones en torno a la narcocultura

(Este es un fragmento de una entrevista con el más destacado narrador sinaloense de los tiempos actuales. La charla con el escritor se efectuó durante una extraño mediodía, por apacible y fresco, en los portales de un café del centro de Culiacán. Autor de diversos textos cuya trama remite a los asuntos de la desviación social y la violencia, Elmer ha trascendido regional, nacional e internacionalmente de forma significativa con sus más importantes novelas: Un asesino solitario, El amante de Janis Joplin, y la más reciente, Efecto Tequila, editadas por Tusquets. La entrevista giró en torno, por supuesto, a la trascendencia sociocultural del fenómeno de las drogas prohibidas. La conversación ha sido estructurada como una reflexión en soliloquio, casi sin la injerencia del interlocutor y fue publicada, sintéticamente, en el periódico sinaloense Ríodoce, el lunes 21 de abril de 2003).

Elmer Mendoza asume rápidamente la temática. Desde el pausado tono de la voz discurre, en principio, en torno a las aristas de la estigmatización sinaloense. Y explica.

En sentido antropológico, la sociedad ha sido marcada por ciertas modas que han sido adoptadas y adaptadas por los narcos. El ejemplo clásico: la música. Pero lo que más me llama la atención es la vestimenta, y en especial la ropa “Versace”. Por la zona del “Mercadito”, en Culiacán, a donde llegan camiones de la sierra, se ven muchos jóvenes espigados, con sus relucientes botas, de piel de avestruz, de víbora, ataviados con sus jeans y sus camisas “Versace”, o de seda. No se trata de una moda que se haya extendido masivamente en Sinaloa, pero a los grupos de muchachos que las usan en efecto los distingue. O vas a diversos sitios, lugares de entretenimiento, cafés y restaurantes y ves a comensales con vestuario colorido y chillante. Y bueno, la joyería. Mucha gente se cuelga de todo, con tal de que sea notorio.

Estos iconos forman parte de la cultura. Y son, de cierta forma, un reflejo de un poder. Poder que implica colgarse artefactos, accesorios que son costosos. Estamos sumamente influenciados, en un cierto sentido, de la impunidad. En las

colonias populares y las no tan populares hacen fiestas, cierran las calles, y no importa si causan molestias. Se producen escándalos y sonidos espantosos y no hay manera de que se les pueda callar. Y cuando se trata de grupos de narcos organizando las fiestas, la policía por supuesto brilla por su ausencia. El ruido es más fuerte y estruendoso. Y esto es parte de la influencia que recibe la sociedad.

Otra cuestión es la del lenguaje. Van asimilándose giros verbales que revelan el mundo de la transgresión. Por ejemplo: “Pásala para andar iguales”; “Ya ando mariguano”; “Pasa las tres”; “Voy a echarme un toque”. He visto cómo le dicen a los niños, en las reuniones familiares, que aplaudan y entonen frases de exaltación de narcos o que canten narcocorridos. O exhortan a los pequeños para que teatralmente se den un “pericazo” y los niños se llevan los deditos a la nariz y aspiran, provocando las risas de los adultos y demás. Esos comportamientos los he visto en distintos lugares y en diferentes sectores sociales, de clase media alta, hogares de profesionistas y por supuesto en otros ámbitos. Me he quedado sorprendido y frío frente a esas manifestaciones. Son ecos de la “narcocultura”. Aparte, en ciertas fiestas, en las discotecas y otros sitios –lejanas ya las expresiones de misticismo--, los jóvenes se alocan; hacen orgías con quienes se pongan enfrente; cogen frente a conocidos y desconocidos y explayan intensa y compulsivamente su frenesí; bailan y gesticulan desnudos bajo los efectos de las múltiples drogas que se meten, incluidos “gallos”, “pericos” y “chivas”, además de metanfetaminas, cristal y otros estupefacientes. En suma, estamos llenos de momentos y situaciones límite que tienen que ver con formas de violencia y delincuencia.

El escritor, en su fuero interno, resiente la indignación. Aunque fiel a su costumbre, jamás pierde la compostura y el aplomo. Muestra tan sólo muecas de sarcasmo. Y prosigue ecuánime, lentamente.

Respecto de la iconografía de la violencia, se está haciendo cada vez más común que en las tumbas y mausoleos de los cementerios se coloquen fotografías de los

muestrarios, así como leyendas, letreros y recuerdos diversos. Pero siguiendo con la línea de la moda, se tiende a seguir un modelo que rompe con la armonía, tal vez en aras de lo fuerte y lo violento, representado en jeans, playeras, camisas vaqueras. Parece que no importa la indumentaria; o sí importa, pero para reiterar desde el escándalo el mal gusto. No sólo los narcos, sino a la población le ha dado por ponerse colgijos. Y esto igual se relaciona con el hecho de que en las calles muchos andan con la música a todo volumen para llamar la atención. Aún me sorprendo de ver a jóvenes ensordecidos de 16 ó 18 años en sus camionetas del año con estéreos en lo más alto de los decibeles escuchando, es un decir, banda, tambora y norteña. Me pregunto: ¿será realmente su gusto?

Pero es lo que se escucha en el barrio, en la casa; y se comparten tales cosas en la escuela con otros jóvenes. He escuchado a maestros decir a alumnos que se esfuercen en estudiar y éstos, en muchos casos, responden que para qué. Y retan incluso al pobre profesor: “¿para andar como usted? Vea como anda, con esa ropa y ese carro tan jodido...” Y es que no hay garantía de que las carreras universitarias puedan significar estabilidad económica o estatus, como ocurría antes. El joven hasta se ríe y se burla de lo que pudiera ganar a futuro siendo un profesionalista.

Está también el asunto de los videos. En una estación que se llama “Videorola”, que se dedica a la promoción de música mexicana y cosas de la tecnobanda, transmiten videos que son verdaderos muestrarios significativos. Por ejemplo, un icono que parecería ya común en estas tierras: se ve algún cantante que va con una muchachona medio abrazada; en una mano lleva una cerveza de a litro y se la empina; claro, también lleva una pistola fajada a la cintura y atrás viene un montón de gente, siguiéndolos. Y la vestimenta: camisa roja, pantalón de mezclilla, botas puntiagudas y sombrero. Toda esta escenografía es representativa y está dirigida cierta y principalmente al narco, pero finalmente el mensaje termina por expandirse al resto de la población.

Elmer Mendoza sonríe con ironía ante una pregunta y luego frente a su propia respuesta. Y rememora.

En cuanto a la estigmatización de la sociedad, creo que hemos sido demasiado brutos en la promoción de la imagen violenta. Y no es sólo por el fenómeno histórico de que aquí empezó la industria de la droga o porque los narcos más famosos han sido sinaloenses. Más bien valoro que ha habido un disfrute en mostrar esa cara violenta y por lo mismo bastante irreverente e irrespetuosa. A mí me ocurrieron cosas en los años setenta, cuando estudiaba en el D.F.: yo era muy respetado no porque fuera violento, sino por ser de Sinaloa. La gente como que decía que había que tener cuidado en meterse conmigo. Bueno, fue algo que nunca desment . Incluso me decía: “qué bien”. En las fiestas oíamos corridos y grit bamos “ Arriba Sinaloa, hijos de su pinchi madre!”. Y los amigos chilangos pues se la creían. En cierta medida nos enorgullec amos de ser de un pueblo tan negativamente  pico. Es sólo una anécdota, pero sí, el estigma nos lo hemos ido ganando a pulso.

Aparte, ha existido durante los últimos 40   50 años una complicidad social de la cual tardíamente nos arrepentimos. Y es que nadie denuncia nada. Yo no tengo ninguna duda en que las fuerzas del orden saben quién anda bien y quién anda mal, pero dicen que no hacen nada mientras no reciban denuncias. Y t  no denuncias porque sabes que te creas un enemigo y sabes que se puede resolver con sangre. El peligro es para toda tu familia. Y por supuesto, la población no confía en la policía. La descomposición es evidente. No hay ninguna confianza en las instituciones que administran la justicia. Nadie les cree. Inclusive han querido militarizar las ciudades y eso no resuelve nada. Los narcos no operan para que los atrapen de esa forma.

El también autor de los textos Trancapalanca y Buenos muchachos confiesa su desconcierto ante el “valemadrismo” de la sociedad actual, sobre todo ante el comportamiento de la juventud. Pero intenta reflexionar sobre ello.

Siento que al interior de las familias está la esencia de las transgresiones. Hay un trastocamiento de valores y pese a los comportamientos llamativos y protagónicos, como que nadie se da cuenta de nada. Ni padres ni hijos ni familiares ni vecinos reparan en los cambios involutivos que se están registrando. Los jóvenes parecieran decir: “como no me hacen nada, pues no estoy violando ninguna regla”. En este sentido, todo lo que no está prohibido pues está permitido. En parte, por ello, se ha expandido la industria de las drogas. Y por lo pronto y por lo tanto, hoy y mañana y pasado mañana me voy a una disco a drogarme, a beber alcohol adulterado, a desnudarme y a coger en una mesa aunque me vean los demás; o meto a mis amigos a mi recámara y hacemos una orgía, mientras mis padres ven la televisión en la recámara contigua. Por ejemplo, en cuanto al gobierno foxista, solamente creen en él los que tienen mucha lana y los economistas. Entonces tú te preguntas: ¿cuáles son los asideros del mundo? ¿Por dónde tenemos que caminar para ir en confianza por las calles de este mundo? Y el joven también se pregunta, elementalmente, ¿porqué debo ir a la Universidad si cuando salga no voy a conseguir empleo? Mejor vendo tacos o me meto francamente de narco. Porque los que consiguen empleo son los recomendados, y los juniors, y los yupis y los parientes de los dueños de las fábricas. Estamos viviendo una gran descomposición social y no quiero ser ave apocalíptica, pero creo que dentro de unos 20 años estaremos viviendo una crisis profunda, honda, auténtica. Al país se lo va a llevar la chingada. La caída del PRI no significó la caída del sistema de gobierno y eso se me hace aún más peligroso. El proyecto de Fox sigue siendo parte del proyecto salinista. Y eso que yo admiro a Carlos Salinas de Gortari porque es un tipo que ha sabido jugar a la política, y en la derrota más espantosa para él, ha sabido jugar. Tiene tanta presencia que hasta el peso se devalúa cuando vuelve al país. Esa forma *fouchesca* de hacer política, de influir en los factores y los sectores resulta admirable, aunque yo esté en absoluto desacuerdo con tal proyecto. Por lo pronto, en este país no se observa absolutamente nada positivo. No puedo confiar en un gobierno tan superfluo y tan ignorante, que ni siquiera mira a los 50 millones de pobres, 40 de los cuales están en la miseria

extrema, donde la gente sólo sobrevive para reproducirse. Y cómo voy a confiar y a creer en un gobierno y en un sistema, si yo mismo toda mi puta vida he vivido de mi trabajo y no veo la mía. Llegar a donde he llegado me ha costado muchísimo. Qué país, qué sistema de gobierno no es capaz de crear programas estables donde sus escritores, sus artistas y sus intelectuales puedan vivir de su trabajo, y no de simples becas para unos pocos. Para este gobierno la gente que se dedica a la cultura y al arte cuenta menos que un administrador o un gerente.

El narrador, también maestro de literatura y activo tallerista donde comparte y transmite sus conocimientos y habilidades, se entusiasma al evocar la música regional.

La música sinaloense es producto de la elaboración genuina de la cultura popular. Absolutamente. La temática y los personajes de los corridos dan para mucho, amén de que no pocos narcos han pagado para que les hagan su canción. En el fenómeno de las bandas, muchos traficantes patrocinaron grupos. He escuchado que por ejemplo a “Los Tucanes de Tijuana” los apoyó por ahí alguien oscuro. Ellos lo desmintieron. La cuestión estriba en que no hay manera de demostrar los patrocinios, pero parece evidente como otro mecanismo del lavado de dinero. Se ha dicho también que algunos compositores como Paulino Vargas han recibido dinero por algún corrido. Y bueno, son detalles y hallazgos que gravitan en la vox populi. Cosas de la cultura popular. Por ejemplo cuando escapa el “Chapo” Guzmán del penal de Puente Grande, al otro día ya tenía su corrido. Como los hechos y las situaciones poseen referentes mitológicos, tienen un impacto directo en el inconsciente colectivo; de inmediato los músicos aprovechan los momentos y las coyunturas. Los temas, los “héroes”, forman parte también de la cultura popular.

En este sentido, la prohibición de la narcomúsica en los medios electrónicos se me hace una medida ridícula. No son formas de resolver el complejo problema de las drogas, cuya solución está en otros ámbitos. Y uno de éstos, fundamentalmente,

tiene que ver con el gobierno, en especial con el gobierno federal. Sólo hay que fijarse en esta simple ecuación: capo que agarran, capo que tiene que ver con el gobierno federal. Desde la literatura siempre hemos hablado de la colusión de los aparatos gubernamentales y los delincuentes, pero ocurre que las autoridades no leen, y mucho menos literatura. Y en cuanto a los programas de combate al narco, es lo mismo de siempre: “llamaradas”. Los promocionan como algo sin precedentes, históricos, pero la delincuencia sigue exactamente igual: en auge. Hace poco fui a Tijuana y charlé con un tipo y le pregunté su opinión sobre el cambio de gobierno en el país. Dijo que en realidad todo era igual a los tiempos del PRI y que en esos momentos estaba parado “porque estamos negociando”. Ni siquiera estaban preocupados; sólo estaban afinando diferencias y negociando. Es que se trata de un negocio que los grupos transgresores no van a dejar. En el improbable caso de que México dejara de exportar sus productos a Estados Unidos, inmediatamente se meterían grupos de otros lados del mundo: el Lejano Oriente, Europa Oriental, Rusia, Sudamérica, etcétera. En términos reales: los intereses “nacionales” no se abandonarán tan fácilmente. En Guadalajara tomo un taxi rumbo al aeropuerto y el conductor pregunta por mi lugar de residencia: “Culiacán”, digo, y entonces el taxista exclama: “Ah, de los narcos”. Luego, me cuenta cosas de los traficantes de Guadalajara, su visión y su percepción de la temática. Habla de cómo crearon fuentes de empleo, cómo se estimuló la industria de la construcción, del turismo, los servicios, los restaurantes, la industria automotriz. Y relató inclusive que él le dio servicio de taxi a un cliente narco, y que gracias a las dejadas y propinas pudo completar en dos meses para el enganche de un carro nuevo. “Lo que no hace el gobierno”, dijo el taxista.

Entonces, eso de prohibir las canciones, ¡por favor! Es una soberana tontería. Es como si prohibieran las canciones y los poemas de amor: ¿ya por eso no vamos a amar? La prohibición es absurda. En virtud de la gran impunidad que impera en el país, terminamos por externar cierta admiración por esos personajes, como el

“Chapo”, que es capaz de sobornar y comprar todo un sistema carcelario para escaparse. A la mayor parte de la clase política le importa un comino lo que ocurra con el país. Más bien se siguen jodiendo en nuestro país. Quieren seguir gobernando con puras declaraciones. Así, no le están dejando a la gente otra alternativa que delinquir: es una opción más segura. Al rato todo mundo va a estar haciéndole competencia a la Banda de los Pinos.

Uno de los méritos principales de la música narco, creo, es que ha posicionado una visión del mundo: es parte fundamental en estas nuevas formas de convivencia social y en el ejercicio de esta forma de transgresión. Juega un papel de relevancia en señalar a estos personajes artificiales y es un testimonio muy oportuno de la descomposición que sufren el país y la sociedad. Como elaboración artística, la narcomúsica quizá no posea mucho sustento, pero como realización popular tiene bastantes asideros: es evocativa, pegajosa, grata. En este sentido expresa contenidos populares y en la medida en que cumple con la función de ser una manifestación que cubre un sector de la sociedad, que estimula y recoge aspectos directos de la población, creo que tiene sus méritos y sus valores. En lo particular me gusta el acordeón, el juego de voces y algunas letras. Muchas tienen aliento poético. Y sí, creo por ejemplo que “Los Tigres del Norte” han contribuido a enriquecer la identidad y la cultura nacional.

Por lo demás, las prohibiciones siempre tendrán un efecto contrario a lo que se pretende. El fenómeno de la recepción transgrede las pretensiones moralistas. La población tiende a apoyar y rescatar lo que los gobiernos tratan de prohibir. Hay un sentimiento muy antiguo del hombre, que siempre se interesa por las cosas prohibidas. ¿Recuerdas? Hace algún tiempo no querían que usáramos anglicismos. Qué torpeza y qué ridículo. La cultura popular es tan fuerte, tan sólida, que no admite tales medidas superfluas. Ahí están nuestros indígenas. No los para nadie. Ahí están con sus manifestaciones artísticas, con sus danzas, sus historias, su

música, su indumentaria, sus sueños y sus rituales. Y lo mismo ocurre con la música popular, y en este caso, con la norteña. Son absolutamente ridículas las prohibiciones. A los gobiernos, a las élites políticas y a los grupos de poder les hace falta sensibilidad social y mucha cultura.

--Hablar con Elmer Mendoza, en su propio terruño y con alientos constantes de naturaleza literaria, resulta un ejercicio placentero, pese a que la temática se inmiscuya entre los aspavientos de la violencia, la ilegalidad y el crimen.

Personalmente, el fenómeno del narco me ha afectado, pero en el buen sentido. Para mi fortuna nunca he tenido algún problema con algún delincuente. Nunca, ningún narco, me ha puesto un arma en la cara, aunque la policía sí. Los delincuentes nunca me han humillado, ni en público ni en privado. No he sido víctima ni he estado en medio de las constantes balaceras. Y bueno, tampoco me he beneficiado económicamente; no tengo tienda, ni restaurante, ni negocios ni vendo carros. El beneficio para mí tiene que ver con lo revelador que ha sido estar cerca de la mitología. Vivir cerca de un fenómeno social muy particular, completamente irreverente, realizado por personas que tienen la idea de vivir una vida muy rápida, que no esperan nunca el mañana, y que viven el hoy como si fuera el último día de su vida, y que lo viven y no reparan en el dinero, resulta una experiencia extraordinaria. Vivir cerca de todo eso, ver la transformación cultural, sentirla, palparla, resulta algo único. Ver que pasa la transgresión y los transgresores en sus camionetas impresionantes; que vuelan sus avionetas y sus aviones y que les da por pilotear sus propios helicópteros y enterarme luego que esos sujetos son los que negocian cara a cara con los representantes del gobierno, pues resulta increíble y precisamente extraordinario. Te cuento que cuando publiqué uno de mis primeros textos sobre las drogas, se me acercó en la calle un tipo y me dijo que sabía que yo había escrito un libro sobre el tema. Entonces me propuso, muy amable: “Si quiere que le cuente más cosas, búsqume”. En realidad, son detalles que te “prenden”. Al tipo alguien le había platicado que el libro era muy vivaz y que estaba escrito con el

lenguaje y con la visión propia que ellos tienen del trasiego de las drogas. De ahí su interés. El personaje del libro, un tal Chuy Salcido, en realidad nunca existió. Más bien es el ensamble de muchos personajes. Y como dicen los narradores, si la historia está bien contada, puede dar la impresión de que es real. Es la cuestión de la credibilidad y la veracidad. El del narco es un tema que me apasiona, en primer lugar porque sus personajes son rebeldes y transgresores. Viven al filo de la navaja. No confían en las instituciones. Sólo tienen confianza en sí mismos. De algún modo han perdido el amor a la vida, lo cual significa el sentido de la convivencia, la familia, la planificación de la vida, arriesgarse por el futuro de los hijos y todas esas cosas. Ellos son diferentes. Me interesan, por ejemplo, los capos, los grandotes, que están muy bien establecidos y que no tienen conflictos visibles, pero que están esperando siempre los enfrentamientos a balazos con sus enemigos. Me interesan esos sujetos que pueden estar al filo del abismo. Esos tipos que, por ejemplo, ya no se pueden coger a sus mujeres porque ya no tienen erecciones después de tanta cocaína, y lo cual los hace sufrir, personal y socialmente. Me llama la atención la vida martirizada de esos hombres y que se levantan y desayunan con la idea de que ese día puede ser el último de sus vidas, y de que ese día van a irse a dar en la madre con el que sea. Y si van a jalar la bola pues la jalan. Y si van a cerrar el restaurante más caro de la ciudad pues lo cierran. Y como dijo el genio de José Alfredo, para ellos realmente la vida no vale nada.

Elmer Mendoza, autor precisamente del último texto aludido, Cada respiro que tomas, hace una pausa, da un sorbo a su taza de te y toma un respiro en la conversación. Luego, otea la céntrica y bulliciosa plaza “culichi”, en la que nunca faltan los paseantes ensombreados, y murmura: “Nery, este país es un desastre”.

5. Entrevista 4: El periodista

José Angel Sánchez: Un testimonio, una memoria sobre la “leyenda negra”

(José Angel Sánchez López, oriundo del norte del estado, es un periodista con una vasta experiencia profesional. Fue reportero, jefe de información, jefe de redacción y subdirector del diario El Debate, de Los Mochis. Luego, de 1975 a 1985 fue director de El Debate de Culiacán. De 1985 a 1987 asumió la dirección de El Diario de Sinaloa. Desde 1987 y durante unos diez años se hizo cargo de la dirección de El Sol del Pacífico en Mazatlán. Actualmente se dedica al periodismo radiofónico y ha presidido al mismo tiempo el Comité Estatal de Consulta y Participación Ciudadana del Consejo Estatal de Seguridad. En el período preciso, desde el ojo de la tormenta, vio muy de cerca el fenómeno de las drogas y la violencia, en el norte, el centro y el sur de la entidad. Este es el resultado de dos amplias sesiones de análisis, de reflexión, de una doble conversación que tuvo lugar frente al azul brillante del mar mazatleco, en dos tiempos distintos: en 1991, la primera; en 2001, la segunda. El tema, invariable: la llamada “leyenda negra” como imagen en torno al mundo del “narco”).

José Angel habría de acudir a la memoria para ofrecer un significativo anecdótico sobre los tiempos aciagos que le tocaron vivir. Y relataría con amplitud.

La violencia comenzó a registrar un mayor auge durante los años postreros del gobierno de Leopoldo Sánchez Celis, a fines de la década de los sesenta. Lo recuerdo. Sobre todo porque en ese tiempo me estaba iniciando en el periodismo. Pero previamente a ese auge, se habló en aquella época de un acuerdo o un pacto entre el gobernador Sánchez Celis y los grupos del narcotráfico para que dirimieran sus problemas fuera del estado.

En consecuencia, emigraron algunos grupos a Jalisco. Pero parte de esos grupos, los que se encargaban del control del tráfico de drogas, se ubicaron en el área de San Luis Río Colorado; en ese tiempo yo cubría la fuente policíaca de **El Debate**, en Los Mochis. Llegué al extremo, durante un tiempo, en que todos los días hablaba yo por teléfono a la sección de policía de San Luis Río Colorado: era mi fuente, para ver qué hechos y qué sinaloenses se habían enfrentado allá, porque era

una situación de refriega cotidiana. Sin embargo, cuando llega Alfredo Valdez Montoya a la gubernatura de Sinaloa (1969-1974), se terminó el pacto. Empiezan a regresar los traficantes, en el contexto también de los conflictos que se daban con diversos grupos de la Universidad. Y empieza a repuntar otra vez la violencia.

Quiero decir que la violencia, en sus primeros balbuceos, bajó de la sierra. Los sinaloenses tienen el carácter fuerte, sí. Pero los problemas de la violencia, además de la parte que nos corresponde, yo considero --ese es mi criterio-- que bajaron de la sierra con los emigrantes y se fueron arraigando; de la sierra a los valles y a las ciudades. Y no sólo de la sierra sinaloense, sino de la sierra de Chihuahua y de Durango. En el norte del estado nos encontramos con muchos apellidos que provienen de la sierra chihuahuense. Así podríamos citar una serie de apellidos que no son de Sinaloa o no provienen de las corrientes naturales de la República, sino que bajaron de la sierra de Chihuahua.

Eran, pues, de extracción rural. “Sierreños”, como les llamamos. Los serranos bajaron más que nada por conflictos entre familias. Bajaron a refugiarse y aquí se quedaron perdidos en las ciudades y en los valles. Muchos se fueron a los ejidos. Ya traían la condición violenta. Mentalidad de uso de armas. Me tocó conocer incluso a jovencitas que eran expertas en el manejo de pistolas y rifles. Y se dispersaron en los valles de El Fuerte y de Culiacán. No es la única causa, pero eso influyó mucho en las explosiones y la reverberación de la violencia atroz que habríamos de vivir en el estado.

Más tarde llega al gobierno Alfonso Genaro Calderón (1975-1980). Desde el principio se habló de que hubo relación entre los promotores de su campaña con grupos de traficantes, que habrían apoyado económicamente el financiamiento de la campaña política. Empero, ya en su gobierno, la violencia empieza a tomar más y más fuerza. La fuerza que ya se manifestaba con Valdez Montoya se dispara con

Calderón. Los años 1975 y 1976 fueron una pesadilla. Ni siquiera el sexenio posterior de Toledo Corro tiene comparación con la violencia desmesurada que se registró por ejemplo en 1976; ni en las cifras ni en el ambiente hostil y sórdido que vivimos en aquellos años.

En **El Debate** comenzamos a hacer una campaña demandando la intervención del ejército. Calderón respondió que el ejército no tenía nada que hacer. En el estilo clásico: arguyendo que el gobierno del estado era suficiente para controlar el problema. Trataban en el gobierno del estado de negar o bien ocultar las dimensiones y las ramificaciones del tráfico de drogas. Intentaban engañar a la sociedad y ocultar lo que a todas luces era una evidencia: los traficantes eran amos en la entidad.

José Angel escarba en el recuerdo. Rememora escenas. Y describe una escenografía peliculesca.

Al transcurso de los meses, mientras seguía creciendo y subiendo el tono de la violencia, las balaceras famosas en el puro centro de Culiacán se hacen cada vez más constantes. Enfrente del hotel Ejecutivo asesinan a un funcionario de la Procuraduría estatal. También ahí se liaron a balazos varias patrullas un domingo por la tarde, por accidente. Estaba recién egresada una generación de cadetes de policía. Vieron pasar a un sujeto que cruzó la calle, armado, luego de que uno de los compañeros de éste había caído abatido por las balas policíacas. Los cadetes se fueron sobre el muchacho armado y entonces los compañeros de este último abrieron fuego contra los cadetes y se armó un estruendo de película.

Uno de los hechos que nos dio una triste proyección nacional fue lo de Lamberto Quintero y la masacre que hubo por la Francisco Villa, enfrente de la clínica Santa María, saliendo del Templo del Carmen. La clásica venganza. Desde las azoteas de las casas, en los alrededores, decenas de sicarios estaban esperando el

paso de un cortejo fúnebre. La gente de Lamberto, precisamente. Estaban cazando a otro grupo de delincuentes: los Lafarga, del ser del estado. Supimos extraoficialmente de 17 muertos. Oficialmente sólo hubo uno: un joven de 22 años llamado Héctor Caro Quintero.

En el marco rudo de la intensificación de la violencia, finalmente Calderón cedió ante la presión de una sociedad que ya estaba más que alarmada: estaba indignada ante la pasividad o complicidad de la autoridad para dar, para facilitar Culiacán a la “mafia”. No es que la población se asustara por las balaceras. Prácticamente ésta ya había asimilado las balaceras que se desataban en las colonias populares, donde era más que manifiesta la presencia de los grupos delictivos. Pero al usar las calles como centros y campos de combate, la gente empezó a indignarse. Más que a aterrarse, a indignarse. La presión de los periódicos, de ciudadanos, de organismos diversos de la sociedad, logró hacer que por fin el gobierno atendiera los reclamos. Convocó entonces a una reunión pública para hacer un anuncio importante y entonces habría de llegar la tristemente célebre Operación Cóndor. Llegaron las tropas al mando del general Hernández Toledo. Y entonces el ejército tomó Culiacán. Y los soldados tomaron el estado, las ciudades y el ambiente adquirió los aires y las tonalidades de una guerra. Fue un desfile impresionante de las fuerzas militares.

El entrevistado recapitula. Las sombras cruzan su rostro. Y precisamente, en una mesa contigua, en involuntario simbolismo, una decena de desvelados parroquianos vestidos a la usanza vaquera (camisas a cuadros, sombreros tejanos, botas puntiagudas, dientes, pulseras y cadenas de oro), poco a poco han venido transformando su seriedad inicial hasta desinhibir sus emociones y alegrías. Mientras beben y comen y gesticulan y hablan y casi gritan, la grabadora, durante varias horas, prosigue registrando las palabras del periodista, que vuelve al tema y detalla.

Aunque no dieron la cara, el apoyo de los traficantes a Calderón había sido evidente. A través de nuestras fuentes, como tienen todos los periodistas y periódicos, nos

enteramos de esas operaciones. Claro: el fin de los grupos era quedar bien con el nuevo gobernante. La acción, de hecho, era una suerte de salvoconducto para moverse con más libertad; de tal manera que lo tomaron de rehén y se apoderaron de él. Habían logrado un compromiso factual. Y posiblemente eso fue lo que mantuvo al gobierno de Calderón con las manos afuera, y en parte por ello se desató con impunidad la violencia. No se atrevía el gobierno a aceptar ni a enfrentar un problema que le estaba creciendo y que ya le estaba quemando las manos. Se resistió hasta que fue imposible que siguiera cerrando los ojos y los oídos a los reclamos de la sociedad. Pero en un principio los dejó hacer y deshacer.

Los gobiernos, de forma directa o indirecta, mantuvieron relaciones y vínculos de varios tipos con los grupos del tráfico de drogas. Aunque el que menos pudo haber establecido tales relaciones fue el gobierno de Valdez Montoya. Quizá porque vivía un mundo aparte. Su problema, el que asumía, era el de los conflictos con la Universidad, aunque el narcotráfico había seguido incólume, en los diversos senderos y ámbitos de la entidad. La industria siguió creciendo; nunca se detuvo. Se desarrolló normalmente.

De hecho, los hombres que representaban al gobierno sinaloense habían asumido la idea de que el narcotráfico como industria era ya una actividad irremediable, inevitable. Era un síndrome con el cual había que aprender a vivir, con el que se habría de convivir, con el que debería aprenderse. Las componendas o los pactos no escritos pero reales, no se pueden interpretar de otra manera.

En los años previos de Sánchez Celis, desde el momento en que hay una especie de alianza, o un acuerdo, en el cual un gobierno es capaz de establecer: “Yo no quiero problemas en Sinaloa y mi gobierno no se mete con ustedes. Diriman sus problemas (los de los diferentes grupos de mafiosos) fuera del estado. No se peleen aquí. Váyanse a pelear fuera. Aquí nada más trabajen y yo no los voy a molestar”.

Desde esa perspectiva hay un pacto. Básicamente ese fue el acuerdo: “Aquí no quiero problemas. Trabajen, sí, pero diriman sus dificultades fuera del estado. Y vámonos. Y sigan trabajando”. Entonces tuvieron ese sexenio donde trabajaron abiertamente. ¿Y sus problemas internos? Pues los resolvían como saben: se mataban en Sonora; se mataban en Jalisco; se mataban fuera.

Así, en Sinaloa disminuyeron los enfrentamientos y los hechos de violencia. O éstos ocurrieron como situaciones muy esporádicas, hechos fortuitos y hasta raros. Líos personales. Rencores individuales. Sí, podríamos hablar de que el pacto funcionaba. Era el reconocimiento tácito hacia el encargado, hacia el responsable de gobernar al estado. Hasta cierto punto, inclusive, llegó a existir temor en alguno de ellos. En el caso de Calderón: temor y conveniencia por el apoyo financiero. “Acepto su apoyo financiero, asumo el trato y no me van a molestar más; no se van a meter conmigo”. Quizá haya razonado en estos términos. Pero qué sucede: que al asumir su mandato, los grupos se desatan y las armas vuelven a vomitar fuego.

Me comentaba un amigo, que fue jefe de la Policía Judicial del Estado, de un incidente que ocurrió con una partida que mandaron a San Ignacio para cumplir unas órdenes de aprehensión. Una de ellas era contra un campesino acusado de abigeato. Al llegar por él, éste les dice: “Yo no robé la vaca. Maté la vaca. No ha llovido y mis hijos tenían hambre. Yo maté a la vaca para darle de comer a mis hijos”. Les propuso que lo dejaran, que no se lo llevaran. A cambio les ofreció “un norte”; un asunto bueno: “Va a bajar un cargamento de marihuana hoy en la noche, y yo les digo dónde lo pueden interceptar”. Y bueno, acordaron. Los llevó al sitio y se ubicaron en un paraje al lado del camino. Al anoecer escucharon ruidos. Callaron y apagaron los cigarros. Efectivamente, bajaba un cargamento, nada más que venía en camiones del ejército y custodiado por soldados. Los judiciales se quedaron en silencio y temerosos. Se quedaron agazapados, sin moverse. Casi sin respirar.

Regresaron a Culiacán e informaron al jefe de la corporación. Y éste, nada más por no dejar, a los tres días fue a saludar al general que estaba al mando de las tropas militares. El jefe judicial preguntaría.

--¿Qué pasó mi general, qué novedades ha habido?

--Todo tranquilo. No ha habido nada--, respondería el militar.

De suerte que esa droga no venía incautada. Había desaparecido. Y es que la actividad de los traficantes no había cesado. Al contrario: siguió fluyendo la droga. Y más allá de esos detalles, con Valdez Montoya, hubo desarrollo de inversiones en Culiacán por parte de “esa gente”. Por esa época surgió Lomas de Boulevard, que el vulgo bautizó como “Gomas de Boulevard”. Una buena parte de las residencias era de “esa gente”. Se salieron de sus casas de la colonia Tierra Blanca y empezaron a proyectarse a nuevos fraccionamientos de primera. Otros se fueron a Las Quintas, donde había focos fuertes, líderes, cabezas de los grupos. Se fueron a colonizar otros sectores de Culiacán.

José Angel hace una pausa. Pareciera que le abruman imágenes y recuerdos. A pesar de todo, pese a la entereza y al sentido profesional, los hechos se invisten quizá agobiantes. Pero el recuento sigue.

Luego, decíamos, vimos la llegada de la Operación Cóndor, que se manifiesta en las ciudades, en el campo y en la sierra. Empiezan las batidas fuertes. Los más mal librados fueron los campesinos pobres e inocentes. Llegaban los del Cóndor y asolaban los pueblos y las rancherías. Recuerdo una matanza por allá en Santiago de los Caballeros: llegaron a un pueblo, a una fiesta precisamente, y acabaron y arrasaron con la fiesta y todo. Los militares argumentaron que habían sido recibidos a balazos y que ellos sólo habían respondido. Yo mandé un reportero de **El Debate** de Culiacán y publicamos una nota exclusiva sobre el suceso. El reportero entrevistó a los familiares de las víctimas. En la fiesta, estaba el baile andando cuando llegó el

ejército de repente. Se soltó la balacera y a correr todo mundo y a caer como moscas. Muertos y muertos y muertos. ¿Cuántos? Decenas.

Con la invasión de los federales la gente llegó a cuestionarse y a recapacitar: “Para qué vinieron. Mejor se hubieran quedado los grupos de mafiosos”. Aunque éstos promovieron una violencia terrible, lo cierto es que fueron muy raros los casos en que cayeron personas que no pertenecían a los grupos. Si bien es cierto que tuvieron sus enfrentamientos en el mero centro de Culiacán, a 200 ó 300 metros del palacio de gobierno, también es cierto que no molestaban directamente al ciudadano común. Los pleitos eran pleitos de mafias. Pero al llegar los soldados y los policías federales, llegan atropellando a todo mundo. Y lo más grave: el narcotráfico siguió viento en popa. ¿Qué sucedió? Se descontrolaron un poco los grupos fuertes de traficantes con la intervención del ejército en las zonas de cultivo, pero luego pasó el efecto y la euforia, y los grupos retomaron las riendas de su actividad y siguieron laborando. Algunos emigraron efectivamente. Rafael Caro Quintero se va a Sonora o a Chihuahua, pero todos siguieron trabajando. Aquí. Allá. Las raíces ahí estaban.

Durante su estancia, los federales se posesionaron de los centros nocturnos. Antes, en esos sitios, no entraban narcos. Y si entraban lo hacían muy humilditos, como rancheritos muy calmaditos, con inhibición, sin ostentación y sin sombreros y sin armas. Pero llegaron los federales y tomaron los lugares de entretenimiento y diversión por asalto. Se convirtieron en los amos. Ay de aquel matrimonio o pareja de novios que fueran a bailar ahí con la señora o la muchacha atractiva, porque de plano se la sacaban a bailar. E inmediatamente se la querían llevar. Y cuidado con que el esposo o el novio se opusieran porque cuando menos se llevaba una encañonada y una amenaza de muerte. Lo debía de aceptar y el otro se iba a bailar. Eso estaban haciendo, cotidianamente, para molestia e indignación de la sociedad.

Lo otro: la alianza de los federales con los grupos de traficantes. Llegó un momento en que ya no cuidaban las formas. Se exhibían juntos. Y lo mismo judiciales federales, que del estado y municipales. Hasta que los narcos, de nuevo, llegaron a tener el control de las policías. Se llegó a dar el caso que cuando se venían los relevos de las partidas de la policía federal, el comandante que recibía al que llegaba le daba con celeridad la relación de los contactos. Y de a cómo era. A ese extremo. Era un secreto a voces. Eran cifras y tarifas. Nombres, domicilios y tarifas: las cuotas de los capos.

El periodista mochitense, colocado en el papel poco usual de personaje entrevistado, puntualiza episodios. Y también denuncia.

En esa época se formó la Coordinación de la Campaña contra el Narcotráfico. Y entonces vino uno de los más grandes pillos y delincuentes, investidos de autoridad, que pisaron suelo de Sinaloa. Era Carlos Aguilar Garza. Prepotente. Se dedicó al crimen y al saqueo. Y claro: a la negociación con los grupos de la mafia. Cuando salía de gira, siempre iba acompañado de muchachas jóvenes, muy jovencitas. Llevaba la maleta repleta de dólares. Y de cocaína. El asesinato del periodista de **Noroeste**, Roberto Martínez Montenegro, todo mundo se lo atribuye a él. Aunque cuando lo mataron de hecho ya estaba desligado del periódico y se dedicaba más a fungir como jefe de prensa precisamente de Aguilar Garza. Lo asesinaron cuando salió un día de las oficinas de éste en la Judicial Federal. Un crimen como muchos otros, que jamás se esclareció. Al parecer ya estaba pidiendo demasiado el muchacho (Martínez Montenegro). Amenazó con que si no le cumplían iba a soltar todo lo que sabía. Y lo sabía todo.

Luego, también se da otra situación de un cargamento de cocaína que interceptaron en El Limón de Ramos, un rancho cercano a Culiacán. La ruta era, como siempre, Colombia, Sinaloa, Estados Unidos. Quienes coordinaban los envíos hablaron con el comandante de la judicial federal en el estado, Jaime Alcalá, y le

piden seguridad. A cambio, le entregaron un portafolio repleto de dólares. Y él les dijo: “nada más díganme cuándo y dónde para retirar a mi gente de ahí, para que no estorbe”. Le dijeron cuándo y dónde. Pero sorprendentemente él les cayó y les decomisó el envío. Se trataba del cargamento más cuantioso que se había decomisado en México. Eran 1,200 kilogramos, pero se reportaron cerca de 700, nada más.

A raíz de ello, hubo un despliegue de protección en torno de Jaime Alcalá. Estaba muy temeroso. Al departamento donde vivía en la colonia Chapultepec llegaba a recogerlo un helicóptero. El jefe judicial iba protegido por el helicóptero, además de las patrullas, simultáneamente, en las calles. Más tarde los cambiaron, tanto a Jaime Alcalá como a Aguilar Garza, a Tijuana. Luego, aquél renunció y se fue a vivir a Guadalajara. Abrió un negocio y al poco tiempo lo mataron frente a su establecimiento. Lo esperaron y lo cazaron. Esos tipos nunca olvidan. Todo esto que te cuento sucedió con Calderón. Fue la época crucial y más terrible que tuvimos.

Viene entonces el régimen de Antonio Toledo Corro (1981-1986). Se habló mucho de él y de su gente, muy allegada a los grupos del narcotráfico. El funcionario Atalo de la Rocha fue ubicado como el enlace entre los grupos de la mafia y Toledo Corro. Y éste siempre defendió a Atalo de la Rocha. Incluso llegó a darse la situación de que le ordenaron que se deshiciera de él, que lo separara del gabinete gubernamental. No lo hizo. Sólo desapareció una temporada, pero seguía ahí, presidiendo, en la discreción, una oscura comisión de Minería.

Se ha mencionado, entonces, a Toledo como protector de narcos. Por varias razones. Una de ellas: el rancho del vecino, “Los Angeles” (de Manuel Salcido Uzeta), frente a “Las Cabras” (de Toledo Corro), cuyos cascos hacendarios se miran frente a frente. Bueno, pero su régimen se caracterizó por aquella frase de los gobernantes que no asumen o no quieren problemas: “El tráfico de drogas no es de

mi competencia”. Y no es de su competencia el narcotráfico, pero los efectos sí. ¿Y qué sucede? Vuelve otra vez la ebullición del narco, como con Calderón. Por órdenes que se habían dado en México, se obligó a los narcos a que disminuyeran los decibeles de su comportamiento, a que bajaran el volumen de sus acciones de escándalo, a que contuvieran las cosas. Eran ya demasiados los desmanes y la violencia desatada en todo el estado. Esto obligó a los grupos y a los líderes a que cuando menos se aparentaran las cosas.

Con Toledo la violencia creció otra vez. Inclusive se llegó a dar el caso de que desde la oficina de prensa del gobierno se convocara a los reporteros de las fuentes policíacas a una reunión. A una fiesta, en la que participó el inspector de policía de Culiacán. Les dieron, en la fiesta, de todo. De todo. Y les indicaron, de hecho les ordenaron a los periodistas que no destacaran en sus trabajos los hechos de violencia. Que en todo caso la minimizaran. Que no se hablara ya de los muertos, de los crímenes del mes, de los homicidios de la semana. Yo empecé a notar los síntomas en **El Diario de Sinaloa**, al que ya estaba dirigiendo. Vi que la información disminuía en fuerza. Claro: mi reportero nunca me dijo de la reunión. Yo averigüé por otras fuentes. Me di cuenta del proceder de mi reportero y luego lo confirmé y lo constaté con los demás periódicos. Parecía, en efecto, una consigna: abajo todo lo que huelga a violencia.

En **El Diario de Sinaloa**, como periódico del gobierno, nos habíamos dedicado a hacer nuestro trabajo informativo, en la medida de nuestras posibilidades. E informamos. En una ocasión el jefe de prensa del gobierno me reclamó mi proceder, airadamente. Fue testigo mi sucesor en la dirección del periódico **El Debate** de Culiacán. El funcionario del gobierno me dijo que yo era el que menos debía hablar. Que yo estaba traicionando al gobernador, al patrón. Y es que, en efecto, el periódico del gobierno del estado era el que más señalaba las cosas de la violencia. Para evitar eso, pues habían convocado a la reunión con los

periodistas de la fuente policíaca. El fin era ocultar lo que estaba ocurriendo en la vida sinaloense. Igual que con Calderón. El objeto: dejar que las cosas siguieran corriendo, dejar el campo abierto para que la mafia siguiera haciendo y deshaciendo.

Padeció Culiacán una ola de secuestros y violaciones. En 1984 vimos formarse la gota que derramó el vaso: un grupo de jóvenes y señoritas estaban en un restaurante en tranquila convivencia cuando llegó un sujeto envalentonado, acompañado de varios tipos. El sujeto vio a una de las muchachas, le gustó, y así sin más, se la llevó. La joven era hija de un notario famoso. Se hizo un escandalazo. Pero en realidad era uno sólo de los muchos casos que se habían dado. A los dos días del rapto llamó el secuestrador al notario para decirle que no se preocupara, que su hija estaba bien atendida. Que ya se enfadaría de ella y se la devolvería, pero convertida en mujer....

El periodista recuerda detalles y no oculta su molestia. Subraya hechos que han lastimado a la sociedad. Y entonces reconstruye un diálogo que sostuvo con el entonces procurador Jorge Chávez Castro (ejecutado frente a su domicilio, por cierto, varios años después, el 17 de febrero de 2003).

A Chávez Castro yo le cuestiono. Y le reclamo:

--“¡Qué pasa contigo! ¿Por qué no renuncias al cargo?

--Ya he renunciado y no me aceptan la renuncia--, contestó el funcionario.

--No concibo que una persona deba permanecer por la fuerza.

--Mira --repuso, impotente, Jorge Chávez Castro--, sabíamos dónde estaba la muchacha secuestrada. Pero si yo concentro a toda la Policía Judicial Estatal y les digo: “Vamos a tomar la casa de este amigo y a rescatar a la muchacha”, en ese momento me matan, ahí mismo, mis propios agentes.

Como te decía en la entrevista anterior, había un reconocimiento abierto de que la Policía Judicial estaba controlada totalmente por el narco. Y creo que a ese

nivel estamos todavía. Las manos del delito organizado están dentro de las corporaciones. Y en aquellos tiempos de Chávez Castro, el crimen organizado había engendrado formas de violencia desaforadas. En realidad había ocurrido que un grupito de mafiosos, de jóvenes vinculados a la mafia, había puesto en predicamento a la sociedad. Asolaban Culiacán. Secuestraban. Violaban. Mataban. En ese tiempo yo escribí un artículo, dirigido sin duda a los capos. Les dije: “Ya paren a su gente, la sociedad está irritada”. Les dije que todos eran padres, que tenían hijos, que tenían parientes y familia. Y que de seguir así las cosas, también a ellos les iba a llegar su propia violencia.

José Angel revela hasta curiosidades periodísticas. Y aunque con un dejo de percepción moral, rememora.

El día que apareció mi artículo me habló Jesús Michel Jacobo (universitario y periodista, asesinado unos años más tarde) y me dice que quiere comentar algunas cosas conmigo. Luego, me informa que hubo una reunión ese mismo día por la mañana, de las 6 ó 7 gentes que controlaban el tráfico de drogas, para discutir el asunto de mi comentario periodístico. Y que algunos se habían pronunciado para ir sobre mí. Pero hubo uno más tranquilo y mesurado que dijo: “Creo que él tiene razón. La sociedad está molesta, irritada. Y puede traer consecuencias. Por ejemplo: que de México se venga otra campaña. Y más nos va a entorpecer el trabajo”. Ante esa argumentación los “capos” acordaron aplacar a sus “mozuelos”: al grupito de facinerosos y vándalos de la mafia que tenía en jaque a la población. Eran cuatro: “El Culichi”, “El Loco Samuel”, “El Niño” (hijo del periodista Odilón López Urías, a la postre también asesinado) y uno más...¿Quién era el cuarto? Lo dejamos de tarea. Adivínalo. El caso es que le ordenaron a los juniors, a principios de diciembre de 1984 (en plena mitad del sexenio toledista), abandonar el estado una temporada. Que se fueran de vacaciones. Y se fueron. Pero como nunca falta alguien así, uno no obedeció: “El Culichi”. Entonces los “capos” sacaron a un sujeto de la cárcel y le

encomendaron la misión: el día de los santos inocentes, en la madrugada del 28 de diciembre, fue ejecutado “El Culichi”.

Esa mañana me habló de nuevo, por teléfono, Jesús Michel Jacobo. Me preguntó:

--¿Ya te enteraste de “El Culichi”.

--No--, dije.

--Lo mataron en la madrugada. Luego te llamo. Ahorita te hablé nada más para decirte que la gente aquella está cumpliendo.

--No, no más--, le interrumpí.

--¿Qué?, preguntó sorprendido Michel Jacobo.

--¡Lo que te dije!--, grité. Y le colgué.

Más tarde llegó Michel Jacobo y ofreció disculpas.

--Oye, es que yo quería avisarte, comunicarte.

--Mira --le dije, enfático, furioso--. En primer lugar ni siquiera me lo digas. Y menos por teléfono. Van a suponer que yo tengo nexos con esa gente. Y yo no los tengo. Ni quiero tenerlos. No quiero saber más. Con esa gente, nada. Es problema de ellos.

Tiempo después, en marzo de 1986 (último año de gobierno de Antonio Toledo Corro), le llegó el turno al “Niño”, Héctor Odilón López López. Con su muerte, por cierto, Odilón López Urías (el periodista) “se alocó”. Se puso casi demente. Culpaba del crimen de su hijo a medio mundo: a Roberto Robles, a Toni Toledo, hasta a mí me llegó a involucrar. En su estilo desbocado, López Urías difamaba, amenazaba. En su folletín advirtió que en una siguiente edición iba a dar nombres, de asesinos y de capos. En ese ambiente, en esas circunstancias, un día el propio Toni Toledo fue a la casa de Odilón y le dijo: “Nomás te vengo a decir que el 31 de diciembre termina mi obligación de estar calmado. Sigue vociferando y en cuanto amanezca del día 1º. de enero te voy a buscar”. Odilón no llegó ni siquiera al

31 de diciembre. Y la anunciada siguiente edición, menos. ¿Quiénes ejecutaron a Odilón? La mafia. La gente del narcotráfico.

José Angel Sánchez guarda silencio un par de minutos. Reflexiona en torno a sus palabras. Mira fijamente a su interlocutor y al final se reconforta: “Son cosas públicas”, dice. Y prosigue.

El ingreso de Sinaloa a la subcultura de la violencia o a la llamada “narcocultura” ha sido también responsabilidad de los medios de comunicación. Tanto como las autoridades que la han solapado. Sobre todo la radio. Los narcos se hicieron héroes y éxito en los medios. La mentalidad sinaloense se impregnó de violencia y narcotráfico: la actividad resultaba lucrativa, sus actores eran gente valiente y los hombres más hombres eran por supuesto narcos. ¿Quiénes son más culpables? Nos preguntamos. ¿Quiénes tienen responsabilidades políticas y que pueden vivir tranquilamente junto con los narcos o tener de vecino a un narco? ¿El poder político o los medios de comunicación? Ambos. Una autoridad que no ejerce su responsabilidad es cómplice, aun cuando no esté involucrado directamente en el negocio. El hecho de tolerar, de convivir, es complicidad.

Pero en el terreno de los beneficios económicos, la industria automotriz se benefició de manera impresionante. Había individuos que cambiaban de automóvil una o dos veces al mes. Camionetas de llanta gorda y vidrios polarizados. Autos de superlujo. Si alguien de la sociedad quería comprar un auto de esos, cuando llegaba a las agencias resultaba que ya estaban vendidos. Un gerente de una agencia automotriz solía relatar un incidente: en una presentación de modelos recientes el señor Alfonso Zaragoza, y su esposa, apartaron y adquirieron un carro. Pero al día siguiente llegó un sujeto a la agencia, mientras preparaban el auto para enviárselo finalmente a don Alfonso.

--Oye, quiero ese carro--, dijo el sujeto.

--Ya está vendido.

--Yo quiero ese carro--, insistió.

--Es que no sé cuánto cuesta...Aún no tiene precio--, fue un intento de excusa del gerente.

--Este es el carro que yo quiero --exclamó, caprichudo, el hombre--. ¿No sabes cuánto vale? Te doy un cheque por 3 millones. Y si hace falta me avisas--. El individuo garabateó sobre un cheque y con desparpajo se llevó el auto, que en ese tiempo no valía ni un millón de pesos.

Durante la Operación Cóndor varios banqueros fueron detenidos. Otros huyeron. De hecho, había banqueros que actuaban como empleados de los narcos. Les dejaban la lana y como a corredores de bolsa les indicaban: “Tú manéjala”. Yo conocí a un banquero que viajaba con frecuencia al extranjero llevando el dinero de “ellos”. Sí. Había muchas inversiones. Una enorme cantidad de negocios surgieron de ahí. Empresas, corporativos. Bienes raíces. Colonias enteras. En Mazatlán: Gaviotas, El Dorado. “Gomas de Mazatlán”.

¿Efectos? ¿Una balanza? Ha sido una historia infame. Pero aún cuando ha sido mucho el dinero derramado y regado por el narco en la producción y la economía sinaloense, la diferencia con la economía legal es muy notoria. La economía narco es mínima, pero ha sido un factor importante de crecimiento y su proyección ha sido terrible. En el caso de los medios de comunicación, su infiltración ha sido relativa. Un caso muy conocido fue el de Manuel Salcido Uzeta, “El cochiloco”, cuando se convirtió en empresario en Mazatlán. Trató de cultivar una relación con la gente de los medios impresos. Hubo reuniones, comidas. Y decía: “Yo fui narco, pero ya no soy. Ahora soy empresario. Y quiero integrarme a la sociedad”. Las asistencias a las reuniones con el jefe narco de San Ignacio eran regulares. Pero una relación directa en cuanto a participación de los “capos” en los medios de comunicación no ha existido. En todo caso se han permeado los medios a

través de reporteros. Los periódicos fueron infiltrados, como otras instancias de la vida de la sociedad.

En lo que respecta al enfoque y al tipo de información manejado de manera preponderante en este período, el que se relacionó con la violencia fue inevitable. Lamentablemente no se le podía procribir. Lo cierto es que los medios se han excedido en la presentación de la información. Se le ha destacado sobremanera. Y ello influyó negativamente. La nota roja, el amarillismo, el sensacionalismo, han sido como un principio, como un fundamento. El enfoque es importante, pero si la intención tiene que ver sólo con afanes de circulación, si los periódicos lo hacen básicamente para vender más, entonces el asunto “violencia” deja de ser un problema informativo, periodístico en sentido estricto. Y se convierte en un problema de puro negocio y comercialización. Y ésta no es la función adecuada del ejercicio periodístico. No creo que sea el camino. Hay que señalar los problemas, redimensionando su realidad, buscando soluciones.

En la conversación el periodista se da un breve respiro. Como echándole un vistazo a la escenografía de los estilos y comportamientos vividos en la historia reciente, resalta aspectos que, más allá de la sorna o el ridículo, forman parte inevitable de la realidad cultural. Empero, en la descripción, tras la sonrisa que apenas se alcanza a dibujar, hay también un gesto de repulsa, de rechazo y cuestionamiento.

La juventud ha visto con ojos míticos a los narcos, los que podían estar atrás o en el fondo de cada sujeto cargando kilos de oro en el cuerpo. De esos que de hecho arrastraban joyas; y vulgarmente mostraban pulseras, cadenas, anillos, relojes, armas con cachas laqueadas, de oro y plata, y hasta con muescas simbólicas. Desde sus dientes de oro mostraban, entre la risa y la soberbia, los auténticos rasgos de su condición social. Hasta individuos payasos como Raúl Velasco o Antonio Aguilar han sido parte de esta “educación”. En una ocasión, al presentar a un cantante en un

carnaval, el locutor llegó a exclamar que el mafioso Lamberto Quintero había sido un héroe de la Revolución.

El caso es que la subcultura de la violencia está arraigada. Hace no mucho, en año nuevo ocurrían detalles chuscos, increíbles. En algunos lugares de Culiacán de pronto el piso podía aparecer como regado de “piedritas”. No eran piedras. Eran plomos. Balas. El pavimento mostraba las huellas de las celebraciones. Y las balaceras no se daban sólo en diciembre. Las escuchábamos todo el año, a la menor provocación. De repente, alguien emocionado por cualquier razón, digamos en Tierra Blanca, al calor de las copas y entre los ruidos de la tambora, sacaba la pistola, o la metralleta, y comenzaba a disparar al aire. Al ratito alguien contestaba en otra calle, en otro barrio, en otra colonia. Y luego otros. Y así. Al rato se generalizaba la petatera: Las Quintas, Lomas del Boulevard...

Hubo casos risibles de tan patéticos, que sin embargo ofrecen una idea de los comportamientos que se padecían. Cuando a finales del sexenio de Toledo Corro, el comandante Rodolfo Reta Trigo pudo controlar las peculiares formas de la celebración balística en Culiacán (el 31 de diciembre de 1986 sólo hubo tres balaceras; los militares detuvieron a dos de sus causantes y el tercero fue muerto al resistirse a la detención), se dieron casos de individuos que no podían dormir si no escuchaban los secos tronidos de las descargas. ¡Les dio insomnio! Les faltaba la serenata: su concierto de balazos. Para ripley. Pero es verídico. A ese grado se llegó a asimilar el sonido de la violencia.

Pero, decía de los medios. En la prensa ha habido sumisión frente al narco. Por temor. Hay que reconocerlo: por temor. Te voy a confesar esto: cuando yo llegué a Culiacán como director, fue a verme un amigo. Este era supervisor de eventos especiales de una empresa de Los Mochis. Yo lo había perdido de vista. Y

en Culiacán reapareció. Iba a verme...enviado por “ellos”. Iba a ofrecerme la amistad de “ellos”. Y una ayuda mensual.

--No me interesa tener relación, pero tampoco me interesa ir directamente contra ellos. Olvídate--, le dije.

--No te preocupes --arguyó--. Si no quieres recibirlo aquí, te lo ponemos en una cuenta en el extranjero. No hay origen.

--Te lo agradezco, pero no quiero tener ninguna relación--, establecí finalmente.

Con esa gente no se puede jugar. Fui muy claro. Pero podemos decir también que en algunos casos la prensa investigó. Denunció y se pronunció. Sin embargo, faltó constancia. No hubo permanencia en la labor.

Por otro lado, si en la policía ha privado la corrupción y ha faltado profesionalismo, algo similar ha ocurrido con el poder político. Quienes dirigieron los rumbos de la vida estatal durante los últimos años ni formación profesional tuvieron. Eran políticos por profesión, pero sin formación. Con una sociedad temerosa y un gobierno identificado con los narcos, la situación se torna catastrófica. Y si el gobierno está dentro, está involucrado con el fenómeno del narco --como ha sucedido--, menos interviene y participa la sociedad. Mejor, yo ciudadano, cuido mi integridad física, mi familia.

En este sentido todos hemos sido cómplices. Ha sido un disimulo que se ha convertido en complicidad. La mayoría hemos dejado ser y correr las cosas por temor. Nuestra sociedad ha sido impotente. Si no tienes un gobierno que sea leal a los principios que lo deben regir, ¿a quién acude el ciudadano común y corriente? La gente se hunde y dice: “Mejor no me meto ni digo nada”. Aunque ha llegado el momento en que ha crecido tanto el problema que uno termina por explotar. Y debido al coraje también, grupos de la sociedad han podido rebelarse y plantear

exigencias y pronunciamientos, cuando se han rebasado todos los límites. Pero ha sido lastimoso, aunque comprensible, que una sociedad como la sinaloense haya llegado a preferir a los narcos que a los mismos judiciales. El fenómeno manchó a la sociedad.

Varias horas después de iniciado el diálogo, José Angel Sánchez López repara por primera vez en el reloj. Pero aún tiene cuerda. El tema es tan vasto, dice, como en el caso de la entrevista a don Manuel Lazcano Ochoa, que te permitió escribir el libro Una vida en la vida sinaloense. Algunos años más tarde, durante la segunda conversación, el ex director de El Debate, El Diario de Sinaloa y El Sol del Pacífico, mira un panorama sombrío, ratifica situaciones, hechos, anécdotas, percepciones y convicciones. Así, vuelve a plantearse él mismo una de las interrogantes.

¿Por qué no están en la cárcel los políticos que han dejado hacer las cosas del narcotráfico? Por un criterio que ha imperado, en esencia, en el ejercicio del poder público: el de que meter a la cárcel a los políticos daña profundamente la imagen del sistema. Pero no creo que pueda dañarse más de lo que ya está dañada. Lo cierto es que los narcos, en general, han mantenido una buena relación con el poder político. Y ya ha llegado hasta la máxima cúpula del poder político. Y los presidentes, se supone, poseen información; claro que tienen información. Nadie se traga el cuento de que, por ejemplo, Carlos Salinas de Gortari, no supiera nada de lo que ocurría con su hermano incómodo, Raúl Salinas de Gortari. Pero los nexos o la colusión de traficantes y gobierno se ha dado siempre. A nivel estatal la buena relación los narcos la han conseguido durante mucho tiempo. Aunque diría que a eso se le puede llamar control, por parte del poder político. Si los políticos cómplices están libres, se debe, en parte, a que en el plano nacional la lógica política aún funciona. ¿Qué sucede con los expresidentes? Salen incólumes, porque forman parte de la institucionalidad. ¿Y los exgobernadores? Funciona de forma similar, salvo casos excepcionales, cuando los escándalos francamente ya no pueden soslayarse u ocultarse. Y en relación con los narcos visibles, muchas veces abandonan el estado, pero los intereses y las acciones siguen vigentes. Y el tráfico sigue. Y los plantíos

ahí están. Y cada vez más cerca de las ciudades. Plantíos. Y plantíos. Y plantíos. Aunque otros estados, como Michoacán y Guerrero por ejemplo, estén produciendo más que Sinaloa. O que, con base en la tecnología, el estado de California se haya convertido en el primer productor mundial de marihuana, en el seno mismo de los Estados Unidos. Pero bueno, nosotros como sinaloenses hicimos nuestra tarea en este mundo de la transgresión, la que forma parte de nuestra desgracia como entidad: cría fama y échate a dormir.

Referencias (Capítulo IV)

- 1.- Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo II, Ed. Taurus, Madrid.
- 2.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 3.- Giuseppe Carlo Marino (2002), **Historia de la mafia. Un poder en las sombras**, Ed. Vergara, Barcelona.
- 4.- Elijah Wald (2001), **Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros**, Ed. Rayo de HarperCollinsPublishers, New York.
- 5.- John B. Thompson (1998-A), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de comunicación de masas**, Ed. UAM-X, México.
- 6.- Luis Astorga (2003), **Drogas sin fronteras**, Ed. Grijalbo, México.
- 7.- Enrique Vega Ayala (1992), **Historia del carnaval de Mazatlán**, Ed. CODETUR-DIFOCUR, Mazatlán, Sinaloa, México.
- 8.- Leticia Sánchez, “Arte contra la violencia”, diario **Milenio**, 7-06-2005.
- 9.- Jesús Martín-Barbero (2002), **Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura**, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- 10.- Sam Quinones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México.
- 11.- Herberto Sinagawa Montoya (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sin., México.
- 12.- Daniel Sada (2000), “Cada piedra es un deseo”, revista **Letras Libres**, marzo de 2000, No. 15, México.
- 13.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense**, Ed. de autor, Cul., Sin.
- 14.- Arturo Lizárraga (1998), “Angel de los pobres”, **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, No. 1, mayo-junio de 1998, Culiacán, Sin., México.
- 15.- Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 16.- César Güemes (2001), “Jesús Malverde: de bandido generoso a santo laico”, **La jornada**, 10 de agosto de 2001, México.
- 17.- Erich Fromm, **Los manuscritos económico filosóficos de Marx**, Ed. FCE, México.
- 18.- Adam Schaff, **La alineación como fenómeno social**, Ed. Limusa, Madrid.
- 19.- Rossana Reguillo (2001), “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, revista **Metapolítica**, Vol. 5, enero/marzo de 2001, México.
- 20.- José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 21.- Alberto Nájjar (2001), “Los narcos ganan las primeras batallas”, en suplemento **Masiosare, La jornada**, domingo 11 de marzo de 2001.
- 22.- Jean Paul Sartre (1969), Prefacio a **Los condenados de la tierra**, de Frantz Fanon, Ed. FCE, México.

CONCLUSIONES

La producción y el tráfico de drogas ilícitas en México, que inicia como una actividad económica marginal a fines del Siglo XIX y que de manera paulatina se amplía y adquiere cada vez mayor relevancia desde los primeros años del Siglo XX en el norte del país, según ha quedado constatado en investigaciones realizadas al respecto, como los muy puntuales trabajos de Astorga, ha sido una actividad productiva que trascendió y rebasó los marcos de su significación económica. Se instaló, paulatinamente, como un fenómeno sociocultural de alcances e impactos otrora insospechados. Por ende, la dimensión del mismo no podría entenderse sino como parte de un proceso histórico al que debe mirarse de forma integral en sus aspectos económicos, jurídicos, sociales, políticos y culturales.

En Sinaloa la industria de los enervantes ilegales adquirió tanta importancia que llegó a ser vista, en varios lapsos de la historia, como la principal actividad económica del estado. Al margen de la realidad y la exactitud de las impresiones y las percepciones sobre la dimensión de la producción y el tráfico de las drogas en la entidad, lo cierto es que en los ámbitos simbólicos de la cultura, tales impresiones fueron asimilándose y reproduciéndose como elementos constitutivos del imaginario colectivo. De tal suerte que los escenarios relacionados con la siembra de amapola, con los fumaderos de opio en varias poblaciones, luego con el cultivo masivo de marihuana y el tráfico de cocaína, así como las posteriores reyertas y las explosivas acciones de los enfrentamientos violentos y los ajusticiamientos entre los grupos delictivos, además de la ampliación compulsiva de la delincuencia, pasaron a formar parte del ambiente social, y los rituales vinculados a la transgresión y la desviación llegaron a tener, inclusive, hasta carta de naturalidad.

Durante las décadas de los veinte y treinta del Siglo XX los fumaderos de opio, instalados ni tan subrepticamente en sus inicios por inmigrantes chinos, en

Mocorito, Culiacán y Mazatlán, fueron como una especie de símbolo emblemático de la permisibilidad de las drogas en la región; más tarde, en la década de los cuarenta, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, el incremento de la producción de amapola y goma de opio y el trasiego de la misma hacia los Estados Unidos para la posterior elaboración de heroína y morfina, constituye un segundo momento histórico en este sinuoso derrotero de la industria, que se desarrolló sin muchos contratiempos hasta finales de la década de los sesenta, como una lucrativa actividad que beneficiaría sobre todo a empresarios visionarios, agricultores y políticos sinaloenses; luego vendría, en las postrimerías de los setenta y durante toda la década de los ochenta, la internacionalización del tráfico, con el comercio de la cocaína, procedente ésta de Sudamérica (de Colombia, pero también de Bolivia y Perú), en tránsito hacia el amplio mercado estadounidense, que acusaba desde los albores del siglo XX cada vez mayores índices de consumo de estupefacientes, provenientes éstos, en esos primeros años, de Europa y del oriente; ahora, la cocaína sudamericana hacía escala estratégica, en aterrizajes necesarios para proseguir su vuelo hacia Estados Unidos, sobre centenares de pistas improvisadas y clandestinas en los campos agrícolas, las riberas marinas y la escarpada sierra sinaloense, las más de las veces con protección de comandos federales, o en su defecto de grupos de policías locales y estatales.

Como elemento adicional de los trajines compulsivos de una industria de estructuras subterráneas, resultó muy significativa, y de ingrata memoria para la población, una acción del Estado mexicano para combatir el auge del narcotráfico y sus secuelas, que a todas luces se había transformado ya en una actividad de escándalo en los medios de comunicación en el país y el extranjero: la instrumentación de la llamada Operación Cóndor, cuyos estamentos militares incendiaron a la sierra, hicieron huir a miles de familias de campesinos de sus tierras hacia las zonas urbanas, hacia el norte del país y hacia los Estados Unidos y atizaron aún más de inseguridad, miedo, delincuencia y crimen a las ciudades y las

poblaciones del norte, del centro y del sur del estado, así como las zonas serranas limítrofes de los estados de Chihuahua y Durango.

En menos de una década, varios millares de militares, además de los policías judiciales federales, dejaron también miles de muertes (cálculos conservadores hablan de 15 mil muertos durante el período), entre sembradores, vigilantes y distribuidores, pero también de familias enteras de campesinos inocentes; debido a las acciones de la Operación Cóndor, los comandos militares y judiciales hicieron desaparecer unos dos mil pueblos y rancherías del campo y las montañas de la Sierra Madre Occidental, pero la siembra y el trasiego de marihuana, amapola y sus derivados y cocaína nunca terminaron. Más bien, la industria de los enervantes se fortificaría en toda la geografía estatal. Y esto con la injerencia, la participación, la colusión, el control, la intimidación, la violencia cruda y el terror que ejercieron los integrantes federales de la Operación Cóndor, ante, ora el disimulo de vastos segmentos sociales, ora la impotencia de otros por una parte, y la omisión o la complicidad de instancias de los gobiernos estatales por otro lado.

A lo largo de estos cien años de surgimiento, crecimiento, desarrollo y auge de la industria de los enervantes, los impactos y los efectos sobre la sociedad han sido de variada índole. Tanto en los planos policíacos, en la esfera económica, como en los ámbitos sociales y políticos, la actividad se colocó en el centro de las preocupaciones y ocupaciones primordiales en la región. Y fue mucho más allá: pronto se reflejó en el discurso mismo de la cultura, como cotidianeidad, oralidad y realidad simbólica y luego hasta como constructo formal, intelectual y artístico. No era para menos. El de las drogas era un mundo cercano, que se vivía y padecía en los sectores rurales y en las ciudades y que se había investido como personaje esencial de los escenarios sinaloenses.

Los medios de comunicación masiva, principalmente la radio y la prensa, pronto se involucraron a través de la difusión musical, la información y el discurso periodístico en una conflictiva social que era al mismo tiempo naturalidad, cotidianeidad y escándalo, sociedad real y sensacionalismo, realidad concreta, amarillismo y mitología. Desde los primeros tiempos del tráfico de estupefacientes, Sinaloa llamó la atención de la prensa regional y nacional ante una problemática que, de suyo, contenía los elementos fundamentales que la hacían aparecer como un asunto de interés público, atractivo y rentable, comercialmente. Y en esta línea, los medios impresos sinaloenses darían cuenta diaria de las confrontaciones entre tirios y troyanos (bandas de variada integración y estirpe, policías locales y federales, además de la milicia), así como de las diatribas, el ruido incesante de las armas, los regueros de pólvora y sangre, el luto, los ecos y los humos de una sociedad prácticamente bajo el imperio de una guerra y, en suma, de las ventoleras de la violencia criminal de una poderosa industria cada vez más importante desde la perspectiva de los recursos económicos, cada vez más significativa por sus impactos sociales y cada vez más llamativa en un sentido comunicacional.

La carga de morbo inherente a la actividad de las drogas --por los personajes contradictorios de la política y la economía, por los miembros de la milicia y las policías y los hombres del campo involucrados; por los aspectos transgresivos, la ilegalidad y la violencia de los actores; por los desafíos mismos al sistema hegemónico y a las leyes por parte de los cultivadores y los traficantes visibles, y por los siempre cuantiosos recursos monetarios en movimiento--, fue como una veta abierta y constante de la que abrevaron los medios de comunicación y que se constituyó como el principal tema de atención y de labor informativa en la entidad. Y en esta ruta y como era lógico, la atención giró en torno a la delincuencia, la muerte y la transgresión, que se constituyeron en legado presente, testimonio, impronta, huella y marca de un periodismo que contribuyó sustantiva y paulatinamente en la construcción de un rostro y un estigma sociocultural para toda

una región y toda una población. Dadas las características y peculiaridades cuasi públicas y cuasi privadas de la industria (que se dirime en las penumbras y en las oscuridades plenas de la ilegalidad), proclive a las mistificaciones, la historia fue edificándose y llenándose de chismes y rumores, aventuras y gestas heroicas, lucubraciones casi legendarias y mitos, pero que estaba sustentada en las realidades de una actividad empresarial, industrial y comercial que era también concreta, visible y realmente existente. En tal sentido, ha señalado Bordieu que el **hábitus** “engendra” ciertas representaciones y ciertas prácticas que están siempre más ajustadas, de lo que de lo que aparentan, a las condiciones objetivas de las que son resultado y producto.

A partir del complejo y sordo entramado de relaciones políticas, económicas, sociales, culturales y mediáticas, de la estigmatización se trascendió hacia el emblema. Del estigma se alzó el emblema. Sinaloa, sus habitantes y su cotidianeidad no sólo habían sido estigmatizados y señalados con voces y dedos flamígeros desde la política y los **mass media**, con la carga peyorativa, de cuestionamiento, crítica y descalificación pública que ello entraña, sino que la vida sinaloense en relación con el simbolismo de las drogas dio lugar a la emblemización. Sin embargo, la vergüenza en realidad ha sido soslayada por la propia población y más bien ésta ha cedido el paso a una suerte de contradictorio orgullo regional; lo que en un principio pudiera haber sido ofensa y agravio se ha transformado al tiempo en un fuerte estandarte de distinción, virtud, grandeza y mérito, lo cual se constata en la muy diversa y amplia elaboración de los productos y artículos objetivos y subjetivos de la cultura que la sociedad y la población sinaloense han aportado, en los planos iconográficos, musicales y hasta religiosos por ejemplo, del ámbito de la industria de la cultura y la comunicación.

En este trabajo, “La narcocultura en Sinaloa: simbología, transgresión y medios de comunicación”, en síntesis, efectuamos un acercamiento en torno a los

fundamentos teóricos de la temática en relación con la cultura y la transgresión, cruzados ambos ejes conceptuales por la comunicación; y segundo, realizamos una labor etnográfica en el seno o las entrañas mismas de nuestro objeto de estudio que es, por principio, un objeto social histórica y culturalmente construido. Se trata, en una perspectiva metodológica de carácter cualitativo, de un registro de hechos, incidentes, imágenes, expresiones, diálogos y voces, así como la descripción genérica de ciertos ámbitos, zonas, territorios y paisajes representativos, además de charlas, conversaciones y entrevistas (abiertas y clandestinas), con personajes relevantes, en los senderos propios de la doxa sociocultural sinaloense. Conviene apuntar que el campo disciplinario de la comunicación, como expresión de los estudios de la cultura, ha resultado crucial para la ubicación de diferentes manifestaciones públicas del problema; en esta idea, ha sido importante para identificar los escenarios y las matrices de la producción del sentido, así como los que tienen que ver con la recepción; y luego está la fase relativa al desentrañamiento “de las estructuras de significación” (Geertz) o el análisis y la valoración de la diversidad de significados de las expresiones sociales y culturales del submundo de los alucinógenos prohibidos..

Por lo pronto, teóricamente son claros los diversos ángulos o territorios involucrados: por un lado, el narcotráfico en sí mismo, como objeto social que posee una historia y un presente que rebasan y trascienden los espacios regionales; por otro, el contexto sociohistórico a través del cual se ha venido configurando, perfilando y fortaleciendo; en tercer lugar, el aspecto relativo a la producción o emisión de los códigos con que se le concibe, entre los que figuran las concepciones institucionales, oficiales y normativamente “legítimas”; y en cuarto lugar, el ámbito propio de la percepción, en donde juega un papel central la población, como entidad directamente afectada. Contexto o mundo social; objeto o representación social; producción o creadores de mensajes y sentidos; y receptores de significados constituyen, entonces, las cuatro partes integrantes de lo que Wendy Griswoold ha

definido como el “diamante cultural”, y que ha retomado Gilberto Giménez, en la idea de que las cuatro perspectivas reflejan e inciden dialécticamente sobre cada una de ellas, y sobre la comunicación y la cultura del hombre y la sociedad..

En otros términos, desde un punto de vista teórico --que punteamos como ensayo teórico o como ensamble conceptual, y que incluyen el escenario histórico contextual sobre el derrotero y la significación cultural de la industria de las drogas en Sinaloa--, nos ubicamos, es preciso reiterarlo, en la concepción cultural de John B. Thompson, en la cual se hace énfasis en el carácter simbólico de los fenómenos culturales, y de que tales fenómenos se insertan siempre, indudablemente, en contextos sociales estructurados. De tal manera que los actos y las acciones de los hombres, las obras, los objetos y la iconografía de las representaciones, las creaciones y las expresiones socioculturales más significativas, son elementos y partes sustanciales del análisis para mirar cualquier fenómeno o hecho público, como un objeto de múltiples dimensiones del mundo social, en el contexto de la producción, transmisión y recepción de las formas simbólicas.

En función precisamente de la identificación de una diversa y variada manifestación de aspectos sociales y culturales, recurrentes en la vida pública y como constructos simbólicos, hemos realizado la presente exposición, estudio e interpretación en torno al fenómeno del narcotráfico en el estado de Sinaloa, en primer lugar a través de parte de la sintomatología y las expresiones significativas que remiten a distintas esferas, instancias, escenarios, planos y niveles de la problemática; en segundo, por las visibles y hasta ostentosas vías de las manifestaciones de la violencia y la transgresión de las leyes y de las normas de la sociedad; y en tercer lugar, a través de las incesantes acciones de la industria de la cultura y de la comunicación.

Sobre la base de la forma del ensayo teórico, decimos, estamos incorporando de facto los aspectos necesarios y relevantes de la cuestión contextual, y que resultan importantes para entender cómo se ha desarrollado o cómo se ha transformado un fenómeno, en tanto que se trata de un proceso que tiene ya una historia de más de un siglo, y el cual se ha establecido, arraigado y profundizado como materia y sustancia y construcción y simbología (entre formas ideológicas transmutadas en objetos, así como entre las formas interiorizadas), en el espacio y el tiempo de esa región noroccidental del país. Este aspecto es nodal en nuestro planteamiento: por vía de las formas objetivadas, así como de las formas subjetivadas y de los mecanismos para la interiorización, el narcotráfico ha sido asimilado de manera significativa por la población, no sólo en la sierra marginada e inhóspita, en los ricos valles agrícolas o en las productivas zonas costeras, sino también en las ciudades sinaloenses. El tiempo, y el espacio, han sido por supuesto las dos dimensiones en las que las raíces del fenómeno, y luego los frutos, materiales, ideológicos y culturales, han alcanzado fuerza, vigor, crecimiento y florecimiento.

Por otra parte, dada la naturaleza de nuestro trabajo, realizamos una necesaria fundamentación en torno al que hemos considerado un concepto crucial: el de “desviación” o “transgresión”. En virtud de que el tráfico de drogas ilícitas es una actividad no únicamente perseguida por el sistema y el Estado, sino social y culturalmente transgresiva, que se dirime en múltiples y sórdidos ámbitos, nos hemos dado a la tarea de efectuar un registro en torno al escenario teórico construido al respecto. Hemos conjuntado lo que nos parece, en principio, como un acervo de intuiciones, ideas, nociones, visiones y concepciones pertinentes. Podemos decir que hemos expuesto importantes referencias teóricas, históricas y contextuales que nos permiten ofrecer un panorama significativo, y en este caso sistemático, en torno a la desviación social, desde la perspectiva, claro está, de las ciencias sociales.

Finalmente, podemos establecer que el problema de la producción, el tráfico y el consumo de drogas, como fenómeno de la cultura, es una temática que requiere del concurso de diversas disciplinas y que su estudio se encuentra en ciernes. Pero la fuerza, los efectos y los impactos de la industria de las drogas ilícitas sobre la sociedad son una realidad tangible, visible e incuestionable, aunque sus síntomas se registren y observen de manera diferenciada en el mundo. Por lo pronto, varias generaciones de sinaloenses siguen aprendiendo a vivir bajo los reflejos de los estruendos producidos por la transgresión y la desviación social y entre los tejidos corrientes, comunes, soterrados y cotidianos de la violencia simbólica y real y concreta de la sociedad. Con base en ello, y en función de la imbricación de redes y relaciones familiares, grupales, sociales, políticas, económicas y culturales que ofrecen una idea de su áspera complejidad, estriba la necesidad de proseguir el análisis, el estudio y la investigación sobre las dimensiones de la industria de las drogas; y sobre sus alcances, su hondura y su trascendencia como fenómeno harto significativo de la sociedad contemporánea que, por lo pronto, como actividad productiva, para México genera centenares de miles de empleos y divisas y ganancias, anualmente, por varios miles de millones de dólares.

BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA GENERAL

- 1) Aceves Lozano, Jorge E. (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.
- 2) Alfaro, Leonides (1997), **Tierra blanca**, Ed. Fantasma, Culiacán, Sin., México.
- 3) Amara, Giuseppe (1998), **Cómo acercarse a...la violencia**, Ed. CONACULTA, México.
- 4) Andrade Bojorges, José Alfredo (1999), **La historia secreta del narco. Desde Navolato vengo**, Ed. Océano, México.
- 5) Arendt, Hannah (1999), **Crisis de la República**, Ed. Taurus, Madrid.
- 6) Astorga, Luis (1996-A), **Mitología del narcotraficante en México**, Ed. Plaza y Valdés, México.
- 7) Astorga, Luis (1996-B), **El siglo de las drogas**, Ed. Espasa Calpe, México.
- 8) Astorga, Luis (2003), **Drogas sin fronteras**, Ed. Grijalbo, México.
- 9) Bailey, John y Godson, Roy (2000), **Crimen organizado y gobernabilidad democrática**, Ed. Grijalbo, México.
- 10) Bauzá, Hugo Francisco (1998), **El mito del héroe**, Ed. FCE-Argentina, Buenos Aires.
- 11) Bell, Daniel (1989), **Las contradicciones culturales del capitalismo**, Alianza-CONACULTA, México.
- 12) Beriain, Josexto (1998), "Hermenéutica sociológica", **Diccionario de hermenéutica**, Ed. Universidad de Deusto, Bilbao.
- 13) Blancornelas, Jesús (2002), **El cártel. Los Arellano Félix: la mafia más poderosa en la historia de América Latina**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 14) Böckelmann, Frank (1983), **Formación y funciones sociales de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 15) Bordieu, Pierre (1998), **La distinción**, Ed. Taurus, Madrid.
- 16) Bordieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1998), **La reproducción**, Ed. Fontamara, México.
- 17) Bordieu, Pierre (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 18) Boyer, Jean-Francois (2001), **La guerra perdida contra las drogas. Narcodependencia del mundo actual**, Ed. Grijalbo, México.
- 19) Castells, Manuel (2000), **La era de la información. Fin de milenio**, Tomo III, Ed. Siglo XXI, México.
- 20) Cervantes, Sergio, De la Torre, Arcelia, Córdova, Nery, **et. al.**, **Historia de la violencia, la criminalidad y el narcotráfico**, Ed. UAS, Culiacán, Sin., México.

- 21) Córdova, Nery (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, Ed. de autor, Culiacán, Sin., México. Primera edición, 1992, Universidad de Occidente, Los Mochis, Sin., México.
- 22) De la Torre, Renée (1997), “La comunicación intersubjetiva...”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.
- 23) De Moragas, Miguel (1984), **Teorías de la comunicación**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 24) Devereux, George (1987), **De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento**, Ed. Siglo XXI, México.
- 25) Dornbierer, Manú (1991), **La guerra de las drogas. Historia y testimonios de un negocio político**, Ed. Grijalbo, México.
- 26) Enzensberger, Hans Magnus (1987), **Política y delito**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 27) Erreguerena, María Josefa (2002), **Los medios masivos de comunicación como actualizadores de los mitos**, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- 28) Fanon, Frantz (1969), **Los condenados de la tierra**, Ed. FCE, México.
- 29) Fernández Menéndez, Jorge (2001), **El otro poder. Las redes del narcotráfico, la política y la violencia en México**, Ed. Nuevo Siglo-Aguilar, México.
- 30) Fernández Menéndez, Jorge (1999), **Narcotráfico y poder**, Ed. Rayuela, México.
- 31) Figueroa Díaz, José María (1998), **Loaiza y el gitano**, Ed. Once Ríos, Culiacán, Sin., México.
- 32) Figueroa Díaz, José María (1987), **Vida y muerte de Lamberto Quintero**, Ed. El Diario de Sinaloa, Culiacán, Sin., México.
- 33) Figueroa, J. María y López Alanís, Gilberto (1999), **San Ignacio. Encuentros con la historia**, ed. Presagio, Culiacán, Sin., México.
- 34) Foucault, Michel (1987), **La arqueología del saber**, Ed. Siglo XXI, México.
- 35) Foucault, Michel (1999), **Vigilar y castigar**, Ed. Siglo XXI, México.
- 36) Fromm, Erich, **Los manuscritos económico filosóficos de Karl Marx**, Ed. FCE, México.
- 37) Galindo Cáceres, Jesús (1997), “Percepción, mundo y configuración cognitiva urbana”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.
- 38) Galindo Cáceres, Jesús (1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.
- 39) García Canclini, Néstor (1999), **Culturas híbridas**, Edit. Grijalbo, México.
- 40) García Silberman, Sarah y Ramos Lira, Luciana (1998), **Medios de comunicación y violencia**, Ed. FCE, México.
- 41) Geertz, Clifford (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.

- 42) Giddens, Anthony (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 43) Giménez, Gilberto (1994), “La teoría y el análisis de la cultura”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 44) Giménez, Gilberto (1999) “La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, Ed. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco.
- 45) Giner, Salvador (1998), **Sociología**, Ed. Panínsula, Barcelona.
- 46) González, Jorge A. (1994), **Más (+) culturas (s)**, Ed. CONACULTA, México.
- 47) Habermas, Jürgen (1981), **Historia y crítica de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 48) Habermas, Jürgen (1999), **Teoría de la acción comunicativa, I y II**, Ed. Taurus, Madrid.
- 49) Haidar, Julieta (1994), “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas”, en **Metodología y Cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 50) Heller, Agnes (1987), **Sociología de la vida cotidiana**, Ed. Península, Barcelona.
- 51) Horkheimer, Max y Adorno, Theodor (1969), **Dialéctica del iluminismo**, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- 52) Ianni, Octavio (2001), “La violencias en las sociedades contemporáneas”, revista **Metapolítica**, No. 5, enero/marzo de 2001, México.
- 53) Katz, Chaim S., Doria, F. A. y Costa Lima, Luiz (1980), **Diccionario básico de comunicación**, Ed. Nueva imagen, México.
- 54) Krauthausen, Ciro y Sarmiento, Luis F. (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- 55) León Cristerna, José Manuel; Rocha Moya, Rubén; Córdova, Nery, et. al., (1993), **Sinaloa: historia, cultura y violencia**, Ed. DIFOCUR, Culiacán, Sin., México.
- 56) Lipovetsky, Gilles (1996), **La era del vacío**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 57) Lizárraga, Arturo (1998), “Angel de los pobres”, **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, No. 1, mayo-junio de 1998, Culiacán, Sin., México.
- 58) Lizárraga, Arturo (2004), **Nos llevó la ventolera... El proceso de la emigración rural al extranjero en Sinaloa**, Ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 60) López Cuadras, César (2001), **Cástulo Bojórquez**, Ed. FCE-DIFOCUR-Sinaloa, México.
- 61) Loret de Mola, Carlos (2001), **El negocio. La economía de México atrapada por el narcotráfico**, Ed. Grijalbo, México.
- 62) Lozano, José Carlos (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Ed. Pearson-Longman, México.
- 63) Madariaga Ceceña, José Santos (1996), **Perfil de Sinaloa y sus 18 municipios**, Ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 64) Marcuse, Herbert (1981), **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México

- 65) Marino, Giuseppe Carlo (2002), **Historia de la mafia. Un poder en las sombras**, Ed. Vergara, Barcelona.
- 66) Martín-Barbero, Jesús (2001), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Ed. Gustavo Gili, México.
- 67) Martín-Barbero, Jesús (1987-A), **Procesos de comunicación y matrices de cultura**, Ed. FELAFACS-Gustavo Gili, México.
- 68) Martín-Barbero, Jesús (2002), **Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura**, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- 69) Mendoza, Elmer (2003), **Efecto tequila**, Ed. Tusquets, México.
- 70) Mendoza, Elmer (1999), **Un asesino solitario**, Ed. Tusquets, México.
- 71) Moles, Abraham A. (1978), **Sociodinámica de la cultura**, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- 72) Moncada, Carlos (1991), **Periodistas asesinados**, Ed. Edamex, México.
- 73) Monsiváis, Carlos (1992), **Fuera de la ley**, Ed. Cal y Arena, México.
- 74) Murdock, George Peter (1997), **Cultura y sociedad**, FCE, México.
- 75) Nacaveva, a. (1994), **Diario de un narcotraficante**, Ed. Costa-Amic, México.
- 76) Nicol, Eduardo (1974), **Metafísica de la expresión**, FCE, México.
- 77) Ogien, Albert (1999), **Sociologie de la déviance**, Ed. Armand Colin, París.
- 78) Olea, Héctor R. (1988), **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, ed. DIFOCUR, Culiacán, Sin., México.
- 79) Oppenheimer, Andrés (1998), **Crónicas de héroes y bandidos**, Ed. Grijalbo, México.
- 80) Oppenheimer, Andrés (2001), **Ojos vendados. Estados Unidos y el negocio de la corrupción en América Latina**, Ed. Plaza & Janés, México.
- 81) Ortiz, Renato (1999), “Ciencias Sociales, globalización y paradigmas”, en **Pensar las ciencias sociales, hoy**, Rossana Reguillo y Raúl Fuentes, coords., Ed. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco, México.
- 82) Palacios, Marco (1995), **Entre la legitimidad y la violencia**, Ed. Norma, Bogotá.
- 83) Paoli, Antonio (2002), **Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación**, Ed. Umbral, México.
- 84) Pérez Reverte, Arturo (2002), **La reina del sur**, ed. Alfaguara, México.
- 85) Quinones, Sam (2002), **Historias verdaderas del otro México**, ed. Planeta, México.
- 86) Ramírez, Luis Enrique (2002), “Malverde: la leyenda continúa”, **El Debate**, 10 de agosto de 2002, Culiacán, Sinaloa, México.
- 87) Reguillo, Rossana (1999), “Las culturas emergentes en las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, ed. ITESO, Guadalajara, Jal., México.
- 88) Reguillo, Rossana (2001), “Miedos: imaginarios, territorios, narrativas”, en revista **Metapolítica**, vol. 5, enero/marzo, México.

- 89) Sada, Daniel (2000), "Cada piedra es un deseo", revista **Letras Libres**, marzo de 2000, No. 15, México.
- 90) Salazar, Alonso (2001), **La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico**, Ed. Planeta, Bogotá.
- 91) Sánchez Vázquez, Adolfo, coord., (1998), **El mundo de la violencia**, Ed. FCE, México.
- 92) Santos Torres, José (1988), **Cáncer de lluvia y fuego**, Ed. de autor, Culiacán, México.
- 93) Schaff, Adam, **La alienación como fenómeno social**, Ed. Limusa, Madrid.
- 94) Scherer, Julio (2001), **Máxima seguridad**, ed. Grijalbo, México.
- 95) Simonett, Helena (2000), **En Sinaloa nací: historia de la música de banda**, Ed. Sociedad Histórica de Mazatlán, Sin., México.
- 96) Sinagawa Montoya, Herberto (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahitas, Culiacán, Sin., México.
- 97) Sinagawa Montoya, Herberto (1991), **El derrumbe del infierno**, Ed. Cahíta, Culiacán, Sin., México.
- 98) Smith, Peter H. (1993), **El combate a las drogas en América**, Ed. FCE, México.
- 99) Thompson, John B. (2001), **El escándalo político. Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona.
- 100) Thompson, John B. (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona.
- 101) Thompson, John B. (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM-X, México.
- 102) Tomlinson, John, (2001), **Globalización y cultura**, Ed. Oxford U. Press, México.
- 103) Toussaint, Florence (2000), **Crítica de la información de masas**, Ed. Trillas, México.
- 104) Valenzuela, José Manuel (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 105) Vega Ayala, Enrique (1992), **Historia del carnaval de Mazatlán**, Ed. CODETUR-DIFOCUR, Mazatlán, Sinaloa, México.
- 106) Wald, Elijah (2001), **Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros**, Ed. Rayo de HarperCollinsPublishers, New York.